NARRATIVAS DE EXCOMBATIENTES

DE ORGANIZACIONES INSURGENTES Y AUTODEFENSAS

Memorias de la Mesa de Excombatientes, un proyecto de la Comisión de la Verdad, el Centro Internacional para la Justicia Transicional y ABC Paz.

NARRATIVAS DE EXCOMBATIENTES

DE ORGANIZACIONES INSURGENTES Y AUTODEFENSAS

Memorias de la Mesa de Excombatientes, un proyecto de la Comisión de la Verdad, el Centro Internacional para la Justicia Transicional y ABC Paz.

ÍNDICE GENERAL

Créditos 5

Presentación 6

Introducción 8

Metodologías de diálogo 10

Glosario de siglas 18

Perfil de los participantes 24

1 PRESENTACIÓN Y METODOLOGÍA 29

Primera parte: Presentación del espacio, las y los asistentes 30

Segunda parte: Aspectos metodológicos generales 64

Tercera parte: ¿Valió la pena alzarse en armas? & ¿Valió la pena dejar las armas? . 68

2 IDEOLOGÍA Y RELACIONES 111

Primera parte: Ideología y relaciones políticas 114

Segunda parte: Relaciones internacionales y combinaciones de todas las formas de lucha 161

3 TERRITORIALIDAD Y ALIANZAS 192

Primera parte: Exposiciones por mesas 194

Segunda parte: Intervenciones en plenaria 218

4 ESTRATEGIAS DE FINANCIACIÓN 255

Primera parte: Exposición de líneas de tiempo por grupos 256

Segunda parte: ¿Qué significaron para el país esos medios de financiación? . . . 301

5 IMPACTOS DE LA GUERRA 312

Primera parte: Introducción 314

Segunda parte: Plenaria por grupos 317

Tercera parte: Discusión en plenaria 332

Cuarta parte: Reflexiones personales 341

6 ACUERDOS DE PAZ: CUMPLIMIENTO E INCUMPLIMIENTO 363

Primera parte: Reflexiones del proceso de la mesa de trabajo 365
Segunda parte: Las negociaciones de paz 377
Tercera parte: Cumplimientos e incumplimientos de lo acordado 406
Cuarta parte: Lecciones aprendidas de los procesos de negociación 422
7 FACTORES DE PERSISTENCIA DE LA VIOLENCIA Y EL CONFLICTO EN COLOMBIA 431
Reflexiones sobre los factores de persistencia 433
Conclusiones y declaración pública 475
1. Conclusiones 475
2. Declaración pública: "Compromiso con la vida, la paz y la reconciliación" . . 480

CRÉDITOS

Coordinación técnica y metodológica del proyecto

Lucía González

Comisionada de la Verdad

María Camila Moreno

Directora del ICTJ

Blanca Valle Zapata

ABC Paz

Fotografía

María Margarita Rivera

Oficial de comunicaciones del ICTJ

Felipe Moreno

Edición

Camilo Jiménez Santofimio

Desarrollo Markdown/LaTeX

Andrés Conrado Montoya Acosta

Un proyecto de

COMISIÓN DE LA VERDAD

ICTJ Justicia Verdad Dignidad

ABC PAZ TERRITORIO DEMOCRACIA SIN VIOLENCIA

Con el apoyo de

Suecia Sverige

PRESENTACIÓN

El Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ), la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, y la asociación ABC Paz se complacen en presentar[1] el proceso de sistematización de los diálogos, debates y reflexiones que se dieron en la Mesa de Excombatientes y que se documentan aquí bajo el título "Narrativas de excombatientes de las paces de los 90, 2000 y 2010", como un aporte a la Comisión de la Verdad, que será su depositaria.

La Mesa de Excombatientes creó un espacio para un gran diálogo entre los principales dirigentes de las organizaciones armadas de los años noventa y las primeras décadas del siglo XXI. Así, cumplió con el objetivo de esclarecimiento que en su momento plantearon los organizadores. Pero fue mucho más allá de eso, al lograr convertirse en una experiencia de reconciliación que dejó grandes enseñanzas, así como expectativas positivas de prevención de las violencias y de no repetición.

Cada capítulo contiene testimonios o respuestas a un conjunto de preguntas y temas que el equipo técnico preparó para cada sesión. En el documento, no hay opiniones propias ni análisis de ninguna índole hechos por ese equipo. Nuestro trabajo mantuvo siempre la vista puesta en la pulcritud a la hora de sistematizar las sesiones y aplicó el criterio de no intervenir en los relatos, salvo en cuestiones sintácticas o de orden gramatical. En consecuencia, el texto recoge exhaustivamente los debates ocurridos en las sesiones de la "Mesa de excombatientes" y garantiza un retrato fidedigno del proceso.

El producto final es un documento que contribuye al esclarecimiento de la verdad. El proceso que permitió eso se desarrolló a través de un valioso ejercicio de escucha activa, de elaboración de consensos, de transformación personal y de reconciliación, que puede ser un modelo para futuras acciones de prevención de las violencias y no repetición. Todo eso puede ser hallado en el documento. Inevitablemente, sin embargo, no fue posible registrar

1 Inicialmente, las conversaciones y, en general, el contenido de las sesiones de trabajo de los exintegrantes de las guerrillas y las AUC eran confidenciales. Sin embargo, al final del proceso, todos los participantes estuvieron de acuerdo en hacer públicas estas memorias.

todas las anécdotas, los ambientes y las situaciones que condujeron a ese resultado y que están almacenadas en el material complementario en poder de la Comisión de la Verdad, así como en la retina de las y los participantes del diálogo.

Agradecemos a la Embajada de Suecia por apoyar financieramente este proyecto. Y expresamos nuestro más entusiasmado reconocimiento y gratitud a las y los participantes, que con gran voluntad, franqueza y compromiso dieron lo mejor de sí para hacer posible un diálogo desafiante y para sacar de él lecciones extraordinarias y aportes a la verdad del conflicto del que fueron protagonistas relevantes.

Convencidos de que este es un documento valioso, no solo para la misión de la Comisión de la Verdad, sino también para la historia, deseamos que el impacto de esta iniciativa se multiplique, en la medida que este informe y otras conclusiones sean conocidas y difundidas. Esa tarea la dejamos en sus manos.

Fraternalmente,

ICTJ

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

ABC Paz

INTRODUCCIÓN

La implementación de los Acuerdos de Paz suscritos entre el Estado colombiano y las FARC-EP ha permitido mirar y analizar en retrospectiva las dimensiones territoriales del conflicto, las negociaciones que se llevaron a cabo en los últimos treinta años y los procesos de desmovilización y reincorporación en Colombia. Esa aproximación es particularmente esclarecedora, si se hace desde la perspectiva y desde las voces de quienes dirigieron, desde distintas organizaciones alzadas en armas, las acciones político militares que nutrieron el conflicto armado en Colombia.

El criterio para seleccionar a los invitados a la Mesa de Excombatientes fue el siguiente: debían ser exintegrantes de una organización armada con responsabilidad de mando y con incidencia en negociaciones. Más específicamente, debían haber tenido un liderazgo en las organizaciones que desarrollaron acciones armadas en el marco del conflicto armado colombiano, que negociaron con el Estado procesos de sometimiento, dejación o entrega de armas, y que llevaron a cabo una desmovilización y una reincorporación a la vida civil.

Estas organizaciones se podrían dividir, a primera vista, en dos grupos: las organizaciones insurgentes y las organizaciones contrainsurgentes. Siguiendo esa lógica, fueron invitados los exdirigentes de las organizaciones insurgentes que emergieron y se acabaron como estructuras armadas en los últimos cincuenta años,[2] con excepción de los exintegrantes del Movimiento Independiente Revolucionaria–Comandos Armados (MIR-COAR) y del Quintín Lame, al resultar imposible concretar su participación. También formaron parte de la mesa exmiembros de los principales bloques que conformaron las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).[3]

El abanico fue amplio. Desde los extremos hasta el centro, consiguió abarcar todo el universo de expresiones armadas ilegales que, durante décadas, solo había sido posible juntar en infografías o, como es natural en una guerra, en el campo de batalla. Hasta hoy, de todas

2 Estas organizaciones son el Ejército Popular de Liberación (EPL), el M-19, la Corriente de Renovación Socialista (CRS), el ELN Replanteamiento, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y las FARC-EP.

3 Participaron excombatientes del Bloque Central Bolívar, el Bloque Centauros, el Elmer Cárdenas, el Bloque Catatumbo, el Bloque Resistencia Tayrona y el Bloque Montes de María.

esas estructuras armadas se han reincorporado a la vida civil más de setenta y cinco mil personas.[4] Esa cifra da una idea, por un lado, de la magnitud de la confrontación armada y, por el otro, del desafío que supone abrir en la sociedad un espacio para que actúen como ciudadanos y ciudadanas de pleno derecho y para que sus voces incidan en la memoria colectiva y construcción de verdad en Colombia.

Las reflexiones que surgieron en la mesa expresan, con igual intensidad, una visión táctica y estratégica de la confrontación armada. Pero también son, con todos sus aciertos y contradicciones, un testimonio emotivo, crítico y humano. Así, el ejercicio cumplió una doble misión en la perspectiva del esclarecimiento: por una parte, se acercó a una comprensión fáctica de los hechos y las condiciones que hicieron de Colombia un territorio fértil para la guerra; por otra parte, permitió una comprensión amplia de las subjetividades que rodearon esos hechos, de los debates y los criterios que condujeron a tomar ciertas decisiones —algunas de ellas con consecuencias dramáticas—, y de los dilemas y los efectos psicológicos y emocionales que tuvieron.

Más allá de los logros, la composición de la mesa puso en evidencia varios elementos que habría sido imposible calcular anticipadamente y que podrían suscitar análisis y ser motivo de estudio, pero no alcanzaron a ser materia de este informe, que es apenas una sistematización del ejercicio realizado. Será tarea de la Comisión de la Verdad retomar todas sus complejidades para lograr una comprensión integral del conflicto armado en Colombia.

4 Fuente: Agencia para la Reincorporación y la Normalización (ARN). Ver: www.reincorporacion.gov.co.

METODOLOGÍAS DE DIÁLOGO

La Mesa de Excombatientes estuvo integrada por exmiembros con responsabilidad de mando de organizaciones armadas de guerrilla[5] o grupos de autodefensas, que hicieron negociaciones de dejación de armas con el Estado colombiano. Si bien fueron parte significativa de su organización, esas personas participaron en las discusiones a título personal, con base en sus propias experiencias y en sus razones para empuñar las armas en el conflicto armado colombiano. Esto se hizo con el objetivo de hacer disponibles perspectivas que permitan complementar una verdad que se viene construyendo desde la sociedad y las víctimas, y de conseguir así una verdad más inclusiva y consciente de la complejidad de la guerra, condición *sine qua non* de la construcción de paz, memoria, reparación y reconciliación, como garantía de no repetición.

La estructura y las iniciativas que surgieron de la mesa de trabajo permitieron establecer lo acontecido en la guerra; preguntarse colectivamente sobre la barbarie que hemos vivido; encontrar explicaciones a la complejidad del conflicto, y aprender otra manera de resolver las diferencias políticas y dirimir los conflictos. Se diseñaron sesiones de trabajo que hicieron posible acoger los aportes de expertos en asuntos de sindicalismo, género y fuerza pública, entre otros. Para eso, se planteó que la metodología así como los temas a discutir fueran concertados con los y las participantes durante la primera sesión. Sin embargo, desde el mismo planteamiento del ejercicio, se buscó una base metodológica que permitiera indagar los siguientes puntos:

- Las motivaciones y condiciones específicas de los alzamientosen armas.
- Las formas que adoptó la violencia a nivel territorial; las conexiones y alianzas locales, regionales y nacionales que la gestaron.

5 Las intervenciones de Carlos Velandia a lo largo del documento corresponden a partes de un texto enviado por él como aporte a las preguntas sobre la experiencia del ELN. Velandia debió excusarse a partir de la segunda jornada de trabajo por razones personales.

- La existencia de patrones de conducta que se repiten en el tiempo en uno o varios territorios, y la pregunta sobre si esos patrones aún subsisten y qué hace que se mantengan.
- Posibles formas de impedir la repetición.

Además de esto, un elemento fundamental que se puso en el centro del planteamiento metodológico tuvo que ver con la generación de confianza entre personas que fueron adversarios históricos en el ámbito político y militar. Por eso, la metodología partió de reconocer que trabajar con excombatientes es una labor específica que tiene, al menos, tres componentes:

1. Distinguir a los excombatientes de las víctimas civiles que no participaron en las acciones bélicas y otros hechos relacionados con el conflicto armado.
2. Establecer un tratamiento diferencial y efectivo, real y constante, dirigido a los propósitos de contar y aceptar la verdad.
3. Reconocer los relatos sobre la verdad como distintos de la verdad jurídica, pero con mayor valor histórico y comprehensivo sobre lo ocurrido.

Igualmente, las discusiones se guiaron por los principios basados en la Regla de Chatham House:

1. Los asistentes podrán usar la información de la discusión, pero no están autorizados a develar la autoría de los comentarios o conceptos compartidos en la misma.
2. La discusión será dura en los argumentos, pero blanda en el trato a las personas.
3. Habrá mesura en el manejo y uso del tiempo.

Así, el método de la mesa de trabajo se enfocó en resolver individual y colectivamente interrogantes sobre asuntos relativos a la guerra y a los contextos de violencia que produjeron impactos en las comunidades y los territorios. Todo eso buscó el propósito de compartir experiencias, reflexionar sobre lo vivido en las diversas experiencias de la guerra y del tránsito a la paz, y evaluar sus lecciones.

En la primera sesión, se estableció la división de los participantes entre mesas de exguerrilleros y mesas de exautodefensas. Eso se hizo con el fin de que desarrollaran una primera

discusión temática, que después un vocero pudiera exponer a la plenaria de la mesa. Sin embargo, no solo en las sesiones, sino también en los espacios cotidianos del hotel y en la comida, se fueron construyendo dinámicas de cercanía y confianza que permitieron que las discusiones se dieran también en grupos mixtos y, posteriormente, en la plenaria general. De este modo, terminaron por desarrollarse tres tipos de metodologías, que, en algunas ocasiones, se fueron adecuando gracias a la participación de los integrantes de las mesas o de acuerdo a las dinámicas que nacieron de las intervenciones y los debates que hubo alrededor de las preguntas metodológicas inicialmente planteadas.

En esa primera sesión, se seleccionaron siete temas para la discusión de siete mesas distintas. Esos temas estaban acompañados de preguntas provocadoras y conceptos sobre los que se construiría el diálogo.

En la segunda sesión, el tema central fue la ideología. Para abordarlo, se planteó una metodología de intervenciones de los exmiembros de los distintos grupos armados con el fin de que pudieran exponer las ideas políticas, las tácticas y las estrategias de relacionamiento político que cada uno implementó desde su papel en la confrontación armada. Para eso, se desarrolló la siguiente metodología:

Primer ejercicio:

Las preguntas guía fueron:

1. ¿Con qué ideología(s) se identifica el movimiento armado al cual perteneció?

2. ¿Cuáles y de qué orden fueron las relaciones políticas que estableció su movimiento armado? ¿Y quiénes y cómo se manejaban esas relaciones políticas dentro de la organización?

En la primera parte del primer bloque de la mañana, la introducción al tema estuvo a cargo del excomandante del EPL Francisco Caraballo, que habló sobre la orientación política de esa organización, sobre sus relaciones políticas y sobre la figura responsable de esas relaciones. Al final, se abrió la discusión. En la segunda parte de la mañana, una segunda introducción a los temas de la ideología y las relaciones políticas corrió por cuenta de Iván Roberto Duque, excomandante de las AUC.

Segundo ejercicio:

El bloque de la tarde se dividió de la misma manera. De la primera parte se encargó Fernando Hernández, exguerrillero de la CRS, que se refirió a la combinación de las formas de lucha en las guerrillas. La presentación de la segunda sesión de la tarde, que abordó el mismo tema, pero desde la perspectiva del bando contrainsurgente, fue hecha por Edwar Cobos, exmiembro del Bloque Montes de María de las AUC.

La tercera sesión se centró en el tema de las dinámicas de territorialidad y alianzas que cada grupo armado construyó en sus zonas de influencia. Para eso, se desarrolló la siguiente metodología:

Primer ejercicio:

Los y las participantes se organizaron en tres mesas de trabajo acompañadas por la Comisión de la Verdad, el ICTJ y ABC Paz: dos de exguerrilleros y una de excombatientes de las AUC. Esas mesas sirvieron para discutir sobre cinco preguntas propuestas por la Comisión de la Verdad, el ICTJ y ABC Paz:

1. Razones geoestratégicas, económicas, políticas, tácticas y sociales de la territorialización de los grupos armados.

2. Uso de la fuerza en la implementación de los grupos y mecanismos de control social y trabajo de masas.

3. Relaciones políticas construidas en el territorio. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo?

4. Alianzas y pactos con diferentes actores para consolidar el control armado y político en los territorios.

5. Relación con la institucionalidad y cooptación del Estado, rentas públicas, contratación, regalías y elecciones, entre otras.

Segundo ejercicio:

Consistió en exponer ante la plenaria el desarrollo de las discusiones.

Tercer ejercicio:

Los y las participantes debieron hacer una síntesis que recogiera los patrones que marcaron las dinámicas de la guerra y las relaciones territoriales y poblacionales que se dieron en la

misma. Ese compendio debía darse a partir de las preguntas y reflexiones que surgieron de la exposición de cada mesa.

En la cuarta sesión, el tema fueron las economías de guerra. En esta ocasión, se propuso un cambio en la metodología. Las y los participantes debían desarrollar una línea de tiempo que permitiera ver el tiempo, el modo y el lugar de aparición y uso de las fuentes de financiamiento de las organizaciones armadas. Para eso, se plantearon los siguientes ejercicios:

Primer ejercicio:

Se reunió a los y las participantes en mesas organizadas de acuerdo al grupo armado al que pertenecieron. Con el fin de construir la línea del tiempo, se establecieron cinco temas de discusión:

1. Política de finanzas.
2. Tipo de finanzas.
3. Actividades de las finanzas.
4. Relaciones que facilitaron un determinado tipo de finanzas.
5. Compromisos que generaron los diferentes tipos de finanzas.

Segundo ejercicio:

Después del trabajo por grupos, se expusieron las líneas de tiempo en un lugar visible y, ante la plenaria, un expositor por grupo explicó la línea de tiempo realizada y profundizó en las economías que ayudaron a sostener cada organización insurgente y de autodefensas.

En la quinta sesión, el tema de discusión fue el de los impactos de la guerra. Como guía metodológica, se siguió la dinámica de la tercera sesión: mesas separadas de guerrillas y autodefensas. Para el desarrollo de la sesión, se propusieron, como provocadores de la discusión, estos tipos de impacto:

- En el territorio: los daños ambientales ocasionados por la minería, la tala de árboles, la ganadería extensiva y las minas antipersonal, entre otros.
- En la economía: los cambios en la vocación agrícola de los territorios y las fuentes de ingresos.

- En la política: los impactos en la estructuración y el ejercicio del poder en lo nacional y en el territorio; de manera particular, el peso del conflicto armado en el recorte o la ampliación de la democracia.
- En la sociedad: el surgimiento de subculturas de violencia, de ilegalidad, de pérdida de valor de la vida, de degradación y pérdida de valores ciudadanos, de violación a derechos humanos.
- En las culturas entendidas como valores, prácticas, costumbres e imaginarios, entre otros.
- En el cuerpo y la vida de las mujeres.
- En la militarización de la sociedad civil y en el peso del gasto en el sector Defensa en contraste con el gasto y la inversión social.

La sexta sesión sirvió para explorar los distintos acuerdos de paz que los grupos armados hicieron con el Estado colombiano. Hubo un énfasis en las dinámicas de negociación y en los cumplimientos y los incumplimientos de ambas partes. La discusión se desarrolló en plenaria de acuerdo a la siguiente metodología:

Primer ejercicio:

En plenaria, los y las participantes, desde la perspectiva de cada organización, llevaron a cabo una discusión sobre las siguientes preguntas:

- ¿Cómo se llegó a la negociación?
- ¿Cuál fue la discusión de fondo que tuvieron para llegar a la decisión de negociar?
- ¿Cuáles fueron las condiciones políticas o militares que condujeron a la decisión de negociar una desmovilización, una dejación de armas o agendas más amplias y estructurales?

Segundo ejercicio:

También en plenaria, los y las participantes, desde la perspectiva de cada organización, desarrollaron una discusión sobre las siguientes preguntas:

1. ¿Qué se negoció y qué acuerdos se hicieron?
2. ¿Qué tipo de paz se acordó, transaccional o transformacional?
3. ¿Cuál fue el contenido de la agenda?
4. ¿Bajo qué dinámicas, tiempos y formas se llevó a cabo la negociación?
5. ¿Qué anécdotas ilustrativas dejó el proceso?
6. ¿Cuáles fueron los resultados sustantivos del acuerdo?
7. ¿Qué se cumplió y qué no se ha cumplido? ¿Qué se cumplió parcialmente? ¿Qué nunca se llevó a cabo?
8. ¿Cómo ha sido el proceso de reincorporación? ¿Hubo seguridad jurídica, participación política, acciones efectivas de normalización y reintegración a la vida civil?

En esta parte, también se trató el concepto de paz transaccional acuñado por Carlos Velandia, exdirigente del ELN, en un texto que examina la pregunta sobre si la paz acordada consistió en una transacción entre las partes negociadoras o si produjo una transformación social. Eso dio pie a hablar sobre el contenido de la agenda de negociación, sobre las dinámicas, los tiempos, las formas, los resultados y las anécdotas de la negociación.

Tercer ejercicio:

Los y las participantes dialogaron en torno a las lecciones aprendidas por cada grupo en los procesos de negociación y acuerdos de paz, y elaboraron unas recomendaciones de cara al proceso que se vive actualmente en Colombia.

Para la sesión final, se conversó sobre los factores de persistencia e intensificación de la violencia y la guerra en el país. Para eso, se realizó un ejercicio de discusión en plenaria de acuerdo a la siguiente guía conceptual:

> Se entenderá por factores de persistencia aquellos elementos o circunstancias que se perpetúan o prolongan en el tiempo, a pesar de que con las negociaciones realizadas se haya intentado modificarlos o superarlos. Estos son de diferente tipo o naturaleza, pero para el ejercicio se analizan estos factores de persistencia:

Históricos.

Económicos.

Políticos.

Socioculturales.

Internacionales.

A grandes rasgos, se desarrollaron tres metodologías distintas a lo largo de las sesiones. En primer lugar, se desarrollaron discusiones en mesas divididas según el grupo armado del que los y las participantes habían formado parte. Luego, hubo mesas de discusión mixtas, con presencia de distintas organizaciones armadas. Por último, se hicieron sesiones de discusión abierta en plenaria. Además, se utilizaron herramientas de la cartografía social como la construcción de líneas de tiempo y de referentes geográficos de las zonas de influencia de cada grupo.

En conclusión, un elemento central de la Mesa de Excombatientes es el carácter participativo, adaptativo y abierto de la aproximación metodológica de las sesiones. Las sesiones fueron convocadas con base en preguntas provocadoras y ejercicios propuestos, discutidos y en ocasiones modificados de acuerdo a las propias dinámicas de la sesión, a las preguntas y los debates que se producían.

Como ya se mencionó, el factor de la confianza jugó un papel fundamental. Así, la dinámica de trabajo por mesas separadas de acuerdo al grupo armado fue cambiando hacia las dinámicas de plenaria y de conversaciones abiertas. Ahí fue determinante haber establecido previamente unas relaciones de reconocimiento, respeto y confianza mutua.

GLOSARIO DE SIGLAS

ABC Arauca, Boyacá y Casanare

ACC Autodefensas Campesinas de Casanare

ACCU Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá

ACMM Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio

ACDEGAM Asociación Campesina de Agricultores y Ganaderos del Magdalena Medio

ACNUR Agencia de la ONU para los Refugiados

AD-M-19 Alianza Democrática M-19

ADO Autodefensa Obrera

AGC Autodefensas Gaitanistas de Colombia

ANAPO Alianza Nacional Popular

ANC Asamblea Nacional Constituyente

ANUC Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Colombia

ARN Agencia para la Reincorporación y la Normalización

ARS Administradoras de Riesgos de Salud

AUC Autodefensas Unidas de Colombia

BACRIM Bandas Criminales

BAFIM Batallón de Infantería de Marina

CEPAL Comisión Económica para América Latina y el Caribe

CGSB Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar

CIA Central Intelligence Agency [*Agencia Central de Inteligencia,* agencia estadounidense]

CNG Coordinadora Nacional Guerrillera

CNMH Centro Nacional de Memoria Histórica

CNR Consejo Nacional de Reincorporación

CNRR Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación

COCE Comando Central

COPROAGROSUR Cooperativa Promotora Agraria para la Sustitución de Cultivos Ilícitos–Sur de Bolívar

CRS Corriente de Renovación Socialista

CT Crudo Transparente

DAS Departamento Administrativo de Seguridad

DD. HH. Derechos Humanos

DDT Dicloro–Difenil–Tricloroetano

DEA Drug Enforcement Administration [*Administración de Control de Drogas,* agencia estadounidense]

DIH Derecho Internacional Humanitario

ECOMUN Economías Sociales del Común

EE. UU. Estados Unidos

ELN Ejército de Liberación Nacional

EPA Elección Popular de Alcaldes

PLA—EPL Pedro León Arboleda del Ejército Popular de Liberación

EPL Ejército de Liberación Nacional

EPS Entidades Prestadoras de Salud

ERP Ejército Revolucionario del Pueblo

ERP Ejército Revolucionario del Pueblo (Argentina)

ESAP Escuela Superior de Administración Pública

ETA Euskadi Ta Askatasuna [*Del euskera, "País Vasco y Libertad"*]

ETCR Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación

EZLN Ejército Zapatista de Liberación Nacional

FARC-EP Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo

FECODE Federación Colombiana de Trabajadores de la Educación

FIPAZ Fundación Iniciativas por la Paz

FLNM Frente de Liberación Nacional Mozambicano

FMLN Frente Farabundo Martí Para La Liberación Nacional

FSLN Frente Sandinista de Liberación Nacional

FUCUDE Fundación Cultura Democrática

FUNPROFES Fundación Promover Formación Especializada

GPP Guerra Popular Prolongada

IAEE Instituto de Altos Estudios Europeos

ICTJ International Center for Transitional Justice [*Centro Internacional para la Justicia Transicional*]

IDH Índice de Desarrollo Humano

INCORA Instituto Colombiano de la Reforma Agraria

INDUMIL Industria Militar Colombiana

JAC Junta de Acción Comunal

JEP Jurisdicción Especial para la Paz

JMRL Juventudes del Movimiento Revolucionario Liberal

JP Juventud Patriótica del Movimiento Obrero Independiente Revolucionario

JRC Juventud Revolucionaria de Colombia

JUCO Juventud Comunista de Colombia

M-19 Movimiento 19 de Abril

MAPP-OEA Misión de Apoyo al Proceso de Paz de la Organización de los Estados Americanos

MAQL Movimiento Armado Quintín Lame

MAS Muerte a Secuestradores

MBR-200 Movimiento Bolivariano Revolucionario 200

MIR-COAR Movimiento Independiente Revolucionario Comandos Armados

MIR-PATRIA LIBRE Movimiento de Integración Revolucionario

MIR Movimiento de Izquierda Revolucionaria [*Chile*]

MIR Movimiento Independiente Revolucionario [*Chile*]

MOEC Movimiento Obrero Estudiantil Campesino

MOIR Movimiento Obrero Independiente Revolucionario

MRL Movimiento Revolucionario Liberal

MRTA Movimiento Revolucionario Túpac Amaru [*Perú*]

MUR-ML Movimiento de Unidad Revolucionaria-Marxista Leninista

MURA Movimiento Universitario de Restauración Académica

OACP Oficina del Alto Comisionado para la Paz

OEA Organización de los Estados Americanos

OIM Organización Internacional para las Migraciones

OLP Organización para la Liberación de Palestina

ONG Organización No Gubernamental

ONU Organización de las Naciones Unidas

OPM Organizaciones Político-Militares

PCC-ML Partido Comunista Colombiano-Marxista Leninista

PCC-PATRIA LIBRE Partido Comunista de Colombia-Patria Libre

PDET Planes de Desarrollo con Enfoque Territorial

PGN Procuraduría General de la Nación

PNR Plan Nacional de Rehabilitación

PNUD Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo

PRT Partido Revolucionario de los Trabajadores

PSOE Partido Socialista Obrero Español

PST Partido Socialista de los Trabajadores

RCN Radio Cadena Nacional

REDEPAZ Red Nacional de Iniciativas Ciudadanas por la Paz y contra la Guerra

SEM Servicio de Erradicación de la Malaria

SIJUR Sistema de Información Jurídica

SIVJRNR Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y Garantías de No Repetición

TIAR Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca

UAB Universidad Autónoma de Barcelona

UAF Unidad Agrícola Familiar

UARIV Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas

UC-ELN Unión Camilista Ejército de Liberación Nacional

UDR Unión Democrática Revolucionaria

UNAL Universidad Nacional de Colombia

UP Unión Patriótica

UPN Universidad Pedagógica Nacional

URNG Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca

USAID United States Agency for International Development [*Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional*]

USO Unión Sindical Obrera

UTL Unidad de Trabajo Legislativo

ZVTN Zonas Veredales Transitorias de Normalización

PERFIL DE LOS PARTICIPANTES

FRANCISCO CARABALLO Exdirigente y fundador del EPL. En los años sesenta, militó en el movimiento MRL y en el PCC y conformó el PCC-ML. Fue negociador del EPL durante losdiálogos de Tlaxcala, México, entre el gobierno de César Gaviria y las guerrillas de la CGSB. Tras la desmovilización del ochenta por ciento del grupo, comandó la disidencia del EPL.

ILDELFONSO HENAO SALAZAR Exdirigente del EPL. Fue miembro del Estado Mayor de esa organización y comandante de varios frentes. Psicólogo social con especialización en Gerencia de Gobierno y Gestión Pública. Experto en procesos de reintegración de excombatientes. Ha trabajado en atención a víctimas del conflicto armado y en temas de participación y atención psicosocial.

RAQUEL VERGARA ÁLVAREZ Exmilitante del EPL. Educadora y administradora pública de la ESAP. Exdirectora de la Oficina Distrital para la Mujer de Barranquilla y exsecretaria de Paz del departamento del Atlántico. Consultora en Administración Pública. Gestora de paz y asesora en prevención de la violencia intrafamiliar y equidad de género.

ÁLVARO VILLARRAGA SARMIENTO Exdirigente del PCC ML-EPL. Autor de libros, ensayos y artículos sobre historia yprocesos de paz. Politólogo, especialista en resolución de conflictos y magíster en derecho. Docente universitario. Integró la Comisión Especial Legislativa elegida por la ANC de 1991. Asesor de la Consejería de Paz y la Defensoría del Pueblo. Directivo de la CNRR y del CNMH. Directivo de la Fundación Progresar y la FUCUDE.

LUIS EDUARDO CELIS Exmilitante de la CRS. Acompañó la negociación de la CRS y su proceso de transición a la competencia política. Ha tenido interés en comprender el conflicto armado y cómo superarlo mediante el diálogo y la negociación. Investigador social y activista de paz y derechos humanos.

GABRIEL BARRIOS Exmilitante y uno de los principales líderes del PRT. Fue concejal del municipio de San Juan de Nepomuceno, Bolívar, por el movimiento democrático alternativo Colombia Unida.

JOSÉ MATÍAS ORTIZ SARMIENTO Exdirigente del PRT. Desmovilizado en 1991 y dirigente de la AD-M-19. Constituyente del 91. Senador de la República entre 1998 y 2002. Cursó estudios de Derecho en la Corporación Universitaria Americana.

MEDARDO CORREA Exmilitante del ELN. Gestor del proceso de Replanteamiento de esa organización. Investigador social y activista de paz y derechos humanos. Actualmente, miembro de Punto de Encuentro, un centro de pensamiento por la paz y el medioambiente.

FERNANDO HERNÁNDEZ Exmilitante del ELN y responsable de las relaciones internacionales. Cofundador de la CRS. Participó en la firma del acuerdo de paz entre su organización y el gobierno de César Gaviria. Formó parte de la Comisión Primera Constitucional del Senado y de la Comisión de Derechos Humanos y Paz del Congreso de la República. Presidió la fundación Nuevo Arcoíris.

ALONSO OJEDA AWAD Exmilitante del ELN–Replanteamiento. Doctor en Medicina y Cirugía de la Universidad Nacional de Colombia. Exembajador de Colombia en Budapest, Hungría. Vicepresidente del Comité Permanente de Defensa de los Derechos Humanos. Director del Programa Pedagogía de Paz de la Universidad Pedagógica Nacional. Exasesor de Derechos Humanos del Ministerio del Interior.

CARLOS ARTURO VELANDIA JAGUA Exdirigente del ELN designado para los diálogos de paz con el gobierno de Ernesto Samper, Andrés Pastrana y Álvaro Uribe. Investigador y consultor en temas de paz y conflictos. Autor de varios libros y publicaciones sobre paz. Realizó altos estudios de paz en la Escuela de Cultura de Paz de la Universidad Autónoma de Barcelona. Durante su presidencia, Juan Manuel Santos lo designó gestor de paz.

VERA GRABE Exdirigente del M-19. Antropóloga, magíster en Historia y doctora en Paz, Conflictos y Democracia. En 1991 se posesionó como primera parlamentaria en la

Cámara de Representantes después del acuerdo de paz con el M-19. Fue agregada para losderechos humanos en la Embajada de Colombia enEspaña y candidata a la vicepresidencia de la República. Actualmente dirige el Observatorio para la Paz y es docente en temas de paz y mujer. Es autora de dos libros: *El silencio de mi cello o Razones de vida* (Observatorio para la Paz, 2000 y 2010) y *La paz como revolución. M-19* (Taller de Edición Rocca, 2017), producto de su tesis doctoral.

LUZ AMPARO JIMÉNEZ Exmilitante del M-19. Abogada, politóloga con énfasis en resolución de conflictos y magíster en gestión urbana. Tiene experiencia profesional en investigación y resolución de conflictos, paz, reinserción, seguridad ciudadana, pactos de seguridad y convivencia, y seguridad para las mujeres.

ÁLVARO JIMÉNEZ MILLÁN Exmilitante del M-19. Director de la campaña Colombia Contra las Minas Antipersonal. Columnista de la revista *Semana*. Socio fundador de Colombia Risk Analysis y de Crudo Transparente, una entidad que hace seguimiento a los impactos sociales, políticos y económicos del sector de hidrocarburos.

FABIO MARIÑO VARGAS Exdirigente del M-19. Miembro del equipo negociador de los acuerdos de paz de La Habana. Fue concejal de Cali y candidato a la Asamblea Nacional Constituyente por la AD-M-19. Politólogo y especialista en Administración Pública y Alta Dirección del Estado. Gestor social de procesos de participación ciudadana. Ha tenido cargos en distintas administraciones públicas. Actualmente es profesor.

GLORIA QUICENO Exmilitante del M-19. Fue presidente del partido AD-M-19 y congresista por la misma colectividad. Directora del Programa de Reinserción del Ministerio del Interior.

ARLEX ARANGO Segundo al mando del Bloque Centauros de las AUC en el Meta. Desmovilizado comprometido con la paz y la reconciliación en el país.

EDWAR COBOS TÉLLEZ Excomandante operativo del Bloque Montes de María de las AUC y exjefe político de las ACCU. Miembro representante del proceso de paz. Abogado de la Universidad IDEAS, con diplomados en Gestión de Paz y Nociones Jurídicas. Actualmente es vocero de los desmovilizados.

IVÁN ROBERTO DUQUE Exdirigente y conductor ideológico y político de las AUC, y fundador de las ACMM. Nació en Aguadas, Caldas. Abogado de la Universidad de Caldas. Fue alcalde de La Merced, asesor de la ACDEGAM y concejal de Puerto Boyacá. Formó parte del grupo que lideró las negociaciones de las AUC con el gobierno. Fue secretario de Gobierno de Boyacá y asesor del gobernador.

NODIER GIRALDO Desmovilizado de las AUC. Excomandante financiero del Bloque Resistencia Tayrona. Participó durante trece años en el proceso de Justicia y Paz. Contador de historias de la vida real a través de la canción. Actualmente estudia administración de empresas.

ÓSCAR LEONARDO MONTEALEGRE BELTRÁN Excombatiente del Bloque Central Bolívar de las AUC. Consultor en temas de paz y reconciliación. Psicólogo de profesión. Director administrativo de la Fundación Aulas de Paz. Actualmente forma parte del colectivo nacional de excombatientes de las AUC.

JOSÉ ELEAZAR MORENO Exmilitante del Bloque Centauros y Héroes del Llano de las AUC. Líder político. Se ha desempañado en el ámbito ideológico, particularmente en la formación de escuelas políticas. También ha hecho trabajo social con las comunidades.

ÓSCAR JOSÉ OSPINO Exmilitar nacido en 1966 en El Difícil, Magdalena. Se unió al Bloque Norte de las AUC y se convirtió en uno de sus integrantes más importantes. Se desmovilizó en 2006 y está comprometido con el proceso de paz, con la justicia, la verdad, la reparación y con la garantía de la no repetición.

RODRIGO PÉREZ ÁLZATE Excomandante del Bloque Central Bolívar de las AUC. Consultor en temas de paz y reconciliación. Director Ejecutivo de la Fundación Aulas de Paz.

MANUEL DE JESÚS PIRABÁN Excomandante del Bloque Centauros y Héroes del Llano de las AUC. Se desmovilizó en 2006 en la vereda de Casibare, en Puerto Lleras. Gestor de paz de la Universidad Complutense de España.

FREDY RENDÓN HERRERA Excomandante del Bloque Elmer Cárdenas de las AUC. Forma parte del colectivo de excombatientes de las AUC. Como gestor de paz en la bús-

queda y la creación de escenarios de resiliencia, está comprometido con el desarrollo del proceso de paz.

GABRIEL ÁNGEL Exmilitante de las FARC-EP. Seudónimo de Germán Gómez Camacho, abogado de la Universidad Nacional de Colombia. Novelista y cronista de la vida guerrillera. Ha publicado tres libros: *La luna del forense y otros relatos* (Teoría & Praxis, 2018), *Algún día será…* (Teoría & Praxis, 2018) y *A Quemarropa* (Teoría & Praxis, 2014). Escribe una columna de opinión en el portal de Las2Orillas.

MARÍA AURELIANA BUENDÍA Exmilitante de las FARC-EP. Integrante de la Comisión del Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición (SIVJRNR), responsable de la Comisión Esclarecedora de la Verdad CEV-FARC.

GRISELDA LOBO Exmilitante de las FARC-EP. Seudónimo de Sandra Ramírez. Delegada en la fase exploratoria para la conformación e instalación de la mesa de los diálogos de paz de La Habana, Cuba. Senadora por el partido FARC (hoy, Comunes). Actualmente es secretaria general e integrante del Consejo Político Nacional, espacio de máxima discusión y decisión de su partido político.

RODRIGO LONDOÑO ECHEVERRI Último comandante en jefe de las FARC-EP. Fue designado en el grupo negociador de FARC-EP para acordar el fin de la guerra en Colombia con el gobierno del presidente Juan Manuel Santos. Lideró la transformación de las FARC-EP en el partido Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común(hoy, Comunes), que actualmente preside.

Capítulo 1

PRESENTACIÓN Y METODOLOGÍA

Sesiones del 21 y 22 de marzo de 2019

La primera sesión de la Mesa de Excombatientes se dividió en dos jornadas. En la primera, los directores de las tres organizaciones promotoras del proyecto —la asociación ABC Paz, el ICTJ y la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad— presentaron y abrieron el espacio de diálogo.

Esos saludos de bienvenida resaltaron la importancia histórica que tiene para el país, para la verdad y para la construcción de una paz estable y duradera el hecho de que un grupo de exdirigentes de los grupos armados de la insurgencia y las autodefensas se sentaran en la misma mesa a convivir, reflexionar, escuchar y compartir sus experiencias de guerra y sus esfuerzos por la paz.

El objetivo fue poner una primera piedra para el reconocimiento y la construcción de confianza, condiciones necesarias para el desarrollo de los diálogos que vendrían. Por eso, la jornada fue corta. Las y los participantes se sentaron a comer y, ahí, se presentaron y contaron qué los motivó a participar en el proyecto. También compartieron con los demás los miedos, nostalgias y tristezas que les producía recordar a quienes ya no estaban. Al final, quedó planteada la necesidad de que las discusiones fueran profundas en relación con temas como las dinámicas de la violencia en regiones específicas como los Montes de María.

La segunda sesión se abrió con una conversación sobre la preocupación por la ausencia de exdirigentes de las FARC-EP. Se decidió invitarlos, pero solo cuando la mesa tuviera una propuesta más clara sobre qué quería entregarle al país. Después de eso, las y los participantes propusieron los temas que consideraban interesantes para discutir en las siguientes sesiones. También definieron algunas partes de la metodología. En especial, establecieron un conjunto de reglas de cuidado del diálogo y de la confianza, que los comprometieron a no compartir públicamente ninguna información que pudiera vincular a personas específicas con afirmaciones manifestadas en la mesa.

La jornada terminó con un diálogo en torno a una serie de preguntas: ¿qué razones los llevaron a tomar las armas? ¿Consideran que valió la pena ir a la guerra? ¿Por qué? En

esa actividad, se mencionaron principalmente razones relacionadas con ideas de cambio y de un país mejor, así como con la ausencia del Estado en algunas regiones de Colombia. Después, para aportar un insumo más a la discusión, los exmiembros de las AUC leyeron un comunicado que los desmovilizados reunidos en el Colectivo Nacional Excombatientes AUC del 21 de marzo del 2019 habían escrito y dirigido a la opinión pública.

PRIMERA PARTE: PRESENTACIÓN DEL ESPACIO, LAS Y LOS ASISTENTES

Primera reunión de la Mesa de Excombatientes. De pie, Carlos Velandia.

Carlos Velandia, director de ABC Paz[1] y excombatiente del ELN

Para mí es muy complaciente y emocionante que nos encontremos compartiendo una misma mesa en un mismo espacio. Lograrlo es algo muy grande, pues es la primera vez que se intenta y la primera vez que se hace con éxito en el país.

Coloquialmente, hemos venido diciendo que aquí está el generalato de las fuerzas que se alzaron en armas en los años ochenta y noventa y en la primera década de este siglo. Unos lo hicieron a favor del Estado y otros, en contra. Hoy nos encontramos en un ambiente amigable y reconciliador. Eso vale oro. El país necesita demostraciones como esta. Y necesita también poder construir lecturas comunes sobre lo que nos ha pasado y sobre cómo hemos contribuido a gestar nuestra historia. A mis hijos y a mis amigos, y también de manera pública, yo he dicho que, con o sin razón, yo ayudé a incendiar este país.

Entonces, después de largos años de ver que aquello por lo que luché no fue posible de alcanzar por los métodos que usamos, es mi deber plantear la necesidad de buscar otras vías. Esas vías no pueden ser distintas al diálogo, el entendimiento y la concertación. El objetivo debe ser no retornar a la guerra. A esta altura de mi vida, lo mínimo que puedo hacer es ayudar a que Colombia quede sin guerra.

La paz la construirán las generaciones de ahora y las del futuro. Pero, como corresponsable de incendiar el país en la guerra, tengo el deber de apagar la guerra. A eso me he dedicado con el alma, la vida y el sombrero; a que la guerra se acabe y a abrir espacios para construir una paz estable, duradera, genuina, justa y equitativa. Esa construcción debe hacerla la sociedad.

Muchas gracias por venir a este encuentro.

María Camila Moreno, directora del ICTJ

Les damos la bienvenida en nombre del ICTJ. Yo soy la directora en Colombia de esta organización internacional, que apoya los esfuerzos que hacen las sociedades para los tránsitos complejos y difíciles de la guerra a la paz o del autoritarismo a la democracia. En varios lugares

1 ABC Paz es una asociación que trabaja por el cierre del conflicto armado y la construcción de paz lo más estable y duradera posible.

Lucía González, Francisco de Roux, María Camila Moreno y Carlos Velandia.

del mundo, en medio de los grandes desafíos ante los que estamos, ayudamos a pensar cómo construir una paz estable y duradera.

El contexto actual en Colombia parece muy nuestro y muy único. Pero no es ni tan único ni tan distinto de lo que sucede en otras latitudes. Por eso, suscribo las palabras de Carlos; también yo me siento muy emocionada por este encuentro histórico.

Esta iniciativa se gestó durante varios meses en las manos de Carlos y Lucía González, comisionada de la Comisión de la Verdad, bajo la convicción de que Colombia necesita una reflexión profunda en tiempos en que los debates ideológicos reviven. Parecemos no poder entender qué nos sucedió ni cuál es el camino que hemos recorrido. Hoy creemos firmemente que ustedes tienen mucho que aportar al país, al compartir con nosotros aquí las razones que les hicieron creer que alzarse en armas podría ser una solución y las reflexiones que, después, los llevaron a abandonar la lucha armada. Esa experiencia es única y puede ser una lección para Colombia.

Todos los aquí presentes creemos que ustedes deben ser escuchados por la sociedad y que necesitan un lugar en el intento de alcanzar una narrativa comprensiva e incluyente del conflicto armado. Es el momento indicado para hacerlo. Hoy, nuestra generación tiene la oportunidad de hacer una contribución real a quienes vienen y de sentar algunas bases para la construcción de un país distinto, donde podamos escuchar al otro y reconocerlo, donde nos encontremos desde la humanidad, la experiencia y el compromiso. Todos ustedes han

mostrado un compromiso profundo y radical por transformar a Colombia, desde diferentes orillas, perspectivas y sueños. En este encuentro, queremos reconocer eso, recogerlo y contarlo.

Este proyecto durará unos meses. Hoy iniciamos una primera fase, y ya veremos si nos alcanzan la gasolina y el entusiasmo para seguir. Por ahora, les proponemos que esta mesa se convierta en un espacio de reflexión, pero ahora ocupado por quienes han sido protagonistas del conflicto armado. Colombia vive un momento complejo y lleno de incertidumbres, que puede nutrirse del proceso por el que cada uno de ustedes ha pasado. Los invitamos a que conversen sobre lo que fueron sus proyectos colectivos, pero también sobre lo que ha sido su experiencia de vida, sus alegrías y sus profundas frustraciones. Quienes recientemente han dejado las armas en Colombia estarán listos a escuchar y aprender.

Este es un proyecto en construcción. No hay preguntas preformuladas, ni una metodología preestablecida. Queremos que ustedes diseñen este proyecto con nosotros. Alcanzaremos nuestra meta, solo si todos los aquí presentes construimos colectivamente un diálogo; un diálogo entre diferentes que, no obstante, tienen mucho en común.

Para nosotros en el ICTJ, es un honor tenerlos aquí. Este proyecto surge de nuestro compromiso por Colombia, por la construcción de verdad y por la Comisión de la Verdad, en la que creemos profundamente. Estamos seguros de que, entre todos, lograremos sentirnos recogidos en el relato que la Comisión debe construir en sus tres cortos años.

Gracias por estar aquí. Esperamos seguir viéndolos en los meses que vienen, que darán pie a conversaciones, ideas, reflexiones y discusiones seguramente intensas. Justamente, de eso se trata, de encontrarnos en la diferencia.

Francisco de Roux, presidente de la Comisión de la Verdad

Como siempre hacemos en el pleno de la Comisión, quiero empezar pidiéndoles que nos quedemos un momento en silencio para conectarnos con lo más profundo de nosotros, de acuerdo a cómo cada uno lo vive, a cómo le da sentido a su vida. Evoquemos la presencia de tantos amigos y amigas muertos en este proceso, compañeros de camino y víctimas, que le dan sentido a lo que estamos haciendo. Ellos son personas que viven en nosotros, que esperan este momento, que de cierta forma lo convocan, sin que nosotros, como con tantas cosas de la historia humana, lo hayamos convenido.

Primera sesión de la Mesa de Excombatientes.

Empiezo por expresar el agradecimiento de la Comisión a María Camila y al ICTJ, que han hecho posible esta reunión con su esfuerzo logístico y con sus recursos. El ICTJ ha sido un gran compañero, que nos ha traído su experiencia de tantas comisiones de la verdad que han acompañado. También quiero agradecer a Carlos Arturo. Sé que pusiste tu tiempo, tu interés y tus ganas para que esto fuera posible. Por último, gracias a Lucía González, compañera de la Comisión de la Verdad. Sé que has estado en esto con mucha ilusión.

Tengo muy poco que decirles más allá de los recuerdos que me llegan al encontrarme con ustedes. Son recuerdos de hace mucho tiempo, de la época de Camilo en 1965, cuando en el grupo de amigos éramos muchachos de veinte, veintiuno y veintidós años; recuerdos del Comité Permanente de Defensa de los Derechos Humanos de Vásquez Carrizosa, cuando estudiamos el caso de La Chinita, un periodo de grandes discusiones; recuerdos de la historia de la Unión Patriótica y las organizaciones en que ustedes lucharon y desde las que participaron en los procesos de paz; recuerdos de las ilusiones perdidas, de la Constitución; recuerdos del mundo del Magdalena Medio, donde conocí a Rodrigo Pérez, a alias Macaco y a Iván Roberto Duque, y donde tuvimos discusiones hasta el punto del debate; recuerdos, incluso, de todas las cosas que han pasado con el proceso de La Habana.

Creo que tenemos una responsabilidad grandísima. Estamos viejos. Muchos de los que estamos aquí sabemos que, si Dios quiere, tenemos todavía unos diez años de lucidez y que

después estaremos en las posibilidades de la vida. Es nuestra responsabilidad utilizar esos diez años para contribuir a la paz del país.

Algo que hace grande a este grupo humano es que, literalmente, se jugó la vida. Ustedes son hombres y mujeres que vieron morir a compañeros y compañeras por una causa que consideraban la más importante para Colombia. Todos aquí luchamos en consciencia, y en consciencia pusimos el corazón en esto. Sabíamos que la vida estaba en juego, completamente, a todo riesgo, pero después comprendimos que la revolución verdadera, la transformación grande, era la causa de la paz, con todo lo difícil que eso significa. Justamente en la complejidad del grupo que conformamos en esta mesa yace nuestra oportunidad de hacer algo muy grande por este país.

Fuimos una generación muy complicada para Colombia. Fuimos la generación de la guerra y el narcotráfico. No podemos irnos de este país sin dejar andando los caminos de la paz. Para la Comisión de la Verdad, esto que ustedes van a hacer en los siguientes cinco o siete meses es importantísimo. Seguramente, no será fácil. Pero el reto es poder construir un relato que nos ayude a comprender qué nos pasó. Esa comprensión nos permitirá construir un futuro juntos. De esta mesa saldrán aportes definitivos. Así que muchas gracias.

María Camila Moreno, directora del ICTJ

Proponemos empezar con una presentación. No queremos que simplemente nos digan su nombre y la organización a la que pertenecieron. Nos interesa que expliquen por qué aceptaron esta invitación, por qué dijeron: "Sí, estamos dispuestos".

Lucía González, comisionada de la Comisión de la Verdad

Antes de continuar, queremos contarles que estamos grabando esto, porque creemos que es un encuentro histórico. Esta grabación será un apoyo y una memoria de esta mesa, que queremos que sea una conversación muy íntima. Ya después, una vez empecemos los ejercicios, definiremos todos juntos qué se puede grabar y qué no, así como qué vamos a querer mostrarle

al público. Vale la pena darnos tiempo para pensar en eso y para resolver qué le vamos a contar al país.

Yo en la vida me he encontrado con muchos de ustedes y he tenido la fortuna de conocerlos y compartir. También tengo la fortuna de estar hoy en la Comisión de la Verdad, donde nos jugamos la vida por la verdad y por un país que pueda aprender a convivir. Hemos visto que en los territorios todos los días se construyen cosas hermosas y que la idea de que no se quiere la paz viene de Bogotá y de los ámbitos políticos del país. En los territorios, hay muchos esfuerzos de paz, reconciliación y reconocimiento. Ustedes mismos han participado en algunos de ellos.

Sentimos que en ustedes hay una inmensa voluntad y un conocimiento muy importante que el país tiene que ser capaz de capitalizar. Tenemos la ilusión de construir con ustedes un relato comprensivo y muy profundo. No nos interesan los excombatientes para que comparezcan; esa, afortunadamente, no es nuestra tarea. No vamos detrás de quién hizo qué, sino que nos interesan las causas que explican el conflicto armado y aquellas que no nos permiten salir del mismo. Queremos responder a la pregunta de qué le pasa a este país, y a la de qué nos pasa a nosotros y qué nos hace incapaces de salir del conflicto armado. Con esas respuestas, buscamos un camino para recomponer, reformular y revisar.

Este país tiene muchas cosas por ajustar y muchas otras todavía por nombrar. Además, la discusión no puede estar centrada en la relación víctima-victimario. Hoy tenemos la oportunidad histórica de nombrar el contexto explicativo de la guerra, y no hay nadie mejor que ustedes para ayudarnos a hacer eso.

En la Comisión de la Verdad, nosotros somos apenas once comisionados, once señores y señoras llenos de voluntad que hemos decidido jugarnos la vida. Vivimos un momento histórico, que es a la vez muy difícil. El conflicto persiste y las condiciones políticas son adversas. No es común que una Comisión de la Verdad trabaje en un escenario así. Por eso, necesitamos construir una verdad de muchos, porque solo así, entre muchos, la podremos defender. Esta tarea histórica se construye socialmente, no la construyen once personas en Bogotá.

Agradezco de corazón la confianza tan grande que nos han dado al decidir venir aquí y espero que seamos capaces de construir cosas muy productivas para Colombia.

Bibiana Mercado, coordinadora de Reconocimiento de la Comisión de la Verdad

En mi oficio periodístico, yo me encontré con nuestra historia de dolor y guerra. También acompañé muchos esfuerzos de paz y conocí de cerca el dolor de las víctimas, que me tocó profundamente. Hoy estoy en la Comisión de la Verdad, ya no como periodista, sino como parte de la Coordinación de Reconocimiento. Este espacio me produce mucha esperanza porque este país no ha logrado una reflexión profunda sobrelo que ha pasado. Muchos todavía estamos confundidos y no entendemos por qué la violencia se reproduce con tanta facilidad. Entonces, ¿dónde puede estar el problema?

A esta reflexión están llamados también los medios de comunicación y el periodismo, y muchos otros sectores del país que han estado más bien alejados de la discusión. Creo que, desde esta mesa, podemos hacer una invitación a esa confrontación y esa reflexión.

Para mí, es un honor compartir este espacio y aprender de las reflexiones que surjan.

Medardo Correa Arboleda, excombatiente del ELN

En este momento histórico, lo único que tengo para contarles es que soy un excombatiente del ELN y que estoy muy emocionado, históricamente emocionado. Este es un reencuentro no solo de gente que se conoció, sino también de hermosas historias. Siento un gran agradecimiento con quienes nos convocaron. Este no será un evento cualquiera, pero eso dependerá de nosotros.

Yo tengo cierta experiencia, traigo algunos aportes y, en este escenario, me siento muy libre. Creo que este también será un proceso de catarsis personal. Es imposible haber vivido un proceso como el colombiano sin afectaciones en la psicología, tanto en la individual como en la del país. Estos elementos forman también parte de la reconstrucción de la memoria histórica.

Gracias por la invitación. Pongo a disposición mi poca experiencia, para lo que pueda servirles.

De izquierda a derecha: Fernando Hernández, Alonso Ojeda Awad, Medardo Correa y Francisco Caraballo.

Alonso Ojeda Awad, excombatiente del ELN

En las estribaciones de la Cordillera Occidental, entendimos que había que replantear esa entelequia que se había desatado por cuenta de la lucha armada. Después de una sucesión de muertes, tragedias y dolores, metidos en una zona de nacederos de ríos, nos encontramos con unos compañeros del EPL y sentimos la necesidad de replantear la vida. No podíamos seguir así, enterrando compañeros, amigos y campesinos; enterrando de este lado y del otro; originando hechos para que los de allá, tan colombianos como nosotros, tuvieran que enterrar soldados y policías. Esto era una locura. Estábamos en una esquizofrenia, como metidos en un hospital psiquiátrico.

Por eso, junto con el Paisita (*Medardo Correa*), entonces más experimentado que yo en la lucha guerrillera, nos dimos a buscar una salida. No podía ser desechar la lucha armada, pero sí encontrar un camino donde la bandera no fuera la muerte y la violencia.

Estando en esas reflexiones, se dio un hecho muy duro. La zona en que nos habíamos metido Gabino, el Paisa, otros más y yo era endémica de fiebre amarilla y fiebre tifoidea. Esas enfermedades comenzaron a matar a compañeros como Carlitos, que había sido valioso para nosotros porque nos facilitaba la comunicación con Cuba a través de un sistema morse modificado. La orden de Gabino fue sacar al que se enfermara. Salió el Paisita, que estaba muy enfermo. Después salió el propio Gabino. Sacar a un hombre de la selva era tenaz. La consecuencia fue empezar a entender que teníamos que hacer un alto en el camino, pues esa locura no podía seguir más. Así surgió el grupo de Replanteamiento.

Cuando Carlitos Velandia me invitó a esta reunión no dudé un instante. Sé que en el corazón y el alma de todos ustedes existen también valores, sinsabores, sueños frustrados y rotos, el dolor de haber enterrado a un amigo o de haber dejado a un compañero en las lianas de la selva.

Decidí venir con mucha alegría. Más aún, al saber que en este esfuerzo está Pacho de Roux, un hombre al que admiro desde cuando se metió al Magdalena Medio a tratar de entender estas contradicciones tan profundas y complejas. No sé cómo hizo Pacho para salir vivo, porque mucha gente caía por esa época. Hubo muchos muertos de lado y lado, como Ricardo Lara.

Entonces, cuando Carlos me dijo que estaba el padre Pacho, sentí ratificado ese llamado por construir un camino que nos permita dar a la gente que viene detrás versiones de lo que pasó. También, de reflexionar sobre lo que nos pasó para tomar esa determinación de irnos a morir. Esta es una oportunidad para ayudar a construir los caminos que el país necesita, los caminos de la paz y de la convivencia, los caminos de la compasión.

Manuel de Jesús Pirabán, excombatiente de las AUC

Participé en las autodefensas de los Llanos Orientales desde 1989 hasta la desmovilización en 2006.

Le agradezco al ICTJ la invitación a participar en este espacio. Cuando me reuní con Juan Carlos Villamizar acepté venir porque sé que es una mesa de mucha importancia. Aquí muchos formamos parte del conflicto, pero también de un proceso de paz. Entonces, si todos nos ponemos de acuerdo, podremos sacar esto adelante. Sé que le va a servir al país. Yo quiero a

mi país y creo en mi país. Por eso nos desmovilizamos. Soy una persona totalmente convencida de los procesos de paz, pero consciente de que nada es fácil en esta vida, ni en este mundo ni en este país.

También soy consciente de lo que viene sucediendo con la paz. No estoy de acuerdo con lo que sucede con este proceso, que necesita coger rumbo y hacer que se cumplan los acuerdos pactados. En un conversatorio en una universidad, al que asistí antes de que terminara el proceso de paz con las FARC-EP, me preguntaron si estaba de acuerdo con que esa guerrilla fuera a la cárcel. Respondí que no. No creo que la cárcel permita hacer una socialización. En cambio, hoy nosotros tenemos una gran oportunidad. Espero poder aportar a este proceso, a la verdad y a las víctimas. Estoy completamente a disposición.

Edwar Cobos Téllez, excombatiente de las AUC

Fui miembro del Estado Mayor de las extintas AUC, conocido con el alias de Diego Vecino. También fui comandante general del Bloque Montes de María y de las unidades en el norte de Córdoba, Sucre y Bolívar.

Quiero agradecerle al ICTJ, en cabeza de María Camila Moreno y Juan Carlos Villamizar, por la invitación generosa a este importante encuentro. Gracias a los comisionados y a su presidente por su presencia, por dar el aval a este proceso y por la oportunidad de estar en este recinto con organizaciones de distintas orillas ideológicas. Y quiero agradecer también a Carlos Velandia. Sabemos que esta iniciativa nació por allá en un encuentro en Dabeiba, Antioquia, al que estuve invitado, pero por audiencias judiciales no pude asistir. A cada uno quiero decirle que nos sentimos agradecidos y que nos enorgullece poder compartir este espacio con ustedes.

Sé que esto no es fácil, a pesar de tantos años y de todo lo transitado en los caminos de la paz y la reconciliación. No es fácil, pero no porque no podamos sentarnos a discutir y presentar nuestros puntos de vista. No es fácil porque los procesos de paz en Colombia desafortunadamente han servido para polarizar más al país y distanciar aún más a la sociedad. Uno no se explica por qué un proceso de paz, cualquiera que sea, no sirva para acabar con el discurso de quienes persisten en la violencia, según el cual la sociedad no les da una oportunidad de integrarse, ni de usar sus derechos plenamente, ni de ser escuchados. Al contrario,

algunos sectores del poder han utilizado los procesos de paz para convertirlos en la semilla de señalamientos negativos entre unos y otros.

Con nuestra desmovilización, la de todas las organizaciones aquí presentes, nosotros rompimos con la espiral de violencia. Hace algunos años, sin embargo, ninguno de nosotros habría imaginado que este encuentro histórico de hoy sería posible. Que sirva ahora para romper esa otra espiral de odio y venganza que han levantado quienes quieren aprovechar la paz para pasarle una cuenta de cobro a quién piensa distinto.

Estamos convencidos de que cada proceso de paz ha dejado un terreno abonado. Los de los años ochenta y principios de los noventa fueron escenarios, tanto en el contexto colombiano como en el internacional, que permitieron adelantar procesos de amnistía e indulto. Eso cambió a principios de este siglo cuando Colombia ratificó el Estatuto de la Corte Penal Internacional, que fijó unos mínimos de justicia. Entonces, nosotros dimos un primer paso. A pesar de las críticas de muchos sectores de opinión, en el marco de Justicia y Paz pudimos sembrar una semilla, que fue el principal sustento para que naciera un nuevo modelo de justicia transicional como el que representa la JEP.

No nos cabe duda. Los orígenes del conflicto son políticos. El origen de ustedes y sus diferentes organizaciones guerrilleras fue político, como también fue el nuestro. Somos hijos —primero ustedes— de la falta de oportunidades y la exclusión, del bloqueo y silencio bélico al que sometieron a quien pensaba distinto a algunos sectores reducidos del poder. Fuimos el fruto de una agresión acompañada por la ausencia del Estado. No se puede seguir desconociendo el origen político de las Autodefensas Campesinas en Colombia. Hacerlo ha sido un factor de exclusión. Así, resulta paradójico que las guerrillas comunistas hayan nacido de la exclusión, pero que los procesos de paz excluyan precisamente a ese otro actor del conflicto.

Seguiremos defendiendo nuestro origen político en el conflicto, reconociendo a la vez nuestros errores y el daño tan grande que le hicimos al país con la ola de violencia que sembramos en diferentes regiones. La degradación del conflicto y su desviación fue el resultado de las circunstancias que han rodeado al conflicto mismo. Desde que nos desmovilizamos e iniciamos ese periplo por el componente jurídico de Justicia y Paz, nuestra tarea y nuestra lucha —en el buen sentido de la palabra— ha sido conseguir que se reconozca a las autodefensas como otro actor del conflicto, cuyas raíces fueron políticas y que actuó ante el abandono

del Estado. Insisto en que nada de esto nos permite desconocer el daño y la degradación a la que el conflicto nos llevó a todos. Si vamos a hablar de paz y reconciliación, mi respetuosa invitación es a que sepamos que la paz es una sola, positiva y libre de exclusiones.

Estoy aquí porque creo en los procesos de paz. He transitado por ellos ya por más de dieciséis años, desde la primera reunión con la Comisión Exploratoria que nombró el gobierno en 2003. También acepté venir a este encuentro porque creo que tengo que aprender a escuchar al otro y porque espero que nos escuchen. Por diferentes que sean, los planteamientos que se hagan deben poder ser discutidos en escenarios como este, con respeto y en armonía, y bajo una identidad compartida frente a cómo vemos al país.

No queremos que ningún proceso de paz, y mucho menos este escenario tan importante, se idiotice o tome visos ideológicos. De ahí viene la importancia de que esta reunión se nutra del pensamiento de unos y otros. Todavía hay mucho por hacer. Solo respaldando los procesos de paz y, en especial, el cumplimiento de los acuerdos podremos pensar en quienes todavía están allá en la maraña y contribuir para que convenzan de que el camino es este. Sin embargo, mientras los procesos de paz sigan dando ejemplo del incumplimiento del Estado, seguiremos creando el caldo de cultivo para quienes persisten en tomar la vía armada para defender su causa política. Por lo anterior, cuenten con nuestradisposición a atender el llamado de la Comisión y del ICTJ, como una organización que ha acompañado procesos de justicia transicional.

Por último, hoy vamos a compartir un comunicado público de una reciente reunión del Colectivo Nacional Excombatientes AUC.

Óscar Leonardo Montealegre, excombatiente de las AUC

Cuando era niño, vi a muchos de ustedes en las desmovilizaciones que han formado parte de la historia de Colombia —que luego tuve que estudiar—. Desafortunadamente, yo ingresé al conflicto muy joven y terminé formando parte de esa otra historia, la historia negra de determinadas regiones. Hoy trabajo en una fundación que creamos en la cárcel de Itagüí. Se llama Aulas de Paz y allá tratamos de reconstruir el tejido social en regiones donde hicimos daño. No queremos que los jóvenes que estuvieron en esas regiones y vieron a diferentes

grupos armados sigan enfilándose. Desde que nació hasta hoy, mi generación solo ha visto el conflicto armado en Colombia.

Tal vez no me perdonaría, si no hubiese venido. Sé que aquí voy a aprender mucho de todos ustedes. Además, quiero llevar un mensaje positivo a las nuevas generaciones en las regiones donde estuvimos.

Fernando Hernández y Francisco de Roux.

Fernando Hernández Valencia, excombatiente del CRS

Esta tarde, en el camino a esta reunión, conversaba con un compañero sobre la pregunta de para qué íbamos a participar en este encuentro y qué sentido le íbamos a dar. Concluimos que hay que defender como sea los procesos de paz. Hoy estamos sujetos a la JEP y a la Comisión de la Verdad, pero también al reencuentro entre quienes estuvimos metidos de lleno y entregamos muchos años a la lucha. Esta mesa es un esfuerzo por abrir un espacio para seguir luchando por transformar las condiciones en el país.

En Colombia y en el mundo, hay una ofensiva agresiva de la derecha, que podría acabar con la ola de procesos de paz y transformaciones. Al recibir la invitación de Carlos, no imaginé que iba a llegar a este espacio en un momento en que se vive nuevamente una agresión contra nuestro proceso de paz. Ustedes ya saben que se nos metieron a la oficina y se llevaron computadores y electrodomésticos. Fue un mensaje muy directo y muy duro. Pero estos contextos lo reafirman a uno.

Hace unos meses almorcé con Darío Villamizar, que entonces preparaba su libro sobre la guerrilla en Colombia. Me preguntó cómo veía el aporte que todas las generaciones le han hecho a la guerra. En otras palabras, quería saber cómo valorar la influencia de las universidades, los medios de comunicación y los políticos en el conflicto armado y en los procesos de paz. Además, nos preguntamos qué aportamos nosotros mismos a la democracia.

Este encuentro me ilusiona mucho y me agrada. Será un compartir desde cada uno y cada una, desde cada lucha y cada proceso. Entonces, con todo el el cariño, también nosotros queremos aportar a este esfuerzo.

Medardo Correa, Francisco Caraballo, Álvaro Jiménez, Lucía González y Álvaro Villarraga. De espaldas: Luz Amparo Jiménez, Luis Eduardo Celis y Vera Grabe.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

Desde muy joven, yo milité en el PCC-ML y el EPL. Varios de quienes procedemos de ahí tenemos más coincidencias que diferencias y formamos parte de movimientos insurgentes, no como un hecho aislado o postizo, sino como una página de la historia del país. Claro, no toda la juventud actuó así, pero en la juventud hubo vertientes fuertes de rebeldía. Yo viví esa experiencia en los años setenta, y fue una experiencia valiosa, repleta de generosidad, entrega y convicción. En ese momento, tuvimos una carta para jugarnos. La decisión era atrevida, pero muy interesante.

Creo que no exagero cuando digo que literalmente recorrimos el país. Nos volvimos obreros y campesinos, convivimos con indígenas y estuvimos en muchas dinámicas sociales y territoriales. En nuestro movimiento, siempre pregonamos el tema de la política y lo social, y practicamos la lucha armada. También vivimos experiencias duras y dolorosas hasta llegar al proceso de paz. Como muchos aquí, nosotros no renegamos de esa experiencia, sino que la valoramos críticamente. En la organización tuvimos reflexiones y momentos críticos, como lo contaron también mis compañeros del ELN. En cierto momento, fueron nuestros replanteamientos y pensamientos los que nos llevaron a la política.

Valoro mucho la experiencia vivida con la tregua del 84, cuando junto con el M-19 compartimos y buscamos alternativas para la política y la solución del conflicto armado. Creo que en política hicimos lo más importante como organización, que fue proponer la Asamblea Nacional Constituyente. Esa tregua del 84 y 85 nos dejó experiencias importantes, pues implicó enfrentarse a la política, a las propuestas y a las comisiones de diálogo. Desde la militancia, algunos pudimos estar en esas comisiones de diálogo y convertir esa tregua en una campaña nacional constituyente. Pero, en ese momento, no se logró la Constituyente. Y sucedió lo que sucedió: se recrudeció la guerra.

En esa época, desarrollamos formulaciones políticas e ideas para la paz, para la solución política. Buscando una unidad política y social de los movimientos sociales, atravesamos todo ese pasaje de la Coordinadora Guerrillera. Un vacío que hay hoy en el país es no haber hecho una valoración de lo sucedido en los procesos de paz de los años noventa. Ahí hay un filón importante para el esclarecimiento.

No exagero al afirmar que el movimiento por la paz de los años noventa y las dinámicas que generó de defensa de los derechos humanos, junto con el surgimiento de los movimientos de víctimas, hicieron posible una confluencia plural, diversa, social y ciudadana muy fuerte. Ahí estuvimos también las distintas vertientes directas de los procesos de paz y sus protagonistas. Con el M-19, el EPL y la CRS nos encontramos en la REDEPAZ, en las asambleas por la paz y en múltiples experiencias de organizaciones. Así mismo, buscamos gobernabilidades mediante alianzas con algunas alcaldías, concejos y proyectos políticos, siempre con la construcción de la paz como norte. También esos procesos fueron complejos y contradictorios.

Durante los primeros años de la paz en los noventa, tuvimos víctimas directas que eran militantes. Ya en la legalidad, quienes estuvimos en la guerra hemos vivido dolores y ataques en lo político y lo social. No quiero tratar de hacer una reflexión histórica completa, pero sí reconocer que el recorrido hacia la paz ha sido complejo, y que no ha sido gratuito, sino que ha resultado de una acumulación de circunstancias, convicciones, relecturas de la realidad, decantaciones y reconocimientos.

Me siento afortunado por las experiencias que he tenido en la reintegración a la vida civil y por las distintas dinámicas de paz que compartimos con muchos de los sectores aquí presentes. Mi experiencia en la CNRR, mi reciente experiencia en el CNMH y mis incursiones en el ámbito académico han sido valiosas.

Recuerdo cuando, en una actividad en la cárcel, nuestro amigo Pirabán me invitó a que almorzáramos juntos. Hoy seguimos haciéndolo y conversando. Poco a poco, nos hicimos amigos, compartimos y discutimos, encontramos mucho en común, elementos en un filo muy importante. También con mi amigo Diego Vecino tuvimos debates, intercambios y espacios académicos en las cárceles, en las construcciones de paz y en áreas de esclarecimiento. Además, por mi labor, he podido trabajar con muchas personas desmovilizadas de distintos grupos armados. Ese espacio que construimos de las Mesas de Paz en los años noventa fue una referencia valiosa que tuvimos con las organizaciones que aquí están.

No hay nadie entre nosotros que no haya seguido viviendo amenazas. Hay cosas que se estancan en el tiempo y hay otras que, como no se perdonan, producen lecturas y desconfianzas que no parecen superarse en el tiempo. Por eso, cierro diciendo que valoro mucho este espacio, que es de amistad, fraternidad y amor, no solo entre las personas que venimos de procesos de paz.

Mi admiración es profunda por el actual trabajo de paz y por la decisión histórica de las FARC-EP de acordar la paz, a pesar de las oposiciones y resistencias que vive el proceso. Admiro a esos compañeros que han venido haciendo su propio camino, a pesar de los muchos dolores; hoy hay casi noventa asesinados. A pesar de las exclusiones y los sectarismos, los veo con la intención de abrirse e interactuar. Por eso, considero pertinente que ellos puedan estar presentes aquí.

La paz se irá completando, pero no como una paz integral. Persiste una guerra generalizada con expresiones deguerra civil; llena todavía de temores a llamar las cosas por su nombre. Esta guerra no involucró solo a grupos armados aislados, también reunió a poderes, contrapoderes y sectores sociales en determinadas regiones. Esto no fue una insurrección. La guerra, al final, no se generalizó. Como lo conversamos con Catatumbo, cada quien se esforzó por hacer la revolución y nadie lo logró. Pero hubo un proceso revolucionario y unas dinámicas que necesitan explicaciones. Sin embargo, la verdad completa no se reduce a la lectura bipolar de víctimas y victimarios. Es la que se abre a la complejidad de actores y circunstancias, como lo mencionó Lucía González.

Dejo esta píldora. Aquí ha habido una guerra civil no generalizada, y no en todos los territorios ni en los mismos momentos. Es más, ha habido varias guerras y algunas todavía se prolongan. El análisis de la guerra en Colombia es una gran tarea, en la que confluyen muchas dinámicas de paz emprendidas, muchos logros y muchas conquistas.

Francisco Caraballo, excombatiente del EPL

En primer lugar, quiero expresar mis agradecimientos y reconocimientos por la inspiración que tuvieron los amigos que convocaron a esta reunión. La importancia de este encuentro se dará en tanto seamos capaces de comprometernos a combinar las diferentes opiniones políticas, militares y de lucha.

Quiero confesarles que he vivido más de los años que tengo por cuenta de mis recuerdos y de las experiencias de los compañeros combatientes y luchadores, que trabajaron durante su vida por transformar la realidad del país y por servir al pueblo colombiano. He participado en la combinación de todas las formas de lucha, y eso seguramente es un motivo de reflexión y discusión. Pero también he participado en la búsqueda de la paz. He estado en esto desde

los años setenta —aunque algunos no quieran creerlo—, cuando surgió una iniciativa del gobierno de abrir un diálogo con el ELN. Por reserva histórica no lo había contado, pero yo fui partícipe de esa iniciativa.

Hoy vengo con seguridad y certeza política con el fin de dar a conocer en este espacio la opinión ideológica y política que tengo sobre los intentos de construcción de paz en Colombia, y sobre los fracasos de esos procesos. Eso es lo que pondré a disposición de los presentes. Este es un ejercicio importante de intercambio de opiniones diversas y que puede terminar justificándose si logramos construcciones positivas.

Ildefonso Henao y Francisco Caraballo.

Ildefonso Henao, excombatiente del EPL

Cuando estuve en el Catatumbo con el Frente Libardo Mora Toro, fui uno de los primeros convencidos de que teníamos que superar esa fase militar y negociar seriamente con el gobierno. Yo había empezado la vida militar muy joven. Estaba en la adolescencia, todavía en bachillerato, y la decisión fue un resultado de la reflexión. Creía que había que cambiar este país —y hoy lo sigo creyendo—, pero sentía que la transformación debía nacer del momento histórico de la lucha armada. Hoy pienso que ejercicios como el de hoy, a pesar de ser muy

marginales, esporádicos y puntuales, son los que nos pueden dar la visión necesaria para leer la historia de Colombia.

Acá estamos reunidos diversos grupos alzados en armas, y esa es la muestra de las contradicciones y las complejidades de las luchas. Para mí va a ser muy enriquecedor encontrarme con los combatientes del otro bando. Creo que estamos en un momento histórico y que una parte de la crisis que vivimos se debe a las radicalidades y a las formas parciales como miramos el cambio en el país. A mí lo que me anima es saber que hay que seguir luchando.

Hoy trabajo con víctimas del conflicto armado, y eso ha sido muy enriquecedor. Pienso que todavía hay una revolución, un cambio de país, un país por terminar de inventar, la tarea de encontrar cómo eso se puede hacer.

Mauricio Romero, asesor de la Comisión de la Verdad

Llevo un buen tiempo vinculado al análisis de temas asociados a la guerra y la paz. Por eso, para mí es muy grato estar hoy en esta reunión.

Una pregunta que persisto en hacerles a mis estudiantes es esta: ¿cuáles podrían ser las condiciones necesarias para que en Colombia los avances en la política y en el Estado Social de Derecho dejen de tener que pasar por la guerra y la violencia? La Constitución de 1991 fue el resultado de todas las negociaciones de los años ochenta; en el Caguán se intentó alcanzar un avance social con la negociación reciente, y los puntos 1 y 2 del Acuerdo de La Habana muestran la posibilidad de un avance social y político representado en las negociaciones de paz. Pero nunca dejó de haber dificultades. Me pregunto, entonces, cómo avanzar sin violencia ni guerra. Esta reunión abre esa posibilidad, pues ayuda a crear puentes y cercanías, a soñar juntos un futuro.

Juan Carlos Villamizar, ICTJ

A algunos de ustedes los conozco desde hace ya muchos años; a otros los conocí en el exilio, y a otros, después de las transiciones. Cuando empezamos a cocinar este proyecto —a fuego lento por el desafío que implicaba juntarlos—, me llegó a la cabeza la solución a varias preguntas que

Óscar Montealegre y yo nos hicimos un día durante una investigación en Neiva. Estábamos en esa labor, cuando Ramiro Durán, que formó parte de la dirección del Bloque Sur de las FARC-EP, llegó a la oficina de Reintegración. Me llevé la sorpresa de que él conocía a Óscar y que, incluso, me conocía a mí, pues muy pequeños habíamos estado en la misma organización. Hablando, los tres nos dimos cuenta de que teníamos la misma edad y de que teníamos varias personas conocidas.

La mía fue una generación que, completa, se fue a la guerra de diferentes formas. En esa conversación, llegamos a preguntas sin respuesta. Habíamos heredado muchas guerras y las habíamos continuado. Seguramente, se las heredaremos a otras generaciones.

Ustedes configuraron nuestra niñez, nuestra adolescencia y nuestra juventud. Ustedes formaron parte del escenario que marcó nuestra infancia y gran parte de nuestra vida. Entonces, ustedes pertenecen a ese grupo de personas que tienen las lecturas y las versiones de lo que hemos heredado. Por eso, y porque quiero tener más respuestas a esas preguntas, me siento muy afortunado de estar aquí sentado junto a todas y todos ustedes.

Luis Eduardo Celis Méndez, excombatiente de la CRS

Estoy muy agradecido por esta invitación. Soy muy amigo de Carlos Velandia, y también fui su compañero, pues entre los años ochenta y 1992 estuve en el ELN. Lo hice más bien en la dinámica social bogotana, por el buen impulso de Toño López, y acompañé a Fernando y otros compañeros. También estuve de ladito en la negociación de la CRS, por lo cual me siento parte de ese acuerdo de paz.

La Comisión de la Verdad tiene el gran desafío de aportar al país una referencia de lo que nos ha pasado en la guerra, incluyendo su complejidad y sus dificultades. Eso no va a ser fácil. Entonces, este ejercicio tiene el gran valor de contribuir a eso desde las personas que hemos estado de muchas formas en el conflicto armado y que, también, hemos ayudado a salir del mismo. Somos personas que seguimos buscando un cambio y haciendo un esfuerzo por la democracia. Por eso, este ejercicio había que hacerlo. Me siento muy afortunado de poder participar.

Antonio López, excombatiente del ELN

Agradezco la invitación de la Comisión de la Verdad, de Carlos y del ICTJ, y les doy las gracias a todos ustedes por esta oportunidad.

En mi vida tuve que tomar dos decisiones trascendentales. La primera fue meterme al ELN. La segunda fue retirarme. En el ELN me enteré de que la guerra era una operación en la que los tontos nos matábamos en beneficio de los culpables. Por eso decidí salirme del ELN junto a la CRS, cuyo principal responsable fue Fernando Hernández.

Vine a este encuentro porque no podía rechazar la invitación del padre Pacho, después de aquella afortunada intervención suya, junto con el padre Horacio Arango, en ese momento crítico en que mataron a Enrique y a Ricardo en Urabá. En ese entonces, nos convencieron de seguir en el empeño de la negociación política por la paz. Y eso hicimos. Estando en eso, me di cuenta de que la paz es una victoria incompleta. Si no hacemos prevalecer la cultura democrática, si no le quitamos la legitimidad a la guerra ni la derrotamos culturalmente, si no establecemos nuevas supremacías políticas, la paz se permanece una victoria incompleta en la mentalidad de la gente. Esto sonará duro, pero si no derrotamos políticamente a los culpables del intento de torcerle el pescuezo a la paz, esta nunca será una victoria.

Estoy aquí para compartir con ustedes, lleno de nostalgia y razones para seguir en el empeño, a pesar de todas las dificultades y asechanzas.

Fabio Mariño, excombatiente del M-19

Tengo un sentimiento muy fuerte de encontrarme con ustedes aquí por Jaime Bateman, pues este es el sancocho nacional que él siempre propuso. Soy militante de ese sancocho porque soy de origen campesino y llegué virgen a Bogotá en esos años mozos en que a los estudiantes los cogen las corrientes del momento. A mí me convenció ese cuento de que "¡Con el pueblo, con las armas, con María Eugenia al poder!".

Yo, por suerte, no tuve una formación política. En los avatares de la inquietud juvenil, esa consigna, sencillamente, se metió en mí. Luego la consigna se transformó y sacaron a María Eugenia, y ahí se puso aún más interesante. Bateman planteó el tema de "la democracia en

armas", discurso que se transformó en el "diálogo nacional", del cual él mismo se abanderó. Fui un joven que creció en los tropeles de la vida.

Luego de nuestro proceso de diálogo en el 84, estuvimos, como contó Álvaro, muy activos en la búsqueda. Entonces, vinieron los tropeles del 89, la negociación y los acuerdos de paz. Así —también después de una misa del padre Pacho en Santo Domingo— hace treinta años yo me convertí en un apóstol de la paz. Lo hice hasta que ese nombre se desprestigió cuando nombraron apóstoles a unos actores de la guerra. Ahora ando en la tarea de cumplir la palabra empeñada y me autodenomino gestor de paz.

Luz Amparo Jiménez, excombatiente del M-19

Formé parte del M-19 durante muchos años. Me vinculé estando en la universidad. Cuando me invitaron a participar en este espacio, me llamó la atención hacerlo por dos cosas importantes. Primero, porque para construir el presente hay que conocer el pasado. En ese sentido, me preocupa percibir que el actual proceso de paz mira los procesos de los años noventa muchas veces con un cierto menosprecio, si bien esos procesos tienen cosas importantes que aportar. Segundo, porque creo que la verdad se debe construir colectivamente. Aquí no puede haber una construcción de uno solo. Por eso mismo valdría la pena invitar a gente de las FARC-EP. Ese diálogo es importante. Entre más abramos el espacio, mejores serán los resultados. Es importante aclarar que todo lo que digamos es personal.

En este espacio me reencontré con gente que conocí en la guerra, con otra del proceso de reinserción y con otra más que hacía mucho tiempo no veía. Eso me encanta.

Álvaro Jiménez, excombatiente del M-19

Estoy muy contento de estar aquí, principalmente porque estamos vivos a pesar de tener un montón de muertos detrás.

Tal como lo planteó Luz Amparo, creo que las FARC-EP hacen falta. No sé por qué no están, o si no fueron invitados, pero sería rico tenerlos, porque todos somos hijos de la misma historia.

Francisco Caraballo y Álvaro Jiménez.

En mi caso, vengo del M-19, pero mi vida está muy articulada a la historia del ELN. Conocí a Alonso Ojeda cuando tenía unos diez años, porque mi hermano, que militaba en el ELN, estuvo preso con él. Además, nací en Tuluá, en el Valle del Cauca, y cuando tenía ocho o nueve años los papás se reunían en los andenes para hablar de la gente que estaba en el monte.

Siento que la historia de las guerrillas es una historia compartida, llena de dolores, tristezas, muertes, derrotas y aparentes victorias. Con la mayoría de quienes estamos aquí sentados me he encontrado en otras circunstancias. Por eso, cuando digo que me parece rico estar aquí y ver que estamos todos vivos me refiero a que de cierta manera somos muy afortunados, porque todo ha sido muy duro.

Esta es una oportunidad de hablar, pero necesitamos definir qué queremos y qué podemos sacar de aquí. Un día, Álvaro Villarraga y yo estábamos montados en un avión, asustados porque se iba a caer. Y ahí viajaban también unos tipos que apoyaban a los paramilitares, que por esa época estaban matando a todo el mundo. Además, acababa de pasar una de las masacres más terribles en el Urabá. Uno no entendía eso. En ese entonces, buscábamos que el EPL hiciera un proceso con el gobierno y queríamos que el EPL se sumará a nosotros en

la ilusión de la paz de los noventa, junto con el PRT. Era un periodo muy loco, de gente irresponsable que creía que tenía el poder.

Tuve la posibilidad de conocer el proceso del Magdalena Medio. Una cosa era pensar que la mafia era un poder con acceso al Ejército y a la Policía, pero otra cosa era ver a las autodefensas en esa región, que eran un poder real. Le gritaban a la policía, tenían el control ciudadano, manejaban Cimitarra, Puerto Boyacá y toda la zona.

Este país no está hecho para esa realidad. Pero si estas reuniones sirven para que este sea un país de verdad, me pongo contento porque lo necesitamos. Creo que nosotros somos una partecita que puede ayudarle a la parte que tiene poder real a construir país. El principal problema es que ellos no nos creen, porque para ellos no tenemos ni sabor ni saber.

Alguien me dijo que la Comisión de la Verdad parece más de reconciliación que de verdad. Yo no sé si eso sea cierto, pero tengo la certeza de que, si nos juntamos y contamos las cosas, estaremos haciendo algo útil.

Vera Grabe y Luz Amparo Jiménez.

Vera Grabe, excombatiente del M-19

Estuve dieciséis años en el M-19 y llevo ya casi treinta en la paz. Nosotros tenemos una historia de guerra, pero sobre todo una historia de paz. Uno de los elementos que más me gustan, que es al que me dedico, es pensar en la paz como una posibilidad de cambio cultural. Eso implica bajarnos de nuestra mentalidad de guerra, desarticular las violencias en todos los ámbitos y pensar sobre todo en la reconciliación desde la base. Como decía Pacho, aquí el tema no son solamente los actores que dejaron las armas y las víctimas, sino toda la sociedad polarizada y manipulable, en la que la paz ha generado aún más polarización. Una parte esencial de la paz es la reconciliación desde la gente del común, aquella que está más expuesta a los medios y esas influencias tan nocivas.

Llevo muchos años pensando también en la historia. Por eso, cuando Carlos me invitó a venir, me pareció interesante no solo por reencontrarnos, sino también porque creo que no existe una historia construida desde nosotros. Bateman nos decía que teníamos que hacer esa historia. Tenía razón, porque si no la escribimos, la escriben otros. O no la escribe nadie. La memoria es esencial, pero también lo es construir la historia. En un ambiente polarizado, la historia de Colombia tiende a desdibujarse. Por eso, en las regiones hay mucha ignorancia sobre la historia. Quien no tiene historia, o no la reconoce, no tiene identidad.

Este ejercicio es esencial, no para justificar o juzgar, sino para comprender y comprendernos, sin glorificar ni hacer apologías. Es esencial hacer un ejercicio de comprensión. Aquí, yo siempre me encuentro con el concepto de conflicto armado. No estoy parada en el uribismo, que dice que no existe, pero sí en una posición que considera que conflicto armado es un concepto muy insuficiente. Nos mete a todos, con nuestras diferentes siglas, en un mismo costal. Ese concepto resuelve muchas cosas, pero también niega otras sobre la historia. Somos una expresión de la exclusión del Frente Nacional y de una manera de ver la historia.

Mario López, con quien hice mi doctorado en España, me preguntó una vez por qué Gandhi no llegó a Colombia. Para mí, entonces, fue importante entender por qué estuvimos insertos en una influencia en que la lucha armada prevaleció. Empecé a estudiar el caso de Camilo Torres, no aquel que se fue feliz para el ELN, sino aquel que vivió esa tensión de ir o no a la guerra. Tomamos decisiones producto de una sociedad y de la forma de ver la historia. Por eso, es muy importante lo que aquí plantean: ir a la complejidad, más allá de la

relación víctimas-victimarios. Esa división, si bien implica responsabilidades, reconocimientos y derechos, no resuelve el tema de que somos gente que tomamos decisiones. Actualmente, estoy tratando de trabajar sobre Carlos Pizarro; él no es una víctima o un victimario, es un man que tomó decisiones de guerra y de paz, como todos nosotros.

Partiendo de lo anterior, creo que una parte de la historia consiste en echarse culpas. Si bien necesitamos entender que somos parte de un sistema excluyente, no podemos solo echarle la culpa al sistema. También somos parte de una forma de ver la historia. Hace unos días, me preguntaron: "Si usted hubiera leído a Gandhi en los años setenta, ¿se hubiera ido para la guerrilla?". La respuesta fue que seguramente no. En esa época leíamos a Mandela, pero no el Mandela de la reconciliación, sino el que pensaba en clave de beligerancia y lucha. Es importante entender que los actores no solo están determinados, sino que también toman decisiones.

En ese sentido, creo, y eso le decía ayer a Carlos, que hoy estamos en la paz y en la no violencia, como una forma de hacer y de luchar. Una parte importante de este país es que lo que todos nosotros hicimos es la historia de una rebeldía. La historia de la guerrilla en Colombia es en sus orígenes, así después se haya desvirtuado, una historia de rebeldía. La mayoría queríamos o queremos seguir cambiando el mundo. En un contexto tan polarizado y de negación de la historia como el que vivimos, es importante tener en cuenta ese factor. Y no para decir que somos la maravilla. Yo no me metí al M-19 porque fuera una persona frustrada, sino porque quería cambiar el mundo. La rebeldía es algo que atraviesa la historia de este país, y que se expresó en la guerra y en la paz. La paz es la gran revolución porque es cambiar el modo de ejercer un poder. Creo que este ejercicio no es solo nuestro proceso de paz, es la importancia de entender un poco más allá.

Gloria Quiceno, excombatiente del M-19

Tuve muchas dudas sobre si venir o no. Las resolví ayer con Álvaro y Juan Carlos, en vista de que, si bien hemos hecho una paz muy importante, todavía hay una guerra muy dura en la cabeza, y nosotros somos expresión de esa manera de ver al país, de ver al otro, al diferente, al que opina distinto, al que tiene otra historia y por eso doblegan. Por eso, no soportamos al Uribe que creó una oposición de derecha en Colombia, que todavía no sabemos manejar y ha

En primer plano, Luis Fernando Quijano y Gloria Quiceno.

generado polarización porque no acepta nuestra historia ni la forma como vivimos nuestra historia: como país, como organizaciones, como comunidades. Entonces, creo que ahí están tanto el aporte de la Comisión de la Verdad como el problema del país.

También vine porque tengo al frente a Alvarito, a Lucía, a Ildefonso y a muchos con los que he compartido procesos, así como a mis compañeros del M-19, en quienes tengo confianza. Tal vez, lo que me permitió la dejación de armas fue confiar mucho más en la gente, y nunca me he equivocado cuando he acompañado algo. También vengo porque acá está la gente con la que queríamos cambiar el mundo. Por ello, confío en quienes están acá. No tengo tanta confianza en las FARC-EP. Eso me ha dado brega, pero ya soy capaz de coger a Óscar Montealegre, darle un beso y preguntarle cómo está. He tenido experiencias duritas al tratar de entender lo que ha sido esta historia.

Frente al tema de la víctima y el victimario, tenemos que tener en cuenta que hay gente que sufrió mucho. El país sabe de qué estoy hablando; muchas son nuestras víctimas. En alguna ocasión, Óscar y yo nos encontramos en un mismo espacio y había una niña víctima que entró en un choque súper difícil. Es decir, esa realidad sí existe. No nos la estamos inventando.

Entonces, vengo también porque creo que debemos comprender lo que hoy le está pasando al país. No me gustaría un ejercicio para comprender lo que nosotros fuimos. Para mí, esa página ya pasó, ya forma parte de la historia, y ojalá algún día logremos que el país la entienda —aunque también sé que ya hay algo de eso—.

¿Cómo están viendo los jóvenes lo que nosotros fuimos? Hoy esos jóvenes también quieren cambiar el mundo, cambiar el país, y creo que nos falta mucho para comprender dónde está nuestro problema como nación. Creo que esa es, en parte, la grandeza de este grupo. ¿Cuál es el nudo que tenemos que zafar para encaminarnos? Nosotros ya nos enrutamos hacia la paz. Eso nadie lo echa para atrás; ni lo que han hecho ustedes, ni lo que hemos hecho nosotros, ni lo que hicieron las FARC-EP, ni lo que hace la gente en territorio. Sin embargo, creo que como país tenemos un nudo que a la izquierda no le interesa entender, o no hace el esfuerzo por entender, y creo que ahí está nuestra responsabilidad. Acá hay gente que tiene una experiencia y una vivencia. Podríamos pensar cuál es ese nudo que tenemos que mostrarle al país para, así, poder desenredarlo. En 1990 fue mucho más fácil porque tal vez el nudo de los años noventa era dejar las armas e ir a la plaza pública a defender los derechos de la Constitución.

Hoy estamos llenos de normas que defienden los derechos y de organizaciones que promueven la paz. Pero no sabemos qué es lo que nos pasa, qué nos impide vivir en un país donde quepamos todos. Necesitamos entender qué pasa cuando le dicen a Ángela María Robledo que es una victimaria para, así, anular la voz del otro. Ahora no solo se mata, sino que también se anula, se calumnia y, desde la inteligencia estatal, se agrede cualquier esfuerzo por construir paz.

No tengo confianza en las FARC-EP, porque no se juntaron con el país y prefirieron quedarse solas. En este momento, no podemos estar solos. Entonces, creo que esta mesa se puede reunir con ellos, pero cuidando que ellos no se vuelvan el tema principal. Trabajemos y después los invitamos para compartir con ellos una visión que antes hayamos construido conjuntamente.

Les agradezco infinitamente. Me siento muy contenta porque no perdí la apuesta frente a la importancia de este escenario.

Luis Fernando Quijano Moreno, excombatiente del EPL y del MIR-COAR

Soy hijo del EPL. Luego, negado por ellos, fui hijo de la combinación de todas las formas de lucha, de la JRC y del PCC-ML. Hace unos años, en una entrevista con el hijo de Yamid Amat que propició Álvaro Villarraga, dije que había logrado entender por qué me negaron, por qué, después de haber estado en las milicias del pueblo, mi salida fue tan intempestiva y fuerte. Las dos órdenes más duras que jamás recibí, las que más me impactaron, se dieron cuando me dieron la orden de hacer algo que me sacó: tuve la desdicha de tener que cubrir el famoso juicio revolucionario, aquel en que lo fusilaban a uno por cualquier pendejada, hasta por llorar. Entonces, me tuve que entregar a las FARC-EP para que me resolvieran ese asunto, y las FARC me ofrecieron una militancia directa en las Milicias Bolivarianas. Sin embargo, unos días atrás ya me había comprometido con un hombre. Él era entonces mi mejor amigo y me propuso apostarle a un proyecto maoísta: los Comandos Armados Revolucionarios, que en los años noventa llegó a tener veinticinco representaciones urbanas. Si no me hubiera comprometido con eso, habría terminado siendo un mando fariano. Estuvimos con los CAR durante un tiempo. Después, tuvimos la oportunidad de recorrer los caminos de la paz, en un proceso en que nos ayudaron la CRS, el EPL, el M-19, el PRT con Enrique y el Quintín Lame con Pablo Tattay. Por eso, pensaba ver aquí al Gordo Elías, de las Milicias del Pueblo, y en general a muchos de ellos y de otras organizaciones.

Llegamos a este camino, cuando éramos considerados unos niños por los viejos veteranos de la revolución. Pero, veinte años después, seguimos trabajando el tema de la paz urbana. Nosotros somos hijos de la guerra urbana, como lo son la Corriente, las Milicias Bolivarianas, el M-19 y el ELN con las Milicias de la Liberación. Hoy hay trescientas diez personas en la cárcel, que quieren ir a la JEP y que para ello han hablado con el padre Francisco de Roux. Quieren contar la historia real y hablar sobre quiénes propiciaron la guerra, urbana y rural. Estoy convencido de que hay que apostarle a eso. Ahí están todos. Están, entre otros, Los Buitragueños con Martín Llanos, está la gente de Daniel Rendón Herrera, está Carlos Chacra, que me mandó a matar unas quince o veinte veces.

La paz total es una necesidad. Por eso, hay que llamar a las AGC, al ELN, a Los Pelusos —yo les sigo diciendo el EPL y me sostengo— para propiciar diálogos de paz. Creo que en este espacio podríamos incluso propiciar la paz urbana y apostarle duro a la paz rural para así

lograr una paz total. Es necesario dejar de mirar al otro como el equivocado, o como el que no merece la oportunidad de asistir a este espacio. Toca trabajar con todo el mundo. Recuerdo que, después de toda la ayuda de los grupos de guerrilla, a mí mismo me tocó sentarme con las ACCU, que nos recibieron así: "Les ayudamos económicamente para que monten su corporación". En ese año, hablábamos de un proyecto de tres mil millones de pesos; un testigo del EPL escuchó todo. Lo único que les dijimos fue: "Lo que nosotros queremos es que nos dejen hacer la transición en la que estamos".

En el MIR-COAR, vimos morir mucha gente. Muchos de quienes estuvieron con nosotros murieron, asesinados con bombas, por ejemplo. Pero aquí estamos. Me siento orgulloso de verlos a todos ustedes aquí. Aprovechemos la oportunidad. Queremos ofrecer lo que tenemos, lo que sabemos y lo que hemos construido. Estamos creando bases importantes. Ponemos a disposición la reconstrucción de la memoria y la verdad. La verdad se nutre de aproximaciones de todas partes. No existe una sola verdad absoluta, existen aproximaciones.

Enrique Flórez, excombatiente del PRT

Yo también soy hijo del PCC-ML. Pero a nosotros no nos obligaron a salir de casa, sino que nos expulsaron. Esa expulsión nos llevó a un recorrido, que, a su vez, nos condujo a conformar la tendencia del PRT. Desde ahí, participamos en la Coordinadora Guerrillera y luego, conmigo como parte de la mesa negociadora, hicimos el ejercicio de negociar con el gobierno. Después del acuerdo, entre 1991 y 2003, trabajé en el proceso de concertación, donde creamos un Comité de Voceros y, junto con distintos directores, generamos programas e iniciativas, que todavía no se han podido valorar. Luego, participé en distintas alcaldías de Bogotá, donde adquirí experiencia en temas de seguridad y convivencia.

Cuando Carlos me invitó aquí, lo primero fue felicitarlo. Nosotros mismos llevábamos varios años tratando de hacer algo así, con Álvaro Villarraga, Fernando Hernández e incluso con la FUCUDE, desde donde presentamos varios proyectos junto con la Corporación Nuevo Arcoíris. En ese camino, hablé con Sergio Jaramillo y Rafael Pardo para recoger la experiencia del proceso de concertación. Pero eso no le interesaba a nadie. Incluso, los tres fuimos a La Habana a ver si las FARC-EP estaban interesadas en conocer nuestra experiencia.

Les entró por un oído y les salió por el otro. Fueron muy poquitas cosas que lograron un eco. Así fui entendiendo que éramos incómodos para el gobierno.

Después de volver de La Habana, por circunstancias de la vida y por la gestión y la insistencia de Clara López, me vinculé al CNR. Ahí fui asesor de Clara. Ahora llevo dieciocho meses en el CNR, desde la ARN, como encargado de fomento de la economía solidaria. Ahí entendí las razones de nuestra incomodidad. El Gobierno no estaba dispuesto a hacer con las FARC-EP muchas de las cosas planteadas en nuestros propios procesos. Lo advertí, sobre todo, cuando les entregué a unos altos funcionarios la legislación de paz que nosotros produjimos, una de cuyas claves es el concepto de favorabilidad. Entonces, uno de ellos me dijo: "Mire, Enrique, no siga insistiendo en la favorabilidad, porque a esta gente no le vamos a dar ninguna favorabilidad. Vamos a dejar que el sistema se encargue de ellos, que se utilicen los mecanismos comunes y corrientes". Justamente ese ha sido uno de los grandes obstáculos del proceso.

A pesar de todo eso, soy un convencido de lo que dice Luz Amparo sobre la importancia de nuestras experiencias. Puede ser un poco tarde, sobre todo para la dirigencia de las FARC-EP. Pero en el ejercicio que estoy haciendo en los territorios he encontrado receptividad en los mandos medios, en aquellos combatientes que no tienen la carga de valoración de lo que fue nuestro consejo ante la Coordinadora Guerrillera. A mí me impresiona mucho que nunca se mencione la Constituyente ni nuestros procesos de paz, como si se hubieran borrado. Pero, en la cotidianidad de la reincorporación, uno puede ver muchas lecciones de lo que hicimos, sobre todo en relación con las personas, con cómo organizarlas, con cómo preparar a los guerrilleros para la transición. Ahí hay muchas enseñanzas.

Muchos de quienes estamos aquí hemos venido para reivindicar nuestras propias experiencias de paz, para hacerlas visibles al país y dejar un testimonio de lo que representamos, de nuestros aciertos y nuestros errores. Creo que debe haber una reflexión que nos permita reconocer los errores que cometimos, de los cuales, al finalizar el proceso en 2003, quedaron unos puntos sin resolver, como el de los proyectos productivos, no valorado suficientemente en el proceso con las FARC-EP. Es más, a veces pienso que el acuerdo de reincorporación de las FARC-EP es una mala copia de nuestro acuerdo. Hay muchas cosas que podemos mirar y este escenario puede ser importante para eso.

El principal reto de este escenario es establecer un diálogo franco y sincero con las autodefensas, superando a la vez el dolor y la rabia que todavía nos produce el hecho de que en los

Montes de María acabaron con nuestra gente, de que mataron a todo nuestro liderazgo, y de que en Bolívar y Sucre asesinaron a buena parte de nuestras bases sociales. Quisiéramos poder entender y dar respuesta a muchas preguntas sobre las motivaciones y la realidad de ese proceso. Ante esa oleada de violencia, a nosotros nos tocó salir de ahí. Este puede convertirse en un escenario de reflexión, análisis y reconciliación, y ahí la Comisión de la Verdad y todo ese dispositivo que se está montando pueden jugar un papel importante. No va a ser fácil, pues hay muchos episodios muy dolorosos, así como reclamos que todavía tenemos que hacer. Pero, entendiendo la calidad de este escenario y lo que podemos aportar al país, vamos a hacer el esfuerzo.

José Matías Ortiz, excombatiente del PRT

No es fácil ser el último en hablar en un escenario como este. La mayoría de ustedes me conoce como comandante Valentín González, jefe del PRT. Hay mucho que aportar para construir esa narración que se plantea hoy con el auspicio de Carlos, de ABC Paz, del ICTJ y la Comisión de la Verdad.

Si les soy sincero, yo había perdido la esperanza de que el proceso de los años noventa pudiera aportar algo a los procesos actuales, no solamente al de las FARC-EP, sino también al del ELN. El paso de nuestros delegados por La Habana nos dejó un sinsabor. Sentimos que ese proceso no quería saber nada de las experiencias de paz de los años 90, 91, 93 y 94. Cuando Enrique me daba información al venir de La Habana, no era claro si la falta de interés obedecía a un criterio político, según el cual estos procesos no habían servido para nada, o si era más bien el reflejo de una actitud soberbia de los comandantes de las FARC-EP, pero también de Sergio Jaramillo. Se acordó incluso un segundo taller, que nunca se hizo. Simplemente se olvidó.

Para mí es muy grato saber que ahora tal vez haya un chance de rescatar algo de esos procesos de los años noventa y de aportar así a la reconciliación nacional y a los procesos de diálogos de paz que hoy se realizan. Esa es mi expectativa y mi intención.

También fui uno de los fundadores de la CGSB, junto con Jacobo, Pizarro, el cura Pérez, Ernesto Rojas, el Turco Fayad y Vera, entre otros. Muchos de ellos ya están muertos. De ese proceso hay experiencias que de manera generosa podríamos entregar al esfuerzo de

esclarecimiento de la Comisión de la Verdad. De la Coordinadora también tengo mis historias con Francisco Caraballo, mi antiguo jefe, pues también yo surgí del PCC-ML y el EPL, de donde nos desprendimos a mediados de los años setenta.

También tuve una experiencia en la Constituyente del 91, que fue un aporte enorme a la reconciliación nacional y un pacto de paz. Estuve entre los setenta y dos colombianos que durante cinco meses discutieron sobre el contenido y el ordenamiento de la nueva Constitución. Esa Constitución implicó algunas discusiones con dirigentes de las FARC-EP, pues, como ustedes saben, ellos nos declararon a la mayoría de nosotros objetivos militares cuando nos desmovilizamos. Cada uno ha hecho su propio proceso, cuando ha visto la necesidad de negociar. Cuando como CGSB viajamos a La Habana y a otros países, comenzamos a discutir sobre la posibilidad de una negociación con el gobierno.

La Constitución del 91 es un hecho que deberíamos debatir a profundidad en el proceso que hoy se inicia. De ese escenario, como un escenario de paz y reconciliación, hay mucho que aprender. La reconciliación es un asunto que con las FARC se exacerba, dadas la carga mediática y los errores propios de esos procesos.

Después de la desmovilización del PRT en 1991 en el corregimiento de Ovejas, Sucre, cumplí un mandato del movimiento y sostuve algunas reuniones con ganaderos de ese departamento para buscar la reconciliación. Entre ellos, estaba Diego Vecino. La nuez de estos procesos es no solo la paz política y militar, sino también la reconciliación de la sociedad. Entonces, los ganaderos se reunieron con nosotros. Años después, sin embargo, resultaron siendo miembros activos de las autodefensas de Sucre y de Córdoba. Como bien decía Enrique en el caso del PRT, en la paz hemos perdido más gente que en la guerra. Solo en los Montes de María nos han asesinado más de sesenta compañeros. Esto no ha parado. Y no es un asunto exclusivo de las autodefensas, como podrán testificar más adelante. También hubo participación de la fuerza pública, en especial del BAFIM de Corozal, que se mueve por Malagana hasta la frontera con Cartagena. Los dirigentes que no consiguieron asesinar se salvaron porque los sacamos de la zona. Los que se quedaron están muertos.

Vine porque quise. A mí nadie me pagó para estar acá. Y me alegra muchísimo la posibilidad de retomar esos elementos truncados de la Habana. Estamos a tiempo de contribuir a narrar y escribir nuestra historia, antes de que Darío Acevedo termine escribiéndola por nosotros.

María Camila Moreno, ICTJ

Del EPL también estaba invitada Raquel Vergara, pero no pudo venir porque está en Barranquilla. También tuvieron problemas para llegar otros miembros de las AUC como Iván Roberto Duque, Jorge Iván Laverde, Nodier Giraldo, Rodrigo Pérez y Fredy Rendón. Por último, invitamos a Henry Caballero y Pablo Tattay, del Quintín Lame, pero no pudieron acompañarnos.

Gloria Quiceno, excombatiente del M-19

Los que estamos acá somos hermanos porque nos conocimos el día en que se instaló la Comisión de la Verdad. Eso da confianza. Para mañana, sin embargo, hay un listado de personas con las que ha habido fuertes tensiones. Planteo la necesidad de hablar con ellos previamente para poder lograr un nivel de confianza como el de hoy.

SEGUNDA PARTE: ASPECTOS METODOLÓGICOS GENERALES

Carlos Arturo Velandia, excombatiente del ELN

Hoy vamos a definir colectivamente algunos aspectos metodológicos y de contenido para así darles curso a la actual mesa de trabajo y a otras futuras mesas de trabajo. De este modo, lo quehagamos hoy será importante para lograr un buen ejercicio y buenos resultados. Eso hará que valga la pena este esfuerzo.

Algunos compañeros se han excusado por razones de agenda o por viajes. Debido a eso, unos no han podido llegar y otros se retirarána media mañana. Pero todos tenemos el compromiso de darle continuidad a esto en las próximas jornadas.

Segundo día de la primera sesión de la Mesa de Excombatientes.

Lucía González, Comisión de la Verdad

De la jornada de anoche quedaron el entusiasmo y la certeza de que este espacio es absolutamente necesario. Vamos a ponernos de acuerdo en algunas reglas de juego para así tener una jornada eficiente, respetuosa y efectiva. Primero, vamos a proponerles apagar los celulares, o al menos dejarlos en silencio. Si alguien tiene que contestar una llamada de emergencia, le pedimos que salga por favor para hacerlo. Segundo, es muy importante que podamos hablar con sinceridad, franqueza y delicadeza, especialmente hacia los sujetos. Sobre las ideas se puede hablar duro, pero ojalá no tengan que aparecer en esas discusiones los asuntos personales.

María Camila Moreno, ICTJ

Hay una regla más que queremos proponer para cuidar este diálogo y este espacio. No deberíamos caer en la paranoia y decir que aquí todo es absolutamente confidencial, pues eso

no es realista. Pero algo básico es que nada de lo que se diga aquí puede ser atribuido a nadie. Esta se llama la regla de Chatham House. Consiste en que se puede comentar cualquier idea o contenido, pero nunca mencionar quién dijo qué. Esa regla generará la confianza necesaria para una conversación franca y profunda.

Lucía González, Comisión de la Verdad

Yo insisto en que dejemos esto fuera de las redes sociales y fuera de los medios. Eso nos va a ayudar mucho, porque los medios, como ya nos pasó en otro momento, pueden terminar por enloquecernos. Eso se vuelve muy difícil de manejar. Entonces, en la medida de lo posible, mantengamos un bajo perfil hasta que definamos qué información dar.

Álvaro Jiménez, excombatiente del M-19

Anoche mencioné la posibilidad de que aquí estuviera gente de las Fuerzas Armadas. ¿Es posible o no?

Lucía González, Comisión de la Verdad

Eso lo podemos incluir en la discusión sobre la metodología. Pero creo que hay una lógica, y es que estamos construyendo una reflexión desde los grupos sesgados al margen de la ley. En algún momento, podremos establecer un diálogo con ellos.

Lo otro es, ¿a cuáles Fuerzas Armadas invitar? ¿Las que están en ejercicio o las que están fuera de ejercicio? Esa es una condición demasiado distinta. Pero creo que sí podemos abrir un espacio tanto para las Fuerzas Armadas como para las FARC-EP. En cuanto a las FARC, habíamos pensado lo siguiente. Primero, este es un ejercicio que vale la pena hacer en el sentido de que se cuenta con cierta distancia y cierta reflexiónque nos pueden poner en un lugar. Segundo, estamos seguros de que, si las sentamos aquí, las FARC pueden resultar demasiado fuertes y comerse la agenda.

Creo que es importante llamar a miembros de la fuerza pública que se encuentran activos, pero no en este momento. No es conveniente convocarlos, mientras no tengamos claras muchas cosas. Además, no sé si con ellos aplique la misma lógica de conversación que tenemos nosotros. Sugiero abrir un espacio más adelante. Pero también eso lo dejamos para que lo discutan entre ustedes.

Al fondo, Álvaro Villarraga, Ildefonso Henao, Vera Grabe, y Luis Eduardo Celis. En primer plano, Medardo Correa y Alonso Ojeda.

Medardo Correa, excombatiente del ELN

Discrepo un poco. Sé que hay muchos cuestionamientos a las FARC-EP, pero ellas son determinantes en esta época y en esta etapa que inicia el país. Son un actor importantísimo, si estamos hablando de un posconflicto que se proyecta en el tiempo. Queda cojo un simposio que no tenga en cuenta a ese actor de la violencia colombiana; un actor que, para bien o para mal, tuvo y tiene una incidencia en lo que puede ser el futuro del país.

Como ejemplo para el mundo y las generaciones futuras, me parece importante que las FARC estén aquí. Sin bien cometieron muchas embarradas, todos las hemos cometido. Y se trata de que están haciendo un esfuerzo. Ayer estuvieron aquírepresentantes de las autodefensas. Es una osadía que a un simposio como este lleguen personas que saben que se van a enfrentar a una verdad que les atañe, y de manera no muy suave. Entonces, tengamos en cuenta que ese actor del conflicto armado tiene que estar presente. Yo no tengo miedo de que absorban la discusión. Ellos tienen muchísimos lunares y tienen que venir a ser autocríticos y a reconocerse como victimarios.

Lucía González, Comisión de la Verdad

Quiero hablar en nombre de la Comisión de la Verdad. No quiero dejar la sensación de que hay alguna reserva con las FARC-EP. Con ellos tenemos la mejor relación y reconocemos el esfuerzo inmenso que hacen. Con ellos, además, existen varias mesas de trabajo, una de las cuales es una mesa central para el relato que quieren construir. Las FARC han estado absolutamente dispuestas a apoyar y acompañar todo el SIVJRNR.

Avancemos en la metodología y luego podemos mirar la conveniencia de las invitaciones adicionales. Es necesario resolver la metodología, porque nosotros no tenemos eso resuelto. Tenemos ideas, pero queremos construirlas con ustedes e incluir así sus intereses, aportes e ideas.

TERCERA PARTE: ¿VALIÓ LA PENA ALZARSE EN ARMAS? & ¿VALIÓ LA PENA DEJAR LAS ARMAS?

María Camila Moreno, ICTJ

Quisiéramos retomar la conversación de anoche. Varias cosas fueron puestas sobre la mesa y vale la pena abordarlas, pero desde una perspectiva todavía más centrada en su experiencia y en los grupos a los que pertenecieron.

Entonces, la pregunta para esta conversación es si valió la pena alzarse en armas y si valió la pena dejar las armas. Insisto en que no se trata de hablar de eso desde la perspectiva general

del grupo, pues para eso ya vamos a tener tiempo. Quisiéramos seguir ambientando más bien la reflexión personal.

En el segundo bloque, queremos ponernos de acuerdo sobre cuáles son los temas en los que queremos profundizar en las siguientes sesiones. Eso nos permitirá empezar a construir entre todos esta narrativa de lo que ha sido el conflicto armado desde la experiencia de los grupos a los que ustedes pertenecieron.

Carlos Velandia, excombatiente del ELN

Esta es una de esas preguntas que invitan a la reflexión,pero que al menos a mí no me toman por sorpresa. Principalmente, porque ya hay una distancia entre el alzamiento en armas y la dejación de armas. Y ese tiempo me ha permitido reflexionar y darle una mirada introspectiva a lo que ha sido mi vida.

A mí todo se me quedó a medias y nunca pude completar un objetivo concreto. Cuando era joven, quise ser médico y en mi casa me apoyaron. Ingresé a la Facultad de Medicina, un gran logro en esos años y una ilusión para mi familia. Mis padres pensaban que como médico iba a poder atender a la familia y ayudarlos económicamente. Pero abandoné la carrera a mitad de camino, no les di a mis estudios la prioridad que exigía convertirse en médico y me metí por los vericuetos de la revolución. Asumí la lucha armada muy joven, en la universidad. Después, ya siendo un insurgente urbano, me fui de la casa en medio de tropeles y eso fue una ruptura no solo con la familia, sino también con el barrio, los amigos, los compañeros, incluso la novia. Esas decisiones tienen esas implicaciones.

A pesar de eso, la pasión era grande y servía para animarme. El fin era, junto con una organización y con el pueblo, lograr conquistar el poder para hacer grandes transformaciones; es decir, para hacer la revolución. Con los años, nuestra organización definió una estrategia de varias fases denominada Guerra Popular Prolongada, GPP. Una primera fase consistía en acumular una dinámica de fuerzas; la segunda, en equilibrar estas fuerzas, y la tercera, en tomar una decisión y lograr la victoria de las fuerzas revolucionarias sobre las fuerzas reaccionarias. Asumimos que eso era posible, porque pensábamos que el Estado estaba en una crisis insoluble e insuperable. La toma del poder parecía estar cerca.

Corrieron los años y fui entendiendo que esa Guerra Popular Prolongada del ELN se había transformado en una Guerra Putamente Prolongada. Empezaron a surgir contrastes. Eso era obvio en un contexto en que algunas organizaciones hermanas habían dejado las armas y empezado a construir, sin ellas, caminos de lucha política. Primero creímos que estaban equivocados. Es más, los declaramos traidores de la causa y, como ya se observó aquí, los sometimos a un cierto trato por haberse desmovilizado. Pero después el propio ELN se metió a buscar una solución política al conflicto. Lo hicimos porque no encontramos el acceso al poder por la vía exclusiva de las armas.

Ya después se dieron otras circunstancias que me tocaron de manera directa. Una de ellas fue mi captura.

Yo fui preparado para la guerra. Fui jefe militar y comandante de tropas. En mi oficio, lo único que tenía que hacer era ganar batallas, nada más. Ni siquiera tenía que ocuparme de adquirir recursos económicos, porque de vertir lo necesario para ganar la guerra se encargaba el conjunto de la organización. Así, uno termina mirando la realidad del país por la mira del fusil. El enemigo era mi misión.

En esas circunstancias, me eligieron como miembro de la dirección nacional del ELN. Después, fui capturado y llevado a juicio. Estar preso me abrió una puerta al diálogo por cuenta de los internos. Pacho Galán y yo estábamos en la misma cárcel. Como ellos estaban en el monte y nosotros acá, nos asignaron la representación de escuchar al gobierno y contarles lo que pasaba. No había instrucciones claras, pero debíamos mantener la relación. Para mí, los primeros momentos fueron complejos. No sabía hablar con nadie. Nunca había hablado con nadie distinto a quienes eran parecidos a mí.

Entonces, un día llegó Víctor G. Ricardo, tocó en la celda y dijo: "Yo soy del gobierno y represento al gobierno y la sociedad". El choque fue brutal. Yo no lo reconocía como un representante de la sociedad. Le dije: "¿A usted quién lo eligió? A usted no lo eligió nadie". Y él me contestó "¿Y es que a usted lo eligió alguien?".

Ante la llegada del gobierno, de miembros de la sociedad, de empresarios, embajadas, iglesias y víctimas, lo primero que uno tiene que hacer es escuchar y luego hablar. Ese aprendizaje me costó más trabajo a mí que a Francisco, pues era mucho más receptivo. Yo, en cambio, estaba predispuesto a negar el diálogo y a buscar una salida por la fuerza. Al fin y al cabo, el oficio que principalmente había ejercido me marcó el carácter.

Pasaron los años y pasé a representar al ELN en los diálogos de paz. He estado en conversaciones de paz y de búsqueda de caminos hacia la paz consecutivamente con tres gobiernos a lo largo de diez años. Hacia el tramo final de ese tiempo, Francisco y yo empezamos a cuestionar la validez de la guerra y la lucha armada. No sabíamos con quién discutirlo y teníamos que ser cuidadosos, porque esos temas estaban vetados en el ELN. Ese cuestionamiento era una herejía de aquí a la luna. Nació nuestra convicción de que la guerra hay que acabarla mediante el diálogo. Pero, ¿cómo convencer a la organización? La teníamos difícil.

Buscamos a las personas con las que teníamos una buena relación, escribimos unas cartas y empezamos a tocar el tema y problematizar eso dentro del ELN. En su respuesta, Gabino y Antonio García no se comprometían mucho. Nos decían: "Manejemos esto con mucho cuidado. Que no salga a la base. El combatiente no puede saber que, entre nosotros, en la dirigencia, se producen este tipo de análisis porque va a cundir el pánico. No podemos estar cuestionándonos la vía armada". El trámite de las discusiones era entonces muy lento, tenía cartas cifradas, era muy complejo. Pero ellos no se negaron a discutirlo.

Al final, tomamos algunas decisiones. Le comuniqué a Pacho: "Yo no disparó un tiro más. La libertad está cerca. Se me plantea o volver al monte para seguir una lucha armada en que no voy a participar o quedarme en la ciudad o irme al exilio". El exilio fue mi decisión. El mismo día quedé en libertad, le comuniqué al país, al gobierno y al ELN que ofrecía mis servicios para contribuir a la solución política y negociada del conflicto.

Eso le cayó al ELN como un baldado de agua fría. En algunas estructuras, existía la ilusión de que, al salir Felipe —ese era mi nombre de guerra—, iban a tener un comandante que de verdad los apoyara y dirigiera las batallas. En esas condiciones, para el ELN y para mí fue muy complicado mantener una relación orgánica. Definimos, entonces, una manera amistosa y fraternal de hacer mi separación. Eso fue para mí un alivio. Creo que para ellos también, pues era muy complejo tener a un comandante con dudas sobre la validez de la lucha armada. Ahí, la toma del poder se me quedó a la mitad.

En mi ámbito personal, me casé y tuve hijos. Pero tener hijos es muy diferente a criar o formar. Entonces, ayudé a engendrar dos hijos maravillosos y extraordinarios, pero nunca estuve a su lado y ellos, nunca al mío. No pude incidir de una manera adecuada, en especial cuando más me necesitaban. Primero, porque estaba en la guerra. Después, porque estaba en la prisión. Finalmente, porque estaba en el exilio. En esas situaciones, los hijos no caben.

Están en la distancia, del otro lado de las rejas. Ellos pasaron situaciones muy difíciles, en parte al tener que asumir mi clandestinidad y la de su madre. Tuvieron que cambiarse los apellidos. No podían contar historias normales como las de sus amigos. Iban creciendo y les preguntaban: "¿Y su papá qué es?". Respondían: "Mi papá es comerciante". Tenían que inventar historias, pero sentían la necesidad de tener historias de verdad para poderlas contar. También eso se me quedó a la mitad.

Hoy, por fortuna, creo que podré lograr algo completo: el final de la guerra. Por eso, me he empeñado con alma, vida y sombrero y sin tregua a ayudar a que la guerra se acabe en el país. Creo que estamos a punto de lograrlo. En términos históricos, la guerra está en una fase final. Yo tengo ese gran objetivo. Es vital para mí y creo que lo puedo lograr. Así que, sí. Sí habrán valido la pena todas estas vueltas, si conducen a dejar al país sin guerra. Esta paz, sin embargo, se debe construir con la sociedad.

Luis Fernando Quijano, José Matías Ortiz, Juan Carlos Villamizar, Francisco Caraballo, Antonio López, Luis Eduardo Celis y Gloria Quiceno.

Luis Eduardo Celis, excombatiente del CRS

Sobre la pregunta de si la lucha armada valió la pena quiero decir que fuimos una generación para la cual vivir en la rebelión armada fue un imperativo. Y para eso hubo razones, causas y justificaciones. A pesar de que siempre fui un hombre de ciudad y del mundo social, emprendí la lucha en el ELN. Me siento parte de ese proyecto, de esa rebelión armada de la que hemos participado muchos y muchas de los que estamos aquí. Fue una opción plenamente consciente, guiada por un sentido histórico. El país llevó a una generación a coger ese camino. Hubo razones, un ambiente y un contexto, y un conjunto de cosas que abrieron ese camino.

Vivimos intensamente ese proyecto, como también escogimos intensamente el camino para salir. Hace unos años, le dije a la mona Vera que para mí el camino del M-19 fue definitivo, cuando dijeron que esto había que cerrarlo en el 89. En ese entonces, pensé que era un paso tenaz. Pero terminé por convencerme de que había que cerrar esa rebelión armada. En el ELN había, por supuesto, gente que pensaba así. Por eso creo en el gran hombre que empujó eso dentro del ELN, que fue Fernando Hernández. Luego, cuando de la Corriente salimos con la idea de actualizar la lucha armada, fue Fernando quien dijo que no había que actualizar nada, que había que cerrar esa lucha.

En lo personal, yo dejé de creer en la rebelión armada no por una consideración ética. No pensaba en que le hacía tanto daño al país, ni en cómo afectábamos a las comunidades. A diferencia de ustedes, nunca viví ese daño del que muchos participaron. Yo estuve en Bogotá, en una burbuja distinta. Mi vida personal fue diferente. No estuve en una estructura armada, sino que fui un hombre del mundo social, a pesar de que siempre estuve en contacto con los armados bogotanos. Yo dejé de creer en la rebelión armada más bien por un tema de eficacia. Pensaba que no iba a resultar y que no teníamos posibilidades reales de éxito.

Debo confesar que yo no me salí del ELN porque yo no acompañé a la Corriente. Cuando se armó en el 91, yo no salí del ELN. A mí me echaron porque era amigo de todos los de la Corriente, de Fernando y José Aristizábal. Ahora creo que me hicieron un favor. Si en el 91 me hubieran dicho que me fuera para algún lado, me habría ido. Entonces, en mi valoración personal, la rebelión armada tuvo su momento, sus posibilidades y sus dinámicas. Y también tuvimos la decisión de cerrar eso. Para eso fue clave el paso que dio el M-19. El M-19 dejó

una huella en la historia del país. Su decisión de cerrar la rebelión armada hizo que en cada organización hubiera gente que copiara y empujara el mensaje.

Como no soy político, no me toca decir que hice una rebelión armada en la que hubo cosas de las que me arrepiento. Hay compañeros en la vida política activa a los que les toca decir que lo que hicimos fue perjudicial. Creo que la rebelión armada no convocó al país, pero sí que marcó la historia contemporánea. En algunas regiones, el alzamiento armado tuvo mucha fuerza, como en Urabá donde la cosa fue impresionante.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

La pregunta es difícil porque requiere contexto histórico. Al construir la paz, lo primero que uno siente es el impacto de que ya no se puede justificar la guerra. En el EPL, nosotros estuvimos veinte años en un proyecto insurgente y bélico. Pero ya llevamos casi treinta años más construyendo la paz. Ese valor hay que verlo históricamente, porque si uno se ve confrontado a afirmar hoy la lucha armada, de ahí puede salir algo que se malinterprete, y hasta uno mismo se resiste a decirlo. Nuestra respuesta se dio en un contexto histórico en que el sector de la juventud tenía la mirada puesta en la rebeldía.

Confieso que no era un enamorado de las armas ni directamente de la lucha armada. La tomé, más bien, como un compromiso político y social, propio de la militancia y de la simpatía con las redes políticas y sociales del PCC-ML, el M-19 y el EPL. Lo hice también desde una profunda simpatía por los proyectos socialistas de Cuba y China, y por los movimientos de liberación nacional de África. Me atrajo aquella lógica de una lucha armada que se veía próxima a un proyecto interno y de un proyecto internacional de transformación revolucionaria.

Éramos muy jóvenes, pero la decisión de tomar las armas se dio no por presión, sino por una opción voluntaria y libre. Incluso, me dieron un tiempo para pensarlo. Irme significaba abandonar dos carreras, dos universidades, la familia y el entorno social. Significaba un cambio de vida. En esa época, la militancia era un apostolado total; se hablaba en lenguaje leninista y se era un revolucionario profesional.

Tomé la decisión conscientemente y fue una decisión política con todas sus consecuencias. Yo viví algo particular, pues nosotros teníamos una estructura política y una militar. Aunque llevaba ya cuatro años —habiendo comenzado a mis quince— de trabajo político dedicado

ciento por ciento a la revolución, me tocó la doble militancia de manera inmediata. Ingresé a la estructura urbana del EPL, a las fuerzas especiales en la estructura militar, pero en las acciones urbanas pronto resulté siendo también el comisario político. Mi perfil estaba más en la estructura militar que en el punto de vista político. En general, mi trayectoria política fue mala.

Soy de los que se resiste a renegar de la experiencia armada. Fue una realidad social y política, y tuvo una justificación, un discurso interpretativo y una violencia que se sustentaba no solo en argumentos teóricos y formulaciones políticas, sino también en las realidades vividas. Estábamos en un país violento. Yo había sido dirigente estudiantil. Me tocó estar cerca del asesinato de varios compañeros y cargar a otros compañeros heridos en las refriegas estudiantiles. Era un momento de violencia política. Entonces, hubo contextos explicativos y discursos. El argumento de nuestra organización no era desatar la lucha armada, sino canalizar todas esas conflictividades hacia una perspectiva revolucionaria. Además, estaban el entusiasmo revolucionario y la coherencia revolucionaria.

Fuimos cambiando de tesis políticas. En 1980, un Congreso adoptó con fuerza la tesis de la lucha política sin negar la lucha armada y se distanció del maoísmo para esforzarse por una interpretación del marxismo-leninismo en la realidad colombiana. Nos autocriticamos el sectarismo y el dogmatismo y nos buscamos acercar y reconciliar con el resto de la izquierda. Dijimos que era errado el boicot y el rechazo a la farsa electoral, y que la aspiración debía ser participar en elecciones; eso sí, exigiendo garantías y teniendo el ideal de ganar en la lucha política. Nos planteamos un partido legal, que luego se materializó en la UDR, y como consecuencia de ese giro cambiamos de opinión sobre el tema de la paz. Hicimos la tregua con Betancur y con ella la propuesta de la Constituyente.

Yo veo ahí un desarrollo coherente de una politización del conflicto, de una búsqueda de respuestas de acción política. Eso significó un debate muy fuerte en el seno de la organización y condujo a una serie de cosas como crear la JRC, que tuvo mucha influencia en el movimiento estudiantil. Luego, creamos el Frente Popular, que alcanzó a tener una representación parlamentaria, diputados, concejales, etcétera. Intentábamos debatir, pero estábamos en medio del proceso de paz en el 84. Después vino una época muy dura de guerra. La consigna era generalizar la guerra civil. Fortalecimos al EPL. Lo hicimos hasta llegar, en la dirección del Comité Central, a la decisión de paz en 1989.

Ese año, tuvimos un profundo debate, legítimo, consciente y organizado, mientras nos preparábamos para un Congreso Clandestino. Ahí pusimos en revisión toda la línea, y a mí me tocó el trabajo de una de las comisiones. (Aquí está Francisco, otro camarada de ese Comité Central). Los veintinueve del Comité nos dividimos en seis comisiones. A mí me tocó la Comisión de Estrategia, con tres camaradas más: Bernardo Gutiérrez, un camarada cuyo nombre no menciono porque se ha mantenido en la clandestinidad y Eduardo Ramírez. Al redactar las tesis de estrategia fuimos a parar en unas reflexiones, que llevamos a la plenaria del Comité Central. Eran cuestionamientos a la guerra, no solo a la táctica y a la posibilidad de la Constituyente, sino a la posibilidad de reformular la guerra como tal.

Es difícil separar lo individual de lo colectivo, porque aquella fue una tarea de reflexionar, hacer el balance y ver las posibilidades de la guerra. No se dio de un día a otro y significó un debate tan intenso que nos llevó a la división. Pero la mayor parte de la organización optó por la paz. Vimos lo del M-19 como algo positivo, pero no dependimos de eso. Tuvimos nuestro propio proceso de producción política, de reflexión y construcción de línea. En esa reformulación, planteamos la propuesta de la Constituyente y la refrendamos. Hubo una división e incluso cuestionamos elementos del marxismo-leninismo. Nos acercamos más a la tesis de la democracia y la soberanía popular. Eso nos llevó a la decisión de paz.

En 1989, declaramos una tregua unilateral. Aún unificados, llamamos a la Comisión de Notables y sustentamos la tesis de la Constituyente a partir de la tesis de la soberanía popular y la democracia directa. También planteamos reformular el proyecto estratégico de la guerra, y lo discutimos con las FARC-EP, el ELN y el M-19. Tuvimos coherencia, cuando en el país cobró fuerza la convocatoria de la Constituyente. Para mí, es difícil separar lo individual de lo colectivo, porque ese fue un proceso colectivo. Pero, claro, el tema de la paz ya venía cada vez más fuerte desde 1989.

Francisco y yo llevamos unos debates muy intensos a nuestro Comité Central, al Estado Mayor Central y a todas las conferencias, tanto las regionales del partido como las de las estructuras regionales del EPL. Creo que valió la pena. A diferencia de Guatemala y Salvador, Colombia no tuvo una solución global de paz. Aquí, el proceso ha sido traumático. Pero cada insurgencia lo ha hecho aparte, y ahora se dan otros pasos complementarios.

Álvaro Jiménez, excombatiente del M-19

Nosotros tenemos por delante toda una valoración histórica. Y eso nos obliga a esperar a que pase el tiempo para encontrar reflexiones sobre la guerra; para poder hacer calificaciones sobre lo que vivimos como colectivo y como país; para saber si lo que hicimos tuvo o no un sentido.

En mi caso hablaré sobre lo individual, pues así entendí la pregunta. Nací en el Valle del Cauca, en una zona donde era muy importante la actividad de los movimientos estudiantiles y de la organización sindical de los cañicultores. Crecer en ese clima me marcó la vida. Desde temprano, me encontré con una gran influencia política. Primero, por medio de la ANAPO y su movimiento político, presente en mi barrio, el barrio Victoria, de Tuluá. Y después, el 19 de abril de 1970, cuando le pusieron una bomba a Bárbara Cataño, una lideresa del barrio, que por el atentado quedó en silla de ruedas. Ese hecho nos impactó a todos.

Durante el bachillerato, conocí las demandas de los estudiantes en la interlocución institucional entre el Batallón de Buga y la Escuela de Policía Simón Bolívar de Tuluá. Primero, cuando intervenía la Escuela, nosotros la hacíamos correr y ellos a nosotros. Pero después, cuando la cosa se salía de madre, llegaba el Batallón y nos daba bala con fusiles G3. Posteriormente, en 1976, explotó la huelga de Río Paila, que fue importante en esa dinámica del Valle del Cauca. Esos contextos fueron creando unas circunstancias y me fueron formando.

En esa época, llegar a la lucha armada no era difícil. Y yo no llegué a la lucha armada antes que a la lucha política. Lo primero que hicimos fue respaldar la candidatura de Socorro Ramírez a la presidencia de la República por el PST. Pero separar lo uno de lo otro era muy complejo, pues la guerra ya estaba ahí. Había un contexto y a ese contexto llegamos.

En el camino de la guerra, aprendimos un montón de cosas y desaprendimos otras. Por ejemplo, desaprendimos a hacer la guerra cuando Pizarro nos dijo que íbamos hacia la paz. En estos días, hablando con Vera, le dije que nuestro proceso fue una locura. Empezó en una reunión en el Tolima donde Pizarro botó el rollo, y luego se dio porque por esos días, además, andábamos con otras películas un poco complejas en la cabeza.

Vivir como viví y hacer lo que hice valió la pena. No puedo ponerme a hablar de justificaciones de la historia de este país. Para eso, hay que dejar que el tiempo mismo aclare las cosas, porque hay mil valoraciones posibles. También valió la pena haber abandonado la guerra y, como organización, haber llegado a la paz. Abrazamos esa paz con la misma fuerza,

el mismo fervor y el mismo entusiasmo con que abrazamos la guerra. Por eso, una vez tomada la decisión de la paz, terminamos en el abrazo de la paz interior. Eso nos llevó a interactuar hasta con quienes no querían la paz. Nos puso en escenarios muy diversos.

Con Oti hicimos un montón de cosas. Estuvimos con el EPL cuando hubo decisiones importantes en el Urabá. También empujamos el tema del Quintín, acompañamos a Valentín y a las ACMM. Lo hicimos con la misma fuerza, el mismo compromiso y el mismo vigor que tuvimos para las acciones de propaganda armada, de creación de frentes y las operaciones militares. Lo que no ha valido la pena es el reguero de muerte y el dolor. Eso no lo saca uno tan fácilmente. Acá también hay angustias y tristezas. Pero yo quiero rescatar la vida. Y, en ese sentido, sí valió la pena.

Hay una mezcla de relatos de dolor y angustia, pero también de satisfacciones. No creo que este tiempo y esta generación puedan decirle al país si fue importante o no el episodio de violencia que vivimos y que aún persiste. Hay que dejar que el tiempo haga sus ajustes. Pero, en lo personal, la respuesta es que sí valió la pena. Seguramente, mi mamá no estaría de acuerdo, pues para ella significó perder a sus hijos hombres. Yo me fui de la casa cuando tenía dieciséis o diecisiete años y solo volví tras salir de la cárcel a los veintiuno. Entonces, responder a esas preguntas depende de la persona. Ninguna mamá a la que se le murió un hijo dirá que valió la pena.

Vera Grabe, excombatiente del M-19

Yo tengo una historia un poco rara. Soy hija de emigrantes alemanes y desplazada de otra guerra. Crecí en un ambiente muy protegido. No fui víctima de la violencia acá y viví una historia diferente. Por eso, también las búsquedas fueron distintas, si bien al final desembocaron en lo mismo.

Crecí en un ambiente donde existían el Che Guevara, la Revolución cubana, la injusta realidad de este país y Camilo Torres, y donde rápidamente nos empezamos a preguntar qué podíamos hacer. En ese ambiente, estaba la idea de que la revolución era armada. A mí no me gusta mucho hablar de guerra ni de conflicto armado, pues no me metí a la guerra porque me gustara —de hecho, una guerra había afectado a mi familia—. Eso lo discutí en su momento con Pizarro, pero él me decía que la guerra era un solle, pero al final él la hizo a fondo.

Luz Amparo Jiménez, Vera Grabe, Álvaro Jiménez, Lucía González y Medardo Correa.

No me entusiasmaba ver a los compañeros mirando las armas. Ese no era mi cuento. Pero esa era la corriente y el contexto en que estaba, y por eso las lecturas deben ser contextuales. El ambiente de esa época le daba a uno dos opciones: la revolución armada o la revolución pacífica de los *hippies*, y esta última para muchos de nosotros no era la opción. Pero creo que, si en los años setenta hubiéramos conocido a Gandhi, tal vez habríamos hecho otro tipo de revolución.

A la revolución la fui buscando en la Universidad Nacional, después en la Universidad de los Andes y finalmente, como no me gustaban las FARC-EP ni el EPL ni el ELN porque eran muy sectarios, y como para mí uno de los valores más importante es la libertad, me encontré con la gente del M-19, cuando aún no se llamaban así.

En el M-19, yo podía ser como soy. En el ELN, en cambio, uno tenía que pasar un montón de pruebas para finalmente entrar; era como entrar al cielo. Por otro lado, el EPL me parecía una secta tenaz, y las FARC tampoco me llamaban la atención, pues yo nunca me sentí comunista. Por mi modo de ser, no tuve militancias previas. Entonces, en el M-19 encontré

un espacio para ser como era, con mis miedos e incertidumbres. Eso no fue fácil, porque al final la estructura militar termina alineando a todos.

Con base en todo lo anterior, y mirando en perspectiva el proceso del M-19, yo creo que en lo político sí valió la pena. El M-19 transformó culturalmente la revolución en Colombia. Cuestionó la idea de que uno estaba en la revolución para sacrificarse, a pesar de que sabíamos que podíamos morir.

En el M-19, la revolución era una fiesta. Uno la pasaba bien a pesar de la confrontación y había un ambiente en que uno se sentía cómodo. Por eso, creo que el M-19 contribuyó a cambiar la cultura revolucionaria religiosa; por ese aporte, valió la pena estar ahí. El M-19 también fue una búsqueda, y eso vale la pena. Claro que tiene sus dolores. Por ejemplo, a mi papá por la guerra le tocó irse del país. Por otro lado, la maternidad también es frustrante cuando uno está en esos cuentos. Los años perdidos no se recuperan. En el balance personal, aparecen los dolores de la familia; no poder ejercer la maternidad como hubiera querido. La vida es así. Es compleja.

Yo hice la guerra para entender la paz. El gran hallazgo de mi vida ha sido la paz. En estos treinta años, he aprendido que la paz tiene muchas opciones y que siempre vale la pena. Mientras escribía mi primer libro, le decía a mi hermana que se trataba de mostrar que, si bien fuimos derrotados, el proceso no fue una derrota. Sí valió la pena la paz. No tanto por los resultados, pues hacer un balance nos daría frustración, pero sí como decisión. Lo que hizo Pizarro no se ve en el resultado de la paz, que obviamente fue importante porque permitió la Constituyente, sino en haber sido capaces de dejar atrás la guerra. Valió la pena haber cambiado ese paradigma. Esa herejía, como la llamaba el propio Carlos, valió la pena.

Una vez, una investigadora paisa estaba escribiendo unos textos sobre las mujeres no contadas y me preguntó si para mí la paz valía la pena. Ella había estado en África y allá decían que la paz era una frustración porque no cumplía todos los deseos. Le dije que para mí había valido la pena por el solo hecho derecuperar la posibilidad de salir a la calle, ver a mi gente, ver a mi hija, poder ser yo, poder hacer otras cosas. La última etapa de la guerra la pasé encerrada en Bogotá durante tres años en la clandestinidad. ¿Qué revolución es esa, si mi única misión es cuidarme para que no me maten? Es fundamental recuperar la posibilidad de la vida, y siento que si uno viene de la guerra la valora más. La paz ha valido la pena en muchos sentidos, en la política, en el acuerdo, en la posibilidad de las transformaciones personales, en la paz como

revolución y en la posibilidad de hacer de la paz una oportunidad educativa para cambiar de mentalidad. En otras palabras, la paz permite cambiar de paradigmas, cambiar la manera cómo vivimos.

En conclusión, creo que sí valió la pena, tanto lo uno como lo otro, con los dolores y todos los avatares de la violencia.

De espaldas, María Camila Moreno. Alonso Ojeda, Ildefonso Henao, Álvaro Villarraga y Fernando Hernández.

Alonso Ojeda, excombatiente del ELN

Me voy a remontar un poco al pasado para tratar de entender y para poder orientar algunos cuestionamientos que tengo del orden fisiopatológico. Ustedes saben que soy médico y me he interesado mucho por esas cosas. Como le comentaba ayer al Paisita (*Medardo Correa*), una de las últimas apreciaciones válidas del profesor Emilio Yunis, que desafortunadamente nunca compartió, tuvo que ver con que, para él, la vocación de los colombianos a la guerra y violencia tiene marcadores genéticos.

Vengo de Ocaña, Norte de Santander, del Catatumbo, una zona marcada por la violencia desde hace tiempos. La violencia liberal y conservadora mató a dos de mis tíos; uno murió en las calles de Ocaña a manos de las fracciones conservadoras y el otro, en una pequeña finca en la Cordillera. Eso marcó mi vida, y por eso soy consciente de las vivencias de esa violencia. Hoy, ese pueblo ha sufrido por las acciones del ELN, en especial por la voladura de oleoductos, ya que el petróleo ha llegado a las fuentes de agua y así el Carmen tiene profundas limitaciones para recibir ese líquido. Hace muchos años, un sacerdote escribió un libro titulado *Lo que el cielo no perdona*, que mostraba todos los atropellos de la policía conservadora de esos tiempos. Ahí ya estaban las masacres históricas en el Carmen, un pueblo de Norte de Santander lindo, bonito, liberal, echado palante, hoy objeto del dolor producidos por esas cosas absurdas del ELN como volar los oleoductos.

Fui a la Universidad Nacional. Allá llegué muy joven. Era el primer hijo de la familia en entrar a la universidad. Mi madre estaba angustiada, porque yo vivía solo en una residencia, y entonces me mandó una carta diciendo que buscara apoyo y compañía en la Iglesia. Ella es muy católica. Yo fui a la capilla de la universidad a buscar al padre, que se llamaba Camilo Torres Restrepo. Ahí comenzó la historia.

En esa época, Camilo ya estaba en el debate sobre el deber del cristiano. Sin embargo, ahí comenzó un enganche que se fue prolongando. Pero, mientras Camilo decidía qué hacer, yo me encontré con Francisco Mosquera Sánchez, otro santandereano, con quien participé en el MOEC. En ese entonces, había muchas historias, muchos sueños, muchas cosas con lo armado. Recuerdo que nos tocaba atender campesinos que venían de zonas armadas, que se estaban levantando en armas, medio lumpen, medio políticos. Era una cosa rara.

Pacho Mosquera y yo nos retiramos del MOEC cuando surgió el movimiento con Camilo. El 22 de mayo de 1965, Camilo llegó con sus maletas a la Universidad Nacional a decirnos que se iba a Lovaina a terminar sus estudios. Junto con Julio César Cortés, Hermida Ruiz y otro grupo de gente, le pedimos que no se fuera, mucho menos cuando la revolución estaba a punto de triunfar. El pobre Camilo ya iba como salvándose de ese tierrero, pero se emocionó y antes de su vuelo agarró el micrófono para decir que no se iba y que iba a ponerse al frente de la revolución colombiana.

En un momento, Camilo nos dijo que nos fuéramos a estudiar a Cuba sobre lo que significa una revolución socialista en construcción. Entonces viajamos y estando allá, el 15 de febrero

de 1966, recibimos una llamada. Nos informaron que al cura lo habían matado. La muerte de Camilo cambió nuestros planes. Nos devolvimos a Colombia y al llegar nos dimos cuenta de que la situación estaba dura. Había mucha represión. Pacho Mosquera llevó la discusión sobre la muerte de Camilo, sobre si fue correcto o no. Después, Pacho me dijo que nos fuéramos a Medellín, pues estaba organizando un nuevo movimiento, que terminó siendo el MOIR. Fue una expresión, fundamentalmente, de partido y de la necesidad de un partido que dirigiera el proceso revolucionario colombiano. Con el tiempo, le he dado la razón en muchas cosas. Pero, en ese momento, pensábamos que era cobardía y falta de calzones. La revolución necesitaba cojones y personas que cogieran los fierros. Toda esa cosa absurda nos hizo daño. Por esa discusión, terminé rompiendo con Pacho.

Volví a Bogotá. Mi padre murió y aplacé la decisión de irme a la guerrilla, porque para atender las necesidades de mis hermanos menores debía acabar mi carrera. Me terminé inclinando por la cirugía, el manejo de la anestesia, los traumatismos abdominales, etcétera. Luego hice el internado en el Hospital de Cúcuta. Y después, por contactos y orientaciones del ELN, nos ubicamos en Aguachica, muy cerca de Ocaña. Un día, estando allá con Fabio Vázquez, a una compañera se le disparó la pistola. La bala le rompió el diafragma y el hígado. Nos tocó sacarla de las montañas del Magdalena Medio y llevarla a Ocaña, donde la operó el gran cirujano Gustavo Silva. Como agradecimiento a su gestión, el ELN lo secuestró.

Me fui a la guerrilla cuando las condiciones eran gravísimas. Nos dividíamos en grupitos de sobrevivientes de entre diez y quince personas. Eran épocas duras. Apenas teníamos una ropita que nos mandaban y unas boticas que, cuando se dañaban, había que arreglar con un pedazo de caucho y una macetilla. Así, nos metimos a una zona en que nos cogieron la fiebre amarilla y la tifoidea. Gabino se enfermó y nos tocó sacarlo.

En esa época, nos encontramos con los grupos PJ justo cuando estaban organizando el famoso paro contra López Michelsen del 14 de septiembre. Los PJ tenían contacto con gente que había venido de Vietnam. Comenzaron a explicar lo que ya Pacho había dicho, que esto necesitaba un partido político bien organizado. Entonces, decidimos hablar con Gabino, lo logramos convencer, y juntos decidimos quienes irían a Cuba a sacar de la dirección a Fabio Vázquez, pues tenía una cantidad de cosas terribles. Ahí comenzamos a hacer trabajo político y yo me encargué de estudiar la posibilidad de un primer intento de insurrección general con los obreros de Río Paila.

En medio de eso, nos encontramos con Enrique Santos, que nos sugirió hablar urgentemente con un conocido suyo. Resultó ser Jaime Bateman. Nos reunimos y logramos una integración berraquísima. Por esa misma época, el Paisa estaba hablando con Marulanda Vélez y Jacobo sobre la posibilidad de constituir un frente revolucionario. Marulanda estuvo de acuerdo, aunque le costó un poquito de trabajo aceptar a los del M-19. Pero, cuando nos volvimos a reunir con Gabino, un compañero le había metido el cuento de que queríamos el desmonte del ELN. Así, esa integración terminó mal.

Fabio Mariño y Gloria Quiceno.

Fabio Mariño, excombatiente del M-19

Yo creo que sí valió la pena. Y esta es una respuesta no solo contextual, sino también personal. Anoche les contaba que soy un muchacho campesino, hijo de campesinos, que vio en su infancia a hombres armados que no eran carabineros de la Policía, sino miembros del ELN. En ese entonces, andaban por Simacota, Santander. Entonces, mi primera influencia armada, sin tener ninguna formación política, fue ver en un aviso la imagen de un señor barbado,

alto y con sombrero junto a la frase: "Recompensa mil pesos. Vivo o muerto. Fabio Vásquez Castaño".

Esa formación desde niño me permite decir que valió la pena meterme en lo que me metí. Primero, estuvo la formación en valores cristianos que me dieron en la escuela, donde también nos enseñaron geografía e historia. Además, al ser de un pueblo de la Ruta Bolivariana, conocí a Bolívar desde chiquito. Era mi amigo. Lo dibujaba y así conocí sus batallas en vivo, mientras la maestra de la escuela, la profesora Carmen, nos las contaba.

Luego me fui a estudiar y entré en el movimiento estudiantil. Allá me cogieron los vientos de la revolución. El accidente más hermoso de mi vida fue encontrarme con los valores del M-19, que proponía como referente fundamental a Bolívar: el mismo Bolívar que me había formado en la escuela pública del campo de un pueblo, el Bolívar del que mi papá, un hombre de la ANAPO, me hablaba cuando contaba que sus antepasados habían estado en su Ejército. Uno de esos casos era el del coronel Frank Ignacio Fariño, un cura revolucionario, un bandido que organizó las guerrillas del Llano, a las que llegaron Santander y, después, Bolívar cuando se voló de Bogotá en 1812 para que no lo mataran. Mi papá me contaba eso con el orgullo de la historia. Él no sabía que eso me iba formando y que iba fomentando una identidad que luego encontraría en el M-19.

Entonces, ¿cómo voy a decir, en este resumen de mi vida personal, que no valió la pena haberme metido en un cuento que en ese momento era el mejor? Por eso mismo, ya Vera dijo que esa fue para nosotros la mejor opción y que la vivimos intensamente porque significaba la posibilidad de triunfar. El M-19 me permitió desarrollar mi vida, mis sentimientos y mi historia.

Vengo recorriendo el profundo país del perdón y la reconciliación. Fui secuestrado por el Ejército en las caballerizas. Allá estuve con Luz Amparo. También fui desaparecido y torturado en las brigadas militares. Cómo no decir que valió la pena, si he sido capaz de perdonar en medio de la guerra. Con absoluta certeza, les digo que soy un militante del perdón y de la reconciliación, y que serlo es un fundamento básico para que el país pueda salir del enredo de la polarización, de los intereses y los odios. Cómo no decir que valió la pena haber participado, haber salido vivo de esos tropeles de la guerra y de la tortura. Cómo no decir que valió la pena haber participado de lo que creíamos que había que hacer: la revolución.

Viví intensamente una tarea con Afranio Parra, un bandido que desertó de las FARC-EP, un pintor, gallero, enamorado, músico y poeta con el que hicimos las Milicias Bolivarianas. No soy de los que se arrepiente, porque, en lo personal, ¿cómo no voy a estar orgulloso de lo que hice? Hoy no puedo estar de acuerdo con algunos dirigentes que dicen que fue un error y que se arrepienten. Hay que valorar la historia y las decisiones en su momento. Lo dijo Navarro hace ocho días en un contexto feísimo: "Hay que valorar el contexto en que se toman las decisiones". No creo que sea bueno decir que fue un buen matrimonio y un mal divorcio. En mi caso, yo viví intensamente ese compromiso de hacer la revolución con las armas en esa carreta bonita batemaneana que reivindiqué anoche. Primero la política que las armas; después, abanderados de la democracia en armas, y desde hace más de veinte años, abanderados de la paz.

No hubo una discusión profunda, ni hubo sorpresa alguna, como en el bolero aquel, cuando se tomó la decisión de poner en práctica lo que siempre se había dicho que era la política: no a las armas. Entonces, cómo no voy a estar orgulloso de haber participado en los diálogos del 84 con Belisario y de haber hecho los trajines de la guerra, aunque no me interesa hacerle apología a los tiros. Cómo no va a ser bueno haber participado en la decisión del 9 de enero de 1989, cuando Pizarro, a nombre del M-19, firmó con el gobierno y sus delegados un documento con dos puntos centrales para desenredar el nudo de la guerra y las contradicciones, para mostrar que las diferencias no son el problema, sino que el problema es la riqueza. Ese día, se firmó un documento escrito en una máquina Remington que prestó un cabildo de una comunidad indígena del sur del Tolima. Hasta ese momento, el M-19 había propuesto construir la democracia y tumbar al gobierno, mientras el gobierno proponía destruir a la guerrilla. Entonces, cuando en aquel documento convocamos al país a construir una democracia plena y a desmovilizar la fuerza guerrillera, adoptamos la propuesta del gobierno y el gobierno adoptó la nuestra.

Lo anterior se llama resolución de conflictos, una teoría que estudian hoy en el mundo. Muchos de nosotros somos investigadores de esos temas por las decisiones que se tomaron en Colombia para tratar de arreglar el conflicto armado o para acabarlo. Entonces, cómo no va a ser bueno haber participado de todo eso. He venido defendiendo la decisión de la palabra empeñada ante un país que nos quiso. Aún en medio de los horrores y errores de la guerra, el

país nos quiso. No todo, pero hubo gente que nos quiso. La decisión valió la pena. Se hizo un poquito tarde, pero valió la pena.

Ahora estamos defendiendo la paz contra lo más terrible, que es querer matar la memoria. Un pueblo que deja que maten su historia es un pueblo fácil de dominar. En el Caguán, el gobierno y la guerrilla de turno dijeron públicamente que era la primera vez que un gobierno se reunía con la guerrilla para negociar. Ese desconocimiento de nuestro proceso nos afectó. Nos ningunearon, no solo como personas, sino también como parte de la historia y del país. Por eso, es bonito estar acá para contarles que en estos últimos treinta años he trabajado terca y apasionadamente por la educación para la convivencia y la reconciliación.

Estoy convencido de que los problemas más delicados que tenemos en Colombia no son la guerra ni el narcotráfico, porque esa es la manipulación en la que nos meten por la ignorancia impuesta. Son la corrupción y la impunidad. Eso hay que traducírselo a la juventud. Hoy tengo una excelente relación con la juventud en la universidad, porque me pongo de ejemplo para hablarles de errores que ellos no deberían cometer. Por eso digo que debemos tener cero apologías a la guerra, lo cual no quiere decir que no se conozca la historia de las brutalidades que cometimos y que la guerra comete. No es fácil hablar de esto por fuera del contexto. Mi contexto fue el M-19. Hoy, es la lucha por la paz.

Soy militante del perdón, porque lo aprendí a ejercer el día que salí de la tortura hacia la cárcel. Perdoné a mis torturadores absolutamente en serio. El único lío que tengo es con un médico que estuvo en la tortura para garantizar que no me muriera, para que pudieran seguir cascándome y sacándome información. Incluso, tengo resuelta la desaparición de mi hermana por culpa mía. Era una muchachita juiciosa, que se fue a estudiar a Europa y se casó con un mexicano. Antes de irse a vivir a México, vino a despedirse de la familia. Éramos llavecitas. Por eso nos queríamos despedir. En ese momento, yo estaba de *boy scout* en el Caquetá, en granjas campesinas. El 12 de febrero de 1988, la desaparecieron en Neiva. La desaparecieron por el apellido, aunque nada tenía que ver con el M-19. Por todo eso, con amor y pasión, he venido profesando el perdón como una necesidad para desterrar demonios, y la reconciliación como el respeto de las diferencias.

En lo personal, uno sigue siendo un militante universal, en especial en el campo de ser irresponsable. Por ejemplo, tal vez seré irresponsable en un rato si tengo que irme por los compromisos que tengo en el campo de la educación para que algunos jóvenes no sigan el mal

ejemplo. En conclusión, nosotros nos desmovilizamos en un momento crítico, porque en ese momento se estaba dando el baile rojo. El M-19 le hizo un homenaje a la UP al desmovilizarse en las condiciones más adversas. Ofrezco mi corazón como un territorio liberado de odios, listo para la gran cosecha de la paz. Ofrezco mi corazón como un territorio despejado de violencias. Yo sé cómo se perdona, porque creo que es más difícil pedir perdón que perdonar.

Medardo Correa, excombatiente del ELN

A mí me desplazó la violencia de los años cincuenta, cuando era un campesino acomodado del Norte del Valle. Tras la muerte de Gaitán, la violencia aumentó y tuve que salir con mi familia hacia Ansermanuevo, Valle del Cauca, y después hacia Cartago, donde hice mi secundaria. Recuerdo que lloraba porque amaba el campo y no entendía porque me sacaban de allá. Y digo esto porque las motivaciones que luego me llevaron a comprometerme con el cambio social van más allá del simple conocimiento teórico o de un estudio de la sociedad colombiana. Es decir, hubo razones objetivas y subjetivas para tomar las armas y buscar un estado de justicia social.

Vine a estudiar a la Universidad Externado de Colombia. Estuve ahí cuatro años y luego me enrolé en el ELN, donde conocí algunos elementos teóricos de las revoluciones. Si no hubiera sido un desplazado de la violencia, no habría tenido el rencor ni la frustración que hicieron que, al sonar de las campanas, me sumara rápidamente a la rebelión. Había condiciones objetivas y subjetivas. Pero sin esa fuerza interior, sin ese deseo de venganza, tal vez me hubiera ido por otro lado. Esas condiciones emotivas y subjetivas fueron determinantes para asumir compromisos como el de hacer una revolución.

No me tomó mucho tiempo decidir irme al monte. Pero sí me costó decidir no volver a asumir las armas como una forma de lucha. Lo irracional, lo subjetivo, produce efectos más inmediatos. En cambio, lo racional es una cosa más demorada. Por eso, llegar a la conclusión de que la guerra había terminado fue tan demorado para el ELN y otras organizaciones. Las organizaciones son como los seres humanos. Tienen una historia y funcionan bajo su psicología más que bajo sus conocimientos teóricos. Para mí, fue importante comprender las motivaciones que me llevaron a dejar a mi familia, a mis costumbres y todo esto para irme a pelear.

Eso también fue posible por las condiciones exteriores. Quién iba a imaginar que en el continente iba aparecer la Revolución cubana y que eso le iba a tocar todas las fibras a un joven como uno. La revolución cubana dejó secuelas que siguen activas. Para unos, la Revolución se unió a esa impotencia y esa frustración, y para mí, los pocos conocimientos que tenía entonces fueron como un caldo de cultivo para tomar la decisión. Había un ambiente, y nos fuimos con la idea de la revolución y de hacerla rápido. Pero allá la marrana comenzó a torcer el rabo. Comenzamos a ver que no era tan fácil y que la Revolución cubana no se podía repetir tan inmediatamente. Comenzaron a aflorar muchas cosas, porque el deseo interno era encontrar una salida personal que estuviera combinada con una salida para los demás. Lo cierto es que la ambición y el deseo individual de encontrar una especie de liberación siguieron jugando. Por su parte, por un malentendido de lo que era lo colectivo, lo individual comenzó a sentir un golpe.

Entonces, a la guerrilla llegaron los fusilamientos y las cosas horrorosas. En ese momento, hasta las entendía, pero transcurrido el tiempo uno se da cuenta de que la revolución no iba a ningún Pereira. Cuando hablé con el compañero Hipólito, discutí con él sobre el M-19 como una organización mucho más humana. Es decir, uno puede sentirse orgulloso de haber pertenecido al M-19, porque había unos principios humanistas que impidieron que en las confrontaciones se llegara a los hechos dolorosos que nosotros vivimos y de los que fuimos partícipes. Por eso, había todavía más motivos para renegar de una lucha que había implicado hacer cosas que estaban mucho más allá de lo presupuestado en términos humanos. Entiendo a muchos compañeros del ELN que en este momento no quieren saber nada de nada. Pero también entiendo a los compañeros del M-19, que, en su interior, manejan unos criterios mucho más humanistas, aunque también les haya ido muy mal.

Pero tampoco soy un renegado. Si no hubiera sido por esa experiencia en la guerrilla, no sería el hombre que soy ahora. También perdoné, y ese proceso me llevó a una confrontación conmigo mismo, en la que conseguí una paz interna y me perdoné. Por eso, ahora me queda más fácil perdonar a los demás. No estoy arrepentido, porque hice la catarsis de ir hasta el fondo, pero también porque creo que la revolución misma puede hacer una catarsis, entrar en procesos de reflexión que permitan establecer unas bases para que esas experiencias no se repitan. En ese sentido, quería resaltar un poquito el grupo de Replanteamiento, porque ahí buscamos ir al fondo de un tratamiento inhumano contra nosotros mismos. Pero la

revolución en ese momento, sobre todo en la forma, no tenía las condiciones para mirar ni para aceptar lo que estábamos proyectando en relación con un replanteamiento verdadero de la organización revolucionaria.

Si bien en el M-19 eran más humanos, en un momento les dijimos que tuvieran cuidado, pues tal vez iban hacia el lugar de donde nosotros habíamos venido. Decían que no, que la guerra se necesitaba, que había que hacerla. En ese momento, yo no iba contra la guerra. Más bien, estábamos planteando una reflexión. Cuando uno empieza a hacer un análisis de las cosas, de entrada no puede renunciar al elemento de la guerra, y mucho menos podíamos hacer eso en ese entonces, cuando en Colombia todavía había condiciones para justificar el levantamiento armado —incluso hoy las sigue habiendo—. Había que hacer una honda reflexión sobre una experiencia. Al ver a los compañeros del M-19, uno se da cuenta de que cuando ellos hicieron su negociación llegaron a las mismas conclusiones a las que habíamos llegado nosotros en ese debate en el ELN. Y lo mismo pasa ahora en las FARC-EP. En conclusión, si hubiéramos hecho un replanteamiento, quizá habríamos evitado muchas muertes.

Me pone contento estar aquí hoy. No esperaba que estuvieran los compañeros de las AUC. Me parece muy bueno. Tienen que ser muy valientes para poder compartir un espacio, donde la mayoría está del otro lado. Eso es un ejemplo para los políticos. Aquí estamos entre combatientes. Creo que nos podremos entender y que podremos construir.

Edwar Cobos, excombatiente de las AUC

Quiero compartir con ustedes el siguiente comunicado:

> Comunicado a la opinión pública:
>
> Los integrantes del Colectivo Nacional de Desmovilizados de las AUC, reunidos en su Conferencia Nacional, queremos expresar a la opinión pública lo siguiente:
>
> 1. Reiteramos a la sociedad colombiana nuestro compromiso inquebrantable de continuar aportando y trabajando en el fortalecimiento de la institucionalidad y la consecución de una paz genuina, estable y duradera. Así mismo, manifestamos al señor presidente, doctor Iván Duque Márquez, la imperiosa necesidad de

Óscar Montealegre y Edwar Cobos.

concluir exitosamente el proceso político de paz iniciado con las extintas Autodefensas Campesinas de Colombia, articulando y fortaleciendo los sistemas de justicia transicional, Justicia y Paz, y JEP; cumpliendo así el Estado colombiano y nosotros los desmovilizados con lo pactado en los procesos de paz.

2. Hemos transitado por doce años las vías de la justicia transicional a través del componente jurídico de nuestro proceso de paz, la ley 975 de 2005, también llamada ley de Justicia y Paz, contribuyendo así a la verdad de lo sucedido. Han sido más de sesenta macrosentencias, miles de horas de versiones libres individuales y colectivas que les permitieron a las víctimas visibilizarse y conocer la verdad de lo acontecido, lo que constituye su legítimo derecho y nuestra mayor obligación. También, y como un aporte que juzgamos necesario e insoslayable, expresamos nuestra decisión de acudir con nuestra verdad y conocimiento a los mecanismos no judiciales de construcción colectiva de verdad creados en los procesos de paz como son la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad y el Centro Nacional de Memoria Histórica.

3. Adherimos y nos sumamos a la iniciativa del señor Fiscal General de la Nación, expresada en el pasado proyecto de reforma a la justicia, sobre la necesidad de dar término a la conclusión exitosa y definitiva de la ley de Justicia y Paz y la ley 600 de 2000. No se puede mantener sub judice a miles de postulados y colombianos que hemos cumplido íntegramente con los deberes y mandatos de esas normas. Tampoco se entiende por qué hay dos sistemas de justicia transicional, cuando fue a un solo conflicto al que lamentablemente asistimos los actores del mismo.

4. Expresamos por este medio a nuestros amigos desmovilizados, a los postulados de la ley de Justicia de Paz de las extintas Autodefensas Campesinas de Colombia privados de la libertad en Colombia y allende de nuestras fronteras, igualmente a los postulados a la ley de Justicia y Paz de las diferentes organizaciones guerrilleras que se acogieron a este sistema de justicia transicional con quienes hemos venido trabajando mancomunadamente que no descansaremos hasta que el último postulado recobre su libertad. Todos los integrantes de este colectivo estuvimos no menos de nueve años privados de la libertad en cárceles y sabemos nosotros y nuestras familias en carne propia lo que esto significa y duele. Nuestro anhelo y trabajo están puestos en que todos los desmovilizados retornemos al seno de la sociedad, recuperando nuestros derechos civiles y políticos plenos. Porque así, y sólo así, podríamos hablar en verdad de una paz positiva, una paz integral e inclusiva que no tolera exclusiones ni diferenciación o discriminación entre quienes fuimos actores de un mismo conflicto armado.

Colectivo Nacional Excombatientes AUC.

Colombia, marzo 21 del 2019.

Se anexan dos hojas de firmas que incluyen a quienes no aparecen aquí por cuestión de logística, pero igual estamos todos los exlíderes o excomandantes y miembros de las bases de las autodefensas reunidos en este colectivo: Rodrigo Pérez Álzate, Fredy Rendón Herrera, Edwar Cobos Téllez, Jorge Iván Laverde Zapata, Óscar José Ospino Pacheco, Manuel de Jesús Pirabán, Ramón Isaza Arango, Luis Arango, John Fredy Gallo, Dorancé Murillo, Oliverio Isaza Gómez, Nodier Giraldo Giraldo, Iván Roberto Duque, Luis Eduardo Cifuentes Galindo,

José Baldomero Linares, Arnubio Triana Mahecha, Edgar Ignacio Fierro Flórez y Leonardo Montealegre.

Bibiana Mercado, Comisión de la Verdad

Ayer entregaron el comunicado. El padre Francisco lo recibió y agradeció la confianza en la Comisión de la Verdad, así como el hecho de que estén dispuestos a avanzar con los mecanismos extrajudiciales. Estas acciones han reflejado la importancia de la verdad histórica.

Lucía González, Comisión de la Verdad

Esa es la ventaja y el valor agregado con respecto a la búsqueda de la Fiscalía, y tenemos mucha esperanza de que ustedes aporten mucho ahí.

Edwar Cobos, excombatiente de las AUC

Digamos que quedó por fuera de la mención directa. Pero lo que planteamos en el comunicado es acudir a los mecanismos no judiciales de construcción colectiva de verdad creados en los procesos de paz.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

Cerca de cuatro mil de ustedes se presentaron a Justicia y Paz, y hemos recibido importantes contribuciones a la verdadde más de trece mil personas. Esa es una experiencia muy positiva, inclusive mayoritaria. Algunos no lo hicieron y fueron certificados negativamente, pero son muy pocos. Hay trece mil personas que están contribuyendo a la justicia transicional y a la verdad; además, junto con fuentes de víctimas, nos permitieron en el CNMH hacer una serie de informes sobre el paramilitarismo en las regiones de Colombia. Creo que ha sido una contribución voluminosa a la verdad. En virtud del trabajo del CNMH, logramos recuperar

historias muy completas y sinceras de lo que fue la actuación del paramilitarismo en las regiones.

Edwar Cobos, excombatiente de las AUC

Por eso, distinguimos entre desmovilizados y postulados. Los postulados son quienes solo están en la 975. Nosotros arrancamos con toda la población de desmovilizados, porque en últimas el colectivo es de todos ellos.

A la pregunta de si valió la pena alzarse en armas y si valió la pena dejar las armas quiero responder esto. Si bien es cierto que hemos reconocido y seguimos reconociendo un daño causado, a nosotros como autodefensas, y también de manera personal, no nos queda la menor duda de que en su momento valió la pena defender nuestra vida y nuestra honra.

Lo primero que tenemos que empezar a tener claro es la diferencia entre lo que fueron las Autodefensas Campesinas de Colombia y lo que se denomina el paramilitarismo. Nosotros no nos reconocemos como paramilitares. La gran mayoría de la dirigencia de esa extinta organización llegó ahí por una convicción y una identidad ideológica. Indistintamente de las circunstancias personales, de las que a veces es incómodo hablar porque puede sonar a justificación, hemos aceptado y reconocido que hay cosas que sucedieron que no son justificables. Cuando estoy en escenarios judiciales frente a las víctimas, yo uso mucho esta frase: "No se puede justificar lo injustificable". Por eso, anticipo que ningún relato personal puede sonar nunca a justificación.

Cuando era un niño de doce años, en una finca de mi familia en el corregimiento de La Renta, en Lebrija, Santander, allá donde quedaba la antigua carretera que va de Bucaramanga a Barranca, fui herido en la cabeza por una bala disparada por un frente de las FARC-EP. Después fui secuestrado dos veces. La primera vez fue en los Montes de María por cuenta del señor Alfonso Arango, del Frente 37 de las FARC. Con él y con alias Curruco ya había conversado algunas veces, en las Pitas y otros puntos de la región, para pagarles la vacuna y pedirles que me dejaran trabajar. Pero Arango me secuestró y me mantuvo así durante ciento siete días. Me les volé mientras me movían hacía la Sierra Nevada por la Serranía del Perijá, pasando el río Magdalena. Con la bendición de Dios, logré escabullirme de esa situación.

La segunda vez fue en 1998, y lo hizo un reducto del ELN que había llegado derrotado del sur de Bolívar, operaba en María la Baja y dependía de Martín Caballero, el famoso comandante de las FARC en los Montes de María. En esa oportunidad, mi esposa, la madre de mis hijos, llevó personalmente la plata para pagar el rescate. Después de un tiempo, fui liberado.

Quiero decir con claridad que no fue un ánimo vindicativo el que me llevó a decidir alzarme en armas para defender mi vida, la de mi familia, lo propio y lo ajeno. Fue mi convicción ideológica ante un Estado que, al menos para esta generación de los sesenta, nos llevó a esas circunstancias.

Cuando uno lee la historia de ustedes se da cuenta de que son muy estudiosos y han sido intelectuales de la historia. Eso siempre se lo hemos reconocido a las guerrillas. Ustedes se formaron, se prepararon, se estructuraron y, después, tomaron la decisión de la rebeldía. Esa es una convicción que admiramos, porque la rebeldía no es solo el alzamiento en armas. Es también la beligerancia desde las posturas ideológicas y políticas, desde la visión de país que tienen. Les hemos admirado eso e, incluso, se lo hemos envidiado en el buen sentido de la palabra. Si nosotros hubiéramos tenido esa estructura y esa preparación, el proceso de paz con las autodefensas seguramente se habría dado en unas circunstancias distintas, y no bajo el manto de la supuesta confianza. Creímos que negociamos con un gobierno, que de cierta manera se identificaba o era afín a la causa.

La verdad es que no nos pudo ir peor. Pero ninguna de esas circunstancias ha menguado el espíritu y la voluntad inquebrantable de seguirle apostando a la paz. Lo hemos hecho no desde que salimos de la cárcel, sino desde el proceso del Caguán, cuando numerosos comunicados y cartas, la gran mayoría en cabeza de Carlos Castaño, nuestro vocero nacional, dieron a conocer que estábamos dispuestos a debatir la posibilidad de una negociación en la confederación de autodefensas con autonomías propias regionales, que eran las AUC. Carlos Castaño no era quién le decía a Ramón Isaza, al Batallón en el Magdalena Medio, al señor Buitrago en los llanos del Casanare o, incluso, a Manuel Pirabán, que está acá, lo que tenían que hacer.

A pesar de eso, en unas sentencias de hace dos años, un honorable magistrado de Justicia y Paz dijo que las AUC "eran una horda de criminales que se asociaron para plantearle al gobierno la figura de una unidad nacional y lograr solucionar sus problemas de la extradición

y el narcotráfico". Qué equivocado está nuestro modelo de justicia transicional, puesto que fue al contrario. Fue precisamente el proceso de paz con las autodefensas el que destapó todas esas situaciones internas. Para nosotros fue lamentable ver cómo el país lo conoció, pues terminó en confrontaciones y pugnas intestinas al punto de llegar a la desaparición de Carlos Castaño Gil, uno de los símbolos de la autodefensa.

Nosotros tuvimos una unidad y una identidad, no solo ideológica, sino también política y social en nuestro trabajo en las regiones. Pero el proceso de paz fue un detonante del que salieron a flote esas diferencias y pugnas internas que terminaron como el país conoció. No nos reconocemos como paramilitares, porque quienes fuimos autodefensas campesinas en Colombia y tomamos la decisión de alzarnos en armas no lo hicimos como parte de una política de Estado, ni porque estuviéramos haciéndole un mandado al Estado. Nosotros fuimos utilizados y en el curso de la guerra no fueron pocas las veces en que hicimos el trabajo sucio de sectores del Estado.

Cuando formamos nuestros propios ejércitos, el Estado no vino a pagar la planilla y la bonificación de los hombres en armas. El Estado no vino a dotarnos ni a formarnos. Al contrario, el Estado, si bien no en la proporción en que sucedió con la subversión, fue nuestro principal perseguidor. Entonces, uno se encuentra con la naturaleza del conflicto de la guerra. ¿Cómo pedirle al teniente o al subteniente de contraguerrilla que apunte el fusil hacia quien le está ayudando a combatir al mismo enemigo? En ese punto, hubo complicidades y omisiones, pero fueron un acto de supervivencia de quienes estaban en el campo de batalla. También hubo circunstancias bajo las que algunos sectores importantes o poderosos del país no solo avivaron, sino también impulsaron a los ejércitos de autodefensa. Ahí nació la parapolítica.

Hoy, el gran dirigente de la izquierda dice en los debates que la parapolítica inició en Itagüí, cuando Salvatore Mancuso le entregó a Luis González, el jefe de la Fiscalía de Justicia y Paz, el pacto de Ralito con la firma de treinta y cinco dirigentes políticos y cuatro excomandantes de las autodefensas, entre los que yo estaba. También dice que comenzó cuando el magistrado Iván Velásquez, jefe de la Unidad de Investigación y Apoyo de la Sala de Casación Penal de la Corte Suprema de Itagüí, empezó a escuchar a cada uno de nosotros. Fueron la voluntad y la verdad de los postulados de Justicia y Paz de las extintas autodefensas las que han desatado estos capítulos lamentables, pero necesarios para conocer la historia del país. Fue de Justicia y Paz que salieron los procesos contra coroneles y generales como Rito Alejo del Río. Para dar

continuidad a eso, tenemos la intención de acudir a este importante encuentro y a todos los encuentros y escenarios en los que se nos permita expresar nuestra verdad y nuestro sentir.

El país está empezando a construir caminos sólidos para una paz duradera y estable. Por eso, quien habla de reconciliación debe también empezar a reconocerle al otro su aporte a la paz, no solo castigarlo y reprocharle su lamentable aporte a la guerra. A nosotros nos mencionan solo cuando las estadísticas necesitan índices de violencia y sanciones duras y difíciles; nos mencionan por lo que pasó en Flor del Monte, en Chengue, en El Salado, en Mapiripán, en Barrancabermeja, y no sigo porque la cuenta es larga. Pero nosotros hemos dado la cara con actitud vergonzante y hemos reconocido el daño. También en materia de paz le hemos hecho un aporte importante al país.

Esa espiral de violencia que parecía interminable en Colombia la rompimos cuando dimos el paso a la desmovilización y la dejación de armas. El proceso de La Habana fue una realidad gracias a que nosotros ya habíamos dado ese primer paso. No nos digamos mentiras. Se lo dije a Iván Márquez, a Catatumbo y a Santrich, con quienes tuvimos un encuentro al que me acompañaron Fredy Rendón e Iván Roberto Duque. Si no hubiéramos dado ese paso, que sirvió para que las organizaciones guerrilleras en armas tuvieran no necesariamente confianza en el Estado, pero sí, al menos, un impedimento menos para avanzar en un proceso de paz, lo de La Habana no habría sido nada distinto a lo del Caguán. Hemos transitado buscando la paz y lo hemos hecho mediante iniciativas propias desde 1998, cuando se crearon las AUC como una confederación de todas las autodefensas, materializada a finales de 2002 al sentarnos por primera vez con Luis Carlos Restrepo Ramírez.

Solo quiero recalcar dos aspectos, y me excusan lo insistente. Nosotros terminamos por convencernos del cuento de que éramos paramilitares y ese fue un grave error y un gran favor a esos sectores. Cuando yo escuchaba las historias dolorosas de algunos compañeros, especialmente de cuando Fabio Fandiño estuvo retenido en la Escuela de Caballería, pensaba que se les estaba haciendo un favor a esos sectores verdaderos del paramilitarismo, enquistados en la institucionalidad y en las fuerzas del Estado. Hubo complicidad y hubo omisión en los informes del BAFIM No.5 y del BAFIM No.3 de Magdalena. Pero después llegó el coronel Colón a decir que estaban esperando la verdad del paramilitarismo en los Montes de María. ¿Y la verdad de Martín Caballero cuándo va a llegar? No quiero señalar, pero me pregunto esto: si supuestamente éramos paramilitares y era una política de Estado, ¿qué pasó con

los capturados, si nosotros éramos el ejército irregular, oscuro y criminal del Estado? ¿En qué región del país no hubo una confrontación del Ejército, la Armada y la Policía con las autodefensas?

Fuimos utilizados, y no pocas veces, por el Estado. Pero no nos reconocemos como paramilitares, porque fuimos un ejército de colombianos civiles que nos alzamos en armas porque nos cansamos de reclamar la protección del Estado, que nos dejó abandonados en las regiones. Como ganadero, antes y después del primer secuestro, fui muchas veces al BAFIM No.5. Nos daban un pasabocas y un refrigerio y luego seguíamos en lo mismo. Fue entonces una decisión por convicción ideológica, así como una decisión necesaria en el momento. Tenía dos opciones, la que tomé o haber malvendido lo que tenía y seguramente haberme ido del país. Por mi familia, esa segunda opción habría sido la mejor. Pero mi decisión fue quedarme a defender mi vida, mi honra y la de algunas comunidades.

Nos equivocamos de cabo a rabo cuando tomamos la decisión de intervenir, con personas que pensábamos que podían liderar un proceso de transformación, en el ejercicio democrático del país. Nosotros siempre hemos tenido muy claras nuestras bases políticas y nuestra visión de país. Esa es otra muestra de la vocación política que se tenía en lo que fueron las autodefensas y que se tiene hoy en un colectivo de desmovilizados que trata de construir paz. Es decir, nos equivocamos en las personas, pero no en esa decisión. Era necesaria en un momento en que le planteamos al país la posibilidad de un proceso de paz. Hoy tal vez suene iluso, pero las circunstancias son distintas a las de 1998, 2000 o 2002. Creíamos seriamente que la desmovilización de las AUC iba a convertirnos en una alternativa política. Queríamos cambiar las balas de los fusiles por las babas de los discursos. Seguiremos reclamando, porque, si el conflicto ha sido uno solo y en él confluimos los diferentes actores, no entendemos por qué la solución tiene que ser diferenciada y excluyente. ¿Es esa la paz positiva a la que nos invita?

Se nos ha señalado de haber forjado alianzas con sectores políticos poderosos en diferentes regiones. Se nos montó en el caballo de batalla de los paramilitares. Pero si usted mira la historia, nuestra primera intención y decisión de intervenir en los escenarios democráticos en las regiones no se produjo precisamente mediante la política tradicional ni los caciques tradicionales. ¿Quién era Muriel Benito Rebollo, representante a la Cámara por Sucre? Allá los tradicionales eran los Guerra, los Tulena, los García. Y sí, por conveniencia política tocó

hacer una alianza con el menos contaminado, que era Jairo Merlano, que fue al Senado en una coalición que duró hasta cuando se posesionaron el 20 de julio. ¿Quién era Eleonora Pineda? Una señora que atendía un puesto de salud en el Caramelo y salió en Córdoba, donde también necesitaron una alianza en favor de Alfonso de la Espriella para consolidar y asegurar la candidatura. Eso fue lo que molestó a los sectores tradicionales y a los caciques políticos. ¿Quién era Rocío Arias en Antioquia? Era una niña de Caucasia, periodista de la emisora local. ¿Quién era Carlos Clavijo en el Magdalena Medio? Nosotros le apostamos a nuestro proyecto político tratando de sacar líderes de las comunidades afines a nosotros, como era normal.

Durante la privación de la libertad en la Picota, estuve en el pabellón de Justicia y Paz, al lado del pabellón R Sur, que para esa época era el pabellón de los dirigentes de la parapolítica. Frente al pabellón de Justicia y Paz, había un *shoot* de basuras. Un domingo, después de una visita, salí con la bolsa de las cajas del pollito y las cosas que me llevó la familia, cuando de pronto vinieron tres grandes exdirigentes de la región Caribe y uno me dijo: "Ajá, debes estar contento de que me tienes aquí". Yo le respondí: "Hombre, yo creo que aquí están ustedes por cuenta propia, porque la Ley 975 salió de ustedes y fue la que me obligó a hablar. Que esté bien, mi doctor". Es decir, en este país, que a buena hora está recorriendo estos caminos de la reconciliación y este ejercicio tan importante de verdad, tenemos que estar sentados todos.

No sigamos construyendo un proceso exclusivo o excluyente. Como decía Vera Grabe: "Quién no conoce la historia está condenado a repetirla". Por eso, nos tenemos que sentar todos. Por ahora, nuestro agradecimiento por la invitación a este ejercicio. Aquí estaremos. Hay temas por desarrollar. Ayer ya me dejaron una gran tarea, difícil pero necesaria para la reconciliación de la que tanto hablamos y para el perdón que tanto necesitamos. Créanme que, sin desconocer mi condición, me pregunto hasta cuándo vamos a estar hablando solo de víctimas y victimarios. Mientras a mí se me siga señalando como victimario, yo seguiré asumiendo la tragedia. Pero, ¿cuándo vamos a salir de ahí? ¿Cuándo vamos a pasar la página? Para eso, se necesitan ejercicios de la verdad de lo sucedido.

Yo aprendí del perdón cuando tuve por primera vez unas víctimas frente a mí y tuve que explicar lo inexplicable. Aprendí a perdonar cuando entendí el dolor causado. Creo que Colombia necesita urgentemente pasar la página de la violencia, al menos entre quienes ya hemos recorrido un camino de procesos de paz, verdad, justicia y no repetición. Si no lo

hacemos, nos vamos a quedar empantanados toda la vida: unos pidiendo perdón y otros perdonando.

De derecha a izquierda: Gloria Quiceno, Luis Eduardo Celis, Francisco Caraballo y Juan Carlos Villamizar.

Gloria Quiceno, excombatiente del M-19

Después de la intervención de Edwar, tengo muchas cosas encontradas y, como soy paisa, prefiero decirlas. Siento dolor cuando usted dice que se siente orgulloso. Yo lo invito a que piense y analice otra palabra, porque al menos a mí me hiere. Yo llegué ayer con mucha alegría de verlos a ustedes. Pero sentirse orgulloso, no. Puede sentir que tuvo valor para enfrentar una situación. Eso es humano. Pero no puede sentir orgullo de lo que nos pasó. La palabra víctima y victimario no gusta mucho. Pero sentir orgullo por nuestras víctimas, no. Fueron personas que no eran actores armados; no fueron personas que le respondieron a usted como por ejemplo le estaba respondiendo Martín Caballero. Era gente humilde, campesina como usted, de pronto más pobre que usted, porque usted tenía cómo. Era gente que no tenía con

qué defenderse de lo que usted y el otro actor hacían. Quiero que entienda que no lo estoy atacando, pero también el lenguaje constituye la guerra que tenemos. No me gustaría volverlo a oír decir que se siente orgulloso.

Edwar Cobos, excombatiente de las AUC

No recuerdo haber utilizado la palabra orgulloso. Sí recuerdo haber dicho que sí valió la pena, pero en el buen sentido. Si utilicé esa palabra, les pido disculpas a usted y a todos, porque no me siento orgulloso. Jamás. Mi expresión, como la de cualquier humano que transita un camino, todavía trae muchas cargas. No precisamente es el orgullo. Lo que sí expresé, respecto a la pregunta, es que no encontré otra salida. Creo que sí utilizo mucho las palabras equivocadas. Pero no niego lo lamentable que fue haber estado en un escenario de guerra donde se hizo tanto daño.

Gloria Quiceno, excombatiente del M-19

Este escenario es para hablar y reflexionar. No solo somos excombatientes aquí parados. La intervención de Edwar me lleva también a una reflexión. Cuando Mariño dice que se siente orgulloso de haber sido del M-19, ¿por qué no tuve la misma reacción? Eso es parte de cómo estamos divididos, de por qué eso que llamamos verdad no es tan verdad, sino algo sesgado por un montón de cosas. Retomando las palabras de Edwar, la decisión de tomar las armas era necesaria en un país que ha trasegado su historia desde la violencia y que ha resuelto sus problemas desde la violencia. Partiendo de ahí, en algo se justifica lo que pasó en estos años.

Me ha gustado mucho lo que Alonso y Medardo hablaron hoy. Yo no conocía a ese Bateman tan amante de las armas. No lo conocí ni me lo enseñaron nunca, pero las palabras de ustedes me parecen trascendentales. ¿Qué sería de nuestro país si ustedes hubieran sido escuchados? ¿Si hubieran sido escuchados, cuando decían que el tema no era de armas ni de violencia? Cuando me vinculé a esta lucha, el país tenía una circunstancia de movimientos sociales muy fuertes. Yo provengo fundamentalmente de la formación que me dieron el movimiento estudiantil de la Universidad de Antioquia y el movimiento cívico del Oriente antioqueño.

Este estuvo encabezado por Ramón Emilio Arcila, un hombre que nos enseñó la lucha por los servicios públicos, por el agua y por el territorio. Esta es una deuda que queda, recuperar la memoria del movimiento cívico del Oriente antioqueño. La opción de quienes estaban al frente de la izquierda o de quienes se oponían al gobierno y al régimen fue la lucha armada, no profundizar en el movimiento social.

En ese punto es donde me cuestiono si valió la pena. No haber profundizado en la lucha social significó que las reivindicaciones por el mejoramiento de la calidad de vida no fueron el objetivo fundamental de la izquierda colombiana. ¿Qué papel ha jugado tener una ideología que reconoce que son la fuerza y la violencia las que resuelven nuestras contradicciones y nuestras problemáticas sociales, económicas, políticas? Eso aplica tanto a las guerrillas como a las autodefensas. Creo que ahí tenemos una gran pregunta común. Imagínese si encontramos que tenemos raíces comunes. Sería tenaz saber que una misma raíz fue la que condujo a que ustedes mataran al que consideraban comunista, a pesar de que nosotros nunca fuimos comunistas. Ustedes nos metieron a todos en el mismo costal por no ser afines al régimen, y nosotros, con ese mismo tronco ideológico, también les hicimos daño a su familia y a su gente.

Entonces, me cuestiono el tema ideológico, porque esa ideología está en el conservatismo, en el liberalismo, en la UP, en Decentes. Es decir, está en todos. Por eso, cuando ayer me refería a la desconfianza en las FARC-EP, eso nunca se podrá entender como un no apoyo al acuerdo. Se refiere a que ellos están todavía parados en su propio punto, el que no cede, entiende ni comprende al otro. En ese escenario, también teníamos instrumentos de Derechos Humanos que nos permitían hacer uso de la fuerza y de la lucha armada. Es un derecho armarse cuando el Estado no escucha, cuando no resuelve los problemas, cuando solo reprime y asesina a sus ciudadanos. Entonces, ¿esa raíz ideológica qué papel ha jugado? ¿Qué implicaciones ha tenido en la descomposición del país? ¿Y qué significó para nosotros como nación, como personas, como comunidad y como familia?

No me cuestiono si valió la pena alzarse en armas, porque creo que era necesario. Teníamos un régimen que no entendía sino a la fuerza; ese es el mismo régimen que todavía nos gobierna. Sin embargo, ¿cuán obligados estábamos a no pensar en otra opción? ¿A no buscar otras alternativas? Alonso y Medardo lo hicieron. Claro que en el país se abrió la lucha política, gracias a la cual la clase dirigente hoy tiene que entender que la construcción de lo público es

un elemento fundamental para construir nación y que esta no es la casa de ellos, que no es su riqueza sino la de todos. El gran logro de todo lo que nos pasó fue esa construcción de un interés general en contraposición a la idea de que podía ser solo el interés de algunas familias y otros pocos. Pero, ¿cuánto nos ha costado que esa clase dirigente entienda eso? ¿Cuántas vidas, cuántos cerebros, cuántas personas? Cuando Edwar se refiere a la niña de Caucasia, uno entiende que en ese régimen solo los delfines podían acceder al poder. Se tuvo que usar las armas y hacer daño para poder alcanzar esos momentos. Y, aun así, no logramos lo que la gente quería.

A mí el M-19 me convocó a trabajar por el pueblo. Por eso, nosotros no tenemos esa tendencia a hablar de nuestras cosas. Nosotros éramos en función del movimiento social, que no se supo potenciar en ese momento. Y hoy quienes regresaron de las FARC corren el riesgo de cometer el mismo error. Entonces, ¿cuál es su apuesta por el país y por la población? ¿Acaso importa más que el gobierno cumpla? A nosotros tampoco nos cumplieron. Nos dieron unos elementos medianamente importantes para nuestro proceso. Iván Márquez, el Paisa y los demás todavía tienen la convicción de que la ruptura en el país es con las armas, con las armas para hacer la política y para resolver nuestros problemas sociales y económicos. Entonces, creo que ahí las FARC y, sobre todo, la Comisión de la Verdad van a tener la oportunidad de reflexionar sobre el riesgo de seguir en esa misma burbuja de violencia, de mantener la guerra y la confrontación armada.

Después vino el narcotráfico, y el Estado, la izquierda y la derecha hemos sido sus cómplices. Unos porque se metieron, otros porque lo dejaron pasar por debajito sin decir nada, y otros, como el Estado, porque lo alimentaron y viven de él. Para mí, los temas fundamentales de persistencia de la guerra son tres: el tema ideológico, el tema del narcotráfico y el tema o, más bien, la pregunta sobre qué tanto le hemos apostado a la resolución de los problemas de la nación. ¿Hoy las FARC qué tanto le quieren apostar a eso? Todos los que estamos acá nos hemos mantenido firmes y limpios frente a la paz, porque cada uno de nosotros se ha ido a trabajar con los campesinos, como educadores, con las víctimas o en un movimiento político. Es decir, no nos quedamos en si nos cumplían o no. Nuestra conclusión fue que el pueblo se estaba acabando. ¿Qué le ofrece la izquierda que viene del movimiento armado? Creo que hemos sido consecuentes con ello. Las historias de vida y los liderazgos que hay acá permiten

ver que la decisión de paz no partió del cumplimiento del Estado, sino de una decisión de vida y de una decisión política.

El comunicado que compartió Edwar está muy bien. Y más que el comunicado me impactó que abrieran el interrogante sobre por qué la diferencia entre unos y otros. Pero el centro no puede ser que el Estado cumpla, porque ya les incumplió y les seguirá incumpliendo, cómo les ha incumplido a las víctimas. En conclusión, la reflexión de hoy es que tenemos que romper la espiral de la violencia y del uso de las armas.

Yo no me siento orgullosa, pero tampoco me arrepiento, porque es mi vida y la viví intensamente con unos seres humanos maravillosos. También sé que hicimos daño. Unos pueden haber hecho más daño, otros menos, pero hoy eso no importa. El problema está en que hay que erradicar definitivamente el uso de las armas en nuestro país. Si no lo erradicamos, vamos a terminar usando el derecho a rebelarnos, produciendo unas consecuencias, sin mover mucho al establecimiento, que deja todo igual, no cede en nada y se roba el país sin que este reaccione. Por eso, lo público es lo más importante. Es lo que este grupo de hombres y mujeres que ya estamos por fuera de las armas tenemos que trabajar y profundizar.

Alonso Ojeda, excombatiente del ELN

En 1976, cuando Medardo Correa y yo abrimos la discusión, no había autodefensas, no había narcotráfico. Solo una vez, caminando por el Magdalena Medio, encontramos en plena selva un cultivo de marihuana. Pero eso todavía no tenía ninguna expresión. En ese contexto de 1976, les planteamos a Marulanda Vélez, a Jacobo Arenas y a Jaime Bateman llegar a un acuerdo y dar un giro para constituir un frente de unidad patriótico y político. Ese planteamiento lo recogió Marulanda en el Caguán, pero a nosotros se nos acabó la gasolina y quedó apenas como el recuerdo.

José Matías Ortiz, excombatiente del PRT

Los que nos desprendimos del proceso del M-19 en la costa Caribe en 1975 fuimos, primero, una de las tendencias en ese movimiento y conformamos luego un grupo que se denominó

Edwar Cobos y Alonso Ojeda.

Carlos Velandia, Luis Fernando Quijano, José Matías Ortiz, Juan Carlos Villamizar, Fernando Caraballo y Antonio López.

PRT. Como PRT teníamos un vínculo muy estrecho con las comunidades campesinas, especialmente en los Montes de María y en Córdoba, La Guajira y Magdalena. Hace un momento, le decía a Francisco que el proceso del M-19 llegó a ser la principal organización de izquierda de toda la costa Caribe, de los siete departamentos, y nosotros éramos la parte más activa de eso. En ese contexto, ayudamos a construir la ANUC, y como parte de la asociación auspiciamos, junto con las comunidades campesinas, lo que se denominó Recuperación de Tierras. Sin embargo, algunas de esas fincas no estaban ociosas. Ahí arrancaron algunas contradicciones con algunos sectores ganaderos.

En ese momento, podíamos invadir o recuperar una finca de cuatrocientas, seiscientas hectáreas. Fueron miles de hectáreas las recuperadas en esas zonas de los Montes de María, Córdoba, el Magdalena y La Guajira. De esas miles de hectáreas, nosotros, los del PCC-ML, M-19, EPL, no teníamos ni un acre y nuestra misión no era apropiarnos de la tierra para usufructos de los movimientos alzados en armas, sino para los campesinos. Por eso, la consigna de la época era: tierra para el que la trabaja. Aún hoy, el municipio de Ovejas, en Sucre, es uno de aquellos donde el ochenta por ciento de la propiedad rural es de pequeños y medianos campesinos. Es decir, allá no predomina la gran propiedad. Por ello, organizaciones como Fundación Semana y el PNUD tienen a Ovejas como el prototipo para la acción de normalización de tierras.

He estado reflexionando sobre lo que han dicho, y pienso que tenemos un origen muy parecido. Nosotros conformamos una guerrilla de carácter ofensivo en la costa Caribe, concretamente en los Montes de María. De cierta manera, nosotros también la denominamos autodefensa campesina, pues eran grupos armados para defender a los sectores campesinos. En ese momento, solo teníamos dos fusiles, unas carabinas y unas escopetas. Nos defendíamos no de los paramilitares ni de las autodefensas, porque aún no existían, sino del Estado que agredíaa las comunidades y que asesinó a varios dirigentes. Caraballo, que vivió en El Piñal, un corregimiento de Ovejas, sabe y recuerda esa historia. También nos conformamos para defendernos de bandas de abigeos, como se denomina comúnmente a los cuatreros. Nosotros conocimos a Rodrigo Pelufo, alias Cadena, en la vereda Tierra Grata del Carmen de Bolívar, cuando no era el jefe de las autodefensas ni de los paramilitares. Rodrigo Pelufo era el jefe de una banda de abigeato en esa zona de La Tascona. Años después, Rodrigo terminó enredado en las autodefensas.

Nosotros también defendíamos a la gente que tenía su cabeza de ganado. Ese fue nuestro origen en la guerrilla, que conformamos en la medida en que las cosas se fueron crispando y la situación se fue poniendo nerviosa. Entonces, tocó aumentar un poco el accionar. Sin embargo, no tuvimos nunca un accionar ofensivo. Eso lo saben los jefes militares del BAFIM No.5 en Corozal, con los cuales, después de la desmovilización, hablábamos bastante. Lamentablemente, cuando nosotros nos desmovilizamos en la zona de los Montes de María —y en esto coincido con Edwar—, el Estado no asumió la defensa de las comunidades, ni siquiera asumió el cumplimiento de los acuerdos. Por ejemplo, nosotros discutimos y conformamos una Comisión de Derechos Humanos, que el Estado tenía que llevar a cabo a través del Ministerio del Interior. Nunca lo hizo. Así mismo, se acordaron carreteables, electrificación, escuelas, colegios y viviendas. El Estado jamás dio cumplimiento a eso. Lo que propusimos eran soluciones para la gente, para la comunidad. A duras penas, hubo algunos factores de favorabilidad política y de protección.

El Estado no ha asumido su responsabilidad de lo que pasó en los Montes de María. Después de la desmovilización, las FARC-EP ya comenzaban a llegar. Martín Caballero empezó a mandar pequeñas comisiones de entre tres y cinco personas. Exploraban el Alto Sinú, buscando algo de tranquilidad y refugio. Si el Estado hubiera asumido su responsabilidad, las FARC probablemente no habrían logrado establecerse allá, como terminó sucediendo con en el Frente 37 y el Martín Caballero. Muy posiblemente, tampoco habría sido necesaria la aparición de las AUC en la dimensión que llegaron a tener en los Montes de María.

¿Quién paga los platos rotos en medio del recrudecimiento de la guerra? Nosotros nos desmovilizamos en enero de 1991. Si ustedes ven las fechas de las masacres y todo lo demás, son muy posteriores a las fechas de la desmovilización nuestra. Parte de la gente que cayó en esas masacres era nuestra base social, dirigentes del PRT y dirigentes de la ANUC. También tuvimos una presencia armada en el Cauca, pero nuestra vinculación fue también con las comunidades indígenas. Varios resguardos nos respaldaban y teníamos nuestras bases sociales, al punto que los resguardos delimitaban sus linderos con banderas del PRT. Allí también ocurrió una masacre enorme, en El Palo, arriba de Caloto. Los responsables no fueron los paramilitares ni las autodefensas. Fue el Ejército disfrazado. Casi dieciocho indígenas fueron masacrados. Posteriormente, hubo una masacre de las FARC en Argelia. Por todo esto, fuimos a La Habana y expusimos la necesidad de hablar del tema. Necesitábamos una verdad que

darles a esas comunidades indígenas con que todavía interactuamos. Catatumbo dijo que no se acordaba, que tenía que hablar con cierta gente para ver si ellos sí se acordaban. Tocará conseguir toneladas de *ginkgo biloba* para ayudarles a nuestros comandantes a recordar qué pasó en esas actividades.

Hemos pensado en algunas cosas solo desde la óptica de la izquierda, de las personas vinculadas en algún grupo revolucionario. Tal vez, no hemos tomado en cuenta las motivaciones del surgimiento de las autodefensas, como explicó Edwar. Eso de pronto nos habría ayudado a comprender las cosas de otra manera y a establecer alianzas para trancar a otros responsables, que están agazapados y están periqueando al Estado. Pongo nuevamente el ejemplo de Sucre. Después de que nosotros nos desmovilizáramos e hiciéramos la Asamblea Constituyente, Álvaro García me propuso en 1991 una alianza política. Él sería candidato al Senado y nosotros, candidatos a la Cámara. Entonces, tal vez esas alianzas se habrían podido dar de otra manera en el campo político y en defensa de la gente del campo.

Quedan muchas cosas por pensar y reflexionar. Por ejemplo, sería bueno abrir un espacio particular entre ustedes y nosotros para hablar de los Montes de María. ¿Por qué Martín Caballero llegó a tener su poderío con el BAFIM ahí en sus narices? ¿Cuál es la responsabilidad de los señores del BAFIM en el fortalecimiento de las FARC en los Montes de María? Hay muchos porqués por resolver. Espacios más particulares podrían dar luces para ilustrar el trabajo de la Comisión de la Verdad.

Ildefonso Henao y Fernando Hernández.

Capítulo 2

IDEOLOGÍA Y RELACIONES

Sesión del 10 de mayo de 2019

El surgimiento y desarrollo del movimiento armado tiene causas económicas, sociales, políticas y culturales. También ha contado con simpatías, apoyos y militancias en el campo nacional e internacional. En la segunda mesa de trabajo, se exploró el papel de la ideología, las relaciones políticas y las relaciones internacionales en el desarrollo del movimiento armado. Se preguntó también por los criterios bajo los que se desarrolló la combinación de las formas de lucha y por el impacto en la organización social y en las dinámicas del conflicto. La conversación giró así mismo en torno a los modos de esa combinación de las formas de lucha y a la posible participación de la Fuerza Pública.

Para el desarrollo de la discusión, se invitó a los participantes a responder las siguientes preguntas:

1. ¿Con qué ideología o ideologías se identificó el movimiento armado al que perteneció?
2. ¿Cuáles y de qué orden fueron las relaciones políticas que estableció su movimiento armado? ¿Quiénes manejaban esas relaciones políticas y cómo llevaban ese manejo?
3. ¿Qué relaciones internacionales tuvieron?
4. ¿Cómo se dieron las dinámicas de la combinación de todas las formas de lucha?

En una primera parte de la sesión, se discutió sobre la ideología y las relaciones políticas de las guerrillas del ELN, EPL, CRS, PRT y M-19, así como de las AUC. La conversación abordó el concepto de ideología y sus implicaciones en el marco de una confrontación armada. De algunas intervenciones se desprendió que la ideología debe entenderse como la idea que guía al pensamiento, las acciones y la práctica de grupos sociales e individuos. Con base en eso, ya en relación con la pregunta por la ideología dentro de las organizaciones armadas, las guerrillas describieron la corriente de pensamiento que cada una adoptó como guía para la consolidación de la organización y para las acciones políticas y armadas. Esa ideología estuvo

fuertemente ligada al momento político internacional y a su influencia en el continente americano, particularmente en Colombia.

En los años setenta, los dirigentes que marcaron la línea política e ideológica de las guerrillas surgieron de las juventudes estudiantiles y revolucionarias. Allí, era común, y casi que un deber, conocer el marxismo. Las guerrillas colombianas se dividieron entonces en dos líneas de pensamiento: el marxismo ortodoxo y el reformismo. Además, otros dos elementos marcaron la diferencia entre los movimientos guerrilleros de los sesenta y setenta: el cristianismo en el ELN y el nacionalismo en el M-19. Los exguerrilleros del M-19 enfatizaron el carácter sectario que rodeaba a las organizaciones sociales, políticas y armadas de la época. Por eso, un eje de su pensamiento consistió en apostar por una guerrilla diferente, lejana de ese sectarismo. Los exguerrilleros del EPL, por su parte, dijeron que a ellos los orientó la ideología materialista, y los excombatientes del ELN atribuyeron su surgimiento a motivaciones desatadas por la Revolución cubana y describieron su ideología como marxista-leninista.

Por el lado de las autodefensas, los excombatientes de las AUC dijeron que, si bien tuvieron una postura política, el motivo de su alzamiento en armas no fue una ideología concreta, sino la necesidad de unir esfuerzos contra un enemigo común: las guerrillas. Su mirada política estuvo anclada a una lucha contrarrevolucionaria, nacida de la preocupación por sucesos nacionales e internacionales relacionados con el alcance de los movimientos revolucionarios.

En esa primera parte, entonces, se conversó también sobre las relaciones políticas que surgieron de la postura ideológica de cada grupo. No fueron relaciones únicamente de carácter nacional, también se extendieron por distintos países y continentes. Eso llevó a que, en una segunda parte de la sesión, algunos participantes hicieran un recuento de las relaciones internacionales que tuvieron. Dieron a conocer información sobre los países, los individuos y las organizaciones que los apoyaron en su lucha, tanto en logística y armamento, como en política y estrategia. Así fue posible ver cómo los grupos armados que tuvieron una influencia tomaron como ejemplo a grupos armados y políticos de otras latitudes.

Un tercer momento consistió en enfocar la discusión en la combinación de todas las formas de lucha como una estrategia político militar de las organizaciones de guerrilla y autodefensas. Todos los grupos aplicaron esas estrategias con el objetivo de construir una base social sólida y solidaria con su lucha armada. Los excombatientes contaron cómo consolidaron las redes y cuáles eran los distintos frentes de lucha que combinaban. La conversación permitió identifi-

car similitudes y diferencias. Sin embargo, quedó pendiente discutir sobre puntos relativos a las dinámicas reales de relacionamiento con terceros, con el Estado y con el narcotráfico.

Más allá de la discusión, se les dio la bienvenida a varios nuevos participantes:

- Raquel Vergara, excombatiente del EPL.
- Fredy Rendón, excombatiente de las AUC.
- Jorge Iván Laverde Zapata, excombatiente de las AUC.
- Nodier Giraldo Giraldo, excombatiente de las AUC.
- Iván Roberto Duque, excombatiente de las AUC.
- José Eleazar Moreno, excombatiente de las AUC.
- Gabriel Barrios, excombatiente del PRT.
- Blanca Valle, coordinadora de ABC Paz.

Segunda sesión de la Mesa de Excombatientes.

1. Movimiento guerrillero

Francisco Caraballo, excombatiente del EPL

En su fundación y en el desarrollo de sus actividades, el EPL se orientó por la ideología materialista. La ideología debe entenderse como una concepción que guía todo el pensamiento, las acciones, la teoría y la práctica de las clases y los grupos sociales, así como de los individuos. En términos generales, la ideología tiene dos vertientes fundamentales: el materialismo y el idealismo. En ese contexto, que el EPL se haya guiado por el materialismo quiere decir que se sustentó en el estudio de la realidad concreta, no en conceptos abstractos y generales. A partir de esa perspectiva ideológica, se desarrollaron las condiciones bajo las que se llevó a cabo el trabajo práctico.

El EPL fue fundado y orientado durante toda su existencia por el PCC-ML, enmarcado en la ideología ya mencionada. La base del PCC-ML fue la división de la sociedad en clases. En Colombia, entonces, existe una sociedad capitalista dividida entre la burguesía, dueña del poder político, y el proletariado, que lucha por traspasar esa frontera de clase. El EPL no fue una organización autónoma, sino que siempre estuvo regida por la ideología del PCC-ML. En la fundación tanto del partido como de la guerrilla, se tuvo en cuenta primero la definición de carácter de la sociedad, luego la definición de carácter del Estado y, por último, la realidad concreta de Colombia de los años sesenta, la realidad social, política y económica. Sobre esa base se definió la mejor vía para proponer cambios y transformaciones en la sociedad.

Para explicar por qué el EPL surgió y por qué el PCC-ML fue siempre su dirigente, quiero traer a colación una cita del profesor Marco Palacios. Dice: "En la mitad del siglo XX, se fundó una élite plutocrática compuesta por textileros, banqueros, cafeteros, ganaderos e importadores, que estimaban que la sociedad colombiana no estaba preparada para la democracia política. Entonces, respondieron a las demandas sociales con la represión y la criminalización de protesta social, y redujeron la justicia social a fracciones de gasto público". Esta cita ayuda a señalar la necesidad que había de luchar por transformar la situación en que vivía Colombia.

También quiero traer una cita de las Naciones Unidas, de su fundación y su Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano. Ahí se establece que, "cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección se vuelve el más sagrado de sus derechos y el más indispensable de sus deberes". Pongo esto como parte de la reflexión que debemos hacer acá.

Otra condición que hizo posible y necesario el surgimiento del partido y del EPL fue la creciente violencia antipopular y reaccionaria de la década de los cincuenta y los sesenta. De tal modo se desplegó esa violencia que generó una efervescencia revolucionaria de la juventud, principalmente la universitaria y popular. Así, pues, hubo una herencia de violencia que influyó psicológicamente en la mayor parte de la juventud de esa época. La consecuencia fue que a principio de los años setenta había nacido una diversidad de organizaciones políticas y sociales que posteriormente se vincularon a las acciones armadas. Se encontraban ahí el MOEC y la JUCO. Otro elemento político que llevó a la protesta generalizada de la sociedad colombiana fue la creación del Frente Nacional, que cerró las puertas a cualquier proyecto transformador o de oposición.

En los textos que se publican, hay algo que los historiadores de la violencia y la política por lo general olvidan, no sé si intencionalmente. Al referirse a la violencia de Colombia ponen en primer lugar a las guerrillas como sus promotoras. No es así. La violencia revolucionaria surgió por los antecedentes mencionados y por la intervención directa del gobierno estadounidense, bajo la presidencia de John F. Kennedy, que buscó prevenir el estallido revolucionario. Ese gobierno puso un brigadier general con la tarea de plantear una estrategia política y militar que sirviera para impedir la insurgencia y delinear una estrategia que frenara las posibilidades revolucionarias en el país. Esta estrategia cívico militar estuvo marcada por la creación de grupos de inteligencia en las poblaciones. Por medio de métodos psicológicos, estos prepararon a ciertos sectores sociales para enfrentar a las organizaciones insurgentes.

Todos estos elementos fueron la base de la existencia de las organizaciones revolucionarias.

Carlos Velandia, excombatiente del ELN

Sobre ese papel de la ideología y las relaciones políticas en el desarrollo del movimiento armado quiero decir algunas cosas.

El ELN surgió en 1964 en un contexto de insurgencia social en Colombia y América Latina, derivado de los procesos de violencia generalizada en el país y del recorte de libertades políticas

impuesto por los gobiernos dictatoriales de los años cuarenta, cincuenta y sesenta. También nació bajo el influjo de la recién triunfante Revolución cubana, que estimuló el alzamiento contra los regímenes tiránicos y el cambio radical de las estructuras de poder.

Desde su constitución, el ELN se definió como una organización guerrillera, integrada por revolucionarios voluntarios, que tenía el propósito de liderar un proyecto de guerra revolucionaria capaz de derrotar a las Fuerzas Militares y políticas detentoras del poder oligárquico. El objetivo era construir una nueva sociedad, la sociedad socialista.

Así, desde sus comienzos, el ELN construyó su perfil ideológico y político en un proceso que tomó veinte años. Los siguientes puntos podrían permitir caracterizar al ELN:

- Organización popular: liderada por la clase obrera como núcleo de una fuerte alianza social y revolucionaria.

- Organización antioligárquica: identifica como enemigo principal a la oligarquía que soporta al establecimiento y a la burguesía financiera, comercial e industrial.

- Organización antiimperialista: asume que el imperialismo es la fase superior del capitalismo, que debe ser derrotado mediante la instauración de la sociedad socialista y mediante la derrota militar de todos los intentos intervencionistas. El principal imperialismo a derrotar es el estadounidense.

- Organización anticapitalista: el capitalismo ha demostrado su incapacidad de generar bienestar y felicidad en condiciones de libertad e igualdad para toda la humanidad. Esa sociedad solo se alcanza en la sociedad comunista. El socialismo es una vía hacia el norte comunista.

- Organización antielectoral: asume las tesis de Camilo Torres Restrepo, que dicen que "el que escruta elige" y que "la revolución no pasa por las urnas".

- Organización antirevisionista: no se involucra en aquellos debates sobre modelos de revolución y sobre socialismos que fragmentaron a los revolucionarios del mundo.

- No alineamiento internacional: el ELN propende a la construcción de un modelo de socialismo propio; estudia y respeta otros modelos, pero no se subordina a ninguno.

- Basamento ideológico: el ELN forma a sus cuadros y militantes en el conocimiento y estudio del marxismo y el leninismo. Son una teoría y una práctica que deben ser consultadas de manera permanente. Esto se complementa con las fuentes doctrinarias y prácticas concretas de otros revolucionarios que dieron su testimonio de vida y lucha como: José Antonio Galán, Simón Bolívar, Jorge Eliécer Gaitán, José Martí, Augusto César Sandino, Mariátegui, Mariguela, Fidel Castro, Ernesto "Che" Guevara, Camilo Torres Restrepo, Óscar Arnulfo Romero. Además, el ELN adopta como parte de su acervo ideológico el cristianismo revolucionario derivado de la Teología de la Liberación, a la que se unieron un buen número de sus militantes y dirigentes. El ELN, entonces, es más reconocido como una organización de estirpe cristiana, que sigue los preceptos políticos, éticos y morales de Camilo Torres Restrepo y del Che Guevara.

- Propone un modelo de guerra popular revolucionaria, que permita construir un ejército capaz de derrotar a las Fuerzas Armadas del Estado. Ese ejército tiene su retaguardia estratégica en las montañas de Colombia, desde donde avanza hacia los centros urbanos. La clase popular, como Camilo Torres llamaba a los sectores populares, tienen la tarea de alzarse en rebeldía al régimen y hacer la insurrección popular. Los sindicatos y las centrales obreras y de trabajadores tienen por misión hacer la huelga general.

- Estrategia de guerra: se trata de una Guerra Popular Prolongada, que se desarrolla en tres fases:

  - Fase uno: acumulación dinámica de fuerzas.
  - Fase dos: equilibrio de fuerzas.
  - Fase tres: ofensiva general y toma del poder.

- Tipo de organización: el ELN es una organización político militar, en la que las actividades políticas y militares deben estar en equilibrio. Sus integrantes deben ser formados en ambas actividades y recibir la preparación apropiada para actuar en el campo que se les requiera.

- Estructura: el ELN es una organización única y nacional. Su estructura es centralizada, pero permite la iniciativa local y la autonomía táctica de las estructuras regionales y territoriales al momento de operar.

- Fundamentos políticos e ideológicos:
  - La historia la hacen los pueblos.
  - La lucha armada es la partera de la historia.
  - La continentalidad de la lucha.
  - El internacionalismo proletario.
  - La unidad revolucionaria es parte de la victoria.
  - La vanguardia colectiva.
  - La autarquía económica: el ELN no dependerá de recursos extranjeros.
  - La fraternidad en las relaciones humanas.
  - La solidaridad con los pueblos.
  - La humanización de la guerra.
- El ser eleno:
  - Está dispuesto a otorgar su vida por la causa popular.
  - Se rige por principios colectivos.
  - Renuncia a la vida cómoda y asume los riesgos y las penurias que supone la lucha revolucionaria.
  - No espera premio ni reciprocidad, solo la satisfacción de luchar por una causa superior, que es la de la libertad de hombres y mujeres, la soberanía de los pueblos, la sociedad sin clases y la justicia social.
  - Está disponible para asumir la misión que se le encomiende y ubicarse en el lugar que se le asigne.
  - Es sencillo y fraternal.
- Principios organizativos bajo los que el ELN se rige, tanto sus militantes como sus estructuras:

  - La dirección colectiva: todos los órganos de conducción, desde el nivel central hasta los niveles de estructuras de base, serán conducidos por organismos colegiados, compuestos por un número plural de los mandos más destacados, sea por sus condiciones, su experiencia, su capacidad o sus condiciones éticas y morales.
  - El centralismo democrático: todos aceptan la voluntad de las mayorías.
  - La división del trabajo: en oposición al toderismo, la organización desarrolla sus actividades de manera organizada y especializada. De ese modo, se podrán sortear de manera técnica y calificada las distintas necesidades y actividades de la organización.
  - La planeación y la evaluación: todas las actividades de la organización deben estar precedidas de un trabajo de planeación, que se ajuste a los planes superiores. Esto permite simplificar los esfuerzos, maximizar los logros y optimizar los recursos. La evaluación es obligatoria para toda actividad planificada, porque eso permitirá ajustar los planes en ejecución y proyectar los esfuerzos hacia el futuro inmediato, mediato y de largo plazo.
  - La crítica y la autocrítica: es el derecho y el deber de mandos y militantes para evaluar, desde una perspectiva ética y moral, el comportamiento de los miembros de la organización y el de las estructuras. Además, permite cuestionar la validez y la pertinencia política de directrices, decisiones y políticas implementadas por estructuras superiores, con el fin de ser corregidas en el menor tiempo posible.

- Estatutos: el ELN se rige por los Estatutos de la Organización, vigentes desde 1983, que determinan los derechos y deberes de los militantes y combatientes, así como los cuerpos de dirección y la relación entre las distintas estructuras. También contienen el Código Penal, que tipifica las faltas, los delitos y los crímenes, así como las sanciones y las penas correspondientes. Incluye un completo articulado de procedimiento para administrar justicia.

Ahora quiero hablar sobre las relaciones políticas.

Las relaciones políticas del ELN anteceden a su propia fundación. Se remontan a comienzos de la década de los sesenta, cuando los futuros fundadores de la organización formaron parte

de la Brigada Internacional José Antonio Galán. Esta apoyaba la revolución en Cuba a través del trabajo voluntario y la defendía, como cuando se dio la crisis de octubre de 1962, más conocida como la Crisis de los Misiles. En esa crisis, el mundo pendió de un hilo ante la amenaza inminente de una guerra nuclear entre las grandes potencias, Estados Unidos y la Unión Soviética.

Los fundadores participaron en una escuela básica de guerra de guerrillas. Pero lo más importante fue el relacionamiento político con los dirigentes del Movimiento 26 de Julio, luego con el Partido Comunista de Cuba y posteriormente con el Departamento América, una institución creada por el Partido para centralizar, de manera separada del Estado, las relaciones con los movimientos y partidos políticos del continente.

Esas relaciones siempre han sido muy estrechas, al punto de que los medios de comunicación muchas veces denominan al ELN como una organización procastrista o procubana. Pero, así como han sido muy próximas, a veces también han sido frías y distantes. Eso lo han determinado en lo fundamental las situaciones que el Estado cubano debe manejar para asegurar su revolución, mientras que defiende a su país y extiende su influencia en el mundo. La distancia también surgía por los cambios en el mundo, que el ELN asimilaba con mucha lentitud, mientras que Cuba debía responder con la inmediatez que demandan las relaciones internacionales.

La declaración del comandante Fidel Castro sobre la invalidez de la lucha armada para tomar el poder y realizar cambios estructurales, así como el cierre del Departamento América significaron para el ELN una orfandad. Al fin y al cabo, el ELN se había fundido en el crisol de la revolución cubana. Eso llevó a que las relaciones pasaran al plano humanitario, de solidaridad proletaria y de la cooperación para la paz.

Sin embargo, Cuba ha sido la residencia permanente de un grupo apreciable de militantes del ELN. En ese grupo se encuentran Fabio Vásquez Castaño y una veintena de lisiados de guerra, que, por razones humanitarias, han recibido atención continuada en salud y educación. Así mismo, algunos hijos de los miembros dirigentes, cuyas familias son objeto de la persecución y el acoso de las autoridades colombianas, se han formado en las escuelas y universidades cubanas, en condiciones de igualdad con los ciudadanos de ese país. También es ampliamente conocido el papel de Cuba en el proceso de paz de Colombia y en los diálogos entre el gobierno y las guerrillas de las FARC-EP y del ELN.

Cuba, además, ha intervenido para solucionar momentos críticos en Colombia. Uno fue el que protagonizó una estructura del ELN con el secuestro del presidente del Consejo de Estado, Jaime Betancur Cuartas, hermano del presidente Belisario Betancur. La intervención cubana contribuyó a su libertad. Además, múltiples intervenciones de Cuba aportaron a la solución de algunas crisis regionales.

Sobre estos aspectos podrán hablar más Alonso Ojeda Awad y Medardo Correa, que conocieron y fueron cercanos a las incidencias que rodearon la fundación del ELN y sus diez primeros años de existencia. Por su parte, Fernando Hernández podrá dar más amplitud sobre las relaciones con los movimientos políticos y sociales del continente, pues, en los años ochenta, él fue el responsable de las relaciones internacionales del ELN.

En las décadas de los setenta y ochenta, el ELN mantuvo un importante relacionamiento con los procesos de lucha revolucionaria en Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Hizo eso a través de relaciones oficiales sostenidas con el FSLN, el FMLN y la URNG, así como con el Movimiento Cinchonero de Honduras. Esas relaciones hicieron posible que militantes del ELN lucharan en las filas de esos respectivos movimientos y en los procesos de guerra revolucionaria desarrollados en Centroamérica. Y esas se mantuvieron y desarrollaron en otro nivel con el gobierno victorioso de la revolución sandinista; desde el gobierno sandinista las llevó el comandante Tomás Borge. En ese mismo contexto y periodo, el ELN sostuvo relaciones de intercambio y apoyo logístico con el Frente Patriótico de Liberación Nacional de Panamá.

También en la década de los ochenta, el ELN sostuvo relaciones con otras organizaciones políticas y revolucionarias del continente sur: con el MBR-200, de Venezuela, el Movimiento Alfaro Vive Carajo, de Ecuador, el Ejército de Liberación Nacional, ELN, de Bolivia, el Movimiento Guerrillero del Brasil, el MIR, de Chile, el Movimiento Patriótico Manuel Rodríguez, de Chile, el Movimiento Montonero, de Argentina, el Movimiento Tupamaro, de Uruguay. Ese amplio abanico de relaciones políticas posibilitó el intercambio de experiencias, la solidaridad económica entre las organizaciones, la actividad conjunta con fines económicos, el intercambio de tácticas y de tecnología aplicadas en la guerra de guerrillas. Ese relacionamiento hizo posible, incluso, que se planteara una Coordinadora Guerrillera Continental, pero la iniciativa tuvo muy pobres desarrollos.

Quiero resaltar que las relaciones políticas del ELN se desarrollaron también en otros continentes:

- En África: con el Frente Polisario de la Liberación del Pueblo Saharaui, con el Frente Popular de Liberación Nacional de Angola, con el gobierno de Muamar el Gadafi en Libia y con el FLNM, de Mozambique, dirigido por Samora Machel.
- En Oriente Medio: con la OLP.
- En Asia: con el Partido Comunista de Vietnam.
- En Europa: con ETA de Euskal Herria, en España.

Las relaciones con estos movimientos extracontinentales tuvieron utilidad en el hermanamiento, en el intercambio de información y en la divulgación de los desarrollos de las luchas revolucionarias en el mundo. Solo en Libia y Vietnam el ELN participó en escuelas de formación de cuadros. Sin embargo, las relaciones políticas del ELN no se circunscribieron a las relaciones con movimientos armados. Se extendieron a partidos políticos de la Internacional Socialista, al Foro de Sao Paulo y a la participación en las Cumbres Mundiales de los Pueblos por Otros Mundos Posibles.

En Colombia, desde los albores del surgimiento del movimiento guerrillero revolucionario, el ELN se relacionó con todas las organizaciones guerrilleras. En la década de los sesenta, se destaca la relación con el movimiento revolucionario de masas más importante que haya vivido el país, el Frente Unido liderado por Camilo Torres. Esa relación se convirtió en una cantera de cuadros y militantes que terminaron por unirse a las filas del ELN. También fueron importantes las relaciones sostenidas con el MRL, con la consigna de la Revolución en Marcha de Alfonso López Michelsen y con los sectores de la izquierda liberal de ese partido. Luego, en las décadas de los setenta y ochenta, en medio de la crisis del ELN, fueron relevantes las relaciones con los movimientos urbanos ADO y Comandos Pedro León Arboleda del Ejército Popular de Liberación, EPL-PLA. Esas relaciones vivieron un importante desarrollo en relación con la operatividad conjunta en algunos centros urbanos del país.

En los años ochenta, el ELN propuso al conjunto del movimiento insurgente las tesis de Vanguardia Colectiva, así como la construcción de un Ejército Único y Nacional y la Humanización de la Guerra. Hizo parte y tuvo un papel destacado en la creación y el soporte

de la CNG, en la que participaron todas las guerrillas excepto las FARC-EP; de la Trilateral con el MIR-Patria Libre y Partido Revolucionario de los Trabajadores, y de la CGSB. Un punto importante del relacionamiento político con otras fuerzas insurgentes lo representó la fusión entre el ELN y MIR-Patria Libre, que dio origen a la UC-ELN.

Un capítulo especial deberá escribirse para reseñar el punto más alto de la unidad guerrillera, que transcurrió a lo largo de nueve cumbres con los máximos dirigentes o sus delegados e hizo posibles altos niveles de cooperación en operaciones militares coordinadas y conjuntas, en apoyos logísticos, y en la planeación de operaciones a escala nacional. De ese periodo de unidad se destaca el Manual de Comportamiento con las Masas de la CGSB. Las organizaciones lo incorporaron en sus reglamentos y estatutos como un reglamento obligatorio para todos los guerrilleros. Algo similar produjo el momento histórico de los diálogos de paz entre el gobierno de César Gaviria y la CGSB en Caracas y Tlaxcala. En ese episodio, alcanzamos a soñar que el fin de la guerra estaba cerca. Desafortunadamente, hemos tenido que esperar. Fue tal como lo dijo el comandante Alfonso Cano, cuando se cerraron esas conversaciones: "Nos veremos de nuevo dentro de cinco mil muertos".

Las organizaciones insurgentes FARC-EP, EPL y ELN impulsaron la creación de movimientos políticos amplios como la UP, el Frente Popular y A Luchar. Esas experiencias terminaron anegadas en sangre a causa del terrorismo de Estado, que las concibió como un ejercicio real de "la combinación de todas las formas de lucha". La UP y el Frente Popular fueron exterminados, y A Luchar fue disuelto por el ELN. El error fundamental de las guerrillas fue considerar que esos movimientos, además de una táctica de lucha revolucionaria, eran una prolongación de sus estructuras, un apéndice de las estructuras internas, y se debían más a las instrucciones de las comandancias que a sus definiciones autónomas como movimientos de masas.

Ildefonso Henao, excombatiente del EPL

Lo que plantea Francisco sobre el EPL es el libreto. Ante eso, quiero mencionar algo, y es que en el momento del desarrollo de todos estos procesos la fuerza de la organización guerrillera empezaba a tener un papel protagónico. Eso afectó consideraciones que, si bien estaban en el planteamiento teórico, en la realidad nos desbordaban. La organización guerrillera es un tema costoso, y los intereses para sostener ese aparato se empezaron a derrumbar. Un ejemplo es el

impacto político en zonas muy pobres, de las que se empezaron a extraer recursos, a pesar de que sus habitantes habían sido aliados de la revolución: campesinos medios y grandes, comerciantes, entre otros.

El hecho más diciente fue cuando llegamos a 1991. El EPL se planteó negociar con el gobierno y con esa decisión arrastró a todas las otras estructuras, incluyendo al partido. Fue entonces esa decisión del EPL la que llevó a que nuestra propuesta como partido y guerrilla resultara saliendo adelante. Si bien el PCC-ML debió tener un papel protagónico desde lo político, quedó al repunte de la decisión del EPL. En la estructura de los frentes, había células del partido para sostener el peso de los criterios políticos. Pero el comandante daba el rumbo y la línea. En conclusión, lo que plantea Francisco perdió su dinámica por los intereses de la organización, en tanto tener un aparato armado implicó sobrellevar dinámicas y lógicas propias. Eso le dio un ritmo distinto a lo que inicialmente se planteaba.

En cuanto a la combinación de todas las formas de lucha, al inicio nosotros decidimos acoger todas menos la electoral. Éramos una organización de antielectorales radicales. Pero, posteriormente, la evolución nos lleva a lo electoral y cambiamos los criterios, cuando empezamos a sentir que la lucha armada no era lo principal. Había que plantear una revolución ante todo política.

María Camila Moreno, ICTJ

De lo dicho hasta ahora me surge una duda. Tiene que ver con una conversación que tuve hace poco sobre la autodefensa del Partido Comunista. Me gustaría preguntar si eso impactó o influyó en el nacimiento del EPL.

Juan Carlos Villamizar, ICTJ

De las intervenciones me parece poder concluir que la organización política estaba subordinada a la organización militar. Entonces, si quien tomó la decisión de negociar fue la organización militar y esta arrastró a la organización política, ¿se podría concluir que el peso político en las organizaciones de esa época lo tenía la organización guerrillera?

Francisco Caraballo, excombatiente del EPL

En el EPL, planteamos tres niveles de organización: el trabajo de partido, como dirigente de todas las estructuras; el trabajo de frente, que era de carácter social y de masas, y la organización militar. La única organización en Colombia que se planteó de esa forma fue el PCC-ML. Adicionalmente, hubo un problema de comprensión relacionado con el tiempo. Los marxistas consideramos que todo cambia. Entonces, lo que mencioné de la organización se refería a un tiempo determinado, a comienzos de los años setenta.

A finales de los años cincuenta, existieron las autodefensas del Partido Comunista. Eran una caracterización de la fuerza armada que luchaba contra el sistema, en especial contra el gobierno, que desarrollaba una ofensiva contra las organizaciones semillas de las guerrillas. Pero hubo una variación, en la medida en que las autodefensas se plantearon como una organización defensiva y las guerrillas asumieron una lucha armada ofensiva contra el establecimiento.

Álvaro Jiménez, excombatiente del M-19

Desde mi experiencia personal en el M-19, no sabría decir si tuvimos una ideología tan definida, como se ha planteado acá. Mi primera aproximación a una forma de pensamiento político fueron los corridos mexicanos. Cuando era joven y me articulé a esos procesos, me llamaron la atención dos canciones: la de Adelita y la de Emiliano Zapata. Hablaban de los movimientos guerrilleros y de la necesidad de defender al pueblo y eran una evocación de la lucha del pueblo mexicano en su revolución. Si me preguntan cómo surgió la ideología del M-19, solo puedo responder por la mía, que arrancó ahí. Los corridos me permitieron identificar muy claramente lo que les pasaba a los vecinos del barrio en que vivía. Era un barrio semiurbano, donde vivían campesinos desplazados de las violencias de 1948 y 1950. Ellos cantaban esas canciones como buscando cantar su propia historia. Ahí empezó un camino.

Así como en los demás procesos, en el M-19 se mezclaron muchas cosas. Si bien tiene la fortuna de no tener historias oficiales, el movimiento vio surgir unos elementos fuertes aplicados de manera individual en la conducta personal de los militantes. Por un lado, en nuestra formación y nuestra manera de ver las cosas había elementos nacionalistas profundos. Por el otro, reconocíamos a la diversidad política. Cuando estuve preso con Pacho Galán,

para él era una obsesión leer las tesis marxistas junto con compañeros del ELN como Milton y Orozco. Eso era curioso, pues en las discusiones con la gente del M-19, que también estábamos ahí, se veía que éramos dos nudos completamente distintos.

Teníamos una obsesión por tratar de entender las cosas a partir de nuestras propias circunstancias. Tal vez lo logramos, o no, pero fue una constante en nuestra formación como personas y en las herramientas para construir el pensamiento de nuestra acción. No hubo ni aspiraciones ideológicas ni formaciones teóricas para el nacimiento del movimiento armado.

Vera Grabe, excombatiente del M-19

Soy parte del grupo fundacional del M-19, pero en esa fundación hubo muchas fundaciones. Jaime Bateman nos decía que todos éramos fundadores del M-19, y por eso hay también muchos grupos de fundadores y líneas. En lo personal, a mí me gustó la gente del M-19. En esa época, se llamaban Comuneros. No tenían ideologías preestablecidas y parte de la búsqueda era encontrar un camino propio. En la Universidad Nacional y otros ámbitos, nos encontrábamos con la ideología del ELN, el EPL y las FARC-EP. Y parte de lo que no me gustaba era el sectarismo. Uno tenía que alinearse internacionalmente; hacer un camino para entrar al cielo. Era un tema muy complejo de exigencias y del deber ser.

En la gente del M-19 encontré otro modo de ser. Es más, al comienzo la postura ideológica era una gran pregunta. Una vez me mandaron a reclutar gente y, cuando aquellos con que hablé me preguntaron cuál era nuestra ideología, yo no supe qué decir, pues estábamos en su construcción. Por supuesto, no los pude convencer. En ese sentido, el M-19 nació en contra de las ideologías preestablecidas y con la intención de erigir un pensamiento. Eso se logró cuando nos bajamos de un esquema socialista y optamos por el planteamiento de la democracia, sin apellidos. Eso le permitió al M-19 una búsqueda muy amplia y ahí se empezó a plantear el tema de la paz.

Siempre se nos dijo, incluso cuando ya habíamos hecho la paz, que no teníamos una ideología. Parte de la crítica de la izquierda tradicional es esta: teníamos una postura nacionalista, nos inspirábamos en Bolívar y nos planteábamos hacia la democracia, pero sin ideología. Esa era una dificultad para el M-19, para conformarse como grupo político. Pero esa búsqueda amplia llevó a la concepción de la Alianza Democrática M-19 en términos de la paz; partici-

paron conservadores y liberales de todo tipo. La búsqueda era romper con el sectarismo en Colombia, fuente de tanta violencia. La búsqueda era pensarnos más como colombianos.

Lo anterior está muy relacionado con la paz. Cuando en 1988 planteamos la idea de "Vida a la nación. Paz a las Fuerzas Armadas. Guerra al odio y la oligarquía", estábamos poniendo un orden y destruyendo una idea de enemigo. En el caso del M-19, ese enemigo fue cambiante. En una época, después del Cantón, hubo un enfrentamiento duro con las Fuerzas Armadas. Pero luego buscamos la paz con ellos desde la idea de que todos somos colombianos y tenemos similitudes culturales, religiosas, de todo tipo. Entonces, ¿por qué nos estamos matando?

La pregunta por la ideología en nuestro caso es muy difícil. Pero eso no quiere decir que no hubiera habido pensamiento o reflexiones políticas.

Luis Eduardo Celis, excombatiente del CRS

Las guerrillas colombianas son de dos familias. Hay una ligada a la ideología del marxismo y otra, a la ortodoxia, que representa la rigidez que Vera critica. El M-19 fue una guerrilla renovadora de esa división, pero a su vez tiene una raíz ahí. Si vemos la historia del M-19 entre 1974 y 1978, los documentos hablan de marxismo-leninismo. El M-19 es una ruptura total y una gran innovación afincada en un elemento muy importante: la idea de la democracia.

Quiero resaltar lo que Francisco decía sobre la combinación de todas las formas de lucha. Es una herencia del Partido Liberal y del Partido Conservador, a los que les gustaba usar la combinación de todas las formas de lucha. Fue de ahí que las guerrillas aprendieron que se podía hacer acción política legal y que, cuando era necesario, también se podía echar bala. Ese es otro elemento interesante para resaltar y preguntarnos de qué conflicto estamos hablando.

Álvaro Jiménez, excombatiente del M-19

Nuestra argumentación sobre la democracia no fue una etapa de transición hacia el socialismo ni un subterfugio político en el discurso. En la Séptima Conferencia de 1979, adoptamos la democracia como nuestro propósito. Eso persiste en nuestra mirada. Lo menciono porque en muchos casos se ha hablado de la democracia en los sectores de izquierda, armados o desarmados, como un camino de transición a otro momento.

Vera Grabe, excombatiente del M-19

Otro elemento es que el grupo fundacional del M-19 estuvo compuesto, entre otras, por personas cercanas a las FARC, expulsadas de ese grupo tras una ruptura con la manera en que operaban. Muchos otros venían de otras experiencias, en la búsqueda de caminos diferentes. Entonces ya la fundación marcó la semilla de la pregunta sobre cómo hacer la revolución en Colombia.

Álvaro Jiménez, excombatiente del M-19

Quien hizo la mayor ruptura fue Bateman, por su pasado. Pero hubo otra gente que no venía del Partido Comunista, como Israel Santamaría y Carlos Toledo; incluso gente que venía del Partido Conservador y de la ANAPO. Era una mezcla muy desideologizada.

Mauricio Romero, Comisión de la Verdad

A nivel académico, entre los historiadores marxistas hay un debate interesante. Edward Thompson, en su libro *La miseria de la ideología*, resalta la categoría de la experiencia y convoca al análisis de los comportamientos de la gente, sus conflictos y reacciones. Eso tuvo un impacto importante, porque fue la puerta de entrada de trabajos historiográficos sobre clases sociales como la clase obrera. Esos estudios inspiraron a académicos como Mauricio Archila, que empezó a construir la historia de la clase obrera en Barrancabermeja.

Medardo Correa, excombatiente del ELN

Lo que va quedando claro en esta reunión es que hay dos historias: la historia de las justificaciones teóricas y políticas de la revolución, y la historia de las justificaciones personales y psicológicas, que todos los presentes, incluyendo a los excombatientes de las autodefensas, debimos asumir al establecer un compromiso en el conflicto armado colombiano. Hacia el futuro, veo que estos dos aspectos podrían ser la característica de este encuentro. Es decir, podrían llevarnos a ponernos de acuerdo en cuanto a una caracterización de la sociedad que permitió que en Colombia se justificara el alzamiento armado. Eso iría de la mano de justificaciones latentes que no se estudian y que cada quien tomó como una bandera en su decisión de alzarse en armas.

Tengo un libro que se llama *Un sueño inconcluso* (Fundación para la Investigación y el Desarrollo Social, 1997). No lo habría podido escribir si no hubiera introducido el psicoanálisis en mi análisis de lo que nos pasó en el ELN, sobre todo en la época de los fusilamientos. Se trataba de sucesos que no se podían estudiar a la luz de ninguna economía, tal vez desde el estalinismo, pero seguía siendo insuficiente. Eso se dio por unas situaciones que no estaban analizadas, pero tenían que ver con la personalidad y la psicología de quienes estábamos en ese proceso. Sin ese análisis, no vamos a ver con claridad por qué la gente acude a las armas y la violencia para resolver sus problemas.

Existen teorías para la paz y para la guerra, pero no hay una teoría clara sobre por qué nos íbamos a la guerra. No la tuvimos al menos al interior del ELN. En ese momento, se dio una convocatoria inmediata. La teoría había que dejarla para después. Lo importante era tomarnos el poder. Los que nos fuimos lo hicimos convencidos de llegar al poder para después entrar a revisar la situación política del país y las contradicciones que había que resolver. Fracasamos en eso, porque no funcionaron ni la insurrección como guerra a corto plazo ni la Guerra Popular Prolongada. Entonces, habría que analizar por qué ninguna de las dos nos dio la oportunidad de tomarnos el poder por las armas.

Esta reflexión aplica a ambos lados. Los señores de las autodefensas tampoco tenían claro el panorama teórico para empuñar las armas contra la insurgencia. Cada quien tiene sus motivos personales y su teoría. Pero, estando en este debate, es importante que las autodefensas también entren en ese análisis. Es importante lo que se discute, pues sobre el tapete van quedando ambas cosas: los compromisos personales de gente con casi cincuenta años de lucha y el compromiso con la teoría y con la situación política y social del país.

En esa época, el que más conocimientos tenía sobre el desarrollo teórico de la lucha era el partido. Pero muy pocos se fueron a pelear. Yo era un lego en lo teórico, y cuando se hizo la convocatoria para la lucha armada, alcé el dedo y me fui y me golpeé. Allá sí aprendí. Hoy sé que asumí un compromiso de liberación nacional a muerte sin antes haberlo estudiado, pero con unas claridades psicológicas y personales.

Fabio Mariño, excombatiente del M-19

Es interesante la referencia al concepto ideológico de la lucha que nos convocó. Pero quiero decir que nosotros también fuimos llamados a crear la historia personal, la historia que llevó

al excombatiente a formar parte de ese montón de acontecimientos. El M-19 tuvo el lío de no tener una ideología definida, pero eso se volvió un acierto y algo bueno.

Cuando salí de la cárcel, fui a la casa a ver a mi mamá y a mi papá. Soy del norte de Boyacá, de un pueblo que guarda la huella de una casa donde durmió Bolívar durante la guerra independentista. La identidad de Bolívar en esa región es tan fuerte que es la de un Bolívar presente. Crecí con él y me crié con él, y cuando encontré a otra gente que hablaba sobre él, me sentí identificado y me uní a ellos. Para mí, esa es la ideología del M-19.

Mi mamá y papá me preguntaron por qué me había metido en la guerrilla. La prensa publicaba los sucesos, los ponía en la palestra para construir el escándalo que necesitaba el sistema. Yo había estado en Nicaragua, como observador en esa guerra, pero mi papá y mi mamá creían que yo estaba matando gente. Mi papá era conservador, mi mamá liberal. Yo salí del M-19, pues su formación en valores de solidaridad, cariño y palabra me permitieron encontrarme con gente bonita, con la que continuamos hoy en la lucha. En ese momento, esa ideología a algunos nos marcó. Yo los culpé a ellos de haberme metido en el M-19, pero hoy los reivindico.

La primera consigna del M-19 fue "Con el pueblo, con las armas, con María Eugenia al poder". Rezaba "Con María Eugenia" porque ella era la líder del momento. Andaba con una pistola en la cintura; era la capitana y la heredera de la ANAPO, a la que le robaron las elecciones. Esa era la ideología y esa es la ruptura con las ideologías que imponían lo prochino, procuba y prosoviético. La ideología del M-19 después se expresó en el quehacer desde las armas; ahí se empezó a hablar de la democracia en armas. En febrero de 1985, hicimos un Congreso de la Democracia en Los Robles, Cauca, donde hubo evaluación de los comandantes del M-19. En presencia de cientos de personas, esa Asamblea Democrática tumbó al comandante general Iván Marino Ospina.

Ese ejercicio ideológico de fondo, de democracia en armas, también tuvo una fuerte expresión en la paz. Pero esta tocaba hacerla con una perspectiva nacional. Ahí tuvimos discusiones con algunos sectores, que comparaban nuestro nacionalismo con el nacionalismo alemán de los años treinta y cuarenta. Fueron las contradicciones ideológicas de una izquierda en crisis, sin una identidad como la del M-19.

Así se fue consolidando una ideología como forma de ser. Quien la resumió, en su manifestación principal, bajo la idea de ser colombianos en una lucha a la que hay que meterse, fue

Jaime Bateman, cuando en su pelea interna quiso que el himno del M-19 fuera el vallenato de Beto Zabaleta que cantaban en todas las esquinas: "La ley del embudo". Para nosotros, adentro, ese es el himno oficial, que representa la pelea que dio Bateman por ser más cercanos al sentimiento de la nación, del pueblo y del país.

Hablar hoy de la ideología del M-19 es entonces irse al sentimiento de cada integrante de un movimiento que Pizarro hace treinta años sintetizó como una propuesta desde la lucha y desde la ANAPO, y que se fue creciendo y se fue haciendo. ¿Qué ideología podía tener un movimiento que se nutrió de quienes estaban en crisis de otras guerrillas? ¿Qué ideología podía tener un movimiento que tenía los colores de la bandera de la ANAPO, o de Francia? ¿Qué ideología podía tener o se le puede atribuir radicalmente a una organización que desde el sentimiento de la lucha armada proponía la paz? En últimas, la identidad que reivindicamos, que hoy se hace necesaria y está presente en esta reunión, es la del M-19 como impulsor de un sancocho nacional de la política, de lo que somos y lo que hacemos con todas las diferencias, marcadas y no marcadas.

Para nosotros, esa riqueza consistió en seguir las propuestas que nacieron de la crisis de las ideologías, en las que nunca quisimos caer. En 1989, para el M-19 fue entonces muy fácil tomar la decisión de dejar las armas, sin dolores y sin resentimiento. Nunca habían sido las armas nuestro motivo ni nuestro instrumento principal. La enseñanza de Bateman y de Pizarro aplicada por todos nosotros fue: la política primero que la guerra.

Francisco de Roux, Comisión de la Verdad

Quiero agradecer la confianza que todos han puesto en este espacio y en la posibilidad de desarrollar esta conversación. Este ejercicio es muy importante para el país en el deseo de construir la paz desde la verdad. Una preocupación que me toca hondamente es esta: que el esfuerzo de todos ustedes durante tantos años en la lucha por la transformación de una democracia de alta intensidad y por lograr la paz pueda hacernos llegar a una paz de baja intensidad, que se limite a que los trece mil muchachos de las FARC-EP tengan un empleo y a que se hagan las pequeñas obras de infraestructura de los PDET. Y que ahí se acabe todo. El sueño de contribuir a una transformación del país para que no nos sigamos matando implica buscar una paz grande para así rescatarnos como seres humanos. Ustedes traen una

historia de vida entregada a las causas. Escucharlas abre una oportunidad para avanzar ante esas transformaciones que necesita Colombia.

Alonso Ojeda y Raquel Vergara.

Raquel Vergara, excombatiente del EPL

Quiero hacer un aporte desde mi participación de casi diez años en el PCC-ML y de cinco en el EPL. Mi vinculación al EPL fue distinta de la de los compañeros inspirados por las rancheras. Yo me vinculé en el PCC-ML entre 1975 y 1976. Entonces, llevaba dos años estudiando en una célula, haciendo el recorrido de formación teórica y práctica. Primero, empezábamos en las brigadas estudiando marxismo-leninismo e incluso a Mao. Luego, teníamos que demostrar que habíamos entendido y que nuestra práctica era coherente con la teoría. Para 1976, yo ya era líder sindical del magisterio en Córdoba. Ese fue mi recorrido.

En su inicio y durante muchos años, el PCC-ML fue un orientador del EPL, pero comparto lo dicho por Idelfonso: no sé si fue después del asesinato de Óscar William Calvo y Ernesto Rojas, o del proceso de paz, pero para el partido se volvió difícil seguir haciendo una transmisión al EPL, principalmente por temas de seguridad. La comunicación se daba

por radio y con códigos. Muchas veces, la información no llegaba. Seguir alimentando a una organización que creció y se desbordó fue muy complejo. En ese momento, el EPL ya tenía su formación política y por eso tomar la decisión de dejar las armas no fue fácil. El primero que lo planteó fue Óscar William Calvo. Después se dio un debate muy fuerte en la guerrilla y en el partido, pero el EPL logró tomar el liderazgo. El tema de seguridad pudo tener una incidencia en ello.

A diferencia de lo que otros compañeros han dicho, considero que era muy difícil que la CGSB pudiera ser un escenario esperanzador con un futuro inmediato. Había puntos de encuentro, pero las diferencias ideológicas marcaron el camino y la práctica de la Coordinadora. Como en las universidades, en la Coordinadora no hubo un punto de encuentro fuerte. Las ideologías nos marcaban fuertemente, en especial a quienes nos había tocado hacer todo el recorrido de formación. Sin embargo, cuando tocó tomar la decisión de la paz lo hicimos convencidos y convencidas de que ese era el camino. Creo que el noventa por ciento de la organización hizo la dejación de armas. Desde entonces, ya llevamos veintiocho años haciendo paz.

Juan Carlos Villamizar, ICTJ

Me surge una pregunta. ¿Cómo gestionaron en la época de la Coordinadora Guerrillera esas diferencias ideológicas diametrales y como pudieron, incluso, formular una agenda de trabajo? ¿Cómo era una reunión de la Coordinadora, si hablaban lenguajes tan distintos? ¿Cuál fue el papel de la idea de la negociación o de la paz, e hizo eso superar la barrera ideológica?

Fabio Mariño, excombatiente del M-19

En 1983, el EPL tenía una gran importancia en el M-19. Eso se reflejó en el encuentro entre Álvaro Fayad y Ernesto Rojas en Norte del Valle, lugar de nacimiento de grandes dirigentes del conflicto colombiano como Iván Marino, el mismo Fayad, los hermanos Rodríguez, Marulanda, los hermanos Vásquez, entre otros. La reunión entre Fayad y Ernesto Rojas fue de dos polos opuestos: un M-19 sin ideología y un EPL con ideología. En ese momento, en 1984, se firmó un acuerdo y eso se logró superando las ideologías políticas mediante el encuentro y las coincidencias en lo humano. En la Coordinadora, eso ayudó un poco a entendernos como personas y a permitir el encuentro entre identidades.

Ildefonso Henao, excombatiente del EPL

El PCC-ML fue el único que planteó la combinación del partido con los frentes. Ni el ELN ni los demás grupos lo hicieron. En el caso de las FARC-EP y el Partido Comunista, al final las FARC crearon su propio partido. Ese es un elemento importante para entender el papel de la ideología en la lucha armada. Por su parte, el ELN nunca se ha planteado un apartado armado distinto al apartado político. Eso les trajo muchos problemas en regiones como el Catatumbo.

En 1990, el M-19 abrió la posibilidad de la salida política negociada. El EPL y el PCC-ML sacaron unos comunicados en los que los tachaban de traidores. Pero al año también nosotros nos estábamos desmovilizando. En ese interludio, hubo algo importante, la pérdida de Ernesto y Óscar William, que estaban renovando el partido y el EPL. La organización quedó descabezada. La gente que los reemplazó no tenía la misma visión ni tenía perspectiva. Querían repetir lo de 1984, que fue una negociación, y no como una salida, sino como un escenario para fortalecernos internamente.

Sabiendo que esa era la postura de los dirigentes, nosotros armamos una alianza contra este planteamiento. Considerábamos que había que negociar en serio. La consecuencia fue que los dirigentes tuvieron que sentarse a negociar en serio con el gobierno. Fue una decisión del movimiento decir: "Esta guerra no va a ninguna parte". También influyó que estábamos en una coyuntura compleja, pues habíamos empezado a coquetear con el narcotráfico como única forma de financiación. Mantener a dos mil quinientos hombres en armas era muy costoso. En conclusión, nos desmovilizamos en un momento oportuno y antes de recurrir a economías de narcotráfico.

Vera Grabe, excombatiente del M-19

Una ideología implica un esquema de pensamiento cerrado. Entonces, en la discusión que estamos dando puede quedar la idea de que unos pensaron y otros no lo hicieron y eran unos loquitos a los que les dio por levantarse en armas. Creo que es importante que definamos qué es ideología, ya que no es que no hubiera un pensamiento político o una reflexión nutrida de muchas fuentes, incluido del socialismo. Por ejemplo, en el M-19 hubo en una época una ANAPO socialista, pero después se optó por otras maneras.

Es importante que miremos las fuentes del pensamiento que hay en todos nosotros, que no necesariamente son ideología. Hagamos eso para no terminar pensando que las cosas se hicieron momentáneamente, sin que nacieran de una reflexión y una búsqueda por interpretar la realidad colombiana y cómo actuar sobre ella.

Luz Amparo Jiménez, excombatiente del M-19

En el M-19, no nos casamos nunca con la ideología. Había gente idealista y materialista, ideológicamente hablando. Pero nuestro origen, nuestro centro y nuestras dinámicas durante todo el proceso fueron la política. Nuestro argumento para surgir como M-19 fue el robo de las elecciones a la ANAPO y la frustración que eso generó. Nuestra línea siempre fue la política, y eso no quiere decir que no hubiera habido una ideología. Muchos compañeros estudiaban el materialismo histórico y trabajaban en ello. Había otros que éramos mucho más idealistas. Es decir, era como una combinación.

Matías Ortiz, excombatiente del PRT

Coincido con Vera en que es necesario saber qué es ideología. Esa pregunta generó muchos debates en los años sesenta y setenta en Colombia, y aún hoy seguimos sin saber qué es esa palabreja.

En general, en el caso del PRT, nosotros seguimos el mismo esquema dominante de la época. En los años sesenta, cuando surgieron la mayoría de los grupos guerrilleros, se hablaba de la ideología revolucionaria, entendiéndose como el marxismo-leninismo o el maoísmo. Después, se empezó a hablar del guevarismo y del aporte de los cubanos en la lucha revolucionaria. En el PRT, nos formamos en esas doctrinas revolucionarias, pero con el tiempo y con los cambios que se fueron dando en el país se produjeron ajustes en el PRT y en los demás grupos. Tuve la suerte de ser uno de los fundadores y coordinadores de la CGSB. Sobre esa experiencia nos preguntaban: ¿por qué Simón Bolívar y no Mao o Che Guevara? Ya en ese momento, se asomaban los cambios de doctrinas.

En los años sesenta, la acogida de esas doctrinas estuvo marcada por un hecho: los dirigentes y las personas que determinaron el direccionamiento ideológico y político de los grupos revolucionarios de Colombia habían sido líderes de las juventudes estudiantiles y universitarias. Eso marcó, porque en estas juventudes se leían textos y doctrinas marxistas. En vez de leer

a Bolívar o Sucre, preferíamos el texto de la Internacional Socialista sobre la insurrección. Hubo dirigentes provenientes de sectores campesinos y obreros, pero en general fueron los estudiantes y los líderes universitarios los que marcaron las líneas de la organización y son los que todavía marcan líneas.

En los sesenta y setenta, se vivieron dos diferencias. Apareció en el ELN el ingrediente del cristianismo, y en el M-19 surgieron las doctrinas nacionalistas. Los dirigentes claves del M-19 venían de las FARC-EP y de la JUCO, y habían tenido una formación marxista en sus inicios. Al romper con las FARC, buscaban una lectura crítica que modificó su pensamiento y su acción.

En los años ochenta, empezaron a incorporarse factores o doctrinas progresistas de origen nacional. Se empezó a hablar del gaitanismo y del aporte nacional de Gaitán. Se hablaba de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar. Cuando se definió ese nombre, no hubo mucha resistencia dada la importancia de Bolívar en el escenario colombiano y latinoamericano. Hubo también algunos movimientos e impresiones que sirvieron de ilustración como el caso de los argentinos con el ERP y de los Tupamaros en Uruguay, que marcaron elementos en el país. Nosotros fuimos a esos países a entrevistarnos con los herederos de Santucho y de Raúl Sendic. También nos entrevistamos con venezolanos y miembros de Fuerzas Armadas de Venezuela, que incidieron en la forma de actuar de los grupos guerrilleros colombianos.

El PRT surgió del PCC-ML-EPL. Luego volvimos a la acción armada y decidimos asumir el nombre de Combatientes Populares 9 de Abril. Hubo un debate interno fuerte sobre las implicaciones de la muerte de Gaitán para las fuerzas progresistas de Colombia.

En los años ochenta, cuando se asomaban esos cambios, estallaron en Colombia las fuerzas del narcotráfico, y eso empezó a tener un peso específico en las dinámicas urbanas y rurales. Me pregunto, entonces, si las ideologías temblaron ante los fajos de dólares. ¿O sobre eso podríamos tener otras explicaciones? Podríamos poner esta arista también en consideración.

El tema de las ideologías tiene unas características, un cierto tufillo libresco. Nos hemos preguntado por qué terminamos enfrentando a los ganaderos y los campesinos ricos con los secuestros, si en términos ideológicos y políticos nos definíamos como enemigos de la burguesía financiera. Ahí hay una contradicción o al menos una inconsecuencia entre ideología política y acción concreta.

Lo clásico de los grupos que venían del marxismo era la unión entre organización política y militar. Pero después aparecieron en el Cono Sur organizaciones con experiencias como las del M-19. Entonces, se empezó a hablar de OPM. Al final, la dinámica militar terminó imponiéndose sobre la dinámica política. Por fuerza de las circunstancias, en cada una de los regionales de la zona en que estábamos, esa dinámica militar se puso sobre el tema político. En el ELN, la dinámica fue un poco diferente, pues venía del esquema de la OPM. Pero en sus discusiones terminaron adoptando el esquema de la organización política y la organización militar. De ahí surgió la UC-ELN.

En cuanto a la pregunta por las reuniones de la CGSB, quiero ilustrar mi respuesta con una anécdota. En los campamentos de Manuel Marulanda o Jacobo Arenas, las reuniones terminaban con un brindis de *brandy*, *whisky* o aguardiente. En cambio, cuando las reuniones se hacían en los campamentos de Manuel Pérez, se terminaba con un brindis de vino para consagrar. Lo viví varias veces.

María Camila Moreno, Juan Carlos Villamizar, Blanca Valle, Francisco de Roux y José Eleazar Moreno.

Francisco de Roux, Comisión de la Verdad

Por primera vez en treinta años, hay un consenso en las Naciones Unidas sobre un apoyo unitario al proceso de paz en Colombia, y particularmente a las instituciones del sistema creado por el Acuerdo de Paz como lo son la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad, la Jurisdicción Especial para la Paz y la Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas. Como saben, en la Comisión iniciaremos diálogos de reconocimiento a las víctimas y de aceptación de responsabilidad. Así que quiero invitarlos a que tengan eso en mente. Contrario a lo que nos enseñaron en Colombia, la aceptación de responsabilidad no es dar papaya. Por eso mismo, la Comisión no se mete en ningún asunto jurídico ni busca señalar personas. Con la aceptación de responsabilidad, lo que queremos es resaltar la voluntad y el compromiso de quienes participan en estos procesos, ya que de ahí surge la reconciliación de los colombianos.

Hace unas semanas, tuvimos una visita de un parlamentario alemán, hijo de un militar nazi que murió en la guerra. Nos contaba que, el día en que los alemanes aceptaron que eran una nación de criminales que habían desatado una guerra y matado a miles de civiles, su autoestima creció inmensamente porque fueron capaces de incorporar en su vida y su patria su propio dolor. Crecieron con un sentido de dignidad como patria y pudieron unir a Alemania. La nación que Alemania es hoy nació de la decisión de reconocer la verdad de la guerra. Quiero hacerles la invitación a participar en la construcción colectiva de la Comisión de la Verdad.

Lucía González, Comisión de la Verdad

En el mismo sentido de la intervención del padre, quiero proponerles el desarrollo de mesas con niños. Hace unos días, me reuní con niños indígenas de distintos pueblos y noté que son niños a los que se les siente mucho la guerra, porque siguen viviendo en escenarios de confrontación armada y tienen una herencia del dolor muy fuerte. A la vez, tienen la gran ilusión de que podremos salir adelante como país. Un día deberíamos juntarnos con la juventud que tiene esperanzas para que nos demos aliento mutuamente.

Fernando Hernández, excombatiente de la CRS

Quiero aprovechar la intervención de Carlos Velandia, pues también yo vengo de la experiencia del ELN y posteriormente fui parte de la CRS. Viví las épocas en que se discutió y se cambió la ideología. No se trata de una que nunca se transformó. Al igual que la vida de cada uno de nosotros, la historia va ocurriendo por acontecimientos que van haciendo madurar los procesos políticos. En mi caso, vengo de una experiencia cristiana, estuve en el seminario muchos años y ahí me relacioné directamente con la Teología de la Liberación y las ideas de Camilo Torres. Esto fue tan importante para mí que luego entré al ELN.

En la Asamblea Nacional de 1986, junto con un grupo de curas, nosotros presentamos un documento que fue fundamental en la transformación interna e ideológica del ELN. Ahí planteábamos la relación entre el marxismo y el cristianismo en la revolución. Ese momento se nutrió mucho de la experiencia de Nicaragua. Cuando fui allá como observador, yo llevaba un poquito de ropa y *El capital* de Marx. Estaba en el norte de Nicaragua y, en octubre de 1979, acababa de terminar la guerra. Todavía estaban entregando los cadáveres de los muertos de la guerra. Yo era un marxista-leninista y veía a los campesinos entrar a la iglesia con los cadáveres de sus hijos envueltos en la bandera sandinista. En esas misas, el cura hablaba un lenguaje que para mí era novedoso. Era una mezcla de cristianismo y revolución, de sandinismo nicaragüense e historia de América Latina. Los campesinos estaban con sus muertos y reivindicaban la revolución sandinista. Entendí que esa era una dinámica muy diferente a la del marxismo clásico.

Yo venía de la historia inicial del ELN, cuando en la universidad, en los años setenta, se discutía abiertamente sobre marxismo-leninismo. En ese tiempo, la guerra entre las juventudes giraba en torno a quién interpretaba mejor el marxismo. Ahí entraban a jugar un montón de corrientes: el PCC, el MOIR, el PCC-ML, entre otras. Esas peleas universitarias hoy no las veo en algunos líderes y espacios de la izquierda.

La importancia del fenómeno nicaragüense, y de esa lectura, es que ahí entendí que la revolución debía leerse desde la realidad de nuestros pueblos y que la ideología era secundaria. Era importante ver lo que pasaba en las revoluciones de América Latina, entender sus diferencias y similitudes. Cuando participé como delegado internacional del ELN e hice parte, junto con Navarro, de la Comandancia Internacional de la CGSB, establecimos relaciones políticas con mucha gente en el mundo. Eso nos dio una visión mucho más amplia. En esa labor, una vez

participé en una reunión internacional y denuncié los asesinatos de campesinos y la violencia del régimen. Los asistentes respondieron con los asesinatos del ELN y dijeron que Simón Bolívar fue uno de los precursores del DIH. Ese evento introdujo en el ELN un debate sobre el DIH y la organización del conflicto.

En los años ochenta, cuando las demás organizaciones desarrollaban negociaciones con el gobierno de Betancur, el ELN decidió no hacerlo y lanzó la consigna de la humanización del conflicto. Ahí empezó un trabajo interno muy difícil. Dentro del ELN, la discusión no pudo saldarse y por eso, entre 1991 y 1992, rompimos con la organización y nos constituimos como CRS. Buscábamos ser consecuentes con el origen. Si estábamos defendiendo la vida de los colombianos, no podíamos seguir patrocinando una guerra que le hacía tanto daño al pueblo.

En conclusión, no es que con ideología hubiéramos nacido y que con ella nos hubiéramos acostado. Hay una historia que va corriendo, hay historias particulares, colectivas, sociales e internacionales que nos tocan. Cuando nacimos, América Latina estaba plagada de guerrillas. Ese era el contexto entonces, hoy no. Y eso fue cambiando. En 1992, teniendo en cuenta ese nuevo contexto, buscamos que el ELN se replanteara la estrategia.

Para finalizar, ahora que después de tantos años nos encontramos los que hicimos acuerdos de paz, me pregunto: ¿de qué paz hablamos, si el Estado no ha cumplido nada de lo firmado y desconoce los acuerdos? Las instituciones y el establecimiento están en contra de todos nosotros, y las causas que produjeron el conflicto aún no están resueltas. Entonces, ¿de qué paz hablamos? ¿Qué paz vamos a defender? ¿Cómo la vamos a defender? El país sigue igual, con el mismo conflicto, viviendo todos los días del odio, las mentiras y el engaño. Debemos reflexionar sobre eso para así poder dejarles algo a las generaciones venideras.

Alonso Ojeda, excombatiente del ELN

Hace cincuenta y cinco años nos metimos en esta locura. Fue una locura haber llegado a donde llegamos. Por más razones que existan, para mí no hay justificación. El camino es la construcción de un camino político nuevo y desafiante, que no nos permita volver a las armas. En 1961, cuando muchos de ustedes no habían nacido, a Ocaña llegó el candidato Alfonso López Michelsen, agitando las banderas de una nueva revolución. Los jóvenes estudiantes organizamos la recepción al grito de la revolución. En el evento, López Michelsen dijo que

nos invitaba a subirnos al avión de la revolución. Él fue un irresponsable, pues mientras nos hacía subir por la puerta de adelante él se bajaba por la puerta de atrás. Nos dejó montados.

Yo llegué a estudiar a la Universidad Nacional. Era católico y formaba parte de un grupo cruzado en la iglesia de Ocaña. Cuando llegué a Bogotá en 1962, mi mamá me dijo que buscara ayuda con el capellán de la Nacional para que me orientara. Fui a buscarlo y encontré a un hombre alto, buen mozo, seguro y feliz con la vida. Se presentó como Camilo Torres. Me preguntó si era cristiano. Le dije que sí, que cristiano y cruzado. Me dijo que el deber del cristiano es la revolución. Entonces, me monté en el caballo de la revolución. Camilo me escogió, junto con un grupo selecto de estudiantes, para ir a Cuba a estudiar la revolución socialista para hacerla acá en Colombia. En Cuba, nos subieron a todo este vendaval.

Estando allá, nos enteramos de la muerte de Camilo. La expedición se interrumpió y a mi regreso me comprometí con el ELN. Al llegar a la guerrilla, nos dimos cuenta de lo terrible que era. Eran las épocas de los fusilamientos. Era una guerrilla contraria a la que Camilo había enseñado. Rápidamente, planteamos una postura diferente. La comentamos con Gabino, que estuvo inicialmente de acuerdo. Por un lado, había un cuento ideológico mentiroso; por el otro, la dura realidad de los muertos, del desastre de la violencia. Gabino aceptó el reto de enderezar la situación. También comprometimos a Bateman, a Marulanda y a un grupo de intelectuales. Hubo un espacio para construir un frente político nuevo capaz de replantear las cosas en un nivel diferente.

Desafortunadamente, se echaron para atrás. Ganó la postura de seguir el camino de la guerra. Entonces, decidimos salirnos del movimiento y continuar la lucha en la civilidad. En 1976, alzamos la bandera de humanizar la guerra y construir un proyecto de nación ético, democrático, solidario y ecológico.

Fredy Rendón, excombatiente de las AUC

Ayer, cuando me preparaba para viajar a Bogotá, recibí un correo de Henry Acosta, facilitador del proceso con las FARC-EP. Quiero compartir con ustedes un párrafo de uno de los artículos que compartió conmigo. En una reciente publicación de la Universidad Externado de Colombia, uno de los más connotados constitucionalistas franceses de la actualidad, Dominic Rousseau, cuestiona fuerte y decididamente la fragilidad actual de los pilares de la democracia, como fue al menos concebida por la revolución francesa y americana.

Quiero abarcar el temario desde mi historia personal. Nací en 1973. Tenía tres años, cuando ya algunos de ustedes hablaban de la necesidad de una lucha distinta a la que hoy tenemos de contaminación de los ríos, reclutamiento forzado de niños, empobrecimiento y radicalización del país. Vengo de una familia de veinte hermanos de los que quedamos quince, pues cinco no alcanzaron a llegar al médico, ya que vivíamos en la zona rural de Amalfi. De esos quince, doce están vivos.

Mis papás, ambos muertos, son los responsables de que llegara a donde llegué, como también contaba Fabio. Mi papá y mi mamá decían que nuestra casa era la única que tenía luz. Todos los vecinos iban a ver televisión allá. Mi papá y los vecinos contaban historias de su niñez y juventud, de lo que les tocó padecer en La Violencia. Mi padre solía recordar mucho que le había tocado vivir escondido en el monte, mientras pasaban las tropas de las chusmas de ambos lados. Sin embargo, aun siendo liberal, mi papá no se involucró en La Violencia. Cuando él se dio cuenta de que yo había ingresado a las AUC, me dijo un día: "No se olvide siempre tener un oído para el acusado y otro para el acusador". Eso siempre hizo carrera en mi cabeza.

Aún faltan muchos encuentros para seguir hablando de estos temas. En algún punto, tenemos que hablar sobre qué vamos a hacer por este país. Esta empresa lleva cincuenta años y no ha podido mostrarle un camino a esta sociedad. La guerra nos ha traído una tragedia monumental. Si seguimos como vamos, la tragedia no va a parar y las víctimas van a seguir aumentando. Llevamos más de cincuenta años asesinando al que piensa distinto. Eso es un problema en nuestra sociedad, que tiene una necesidad ética profunda. Es importante que esta reflexión nos lleve a aportar algo positivo a futuro, no solo para vivir nuestros últimos años en un país donde quepamos todos, sino también para que podamos ir más allá de nosotros mismos.

Gabriel Barrios, excombatiente del PRT

Quiero hablar de la influencia de los partidos políticos en el movimiento social. El movimiento campesino se juntó a comienzos del siglo XX, y fue avanzando, profundizando y esclareciendo su papel. La violencia en Colombia viene del problema de la tenencia de la tierra. En la ANUC, línea Sincelejo, dimos muchos debates sobre ese tema. Considerábamos que la violencia en Colombia había sido responsabilidad del bloque oligárquico, que domina el país hasta

nuestros días. Ha sido un poder muy reaccionario, que no ha permitido cambios estructurales que le permitan al país vivir de otra manera. Esa influencia se arraigó en los movimientos sociales y, en particular, en el movimiento campesino.

En 1961, por primera vez se dieron tomas de tierras en todo el país, sobre todo en la costa atlántica, por parte del movimiento nacional indígena. El setenta por ciento de esas tomas de tierra ocurrieron contra pequeños y medianos propietarios. En esa época, el movimiento campesino no diferenciaba a quien golpear. Gracias a los debates internos, en el Segundo Congreso de la ANUC en Sincelejo, las cosas cambiaron y se empezó a hablar de "La tierra para quien la trabaja". La línea Sincelejo de la ANUC terminó siendo abstencionista. La plataforma ideológica y el mandato campesino eran unas propuestas elaboradas por la organización campesina. En esa época, los que llegamos a la ANUC, a pesar de estar en otras organizaciones, en mi caso en el PCC-ML, participamos no por instrucción del partido, pues en ese momento el partido no estaba de acuerdo con la organización en tanto había sido creada por el gobierno.

En esta discusión sobre la ideología, lo que trato de resaltar es que las divisiones que se daban en los movimientos políticos, con o sin ideología, irradiaban al movimiento social. De ahí que nunca se hubiera podido configurar un movimiento político unificado; cada uno se movilizó por sus intereses y ese fue un error catastrófico. Además, en Colombia no se ha dado un levantamiento campesino contra el Estado o los presidentes del momento. Por el contrario, las luchas siempre se han dado por reivindicaciones de tipo económico, como la lucha por la tierra y por el crédito. En ese sentido, el problema en Colombia es que no hemos mirado hacia donde debemos proyectar el movimiento campesino.

El papel de las organizaciones políticas es orientar y capacitar a sus influenciados, no dividirlos, que es lo que muchas veces ha sucedido. Mi experiencia a nivel nacional me ha dejado saber que los dirigentes sociales somos dirigentes políticos que estamos con las comunidades y tenemos contacto con las comunidades. También sé que somos blanco de la represión. Por eso, en Colombia los gobiernos nunca se han preocupado por la situación de los dirigentes sociales. Saben que esos dirigentes son los que orientan a las comunidades en los territorios. La consecuencia es que hoy se persigue más a los sociales que a los que están en organizaciones políticas. Este evento debe dejar constancia sobre la situación de los dirigentes sociales y sobre su asesinato desde hace años. Cuando se dio la muerte de Gaitán y

después salió el Frente Nacional, nadie se preguntó por los miles de campesinos que murieron y fueron desplazados.

Después del proceso de paz con las autodefensas y con las guerrillas, ha habido posiblemente más muertos que los que hubo antes. Aquí hay más de ocho millones de desplazados y muchos desaparecidos. Llegó la hora de que todos los sectores que nos hemos levantado en armas y contra el Estado entendamos que hemos sido también víctimas.

Francisco Caraballo, excombatiente del EPL

Frente al problema de la violencia, los intelectuales, académicos, dirigentes y militantes deben hacer un análisis serio de lo que ha pasado en el país. El rastro de la violencia es largo y exige examinar los problemas de fondo. Es importante saber qué pasó con esas guerrillas que se desmovilizaron. Necesitamos un corte de cuentas. Necesitamos entender qué ganó el país con la desmovilización de esas guerrillas, y no qué ganaron los grupos.

Los años ochenta fueron muy importantes y trascendentales en el plano político, pues cambiaron un sistema. Yo propuse hacer un diccionario de términos sobre los conceptos de paz, diálogos, política, etcétera, porque muchas veces hablábamos y creíamos que estábamos de acuerdo, pero en el fondo entendíamos conceptos distintos. Eso podía terminar dejando un sedimento negativo que podía llevar a que al final nos comiéramos el cuento. Las palabras son la expresión de unas ideas, y con ellas los verdaderos dueños del poder estaban sembrando en los pueblos una cantidad de ideas falsas y de palabras falsas.

Tengo una crítica seria en relación con los documentos del CNMH. Ahí hay toda una cantidad de falsedades que se están entregando al pueblo como si fueran verdades. Este espacio debe aprovecharse para sacar conclusiones que nos proyecten hacia adelante. Es necesario evaluar nuevos conceptos propios como democracia, paz y poder. La democracia está regida por la cabeza, ¿qué piensa la persona? ¿Quién rige, quién domina, quién lo manda? Existe la democracia de la clase dominante y la democracia de los dominados, y desde la primaria al pobre le han enseñado a obedecer, y al rico a mandar y a esculcar a los demás.

En los grupos alternativos, se ha popularizado la idea de poder y se dice que por medio de las elecciones se puede ganar el poder. Pero eso es falso. El poder tiene que ver con lo económico, lo político y lo militar. Sin fuerza, no puede haber un poder real. Camilo Torres hizo esa crítica. Él decía que por medio de las elecciones no se llega al poder, pues el que

escruta elige. Por eso era antielectoral. Sabía que siempre ganan los mismos porque tienen más recursos.

2. Movimiento de autodefensas

Iván Roberto Duque, excombatiente de las AUC

Siempre he tenido la convicción de que en Colombia tenemos más historia clínica que historia patria. Una historia de locos, enfermos y mutilados. Una historia que, en términos de paz, puede contarse con los dedos de la mano y sobran dedos.

Mi generación no fue ajena a la violencia, ni tampoco al papel criminal del Estado y la responsabilidad que aún está pendiente de responder sobre la debacle de millones de muertos y desplazados. La peor tragedia del conflicto armado, dentro de las muchas cosas por considerar, la resumo en dos hechos criminales: en primer lugar, la vinculación de menores a la guerra, y en las AUC no fuimos ajenos a ello; en segundo lugar, los sufrimientos de la población civil inocente. Los que hemos estado al frente de la guerra nos morimos de viejos, como murieron Manuel Marulanda y Jacobo Arenas. Entonces, la peor tragedia de la guerra es que los platos rotos los paga la población civil. Mientras más feroces seamos con esa población inocente, más nos paramos en el campo de batalla para cantar victoria.

Corrían los años ochenta y estaba en los últimos años en la Universidad de Caldas. Confieso que yo no me percataba de las consecuencias y los desgarramientos que el conflicto producía en el país. Ya en los años universitarios, asumí una posición que a muchos sectores de izquierda estudiantil les bastó para señalarme como reaccionario y jefe de las derechas universitarias. Lo hicieron porque fundé el MURA. En ese entonces, en la universidad pública concurríamos principalmente gente muy pobre. Un semestre nos costaba dos años de universidad. Por cualquier motivo, decretaban paros y horas cero. La universidad estaba plagada no de estudiantes, sino de personas que hacían un trabajo interno en el campus.

Por esos años, se había desatado toda la furia la guerra, no contra el Estado sino contra la sociedad. Cuando empezaron los secuestros y las extorsiones, me vi tentado a visitar un municipio donde ya empezaban a surgir las primeras manifestaciones contrarrevolucionarias. Siempre se nos ha tildado de ser un grupo paramilitar que, haciéndoles juego al Estado, a

los ricos y a las oligarquías, enfrentó a un ejército levantado en armas contra una innegable injusticia contra los marginados y los más pobres. Pero ese no fue mi caso. Les confieso que yo y otros dirigentes de Puerto Boyacá nos dimos a impulsar grupos de autodefensa, movidos por un fuerte sentimiento contrarrevolucionario. Si ser marxista designa una posición política, ser antimarxista designa también una posición política. Ese hecho nunca nos lo reconocieron.

Hace un tiempo, le decía a Iván Márquez que mientras estuve en la guerra a mi familia nunca le dieron un rasguño, ni lesionaron nuestro patrimonio. Entonces, ¿cómo explicar haber estado veinticuatro años en una guerra, si no hubo sentimientos vindicativos que nos llevaran a eso? La respuesta es que nosotros fuimos una organización que estaba en contra de esa guerra de agresión contra la sociedad que habían abierto los grupos subversivos. Fueron miles los afectados. Y la agresión provenía también de un Estado fallido e inexistente, al que poco le importaba lo que estaba sucediendo en Colombia.

Fuimos una organización que hizo unas inaceptables intervenciones en reemplazo de un Estado que había incumplido su función de proteger la vida, los bienes y la honra de los colombianos. No estábamos en contra de esa tesis marxista que defiende a los marginales y los pobres de la usurpación económica. ¿Cómo puede uno estar contra eso? Aun estando de acuerdo con muchas ideas que se han expresado acá, lo único que nos llevó a declararnos en la contraparte de las guerrillas y de los movimientos insurgentes fue el uso de la violencia como instrumento de transformación de la sociedad.

Si analizamos los resultados que las guerrillas y las autodefensas le dejamos al país después de esta larga confrontación, en un acto de honestidad con esta patria, todos tendríamos que aceptar que fracasamos. Las armas definitivamente no pueden ser el vehículo de transformación, y menos cuando esas armas ocasionaron víctimas inocentes como los sindicalistas, un sector muy golpeado por la violencia. Nuestra violencia apuntó contra el sindicalismo cuando también era objeto de la agresión de las facciones insurgentes que confiscaron las luchas sociales y democráticas de los sindicatos. Cuando en Urabá se formaron los famosos sindicatos de las FARC-EP, el EPL y demás, el baño de sangre se creció espantosamente. Siempre se pensó que quien se paraba en la plaza pública a defender los intereses de los obreros en Colombia, era un esbirro auxiliador de la guerrilla.

En esta horrorosa lógica de la guerra, a los enemigos no hay que convencerlos con la dialéctica de la palabra. Hay que someterlos y eliminarlos. Nosotros confrontamos aquello

que en esa época llamábamos "el daño de las guerrillas al país", pero haciéndolo causamos también mucho daño. Aquí la única ideología que nos dominó a todos, o por lo menos a nosotros, fueron el odio y el rencor. No cabíamos en los 1,2 millones de kilómetros cuadrados que tiene Colombia. Eran ellos o nosotros.

Siempre pensé necesario, desde que llegué al Magdalena Medio, dotar a la organización de un discurso político que justificara nuestra acción criminal. Había que buscar un pretexto ideológico y a esa tarea me entregué. Hay incluso un libro titulado *Escenarios para la paz a partir de la construcción de regiones*, donde hicimos un esfuerzo por mostrar que también en los paramilitares había un discurso. En los comienzos de esta organización, los muchachos sabían disparar y tenían la cultura de la puntería. Pero no sabían por qué disparaban. Al final, construimos un discurso político, que muchos sectores ni asimilaron ni quisieron.

Solo un sector del enemigo entendió finalmente que la nuestra era una organización que debía ser escuchada; que era una organización con todo el derecho a participar en las decisiones nacionales. En 1991, después de grandes golpes como la muerte de Carlos Pizarro, los desmovilizados del M-19, en un gesto de inclusión política, nos dieron la oportunidad. Fue en el Magdalena Medio, donde nos invitaron a llevar a la Asamblea Nacional Constituyente a una persona de nuestra organización. Tal vez sea ese el único antecedente que podemos recordar del tema de la inclusión política.

En los últimos gobiernos, el fenómeno no de apoyo a los grupos paramilitares, sino de apoyo a la violencia ha sido marcado. Incluso un gobierno famoso por su autoritarismo democrático nos facilitó un proceso de paz, que quedó inconcluso y terminó por extraditar a quienes portaban grandes verdades de la guerra. Ese proceso de paz no eliminó el fenómeno paramilitar. Decir lo contrario es una gran mentira. Fue un proceso que puso a un lado a un ala mala, que eran las autodefensas. Pero el fenómeno subsiste, ahora con mayor vigor. En cierta ocasión, le dije a Luis Carlos Restrepo: "Usted no puede creer que el gobierno al que usted sirvió pasará a la historia como el que eliminó el fenómeno paramilitar". Ese gobierno eliminó lo que le convenía eliminar, sacó a los que tenía que sacar y extraditó a los peligrosos. Pero el fenómeno continuó. La problemática en Urabá con el Clan del Golfo y las llamadas Bandas Criminales es producto de los paramilitares mal desmovilizados, que el gobierno dejó al garete. En el fondo, le convenía que no desaparecieran del todo.

Para concluir, quiero decir que no me queda ninguna duda que en Colombia la violencia sigue siendo el determinante de gran parte de la vida de la nación. Por eso, saludo este escenario. Todos los que estamos aquí ya perdimos los caminos. Por eso es posible mirarnos de frente y ser capaces de reconocer muchas cosas. Me dio un gusto enorme escuchar a Alonso Ojeda, puesto que sí hemos hecho mucho daño. Estos ejercicios encaminados a sacar la verdad deben convertirse en un elemento fundamental de la reconciliación y, en especial, del Nunca Más.

Nuestra ideología, insisto, no fue más que el odio y el resentimiento promovidos por el gobierno, el Estado, las Fuerzas Armadas y los sectores de la alta oligarquía económica, esos sí, los más reaccionarios de la sociedad. Cuando Carlos Castaño ordenó secuestrar a Piedad Córdoba para presionar al gobierno de Andrés Pastrana a unos diálogos con las AUC, similares a los que se daban en esa época en San Vicente del Caguán, el país esperaba un escenario fatal. Yo mismo creí que eso iba a ocurrir, porque Castaño estaba convencido de que Piedad era una ficha del ELN y después de las FARC. En medio de esa confusión y de tantas presiones para que la liberaran, también se escuchó a grandes empresarios antioqueños decirle a Carlos Castaño que liberar a Piedad era un acto de irresponsabilidad con la patria. Así hay muchos ejemplos y situaciones, todas presentadas para hacernos sentir como un ejército libertador en Colombia.

Con todas nuestras equivocaciones, nunca he dudado de que fuimos hijos de la guerra, que todo el derramamiento de sangre fue inútil y que nunca podrán absolvernos los discursos políticos que buscaron justificar nuestra violencia y nuestros actos criminales. El único camino cierto, real e importante, que tomaron las AUC en su momento, fue retirarse del conflicto armado, hacerle ese favor a Colombia. Eso fue expresarle al país que la desmovilización era una realidad, si bien no íbamos a desmovilizar el pensamiento. En mi caso, yo sigo estando convencido de que la violencia no puede ser aquello que algunos sectores de la izquierda llamaban la partera de la historia. La violencia es una partera del crimen; disuelve al país y destruye la sociedad.

Rodrigo Pérez, excombatiente de las AUC

Escuchando a los compañeros del M-19, quedé impresionado porque corroboré algo que ya había pensado sobre el conflicto armado en nuestro país, y es que hace mucho tiempo dejó de ser ideológico. Justo esa fue una de las razones que me llevó a comprometerme de

lleno con el desarme de la organización de la que hice parte, donde comandé a más de mil seiscientos hombres. A pesar de todas las situaciones adversas, decidí dejar las armas y me volqué sobre ese proceso que iniciamos con el gobierno del doctor Álvaro Uribe Vélez, que podemos llamar de paz, pero que yo considero de sometimiento.

En mi tiempo en las AUC, estuve involucrado en muchos actos de violencia y en el daño a cientos de personas, la mayoría comunidades indefensas e inocentes, cuyo único "delito" fue estar en el lugar equivocado. Eso es lo que ha arrojado este conflicto armado, la muerte de campesinos y colombianos inocentes.

Una vez desmovilizados, nos interesó saber qué había llevado a todos esos muchachos a la guerra, por qué habían tomado esa decisión siendo jóvenes y hombres del campo, y cuál había sido la razón para que se incorporaran en las AUC. Decidimos, entonces, hacer una investigación y contratamos a un grupo de profesionales para que nos acompañaran en la tarea desde la cárcel. Hubo una muestra poblacional de cincuenta excombatientes. Los resultados corroboran lo que acá se ha dicho: esos muchachos no tenían la menor idea de por qué estaban enfrentados a la guerrilla. En el caso de las autodefensas, la desmovilización obligó a muchos a terminar privados de la libertad por un periodo de tiempo, al principio en unas colonias agrícolas y luego en una cárcel de máxima seguridad. Muchos compañeros dijeron que no entendían por qué, si ellos habían estado haciendo patria y defendiendo al Estado. Eso fue lo que se les vendió. Se les hizo ver a las guerrillas como los enemigos del país y de la nación.

Estamos abiertos a compartir aquí esa investigación, que puede servirnos para entender que los hombres y las mujeres que estuvimos inmersos en este conflicto armado, muchos de nosotros como líderes, estuvimos equivocados. En esta guerra, no hubo ganadores. En esta guerra, el país entero perdió. Ojalá algún día aquellos que todavía persisten en las posturas guerreristas entiendan que es necesario avanzar hacia la paz.

Fredy Rendón, excombatiente de las AUC

Cuando escucho a Francisco Caraballo, a quien conocí en Itagüí y con quien en ciertos momentos tuve la oportunidad de conversar, y en general cuando los escucho a cada uno de ustedes, concluyó que todos estamos de acuerdo con que la guerra, por unos y por otros, se llevó adonde los más frágiles, en el campo y las ciudades. Por la guerra que decidimos llevar

a las regiones, ocasionamos el desplazamiento de muchos campesinos a las ciudades. Hoy vemos que el campo está sin campesinos y que está siendo caminado por grupos armados que han continuado en la confrontación armada.

Estos grupos han surgido después de las desmovilizaciones de los grupos que hemos llegado a un feliz acuerdo para la dejación de armas con el gobierno nacional. En el caso de las autodefensas, le planteamos al gobierno que teníamos que trabajar en el proceso de reinserción de los muchachos y que no podía quedarse en entregarles un cheque y darles la bienvenida a la civilidad. Por el contrario, se tenía que hacer un trabajo con sus familias y con las comunidades a las que iban a llegar. A esos muchachos, que fueron llevados de niños o adolescentes a la guerra, les dimos un uniforme y un arma y les enseñamos a seguir órdenes para la guerra. No podemos quitarles de la noche a la mañana el disfraz, sin antes prepararlos para llegar a una sociedad como la colombiana, que los señala y les guarda resentimientos.

Después de la desmovilización, la sociedad no se ha preguntado por quienes entregaron las armas. Solo ahora estamos abordando esa pregunta en el caso de los excombatientes de las FARC-EP, de los cuales ciento treinta ya han sido asesinados. Pero no hemos indagado por los más de tres mil excombatientes de las AUC asesinados tras desmovilizarse. Eso ha sido reportado incluso por comandantes de la Policía Nacional de Colombia.

Cuando ingresé a las autodefensas en Urabá en 1995, el EPL ya había hecho su proceso de negociación. Había quedado una disidencia, uno de cuyos líderes era Francisco Caraballo. A alias Boquetula, a quien nosotros, en conjunto con el Ejército, ayudamos a dar de baja, lo considerábamos un personaje nefasto para la región. Menciono esto, porque en algunas regiones los comandantes de las guerrillas y las autodefensas se convirtieron en un problema. Y son un problema, porque se convirtieron en verdugos de las comunidades. La población civil en el Urabá no quería nada de la guerrilla cuando yo llegué. Pero mientras estuvieron el EPL y las FARC, convivieron con ellos y sus miembros eran hijos de esas comunidades. Los miembros de los grupos armados no han sido nicaragüenses ni rusos ni ecuatorianos ni dominicanos. Hemos sido colombianos, la gran mayoría jóvenes. Eso nos deja una tarea importante.

No sé si las AUC tenían una ideología. Pero conocí regiones donde la guerrilla llevó a que se creará un fenómeno de autodefensas para defenderse de sus atropellos. Las autodefensas son el surgimiento contestatario contra prácticas que la guerrilla llevaba a cabo; alimentado,

también, por algunos sectores de la fuerza pública y por medianos y pequeños terratenientes de las zonas. Muchas veces nos preguntamos por qué a las FARC, en cincuenta años de confrontación, nunca las vimos atacando realmente al poder central o a los dueños del poder económico del país.

Lucía González, Comisión de la Verdad

Una pregunta que queda es esta: si no es la ideología, ¿entonces qué los mantuvo tanto tiempo? Tuvo que haber un alimento permanente que nutriera a una guerra tan cruel y de tantos años. Puede que no sea una ideología, pero sí un pensamiento. Hay que hacer énfasis en eso.

Jorge Iván Laverde, excombatiente de las AUC

Fue el odio lo que nos llevó a matarnos, incluso a quienes se levantaron en armas por una ideología. Los jóvenes campesinos que llegaron a grupos armados terminaron llenos de odio. He visto entrevistas de guerrilleros rasos hablando con odio sobre su enemigo, que es como denominan al capitalismo. Y el problema más grave es que ese odio persiste. Nosotros ya no tenemos ningún resentimiento ni estamos pensando en volver a las armas, pero los jóvenes que hoy se están armando en el campo ya no se mueven por odio ni ideología, se mueven por el poder del dinero. Al final, quien terminó ganando la batalla fue el narcotráfico, se apropió de toda la geografía colombiana y hoy absorbe jóvenes en todas regiones, incluso a quienes en algún momento se levantaron en armas por una ideología o por pensamiento.

Cuando entré a las autodefensas en el Urabá, lo hice llevado por el odio contra quienes nos quemaron nuestra casa, nos quitaron los animales y mataron a nuestros hermanos. Ese odio fue haciendo carrera en mi paso por las AUC. Hoy, después de entregar las armas, hemos aceptado que cometimos un grandísimo error. Mis vecinos en Urabá, con quienes crecí, se fueron algunos a las FARC, otros, al EPL y otros, a las AUC. Entonces, en las montañas de Colombia terminamos enfrentados entre amigos, entre quienes estudiamos en una misma escuela.

Rodrigo Pérez, excombatiente de las AUC

¿Qué es ideología? Si responder a eso nos pone en dificultades a nosotros, que tenemos algún grado de escolaridad, qué podemos pensar de los muchachos que dejaron el campo para coger un fusil. En las AUC hubo unos principios y una postura política. Creíamos que el modelo social, político y económico que nos querían imponer por medio de la violencia no era adecuado para el país. Eso nos llevó a mantenernos en armas y a considerar que teníamos que hacer algo por el país. Estuvimos equivocados en coger las armas, pero tuvimos esa postura política. Para mí, eso no es ideología.

Al igual que en el resto de las organizaciones armadas, a nuestras filas entraron distintos tipos de personas. También se empezaron a seguir otros intereses, de carácter económico. Las filas se volvieron lugares para la venganza de la violencia contra seres queridos. El crecimiento de las AUC no dio tiempo para seleccionar perfiles. En 1998, llegué al sur del Bolívar y tenía a mi mando un poco más de noventa hombres en armas. A los dos años, ya eran ocho mil. Muchos llegaron no por una ideología, sino simplemente buscando una forma de empleo.

Juan Carlos Villamizar, ICTJ

Estamos escuchando dos versiones que no están contrapuestas, sino que pueden ser paralelas. Me queda la pregunta sobre qué primó y en qué se cedió. ¿El fenómeno paramilitar en Colombia, una de cuyas expresiones fueron las AUC, fue una expresión en contra de algo o a favor de algo? No es lo mismo haber estado en contra de las expresiones insurgentes de una región que haber estado a favor de una contrarreforma territorial que salvaguardó los intereses económicos en las regiones y garantizó el monopolio del poder político. Uno de ustedes me dijo una vez que el camino hacia Ralito había sido un camino inverso al de FARC-EP, pues fue el de una organización militar que se fue politizando y llegó allá como una organización política. Las FARC, en cambio, fue una organización muy política que terminó siendo también muy militar.

Vera Grabe, excombatiente del M-19

No niego que el odio es un aliciente de la guerra y la confrontación. Por eso es tan importante trabajar en la reconciliación desde la base, desde la gente. Una de las cosas que inquietan

de este proceso de paz es que la polarización, la rabia y los odios se siguen alimentando. Es fundamental superar eso. Sin embargo, yo no me metí a la guerra por el odio. Yo me metí a una revolución. A mi abuelo lo mataron los nazis, pero no me metí a la revolución por vengar a mi abuelo. Nací y crecí en este país viendo injusticias y fue por el amor a la gente y a Colombia que pensamos en hacer la revolución. En esa época, la lucha armada era una opción. Nosotros no crecimos con Gandhi ni con el pacifismo ni el hipismo. Para quienes en ese momento estábamos en la universidad, la revolución armada era un camino que ya habían tomado otros. Así que fue por amor y no por odio.

Yo no me fui a la guerra, la guerra fue apareciendo después. Cuando nació el M-19, el movimiento empezó a hacer cosas, mientras la violencia se profundizaba. Entonces, se daba la acción-reacción y todo se fue creciendo. A uno no lo mueve solamente el odio. Tan es así que el M-19 cambió la cultura revolucionaria. Allá se hablaba de la revolución de los afectos, del sancocho nacional, de la revolución como una fiesta. Es decir, para nosotros la revolución no era un camino de sacrificios. Cuando la guerra empezó a degradarse, apareció el riesgo de acabar involucrados con el narcotráfico. Y cuando la guerra empezó a afectar a la población civil por la que luchábamos, tuvimos la visión y la decisión de salirnos y negociar.

Fue una decisión mía y de una generación que hizo todo eso por ideas y por cambiar el mundo. Si bien en la guerra entran en juego las cuestiones psicológicas, también entra a jugar la toma de decisiones. Fueron decisiones que se tomaron por ideas e ideales, y por eso creo que siempre la paz vale la pena. No comparto lo que dice Francisco sobre esta paz como una frustración. Cualquier paz que signifique que no haya muertes y que haya cambios vale la pena. Obviamente, la paz es difícil. ¿Pero es que acaso la guerra no era también difícil? La paz es frustrante y uno quisiera que fuera más rápido, pero es un camino.

Recojo entonces la frase de Gandhi que dice: la paz no va a llegar ni la vamos a alcanzar, la paz es un camino que vamos construyendo. Y lo estamos construyendo aquí. Nunca me había sentado con los señores de las AUC. Escucharlos me conmueve profundamente. Tenemos que reconocernos no solo desde los odios, sino también desde el amor por lo que hacemos. Creo que la paz es una inmensa posibilidad de transformación, que nos permite reconocernos en nuestras diferencias y nos permite superar esa lógica de la violencia, según la cual unos son buenos y otros malos.

Los cambios son grandes y estructurales, pero también son cambios en la cultura. Como nos decía Estanislao Zuleta cuando fue a Santo Domingo: se está dando una revolución. Ustedes no están haciendo una revolución, no se van a tomar el poder, aquí se está haciendo una revolución que es la que sucede en todos nosotros. Eso cambia la idea de que la revolución es llegar al poder. La revolución son las transformaciones que hemos asumido en estos tiempos.

Fabio Mariño, excombatiente del M-19

En cuanto a lo que plantea Vera, quiero decir que los tiempos son importantes, pues no creo que se pueda generalizar que todos nos fuimos a la guerra por odio o por amor. Cada quien tuvo su proceso. Por ejemplo, nosotros nunca tuvimos una confrontación fuerte y férrea con las AUC. La generalidad debe tener en cuenta las épocas. Una cosa es la guerra en el 2000 y otra, en los años noventa u ochenta. La degradación de las armas y la crisis de las armas a nosotros nos tocaron desde que nació el M-19. Pero siempre fue la política primero y por eso, muy pronto, desarrollamos diálogos con el gobierno; primero, en el 84 y después, en el 89. Por eso, nuestra confrontación no fue tan violenta con las AUC ni tampoco con el Ejército. La espada de Bolívar no costó ningún muerto. La única organización armada en el mundo que recuperó siete mil armas sin un tiro fue el M-19. Eso también es parte de un estilo.

En conclusión, nosotros empezamos bajo la consigna de "Con el pueblo y con las armas, al poder". Pero la transformación política que el quehacer ciudadano le impuso al M-19 muy pronto lo convirtió en un diálogo nacional. Bateman murió bajo la consigna de un diálogo nacional, que pronto se volvió la paz y las armas de la democracia. El M-19 terminó con su consigna final de la guerra a la oligarquía, la paz a las Fuerzas Militares y la vida a la nación. Quiero decir que no todas las circunstancias de la guerra son iguales. Durante el proceso de paz, hablé con Iván Roberto Duque en el campamento de Santo Domingo, porque estábamos en la búsqueda de un país que tenía que hacer la paz, no solo una guerrilla. Por eso, es necesario un análisis que tenga en cuenta los tiempos y no generalice.

Álvaro Jiménez, excombatiente del M-19

¿Por qué terminamos nosotros diciéndoles a las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio que vinieran y se metieran en el proceso constituyente? Porque no era el odio lo que

nos movía, sino la posibilidad de construir un país distinto. Esa fue la lógica que mantuvimos en todas nuestras conversaciones.

José Eleazar Moreno, excombatiente de las AUC

La señora Vera plantea algo con lo que estoy de acuerdo. Muchos excombatientes estuvimos en la guerra no por el odio, sino porque nos motivaba construir un país en el que fuéramos respetados y el Estado nos respaldara. Desafortunadamente, la falta de fortaleza institucional sigue primando en esta situación de conflicto.

Nosotros, como excombatientes, somos víctimas de los discursos, de los soviéticos y de los gringos; unos, desde una orilla y los otros, desde la otra. Tenemos que plantear la recuperación de elementos que se perdieron debido al daño que le hicimos a la sociedad con la guerra. Uno de esos planteamientos básicos es preguntarnos cómo se mueven los micropoderes y en qué medida hemos sido víctimas de los discursos y las ideologías. Un elemento que nos da luces son los derechos humanos, de los que hemos hablado tanto la izquierda como nosotros. La izquierda, por ejemplo, es una abanderada de los derechos humanos. Pero detrás de eso, el discurso no concuerda con la práctica, ni en la izquierda ni en la derecha.

Entonces, debemos analizar cómo se mueven los micropoderes en las regiones, cómo se configura el poder local y quién tiene el mando en las regiones ahora que está el vacío dejado por las autodefensas y las guerrillas. Lo grave es que no será un poder que respete y cumpla los derechos de las personas como seres humanos.

Creo también que tenemos que bajarnos del bus del ego y empezar a ser humildes. Ojalá alguien les diga a las FARC que sean humildes cuando aceptemos que nos equivocamos, que nos subimos a un carro y no lo supimos manejar. Acá nos faltó pericia.

Yo soy campesino y quisiera ver algún día a unos campesinos grandes en pensamiento, que sean unos doctores en pensamiento.

Varios fueron los motivos que encontré para entrar a la guerra. Uno tuvo que ver con el no reconocimiento de los que estamos al lado de las personas, y otro fue el problema de la violencia intrafamiliar. Ante eso podemos hacer mucho. Cuando se ha estado en la guerra se aprende a aceptar errores y desde ahí debemos empezar a reorientar nuestros procesos políticos para lograr tener instituciones que respeten los derechos y los seres humanos.

Óscar José Ospino, excombatiente de las AUC

Aplaudo estos espacios. El país estaba en mora de que estos escenarios se dieran. Quiero recoger algunas ideas planteadas en la mesa. El señor Medardo preguntaba por las justificaciones de la lucha armada, y Fabio intervino diciendo que la política estuvo primero que la guerra. Pero la intervención de Alonso Ojeda les respondió a ambos, diciendo que optar por las armas no tiene justificación. Trajo a colación algunas actuaciones del ELN que para él ya no tenían ningún sentido. Esas acciones desdibujaron la ideología. Comparto la intención de trabajar por crear un nuevo proyecto de nación ético, democrático y ecológico. También creo que todos acá tenemos el compromiso moral de no volver a la guerra y de contribuir a que el ciclo de la violencia cese. Así, algún día lograremos vivir todos en paz.

Óscar Montealegre, excombatiente de las AUC

Volviendo a la pregunta inicial, y apoyando lo que decía Fabio, creo que el ingreso de muchas personas sí depende de la época y del momento que se vivía. A mí nadie me obligó a entrar al grupo armado. Yo ingresé por odio, porque a mis papás los mataron cuando yo tenía cuatro años por no pagar lo que hoy vale una gaseosa. Tiempo después, alguien me propuso entrar a un grupo que luchaba contra el grupo que asesinó a mis papás. Yo no tenía ni la más remota idea de qué era un conflicto armado. Nunca entendí qué había pasado ni por qué los habían matado. Solo crecí con ese odio y ese resentimiento contra los asesinos. Llegué entonces a un grupo que, creía, me daba la oportunidad de luchar contra esas personas.

Con el tiempo, llegué a estar al lado de Rodrigo Pérez, que en esa época era Julián Bolívar. Él me designó comandante en un sector del Sur de Bolívar y después en Santander, en Sabana de Torres, Barrancabermeja y Puerto Wilches. Por esa época, di la orden de ajusticiar a alguien. Y casualmente, cuando me entregaron sus pertenencias, lo primero que vi fue una foto de ese hombre con su esposa y sus hijos. La vida me estaba devolviendo veinte años atrás y me estaba mostrando mi error. Tal vez entré pensando que iba a ser una medicina, pero terminó siendo una enfermedad más.

Complemento lo que dijo el señor Medardo, contándoles que es solo estando privados de la libertad que los jóvenes comenzaron a reflexionar sobre las causas, los factores o motivaciones que los llevaron a las armas. La violencia se ha vuelto un tema cultural. En muchas regiones,

ya penetró esa cultura de la violencia. Por eso, hoy muchos jóvenes pasan de un grupo a otro y se reciclan así en la violencia. En el sur de Bolívar, durante una época le obedecieron al ELN, después a las AUC o a las FARC. Ahora andan en dinámicas de narcotráfico. Creo que estas experiencias hay que llevarlas a niños y jóvenes. Si, cuando me invitaron a ser parte del grupo armado, yo hubiera conocido las historias que ustedes han contado en este espacio, me habría tomado al menos un tiempo para considerar la decisión. Hoy me doy cuenta de lo equivocados que estábamos. Desde la cultura y la educación, vamos a ir apartando a los niños y jóvenes para evitar que se reciclen en estas nuevas estructuras ilegales.

En Neiva viví un ejemplo de eso, cuando me senté en una mesa con un exguerrillero y líder político del Bloque Sur de las FARC y me di cuenta de que tuvimos las mismas motivaciones para empuñar el fusil, solo que con brazaletes diferentes. A nuestra generación sí nos llevaron los odios, los rencores y los resentimientos y, además, la ignorancia sobre el pasado. Eso es lo que hay que enseñarles a los jóvenes, que conozcan su pasado para que no lo repitan.

Medardo Correa, excombatiente del ELN

Todos queremos ser hombres pacíficos. No hay ningún ser humano que no lo quiera. Tras mi desmovilización del ELN, en vez de dedicarme a la participación política, me dediqué a reflexiones de tipo existencial, que me llevaron a concluir que Marx tenía razón cuando decía que la violencia es la partera de la historia. Si uno va a atrás, se da cuenta de que la historia de la humanidad no habría sido como la conocemos si no hubiera estado mediada por la violencia. Incluso, en la formación cristiana nos decían que somos un producto de la guerra entre ángeles y arcángeles. Sin embargo, todos queremos ser pacíficos.

Hay una contradicción interna que hace posible que no podamos ser hombres pacíficos. Una contradicción entre la mente y el cuerpo. Es como si hubiera dos proyectos de vida distintos, el de la mente y el del cuerpo. Esa contradicción es indisoluble y marca nuestros actos cotidianos. Entonces, ¿qué falta para que podamos aparentar ser hombres pacíficos? Siempre buscamos pretextos. Por ejemplo, el propio cristianismo que habla del amor ha servido de pretexto para muchos conflictos.

Estamos, entonces, buscando pretextos para resolver una contradicción indisoluble, y eso se refleja en todos los ámbitos de la vida. Tiene que ver con la contradicción de los seres humanos de ser violentos con la naturaleza. Creemos que la especie más prepotente que se

atribuye los derechos de abusar de los bienes terrenales está por encima de las demás especies. Sin embargo, sin esa violencia no seríamos hoy lo que somos. Si no resolvemos esa violencia en nuestro interior y con la naturaleza, no vamos a poder ser seres pacíficos. Detrás de toda la pelea en el país, siempre está presente esa contradicción, inserta en nuestra psicología. Por lo mismo, si no incluimos en nuestros objetivos la defensa de la naturaleza, cualquier proyecto va a ser incompleto y no va a resolver esta contradicción.

Matías Ortiz, excombatiente del PRT

Revisando la metodología de hoy, caí en la cuenta de que la pregunta no solo se relacionaba con la ideología que nos movió, sino también con las relaciones políticas con movimientos campesinos, obreros, estudiantiles, urbanos, etcétera. Ya estamos concluyendo la segunda parte del primer bloque, pero todavía quedan algunos elementos en el tintero. Entre ellos, ¿cuál fue el papel de los sectores económicos pudientes en la guerra de los procesos en que participamos? ¿Cuántos millones de hectáreas fueron despojados? ¿En qué manos terminaron? ¿Cuántos desplazados internos resultaron? Qué gran coincidencia que en esas zonas donde se generaron estos fenómenos de violencia y contraviolencia encontramos hoy un gran desarrollo de la agroindustria centrada en cultivos como la palma africana y las maderas finas. ¿Será eso fortuito? ¿O es una parte consustancial de lo que hablamos aquí?

En mi opinión, esto es una parte consustancial de lo que hemos hablado. Nos ha faltado profundidad en esos ámbitos. Es ahí donde van a aparecer los grupos y sectores pudientes que siguen impunes, mientras que otros están extraditados, en la cárcel o muertos. Entonces, hay que tener en cuenta eso como factor. ¿Cuál fue el papel de algunos sectores de los políticos regionales y locales en lo que estamos conversando? El poder local en los territorios se volvió un botín de guerra. Los que llegaron a usufructuar el poder local y victimizaron a dirigentes alternativos o progresistas, e incluso a sus opositores, siguen sin ser reconocidos como un factor de la violencia en Colombia. ¿En manos de quién está hoy ese poder político local? ¿Ha habido justicia o más bien impunidad en esos sectores? Ya algunos de esos políticos pagaron, pero una gran parte no lo ha hecho.

En municipios del Magdalena y el Atlántico, hay sectores políticos que se beneficiaron de la guerra y fueron sus grandes ganadores. Mientras algunos de ustedes fueron extraditados y otros fueron asesinados, ellos están ahí. ¿Cuándo les va a llegar la justicia? Al ejercicio

que hacemos aquí me parecería bueno invitar a algunas personas de los sectores económicos ligados a esos fenómenos. Sería útil escuchar de su propia voz cómo vivieron la guerra y qué han concluido. Mientras anduve por los Montes de María, nunca vi un árbol de teca. Solo fue después de nuestra desmovilización, a finales del 91, que empezaron a aparecer vastas extensiones del cultivo de teca y otras maderas finas. Uno se pregunta dónde están la yuca y el maíz. ¿Qué pasó aquí? Hay mucha tela por cortar.

Lucía González, Comisión de la Verdad

Estoy de acuerdo con Matías y espero que en el siguiente bloque podamos avanzar en relación con ellos. En el corazón de estas discusiones, están las causas explicativas del conflicto armado colombiano. Este no se explica únicamente desde los actores armados que participaron, sino también por los factores que originaron e intensificaron la violencia. Pido que seamos más concretos en las intervenciones, porque nos estamos quedando solo en postulados. Nosotros en la Comisión no tenemos que nombrar responsables, pero sí es muy importante que en el análisis de contexto podamos pasar de las generalizaciones y las teorías del contexto explicativo y nos acerquemos a las razones que nos aproximan a la verdad. Este es un ejercicio de reconciliación porque implica reconocernos en lo más profundo de nuestra existencia, de nuestras apuestas de vida y de lo que nos puso en la historia.

Fredy Rendón, excombatiente de las AUC

Lo que menciona Matías es una narrativa que ha crecido en el país. Nos señalan como los llamados a decir y mostrar quiénes son esas personas y organizaciones empresariales que estuvieron involucradas en el conflicto armado, puesto que se dice que esos grandes cultivos e industrias se dieron como un producto del avance paramilitar en las regiones. Sobre eso, yo pienso algo totalmente distinto. He visto que regiones como Montes de María y otras se han ido secando, quedando sin agua. Muchas regiones que eran agrícolas pasaron a ser madereras, y la economía va a continuar cambiando, porque la rentabilidad de los productos no siempre es estable. Entonces, esos cambios no ocurrieron por el paramilitarismo, sino por las dinámicas de la economía capitalista.

Pediría que no señalemos de esa manera. Hace unos días, leí un artículo que afirmaba que este año la inversión extranjera ya iguala a la de 2019. Esa inversión no viene a hacer obras

de caridad, viene a buscar riqueza para los dueños de ese capital. Sería muy bueno lograr como sociedad que ese capital cumpliera una función social. Al país le falta infraestructura y desarrollo, y los campesinos están en las más altas montañas, acabando con la naturaleza, porque el valor de la tierra en Colombia es de los más altos del mundo. Entonces, ¿quién va a poder acceder a esos predios si no es un gran capital?

Tenemos que abrir una mirada distinta y más amplia para analizar los temas y construir sin señalar. Los señalamientos nos llevan a actuar de una manera incorrecta, como en algún momento lo hicimos. Este es un espacio propicio para eso y me parece maravilloso que podamos hablar de ese y otros temas. Por ejemplo, mientras Medardo hablaba de la naturaleza, recordé unas conversaciones que tuve con un tipo que me dijo que de Costa Rica traía mensualmente veintidós mil tiros calibre 22 y los vendía en San José del Guaviare. Esos proyectiles son usados para matar a los animales que están en la selva. Mientras nosotros discutimos aquí, la institucionalidad no se preocupa por estos temas.

Imagen general de la segunda reunión de la Mesa de Excombatientes.

SEGUNDA PARTE: RELACIONES INTERNACIONALES Y COMBINACIONES DE TODAS LAS FORMAS DE LUCHA

Juan Carlos Villamizar, ICTJ

Un tema para la discusión tiene que ver con las relaciones internacionales y la forma como las organizaciones se sirvieron de apoyos externos para su desarrollo político y militar. El segundo tema está relacionado con la combinación de las formas de lucha. A lo largo de las sesiones, vamos a ir subiendo la intensidad de los temas a tratar. Todos sabemos que habrá algunos muy complejos, que requerirán, sobre todo, que nos conozcamos más. Se trata de ir conversando y compartiendo los testimonios y las reflexiones a muchas voces.

Es importante aclarar qué entendemos por combinación de todas las formas de lucha. Queremos indagar la forma como el movimiento armado se relacionó con las organizaciones sociales comunitarias de los territorios. Es decir, queremos abordar la pregunta sobre cómo se sirvió de ellas el grupo para beneficiar su estrategia política o militar y cómo las combatió si las identificó como funcionales a otros.

Fernando Hernández, excombatiente de la CRS

Para hablar sobre las relaciones internacionales, comienzo con un contexto. Quisiera pensar que la lucha armada colombiana o el movimiento armado colombiano, desde el punto de vista de la izquierda de los años sesenta y setenta, se alimentó del contexto que se vivía en el plano internacional. Eso fue definiendo nuestras acciones, nuestros aliados y nuestros enemigos.

Corría la Guerra Fría, un acontecimiento definitivo para nosotros, pues de inmediato estos movimientos surgieron en América Latina y en Colombia. Estábamos en el ojo de los estadounidenses, que determinaban la Guerra Fría y luchaban por la hegemonía sobre los soviéticos. Cualquier movimiento que se hiciera en su zona, en su patio trasero, era sospechoso de recibir apoyo soviético. Por tanto, se convertía en un enemigo. Ellos sí que saben combinar todas las formas de lucha desde lo ideológico, lo político, lo religioso, lo militar, lo diplomático, lo legal y lo ilegal.

La Guerra Fría nos puso, al menos a los que nacimos en los años sesenta, a elegir entre un bando y otro. A nosotros nos ubicaron en el socialismo, así no hubiera habido un debate interno sobre qué era el socialismo. Por supuesto, éramos antiimperialistas y anticapitalistas y estábamos en la lucha por el socialismo. Éramos más amigos de los soviéticos, los cubanos y los vietnamitas. Además, una gran influencia fueron los movimientos de liberación nacional, es decir, la lucha por la descolonización después de la Segunda Guerra Mundial: las guerras de liberación de África, el caso de Argelia, la guerra de Corea o la guerra de Vietnam. También fue clave la Revolución cubana de 1959, que inauguró la lucha por el socialismo en América Latina. Ese contexto internacional nos puso en el mismo costal no solo a todas las guerrillas, sino en general a la movilización social que estuviera en contra de la intervención de Vietnam y del imperialismo, y a favor de la paz.

En el caso del ELN, era claro que no estábamos ni en la alineación mecánica de los soviéticos, que hacían una crítica velada a las FARC, ni con los chinos que nos la hacían a nosotros. Nos considerábamos independientes de cualquier alineación internacional, si bien seguíamos al Che y a Fidel. La relación con Cuba era una prioridad, y tuvimos una muy buena relación, que nunca fue de dependencia política. En 1982, a raíz de una propuesta de Belisario Betancur, y de la de Bateman sobre el diálogo nacional, la guerrilla colombiana hizo una tregua con el gobierno. A pesar de que Fidel nos sugirió acogernos, nosotros no nos sometimos, porque no estábamos en condiciones de negociar. Éramos amigos de los cubanos, pero nunca aceptamos sus orientaciones políticas.

Éramos también amigos del campo socialista. Cuando estábamos en la comandancia de la CGSB, hicimos una gira por los países socialistas de la Unión Soviética y por Vietnam. Aprendimos de sus experiencias y tuvimos intercambios, como la formación de mandos militares. Recibimos grandes apoyos en las luchas antiimperialistas y por la paz del mundo.

En la revolución centroamericana, el ELN fue solidario. En La Habana, México y Nicaragua, nos encontrábamos con los diferentes rangos de la insurgencia y compartíamos experiencias, no solamente las colombianas, sino también las de los guatemaltecos y los salvadoreños. Esos contextos fueron importantes e influyeron en la unidad de la guerrilla colombiana. Lo hicieron las experiencias del FMLN y la URNG. Aquí lo intentamos con la CGSB, que significó un momento importante de solidaridad.

Teníamos los recursos de los alemanes y apoyamos procesos de negociación y de guerra en Centroamérica. Ahí hubo dos momentos clave. A los salvadoreños les financiamos el montaje de una emisora clandestina en los cerros del país en plena guerra con los gringos, y a los guatemaltecos les financiamos el viaje a Oslo para el principio de las negociaciones de paz. Eso significó una relación política de carácter ideológico, que permitió reflexiones conjuntas para nuestro propio proceso.

También estuvimos en Vietnam, donde negociamos la formación de mandos militares. Fue el caso de Gabino, que se formó militarmente con ellos. Mandamos tropas a El Salvador para que aprendieran sobre estrategias de enfrentamiento directo con los gringos, y ahí estuvo Carlos Velandia. Hubo relaciones de solidaridad, de acompañamiento, de discusión política y de reflexión política, pero nunca dependimos de orientaciones políticas internacionales. Éramos amigos de cualquier revolución antiimperialista en el mundo. ¿Quién no, en la izquierda latinoamericana de los años sesenta, admiraba la experiencia del Che Guevara? ¿Quién no compartió la alegría de la revolución nicaragüense del 79, sobre todo después de la derrota de la experiencia del socialismo por vías democráticas en Chile 1973?

Intercambiamos con la gente que batallaba en el campo de las ideas en Europa, los grupos socialistas, anarquistas, trotskistas, los movimientos sociales, los movimientos sindicales europeos, los partidos políticos, el socialismo francés y el socialismo inglés. Había unas relaciones internacionales muy amplias. Yo lideraba el equipo de trabajo internacional del ELN. Tenía compañeros y compañeras en Cuba, México, Europa y Nicaragua, que hacían permanentemente análisis político de lo que pasaba allá. Aquí en Bogotá, un equipo centralizaba esa información y mandaba *papers* al COCE. Para la Asamblea de 1989, preparé un documento que consideraba muy importante, trascendental, porque en Rusia corría la perestroika y en Cuba, la lucha contra las ideas incorrectas —que necesitaba rectificación—. Mandé setenta y cinco páginas. Cuando llegué a la Asamblea, lo habían reducido a quince. Pregunté qué pasó, y Pablo Beltrán me dijo que era un resumen de las ideas más importantes. Respondí que no, que eso era censura, pues justo estábamos en el debate para replantear cosas como la lucha armada y nuestras relaciones políticas.

La lucha por la democracia fue importante. El M-19 introdujo una revolución cultural en la guerrilla marcada por la lucha por la democracia. Pero un elemento que marcó las relaciones internacionales fue el apoyo de los gringos a las dictaduras del Cono Sur en los años setenta y

ochenta. Hace unos años, celebramos los veinte años de la Corriente e hicimos un evento internacional al que trajimos a compañeros y compañeras que habían estado en la lucha armada y ahora estaban en el gobierno o en partidos políticos de El Salvador, Guatemala, Uruguay y México. Es decir, había habido un proceso de transición de la lucha armada a la democracia, a la participación en la democracia.

Durante unos años, me hice cargo de la coordinación internacional junto con Antonio Navarro Wolf y, por tanto, también del debate mundial, aunque a veces mezclábamos una cosa y la otra: las actividades democráticas y las actividades logísticas y, muchas veces, las actividades de consecución de armas.

En nuestros amigos del exterior —cubanos, soviéticos, vietnamitas, los socialistas—, teníamos una retaguardia estratégica. No recibimos nunca un peso de allá. Al contrario, fuimos generosos cuando pudimos y eso tenía su correlato ideológico, lo llamábamos el internacionalismo proletario y la retaguardia estratégica.

Por eso, también hubo que entender nuestra reflexión cuando empezó la negociación, primero la del M-19 y después la de los salvadoreños y guatemaltecos. Abrimos en el ELN el debate que alcanzó la CRS. Eso había que replantearlo, porque no podíamos continuar con la estrategia de Guerra Popular Prolongada. Había que hacer algo igual a lo que pasaba en el mundo. Pero, como no fue posible el acuerdo político en el ELN, rompimos en el 92 e hicimos unos acuerdos de paz en el 94 para hacer la transición de la lucha armada a la lucha política. Esto significó que nuestras propuestas, propósitos e ideales transformaron las formas de lucha de acuerdo a las condiciones. Las guerrillas tienen un contexto histórico, político, social y geopolítico. Nuestras guerrillas nacieron en los años sesenta y se desenvolvieron en esos contextos.

Estamos aquí porque todos le aportamos a la paz. Entonces, insisto en la pregunta: ¿de qué paz hablamos? Cuando el presidente de la Comisión de la Verdad dice que tenemos estudiantes asesinados, compañeros de las FARC asesinados, más de cien compañeros de las AUC asesinados, más de mil doscientos compañeros de los desmovilizados del M-19, PRT, ELN y la CRS, entonces me pregunto: ¿de qué paz hablamos si siguen asesinando líderes sociales? Hay que defender la paz entre todos nosotros y darle contenido a eso.

Francisco Caraballo, excombatiente del EPL

Una pregunta, Fernando. Decías que el ELN no participó en el diálogo con Belisario. Me gustaría conocer las razones políticas que llevaron a esa decisión.

Fredy Rendón, excombatiente de las AUC

Me llamó la atención la intervención de Fernando. Por eso le pregunto, cuando estaban en el ELN y después de la desmovilización del 94, ¿qué clase de país se soñaban en ese momento? ¿Creen que hoy es posible ese país con el que soñaban?

Fernando Hernández, excombatiente de la CRS

En cuanto a la primera pregunta, en 1983 estábamos reconstruyendo la organización después del golpe militar de Anorí de 1973, de la salida de Fabio Vásquez Castaño y del debate interno con Replanteamiento. La organización había quedado delimitada y reducida a los mínimos. Habíamos comenzado a reconstruirla y ya había crecido inorgánicamente en regiones, en el campo y las ciudades. Había expresiones del ELN en diferentes lugares, apoyadas en el camilismo de la gente que decía: "Aquí estamos como Camilo". Entonces, tocaba recoger todo eso, no podíamos dejarlo de lado. En una ocasión, Fidel nos dijo que había que apoyar a Belisario Betancur, porque él estaba respaldando una negociación de paz en Centroamérica para evitar que los gringos atacaran a Nicaragua o a Cuba. Por ello, había que fortalecer la experiencia negociadora en Centroamérica.

Estuvimos de acuerdo y decidimos no atacar ese proceso. Pero internamente no nos convenía unirnos, porque podía generar una división de la organización. La gente no iba a decir que sí a la negociación con Belisario Betancur, que al mismo tiempo se estaba poniendo de acuerdo con el Fondo Monetario Internacional. Entonces, definimos que no había condiciones internas y no lo hicimos. Tengo que agradecer a los cubanos y a Fidel, porque entendieron perfectamente y decidieron mantener la relación y el respeto.

Segundo, sobre la pregunta de Fredy, cuando empezamos la lucha armada en los años sesenta y setenta, nuestra luz era Cuba. En poco más de un año, una pequeña guerrilla había derrotado a la dictadura de Batista para imponer una sociedad socialista que reivindicaba la reforma agraria y la alfabetización en un país tan atrasado, pobre y miserable como Colombia. Además, ese país enfrentó al imperio y contuvo la invasión de Bahía Cochinos. Para nosotros, eso fue muy grande e importante. Por eso, decíamos que ese era el socialismo que queríamos para estas masas atrasadas y desorganizadas de Colombia.

Con la crisis del socialismo real, el derrumbe de la Unión Soviética y la caída del Muro de Berlín, el socialismo europeo se vino al suelo y nosotros quedamos huérfanos. No era clara la ideología o utopía en América Latina. En consecuencia, todos estos años los utilizamos en la izquierda para reconstruir la utopía, mientras en el mundo el movimiento social daba pasos en el feminismo, el ecologismo, la amplitud en las relaciones de pareja, el conocimiento del medioambiente, las nuevas tecnologías, el reconocimiento de las raíces étnicas, las ideologías políticas étnicas. Todo eso fue cuajando una nueva forma de construir la utopía. Eso quiere decir que nunca hay que cansarse de recrear la propuesta, y en ese punto me reconozco profundamente marxista. Hay que saber descubrir, en el momento de la historia, por dónde van las ideas del progreso. Eso es lo que estamos haciendo en cada momento.

Álvaro Jiménez, excombatiente del M-19

En el caso particular del M-19, cada uno de los que iba incorporándose traía su propia historia y visión de lo internacional y las relaciones. Recuerdo que cuando era adolescente Cuba era un referente. Fue la manera de asomarnos al mundo, que no estaba aún tan globalizado. En el Valle del Cauca, la revista *Tricontinental* nos permitió conocer las luchas del Sahara Occidental, del Frente Polisario, de la independencia del colonialismo en África y, obviamente, de la guerra de Vietnam. Todo eso era atractivo. Además, ayudaba a crear un contexto y fortalecía los escenarios que los marxistas llamaban "internacionalismo proletario".

Pero ese no era el eje determinador de la acción. Chile fue fundamental; es decir, los hechos de Chile, el derrocamiento de Salvador Allende y las imágenes del Palacio de la Moneda bombardeado, generaron una gran fuerza y la necesidad de no ver pasivamente lo que sucedía. Eso influyó mucho para que en el Valle del Cauca un grupo de personas termináramos

yéndonos en 1978 a Nicaragua a aprender cómo era una guerra en serio. Nadie influyó en la decisión. Fue un ejercicio de buscar conocimientos y aprender sobre ese tema.

Tuvimos una fuerte relación con Cuba, no solo en lo político, sino también en lo emocional y en cuanto a que nos identificamos con los aspectos asociados a la cultura. Allá tuvimos algunos cursos. También fue fuerte la relación con el sandinismo y con partidos y sectores políticos de Ecuador, Venezuela, Brasil, Uruguay, Paraguay, Panamá y Guatemala. Así mismo, trabajamos con los Cinchoneros en Honduras y con la URNG en Guatemala. Pero eran relaciones a partir de problemas comunes y de gobiernos con comportamientos similares. Además, compartíamos la presencia de los estadounidenses. Cuando estuve en Corea durante la guerra, conversábamos bastante y la influencia norteamericana en esa generación de oficiales y suboficiales fue fundamentalmente la formación anticomunista. Esa lectura anticomunista era un extravío en la realidad colombiana, donde el comunismo no era el enemigo para vencer. Pero sí generó una deformación en la historia de nuestro país y de nuestras violencias.

Las lecturas planas dicen que la comunidad internacional, el comunismo internacional y Cuba determinaban las consideraciones de las organizaciones político militares en Colombia. Eso es una torpeza y una simpleza, si se trata de entender a esos países y los procesos que vivimos. Para nosotros, era más importante entender nuestra propia realidad y tratar de encontrar respuestas ahí, si bien nos apoyamos en el vecindario y en lo que sabíamos de otras guerras. Si volvemos a la Revolución mexicana, allá hubo muchas cosas que también se habían hecho en Colombia, como las guerrillas campesinas de los años treinta y cuarenta, que tenían en el sandinismo una referencia, cosa que vine a descubrir en Nicaragua. Los bloques de respaldo a las revoluciones no se dieron de la misma manera en todas las guerrillas. Al menos en el M-19, eso fue muy diferente.

Iván Roberto Duque, excombatiente de las AUC

El movimiento de las AUC se organizó muy a la colombiana. No rebasamos las fronteras para llevar a la organización como un modelo a otros países con problemas comunes. Sí mantuvimos relaciones políticas de otra índole y con personalidades en el extranjero, como Yair Klein y Hal Cal, contratados por las AUC del Magdalena Medio en 1987 y 1988 para que prepararan estratégicamente a un grupo élite que iba a atacar los campamentos de la Uribe.

Iván Roberto Duque y María Camila Moreno.

Ese proyecto fracasó a raíz de la guerra que se desató entre el Cartel de Cali y el Cartel de Medellín, en cuya mitad estaba inevitablemente el movimiento de autodefensas.

En 1988, el país había perdido la fe en los diálogos con la Coordinadora y con las FARC. Pero nosotros terminamos golpeados con la primera elección popular de alcaldes en el Magdalena Medio. No esperábamos que en ciertos municipios los alcaldes electos fueran a pertenecer o venir de una organización como la UP, cuyo origen eran los diálogos de Betancur con la Coordinadora. Un hecho que todo el mundo conoce, en especial por el nivel de la violencia que alcanzaron las autodefensas, fueron las acciones contra la UP, sobre todo después de esos resultados electorales del 30 de mayo de 1988.

Recordará el país el caso de Segovia, Antioquia, fuertemente liberal. Lo que menos se esperaba era que del proceso electoral saliera la UP ganadora a la alcaldía. Esos hechos causaron una reacción, no solo dentro de la organización, sino en el mismo comandante Henry Pérez, que tenía buenas relaciones con los políticos regionales, principalmente con el Partido Liberal. Ese contexto contribuyó a que se desataran acontecimientos de extrema gravedad en materia de violencia.

Tuvimos también relaciones con políticos de Centroamérica, principalmente con Quiroz Ibarra de El Salvador, con conocimiento pleno de ese gobierno. Igualmente, recibimos apoyos y asesorías políticas del señor Roberto D'Aubuisson del Partido Arena, de El Salvador, muy similar al Partido Movimiento de Restauración Nacional, Morena, que fundé en 1989. Así mismo, recibimos asesorías del nicaragüense Edén Pastora, pero cuando era contrarrevolucionario. También se dio lo inevitable: relaciones con personas del mercado negro de armas de Checoslovaquia y Bulgaria en la década del noventa. En ese tiempo, el balance estratégico de la guerra se inclinaba a favor de las FARC, que en su Octava Conferencia expresaban que el poder estaba muy cerca. El señor Marulanda les pidió a los camaradas un esfuerzo más para que la revolución triunfara. Todo eso contribuyó a que Carlos Castaño, junto con unos amigos que colaboraban en el exterior, hiciera entrar al país unos veinte mil fusiles entre 1995 y los 2000. Ese armamento contribuyó a un desdoblamiento de frentes y bloques en todo el país. El crecimiento de las AUC se dio en una proporción geométrica de un trescientos por ciento.

Para concluir, la combinación de todas las formas de lucha fue una estrategia que también nosotros practicamos, pero no como la insurgencia. Lo primero que entendimos es que el proyecto paramilitar o de autodefensa surgió de un enfoque muy militar. Había que avanzar hacia lo político. Para eso, debíamos ganar lealtades y solidaridades colectivas. Entonces, en la primera etapa de las autodefensas, a mediados de los años ochenta, fundamos Agregan con la ayuda de ganaderos, comerciantes, agricultores e incluso narcotraficantes. Ese fue el instrumento más poderoso con el que pudimos contar. Desde ahí, se construyeron cincuenta y dos escuelas. Teníamos un pequeño ministerio de obras públicas para la construcción de vías secundarias y terciarias. Teníamos dos clínicas, tres cooperativas de venta de productos de la canasta familiar por debajo del precio comercial y un Centro de Estudios Sociales y Culturales, desde donde interveníamos la vida política del Magdalena Medio. Fuimos un Estado que limitaba con un Estado llamado Colombia. La vida en Puerto Boyacá giraba en torno a tres ejes: el Batallón Bárbula, la alcaldía y, principalmente, las autodefensas. Era una verdadera república independiente.

En la segunda fase de las autodefensas, cuando empezó a intervenir la casa Castaño, Rodrigo Pérez, alias Julián Bolívar, promovió en el sur de Bolívar la fundación de Coproagrosur, una cooperativa para la sustitución de cultivos ilícitos desde iniciativas ciudadanas particulares.

No teníamos apoyo del Estado y, sin embargo, se hizo un gran proyecto, encaminado sobre todo a ir detrás del cocalero —no como el programa de la época que iba detrás de la coca—. Así mismo, intervinimos el movimiento comunal campesino y le dimos una gran importancia, porque entendimos que había que entrar en las estructuras de poder local, regional y nacional. Entonces vino nuestra propuesta de participar, con las comunidades, en los procesos de elección popular de alcaldes, concejales, diputados, gobernadores, representantes y senadores.

Alguna vez Mancuso dijo que teníamos el treinta y cinco por ciento del Congreso. Solo a mí, Ernesto Báez, me investigaron por treinta y dos parlamentarios que recibieron nuestro apoyo para llegar al Congreso, de manera que no podía ser apenas el treinta y cinco por ciento. Eso fue una terrible equivocación. Nosotros llegamos a intervenir unas quinientas cincuenta alcaldías en el país. Cuando nos desmovilizamos, estábamos en la cima del poder. Teníamos intervenido al Congreso, varias gobernaciones, un número importantísimo de diputados y alcaldías en los departamentos importantes de Colombia. La estrategia nos había resultado a pedir de boca. Queríamos demostrarles a las FARC que no era disparando contra las fuerzas del Estado que se podía tomar el Estado. Nosotros no habíamos disparado un solo tiro contra las instituciones del Estado y, sin embargo, lo teníamos totalmente intervenido.

Vera Grabe, excombatiente del M-19

Como ya dijimos y es conocido, el M-19 nació contra los modelos internacionales y en búsqueda de una propuesta nacional ligada a la historia colombiana. Sin embargo, en cuanto al pensamiento y la experiencia, tuvo la influencia de los Tupamaros, una guerrilla urbana de Uruguay que hizo acciones muy audaces que nos inspiraron. También nos motivaron los Montoneros de Argentina, con quienes tuvimos una relación cercana; nos ayudaron a concebir la organización político militar y apoyaron la intercepción de emisoras y televisión. Además, estaba todo el pensamiento bolivariano que implicaba relaciones con guerrillas y fuerzas políticas latinoamericanas. Por su parte, Cuba fue un referente. Pero Bateman decía que habíamos sido perestroikos incluso antes de que hubiera existido la perestroika, porque nuestra postura era democrática y, por lo tanto, no estaba alineada con Cuba ni con la Unión Soviética. Esos países, además, nos miraban con sospecha. En Rusia, nos dejaban esperando días cuando viajábamos a las reuniones.

Un elemento importante es que el M-19 se dimensionó internacionalmente con la toma de la Embajada de República Dominicana, que implicó la apertura de relaciones con otros países. Cuando salí de la cárcel en 1980, me volví Secretaria Internacional del M-19 y mi encargo fue crear espacios políticos internacionales, fortalecer las relaciones existentes con gobiernos, como el de México, y abrir o fortalecer las relaciones políticas con la socialdemocracia. Como en el M-19 había una búsqueda por diferenciarse del campo socialista y de la izquierda, se buscaban relaciones con el Partido Socialista Francés, con los socialdemócratas alemanes y con la CEPAL, entre otros. El objetivo era diferenciarse también de grupos terroristas europeos como ETA y la Fracción Roja Alemana. En conclusión, buscamos afianzar un tipo de relaciones políticas con los Estados y con los partidos.

De otra parte, la relación con los militares nacionalistas influyó mucho. Por ejemplo, Bateman era amigo de Torrijos. Entonces, Panamá se volvió un centro de operaciones importante. Había también una diferenciación entre lo político y la conspiración. Había compañeros que tejían conspiraciones y otros nos dedicamos a la política, y ahí había una diferenciación en las relaciones. Por ejemplo, México era un escenario para la política. Ese gobierno nos dejaba tener una revista y hacer relaciones, siempre y cuando no desarrolláramos ninguna acción armada. Panamá, en cambio, si bien era un espacio también para la política, era sobre todo un espacio militar y conspirativo. Menciono esto para denotar que para el M-19 desde muy temprano fue importante el abrirse al mundo y a la relación con otros países.

La relación con los salvadoreños no fue tan cercana, sino más bien una experiencia de lecciones en torno a la lucha armada. En el proceso salvadoreño, no todo era bonito, pues hubo unos suicidios complicados que revelaron un sectarismo profundo. Eso para nosotros fue una voz de alerta. La revolución no es tan bonita como la pintan y hay profundos autoritarismos en las mismas filas.

Producto de esos relacionamientos fue también la experiencia del Batallón América, que surgió bajo la idea de generar un gran ejército internacional, pero al final no se dio como se esperaba. En conclusión, durante la época de la guerra, el M-19 tenía una apertura a ideas, siempre buscando leer de otras experiencias. Para nosotros, Nicaragua fue la reafirmación de que era posible una revolución popular. Es decir, se buscaba encontrar en los cambios de pensamiento, en el eurocomunismo y en la socialdemocracia fuentes de inspiración para la propia acción.

Ya en la etapa de la paz, durante el proceso de negociación, Pizarro me mandó a Caracas a explicar el proceso, también a Carlos Andrés Pérez. También me envió a Cuba. Cuando llegué a La Habana a hablar con Manuel Piñeiro, más conocido como Barbarroja, del Departamento América, y a explicarles el proceso, aun cuando nosotros mismos no teníamos muy claro qué iba a pasar, ellos escucharon pacientemente. Nos dijeron que respetaban la decisión, pero no entendían por qué hacíamos eso. Fue hasta hace poco que los cubanos empezaron a ser abanderados de la paz. En ese momento, lo que hicimos fue romperles un esquema que tenían muy interiorizado.

Cuando fui Secretaria Internacional, el machismo que no vivían los comandantes hombres, sí lo viví yo, principalmente de parte de los cubanos y los libios. Esa perspectiva en género también sería muy interesante verla, porque era un elemento notorio. Iván Marino me decía: "Los militares panameños ni la van a mirar, porque usted no es hombre, usted no es comandante, usted es mujer y la van a ver de otra manera". Eso hace parte de las verdades ocultas de la revolución. Una cosa es vivir las cosas como mujer y otra, como hombre. Cuando fui con Bateman a Libia, las mujeres no existíamos. Solo se interactuaba con hombres. Hubo reuniones en las que se prohibía la participación de las mujeres, aun siendo yo la Secretaria Internacional del M-19.

Incluso a nivel nacional, el papel de las mujeres era complicado. Por ejemplo, en la Coordinadora Guerrillera era un tema conflictivo, especialmente con las FARC. Cuando fundamos la CGSB, me aterraba que no hubiera mujeres. Las mujeres cocinaban y les servían el tinto a los jefes. Cuando preguntaba dónde estaban las mujeres, me respondían que eran más fiables en la cocina y que a mí me tenían de mascota, porque tarde o temprano iba a acabar en las FARC. Marulanda me dijo alguna vez eso.

En conclusión, de acuerdo a la época las relaciones varían y creo que nuestro proceso de paz coincidió con la caída del muro de Berlín, que implicó la caída de los propios muros. Ese mismo año, nosotros tomamos la decisión de la paz.

Carlos Velandia, excombatiente del ELN

Qué aprendió y tomó el ELN del relacionamiento con otras fuerzas revolucionarias y procesos de construcción de revolución:

De Cuba:

- La teoría del foco.
- La lucha de resistencia frente al invasor en la forma de Guerra de Todo el Pueblo.
- Las comunicaciones telegráficas (el pipiripi).
- Sistema de comunicaciones cifradas.

De El Salvador:

- La importancia de la unidad revolucionaria.
- La construcción de bastiones de poder.
- Los hospitales de guerra en la retaguardia profunda.
- La importancia de las comunicaciones de masas como la Radio Revolucionaria.
- Tácticas para el boicot económico en la guerra revolucionaria con destrucción de infraestructura económica.

De Nicaragua:

- La defensa de calles.
- La guerra casa a casa.
- El armamento popular, principalmente la fabricación de explosivos como el R-1 y R-2 (Amonal).
- La creación de "santuarios" en territorios de transfrontera, a partir de la experiencia del Frente Sur en territorio costarricense.

De Guatemala:

- El concepto de guerra de los pobres.

De Brasil:

- Las tácticas de la guerrilla urbana, Marighella.

De Uruguay:

- Técnicas de guerra clandestina urbana.
- Las cárceles del pueblo.

De Chile:

- Del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, la voladura de torres de conducción eléctrica.

De España:

- De ETA, sistemas de activación electrónica de cargas explosivas.

De Vietnam:

- La estrategia de Guerra Popular Prolongada.
- La concepción de guerra por fases:
  - De lo pequeño a lo grande.
  - De lo poco a lo mucho.
- Modelo de guerra del Pueblo en Armas:
  - Cada ciudadano es un soldado.
  - Cada casa es un cuartel.
  - Cada cual lucha con las armas que tenga a su mano.
- Conducción estratégica de la guerra:
  - Los tres pegues: pegarse al pueblo – pegarse al terreno – pegarse al enemigo.
  - Unidad, unidad, gran unidad – victoria, victoria, gran victoria.

De las organizaciones insurgentes colombianas el ELN aprendió o tomó:

- Del M-19:
  - La existencia del Derecho Internacional Humanitario y del Protocolo II para regularizar el uso de la fuerza en contextos de conflictos armados no internacionales. Álvaro Fayad le habló a Manuel Pérez Martínez de la existencia de esa normatividad. Pero el M-19 no la implementó, en tanto que el cura Pérez inició en el ELN su estudio y la incorporó en los códigos de guerra, lo cual incidió en el comportamiento de los combatientes en el combate. Posteriormente, el ELN propuso la humanización de la guerra y presionó al gobierno a acoger el Protocolo II, adicional a los Convenios de Ginebra. La presión surtió efecto y terminó en que el gobierno acogió la normatividad humanitaria.
  - La propuesta de Diálogo Nacional que se constituyó en un referente para la formulación de la propuesta de Convención Nacional.
  - La modalidad de guerra de montaña a partir de la batalla de Los Robles.
  - La conformación de estructuras de ejército a partir de su experiencia con el Batallón América.
  - La conformación de Fuerza Militar Conjunta.
  - La construcción de Fuerzas Especiales.
  - La tecnología y la técnica para las comunicaciones radiales de HF y UHF.
  - El uso de minas y trampas púa en la defensa de territorios.
  - La fabricación y uso del tiraflector (mecanismo de espoleta de granadas de fabricación artesanal).
  - La construcción de campamentos abiertos para el relacionamiento con las comunidades.

Del EPL:

- Modalidad de guerra de movimientos, a partir de los combates de Saiza.

De las FARC-EP:

- Técnicas de despliegue de tropas en terrenos abiertos.

- Dislocación de fuerzas para el control del territorio.
- Balance entre concentración y dispersión.
- Uso del lanzamiento de ramplas.

Un episodio para destacar en el relacionamiento político del ELN lo constituyó el encuentro en la cárcel Modelo de Bogotá, en 1995 y 1996, de los voceros políticos Francisco Galán y Felipe Torres con dirigentes del movimiento de Autodefensas del Magdalena Medio, entre los que se encontraba Iván Roberto Duque. Ese diálogo, en condiciones de libertad, habría sido un diálogo imposible o improbable. Pero ahí fue posible y útil, por cuanto pudimos, desde las diferencias, realizar conversaciones determinadas por el respeto humano, la búsqueda de caminos para frenar el derramamiento de sangre en Colombia y la búsqueda de caminos de paz. Con el acompañamiento del padre Francisco De Roux, actuando como testigo de la palabra, las partes, ELN y las Autodefensas del Magdalena Medio, firmamos un preacuerdo para la paz y la convivencia de las gentes del Magdalena Medio. Ese documento fue puesto en manos del padre De Roux. Desafortunadamente, pudo más la inercia del conflicto armado, que terminó por imponerse sobre la voluntad de paz y convivencia que expresamos en el preacuerdo. ¿Cuántas vidas habríamos podido preservar? ¿Cuánto dolor habríamos podido evitar? La historia ya lo está diciendo.

Un capítulo nefasto y doloroso, pero necesario de desvelar, lo constituye un sinnúmero de episodios que han estado cegados a la opinión pública y que se produjeron en medio del conflicto y del desarrollo de las organizaciones insurgentes. Fueron estos:

- Los fusilamientos en las filas del ELN, incluidos los asesinatos de Jaime Arenas Reyes y Ricardo Lara Parada.
- La persecución y el combate por parte de las FARC contra los Núcleos Consecuentes de las FARC que se vincularon al EPL.
- La persecución de las FARC a EPL en las regiones de Córdoba, Sucre y Urabá.
- Los fusilamientos en el Frente Ricardo Franco–Episodio de Tacueyó.
- Los enfrentamientos entre el ELN y las FARC en Arauca y Norte del Cauca entre 2002 y 2007.

Esos episodios dejaron centenares de muertos, que al final de la guerra en Colombia claman verdad, resarcimiento del honor, justicia y reparación a los deudos de las víctimas.

Imagen general de la segunda sesión de la mesa de excombatientes.

Edwar Cobos, excombatiente de las AUC

Lo difícil de que lo preceda a uno el señor Iván Roberto Duque es que queda muy poco por decir. Por eso, solo quiero hacer unas anotaciones puntuales sobre algunos elementos del tema de la ideología y el trabajo internacional, y pediría que en la próxima sesión se trate más aquello de todas las formas de lucha, de forma tal que podamos dar respuesta a Matías y Gabriel sobre lo sucedido en los Montes de María.

No se trata de poner en la palestra a nadie, pero sí me parece importante contarles cómo fue ese proceso de todas las formas de lucha en la región y cuál fue el rol de los dirigentes políticos. Los Montes de María se han caracterizado por ser una región de minifundios, al menos hasta la muerte de Martín Caballero y la desmovilización de las AUC.

Revisando la definición de ideología, me encontré con una interesante: una ideología es un conjunto normativo de emociones, ideas y creencias colectivas, compatibles entre sí y especialmente referidas a la conducta social humana. Las ideologías describen posturas y

modos de actuar sobre la realidad colectiva, ya sea sobre el sistema general de la sociedad o en uno o varios de sus sistemas específicos, como son el económico, social, político, científico, tecnológico, cultural, moral, religioso, medioambiental u otros relacionados con el bien común. La ideología es, entonces, aquello que enriquece la democracia.

Durante la discusión de esta mañana, noté que la sensación que quedó, especialmente a la señora Vera Grabe, es que las AUC se levantaron en armas por odio y por intereses vengativos. Estoy hablando aquí también como víctima del secuestro en dos ocasiones, primero de las FARC y después del ELN, además de un tiro que me quedó en la cabeza. Sin embargo, no podemos desconocer que, si partimos de esa definición de ideología, lo que nos unió como organización de autodefensas fueron unos propósitos comunes: antimarxistas, antileninistas, antisocialistas y antisubversivos. También fueron factores la defensa de la propiedad privada y el monopolio de las armas mediante el monopolio general del Estado, que, como fue incapaz, indolente, cobarde y cómplice, nos abandonó a unos y a otros para que termináramos tomando esa decisión tan equivocada.

Si bien es cierto que no hubo una doctrina específica considerada ideología de las AUC, nosotros sí propendíamos a una convicción ideológica, que nos llevó a alzarnos en armas, por lo menos a quienes dirigimos a esa organización, sin desconocer que miles de jóvenes terminaron inmersos en el conflicto por necesidades económicas, por la falta de trabajo y por falta de todas las oportunidades que un Estado de Derecho debe garantizar. Quienes dirigimos las AUC teníamos una convicción ideológica basada en los aspectos que mencioné y en otros más que se encuentran en un documento que dimos a conocer como "Nuestra plataforma ideológica", liderado por Iván Roberto Duque.

En cuanto al trabajo internacional, creo que Iván Roberto lo dijo muy claro. Las AUC fueron una organización nacional de principios nacionalistas. Éramos unos criollos, la mayoría de estirpe campesina, que por las razones ya expuestas nos lanzamos en armas y estuvimos inmersos en un conflicto en el que tuvimos que combatir al enemigo con sus mismas herramientas, elementos y formas de lucha. Nosotros calcamos buena parte del modelo de las guerrillas comunistas alzadas en armas, al menos los de las de mediados de los años noventa en adelante.

En el libro *Mi confesión* de Carlos Castaño, un capítulo habla sobre un peligro internacional y me menciona a mí como canciller de las autodefensas, aunque después, en una audiencia

de Justicia y Paz, se dijo que él era el verdadero canciller. Lo cierto es que hicimos un esfuerzo. En el contexto internacional, a finales de los años noventa y principios del 2000, entendimos que con el avance del proceso de paz nosotros también debíamos participar en diálogos. Sin embargo, la paz que se negociaba era una paz excluyente, que desconocía a uno de los actores principales del conflicto. Entonces, seguíamos en las lógicas de la exclusión que nos habían dado a luz a todos como grupos armados, a todos los que no teníamos la posibilidad de participar en democracia.

Decidimos que debíamos desarrollar un trabajo internacional para amplificar la voz de las AUC, en particular en relación con lo que opinábamos sobre el Caguán. Para nosotros, era gravísimo que el proceso del Caguán siguiera, sobre todo sabiendo por buenas fuentes de inteligencia militar y contrainteligencia lo que verdaderamente sucedía allá y conociendo el fortalecimiento de las FARC. Nos dimos a salir. Por nuestra condición de ciudadanos sin ningún requerimiento y absolutamente desconocidos, incluso con la visa estadounidense vigente, algunos viajamos a reuniones y foros a través de unos catedráticos de Francia y Argentina.

En mi caso, estuve en dos reuniones en Argentina, una en la Escuela Nacional de Guerra. También estuvimos en Estados Unidos, buscando a través de una empresa de *lobby* un espacio para mostrar nuestra visión de lo que pasaba en Colombia. En algunos casos, nos presentamos como ganaderos, víctimas y secuestrados. Pero el discurso tenía el sentido y el propósito de llevar el mensaje de las AUC. En algunos casos, la conversación fue incluso más directa. Dimos además algunas entrevistas. En Asunción, Paraguay, me llevaron a un barrio que decían que era de las FARC.

Además de las relaciones internacionales, teníamos amigos empresarios de la casa Castaño que visitaron a Gabriel García Márquez en México y pidieron su mediación. A través del nobel, conseguimos una cita en Madrid con el expresidente Felipe González, del PSOE y con dos empresarios de Córdoba. Además, está el tema de los fusiles que tocó Iván Roberto. Nosotros no tuvimos el apoyo de ningún gobierno. Es decir, no tuvimos un gobierno o una nación a dónde llevar nuestro mensaje o nuestro modelo de lucha contrainsurgente. Tuvimos unos acercamientos por medio de ciertas personas, para al menos empezar a hacer la tarea. Eso se vio interrumpido. Se me había encomendado Centroamérica y Estados Unidos, pero ocurrió el hecho de las Torres Gemelas y ocho días después, en Santiago de Chile, el

secretario de Estado de Estados Unidos le anunció al mundo que había declarado a las AUC organizaciones terroristas. Eso interrumpió las labores de incidencia internacional.

Finalmente, y esto lo he hablado con Matías y algunos compañeros, nosotros copiamos en gran parte los modelos de combinación de formas de lucha de las guerrillas. Por eso, preguntaba antes por el funcionamiento de la Coordinadora, pues me parece similar al proyecto de las Confederaciones de Autodefensas.

Nosotros iniciamos nuestra lucha militar, pero en cierto momento entendimos que debíamos intervenir en los procesos democráticos en las regiones para tener acumulados democráticos y solidarios, pensando en que un proceso de paz nos llevaría a convertirnos en una alternativa política en el país. Para eso fue determinante la experiencia de quienes estaban en esa lucha desde los años ochenta, como Iván Roberto que venía de las Autodefensas del Magdalena Medio. Hoy suena iluso, pero con esa idea nos sentamos a negociar nuestro proceso de paz, que quedó convertido en un proceso de sometimiento. Hábilmente, el gobierno inició el proceso de paz con la reclusión de más del noventa por ciento de los excomandantes o líderes de las AUC en cárceles de máxima seguridad. Esa situación impactó tanto a Colombia, que aún hoy seguimos excluidos de los espacios de construcción de una paz con los derechos civiles y políticos plenos, una paz con una reinserción plena, una paz incluyente y no excluyente.

Medardo Correa, excombatiente del ELN

Una cosa es combinar y otra, utilizar de todas las formas de lucha. En lo que viví hasta 1983 en el ELN, la única relación que hubo era con Cuba, más en términos de apoyo moral que de recursos logísticos o económicos. En 1983 y 1984, hubo una circunstancia especial en el ELN, el desplazamiento a Cuba de Fabio Vásquez. Eso permitió desarrollar una relación especial con ese país, en tanto Fabio aún era el jefe máximo de la organización. A raíz de la salida de Fabio, se desató la crisis en el ELN. Pero ya antes Fabio había hecho relaciones con los cubanos para mandar compañeros a prepararse militarmente. Después, se dio la crisis interna y hasta ahí llegó la relación con Cuba. Después, cuando se fue definiendo la situación política en el ELN, surgieron relaciones a nombre del ELN, no tanto de sus comandantes.

Hubo tres acontecimientos definitivos en el retiro de mi militancia en el ELN y en la posibilidad de participar en otra organización: la toma del Palacio de Justicia, Tacueyó y el

asesinato de Ricardo Lara Parada, que interrumpió la idea de que sí se podían usar las diversas formas de lucha. Ricardo había hecho una serie de acuerdos y, ante la coyuntura que creó Betancur, la decisión fue entrar a la legalidad. Entonces, Ricardo se fue a Barrancabermeja y empezó su trabajo político. Estaba siendo muy exitoso, pero el tema de lo militar y de lo político todavía no estaba discernido, y pienso que todavía primaba el criterio militar sobre el político. No se entendió bien que un personaje como Ricardo hubiera logrado inaugurar en el país lo que significa ser un guerrillero haciendo trabajo político legal.

Mientras estuve en el ELN, no era posible decir si la organización utilizaba todas las formas de lucha. Después, se dio un hecho importante, el ingreso de Camilo Torres en el 65 o 66. Él había agenciado un movimiento político de gran envergadura y trascendencia histórica, que involucró al cristianismo en un proyecto revolucionario. Ese es otro episodio de esta lucha que aún no se ha analizado lo suficiente. ¿Desperdició el ELN una posibilidad enorme de un hombre que arrastraba personal, burguesía y hasta sectores del Ejército por llevarlo a combatir? En ese momento, se entendía. Pero en 1974 nos dimos cuenta de que había sido un error. Ese es otro ejemplo de lo que fue desperdiciar una forma de lucha legal por la lucha armada.

En el 83, me retiré y rompí mi militancia en el conflicto armado. Pero todavía mantengo mis reflexiones y el trabajo político en lo legal. Hasta ese momento, la lucha legal en el ELN era una lucha reformista, casi contrarrevolucionaria. No se utilizaba para llevar el mensaje insurreccional a los sectores sociales. Era más un entretenimiento, porque el objetivo era tomarse el poder por las armas.

Jorge Iván Laverde, excombatiente de las AUC

Quiero hacerles una pregunta, en vista de que todos los grupos insurgentes alzados en armas tenían el mismo propósito o proyecto de tomarse el poder. ¿Qué pasó en esas organizaciones para que se derrumbara ese proyecto? En esa época, las autodefensas no estaban tan fuertes en el país, pues eso fue de 1995 hacia acá. ¿Qué impidió que se lograra ese objetivo que sí se logró en otros países?

Matías Ortiz, excombatiente del PRT

En una primera fase del PRT, a mediados de los años setenta, vivimos un aislamiento internacional debido a que éramos un desprendimiento del PCC-ML. Éramos grupos regionales en un contexto en que las relaciones internacionales entre partidos comunistas se daban a través del Comité Central. Nosotros no las dirigíamos ni las conocíamos. Entonces, estábamos en un aislamiento total. No teníamos relaciones con ningún partido, país o movimiento. Entre los compañeros desprendidos del PCC-ML, había algunos con experiencia en cursos de formación política en China y Albania, país que brindó solidaridad política a movimientos revolucionarios nacionales.

En una segunda etapa, durante 1978 y 1979, iniciamos una apertura en búsqueda de las relaciones internacionales, pero priorizamos las relaciones en América Latina. Establecimos vínculos con grupos venezolanos de las Fuerzas Armadas de Liberación; con argentinos del grupo de Roberto Santucho, que habían sido derrotados por la dictadura y entonces nos brindaban la experiencia de saber considerar qué servía y qué no; con uruguayos con los Tupamaros; con nicaragüenses, antes y después de la revolución, y en el Salvador con el ERP, que dirigía Joaquín Villalobos y formó parte de la Coordinadora Guerrillera del Salvador.

Estas relaciones sirvieron para ensanchar una presencia en América Latina. Poco después, logramos una representación oficial ante el gobierno mexicano, y desde México coordinamos las relaciones con los demás países de Centroamérica. También tuvimos una representación oficial en Suecia en los años ochenta a través de una persona exiliada de Uruguay. Suecia nos dio una proyección hacia otros países y gobiernos europeos, por ejemplo en Holanda, principalmente en Ámsterdam. Todas esas relaciones giraban en torno al tema político. Exceptuando el caso de Venezuela, no tenían un contenido militar. En el caso venezolano, no obstante, más bien fuimos nosotros quienes servimos de apoyo logístico para que recibieran armas en la costa Caribe a ser trasladadas a Venezuela entre 1978 y 1979.

Una tercera fase se dio en el contexto de la CGSB, que en su ejercicio de unidad decidió construir una relación internacional con movimientos en Cuba, directamente con Barbarroja, en Libia con Gadafi, en Nicaragua y Vietnam. De esas relaciones se obtuvieron cursos, pero no armas de ninguna especie, y menos de Cuba que nos recibía y nos daba apoyo logístico, pero hasta ahí. Tuvimos un curso militar en Libia, más accidentado que otra cosa, y un curso

militar en Vietnam, mucho más centrado y organizado. Por eso, se ve una influencia de la doctrina militar vietnamita.

A nivel interno, esa experiencia nos sirvió para tener un órgano de propaganda internacional llamado *El combatiente internacional*. Era un periódico que editamos e imprimimos en Europa y distribuímos allá. De Europa llegaba a América Latina. Cuando el ELN tomó la decisión fatal de asesinar a Ricardo Lara, nosotros marcamos una diferencia, les hicimos una crítica directa y profunda, y ese fue el final de la relación bilateral. Al ELN le preocupó poco lo que dijimos en Colombia, pero mucho lo que se comunicó en Europa. Sintieron el golpe, porque en Europa les cuestionaron mucho esta acción.

Juan Carlos Villamizar, ICTJ

Ese tema de la combinación de todas las formas de lucha tiene que ver no solo con las relaciones o los aparatos que los rodearon, sino también con cómo ustedes declararon objetivo militar a otros sectores; con cómo interpretaron, por ejemplo, a la UP y otros movimientos, y con cómo aplicaron el poder militar a organizaciones civiles.

Nodier Giraldo, excombatiente de las AUC

Algunas de las cosas que he escuchado aquí las hemos tratado también en Justicia y Paz. Allá se han construido elementos contextuales para ir aterrizando los orígenes y las causas del conflicto. Todos empezamos pensando que teníamos la razón y ninguno llegó a donde quería llegar. En esas vamos ya más de sesenta años.

Esas dinámicas de las que ustedes han hablado yo no las viví porque aún no había nacido. Me incorporé a la guerra en 1996, debido a que mi tío había formado un grupo de autodefensas. Nací cuando esos grupos ya estaban organizados. Por eso, ya que son tiempos diferentes, me salgo un poco de la temática.

Es el hoy el que nos conecta, el que tiene que ver con todos: con quienes iniciaron su desmovilización en los años ochenta y noventa, con quienes seguimos en 2000 y 2016, y con quienes aún están en el conflicto.

Escuchándolos, me surge una preocupación. No hemos visto ninguna intervención de las FARC-EP. Me preocupa que vayamos a seguir repitiendo lo que hemos visto en sesenta años. En particular, a nosotros nos está pasando que nos hemos vuelto víctimas del Estado después de la desmovilización, a través de los entes judiciales y de la exclusión política. El conflicto comenzó por el tema de las tierras y por la exclusión política. Ese proceso se está repitiendo, ahora con quienes hemos creído en la paz, con quienes nos hemos desmovilizado y estado en la cárcel aquí o en Estados Unidos. He conocido a gente de distintas organizaciones, y hemos llegado a la conclusión de que todos somos colombianos, a pesar de habernos venido matando desde hace más de cincuenta años. Entonces, ¿para dónde vamos?

Me preocupa cómo se va a construir verdad, o lo que se plantea aquí, si faltan tantos de la izquierda y de la derecha. Esto no puede ser un par de sesiones más y ya. Tiene que llegar el momento en que se abra el espacio a esas personas que aún no han sido escuchadas.

Me preocupa también que esta mañana quedó la sensación de que las AUC habían crecido por venganzas y odios. Menos mal, el compañero Edwar ya aclaró eso, pues ese al menos no es mi caso. Yo nací en Caldas y soy sobrino de Hernán Giraldo, del grupo de autodefensas de la Sierra. A mi padre lo mataron por venganza. Fui desplazado y llegué a la costa, donde asesinaron a unos tíos y primos. Me di cuenta de que el país estaba dividido en tres: la parte que manejaba la guerrilla, la del gobierno y la de las autodefensas. En ese entonces, también me dijeron que, como mi tío tenía un grupo de autodefensas, yo no podía ir a la zona de las bananeras porque me podían asesinar, ni tampoco podía ir a la zona de la ley porque me podían capturar. Entonces, me uní a las autodefensas.

Como decía un compañero, si usted nace en una familia de guerrilleros, se vuelve guerrillero. Lo mismo pasa en una familia de autodefensas. Al entrar a las autodefensas, seguí las ideas de mi tío. Él me contaba que la guerrilla había llegado a la región con unos ideales y que, como él no los quiso aceptar, la guerrilla lo atacó. Creó su grupo de autodefensas campesinas, y con el tiempo se expandió y entramos a las AUC. Cuando nos dijeron que teníamos que desmovilizarnos, dimos el paso, pero con el fin de aportar a la paz.

No nos podemos arrepentir de haber empuñado un arma. En ese momento, lo hice debido a las circunstancias. O era yo o era el otro. No podemos venir a darnos golpes de pecho. Todos tuvimos diferentes razones. Es necesario analizar cómo se va a ir dando cierre al contexto y

cómo podemos construir un país nuevo para todos. Hoy me doy cuenta de que sí se puede, pues estamos acá hablando de ideales sin hacer lo que hacíamos antes, que era darnos plomo.

Fernando Hernández, excombatiente de la CRS

Desde el principio, en el ELN nos definimos como una organización político militar, y desde la montaña guiamos al movimiento social. Esa propuesta militar se fue desarrollando a nivel nacional y recibió el apoyo de guerrillas y movimientos internacionales. En los años noventa, nuestra experiencia combinaba cinco grandes frentes de guerra: las milicias populares armadas, los grupos guerrilleros de trabajo político en las comunidades, los frentes de guerra, las unidades de ejército —tomadas del Salvador— y las fuerzas especiales —tomadas de Vietnam—. Las milicias de los campos combinaban la lucha política y social con la lucha armada.

Cuando nació la CGSB, abrimos escuelas de formación, que compartimos con el EPL, el M-19 y otros, donde cada quien aportaba los elementos que había desarrollado en su estrategia. En el marco de las organizaciones de base campesinas, obreras y estudiantiles, aplicamos algo que llamamos la OPL, el lineamiento para el trabajo de masas y la movilización social. Primero, se debía hacer una pasantía en la organización social de base. Solo luego, se pasaba a las organizaciones de carácter político.

Tuvimos una derivación que se fue "A luchar". Como movimiento político, recogía a todas las organizaciones de base sindical, campesina, religiosa y estudiantil, y tuvo una movilización muy importante en el país. Lucho Celis y Carlos Velandia dicen que "A luchar" desapareció por orden de arriba, pero la cosa fue más complicada. En el momento de la ruptura entre la CRS y el ELN, "A luchar" fue uno de los motivos de la pelea, pues en los años noventa, con la Constituyente, habíamos decidido que la organización participara en el debate político e hiciera alianzas con otras organizaciones y con políticos. Eso lo acordamos en un evento de la Dirección Nacional. Sin embargo, la Dirección Nacional, en una decisión que nunca compartimos, disolvió el argumento que les habíamos dado. Ahí se rompió la relación entre el movimiento social "A luchar" y la Dirección Nacional y el ELN en Bogotá. Cuando nació la Corriente, "A luchar" se vino con nosotros.

Estuvo también la lucha cultural. En eso tuvo gran importancia la inclusión de los cristianos, que fue definitiva por las dinámicas que produjo en la participación de la Iglesia en los sectores sociales. No fue únicamente un documento sobre el marxismo cristianismo, como dije ahora. Fue un trabajo cotidiano en los barrios y las comunidades, con los curas y las monjas, y con las guerrillas de base. Junto a eso, se dio la lucha intelectual. La participación de la izquierda en América Latina y en el campo colombiano, así como las actividades políticas incluidas en el debate nacional en los años noventa influyeron en la academia, las ONG y los medios de comunicación, y lo hacen hasta hoy. Por último, también se dieron unas relaciones diplomáticas y participamos en eventos y redes con partidos socialistas franceses, españoles, etcétera.

En parte, la ruptura con el ELN se dio porque fue imposible llevar ese debate interno, y porque decidieron primar la visión militarista. Han pasado más de veinte años. Los compañeros todavía están allá, mientras acá nosotros seguimos enfrentando a un Estado cerrado y excluyente, que incumple los acuerdos. Esta mañana, escuchándolos a ustedes, pensaba en que a todos nos ha fallado el Estado.

Gabriel Barrios, excombatiente del PRT

Quiero referirme a los problemas que hemos tenido los dirigentes sociales en el país. Desde muy joven, siendo apenas un niño, fui activista del gaitanismo. Después, pasé al activismo en las acciones comunales, cuando surgieron en 1958. Y luego, me sumé a la ANUC, donde recibí la influencia del PCC-ML. La ANUC, línea Sincelejo, supo adoptar las políticas de Carlos Lleras Restrepo relacionadas con los pequeños y medianos propietarios que fueron sujeto de la reforma agraria. En esa época, esas luchas campesinas tuvieron tanto protagonismo, que en el Estado se les abrió un espacio.

Entonces, aquellos que saben aplicar mejor que nosotros la combinación de todas las formas de lucha vieron en eso un peligro. Todos los que hicimos parte de la ANUC nos volvimos objetivo militar. En Sucre, comenzaron a asesinar compañeros. El primero fue Anselmo Mendoza. Con esto quiero decir que la represión contra el movimiento social es anterior a las autodefensas. El Estado y los gobiernos nunca han permitido el desarrollo del movimiento social. Tanto protagonismo tuvimos los campesinos, que en esa época nos

atrevimos incluso a romper la propiedad privada. Pero se nos vino encima toda la represión, sin importar si pertenecíamos o no a organizaciones guerrilleras. Ese movimiento campesino estaba aliado con otras organizaciones campesinas e indígenas, de las cuales la mayoría no pertenecía a organizaciones guerrilleras. A los dirigentes los juzgaron como si fueran miembros de los movimientos subversivos.

Luego, cuando nos desmovilizamos como PRT en 1991 —siendo de la ANUC yo era del PRT—, empezaron a llegar los grandes males para el movimiento que dirigíamos. En San Juan Nepomuceno, se exterminó la organización campesina. El mismo gobierno, a través del Ejército, llevó a cabo las primeras persecuciones y asesinatos.

Como excombatientes, promovimos el primer puesto de salud de Bolívar, programas de educación y, en general, programas sociales en la región. Fue en la misma época en que aparecieron las autodefensas, y espero que en algún momento nos den una explicación, como lo planteó Edwar, porque necesitamos saber qué pasó y entenderlo. Pues para nosotros la situación se agravó. Sabemos que la información llegaba a las AUC por medio del Ejército y de los mismos ganaderos, que eran nuestros enemigos. En esa región, hay una lista de unos cuarenta de ellos que aspiran a llegar a la JEP. Se trata de gente que tuvo poder y todavía tiene poder en esos municipios.

La situación de los líderes sociales es difícil, porque a nosotros se nos endilga todo. Aquí en Bogotá, por ejemplo, he venido liderando un proyecto de más de setecientas ochenta viviendas para víctimas del conflicto armado, y ya tengo una amenaza de las AGC. No tenemos garantías.

Sobre la ideología, pienso que está en todo. Sin ideología andamos un poco cojos. Cuando el PRT habló de meterse en el proceso de paz, yo dije: "Compañeros, tenemos que hacer un trabajo de concientización de todos los militantes y simpatizantes. La gente tiene que ser consciente de lo que se está haciendo". Me atrevo a decir que eso es lo que menos han hecho las organizaciones desmovilizadas de la insurgencia. Por haber sido voceros o dirigentes, algunos tomaron el mando de las desmovilizaciones. Pero la mayoría quedó abandonada.

Óscar José Ospino, excombatiente de las AUC

Hay elementos que se quedaron por fuera de la intervención del señor Cobos y que sería bueno conocer, ya que fueron ejecutados por las AUC. En primer lugar, se quedó por fuera el

Movimiento Clamor Campesino Caribe, que operó en los siete departamentos de la región y era un movimiento contra la corrupción y por el desarrollo agrario. En segundo lugar, estuvo el movimiento No al Despeje del Sur de Bolívar y el Magdalena Medio. Los dejo mencionados y a consideración de la mesa para ahondar en eso en una próxima ocasión.

Edwar Cobos, excombatiente de las AUC

Quería decirle a Gabriel que hay una paradoja. Cuando iniciamos los acercamientos con el gobierno, en lo que se denominó la Mesa Exploratoria, cada comandante debía proponer puntos para la agenda de negociación. Tal vez ustedes los tienen. Yo tengo la agenda completa del PRT, que es muy similar a la que montamos en el Bloque Montes de María. Incluye los temas agrarios y de reforma, todos extraídos por nosotros de la agenda del PRT.

Como abrebocas a lo que se va a seguir hablando, les digo que nosotros también pensamos en una reforma agraria o una contrarreforma, pero no como la que se le ha vendido al país. En eso estamos prestos a contribuir y a demostrar. La agenda de ustedes y del PRT sirvió como sustento y columna vertebral de los puntos que planteamos en los temas agrarios en nuestra propia agenda de negociación. Aprovechando precisamente esos modelos de minifundio que se habían dado en los Montes de María y debían replicarse, pues es lo que les daba a los campesinos un sentido de propiedad.

Fredy Rendón, excombatiente de las AUC

He escuchado lo mencionado por Gabriel y Alonso sobre la combinación de todas las formas de lucha. También seguí lo que dijeron sobre las organizaciones sociales que recibían línea directa de los movimientos subversivos y que, de una u otra manera, fueron atacadas por la fuerza pública, la inteligencia militar y el DAS. Es importante profundizar en ese tema, pues casi siempre se ha señalado a las autodefensas como las responsables de ese exterminio de líderes sociales. Eso tiene mucho de largo como de ancho. Y hay que reconocer que mucha línea para esas acciones que afectaron a los movimientos guerrilleros llegó a las autodefensas desde el Ejército. No lo desconocemos, pero sería bueno profundizar en ello.

Medardo Correa, excombatiente del ELN

Primero, quiero resaltar que los más cumplidos y los que se han quedado hasta el final de las reuniones han sido los excombatientes de las AUC. También, me parece muy positivo que esta reunión nos ayude a despejar ideas frente a elementos que uno creía. En mi caso, pensaba que las autodefensas habían sido creadas por el Estado. Pero en realidad estaban ante un Estado incapaz de vencer y dominar a las FARC y, en general, a la insurgencia. No tuvieron otra opción que acceder a una forma de lucha ilegal, pero efectiva, que era quitarle el agua al pez. Hoy descubro que eso era así, en parte sí y en parte no, y que hasta había contradicciones entre ellos mismos.

Francisco Caraballo, excombatiente del EPL

Sobre la combinación de todas las formas de lucha, quiero plantear que no es un elemento nuevo. Quién no conoce su historia está condenado a repetirla. En 1946, Laureano Gómez ya planteaba formas de lucha político armada, y en todo el recorrido de los años cincuenta, hubo grupos encargados de matar liberales.

Nosotros planteamos eso a través de los tres niveles de organización que mencioné esta mañana: el partido lanzaba las ideas generales, las organizaciones sociales permitían una cobertura amplia del territorio y, a parte, estaba la organización militar. Las organizaciones sociales eran indispensables para que existieran el partido y el grupo armado. Lo que pasa es que esto se pervirtió en la práctica, pues la organización militar orientó a las organizaciones sociales y políticas. Eso fue fatal, porque se convirtió en un problema para las mismas organizaciones sociales.

En cuanto a los partidos comunistas, estos tomaron la forma de la clandestinidad; si se quiere ser subversivo, se tiene que ser clandestino. Es decir, los amigos de los sindicatos tienen que hacer un trabajo social para expandir el radio de acción y la organización militar no tiene por qué mandar indicaciones a las ciudades.

A raíz de todos los diálogos entre gobiernos y guerrillas y autodefensas, el Estado desplegó una tarea de inteligencia para saber cómo se mueven las cosas en las organizaciones. Eso

Francisco Caraballo toma nota de la intervención de Iván Roberto Duque. Al fondo, María Camila Moreno y Juan Carlos Villamizar.

es un problema. Pero una cosa es que la inteligencia de Estado pueda ir avanzando y otra, que nosotros demos papaya. Por último, quiero darles una recomendación de seguridad: la capacidad tecnológica del Estado para labores de inteligencia ha crecido a través de la bancarización.

Lucía González, Comisión de la Verdad

Quedan muchos temas como la Teología de la Liberación, las iglesias y el papel del Estado. Abordemos eso, pero no en abstracto, sino en concreto. Por ejemplo, ¿cómo se ha desplegado el Estado y cada una de sus instituciones?

María Camila Moreno, ICTJ

Es muy grato promover y propiciar este diálogo sobre el conflicto en el país. Poco a poco, se ha ido ganando en profundidad. El gran desafío de esta mesa es lograr una reflexión mucho más detallada. Es más, la invitación es a despojarnos de la propia justificación de lo que se ha hecho y se ha sido. Si bien eso es legítimo, este ejercicio busca más bien hacer una disección de lo que ha sido este conflicto. Así podemos entender qué nos ha pasado y hacer que el ejercicio le sirva a la Comisión. El objetivo de esta mesa es aportar información, hacer una contribución al esclarecimiento, no solo para este proceso de paz, sino también para los que vienen.

Capítulo 3

TERRITORIALIDAD Y ALIANZAS

Sesión del 6 de junio de 2019

El conflicto armado cambió las regiones y generó nuevas relaciones de poder y, por consiguiente, nuevos territorios y nuevas territorialidades. Con el objetivo de construir unos patrones y unas causas explicativas de la guerra y la violencia en Colombia, en la tercera sesión de la Mesa de Excombatientes de las guerrillas y las AUC se discutió sobre los factores de fondo que llevaron al despliegue de los grupos armados en los territorios. También se conversó sobre el desarrollo de estrategias para el relacionamiento con las poblaciones en los territorios de incidencia y sobre la construcción de relaciones estratégicas como apoyo al control territorial y poblacional ejercido por cada grupo.

Se invitó a participantes a hacer énfasis en las formas y los procesos de colonización armada del territorio alrededor de los siguientes temas:

1. Razones geoestratégicas, económicas, políticas, tácticas y sociales de la territorialización de los grupos armados.
2. Uso de la fuerza en la implementación de los grupos y mecanismos de control social y trabajo de masas.
3. Relaciones políticas construidas en el territorio. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo?
4. Alianzas y pactos con diferentes actores para consolidar el control armado y político en los territorios.
5. Relación con la institucionalidad y cooptación del Estado, rentas públicas, contratación, regalías, elecciones, entre otros.

Los excombatientes de las guerrillas del ELN, M-19, PRT, CRS y EPL explicaron cómo sus posturas, basadas en la ideología de la lucha guerrillera que cada grupo acogió, fueron determinantes para establecerse en ciertos territorios y desarrollar unas dinámicas de relacionamiento espacial y poblacional. También describieron y analizaron críticamente las formas en que

cada grupo configuró sus bases poblacionales y estableció relaciones con actores sociales y políticos. Hicieron énfasis en que la relación con el Estado tuvo siempre como punto de partida una mirada del Estado como enemigo.

Por su parte, los excombatientes de las AUC explicaron que su estrategia de territorialización y expansión correspondió principalmente a una dinámica de lucha contrainsurgente, en especial contra las FARC-EP y el ELN, basada en disputar las áreas de influencia guerrillera con el fin de establecerse en esos territorios. Las autodefensas surgieron como una forma de ser Estado en territorios donde el Estado había estado ausente y donde, por eso, las guerrillas se habían establecido. Los participantes argumentaron que las AUC también tuvieron un trasfondo político y que su interés fue no solo la desestructuración militar de las guerrillas, sino también la incidencia en espacios de gobierno local, regional y nacional.

Adicionalmente, los excombatientes de las AUC plantearon una discusión sobre las dinámicas de guerra de las guerrilleras. Eso les sirvió para cuestionar las formas de relacionamiento y construcción de base social y política en los territorios, así como las implicaciones que tuvo en las propias guerrillas el relacionamiento de todos los grupos armados con el narcotráfico y las economías ilegales.

El diálogo permitió identificar algunas zonas comunes, en disputa entre los distintos grupos armados desde unas dinámicas de control territorial en lo social, político, económico y cultural. Ahí se destacaron: el sur de Bolívar, Urabá, Cauca, el Magdalena Medio, la Sierra Nevada de Santa Marta, los Montes de María, Arauca, el Catatumbo, Córdoba, Antioquia, Chocó y Valle del Cauca.

En la segunda parte de la mesa, se discutió más a fondo sobre asuntos como: la degradación de la guerra y la ideología como una consecuencia de las alianzas con el narcotráfico y otras economías ilegales; la desestructuración de las bases sociales y políticas afines o cercanas a las guerrillas como un mecanismo de territorialización de las AUC; las relaciones de las AUC con el Estado y sus dinámicas de grupos paramilitares y paraestatales; la responsabilidad del Estado y de terceros en el conflicto armado y las dinámicas de territorialización y alianzas de los distintos grupos armados.

Por último, se habló sobre las dinámicas de los ejercicios de memoria y de reconocimiento de las acciones de violencias ejercidas por cada grupo. Eso tuvo el objetivo de establecer líneas de consenso para procesos de reconciliación mutua. Se señalaron asuntos como la necesidad

de dejar a un lado los discursos justificativos de la guerra y de abrirse a entender al otro sin los prejuicios que esas dinámicas de guerra y de justificación han creado. Esa reflexión, más allá de permitirles tal vez establecer una culpabilidad o un arrepentimiento, abre la ventana a la complejidad de la guerra y los seres humanos que participaron en ella. A partir de ahí, es posible construir procesos de entendimiento, verdad, memoria, reconciliación y no repetición.

PRIMERA PARTE: EXPOSICIONES POR MESAS

MESA 1: Excombatientes de las guerrillas

Mesa de trabajo con Alonso Ojeda, Medardo Correa, Vera Grabe, Lucía González, José Matías Ortiz y Francisco Caraballo.

En relación con las razones de la territorialización y el uso de la fuerza, los grupos de guerrilla en Colombia tuvieron diferentes experiencias. Por un lado, en el ELN es claramente identificable la aplicación de la doctrina clásica guevarista del foco guerrillero. Esta consistía en poner el foco en una región y, desde ahí, comenzar a proyectarse y expandirse. Por otro lado, otras experiencias partieron del establecimiento de grupos guerrilleros donde todavía existían bolsones o estertores de las guerrillas liberales. Fue el caso del alto Sinú, alto San Jorge y bajo Cauca. A esos lugares llegó el EPL entre 1965 y 1968, después de la ruptura con el PCC. Eran zonas donde había sectores de las guerrillas liberales liderados por Julio Guerra. Ahí se desarrolló el concepto de las bases de apoyo o las zonas liberadas, a partir de las cuales desarrollaron una experiencia que llamaron Juntas Patrióticas.

En el sur de Bolívar, se dio otra experiencia ligada a bolsones de guerrillas liberales que persistían en la zona o que utilizaban esos territorios para esconderse de la violencia liberal conservadora. En el caso de esa región, se habla del papel jugado por el dirigente guerrillero liberal Rafael Rangel Rangel, quien después del asesinato de Gaitán se desplazó al campo por la intensificación de la violencia. Ahí surgieron esos bolsones de guerrilla. En el caso del EPL, entre 1964 y 1965, el grupo declaró esa zona espacio de provisión estratégica en la parte armada.

En otros casos, la implantación del grupo armado no obedeció a criterios de elaboración estratégica en el plano del diseño político, sino simplemente a las circunstancias que permitieron ubicarse en ciertos territorios. En el caso nuestro, el PRT surgió de una subdivisión del EPL y el PCC-Patria Libre. Entonces, nosotros quedamos en una parte de los Montes de María, el centro de Bolívar y el Magdalena. Es decir, no hubo un estudio previo antes de establecernos ahí, sino que lo hicimos a raíz de la división. Y en esas zonas desarrollamos el movimiento. Hubo otras experiencias más de implantación de guerrillas en territorios indígenas, como sucedió en Cauca y el norte de Nariño, en los municipios de Rosario y Leiva, mucho antes de que llegaran las FARC-EP, el ELN y las AUC.

En el caso del M-19, este se desarrolló como una experiencia por fuera de esas visiones del foco guerrillero. Fue un movimiento que partió de una crítica a las FARC-EP y eso lo llevó a abordar los asuntos de otra manera. Para el M-19, el problema no estaba formulado en

términos de clases, sino que partía del concepto de pueblo. A partir de eso, se dio su desarrollo militar, sin que hubiera criterios muy elaborados sobre las decisiones estratégicas.

Hay dos experiencias que se destacan en cuanto a que las decisiones de desarrollo militar guerrillero obedecieron a serias discusiones estratégicas. Se trata de la experiencia de la CGSB, donde se planteó una subdivisión territorial estratégica con las diferentes organizaciones que la conformaron con el fin de copar el país e iniciar un desplazamiento estratégico. Y se trata también de la experiencia de las FARC-EP, que lograron un grado de organización mucho más desarrollado en su Octava Conferencia, cuando definieron unos planes estratégicos de posicionamiento geográfico. Ahí, decidieron ocupar la Cordillera Oriental para llegar desde ahí a Cundinamarca, Bogotá y el Piedemonte Llanero.

En cuanto a la llegada de los grupos al Urabá, en la discusión de la mesa quedó un tema pendiente. La llegada del EPL a Urabá fue un tema de expansión desde el alto Sinú, dada la importancia de la zona bananera. Surge entonces la pregunta de por qué la zona bananera del Magdalena no encontró el mismo interés en los grupos armados. En esa zona, ningún grupo guerrillero tuvo una expresión armada. Lo que hubo fue, más bien, una inserción de carácter político en el trabajo social con los obreros bananeros de la zona del Magdalena.

En la mayoría de los casos, el uso de la fuerza militar en el desarrollo de los grupos guerrilleros no se dio como un mecanismo de control social sobre las comunidades. Ningún grupo guerrillero de la mesa lo vio así. Es decir, no se usó la fuerza del fusil para obligar a las comunidades a tomar partido por una u otra opción. Sin embargo, se señaló la diferencia entre el desarrollo militar de las fuerzas en las zonas de colonización y el mismo desarrollo en las zonas de minifundio campesino. Por ejemplo, en Montes de María, que no era una zona de colonización sino una densamente poblada con pueblos muy cercanos entre sí, las dinámicas fueron distintas a las que se llevaron en lugares menos poblados, donde la distancia entre los ranchos era grande, como en Sumapaz y el Piedemonte Llanero. Se requería una infraestructura más compleja para transportar víveres y otros elementos del avituallamiento.

Entonces, las zonas donde más se desarrolló ese tipo de control social arraigado en el control armado fueron las zonas de colonización. En las de minifundio campesino, la relación política fue distinta. Incluso llegó a plantearse que la acción de las organizaciones armadas en esos territorios produjo modificaciones espaciales en el plano económico. Por ejemplo, las tomas

de tierra en los Montes de María produjeron una modificación de la propiedad y la tenencia de la tierra en la subregión. Justo ese tema de la tierra originó conflictos posteriores en la zona.

En el caso del PRT, algunos compañeros preguntaban cómo nos escondíamos en los Montes de María, si por ahí no había montaña. En ese punto, nos encontramos de cuerpo entero con la visión de un general de Vietnam, que decía que las verdaderas montañas eran las masas. Es decir, nos tocó escondernos en las comunidades y con las comunidades. Ellas mismas tomaban la decisión de qué fincas se tomaban en unos espacios de organización llamados Actos Políticos. Mientras el partido nos ordenaba tener células de cuatro y cinco personas, como ya dijo el compañero Caraballo, en los Montes de María no era así. Los campesinos desbordaron esas orientaciones y las células tenían en promedio entre cuarenta y cincuenta personas. Llegamos a tener células de hasta ciento veinte. En los escenarios de actos políticos, se tuvo incidencia en la delimitación de linderos y en la construcción de elementos rudimentarios de justicia. El Estado estaba relativamente cerca, pero no incidía en eso. Entonces, por medio de la organización se desarrollaron factores de incidencia interesantes en distintos aspectos de la vida comunitaria, como, por ejemplo, en los matrimonios.

En las zonas de colonización, las relaciones con los grupos armados también modificaron el territorio, pero de otras formas. Por ejemplo, en el Nordeste antioqueño, el desarrollo del ELN, su incidencia y su relación con las comunidades fue diferente a la que vivimos en Montes de María. Tiempo después, las comunidades campesinas de esas zonas asumieron la idea de regalar alimento a cualquier grupo armado que pasara, fuera la guerrilla, las AUC o el Ejército. La opción de salvamento de esas comunidades estaba centrada en la cantidad de alimento que podían ofrecer a las distintas expresiones armadas que llegaban al territorio y en mostrarse como colaboradores de estas.

En el caso de la CGSB, en la mesa se planteó con Vera que allá se alcanzó a discutir una parte de esta temática y que incluso se tomaron unas primeras decisiones, como lo fueron el establecimiento de una fuerza estratégica militar conjunta entre el M-19 y el EPL, y el desarrollo de una escuela militar al sur del Cesar, en la Serranía del Perijá, así como en el Cauca. También, por decisiones estratégicas de la Coordinadora para apuntalarse, se desarrollaron relaciones internacionales con nicaragüenses, cubanos, libios y vietnamitas en una gira que la misma CGSB alcanzó a hacer. Paradójicamente, se encontró un mayor apoyo en Libia y Vietnam que en Cuba y Nicaragua.

En el caso del EPL, Caraballo planteó que la visión que trabajaron en zonas como el alto Sinú fue la de construir bases de apoyo y zonas liberadas. Eso hizo parte de la estrategia maoísta y vietnamita. En sus dinámicas de desplazamiento estratégico, intentaron establecer vínculos con comunidades en Guacarí, Valle del Cauca, que no dieron los resultados esperados. En ese punto, como parte de la estrategia, se empezó a discutir sobre las oportunidades reales y efectivas de contacto con las comunidades. El fin era construir un apoyo poblacional que pudiera ser determinante a la hora de definir las dinámicas de expansión territorial desde un trabajo político y social como base para una expresión militar.

En conclusión, en el caso de las guerrillas colombianas que formaron parte de la mesa de discusión, no podríamos decir que en los años sesenta se hubieran dado discusiones profundas para determinar en qué partes del territorio colombiano se establecía la guerrilla y en qué partes no.

Vera Grabe, excombatiente del M-19

Una parte de lo que tratamos de plantear en la mesa es que no se puede usar una categoría tan amplia como "la guerrilla", ya que hubo diferentes concepciones en cada grupo. Ahí, el caso del M-19 es un diferenciador en términos de concepción política, pues lo central fue la democracia como orientadora de las decisiones. Las estrategias y los planes se definían en función del momento político y de una relación con la gente y la democracia. Se tomaban decisiones con base en la cercanía a la población y el impacto político.

También es necesario ubicar esas dinámicas en el tiempo. Una cosa era el ELN en los años sesenta y otra es el de la actualidad. En general, todos los actores se han ido transformando con los años y eso también ha influido en la decisión de la paz. La decisión de la paz surgió, porque se generó una consciencia que cuestionó lo que pasaba con las poblaciones y con los territorios durante el conflicto.

En conclusión, no podemos generalizar, pues hay diferentes maneras de concebir la guerrilla.

Alonso Ojeda, excombatiente del ELN

Hay un punto que se discutió en la mesa y considero de relevancia. Es el tema de las relaciones internacionales de la insurgencia, en particular las del ELN y su relación con el comandante

Piñeiro "Barba Roja" en Cuba, que manejaba la sección de América Latina. Piñeiro era claro al decir que la acción de la guerrilla debía ser de diez años. Para eso, planteaba un croquis donde dividía la acción de la guerrilla en el monte y en la ciudad. Según él, se debía trabajar en el monte diez años y después evaluar los avances. Esto fue lo que hicimos los de la corriente de Replanteamiento. Estuvimos diez años, tiempo que nos dimos cuenta de que el cambio no funcionaba por ese medio. Por el contrario, había que buscar una salida. Así se les hizo ver a los mismos cubanos. Desafortunadamente, a esa fuerza que puso Cuba para estimular otros esfuerzos guerrilleros le faltó el impulso para evaluar el proceso y empujar la búsqueda de un camino político y dejar las armas.

Matías Ortiz, excombatiente del PRT

En cuanto a las preguntas sobre las relaciones políticas y con la institucionalidad, y sobre las alianzas, las relaciones construidas por las guerrillas que participaron en la mesa fueron principalmente con sectores de las comunidades, mucho más que con sectores de la política tradicional o institucionales. En los años sesenta y setenta, en las organizaciones guerrilleras primaban el concepto de división de la sociedad en clases sociales y, por tanto, también la construcción conceptual de la idea de lucha de clases. El M-19 desbordó esa conceptualización clasista de la lucha y abordó el tema en términos de pueblo y de desarrollo de la democracia. Eso modificó muchos elementos de la lucha guerrillera en un contexto en que ya se empezaban a vivir duras represiones contra ese pueblo.

La guerrilla colombiana tuvo sus errores, pero también sus virtudes. A principio de los años setenta, hubo tres manifestaciones de espíritu crítico en las guerrillas, que llegaron a desarrollos importantes, como lo fueron la corriente del Replanteamiento en el caso del ELN, los sectores salidos de las FARC que configuraron el M-19 y aquellos del EPL que se constituyeron en el CMR. Estos últimos llegaron a tener conversaciones, pero no pudieron avanzar en unidad como perspectivas críticas de ese momento del movimiento guerrillero.

En lo relativo a las alianzas y los pactos con diferentes sectores, las guerrillas que participaron en las mesas no dieron mucha importancia a las relaciones con la institucionalidad. Se conocen muy pocas experiencias de la guerrilla cooptando espacios locales estatales para, a través del presupuesto público, generar financiación para su desarrollo. Algunas de esas dinámicas sí se dieron, pero en tiempos más recientes, posiblemente con otras organizaciones guerrilleras.

De cierta manera, predominaba la visión de que la institucionalidad era el enemigo en sí mismo. Es decir, era el Estado que se buscaba destruir y reemplazar. Con ese Estado, no se iban a establecer relaciones de cordialidad ni de confianza para desarrollar proyectos comunes. La relación con la institucionalidad era principalmente de confrontación, y eso incluyó la institucionalidad del Estado local, como es el caso de los municipios.

Por eso mismo, los temas de las rentas públicas, la contratación y las regalías no tuvieron grandes desarrollos en las guerrillas que conversamos. Conocemos el caso posterior del ELN con organismos ligados al tema petrolero, pero esas relaciones ya tenían otras connotaciones; no eran relaciones de alianza, sino acciones económicas en la búsqueda del sostenimiento del proyecto guerrillero. En ese sentido, no se conocen pactos políticos con la institucionalidad o con actores de la estatalidad local por parte de las guerrillas que participamos en la mesa.

Medardo Correa, excombatiente del ELN

La concepción militarista que tuvimos hasta 1976 y 1977 nos aisló completamente de los trabajos de masas en la ciudad. Cuando salimos del ELN en 1976, nos encontramos con que el grupo tenía unas potencialidades enormes en las ciudades, donde había grupos haciendo trabajo de masas por sí solos, con presencia en partes del país como Antioquia y la costa y con relaciones con organizaciones como FECODE, con el sindicalismo independiente de Medellín y con el movimiento indígena en Cauca y Caquetá. Además, nos encontramos con personas del M-19, a las que logramos acercarnos gracias a la idea común de impulsar unos cambios en las estrategias y tácticas en la insurgencia para el relacionamiento con las bases sociales, que era muy dogmático.

Esto es importante discutirlo en la mesa, porque pone de presente un interrogante sobre en qué momento en Colombia la lucha armada comenzó a perder vigencia. Esas preguntas forman parte de la memoria y la reconstrucción que estamos haciendo en estos momentos de posconflicto.

Álvaro Jiménez, excombatiente del M-19

No participé en el grupo. Pero no quiero dejar en el aire una sensación que tengo sobre lo expuesto por Alonso en relación con el Departamento América y la historia de Manuel Piñeiro. Queda la idea de que en Cuba se definía lo qué pasaba con las guerrillas en Colombia.

Es importante aclarar que no fue así. En el caso del M-19, criticamos la presencia de tropas cubanas en Angola y la caracterizamos como otra forma de imperialismo.

MESA 2: Excombatientes de la guerrilla

Mesa de trabajo con Fernando Hernández, Juan Carlos Villamizar, Blanca Valle, Álvaro Villarraga, Fabio Mariño, Gloria Quiceno y Gabriel Barrios.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

En nuestra mesa, solo alcanzamos a resolver la primera pregunta. Lo hicimos a partir de un análisis del despliegue de cada una de las guerrillas, enfocándonos en los momentos históricos y elementos geoestratégicos.

En lo relativo al M-19, hubo una fase inicial urbana. Surgió como una guerrilla con un marco de actividad político social muy intenso y con los deseos, como proyecto guerrillero, de consolidarse y conseguir recursos y armas. Se destacó la composición plural de distintas

procedencias del M-19, que se alimentó de algunos integrantes de la guerrilla de las FARC-EP y de guerrillas de Vichada y Venezuela. Ese pluralismo se dejó ver no solo en un llamado a la unidad de los grupos guerrilleros, sino también en la intención de reunir personas de distintas procedencias políticas y guerrilleras. Ahí, se destacó la experiencia del grupo Comuneros y de los ejercicios de unidad que se mantuvieron en los años setenta con otros grupos guerrilleros y políticos. Esos ejercicios de unidad también tuvieron expresiones electorales como la candidatura de Socorro Ramírez en 1978.

En un segundo momento, refiriéndonos no a las circunstancias históricas, sino a los aspectos geográficos, en el marco de la búsqueda de despliegue guerrillero se crearon las guerrillas móviles en el M-19 en 1978 y 1979 en Cauca, Caquetá, Santander y Tolima. Esos núcleos buscaban un entorno social de posibilidad para la actuación militar. Fueron golpeados fuertemente, a excepción de Caquetá, donde quedaron núcleos de militancia en los años ochenta, que permitieron retomar dinámicas políticas y sociales y, posteriormente, nuevos despliegues guerrilleros.

Un tercer momento se dio al inicio de los años ochenta. Ahí se destacó la presencia del M-19 en Caquetá, Antioquia y Cauca con estructuras de fuerza conjunta y estructuras urbanas. Sin embargo, el M-19 dejó de ser una guerrilla urbana y se empezó a consolidar y desarrollar militarmente como una guerrilla rural. Se abrieron relaciones con dinámicas sociales, en especial en Caquetá y Cauca, donde hubo tradiciones de zonas campesinas e indígenas que empezaron a tener una aceptación y entendimiento con la guerrilla. Entre los episodios históricos y geoestratégicos importantes, se mencionaron experiencias de fortalecimiento desde una visión de estrategia militar. Se trató de las incursiones para aprovisionamiento de armas y recursos en Nariño y Chocó, orientadas también hacia otras regiones como Caquetá y Risaralda. Por último, se destacó la experiencia de consolidación de la actuación guerrillera y de los relacionamientos del Batallón América en el suroccidente del país: Cesar, Santander, Antioquia y la región del Caribe.

Frente al EPL, se puede hacer un esquema en dos grandes etapas. La primera se dio entre los años sesenta y finales de los setenta, como hija del ímpetu guerrillero de los sesenta con un discurso de toma de poder y guerra militar del campo a la ciudad, así como con una importancia militar muy fuerte de zonas campesinas. En esa etapa, se planteó la estrategia de

cinco zonas guerrilleras: sur de Córdoba, norte de Antioquia, Urabá, Magdalena Medio y Bajo Cauca. Cuatro fracasaron. Solo triunfó la del sur de Córdoba.

Se aludió también a fracasos como el de Guacarí, con la captura, tortura y asesinato de varios dirigentes por parte del Ejército; el de la zona del Valle y del Cauca, donde existieron estructuras militares principalmente en el norte por Jambaló, pero también hubo desentendimiento y presión desde algunas comunidades indígenas que cuestionaron el desarrollo de una guerrilla independiente del mismo movimiento social; el del Magdalena Medio, donde se formó la primera columna guerrillera en 1964 y 1965 con Libardo Mora Toro, pero por problemas de conducción y autoritarismo se disolvió. Una parte fue a dar al ELN y otra se trasladó a Córdoba.

También se mencionaron elementos, a los que ya hizo alusión la otra mesa, sobre las tomas de haciendas entre campesinos y pequeños destacamentos iniciales del EPL, la repartición de tierras, el trabajo de las Juntas Patrióticas Populares, la regulación de política de mercado y la regulación social, y el proyecto de la naciente República Popular de Colombia en marcha hacia el socialismo. Eso se dio en contraste con unos fuertes movimientos que incidieron políticamente como el movimiento campesino, estudiantil, obrero y sindical, hasta llegar, a mediados de los setenta, a una crisis en lo político y lo militar. En lo político, la crisis se debió a los cuestionamientos de la militancia y los cuadros políticos sobre la insuficiencia de la estrategia de guerra popular prolongada ante las necesidades y experiencias de los movimientos sociales; en lo militar, al desgaste producido por la fuerte confrontación militar en el nordeste, que llevó a un escenario de derrota táctica.

En la segunda mitad de los años setenta, la crisis y la mala conducción interna llevaron al fraccionamiento del EPL. La mayor parte de la militancia urbana salió y se dispersó en fracciones de la tendencia marxista-leninista-maoísta y de la línea proletaria. Un sector pequeño se radicalizó en una acción militar urbana. Esos antecedentes llevaron al desarrollo de un II Congreso Clandestino en 1980 y, con eso, a una segunda fase de la organización.

En ese Congreso, se adoptó la tesis de la prioridad de la lucha política, sin negar la lucha armada, más bien interpretándose como una expresión de la lucha política, pero con una apertura. Parte de la organización contempló la constitución de un partido político legal. Un primer intento se dio a inicios de los años ochenta con la UDR y posteriormente, tras la tregua del 84, con el Frente Popular. Se impulsó también un periódico legal paralelo al periódico

clandestino, una organización juvenil legal, la JRC, y se alcanzó un mayor despliegue político. La experiencia de la tregua resultó importante al definir cómo impulsar la propuesta de la Asamblea Nacional Constituyente. Por otro lado, se dio un despliegue guerrillero que se amplía a cinco regiones de la mano con la conformación de dieciocho frentes guerrilleros urbanos y algunas estructuras rurales, siendo las de Antioquia, Urabá, Córdoba, Sierra Nevada, Catatumbo y Putumayo las más importantes.

En resumen, la presencia de los frentes guerrilleros del EPL estuvo sobre todo marcada por dinámicas de zonas de colonización con un campesinado pobre y un alto nivel de demanda de tierra y de condiciones campesinas en general; por tensiones, incluso previas a la existencia del EPL, que hubo con expresiones contraguerrilleras y paramilitares; por el relacionamiento con dinámicas en las que existía la expresión de varios movimientos sociales en zonas rurales y urbanas.

Respecto al ELN, su surgimiento se dio en un contexto de amplias posibilidades y potencialidades desde el punto de vista político con la llegada de Camilo Torres y el movimiento del Frente Unido, la llegada de dirigentes de movimientos estudiantiles, y la irrupción en el Magdalena Medio. Sin embargo, la concepción foquista y la decisión de quedarse en la acción guerrillera, junto con el tratamiento inadecuado de las discusiones sobre mantener nexos con lo político, llevaron a una contradicción.

Así, en zonas como el Nordeste antioqueño, el Magdalena Medio, Santander y el Catatumbo se dieron dinámicas de implantación en zonas campesinas y de colonización por razones militares y de acceso a recursos estratégicos. Esa dinámica generó una dispersión y un aislamiento que se resolvió en 1986 con una Asamblea Nacional, que planteó la recuperación del ELN a partir de un plan de consolidación de frentes en cinco zonas del país. Ahí, empezó a reconfigurarse el ELN, con sus estructuras de Frente Centro, Norte, Oriente, Nororiente, Magdalena Medio y Suroccidente. En cada una de esas regiones, hay particularidades y relacionamientos sobre los cuales no se alcanzó a profundizar.

En relación con el PRT, fue una experiencia de desprendimiento del PCC-ML hecha por un sector con mucha fuerza, conformado por líderes sociales y políticos, principalmente campesinos de la ANUC, pero también con incidencia en sectores populares, estudiantiles y de trabajadores. Su epicentro fueron los Montes de María y buscó incidencia en Antioquia, Cauca y Bogotá. La tendencia marxista-leninista-maoísta asumió la prioridad de la lucha

política y social, y puso lo militar en un segundo plano. Así, mantuvo su dinámica en relación con los actos políticos y con un trabajo miliciano de carácter defensivo en Montes de María. Existieron también intentos de desarrollo militar en el Cauca, pero fracasaron en los años ochenta. Así mismo, en un Congreso en 1983, se adoptaron unos llamados a mantener una fuerza miliciana en Montes de María.

Hubo muertes y se dieron golpes militares fuertes en el Cauca, pero se mantuvieron unas dinámicas políticas y sociales que permitieron la posibilidad de hacer presencia en la Coordinadora Guerrillera. Del mismo modo, se permitió la relación tripartita entre el MIR-Patria Libre, que venía en parte del PCC-ML y en parte de la unificación con el grupo MUR-ML, donde se discutió el posible ingreso al ELN. El ingreso lo hizo el MIR-Patria Libre, pero no el PRT, sobre todo con el argumento del énfasis en lo político y lo social, así como con la consideración de no ser una fuerza militar ni guerrillera en condiciones de ingresar al ELN.

Adicionalmente, en la militancia del PRT se destacaron la presencia y la vigencia de líderes sociales, así como algunas experiencias constructivas en Montes de María, como fue el caso de María la Baja, donde, en medio de las luchas agrarias, se dieron procesos exitosos de recuperación de tierras. También hubo un desarrollo agropecuario y de sectores campesinos importantes en términos de distritos de riego y posibilidades desde el movimiento social.

En nuestra mesa, se hizo una consideración crítica de la llegada de los frentes guerrilleros a la zona y de cómo eso produjo progresivamente circunstancias de confrontación bélica directa y de dinámicas como el secuestro, principalmente desde los años ochenta. Cuando el EPL pactó la paz, entraron frentes de las FARC a Montes de María. Posteriormente, también el ELN ingresó. Si bien se tuvo una experiencia desde la clandestinidad, marcada por una dinámica política y social, fue lamentablemente después de firmar la paz y salir a la política legal que se dio el mayor costo en vidas humanas y la mayor persecución, con el despliegue del paramilitarismo en la región a mediados de los años noventa.

Carlos Velandia, excombatiente del ELN

En los orígenes del ELN, el territorio ocupó un lugar preponderante a la hora de definir dónde se debía implantar el primer foco guerrillero, puesto que debían resolverse factores capitales tales como:

- Ser una zona segura para la constitución del grupo guerrillero.
- Contar con zonas de retaguardia.
- Tener vías para el acceso, la movilidad y el repliegue.
- Estar en inmediaciones de centros de aprovisionamiento y de apoyo logístico.
- Contar con una geografía apta para la lucha de guerra de guerrillas.
- Contar con una base social con tradición de lucha popular.

Luego de examinar varias posibilidades, el grupo fundador, con Fabio Vásquez Castaño a la cabeza, determinó que el territorio específico para establecerse era la zona de San Vicente de Chucurí, en Santander, un territorio enclavado en la región del Magdalena Medio, conectado con Bucaramanga y Barrancabermeja y con vías para acceder a Medellín, Cúcuta, la costa atlántica y Bogotá. Además, la proximidad a Barrancabermeja posibilitaría tener contacto con el sector de trabajadores más cualificado y combativo del país, el de la industria petrolera. La zona montañosa del territorio estaba habitada por campesinos colonos que se habían adentrado en la selva, en su mayoría provenientes de Antioquia, Tolima y la costa, que llegaron huyendo de la violencia de los años cincuenta en busca de tierras para hacer finca, pues la región era de tierras fértiles y ricas en maderas.

Guerrilla, territorio y presencia nacional:

El ELN en sus comienzos tuvo una visión muy general de su ubicación en la geografía nacional, determinada por el propio crecimiento orgánico y por su dislocación a través de comisiones en cumplimiento de misiones específicas, tales como la logística, la confrontación, la realización de escuelas y el territorio para los órganos de dirección. Posteriormente, en los años setenta, se empezó a dar mayor importancia a la ubicación espacial en un marco de concepción estratégica. Esa visión se configuró con mayor perspectiva y desarrollo en la década de los ochenta, cuando se crearon los Frentes de Guerra en regiones específicas, se establecieron corredores de comunicación entre esos Frentes y algunas regiones, y se buscaron salidas al mar y hacia las fronteras.

Así, el ELN se expandió en la geografía nacional, pero determinó prioridades para crear corredores hacia Medellín, Bucaramanga, Cali y Cúcuta, así como para establecer bases guerrilleras sólidas con fines logísticos en las fronteras con Venezuela, desde Arauca, el Catatumbo

y el Cesar; con Ecuador, desde la Bota Caucana y Nariño; con Panamá, desde Urabá y Chocó; y, en los 2000, con Brasil, desde Arauca, Vichada y Casanare. Las estructuras del Oriente antioqueño permitieron ganar una posición privilegiada sobre las goteras de Medellín, crear corredores hacia el Eje Cafetero y tomar el control sobre la autopista Medellín-Bogotá.

Implantar estructuras guerrilleras en la Bota Caucana fue de importancia estratégica vital, pues allí estaba el Nudo de los Pastos, donde nacen las tres cordilleras y los ríos Magdalena, Cauca y Putumayo. Quien controlaba ese territorio tenía vías para acceder a seis departamentos —Huila, Caquetá, Putumayo, Nariño, Cauca y Tolima— en muy corto tiempo y con desplazamientos relativamente cortos. Implantar estructuras guerrilleras en el Chocó significaba ganar una salida a los dos océanos, Atlántico y Pacífico, y crear corredores hacia el Urabá antioqueño, el Eje Cafetero y el Valle. Hacerlo en el Catatumbo permitía generar corredores hacia el Magdalena Medio, Santander y Boyacá.

En Arauca, se constituyó una manera particular de estar en el territorio. Los grupos guerrilleros del ELN surgieron del movimiento social de origen campesino, integrados principalmente por combatientes y militantes originarios o asentados en el territorio. Es decir, las guerrillas tenían una composición social. Eso les daba unos niveles de reconocimiento, legitimidad y apoyo social mayores que aquellos con que contaban los grupos guerrilleros surgidos de desdoblamientos de frentes, por la expansión de frentes vecinos o por la llegada al territorio desde otros territorios.

El ELN desarrolló planes de crecimiento de sus estructuras y de implantación en nuevos territorios, principalmente en el segundo quinquenio de la década de los años ochenta, pasando de tener tres frentes guerrilleros a tener veintiséis frentes y cinco estructuras regionales de carácter urbano en 1990.

Para el ELN, llegar a Bogotá debía ser producto del fortalecimiento de las estructuras clandestinas urbanas, con la expansión de los frentes guerrilleros más próximos, principalmente de los ubicados en el ABC —Arauca, Boyacá y Casanare— y en Tolima y el Magdalena Medio. A la fecha, el Frente Domingo Laín Sáenz, en el marco de la estructura de orden regional conocida como Frente de Guerra Oriental Manuel Vásquez Castaño, se ha proyectado desde Arauca hacia Bogotá, lo cual le permite el fortalecimiento de sus frentes guerrilleros, así como ganar influencia y poder apreciable al interior del ELN.

Alianzas y relacionamiento:

El relacionamiento de los primeros guerrilleros con los campesinos era selectivo y se basaba en la desconfianza, ya que la presencia de la guerrilla era asumida como el "regreso de la chusma", razón suficiente para temerle y denunciarla. El grupo inicial debió desarrollar una labor básica de concientización de los campesinos que eran contactados, a través de charlas en las que se presentaban como una guerrilla de revolucionarios que promovía la lucha armada para la toma del poder; para una guerra no entre conservadores y liberales, sino entre pobres y ricos: la lucha era entre clases sociales y no entre partidos políticos. Esas primeras charlas tenían también un contenido intimidatorio que generó una presencia de una fuerza armada aunada a las advertencias en materia de seguridad, resumidas en "los cuatro no": no sabe, no ha oído, no ha visto, no dice.

Es importante plantear que el éxito de una guerrilla cuando llega a un territorio está medido en cuatro factores:

- La legitimidad: los habitantes asumen a la guerrilla como una fuerza que los interpreta, es decir como propia.
- El apoyo: los habitantes asumen la protección del grupo con el secreto y apoyo logístico, principalmente con comida producida en el lugar.
- La vinculación: los campesinos se unen a la causa y se incorporan a la guerrilla.
- La participación: los campesinos participan en actividades de soporte y desarrollo del grupo, tales como hacer parte de redes de información, de comunicación y vigilancia.

De este modo, una guerrilla en un territorio se establece como una fuerza de coerción que fija un nuevo orden y funge como un Estado alterno:

1. "Limpia la zona" de pillos y malandros: implanta la pena capital para delitos graves y crímenes tales como el abigeato, el homicidio, la violación carnal, la traición y la delación.
2. Establece un código de normas de comportamiento social, entre ellas algunas relativas al consumo de licor y drogas y a las riñas.

3. Establece un código de justicia: para dirimir problemas de linderos, reparto de tierras, herencias y separaciones.
4. Aplica sanciones, y penas.
5. Establece un código de comercio en que se fijan precios e impuestos.
6. Establece un código de convivencia en que se fijan el toque de queda y la circulación por determinadas áreas o caminos
7. Establece vedas de caza y pesca y controla la explotación de maderas y extracción de minerales.

Como ejemplo, en los territorios donde se ha implantado un grupo guerrillero, es frecuente escuchar frases como las siguientes:

- "Siquiera llegaron ustedes a poner el orden, porque esto estaba desmadrado".
- "Antes no podía uno tener un marrano o unas gallinas, porque se las robaban".
- "Qué bueno que controlen el consumo de licor, porque cada vez que hay fiesta termina en peleas".
- "Está muy bien que hayan prohibido la pesca con dinamita y barbasco".
- "Muy buena la idea de establecer lista de precios, porque aquí el comerciante impone los precios que le da la gana".

En los territorios consolidados por el ELN se dio un desdoblamiento del poder coercitivo, a través de la participación de habitantes, grupos y comunidades en actividades de control. En consecuencia, se creó una especie de "gobierno de poder compartido", pero eso ocurrió en los territorios donde la aceptación de la guerrilla era mayoritaria y donde existían importantes niveles de organización social.

Gabriel Barrios, excombatiente del PRT

Me preocupa el desconocimiento que tenemos sobre la fuerza que llegó a tener el movimiento social en los años setenta y ochenta. Considero que nosotros estimulamos la producción agropecuaria campesina en las zonas rurales. El desarrollo económico se da en dos fases, primero, la agroindustria capitalista y, segundo, la agricultura campesina. Consideramos que en esos veinte años se estimuló la economía campesina. En ese sentido, la violencia que vino después de los acuerdos de paz hizo retroceder esas posibilidades. Es decir, el posconflicto hizo retroceder los avances que había tenido la economía campesina. En municipios como María la Baja, la agricultura era principalmente de carácter silvestre. Cuando llegó la política de Estado con el distrito de riego, se incrementó una producción que echó a la borda la producción natural de la zona. Hoy, la producción en María la Baja y en todos los Montes de María es principalmente la palma africana y el cultivo maderable. En consecuencia, la producción agrícola que se da en la región hoy es más costosa que en Bogotá.

La violencia que llegó después de los acuerdos de paz favoreció a la política tradicional. Hoy, en los siete municipios de la región de Montes de María se encuentran los sectores más retrógrados de la política, propiciadores de las masacres en la región. Algunos ahora piden pista en la JEP. Otros están refugiados como perseguidos políticos en Canadá. Por ejemplo, Juan Manuel Borré, de las AUC, declaró y señaló en Barranquilla a todos esos sectores de la política tradicional de Bolívar, pero a esos señores no les ha pasado nada. Me pregunto si este trabajo que estamos haciendo puede permitir que se desarrolle una investigación contra estos señores. Las autodefensas en las regiones no se movieron solas. Llegaron a los Montes de María porque las llevaron esos señores.

En conclusión, todo lo que se avanzó en las recuperaciones de tierras como beneficio para los campesinos y el sistema de producción agropecuario se ha perdido. En la actualidad, en la región hay unos niveles muy altos de pobreza y de falta de acceso a servicios públicos, que se unen al miedo de las poblaciones por la violencia que los ha atravesado.

Fabio Mariño, excombatiente del M-19

Debido al corto tiempo para el desarrollo de las mesas, no se habló de un movimiento guerrillero importante como Quintín Lame, ubicado en un territorio en que todas las fuerzas políticas y guerrilleras de este país estuvieron en un momento determinado.

Coincido también con Vera Grabe en que no es fácil hablar de las guerrillas como un todo, ya que cada grupo tuvo su parte y sus particularidades. Por lo mismo, insisto en la posibilidad de tener un tiempo adicional para profundizar en los temas que no alcanzamos a discutir.

Álvaro Jiménez, excombatiente del M-19

Frente a los sucesos dolorosos que planteó Gabriel Barrios como consecuencia de los procesos de paz, también hay que tener en cuenta el contexto de los años noventa. En ese tiempo, se dio una política de apertura económica que golpeó fuertemente a todos los productores campesinos. Eso se sumó a la expansión del paramilitarismo en la zona, que arrinconó no solamente a los actores políticos que irrumpimos en ese momento, expulsados y asesinados de la región, sino también a un proyecto de economía campesina que se había consolidado.

Juan Carlos Villamizar, ICTJ

Dos elementos de la discusión me llamaron la atención y pueden servir para la construcción de los contextos explicativos. Primero, los grupos coincidieron en que hubo zonas del país como Chocó, Magdalena Medio, Cauca y Catatumbo donde se desarrollaron los movimientos insurgentes. Segundo, quiero destacar la reflexión de Álvaro sobre por qué las FARC-EP, el ELN y el EPL duraron tanto tiempo, y es porque estaban constituidas por campesinos que venían de guerrillas liberales, una diferencia clave. Eso me llevó a otra reflexión, que también hicieron en la mesa, y es que esto nos podría hacer pensar que el campesinado colombiano ha sido luchador, guerrero y violento desde hace varios años.

MESA 3: Excombatientes de las AUC

José Eleazar Moreno, excombatiente de las AUC

Para poder identificarnos en el diálogo y ser reconocidos, es importante manifestar que no acepto la categoría de paramilitar ni me siento paramilitar. Algunos decimos autodefensa y otros, paramilitar. En mi caso, me siento como una autodefensa y quisiera ser reconocido así. Por eso, les solicitamos respetuosamente que se dirijan hacia nosotros de esa forma.

Fredy Rendón, excombatiente de las AUC

Se nos ha llamado aquí a pensar por qué en doscientos años hemos vivido tanta violencia. Nos encontramos un grupo de hombres y mujeres, que hemos formado parte de una estructura político militar en los últimos cincuenta años. Todavía nos seguimos echando bala y no nos hemos podido poner de acuerdo. Entonces, para nosotros es importante que desde aquí pensemos en ese país que tiene un millón cien mil kilómetros cuadrados.

Mesa de trabajo con José Eleazar Moreno, Iván Roberto Duque, Nodier Giraldo, Fredy Rendón, Óscar José Ospino, Manuel de Jesús Pirabán y Arlex Arango.

Hemos escuchado la discusión de los grupos uno y dos, y pienso que seguramente la discusión irá aflorando cada vez más. Realmente, tenemos que expresarnos si queremos saber la verdad de lo que aquí pasó y cómo corregir hacia adelante. Colombia es un país de regiones. Las guerrillas se ubicaron estratégicamente en varias regiones y, como lo decía Gabriel, en casos como el del EPL se ubicaron en zonas donde había afinidad y apoyo de la población. Sin embargo, también se ubicaron en esas zonas porque existía un nicho importante relacionado con el recurso económico y con el número de población que podía ser un potencial simpatizante y podía aportar hombres para la guerra.

En consecuencia, hubo unas ubicaciones estratégicas en unas regiones que económicamente eran necesarias para que los grupos de guerrilla pudieran crecer en todos los aspectos. Junto a eso, estaba el factor de abandono total del Estado, que permitió que las guerrillas llegaran a implantar un Estado en esos territorios. Es decir, allá la guerrilla lo era todo. Más adelante, nosotros fuimos todo.

Entre las razones de eso, en primer lugar se encuentra la irrupción del narcotráfico en los años ochenta en el conflicto colombiano como un instrumento decisivo para financiar la guerra. No hay que engañarnos, diciendo que los grupos se financiaban con ventas de tamales los fines de semana o con la economía campesina de pequeñas producciones de parcelar. Si analizamos la totalidad del territorio, nos damos cuenta de que los lugares donde florecieron las guerrillas, en vista de que el Estado no estaba, fueron los mismos que las autodefensas escogieron para florecer.

Las guerrillas comenzaron a salir de esos santuarios o cuevas donde habían surgido hacia las zonas donde había mayor población y mayor flujo de finanzas económicas. Por ejemplo, en comparación con las de los Llanos orientales, las guerrillas y las autodefensas del Magdalena Medio fueron distintas, pues había aparatos económicos como los ganaderos y nichos económicos en los que entró la guerrilla. Es claro que la lucha en un principio fue contra el Estado y en pro de reivindicar los derechos del campesinado, pero se transformó cuando la guerrilla dio el paso a esos nichos económicos.

De ahí vino el proceso de las autodefensas, y no como un fenómeno de paramilitarismo, pues las AUC surgieron a partir de una agresión de la insurgencia contra la población civil en determinadas regiones. Las autodefensas nacieron después de un abandono del Estado y del establecimiento de la guerrilla como Estado en algunas zonas. Las poblaciones que habitamos

estas regiones determinamos que si el Estado no iba a defender nuestra vida, nuestra honra y nuestros bienes nos tocaba a nosotros ponernos el uniforme. Eso fue lo que pasó.

La fuerza pública también estuvo al servicio de la guerrilla. Por ejemplo, un uniformado en Riosucio, Chocó, sobre el río Atrato, tenía que pedirle permiso a la guerrilla para salir. Cuando llegaron las AUC, los papeles se intercambiaron, porque esa organización asumió ese papel de Estado en sus zonas de incidencia. En otras palabras, las AUC le arrebataron a la guerrilla los nichos que tenía en las zonas, las ahuyentó y se apropió de las finanzas que tenían en esos territorios para poderlas combatir. Armamos unos Estados de facto en esas regiones.

Que nos hubieran desconocido como actor político no quiere decir que no lo fuimos. Mientras la insurgencia difundía su discurso de lucha de clases y promulgaba el marxismo y el leninismo como una postura política, las AUC se declaraban antimarxistas. Por eso, reconocemos que éramos un movimiento político con una postura política. ¿O acaso el antimarxismo no es una postura política? Pero la Corte Constitucional, en su momento, dijo que eso no era así, que se trataba de concierto para delinquir, y tumbó ese carácter político que teníamos.

El uso de la fuerza fue indispensable para irrumpir en una región y tomarla. Después de ejercer control militar, ejercimos control político a partir de la organización social. Organizamos a las comunidades y trabajamos socialmente en esas regiones. Después del ejercicio militar, ejercimos un control político y para eso intervinimos, como grupo armado, en las estructuras de poder local. Un ejemplo fue el trabajo con alcaldes y concejales que desarrollamos a través de la elección popular, poniendo candidatos propios cuando era necesario o contando con quienes ya estaban allí. Esos fueron pueblos autodefensa, como en su momento fueron de la guerrilla. Lo más importante de la estrategia de las AUC fue que arrebatamos unos Estados controlados por las guerrillas y nos convertimos en Estado en esas regiones.

Iván Roberto Duque, excombatiente de las AUC

Desde mi experiencia personal, el conflicto guerrillas-Estado era, hacia 1980, un motivo de gran preocupación para el gran grueso de los colombianos. Ya en mis primeros años como estudiante de Derecho, empecé a comprender la dimensión de la confrontación interna. Las guerrillas se desplazaban de las montañas hacia las zonas más ricas del país, y yo me resistía a

pensar cuál era el grado de apoyo popular de las guerrillas. No digo que no lo hubiera habido, solo manifiesto que en esa época yo no lo advertía.

Con el tiempo, el conflicto armado se agudizó y empezó a sentirse el peso de la confrontación armada, cuando esa confrontación empezó a tocar el aparato productivo del país. Eso duele hoy y dolió ayer. En Justicia y Paz, he dicho que posiblemente es más fácil olvidar la muerte de un hijo producto de la confrontación armada que haber dejado a un padre de familia en la ruina. Colombia no estaba preparada para la revolución que anunciaban las guerrillas en esa época, ni siquiera el gran grueso de la guerrilla estaba preparada para esa revolución que promulgaba. Tan es así, que el cuarenta y cinco por ciento o más de quienes estuvieron en las filas de las AUC eran exguerrilleros. Si se estaba en función de un discurso tan sólido y bajo una convicción ideológica tan fuerte, ¿cómo entender ese desplazamiento de miembros de la guerrilla hacía nuestras filas?

El discurso marxista-leninista de las guerrillas no lo entendía el país. Eso tarde o temprano iba a suscitar una reacción. Cuando el pueblo colombiano empezó a entender que la guerra era no solo contra el Estado, sino también contra los miembros de la sociedad, las cosas se complicaron. No podemos, entonces, pasar por alto el terrible impacto que causó el secuestro, una de las grandes equivocaciones de las guerrillas, independientemente de la importancia que esa actividad hubiera podido tener para sus finanzas. Hubo ganaderos, agricultores, esmeralderos y finqueros dispuestos a entregar la mitad de su patrimonio para financiar una organización que pudiera enfrentar la agresión que las guerrillas le planteaban al sector productivo del país. Esa fue mi visión en la universidad en los años ochenta, anexa, por supuesto, al tema del colapso del Estado.

Como mencionó Fredy, en regiones tan productivas como el Magdalena Medio, la sensación general era de una plena orfandad del Estado y de una necesidad imperiosa de reaccionar a un grupo armado insurgente, que basaba su lucha en la fuerza como un instrumento para transformar la sociedad. Los colombianos no estábamos preparados para eso. El único discurso que entendíamos era el que nos enseñaron en el colegio, el de la lucha por la libertad de Bolívar y Santander. A ellos los conocíamos, pero no conocíamos a Lenin ni a Marx. Fue una pequeña minoría ideologizada y culta la que empezó a dar curso a esa debacle que fue la guerra.

Recuerdo que en las aulas universitarias, cuando la universidad pública estaba infiltrada por las guerrillas, un grupo de estudiantes decidió conformar un movimiento de reacción. El fin era defender y salvar nuestros intereses académicos, en vista de que en esa época cualquier motivo era suficiente para convocar un paro. En 1982 y 1983, el Consejo Estudiantil de la universidad indagó la presencia de cuatro guerrilleros militantes que hacían trabajo político en la universidad.

En mi caso, yo no tuve una conexión en el Estado o en el Ejército que me financiara un grupo para hacerle frente a esa situación. Acá se habla de paramilitarismo y de alianzas entre Estado y grupos privados, pero nuestro involucramiento en la guerra fue la reacción de una sociedad desesperada y agredida por dos tipos de violencia: la de las insurgencias contra la sociedad en su confrontación directa con el Estado, y la violencia que desató el mismo Estado al identificarse con nuestra lucha, omitiendo su deber de proteger la vida y honra de los colombianos.

En consecuencia, muchos nos fuimos al Magdalena Medio con el interés de demostrarle al país que había una sociedad que no estaba de acuerdo con la lucha armada y que condenaba el secuestro y otras extralimitaciones en que incurrieron las guerrillas. Entonces, se hizo necesario un examen de dónde estaba la base social de la guerrilla y de cuánta base social habían conquistado en esa época. Si la base social guerrillera era tan sólida en zonas como el Magdalena Medio, ¿por qué esa base social no salió a respaldar al movimiento guerrillero cuando llegaron los primeros grupos de autodefensa a expulsarlos?

Nosotros, desde luego, acudimos a las Fuerzas Armadas y cometimos toda clase de exabruptos contra la población. Pero de eso tampoco se salva el adversario. Esta fue una guerra que terminó por degradarse a tal extremo que el objetivo fundamental fue amordazar finanzas al enemigo, apoderarse de territorios y olvidarse de los discursos de redención social que se habían anunciado. Muchos estuvimos en la guerra porque somos contrarrevolucionarios, entendiéndolo como la convicción de que uno no puede creer en la transformación social a través de la fuerza violenta de las armas.

Hace poco, leí un artículo que decía que esta no había sido una guerra de partidos sino una guerra entre ricos y pobres. Y resulta que la mayoría de los muertos los pusieron los pobres. ¿O dónde está Alejandro Santo Domingo? ¿Cuándo se golpeó duramente a la clase rica y poderosa de este país? Después de que las guerrillas y las autodefensas bañamos a Colombia

en sangre, quedan la misma pobreza y la misma marginalidad. Ojalá que estos ejercicios sirvan para que llamemos las cosas por su nombre, para que reconozcamos que nos equivocamos unos y otros y para que aceptemos que la violencia no era el camino, ni la guerrillera ni la de autodefensas o la paramilitar.

Hay que reconocer que poco les dejamos a las nuevas generaciones a parte del terrible recuerdo de esta guerra. Además, para decir la verdad es necesario despegarnos de la ideología y de los discursos demagógicos y justificativos de la guerra. Ya no podemos buscar justificaciones de lo que hicimos en el pasado. Debemos buscar, más bien, reflexiones sobre el pasado para que esos capítulos amargos no se vuelvan a dar.

Por último, el Estado es el máximo responsable de la guerra en este país. El primero que hay que sentar en el banquillo de los acusados es el Estado colombiano, por acción y por omisión. Nosotros incursionamos en todas partes e hicimos todo tipo de alianzas practicando modalidades de lucha, y por eso alcanzamos también a cooptar el poder del Estado. Se equivocó Mancuso al decir que el treinta y cinco por ciento del Congreso estaba cooptado por las AUC, cuando en realidad fue el cincuenta por ciento o más. Esa fue la batalla que libramos. Queríamos que el país supiera que nuestro objetivo era político y por tanto buscábamos el poder en lo local, lo regional y lo nacional. Nos movieron ideas contrarrevolucionarias, nacionalistas, de defensa de la propiedad privada y de la tradición y la familia, y eso es una posición política. Lo hicimos porque queríamos dejar en claro que nuestra posición era política. En ese sentido, hay que reconocer que las autodefensas fuimos una fuerza de reacción de una sociedad desesperada y abandonada por el Estado y agredida por una fuerza ajena al país desde el punto de vista ideológico y político.

José Eleazar Moreno, excombatiente de las AUC

En cuanto a la discusión entre paramilitarismo y autodefensa, ese es un tema que todavía no se ha discutido ni definido. Pero queremos solicitar en este espacio de respeto mutuo que nos llamen de acuerdo a como nos identificamos; entonces, no como paramilitares sino como autodefensas. Yo no soy paramilitar porque nunca participé en las Fuerzas Armadas o tuve un mando ahí. Mi comandante fue un civil en las autodefensas como yo. El lenguaje juega un papel importante en todo este proceso. En el mismo sentido, hago una crítica a mi propio grupo y una invitación a no usar palabras despectivas para quienes fueron

nuestros contradictores y enemigos. Lo que debemos rescatar es el diálogo respetuoso entre nosotros. Cada quien defiende su legitimidad y su derecho, en tanto muchos estamos aquí por convicciones. Queremos que el diálogo sea franco y respetuoso para que podamos admitir errores y desaciertos.

SEGUNDA PARTE: INTERVENCIONES EN PLENARIA

Foto general de la tercera sesión de la Mesa de Excombatientes.

Fernando Hernández, excombatiente de la CRS

Partiendo de la exposición del grupo tres, quiero dar unas respuestas y hacer algunas preguntas, principalmente a Iván Roberto Duque. Primero, las intervenciones de los grupos uno y dos reflejan, por su puesto, nuestro punto de vista como antiguas guerrillas en torno a cómo fue nuestra vinculación a la lucha armada. Es pertinente aclarar que antes de los nacimientos de las guerrillas en los años sesenta, e históricamente en Colombia, ha existido

un problema muy grande de inequidad y pobreza. Ese fue el origen de nuestro levantamiento. La guerrilla no generó los problemas; la guerrilla surgió por ellos. Recordemos todas las movilizaciones sociales de comienzos del siglo XX, alimentadas por protestas campesinas, obreras y estudiantiles.

Reconozco lo que plantea Iván frente al alcance que tuvo el enfrentamiento armado y cómo entre todos terminamos en una masacre. Se suma un elemento muy importante mencionado por Fredy: el narcotráfico. ¿Cómo impactaron las alianzas con el narcotráfico y los políticos locales en la violencia? Esos son elementos fundamentales para el análisis, pero eso tampoco se lo inventó la guerrilla. También cometimos el error, al igual que otros sectores, de vincularnos con ellos bajo diferentes modalidades. Esas relaciones llevaron a la intensificación del conflicto y contribuyeron a las guerrillas y a las autodefensas. En ese momento, todos perdimos el norte. Sin embargo, nosotros mantuvimos nuestro compromiso inicial con las transformaciones sociales y con la democracia. En el origen de nuestro levantamiento siempre estuvo presente una reivindicación social y política.

Cuando hablamos de la riqueza, y de que la guerrilla afectó la riqueza de la sociedad, estoy de acuerdo con que el secuestro y las extorsiones fueron un error gravísimo de las guerrillas, que afectó al campesinado pequeño, mediano y grande. Al final, ni las guerrillas ni las AUC terminamos representando a la gran población campesina.

Para finalizar, quiero resaltar un elemento que todos estamos reconociendo y está en el centro de las discusiones que estamos planteando, y es que acá el principal responsable de la violencia ha sido y sigue siendo el Estado. ¿Dónde está el Estado en todo lo que estamos hablando? Como decía Fredy, las AUC formaron Estado en los lugares que les arrebataron a las guerrillas, que eran lugares donde estas habían construido Estado porque no había. Acá estamos todos los que hicimos acuerdos de paz —faltarían las FARC— y la violencia sigue desbordada, la inequidad latente y el país sigue careciendo de Estado en muchos lugares de pobreza y vulnerabilidad. En esta discusión falta la participación de sectores del Ejército, para que nos muestren cuál fue, desde el Estado, su estrategia territorial, así como sus alianzas con distintos grupos y sectores en la lucha contrainsurgente.

Álvaro Jiménez, excombatiente del M-19

Acá no estamos construyendo La Verdad. La verdad es una suma de muchas visiones, versiones y tensiones. Así que no vale la pena que nos agitemos y nos presionemos tanto por ello, cuando hay tantas otras verdades sobre el conflicto y sobre el país que están por fuera de este salón.

Pasando por la carrera 11, a la altura de la 72 o 74, hay fotografías de integrantes de la Policía y el Ejército que murieron en medio del conflicto con un letrero que dice: "Se busca para contar la historia desde quienes dieron su vida para transformarla". Junto a las fotos hay también un número de teléfono. Al llamar, dicen: "Si usted conoció a esta persona, cuéntenos su historia para contar la historia verdadera, porque la historia que se está contando en este país es la historia desde los victimarios". Cuando le conté esto a Juan Carlos, le dije: "Surgió otra Comisión de la Verdad". Esto va a seguir sucediendo. Por ejemplo, hay una Comisión de la Verdad Pluriétnica en el Pacífico Colombiano. Es relevante tener siempre presente que de este grupo de trabajo no va a salir La Verdad verdadera, sino apenas unas visiones de lo que sucedió.

Quienes participamos en las organizaciones armadas que surgieron estamos aquí para hablar desde nuestras vivencias y reflexiones, no en representación de ninguna organización. Eso no hay que perderlo de vista. Por momentos, he sentido una tendencia a volvernos "el grupo" y eso no nos permite ver la visión de cada uno como personas en lo sucedido. Eso plantea una manera diferente de abordar el debate y de encontrar respuestas frente a lo colectivo.

Vera Grabe, excombatiente del M-19

El tema de La Verdad y de que nosotros vamos a encontrar La Verdad me asusta mucho. Cuando Iván Roberto intervino, lo que hizo fue explicar por qué surgen las autodefensas. No estaba atacando a la guerrilla, estaba mostrando cómo vieron y cómo leyeron lo que sucedía. Este es un ejercicio importante, pero más importante es no quedarnos con una lectura prejuiciosa. En este espacio, nos hemos movido entre prejuicios, empezando porque La Guerrilla no existe. Los grupos guerrilleros son diferentes; no podemos pretender que

todos los exguerrilleros saquemos una verdad. En mi caso, pertenecí a un grupo guerrillero que es diferente al EPL, al PRT, etcétera. Por esa razón estuve en el M-19, y no en ningún otro grupo. Así que, parte de este ejercicio es aprender a escucharnos en lo nuevo que tenemos que decir. Si seguimos leyéndonos con los prejuicios no vamos a llegar a nada.

Lo mínimo de este ejercicio, más que sacar La Gran Verdad para el país, es escucharnos de otra manera, escuchar las razones y bajarnos de nuestros prejuicios. Fredy dice que la guerrilla se metió a los territorios productivos para sacar plata. Le respondo que el M-19 estuvo en el Cauca. ¿Qué plata iba a sacar?

Valoro mucho lo que plantea José al afirmar que se reconoce como autodefensa y no como paramilitar. La invitación es a que hagamos que este sea un espacio en que no reproduzcamos los patrones a los que nos llevó la guerra y a que hagamos lecturas diferenciadas y aprendamos a leer al otro en vez de intentar meternos a todos en un mismo cajón.

En conclusión, estas son las lecturas diferenciadas que pueden contribuir a la verdad entre nosotros mismos. Que reconocer las lecturas del otro nos sirva como un ejercicio de verdad y permita salir de las dinámicas de la guerra. Esto no quiere decir que estemos de acuerdo. Se trata, simplemente, de abrirnos a un ejercicio de comprensión reales. Para eso, necesitamos bajarnos de nuestras propias legitimaciones.

Óscar Ospino, excombatiente de las AUC

En ciertas ocasiones, en cabeza de Salvatore Mancuso, unos grupos indígenas buscaron un acercamiento inicialmente en Córdoba. El segundo encuentro se realizó en el Magdalena y se llamó Acuerdo de Convivencia. Participaron arhuacos, koguis, wiwas, wayuus, yukpas, miembros del Quintín Lame y de la ONIC. Ese acuerdo consistía en buscar una forma de separar a esas comunidades indígenas de los grupos guerrilleros. En la zona de la Sierra Nevada de Santa Marta, estaban el Bloque Caribe de las FARC-EP y el ELN con tres frentes en el Caribe, que habían ingresado a varios territorios. Los indígenas querían que la guerrilla sacara a los pueblos indígenas de las dinámicas de la guerra y respetara sus territorios. Ese acuerdo se rompió en un operativo en el que se encontró material de las FARC en la zona. Específicamente, era algo de Julián Conrado, videos musicales. Eso desató una tragedia en el territorio. Todo esto se dio a raíz de la relación entre los movimientos guerrilleros y los

pueblos indígenas. Es decir, nuestras acciones militares se dieron en torno a esas relaciones, y no como un plan de exterminio de parte nuestra, como se ha afirmado.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

No sobra advertir que este es un escenario valioso y un experimento especial, encontrarnos quienes participamos en el contexto de la guerra como actores y hoy estamos desarrollando un ejercicio racional, comprensivo y respetuoso en búsqueda de respuestas y de escuchar al otro. En la riqueza y en la discusión es donde van a salir elementos valiosos para el país. Por lo mismo, no sería acertado no plantear las discusiones o hacerlo sin franqueza.

Sobre la intervención de Iván, Fredy y José, quiero desarrollar algunas reflexiones y reacciones. Frente al reconocimiento como autodefensas o paramilitares, ese no es un tema de respeto, es un asunto de identificación de fenómenos. En general, se habla de autodefensas cuando se ha dado una reacción defensiva y esta ha sido proporcional al ataque; es coetánea a las circunstancias de la agresión, se da con métodos legítimos y se entiende en contextos comunitarios o sociales. Las autodefensas como reacción a los contextos de violencia generalizada o de guerras se han dado desde los años cuarenta, cuando las autodefensas campesinas dieron origen a las FARC. En el caso del Quintín Lame, ellos siempre se reconocieron como autodefensas, aunque tuvieron momentos de alianza y de acciones similares a las guerrillas. Así mismo, el PRT fue una milicia, como lo explicaba Gabriel, autodefensiva. En ese sentido, las AUC en su origen tuvieron que ver con algunas autodefensas y algunas mutaron al paramilitarismo.

El fenómeno paramilitar va mucho más allá de la autodefensa. No se queda en esos parámetros de la autodefensa. Es un fenómeno expansivo, bélico y reacciona en ataque a sectores de la población. En las investigaciones sobre las estructuras paramilitares tanto gubernamentales como no gubernamentales hemos encontrado que la actuación de las estructuras de las AUC y, en general, de lo que se ha denominado paramilitarismo en un porcentaje altísimo ha sido contra estructuras de la población. En el caso del Catatumbo, el noventa y seis por ciento de las acciones de los bloques paramilitares en la zona fueron contra la población civil, como acciones de castigo a ciertos sectores. Solo el cuatro por ciento fueron acciones militares de guerra. A nivel internacional, se configuró el fenómeno paramilitar como un fenómeno

paraestatal. Los documentos internacionales de marco legal, que son la base de Justicia y Paz, hablan de los grupos paraestatales que pueden ser legales o ilegales.

En el caso de los excombatientes de las AUC, ustedes estuvieron incursos en las dinámicas de los grupos paraestatales. No estuvieron simplemente en reacciones defensivas, aunque fue una parte importante de su origen y se mantuvo en algunos contextos. Es una plena realidad que, sin ser la única causa, pero sí una importante, fue la reacción a desbordes y violaciones de la guerrilla —extorsiones, secuestros, ataques a propiedad privada, imposiciones a ciertos sectores—, pero es claro que las AUC y, en general, la mayoría de las estructuras corresponden a esa expresión paraestatal, es decir, corresponden al paramilitarismo como fenómeno. Existen algunas expresiones en el Cauca y Córdoba, como las de Ortega, que subsistieron como autodefensas. Pero generalizar que ustedes fueron y ante todo actuaron como autodefensas es un error, porque ustedes fueron una estructura paramilitar y paraestatal, que inclusive, por acción o por omisión en su estrategia, tácticas y posibilidades de incursión y control territorial, se dio con dinámicas de interacción y acuerdo con sectores del Estado y la fuerza pública, que son claramente demostrables a partir de elementos del derecho internacional de la realidad colombiana y del conflicto.

Partiendo de la reivindicación y el respeto que ustedes plantean, ustedes fueron un bastión de la contrainsurgencia, legalizada hasta 1989 con los distintos decretos y luego ilegalizada relativamente, porque siguieron existiendo dinámicas de la estrategia contrainsurgente de la fuerza pública. Este punto es fundamental para identificar el contexto y el lugar en términos de la interacción y del conflicto bélico.

Arlex Arango, excombatiente de las AUC

De toda esta discusión me queda claro que la lucha armada ha sido dinámica. Fue muy altruista y romántica en las décadas de 1960 y 1970, como lo manifiesta el señor Matías. En ese momento atrajo juventudes en masas en torno a temas estudiantiles, revolucionarios y guevaristas. Pero eso fue cambiando. La guerra es dinámica y uno se iba comportando de acuerdo a como la guerra iba cambiando. En mi caso, me correspondió la última época, unos veinticinco años, y directamente con las FARC. Me tocó una época de una guerrilla mucho más violenta y desorientada, con un afán expansionista que los llevó a absorber otras células

guerrilleras, y quienes no quisieron fueron asesinados. Por eso defiendo la tesis del señor Duque, ya que en los años ochenta la guerra de guerrillas cambió de contexto, pasó de un interés político a un interés económico.

Las autodefensas nacieron con esa simbología de autodefensa, pero en la presidencia de Andrés Pastrana las FARC crecieron tanto que las AUC dejamos de ser defensivas para ser agresivas en el combate. Empezamos a tener una estrategia de toma de los territorios en que las FARC tenían poder político y económico. La figura que explica el señor Villarraga forma parte de ese dinamismo de la guerra. A medida que la guerra va cambiando, hay cambios también en el terreno de la lucha. Sin embargo, la esencia nunca se perdió y la filosofía de los paramilitares en Colombia está demostrada. Ciertos gobiernos iniciaron el paramilitarismo, pero ese no es el que está aquí sentado.

Nodier Giraldo, excombatiente de las AUC

Me identifico con lo que dice la señora Vera porque creo que hay que individualizar los análisis. En ese caso, creo importante especificar que lo que dijo el señor Iván Roberto Duque estuvo dirigido más al grupo armado de las FARC, con el que más confrontaciones tuvimos y al que le quitamos varios territorios a partir de los años 90. Las intervenciones del movimiento guerrillero que se encuentra acá corresponden al periodo entre los sesenta y los noventa. Así que hay un vacío porque no está presente el ente armado contra el cual peleamos.

En mi caso, participé en un grupo de autodefensas campesinas que con los años, a medida que el conflicto aumentó, pasó a ser parte de un grupo más grande de manera forzada por las circunstancias de la guerra. Así que me identifico con lo manifestado por el señor Moreno, ya que también me considero autodefensa. Nací y crecí en una zona donde la guerrilla quiso imponer su ideología. Un grupo de campesinos nos armamos y resistimos a eso. El grupo de Hernán Giraldo no fue un grupo que llegó exportado a tomarse una zona. Fue uno que nació y actuó en ese punto de la geografía colombiana, un grupo independiente del Estado. Yo nunca recibí un sueldo del Estado. Por eso, siempre me sentí como autodefensa.

En las autodefensas pasó lo mismo que en los grupos de las guerrillas. Unos llegaron a unas zonas, otros nacieron en unas zonas, algunos con una ideología y con ganas de construir poder, otros con intereses económicos de hacer dinero por medio de economías ilegales. Al

igual que ustedes, no somos un grupo unificado y hay particularidades. Pero los que estamos aquí no hicimos parte de las autodefensas que establecieron acuerdos y contratos con el Estado y se tornaron en grupos paramilitares.

Fabio Mariño, excombatiente del M-19

En este grupo hay muchas identidades y muchas diferencias. Por ejemplo, el M-19 no puede meterse en el paquete de la izquierda armada ni de la derecha. Nosotros nacimos frente a una situación de muchos sectarismos. Por eso es difícil para nosotros aceptar esas generalidades tan apabullantes. A la vez, tampoco nos podemos plantear como una excepcionalidad. No fuimos una excepción, fuimos parte de un país.

Hay una coincidencia en este grupo y es que todos hemos identificado a un Estado en crisis, a un Estado fallido, del cual somos parte. Somos una sociedad a la que hace más de quinientos años le impusieron unos métodos y unas dinámicas culturales basadas en la guerra, la mentira, la violación de derechos. Ya en 1850 había movimientos guerrilleros nacidos del proceso de la independencia.

Todos los que estamos aquí fuimos hechos en el vaivén de la violencia de 1948, con todas sus bestialidades. Estamos ante un tiempo preciso para combatir esa generalidad y encontrar coincidencias en la diferencia. Un elemento que nos convoca en esta mesa es preguntarnos por cómo construimos un país menos vergonzante para nuestros hijos, desde lo que fuimos e hicimos.

Nosotros no sufrimos el problema de la deserción de combatientes que se fueron a otra forma de hacer la guerra. Esos extremos que vivimos en una época tenemos que aprenderlos a amasar y tejer para aportar algo a la Comisión de la Verdad y al país. Las nuevas generaciones están recibiendo un país tan destrozado y violento como el que nosotros recibimos y como el que recibieron nuestros padres y abuelos. Ese círculo vicioso del establecimiento es el caldo de cultivo para seguir imponiendo ideas desde el lenguaje de la violencia que nos impusieron hace quinientos años.

Ya reconocimos de dónde venimos y estamos reconociendo cómo lo hicimos, pero es necesario reconocer que los *millennials* no entienden el capitalismo que las AUC defendían,

ni el socialismo que nosotros defendíamos. El enemigo de ellos está difuso en una tarjeta de crédito llamada neoliberalismo. Pensemos en cómo hablarle a esa gallada que viene.

Gloria Quiceno, excombatiente del M-19

Quiero traer algunas reflexiones para volver a la pregunta por el papel de la ideología en los enfrentamientos que hemos vivido en el país. Acepto el reto de Iván Roberto, aunque creo que en su intervención no fue consecuente con ese reto de despegarnos de los discursos justificativos de la lucha armada durante más de sesenta años. Esa es para mí la conclusión más importante de esta mañana.

La verdad se construye en muchas partes, pero esta es la Comisión que va a construir una verdad que va a quedar como testimonio histórico de lo que nos pasó. En consecuencia, este ejercicio tiene que llevarnos a pensar en cómo reconciliarnos. Si seguimos justificando nuestras propias luchas desde las razones por las que otros nos llevaron a tomar las armas, seguimos reforzando ese círculo vicioso en el que llevamos siglos.

La lucha armada se justificó para abrir políticamente este país. Recuerdo un mensaje de Rosemberg Pabón en la embajada, cuando decía que este país no cabe solo entre liberales y conservadores. La generalidad para la historia puede no ser importante, pero para la verdad puede servir. Sería muy valioso para estas nuevas generaciones cambiar nuestro discurso de justificación e identificar en dónde nos equivocamos y en qué somos semejantes. En este contexto, creo que la población civil tiene que estar en el centro de esta discusión.

Medardo Correa, excombatiente del ELN

Todas las violencias se justifican. Siempre hay explicaciones. Podríamos durar un largo tiempo hablando sobre la violencia y cada uno siempre tendría sus razones para explicar por qué fue violento. La raíz de por qué nos quedamos debatiendo sobre la violencia y sobre un conflicto social tiene que ver con que la especie humana está viviendo un momento de degradación y descomposición. Así, todas las violencias y el conflicto que llevamos dentro salen a flote.

Entonces, lo que terminamos necesitando son pretextos y excusas de nuestra propia violencia. Por eso, Karl Marx tenía razón al decir que la violencia es la partera de la historia.

Si estamos en una situación de no ser capaces de entender y encontrar puntos y recetas que nos saquen del imperio de la violencia, es porque no hemos resuelto esa contradicción principal que tenemos con el medioambiente y la naturaleza.

Vera Grabe, excombatiente del M-19

No estoy de acuerdo con Medardo Correa. Si bien la violencia ha sido una partera de la historia, también lo han sido la paz y la no violencia. Hay procesos que han cambiado la historia, como los de Gandhi y Mandela, en los que la no violencia ha generado transformaciones. Muchos científicos han demostrado que los humanos somos educables, sujetos de cambio y de transformación, y seres capaces de convivir en conflicto. Parte de lo que tenemos que desmontar en este país es que somos violentos por naturaleza. Con eso, seguimos reforzando la cultura de la violencia.

Steven Pinker ha mostrado que a lo largo de la historia los seres humanos, de manera lenta, han logrado ser cada vez menos violentos. Mi trabajo doctoral lo dediqué a mostrar que la paz es también un motor de la historia. Nosotros mismos somos un ejemplo de ello, de la consciencia de que la guerra y la violencia no son una salida. Tenemos que ayudar a desmontar aquello que nos dice que somos seres biológicos propensos a la violencia. La violencia es algo cultural que se puede desmontar.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

El proceso de retorno a la vida civil y la colaboración con la paz de personas y dirigentes que pertenecieron a las AUC han sido aportes sustantivos. Por ejemplo, es visto con mucho entusiasmo un video de Iván Roberto en el que respalda el proceso de paz con las FARC. Así que, sin duda alguna, estamos encontrándonos en procesos comunes y discutiendo alrededor de los mismos elementos frente a la paz, y esos son ejercicios constructivos para nosotros y el país.

En la sana y justa discusión, quiero anotar otros elementos de la intervención en que Fredy dijo que el uso de la fuerza fue indispensable para irrumpir en una región. Considero que en esa frase y su explicación se encuentra una justificación de lo hecho en muchas regiones. En Urabá, Magdalena Medio, Catatumbo, Valle y Cauca, entre otras, la generalidad de las incursiones de las estructuras de las AUC tuvo como acción dominante de su *modus operandi* el ataque sistemático a sectores de la población civil sospechosos de coincidir con la guerrilla. Existen varias investigaciones e informes, que hacen evidentes esos ataques sistemáticos, principalmente en las masacres y los asesinatos selectivos.

En cuanto a lo anterior, concuerdo con Gloria Quiceno cuando manifiesta que no se puede justificar el tipo de violencia que se utilizó. Un elemento distinto son, a la luz del DIH, los hechos que tienen lugar en medio de la confrontación militar. Frente a ello, los registros de la actuación de las AUC en las confrontaciones militares directas fueron menores en relación con los ataques a sectores de la población civil. Solo en la región de Montes de María, se registraron sesenta y nueve masacres realizadas por las AUC en contra de la población civil en la fase de incursión. Con esta exposición, invito a que no haya un discurso justificador de lo que no debió pasar. En el mismo sentido, no se puede justificar la actuación de las propias guerrillas, ya que tienen toda la razón Fredy e Iván Roberto cuando señalan que las acciones de secuestro y homicidio a la población influyeron mucho en una reacción negativa.

Hago una aclaración más sobre los porcentajes de exguerrilleros que ingresaron a las filas de las AUC. No fue el cuarenta y cinco por ciento. De acuerdo con el CNMH y con una muestra de dieciocho mil exparamilitares provenientes de distintas estructuras, establecimos los porcentajes de procedencias. Muchos prestaron servicio militar, otros son familiares de militares, y algunos provienen de las guerrillas, pero en porcentajes mínimos; incluso, en circunstancias complicadas en que la migración hacia las otras filas se hizo de manera forzada. Los exguerrilleros en las filas paramilitares jugaron un papel de altísima violencia como una forma demostrativa, lo cual se repitió en prácticamente todas las regiones.

Por otro lado, no fue la ausencia de Estado. Había Ejército, había Policía, había alcaldes e instituciones, había reclamos reivindicativos del sector agrícola en general. No es cierta la orfandad del Estado. Se trató de arreglos y dinámicas que se hicieron de formas distintas con la guerrilla. En el caso del Magdalena Medio, hubo una especie de primavera de las FARC, del PCC y la UNO en los setenta, y después hubo unos cambios en las FARC en una fase de

expansión, en la que se llevaron a cabo acciones arbitrarias. Hubo hacendados que habían sido colaboradores de las FARC y terminaron secuestrados y presionados. Ahí se configuró un fenómeno paramilitar. Ustedes tienen razón, y muchas investigaciones coinciden con ello. Sin embargo, no se trata de la ausencia de un Estado, sino de arreglos de poder con el Estado mismo, que se ejemplifican en un triángulo que hubo entre las Fuerzas Militares, las fuerzas paraestatales y algunos círculos del narcotráfico de Pablo Escobar. No desconozco que el Estado haya jugado su papel de regulador del orden público, pero no puede ser un cliché para justificar una incursión de ese tipo.

Por último, cuando Iván Roberto plantea la pregunta sobre cuánta base social construyó la guerrilla y por qué fue fácil que saliera la base social de la guerrilla, la respuesta es que esas dinámicas se dieron porque se implementó el terror y una violencia sistemática. Las masacres demostrativas, el desplazamiento forzado y demás hechos, que no estaban dentro de las hostilidades militares propiamente ni eran dignas al régimen del DIH, fueron actos demostrativos para sembrar terror y buscar así una adhesión en medio de mucha población que salió desplazada. Así que invitaría y haría un llamado de manera respetuosa a entender esas dinámicas de terror demostrativo y de altos niveles de violencia que ustedes ejercieron en poco tiempo contra unas poblaciones específicas. No fue una disputa de legitimidades ni una disputa política con garantías, sino que fueron lógicas implementadas en la guerra donde se recurrió en un gran nivel a la utilización del terror.

Álvaro Jiménez, excombatiente del M-19

El tema de paramilitarismo o autodefensa lo conocí en 1988 de manera directa en el Magdalena Medio, específicamente en Puerto Boyacá. Cuando llegué a esa zona, encontré que había un Estado que controlaba todas las actividades sociales, políticas y económicas en una región muy basta. Para ese momento el nombre de las AUC era realmente el poder total. Recuerdo una reunión de Henry Pérez con el general Gutiérrez, comandante de la Brigada XIV, con sede en Puerto Berrío. En la reunión, en mi presencia, Henry Pérez le dijo: "¿Por qué no tiene los salvoconductos listos que le mandé a pedir? ¿Y no tiene las pistolas? Desde hace rato vengo pidiendo esa vaina y nada que me las entrega". Que si paramilitares o autodefensas, para mí se resolvió en una cosa: era el poder.

Además, y esto lo conoce bien Iván Roberto, era un poder con que controlaban todas las actividades, absolutamente todas, la Policía, el DAS, la Diócesis de Guaduas, hasta los peajes, incluido el que venía de Cocorná a Honda. Eso es poder, sumado al nivel de coerción sobre la comunidad. Ya no había liderazgos de oposición, porque todos habían muerto o, mejor, habían desaparecido. Creo que hay muchas categorizaciones pendientes en la historia del país y en la historia de nuestras violencias.

El fenómeno del paramilitarismo es muy distinto en cada región, como lo es la guerrilla en cada región, e incluso cada guerrilla en su historia y su actuar. Así como cuando se habla de La Guerrilla todos quedamos en el mismo costal, también es cierto que las AUC no fueron todas iguales; había contradicciones profundas y diferencias como las que tenía el movimiento guerrillero. Es importante que en esa diferenciación podamos ir encontrando elementos que den identidad a las distintas situaciones regionales que se desarrollaron en procesos de guerra, así como en procesos de reconciliación.

Por otro lado, desde la primera sesión de estas conversaciones pregunté por la participación del Ejército. Creo que es importante que este actor también esté. No porque haya que pegarle a nadie en el Ejército, sino porque hoy mismo, en esa institución, se están dando unas discusiones profundas sobre sus comportamientos, sus manuales y su doctrina. En buena medida, esa discusión está asociada a la manera como se desarrollaron la guerra y las violencias en Colombia.

Sé que de aquí no va a salir La Verdad, pero, si sale un reconocimiento de la necesidad de diversificar cada región y tiempo, nos podemos acercar mucho a la construcción de un relato que nos pueda dar elementos de unidad. Incluso al escuchar la explicación de Álvaro sobre las sesenta y nueve masacres en los Montes de María, pensé que hay que reconocer que todas esas expresiones violentas y destructivas de nuestro propio tejido social necesitan una observación refinada, pues no todas fueron lo que parecen ser.

En Villatina mataron a un muchacho, porque un sector de la comunidad lo acusó de haber hecho una violación en una zona donde el M-19 tenía incidencia. Ese proceso de violencia no tuvo que ver con ninguna decisión ni estructura ni reglamento que hubiera establecido que había que matar a quien violara. Para la mamá del muchacho, el asesino fue el M-19. Pero ese grupo, al igual que los demás, es mucho más que la construcción de esos episodios violentos en que pudieron verse involucrados sus hombres. Lo digo porque también es importante

diferenciar y valorar individualmente las responsabilidades que cada quien tuvo en su proceso. Satanizar los grupos nos va a impedir medir el peso específico que en cada acción tuvieron los grupos humanos que se juntaron para desarrollar sus procesos colectivamente, bien a través de las armas, de la política o de la economía.

Juan Carlos Villamizar, ICTJ

Hay una tendencia a ser pulcros a la hora de hablar para evitar justificar una posición y hacer una apología a la guerra o a la violencia. El hecho de que todos estén sentados acá implica y significa que no hay tal justificación para la violencia. Quienes aceptaron la invitación a hacer un ejercicio tan complejo como este lo hicieron sabiendo que es un buen momento para pasar la página. Eso implica entender que la vía no era la guerra, sino que hay otra que es la que estamos transitando.

De espaldas, Francisco Caraballo. Además, Nodier Giraldo, Manuel Pirabán, Árlex Arango, Iván Roberto Duque, Fredy Rendón, Óscar Montealegre y Gloria Quiceno.

En la medida en que el ejercicio propone develar causas y razones, se tiene que hablar de lo que se hizo. En ese marco, la línea que divide la justificación no es demasiado subjetiva. Se trata no de que todos se arrepientan de su pasado, sino de poner el retrovisor en la perspectiva de que eso no se repita.

Por último, quiero hacerles una pregunta: ¿cuál fue el papel de la sociedad, de las comunidades, de las organizaciones en esas dinámicas de la guerra? No todo fue a la fuerza y con las armas. Al fin y al cabo, para que se desarrollara una organización armada en un lugar debió haber un apoyo. Es cierto que en muchos casos fue a la fuerza, pero no es físicamente posible que una organización armada se pueda desarrollar en un territorio solo con violencia y coerción.

En los relatos que hemos escuchado de ustedes, aparecen como mínimo dos fórmulas: la organización política y la organización social. En el Magdalena Medio, por ejemplo, los grupos que llegaron después de las FARC-EP utilizaron las mismas estrategias que ese grupo desarrolló para estar en el territorio: crear organización, crear cooperativas y tener una aspiración de cooptar poder político local. Entonces pregunto, ¿qué organización armada utilizó estrategias distintas a esas? Es necesario ubicar en un lugar a estos actores que también jugaron un papel en el conflicto armado.

Francisco Caraballo, excombatiente del EPL

Tengo diferencias con lo planteado por la compañera Vera, ya que mi concepción del problema de la guerra y la paz es distinta. Como saben, yo no me acogí a los procesos de desarme y reinserción, porque creo que el problema de la violencia tiene una razón de ser en tanto corresponde a la lucha de clases. Creo que existen clases y la lucha de clases y que cuando estas se calientan se presenta la violencia. En Cauca, cuando los indígenas, que no son guerreristas, retienen y desarman a grupos armados en respuesta a una agresión contra ellos, la conclusión a la que llego es que individualmente las personas no escogemos la violencia. Tampoco comparto la idea de que el pueblo colombiano es violento por naturaleza o porque existe una cultura de la violencia. La violencia tiene su explicación, y si algunos quieren, una justificación.

En la historia de Colombia, si se miran las estructuras de poder, tal vez desde la Revolución de los Comuneros, que fue una de las primeras traiciones del Estado a la movilización y

organización social, se puede decir que la violencia se ha producido a partir del engaño a los sectores sociales en relación con la solución a los problemas del país. Si hacia el futuro queremos consolidar un proceso real de paz, debemos construir esa paz entre todos los colombianos.

En los años cincuenta, la guerrilla más desarrollada, que fue la de los Llanos al organizar prácticamente un gobierno, vio cómo asesinaban a sus dirigentes mientras se dialogaba con el gobierno. Posteriormente, en 1959 o 1960, Marulanda firmó un acuerdo con el gobierno de Alberto Lleras Restrepo, que fue muy poco conocido y siguió la misma fórmula: se firmaron acuerdos que consistían en la desmovilización, la entrega de armas y la reinserción, y menos de un año después de la firma mataron al segundo al mando. A eso siguió toda la problemática que todavía estamos sufriendo.

Cuando apenas se comenzaba a hacer el trabajo político en el área del Alto Sinú y el Alto San Jorge, un informante dio a conocer esos procesos, que se desarrollaban sin armas, y el gobierno envió a la senadora María Elena de Crovo como delegada para dialogar con la dirigencia campesina. Fui uno de los que participó en ese diálogo hecho a raíz de la preocupación del Estado de que se armara una guerrilla. Al final, sí se armó porque la verdadera intención de esa comisión fue recolectar información en ese territorio y montar un plan militar para acabarlo. Años después, estuve cuando el gobierno de Alfonso López Michelsen intervino para que los comandantes de la fuerza pública detuvieran las acciones en Anorí contra el ELN. Incluso buscó contactar esta guerrilla. Esto no aparece en la historia, ni siquiera en la historia de ellos.

Lo anterior para mostrarles que no soy un guerrerista. Por el contrario, he participado en todos los intentos de diálogo y acercamientos en pro de la paz, pero con justicia social. Acá hablamos mucho de la paz, pero poco de las transformaciones necesarias para crear una paz sólida. En algún momento, deberíamos volver sobre este aspecto.

Sobre la relación entre las AUC y el Estado, si bien algunos dicen que no estuvieron al servicio de los gobiernos, los elementos del poder, que están incluso por encima del Estado, utilizaron a las autodefensas para fortalecer su poder económico y político. Cuando el Estado logró su objetivo, terminó extraditando a sus dirigentes. Por lo anterior, creo que el Estado colombiano es un Estado paramilitarizado.

Fabio Mariño, excombatiente del M-19

Nosotros aprendimos de los errores de las guerrillas de las que venía una buena cantidad de los integrantes del M-19, y justamente eso fue lo que nos hizo ser distintos. Por lo mismo, Vera mencionó a nuestros enemigos, que no era únicamente el Ejército, pues precisamente la esencia de esa ruptura llevó a unas contradicciones propias de la época de acusarnos de pertenecer a la CIA. A partir de eso, nos dimos cuenta de que para ser consecuentes con la búsqueda de una propuesta nacional distinta a los sectarismos tocaba tratar de ser, actuar y hablar desde la comprensión de lo que era el país. Eran más conocidos el Sagrado Corazón y Simón Bolívar que Carlos Marx, y eso lo aprendimos y lo incluimos en nuestro quehacer sin equivocaciones. Hubo un trato a esas comunidades desde el amor y el respeto. Cuando el gobierno y el M-19 decidieron sentarse a dialogar para construir un acuerdo en 1988 y 1989, inmediatamente hicimos reuniones con siete cabildos en el Cauca para pedir permiso y autorización para usar su territorio como mesa de diálogo. Ese respeto es la esencia de la pregunta de Juan Carlos.

El M-19 venía de la ANAPO, que era una junta entre liberales y conservadores. Ese era un contexto que nos exigía un comportamiento cariñoso. No exagero al decirlo así, porque al respetar a la gente la gente entendía. Cuando, como M-19, pasábamos por la casa de la gente, cambiamos las lógicas de obligarlos a mentir. Entonces, si el Ejército llegaba a preguntarles, ellos podían decir la verdad sobre nuestro paso por la zona. Ese trato se convirtió en respeto y participación. Muestra de ello fueron las milicias bolivarianas que se crearon después de los diálogos del 84, donde la gente participaba de forma autónoma, desde sus capacidades y sus formas de ser, para construir con nosotros la propuesta insurgente que planteaba el M-19.

No fue una tarea específica del M-19 organizar movimientos estudiantiles o sindicales. La gente era la que estaba por ahí. Esa amplitud que no tenía discusión ideológica fue la que permitió cierto reconocimiento y cierto cariño. En 1983, en una encuesta realizada por Margarita Vidal para conocer la opinión de la gente sobre la guerrilla, nosotros tuvimos el setenta y seis por ciento de favorabilidad, aun estando en guerra. Sin embargo, la gente no se fue a la guerrilla con nosotros. Las milicias manifestaron eso, una aceptación, un cariño y una participación sin límites ideológicos. Ese proceso abrió el camino para que en 1989 lográramos

recoger en las trece mesas de concertación los lineamientos que alimentaron un acuerdo que casi fue posible con el gobierno.

Medardo Correa, excombatiente del ELN

Estamos en esta mesa discutiendo sobre la paz y las negociaciones, como guerrilleros que fuimos y como revolucionarios que continuamos siendo, como personas que asumimos las armas para tomar el poder. Pero pasó el tiempo y no lo logramos. Yo me siento derrotado, porque me fui al monte y empuñé las armas para tomarnos el poder, no para negociar con el Estado. Pero pasó el tiempo, y el poder se alejaba más y más. Luego se dio la derrota de Anorí, que fue un golpe al corazón del ELN y se sumó a las consideraciones sobre la pertinencia de la lucha armada, que dieron nacimiento a la corriente de Replanteamiento en el ELN.

Solo los golpes contundentes nos enseñaron a repensar y replantearnos lo que estábamos haciendo. En ese sentido, si hoy en el país hay un proceso de paz en marcha que estamos peleando por mantener, es porque por las armas no pudimos tomarnos el poder. Eso no quiere decir que hayan muerto los principios revolucionarios que nos llevaron a empuñar las armas. Por el contrario, el proceso de cambio sigue vigente. En entredicho está la vía de las armas como método expedito. Por ejemplo, en el caso del M-19 parecería que no recibieron golpes militares contundentes que los llevaran a tomar la decisión de negociar. Por el contrario, se podría decir que fue más bien una decisión política. En el caso del ELN, con o sin Anorí, para mí ya estaba perdiendo vigencia la lucha armada. En ese sentido, hay que tener en cuenta que las decisiones de los diálogos están mediadas por un análisis profundo que lleva a la conclusión de que las transformaciones sociales no se van a lograr con la idea de tomarse el poder con las armas, sino por medio de una democracia. El Estado, en todos estos años, no perdió el poder. Por el contrario, se reforzó.

Fredy Rendón, excombatiente de las AUC

Frente a la inquietud de Juan Carlos, quisiera plantear que en el caso concreto del norte de Antioquia, en los márgenes del río Mulatos, en Necoclí, cuando las AUC llegaron ya se

había dado un proceso de negociación del EPL con el Estado. Como parte del proceso de reinserción, el Estado les entregó tierras entre El Tres y San Pedro de Urabá. Pero quedaban unas disidencias del EPL y las FARC-EP sobre la Serranía de Abibe y la entrada de Córdoba. ¿Cómo iban a poder sobrevivir ahí esos desmovilizados, cuando tenían como enemigos a las disidencias, a las FARC, al Estado y a los grupos de autodefensa liderados por los Castaño? De alguna forma, tuvieron que terminar formando parte de algunos de los grupos que los presionaban. Se fueron más hacia las autodefensas, porque tanto las FARC como la disidencia del EPL los consideraban traidores.

Entonces, ¿la comunidad a quién va a querer? Pues al grupo que tenga la hegemonía. Llegaron las autodefensas y empezamos a proponer dinámicas de convivencia y trabajos comunitarios. En una jornada de arreglo de carretera en la vereda Santa Rosa de Palmares, un señor me dijo: "Usted está haciendo lo que nunca el Estado ha hecho aquí. A lo largo de nuestra historia, aquí se le ha hecho caso al que tenga el fierro y la plata. Ustedes hoy tienen el fierro y nosotros estamos contentos de que nos están ayudando con la carreterita". Cuando estaba el EPL, era lo mismo, con el adicional de que los muchachos del EPL eran de esa misma zona. De ahí la razón de por qué la gente nos empezó a apoyar, a trabajar con nosotros y a ponernos hombres para hacer parte de nuestros grupos.

Hoy las FARC están viviendo lo que nosotros vivimos y seguimos viviendo cuando se afirma que las autodefensas teníamos una política de violación, lo cual es mentira. Cuando las comunidades pobres de una región conocen al Estado a través de la presencia de la fuerza pública con sus botas, bombardeos y armas, y los jóvenes ven que pueden ser parte de algo, de un uniforme y un arma que les da poder y respeto, se generan dinámicas que no son fáciles de controlar. Muchas veces, algunos muchachos iban a los pueblos y cometían violaciones. Nosotros, en el proceso de justicia transicional, hemos afirmado que esas acciones fueron casos aislados y no eran política de la organización. Si no lo aceptamos por la línea de mando, terminamos en un proceso de justicia ordinario. Así que terminamos aceptando esos hechos como parte de nuestras políticas, cuando no lo fueron.

Lo mismo les está pasando a las FARC, cuando les dicen que todas las señoritas que reclutaban eran menores de edad y que las reclutaban para que fueran sus parejas. Eso no siempre es verdad. No hemos negado las violaciones, pero en la organización hubo individuos que fueron en contra de los lineamientos. A mí no me pueden decir que soy un violador por

las acciones que cometieron unos muchachos en la organización. No lo hicieron por orden mía.

Carlos Velandia Jagua, excombatiente del ELN

Guerrilla territorio y economía:

Se ha dicho, de manera equivocada, que las guerrillas se establecieron en los territorios de acuerdo a la importancia económica de los mismos y a la pretensión de contar con fuentes de subsistencia fuertes y corrientes para financiar sus estructuras y las actividades que desarrollaba. La realidad fue diferente. Los factores que determinaron la implantación de estructuras guerrilleras fueron históricamente más de naturaleza social y política que de naturaleza económica, a pesar de que este factor hubiera sido importante.

La presencia del ELN en territorios petroleros como Arauca, Magdalena Medio, Catatumbo, Huila y Putumayo ha obedecido a variables de carácter estratégico y político, y por la necesidad de contar con comunidades potencialmente dispuestas a luchar por transformaciones profundas y por la revolución. Una constatación de esta afirmación está en el hecho de que el ELN ha permanecido en territorios cocaleros desde hace muchos años, sin haberse servido de esa circunstancia para fortalecerse económicamente. Ha sido más recientemente que el ELN ha empezado a vincularse con esa actividad, a través del cobro del gramaje y de otros eslabones de la cadena del narcotráfico. Un caso significativo es el de Arauca, donde las guerrillas del Frente de Guerra Oriental se han enfrentado a las mafias del narcotráfico, han prohibido y reprimido la siembra de coca, e incluso enfrentaron militarmente a los Frente 28, 10 y 45 de las FARC entre los años 1990 y 2010.

Guerrilla territorio y libertades políticas y religiosas:

Las guerrillas del ELN históricamente han tenido una concepción de lucha contraestatal y se han opuesto al ejercicio del poder burgués representado en la institucionalidad. En los primeros comienzos, el ELN tuvo un comportamiento antielectoral y boicoteó los comicios. Posteriormente, luego de que se estableciera la Elección Popular de Alcaldes, dejó a los electores en libertad para que acudieran a las urnas. Pero esa libertad de elegir estuvo intervenida por el bloqueo que ejercía la guerrilla a algunos partidos, en favor de otros a los que consideraba más afines en tiempos de campaña electoral. Fue una manera de constreñir la libertad al

derecho de elegir y ser elegido. En algunos territorios, el ELN impedía el ingreso de líderes políticos, al tiempo que permitía que otros hicieran sus campañas sin ningún obstáculo.

Por otro lado, el ELN permitía o impedía el ingreso y la labor de los pastores de iglesias evangélicas, según fueran consideradas amigas o enemigas de la revolución. Llegaron a asesinar pastores señalados enemigos del pueblo o, incluso, agentes de la CIA parapetados en el trabajo pastoral "para hacer inteligencia".

Guerrilla territorio y gestión pública:

La presencia continuada y sostenida del ELN en los territorios le ha permitido desarrollar una presión sobre las administraciones públicas. Primero, como veedores de la gestión pública; luego, como interventores en los planes de gobierno que los alcaldes habían prometido en sus campañas; posteriormente, como gestores de desarrollo municipal, para luego participar a través de contratos implementados por "amigos" y personas cercanas al movimiento insurgente. En un buen número de casos, los contratistas tenían parentesco con guerrilleros.

Esas dinámicas de acceso a la administración pública llegaron a ser, por demás, una fuente importante de ingresos para el fortalecimiento de las finanzas guerrilleras. De las estructuras guerrilleras del ELN, aquellas del Frente de Guerra Oriental, conocidas genéricamente como el Frente Domingo Laín, han sido las que más se han servido del erario público en forma de contratos, principalmente de obras públicas y de prestación de servicios.

En los territorios del ELN, es común que los alcaldes sean llamados a rendición de cuentas, en presencia de comunidades o personas de la sociedad civil. Ese llamado a cuentas sustituye a los mecanismos que tienen la institucionalidad misma y la sociedad civil, con lo cual el poder de las guerrillas se hace más ostensible, por su efectividad y prontitud. Por lo general, esos mecanismos de control van acompañados de la imposición de correctivos y la tirada de línea de la guerrilla sobre los administradores públicos. En no pocos casos, las reuniones de control terminaban en verdaderas encerronas o juicios, que podían concluir con la orden de renunciar a los cargos públicos, so pena del destierro o incluso de la imposición de "devolución de dineros", la confiscación de bienes o la pérdida de la vida.

Guerrilla, territorio y recursos naturales:

Desde sus orígenes, el ELN se ha opuesto *per se* a la explotación de recursos naturales, principalmente los hidrocarburos. Así ha impedido o interferido en el desarrollo de la industria desde su fase de exploración, explotación y comercialización. Los argumentos van desde la

defensa de la soberanía hasta la preservación de los ecosistemas, pasando por el derecho que tiene la nación, es decir todos los colombianos, de usufructuar los recursos para el bien común.

En esta labor, el ELN ha terminado por manejar un doble discurso: permitir la explotación a quien le paga tributos y prohibir a quien no lo hace y se ampara exclusivamente en la permisividad que el Estado le concede. Así, por ejemplo, en Arauca el ELN impedía con violencia la labor de exploración de empresas multinacionales, al tiempo que permitía la exploración de la empresa italiana Techint. Luego se enfrentó a la Occidental, pero estableció acuerdos y negocios con la Mannesmann para la construcción del oleoducto Caño Limón-Coveñas. Ese comportamiento dual ha demostrado que el asunto de los recursos naturales no es un problema de principios. Sin embargo, en sus tesis el ELN ha insistido en una política pública de explotación del petróleo con soberanía y sostenibilidad.

En las zonas auríferas del sur de Bolívar, el Nordeste antioqueño y el Bajo Cauca, el ELN confronta la explotación de oro de las empresas multinacionales, hasta que estas deciden pagar impuestos revolucionarios. Lo mismo termina ocurriendo con el mediano y pequeño minero. Además, también participa de manera directa en el negocio, a través de créditos a pequeños mineros o como inversionista de medianas empresas. Hay que reconocer que la existencia de las guerrillas en Colombia y su presencia en los territorios donde se hallan recursos naturales mineros y energéticos ha actuado como cordón sanitario o como una barrera real, que ha evitado el saqueo y el expolio descontrolado, como el que se registra en países donde las guerrillas son inexistentes o han sido derrotadas, como el caso de Perú.

Guerrilla, territorio y poder político:

Las guerrillas del ELN han logrado acumular un poder político ostensible en territorios como Arauca, el Catatumbo, sur de Bolívar, Chocó y norte del Cauca. Se trata de los mismos territorios donde tienen cerca o más de cuarenta años de presencia física y ejercicio de poder a través de la acción política y militar que como fuerza en armas. La coerción y la capacidad de intimidación que dan las armas ha derivado en poder político y social. Así, las estructuras de esos territorios se han convertido en factores de poder real, que inciden en la vida de las personas, al punto que se han acostumbrado a coexistir bajo ese poder dual y alterno al del Estado. Hoy, los viejos habitantes de esos territorios no imaginan cómo sería vivir sin

la presencia de la guerrilla y prefieren estar de su lado que bajo el poder del Estado, que ha brillado por su ausencia, su inacción y el abandono.

La táctica del Poder Popular desarrollada por el ELN es una utopía que las comunidades creen que pueden alcanzar en el corto plazo. Muchos líderes y lideresas sociales territoriales estiman que es una alternativa que pueden sentir más cercana a sus deseos y posibilidades, aunque los desarrollos de los poderes populares sean pequeños y efímeros: "Es mejor esta propuesta que esperar a la liberación total, que traería la toma del poder y la instauración del socialismo, y mucho mejor que cualquier fórmula de participación propuesta por el Estado burgués y las élites del poder". Las guerrillas del ELN cuentan con una gran experiencia en el control al ejercicio del poder institucional; ya poco lo confrontan y menos cuando pueden llegar a pactar con él. Se podría decir que en los territorios el ELN no tiene el poder total, pero tampoco lo tiene la institucionalidad. Es un poder en disputa, en el que se establece un marco de acuerdos que se parecen a un modelo de poder compartido.

Guerrilla, territorio y operaciones de limpieza:

En la dinámica de consolidar los territorios, las guerrillas del ELN han ejercido un férreo control a la movilidad y presencia de civiles no residentes, con el propósito de mantener la seguridad de las zonas de asentamiento guerrillero y como una acción preventiva frente a potenciales operaciones de infiltración enemiga.

Así, la guerrilla impone a los pobladores la observancia de medidas tales como la de reportar a personas desconocidas y asumir la responsabilidad por la llegada de familiares o amigos no residentes permanentes. La presencia de comerciantes ambulantes, más conocidos como cacharreros, siempre ha sido vista con sospecha, al punto que quienes no logran dar una explicación satisfactoria son ejecutados bajo el argumento de ser agentes de inteligencia del enemigo.

Es normal que las comisiones guerrilleras decidan cómo proceder en esos casos, sin consultar con organismos superiores. Por lo general, tras la detención de un conocido, se da una indagación sobre quién lo conoce y a quiénes conoce, así como quién podría recomendarlo. En caso de no contar con información satisfactoria, las comisiones en la mayoría de los casos deciden o forzar su salida o ejecutarlo. Pero por las dudas casi siempre se deciden por la ejecución, con la consecuente desaparición del cuerpo para no atraer la atención de las autoridades.

Un episodio dramático en el control de territorios ocurrió con el asesinato de numerosos funcionarios del Servicio de Erradicación de la Malaria, un programa del Ministerio de Salud y de las Secretarías de Salud departamentales, que consistía en la fumigación de viviendas con dicloro difenil tricloroetano para exterminar focos de cría del mosquito *anopheles* y *aedes aegipty*, transmisores del *plasmodium*, causantes de las llamadas fiebres palúdicas y maláricas. Esos funcionarios, bachilleres preparados como brigadistas, comúnmente llamados matagatos, penetraban en todas las zonas rurales con mapas detallados de caminos y viviendas, que debían ser actualizados por los brigadistas. Las guerrillas sabían que los organismos de inteligencia del Estado tenían acceso a esa información y que era usada en las operaciones militares contra las guerrillas. Por eso, estas optaron por impedir el ingreso de los matagatos. Cuando ingresaban, eran cazados, capturados, interrogados y ejecutados.

Ese fue un patrón de conducta de todas las guerrillas, que intercambiaban información e informaban sobre la presencia de los brigadistas. La consigna era: "Si los matagatos entran, no salen". Así, las guerrillas de FARC, ELN y EPL ejecutaron un número indeterminado de brigadistas en Arauca, Catatumbo, sur de Bolívar, Magdalena Medio, Bajo Cauca, Nordeste antioqueño y Chocó, regiones reconocidas como zonas palúdicas. Ese programa fue desmontado, luego de que Colombia adoptara la prohibición mundial del uso del DDT por su poder contaminante y sus efectos residuales perjudiciales para la salud de personas y animales.

El uso indebido de los organismos de inteligencia de este servicio social y la actitud prevenida y despreciativa de la vida de las guerrillas llevaron al sacrificio de numerosos inocentes. Eso constituye un crimen que debe ser desvelado. Así mismo, el asesinato de las mujeres jóvenes que fraternizaban o tenían relaciones afectivas con soldados y agentes de policía es un crimen que también debe ser desvelado, habida cuenta de que fue una práctica reiterada del ELN en Arauca y de otras guerrillas en otros territorios. Bajo esa modalidad de limpieza de territorios, fue asesinado un número indeterminado de mujeres, en su mayoría de origen campesino con asiento en los territorios.

Las razias de limpieza social en los territorios guerrilleros se extendieron a personas con opciones sexuales diferentes, homosexuales y travestis, aquellas consideradas aberradas, degeneradas y portadoras de costumbres perniciosas, además de enfermedades contagiosas. Así fueron eliminados consumidores de marihuana y bazuco, considerados "desechos" de la sociedad y, por ende, peligrosos para el proyecto revolucionario.

Guerrilla, territorio y reparto entre organizaciones:

Las guerrillas en Colombia llegaron a tener presencia en más de setecientos municipios. En muchos de los casos, la presencia era compartida, la mayoría de las veces dada por la presencia *de facto*, mediada por la coexistencia y la cooperación. En otros territorios, la presencia de dos o más guerrillas estaba precedida de acuerdos y pactos de convivencia, en los que había un reparto de jurisdicciones, establecidas por accidentes geográficos u obras civiles como carreteras o vías férreas.

El reparto se establecía a partir del reconocimiento entre partes con igual derecho, pero también se reconocía la tradición o la llegada del primero, que otorgaba un derecho mayor. En muy pocas ocasiones, se contaba con la voluntad de las comunidades. El reparto se definía además por la importancia del territorio por su ubicación estratégica y por el potencial como aportante de recursos económicos. No siempre fue posible llegar a acuerdos de entendimiento y reparto de territorios. Así ocurrió en Arauca, donde las guerrillas del ELN y las FARC libraron una guerra de más de diez años, que dejó un balance de crímenes de entre quinientas y tres mil personas, en su mayoría civiles que formaban parte de la base social de esos movimientos. Esa página oscura fue superada, pero no esclarecida. En esta confrontación, se dieron alianzas consideradas imposibles, como la de unos mandos del ELN que terminaron haciendo acuerdos con oficiales militares para atacar a las FARC. Así, los militares lograron dar de baja a combatientes y mandos de las FARC.

Guerrilla, territorio y acuerdos de convivencia (*modus vivendi*):

La historia de las guerrillas está llena de este tipo de acuerdos. Sin aparentemente comprometer principios, se hicieron acuerdos con enemigos y potenciales enemigos, tales como bandas delincuenciales y mafias. Son numerosos los casos en que las guerrillas del ELN se vieron involucradas en tratos con delincuentes comunes, que secuestraban a personas pudientes en centros urbanos para luego transferirlas a los frentes guerrilleros más cercanos a cambio de una participación del rescate. Igualmente, las guerrillas del ELN han pactado de manera puntual con mafias para permitir el tránsito de personas, el transporte de precursores para la producción de droga e, incluso, el montaje de laboratorios y la construcción de pistas aéreas, todo a cambio de dinero o de armas.

Por otra parte, las guerrillas elenas han hecho acuerdos con empresas multinacionales explotadoras de recursos naturales, principalmente ligadas a la explotación de petróleo, carbón

y oro, o con empresas nacionales y extranjeras constructoras de megaobras civiles. Esos acuerdos en lo fundamental son una transacción económica para el pago de tributos por periodos de tiempo o por un porcentaje del valor de la obra o de las utilidades.

Guerrilla, territorio y desplazamiento:

El ELN tiene por concepción luchar por el pueblo y junto al pueblo. Ha hecho propia la máxima maoísta de que "la población es a la guerrilla lo que el agua es al pez". Es decir que el nexo entre la guerrilla y la población es de carácter vital. Sin ese nexo, es imposible que una guerrilla se implante en un territorio. Esa es la principal razón que ha hecho que la guerrilla del ELN no haya practicado el desplazamiento forzado como un arma de guerra, a pesar de que sí presiona a la población para que se movilice en determinadas jornadas de lucha social de carácter masivo y coyuntural.

Pero el ELN ha practicado el destierro de personas y familias enteras como sanción alternativa a la ejecución. El destierro ha estado acompañado de la expropiación de bienes y la reasignación de estos a personas o familias designadas por la guerrilla. Esa es una práctica generalizada en todos los frentes guerrilleros. En 2000, cuando fuerzas paramilitares incursionaron masivamente en el sur de Bolívar, las guerrillas de ese territorio promovieron un repliegue estratégico hacia las zonas altas de la Serranía de San Lucas, que incluía a la base social más comprometida. Esa base fue movilizada en una propuesta denominada "Comunidades en resistencia". Implicaba el traslado físico de familias con sus herramientas, animales y enseres para establecerse en zonas más seguras, en las que pudieran rehacer y defender su vida. Así, comunidades rurales de los municipios de Santa Rosa, Simití, San Pablo y Cantagallo se desplazaron montaña adentro, en dirección inversa a lo que eran los desplazamientos en Colombia; no del campo a la ciudad, sino de la ciudad al campo. Esa fue una experiencia inédita en la historia del ELN, que amerita ser reconocida. Hoy, muchos de esos "comuneros resistentes" han retornado a sus tierras originarias.

Vera Grabe, excombatiente del M-19

Desde la experiencia del M-19, quiero contar un episodio que ilustra otros elementos, a propósito de la pregunta de Juan Carlos. El secuestro y la ejecución del líder sindical José Raquel Mercado es una de las manchas en la historia del M-19. Fue un acto que causó muchas

dificultades, reconocido por Bateman y otras dirigencias. En ese caso, quien promovió y propuso la acción fue el mismo movimiento sindical. Esto sirve para decir también que el pueblo no es siempre un pueblo ingenuo. Las víctimas existen, por supuesto. Sin embargo, se vivía en condiciones de sectarismo y de radicalización de las posturas políticas en las organizaciones. Ese fue un caso en que un sector del movimiento sindical propuso esa acción para ajusticiar a un traidor. Entonces, el M-19, cumpliendo el mandato del pueblo, porque el pueblo es el que manda, llevó a cabo esa ejecución.

Esa pureza no siempre es tan real. Somos la expresión de un país y una historia en que las posturas políticas sectarias no solo están en los grupos armados, sino también en los sectores civiles de la sociedad. El CNMH propuso que el M-19 trabajara el tema del secuestro. Nos negamos porque queríamos complejizar la lectura de víctimas y victimarios, de decir que el pueblo y los sectores políticos y sociales no tienen posturas que son proclives, legitiman y pueden estar de acuerdo con la violencia.

De acuerdo a lo mencionado por Hipólito, en cuanto al tema del reclutamiento, después de Corinto estuvimos firmando la paz, y cientos de muchachos se querían ir a la guerra. Creo que la relación entre la población y el actor es muy interesante y mucho más compleja que cómo a veces se expone.

Nodier Giraldo, excombatiente de las AUC

Quiero hablar de lo que ocurrió en el sector en que estuve, que fue la Sierra Nevada de Santa Marta, desde los años ochenta hasta la desmovilización, el 3 de febrero de 2006. A raíz de la entrada de las FARC a un territorio tan complejo como la Sierra Nevada de Santa Marta, que tiene diecisiete mil kilómetros cuadrados, tres departamentos, treinta y tres ríos y muchas etnias indígenas, se iniciaron unos procesos organizativos en las Juntas de Acción Comunal, en las que se manejaba el tema del campesinado y de los trabajos comunitarios. En nuestro caso, las masas campesinas no se consiguieron a la fuerza. El proceso de adhesión se dio a partir de unos trabajos de inversión social que se empezaron a hacer en conjunto con las comunidades. El grupo armado ponía un dinero y unos materiales, y lo demás se conseguía con los comerciantes o con políticos de turno. El campesinado, por medio de la Junta, se organizaba y sacaba días para trabajar en los caminos, la escuela y el puesto de salud.

Después de eso llegó el narcotráfico, que fue un insumo grandísimo para poder sobrevivir a los enfrentamientos con las guerrillas y con los mismos grupos de autodefensa. A medida que la organización fue creciendo, empezaron todas las dinámicas de contaminación interna, como sucedió en todas las organizaciones armadas de la época, pues un grupo armado no se sostiene haciendo rifas o vendiendo vacas.

Algo adicional en nuestra organización fue el tema indígena, por las etnias que vivían allí. Cuando Hernán Giraldo llegó al sector en los años setenta, se encontró con los pueblos indígenas. En ese tiempo, empezó a llegar una organización muy complicada de guaqueros que querían profanar las tumbas de los indígenas. En vista de eso, algunos líderes indígenas conversaron con Hernán y él dio la orden de que no se podía guaquear en el sector. Se mataba al que lo hiciera. En consecuencia, los indígenas comenzaron a formar parte del conflicto; incluso, fueron un eje fundamental de información sobre la presencia y el flujo de la guerrilla por la zona. Con el tiempo, la relación se fue haciendo más fuerte entre las autodefensas, los indígenas y las demás comunidades del sector. Eso hizo difícil que los otros grupos intentarán sacarnos de ahí y permitió que nuestro comandante máximo pasara más de veinte años en las montañas, a pesar de tener una orden de captura.

De acuerdo a lo que Fredy mencionó, las violaciones no eran una política del movimiento. Muchas veces, se daban por la falta de oportunidades para las mujeres de la zona, que llevaba a que las madres optaran por que sus hijas fueran novias de un comandante de las AUC en la región. Fue un grave error haber tenido relaciones con esas menores de edad. Ese error se ha aceptado en las versiones libres de Justicia y Paz, y se ha pedido perdón por ello y admitido la responsabilidad por la línea de mando de todas esas violaciones. Los medios de comunicación han aprovechado eso para crear noticias que afirman cosas de las cuales no nos podemos defender por habernos acogido a un proceso de justicia transicional. Sin embargo, no estoy negando que en algunas ocasiones sí fuimos culpables de haber cruzado una línea, incluso cuando las relaciones fueron consentidas con las mismas menores, pues no siempre hubo violaciones.

En tiempos recientes, a pesar de que nosotros hemos aceptado, pedido perdón y reparado a las víctimas, nos han seguido tildando de violadores y martillándonos con el tema. Nos preguntamos si eso no es suficiente. ¿Qué hacer? Lo pongo en la mesa porque nos afecta a todos. Cuando hablan de Hernán Giraldo, de sus setenta hijos y de las más de doscientas

mujeres que violó, nos ponen a pensar si seguimos contando y seguimos aceptando, pues a veces parecería que eso lo único que hace es hundirnos cada vez más.

Iván Roberto Duque, excombatiente de las AUC

Cuando se trata de abordar el fenómeno de autodefensas o paramilitares, se hace imperativo para temas de la verdad histórica considerar o hacer un análisis desde el punto de vista de las regiones. Las AUC del Magdalena Medio operaron de manera muy diferente a las AUC del Catatumbo, del Paramillo o del sur del país. El conflicto armado tuvo especificidades. Hace unos quince años le propuse a Luis Carlos Restrepo crear, en el gobierno de Uribe, una comisión de la verdad que recogiera la verdad de las comisiones regionales. Cada región tuvo su verdad, su realidad en el conflicto armado. Este es un país de desarrollo irregular de las fuerzas productivas. Por tanto, las condiciones sociales, económicas, políticas y ambientales son distintas. Este es un país de regiones. En ese sentido, el fenómeno de las AUC tuvo unas particularidades.

Entiendo que Álvaro manifiesta que el noventa y cinco por ciento de las autodefensas éramos fenómenos paraestatales, y entiendo que lo hace desde la posición de haber militado en una organización armada que tuvo como primer enemigo al Estado. Yo estuve veinticinco años en la guerra y fui uno de los inspiradores ideológicos de la guerra en Colombia. No puedo dejar pasar por alto, en un espacio en que estamos construyendo verdad histórica, que se diga que fuimos fuerzas paraestatales. Cumplimos funciones propias del Estado, pero eso no quiere decir que nosotros dependimos del Estado. Fuimos una organización independiente y con mando responsable. Fuimos organizaciones que intervinimos en territorios controlados por nuestras propias armas.

Cuando llegamos al sur de Bolívar, después del suceso del avión de Avianca, se libraron los enfrentamientos más feroces contra la guerrilla, aún desconocidos por la historia. Todavía no se ha dicho la verdad de lo que sucedió en el sur de Bolívar. Yo conocí el sur de Bolívar después de quince años de estar en la guerra, y no vacilé en expresar que el verdadero rostro de la guerra lo conocí allí. Fue impresionante ver cómo siete helicópteros diarios de la flota del Bloque Central Bolívar recogían a nuestros muertos, cómo en el salón comunal de San

Blas todos los días había diez o quince muertos siendo velados ¿El país no se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo?

Allá la guerra fue feroz, y las órdenes no las daba el comandante de la II División del Ejército. Allá, como en el Magdalena Medio, nosotros montamos un Estado y el gran jefe era el Comandante Superior, en esa época Julián Bolívar. Teníamos control territorial, ejercíamos un estricto monopolio del manejo de las armas, cobrábamos contribuciones impositivas, dictábamos leyes, es decir, ejercíamos todas las funciones propias de la naturaleza del Estado. Limitábamos con otro Estado que se llamaba Colombia, incompetente y corrupto. Que hiciéramos lo que el Estado no hacía, no quiere decir que hubiéramos dependido del Estado. En mi caso, mi superior inmediato nunca fue un general de la República. Fui el autor de los estatutos y del régimen disciplinario interno de esa organización.

Cuando llegamos a las regiones del Magdalena Medio santandereano y boyacense, encontramos a la guerrilla de las FARC, el Bernardo López Arroyave y el Carlos Alberto Buitrago, y empezamos a quitarles territorio. Pero no para entregárselo a la XIV Brigada, al Batallón Patriotas o al Batallón Reyes. Llegamos allá y montamos nuestro propio Estado, y eso hay que reconocerlo porque fue una realidad. Lo hicimos derrotando a otro Estado que había allá, que a su vez había derrotado a un Estado institucional. Cuando nos desmovilizamos en 2001, nosotros entregamos territorios conquistados con las armas.

Reconocemos que cometimos gravísimos hechos violatorios de los derechos humanos. Esa es la tristeza de la guerra irregular. Alguna vez le dijimos al antiguo coordinador de la Cruz Roja Internacional que no nos hablara de la humanización de la guerra, cuando esto había tomado un desenfreno tal. Nos hemos odiado tanto los colombianos y hemos estado tan dispuestos a matarnos que acá no cabe otra cosa que terminar la guerra. Humanizar la guerra es imposible, cuando hay odios, intereses, dinero, coca, sopladores, ignorancia y ausencia total del Estado.

Siempre traigo el ejemplo del sur del Bolívar, pues allá no se ha hecho, y es necesario que opere, una comisión regional de la verdad. La realidad de la guerra en el sur del Bolívar fue terriblemente atroz. Allá ocurrieron tragedias humanitarias que el país aún no ha dimensionado. El terrorismo, como la captación de menores y como el pasarle la cuenta de cobro a la población civil, hace parte de las tristezas de la guerra irregular. Y así como nosotros cometimos una cantidad de actos, Colombia tampoco debe olvidar lo que ocurrió en El

Diamante, Machuca, Bojayá, La Chinita y Tolová. Fuimos feroces de un lado y del otro, y vamos a reconocer eso. Nos odiamos mucho.

Cuando hablo de la guerrilla, no busco hacer tabla rasa con todos. Confieso que en los inicios, en esa época romántica en que en el país conocimos la frase hermosa del naciente M-19 "Bolívar, tu espada vuelve a la lucha", yo me sentí atraído. De haber conocido en ese momento a Gloria Quiceno o a Vera Grabe, yo les habría pedido que me vincularan al M-19.

Siempre he creído que la mayor responsabilidad del Estado en el tema del paramilitarismo y las autodefensas está en la complicidad. El Estado se hizo el de la vista gorda. ¿Cómo puede ser que el comandante de la Brigada II no supiera dónde tenía Julián Bolívar los campamentos? ¿Cómo puede ser que la aeronáutica civil no se diera cuenta de que había siete helicópteros artillados para mover sus tropas? ¿Cómo puede ser que la Brigada XIV no supiera que Puerto Boyacá operaba como una república independiente, donde en 1989 hasta desapareció el peso colombiano? El Estado nos toleró. El Estado permitió que lo que era su papel lo hiciéramos nosotros, porque nosotros lo hacíamos mejor, porque no teníamos códigos humanitarios ni tratados internacionales, porque no habíamos suscrito acuerdos que tuvieran que ver con Ginebra o con los Protocolos. Si la guerrilla bombardeaba como lo hizo en Tolová, donde murieron cuarenta y tres inocentes, Castaño contestaba mandando a cometer tres masacres que multiplicaran por tres las de las FARC.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

En Colombia hubo experiencias no solo de guerra irregular, sino también de guerra civil. Los grupos armados no fueron aislados de la sociedad. Las guerrillas tuvieron en ciertas regiones un apoyo significativo de campesinos, indígenas, trabajadores y población marginada. No habría sido posible el surgimiento de todas las diásporas de milicias en Medellín sin lazos con las comunidades. En ese sentido, existieron autodefensas de muchos símbolos, y distintas guerrillas y movimientos milicianos de autodefensas.

No he desconocido, por el contrario, las expresiones de autodefensas que tienen que ver con el surgimiento de las AUC, al igual que las expresiones del paramilitarismo, que también tuvieron adhesión de sectores. La contrainsurgencia contó con sectores afectados por las guerrillas, hacendados y comerciantes. No fueron solo luchas de aparatos armados, acá hubo

expresiones de guerra civil, en distintos niveles, grados y circunstancias. Tampoco fueron guerras totalmente generalizadas. En respuesta a la guerra sucia, en 1987 desde el PCC-ML nos propusimos generalizar la guerra civil, porque la considerábamos una acción guerrillera que expresaba relaciones sociales y buscaba movilizar a la población. Siempre contamos con simpatías de carne y hueso, con milicias y con formas de relevo de los propios combatientes.

Me resisto a la mitificación de la población civil, porque ha sido parte del conflicto. Los grupos insurgentes y contrainsurgentes han surgido de expresiones de la sociedad, que han sido diferenciadas. En los años sesenta, no toda la izquierda se fue a la insurgencia, hubo una parte que se resistió. Hubo incluso algunos sectores de la derecha que se opusieron a la violencia. Esas reacciones tuvieron que ver con situaciones diversas. Cuando hicimos la tregua y la propuesta constituyente, nos apoyaron más los liberales y conservadores que la misma izquierda y la insurgencia.

En la Coordinadora Guerrillera, fuimos los únicos que nombraron la propuesta de constituyente. Tuvimos que esperar hasta la Cuarta Cumbre en 1989, y a duras penas logramos que nos apoyaran con la Constituyente. Los relacionamientos también tienen que ver con dinámicas políticas y dinámicas sociales que construyen redes. Para nadie es un secreto que teníamos una fuerte inserción campesina y obrera. En la segunda fase de los años ochenta, nuestro esfuerzo ya no estaba con los campesinos colonos. Se volcó hacia los obreros agrícolas y trabajadores, y por eso nos fortalecimos en el Urabá, el sur de César y en regiones palmeras.

No estoy absolutizando las cosas. La mayor parte de la acción paramilitar fue mucho más de castigo a la población civil que de confrontación militar contra las guerrillas. En eso me sostengo, sin desconocer que las AUC tuvieron acciones militares contra la guerrilla en Tolima, el Alto Calima y Putumayo. Frente a ello, no hay discusión. Pero me sostengo en cuanto a que las estadísticas demuestran que la actuación paramilitar estuvo dirigida mucho más contra la población civil, aunque también se dieron hostilidades de guerra intensas.

No se trata de que los generales hubieran sido mandos directos de las AUC, porque así no fue el paramilitarismo del Cono Sur. Acá no fueron simples grupos instrumentales. Acá, el paramilitarismo tuvo entidad propia y hubo regiones donde mandaba más la mafia o el paramilitarismo que la fuerza pública, como el Valle del Cauca. Pero en eso también hay rangos y particularidades regionales. En los estudios que hemos hecho sobre paramilitarismo con el CNMH, encontramos al menos ocho formas estructurales de relacionamiento del

paramilitarismo con el Estado: hubo inteligencia, facilitación de armas, dinámicas contrainsurgentes, escenarios de combates compartidos, predominancia del paramilitarismo en zonas altamente militarizadas. Eso no significa un paramilitarismo simplemente instrumental. Fue un paramilitarismo diverso que también tuvo correlación de poderes en un país donde el Estado no controla todo y tiene expresiones muy diferentes.

Tampoco podemos simplificar las cosas. No podemos absolutizar los más de seiscientos desmovilizados del EPL; una parte minoritaria se fue con el paramilitarismo. Paradójicamente, hubo tanto desmovilizados, como grupos que no se desmovilizaron y disidentes que entraron a los grupos paramilitares, aunque no llegan a un treinta y cinco por ciento. Recuerden lo de Chigorodó, el encuentro de los cabildos indígenas reclamando autonomía, los miembros de Esperanza Paz y Libertad manifestándonos en la alcaldía de Medellín y haciendo resistencia civil. Esos escenarios son complejos y no podemos generalizar porque se ha creado una falsedad histórica que dice que la mayoría de los desmovilizados del EPL engrosaron las filas paramilitares. Eso no fue así.

Yo sí creo que se pactó la paz, que la aceptaron más del noventa por ciento de las estructuras políticas y militares, pero hay que honrar esas firmas. Es más, falta la firma del ELN, para una paz digna y una paz política. Hubo convicción de cierre de la guerra y de construcción de la paz. Hay que cerrar el ciclo de la violencia y de la guerra, y hay que entender la política por otros medios.

Nodier Giraldo, como sobrino de Hernán Giraldo, tú defiendes muchos sucesos en la Sierra. Sin embargo, yo también he sido acompañante de las comunidades indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta, y la crisis humanitaria fue muy dura. Las víctimas del campesinado de la zona media y de las poblaciones indígenas fueron masivas por parte de las estructuras paramilitares. Y no solo hubo entendimientos —aunque sí los hubo—. Esa es justamente la complejidad del conflicto. No quiero criticar a Nodier gratuitamente, pero me parece percibir un reconocimiento a medias en el tema de las violaciones sexuales con menores. Un tema de tal gravedad no lo podemos relativizar ni justificar; no podemos simplemente decir que fue fortuito. Se crearon unas situaciones y unos hechos de violencia sexual que, además, han sido judicialmente reconocidos.

Por último, quiero manifestar una preocupación tras la pregunta de Juan Carlos Villamizar. Es claro que no podemos idealizar a la población, pero tampoco podemos generalizar la

situación y sospechar y siempre pensar que hubo población civil ahí metida. Hubo escenarios de violencia extrema en muchos territorios y contra toda la población, pero no de todos los grupos ni siempre. Los que más ejercieron la violencia extrema fueron los grupos paramilitares y el Ejército, de manera cruda y grave. Recuerden la situación del alto Sinú y el alto San Jorge, los campos de concentración, los fusilamientos, las violaciones sexuales masivas, la despoblación de un área grandísima para el montaje de una base paramilitar. Si vives en este país, hay que reconocer que sí hubo escenarios de violencias extremas contra toda la población. Eso compromete mucho a la fuerza pública, a los paramilitares y a las guerrillas, principalmente a las FARC.

Gloria Quiceno, excombatiente del M-19

La diferencia entre el actor armado y la población civil es que la población civil estaba desarmada, así que ahí no puede haber puntos medios independientemente de lo que esa población civil opinara o a quien apoyara. Una cosa es el actor armado y otra el militante del actor armado que no está armado.

El movimiento sindical no es quien dice que hay que matar a Mercado. Es la militancia de ese movimiento, que tiene cercanía con el M-19, quien define esa solicitud. Hay que tener mucho cuidado con el tema de la población civil, ya que ha sido un factor muy fuerte de guerra en nuestro país. Recordemos las frases acusatorias que decían: "Son guerrilleros disfrazados de civiles". ¿Qué tanto impactó en el conflicto armado esa figura de la persona que no está armada, pero tiene un rol en la guerra? Esa no frontera ocasionó impactos en las situaciones que vivimos.

Por otro lado, si no abordamos la violencia sexual para la estabilización de la paz, no habrá paz en este país. Ese es un factor fundamental, que también han vivido otros países. Acá no podemos entrar en justificaciones. Conozco opiniones y visiones de grupos paramilitares que se han opuesto a eso. Hay fallos judiciales, víctimas de violencia sexual a quienes hay que reparar de manera diferente. Te desplazan, te quitan la honra, te quitan la intimidad y te dejan un hijo al que no quieres, al que no amas. Eso genera unas situaciones muy complejas de violencias que también han vivido otros actores armados. Tenemos que hablar y abordar ese tema de manera significativa en espacios de confianza como este. Es más, estamos trabajando

con víctimas de violencia sexual en la JEP, y creo que ese tema debe abordarse en su conjunto con todos los actores armados. No para darnos más duro de lo que nos hemos dado, sino para abordar ese tipo de situaciones complejas a profundidad como un ejercicio de verdad.

Frente a Justicia y Paz, me parece importante resaltar de la intervención de Fredy las mentiras de ese acuerdo. No puede ser que por la línea de mando se tenga que aceptar la violación de mujeres y hombres. Entonces, ¿cuáles son las mentiras de Justicia y Paz? Hay que identificarlas, porque no se pueden repetir ahora con la JEP, pues así no habrá verdad ni justicia ni reparación a las víctimas.

Por último, cuenten con todos nosotros para realizar la comisión de la verdad en el sur del Bolívar, porque es una población que ha resistido la barbarie. Por ellos deberíamos ir a un ejercicio especial.

Arlex Arango, excombatiente de las AUC

En sus afirmaciones, Álvaro Villarraga hace una medición de quién fue más violento en la época de la guerra. Ahí, minimiza la lucha contrainsurgente de las AUC y la hace ver como si hubiera sido una masacre en las ciudades. Las FARC cometieron un error en los años ochenta, cuando plantearon la combinación de todas las formas de lucha y trajeron gente de la civilidad a compartir la romántica lucha que tenían, generando consecuencias muy graves.

Yo ingresé a las Juventudes Comunistas en la época de los ochenta. Después, siendo menor de edad, ingresé a las autodefensas. Posteriormente, las FARC nos sacaron de nuestras tierras porque mi papá era conservador y no hacía parte de la Unión Patriótica. Yo vi a fundadores de la UP portando revólveres 38 y carabinas N1. Cuando se levanta el pueblo en armas en autodefensas, sin buscar justificarlo, los primeros que estaban eran ellos, y deciden no devolverse al monte. Entonces, viene la muerte de Marín Arroyave y Julio Cañón, lamentables todas como seres humanos, pero, en su momento de lucha, justificadas.

Fui comandante del Frente Hernán Troncoso. Las autodefensas del Bloque Héroes de los Llanos casi exterminamos al Frente 31 en combate abierto en la Cordillera, cerca a Bogotá. A Romaña, del Frente 26, lo desplazamos con todo el poder que les había otorgado el gobierno de Pastrana.

El segundo error grande de las FARC fue vincular a toda la gente aledaña a la zona de distensión con el Partido Comunista Clandestino y carnetizarla. Nosotros desconocemos el propósito de esa carnetización; y nosotros cometimos el error de vincularlos a todos al PCC. Ese fue otro de los errores de la combinación de todas las formas de lucha. Encontramos, entonces, muchachos muy jóvenes de la Universidad Nacional haciendo trabajos para las FARC. Nosotros los capturamos en las zonas del Meta y los dimos de baja, desafortunadamente. He sido un tipo que me he tomado en serio los acuerdos de paz y he llorado los muertos que tuvimos como enemigos.

No hay que desconocer que las autodefensas, después de la zona de distensión, jugaron un papel muy importante en la lucha contrainsurgente en el monte. Eso no se sabe, pues Justicia y Paz solamente se declaró competente en temas jurídicos y no en temas históricos relacionados con las dinámicas y desarrollos del conflicto. A ellos solo les interesaba el muerto y la cantidad.

Encargado por el señor Manuel Pirabán, tuve la misión de recuperar tres municipios de la zona de distensión cuando terminaron los diálogos en los años 2000. En el proceso, encontramos gente que se había comprometido con las FARC, porque estaba de moda y se legalizaron en su momento. Esa fue la combinación de todas las formas de lucha: traer a la población civil para combatir.

En esta mesa no hay enemigos. Hay personas que tenemos un mismo pensamiento y giramos alrededor de la paz y la recuperación de la patria. Pero si escribo un libro o hago análisis del ELN, no voy a ser parcial, porque mi lucha como enemigo del ELN estuvo justificada. El país espera parcialidad de los que escriben. Cuando no la hay, eso hace que no se cierre el círculo. Quedan ventanas abiertas que se aprovechan por otros grupos. Necesitamos ser conciliadores.

Lucía González, Comisión de Verdad

Quiero insistir en la importancia de este escenario. Más allá de la Comisión de la Verdad, este encuentro y este diálogo son importantes. Creo que hay una disposición para la escucha desde cada lógica y mirada. No creo que de esta mesa saquemos La Verdad, y eso tampoco lo haremos en la Comisión. Nuestra misión tiene que ver con encontrar unos elementos

explicativos que seguro abrirán una discusión. Es muy importante que no haya juicios, pues esa es justo la tarea que la Comisión no tiene que hacer. Tampoco tiene que llegar a acuerdos. Lo importante es encontrar las distintas lecturas de las vivencias del conflicto.

Esto no fue una lucha de aparatos armados. De por medio hubo sociedad, Estado, economía y escenarios internacionales. El reto de la Comisión de la Verdad es justo ese. Hasta el momento, habíamos estado en un escenario necesario de diálogo entre víctimas y victimarios. Por eso se quedó por fuera casi todo el contexto explicativo, por eso casi todos se pueden lavar las manos. Esto busca ser una compresión más grande de cómo fue posible y por qué se hizo posible toda la violencia y el conflicto en el país.

Es importante destacar que no se puede mitificar a la población civil. Esa ha sido una trampa no intencionada de muchos. Incluso lo vemos con las víctimas. Las víctimas y la sociedad han mostrado historias casi míticas de las violencias, que dan cuenta del horror que vivieron, mas no de la realidad ¿Cómo hacemos para diferenciar eso? Ese es uno de los retos de la Comisión de la Verdad; aterrizar realidades y llegar a lo fundamental. Tenemos que ser capaces de entender que las víctimas tienen una versión, pero ellas tampoco tienen La Verdad. Con ese factor también debemos interactuar.

Es muy valioso que, no siendo este un proceso judicial en el que nadie gana, no permitamos que pase lo mismo que en Justicia y Paz, que ha puesto la trampa de aceptar delitos que no necesariamente se cometieron con tal de salir del proceso —del que aún así muchos todavía no han salido—. Más allá, este es un proceso que nos invita a todos a salirnos de nuestros papeles. Eso requiere mucho trabajo, puesto que todos venimos de entrenamientos de hablar desde un lugar.

Hemos resuelto poner en primera línea el asesinato de líderes sociales porque eso es una evidencia de que la no repetición no se ha logrado y de que las violencias no han cesado, a pesar de los acuerdos de paz y las desmovilizaciones. También hemos inaugurado unos diálogos públicos en un esfuerzo por poner sobre la mesa preguntas muy duras sobre temas que la sociedad no ha querido encarar. La idea no es sentar una posición, sino promover el debate y la discusión pública.

Capítulo 4

ESTRATEGIAS DE FINANCIACIÓN

Sesión del 11 de julio de 2019

La metodología en esta mesa de trabajo consistió en reunir a los participantes según el grupo al que pertenecieron. Se hizo un ejercicio de línea de tiempo, que permitió hacer visibles el tiempo, el modo y el lugar de aparición, así como el uso de las fuentes de financiamiento. Para eso, se plantearon cinco temas orientadores a desarrollar por décadas entre 1960 y 2010:

1. Política de finanzas.
2. Tipo de finanzas.
3. Actividades de las finanzas.
4. Relaciones que facilitaron determinado tipo de finanzas.
5. Compromisos que generaron los diferentes tipos de finanzas.

Posteriormente, en plenaria, se dotó el ejercicio de un contexto explicativo y colectivo, que permitiera identificar similitudes y diferencias en las formas de financiación de la guerra que cada grupo armado adoptó. La discusión se desarrolló en mesas, de acuerdo a cada grupo armado. Al finalizar esa primera etapa, se expusieron las líneas de tiempo a los demás participantes. La exposición contó con un representante que profundizó en el relato de las economías que ayudaron a sostener a cada organización insurgente y de autodefensas.

Los exmiembros de las guerrillas del ELN, EPL, M-19, CRS y PRT expusieron las distintas actividades de financiación que desarrollaron desde los años sesenta e hicieron un énfasis en cómo los momentos políticos y económicos y los mismos cambios en la guerra transformaron esas actividades y sus enfoques. Por su parte, la exposición de las autodefensas se desarrolló en un orden regional, a cargo de los exmiembros de los distintos bloques. Como la organización no estaba centralizada, las formas de financiación dependieron de dinámicas temporales y territoriales. Más allá de la pregunta por las formas de financiación, se expusieron las distintas relaciones estratégicas, en el plano nacional e internacional, que permitieron el desarrollo militar, económico y político de cada grupo armado.

Las exposiciones mostraron los matices temporales y regionales de cada grupo armado y cómo estos elementos definieron aproximaciones y relacionamientos distintos con los grandes empresarios, la fuerza pública, los productores agrícolas, y los políticos locales, regionales y nacionales.

Así mismo, se pudo establecer diferencias y similitudes entre las dinámicas financieras de cada grupo, pues fueron analizadas en los mismos periodos y regiones del país. Ahí, la relación con el narcotráfico de grupos como el PRT y la CRS, que se desmovilizaron en los años noventa y tenían influencias en zonas muy específicas y reducidas, fue centralmente distinta de la que tuvieron grupos como el ELN, las FARC y las AUC.

En la discusión, quedaron planteados algunos temas todavía pendientes de una profundización, como el papel del Estado y qué se entiende por Estado, así como la forma en que estas economías ilegales han forjado una economía legal nacional y han generado unas transformaciones culturales. También se abrieron debates alrededor de la noción de degradación de la guerra a causa del narcotráfico, considerando que la violencia en el país ha sido fuerte e inhumana incluso desde antes del narcotráfico.

Por último, se problematizó el planteamiento de la pérdida de la ideología y de los propósitos. En especial, lo hicieron las guerrillas a causa de su relación con el narcotráfico y otras economías ilegales.

PRIMERA PARTE: EXPOSICIÓN DE LÍNEAS DE TIEMPO POR GRUPOS

Grupo 1: Ejército Popular de Liberación – EPL

Raquel Vergara, excombatiente del EPL

En primer lugar, en la década del sesenta y setenta, la política de finanzas fue de austeridad, en tanto el EPL era una organización de una concepción maoísta, es decir, del sacrificio, del esfuerzo, de darlo todo. En esa época, había mucho romanticismo, gente muy sincera, colaboradora y respetuosa. Yo ingresé a mediados de los setenta y viví un ambiente de mucho respeto hacia las mujeres. En el EPL, había un Comité Central, es decir, una compartimentación de

la información. Uno no sabía lo que no necesitaba saber para desarrollar su trabajo. Como se estaba iniciando con una organización, los recursos de tipo económico eran reducidos y correspondían a una organización pequeña, inicialmente ubicada en el Noreste antioqueño.

Foto general de los excombatientes trabajando en líneas de tiempo por grupos.

Las finanzas tuvieron las mismas características en los años sesenta y setenta. La organización se sostenía de la contribución de la militancia, establecida por los estatutos. Adicionalmente, se mantenía por los colaboradores y amigos de la organización, que tenían la libertad de aportar. Para ellos, no había un monto establecido. La militancia, en cambio, tenía establecidas unas cuotas que se extendieron hasta los años ochenta. Parte de la colaboración que se recibía tenía que ver con temas de vivienda para compañeros de la organización que se movían de un territorio a otro. También eran utilizadas para hacer reuniones, guardar documentos y municiones. En conclusión, se daban colaboraciones en varios niveles y todas eran valoradas.

Por otro lado, en asuntos de salud, se contó con una gran contribución de cuerpos médicos, que a medida que la organización crecía se extendían por el país. Teníamos el apoyo de médicos, odontólogos y enfermeros, que hacían el trabajo gratis y se arriesgaban a llevar

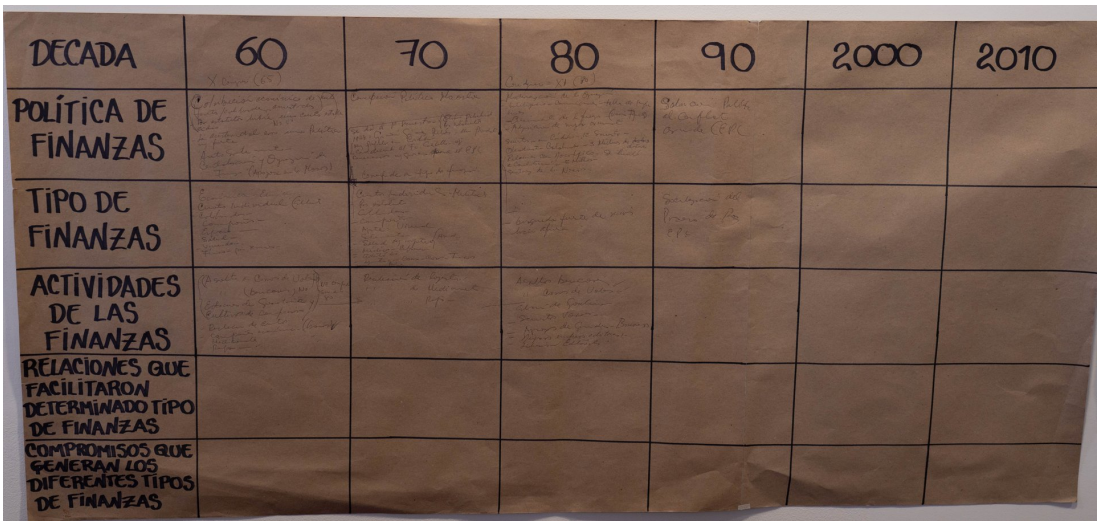
pacientes críticos a clínicas y hospitales. Es decir, arriesgaban su cargo e incluso su vida por contribuir al proceso. El equipo médico también aportaba con la entrega de medicamentos, aparatos y otros insumos.

Ildefonso Henao, Raquel Vergara y Álvaro Villarraga.

Entre los años sesenta y setenta, las actividades de apoyo de las comunidades campesinas se dieron con el aporte de cultivos de pancoger, utilizados para sostener las fuerzas. También se hacían actividades de recolección de ropa, medicamentos y demás cosas que pudieran ser fundamentales en el proceso. En mi caso, me acostumbré a organizar las bolsas plásticas, porque eran de gran utilidad. Toda bolsa que veía la recogía y la guardaba. Todas las contribuciones, por pequeñas que parecían, eran de gran importancia. Otra contribución de las comunidades consistió en hospedar a personas heridas o cuidar niñas y niños huérfanos porque sus papás nunca regresaban, muchas veces asesinados o desaparecidos por el Ejército.

En los setenta pasó algo excepcional. Por estatuto, estaba prohibido secuestrar. Sin embargo, en 1978 un comandante en Puerto Libertador secuestró al periodista Germán Gómez Peláez, porque hacía campaña política. En esa época, éramos antiimperialistas y antielectorales, y un periodista no podía ir en contra de las políticas del EPL. Ese comandante, haciendo caso

omiso al Comando Central, donde estaba Francisco Caraballo, asumió el costo de secuestrar al periodista, que además de ser muy reconocido no era enemigo de la organización. Ese hecho tuvo un gran costo político, porque el señor murió en la operación de rescate. Su sepelio fue un acto masivo en Montería, en el que se rechazó al EPL. Se dice que el Ejército lo remató cuando trató de huir herido. Sin embargo, eso nadie lo reconoció y culparon únicamente al EPL. Eso fue una catástrofe para nosotros. Nunca supe qué sanción recibió la persona que organizó ese secuestro.



Formato de línea de tiempo del EPL.

De vuelta a las relaciones económicas, también tuvimos cooperantes en las organizaciones sindicales del magisterio y en organizaciones juveniles y universitarias. Los sindicatos nos apoyaron con la impresión de documentos y con las revistas y los periódicos que utilizábamos para la propaganda. Esas contribuciones empezaron en los años sesenta y se mantuvieron hasta los setenta e, incluso, los ochenta. Y fueron relaciones de carácter no solo económico, sino también político.

En el campo internacional, hubo relaciones con China y Albania, reducidas a aportes ínfimos. Colaboraban con pasajes, hospedajes de alguna delegación y documentos enviados desde China. Esas colaboraciones no pasaron a mayores.

Durante la década de los ochenta, hubo un cambio en el XI Congreso de la organización, en tanto se dio una ruptura con la concepción maoísta de los sesenta y setenta. En mi caso, pertenecí a un sindicato en el que trabajábamos todo el día. Al final de la jornada, íbamos a

comer a los lugares más baratos de la zona. Algunos decían que eran dinámicas marginales, pero a nosotros eso no nos molestaba. Éramos conscientes de la necesidad de controlar el gasto. Con esa ruptura, empezó una etapa de apertura y de pensar en el crecimiento de la organización. En consecuencia, el EPL se modernizó y se expandió con la creación de varios frentes. Eso llevó a un crecimiento de fuerza y al aumento de la compra de armas.

En ese periodo, en cuanto a las actividades para reunir finanzas, se dieron varios secuestros, en particular en Córdoba, donde hubo doce secuestros. También se asaltaron carros de valores, bancos, estaciones de gasolina y negocios. Hicimos vacunas y recibimos aportes económicos voluntarios de simpatizantes, como los ganaderos. El narcotráfico y la minería no formaron parte de la política de la organización. Pero sí hubo una relación en los años ochenta, antes de que se consolidara el Cartel de Medellín, que implicó recibir un apoyo mínimo de narcotraficantes. Creemos que fue para tener una buena relación con nosotros, pues no debimos cerrar ningún compromiso con ellos. Para entender nuestras relaciones, hay que entender la época y el contexto, pues ya llevamos desmovilizados más de treinta años.

En 1984, empezaron los acercamientos y diálogos con el gobierno, y eso implicó un proceso de apertura en la organización. En 1989 y 1990, después del proceso de diálogo y consideración interna, nos dedicamos a socializar la salida política del conflicto. Ese fue un proceso difícil porque tuvimos que convencer a muchos compañeros. Nos costó un año. Para 1990, nos concentramos en los campamentos. Fue el año de la solución del conflicto armado. Por lo mismo, en esa última etapa no desarrollamos actividades para conseguir recursos económicos.

Por último, hubo una centralización de las finanzas, que después eran redistribuidas a lo regional y lo local de acuerdo a las necesidades.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

En la segunda mitad de los años ochenta, las contribuciones fueron tanto voluntarias como forzadas a través de extorsiones a propietarios medianos y grandes. Si bien se mantenían las cuotas voluntarias de militantes, su peso era menor. La financiación de más de dos mil doscientos combatientes, de un partido clandestino de seis mil cuatrocientos integrantes y de más de trescientos cuadros profesionales demandaba unos recursos importantes. También hubo secuestros, que no fueron tan masivos y se dieron con mayor intensidad en unas regiones que en otras. Pero no fue la línea de financiación principal. Nunca hubo relación ni acuerdos

Raquel Vergara expone la línea de tiempo del EPL.

con multinacionales, tampoco capacidad operativa contra multinacionales, más allá de actos de sabotaje. Por otro lado, en zonas urbanas como Medellín, se dieron bastantes asaltos a bancos y hubo algunos secuestros urbanos, como el de un francés propietario de una empresa textilera.

En general, la organización siempre tuvo dificultades económicas porque la financiación siempre fue un tema difícil y nunca se logró consolidar. Uno de los dichos internos de la organización era "Somos muy malos negociantes", porque hubo intentos de negocios legales, pero estos nunca fueron representativos y por lo regular fracasaban. Por ejemplo, al mismo tiempo que se imprimía prensa clandestina, las editoriales tenían también trabajo comercial. Teníamos algunas librerías que hacían más un papel de divulgación política que de finanzas.

Ildefonso Henao, excombatiente del EPL

En épocas cercanas a la movilización, se analizó que para que el EPL pudiera seguir subsistiendo necesariamente tendría que meterse a la economía narco. Sé que se hicieron algunos acercamientos, pero no llegaron a nada y los pocos negocios que se hicieron fracasaron. Me

pregunto entonces, ¿qué habría pasado si nos hubiéramos aliado con el narcotráfico? Eso muestra una cierta naturaleza de nuestros militantes. Incluso, en épocas en que tuvimos mayores recursos, continuamos en la política de austeridad como eje de la orientación política. Por eso mismo, nunca se presentaron casos de corrupción ni de robo de recursos.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

Hubo algunos familiares de militantes que terminaron en el narcotráfico. Está el caso de Margarita Escobar, que era prima de Pablo Escobar, y el de José Obdulio Gaviria, que fue Secretario Político, es decir, máxima autoridad de un zonal en Urabá. Con el tiempo, algunos de nuestros militantes, por la fuerza de las familias, pasaron a trabajar en el narcotráfico. Algunos se marginaban y colaboraban económicamente con la organización. A otros los mataron, cuando el Cartel de Cali se alió con la contrainsurgencia. Ese fenómeno lo relato en detalle en el texto "Para Construir Sueños".

Con los Ochoa hubo una colaboración voluntaria. El grupo de mando del EPL que se reunió con ellos en Córdoba y Urabá se sorprendió, porque la solicitud de la guerrilla fue cinco veces más baja de lo que se comprometieron a entregar periódicamente. También se dieron relaciones con sectores que se fueron involucrando en la economía del narcotráfico, pero con matices.

En 1987 y 1988, cuando el Cartel de Medellín se involucró en la línea de la contrainsurgencia, se dio una reacción contraria. Con quienes había relaciones de colaboración se terminó haciendo ataques y hubo golpes muy fuertes contra la organización. A Camilo, comandante de la urbana de Medellín, lo asesinaron porque le habían prestado un dinero. Como no se pudo pagar en el corto plazo, se desató una guerra contra el EPL, que costó varias vidas. Es decir, las relaciones económicas y con grupos del narcotráfico tienen que matizarse de acuerdo a los tiempos y circunstancias en que se dieron.

Hasta 1990, algunos empresarios y ganaderos fueron colaboradores genuinos, aunque también hubo imposiciones económicas. Por ejemplo, en el Putumayo compartimos con el ELN hasta los años setenta una línea prohibicionista para la siembra de coca y marihuana. Sin embargo, los hechos resultaron totalmente contrarios. Cuando se inundó buena parte del sur con cultivos de coca, fue difícil seguir predicando las mismas ideas. Entonces, se dio

una línea de cobros directos a los involucrados en estas actividades, igual que se hacía con otros propietarios.

Grupo 2: Ejército de Liberación Nacional - ELN y Corriente de Renovación Socialista – CRS

Fernando Hernández, excombatiente de la CRS

Trabajamos sobre un aporte inicial enviado por Carlos Velandia, excomandante del ELN, y con aportes de miembros de las corrientes de Replanteamiento de los años sesenta y la disidencia del ELN-CRS.

En los años sesenta, el ELN estaba compuesto por grupos pequeños conocidos como grupos nacientes o guerrilla angelical. Se trataba de grupos con ideología viva, con la ilusión de la guerrilla campesina y de una lucha muy pura. Esos grupos tenían una economía autárquica y centralizada en ellos mismos. Más adelante, en los años ochenta, cuando llegó la bonanza de la industria petrolera, se dio una centralización distinta. En los sesenta, la organización se mantuvo con los aportes de los campesinos de la región y se tuvo la noción de que la guerra la debían pagar los ricos. Entonces, hubo extorsiones en pequeña escala y en algunas zonas. Todavía no había secuestros, que empezaron hasta los setenta. Para ese momento, nuestras actividades económicas eran similares a las del ejército independentista de Bolívar, que al llegar a los pueblos recibía auxilios y apoyos de los campesinos. En algunos territorios, se dieron casos de curas que hacían aportes al ELN.

Básicamente, la economía de los sesenta se sustentaba en la economía de la región, de la mano de los aportes de militantes, amigos y propietarios y a través de expropiaciones a los ricos y al Estado. Algunos grupos urbanos asaltaron bancos. Para esa época, el no cumplimiento de los aportes, voluntarios o forzados, no implicaba necesariamente una sanción.

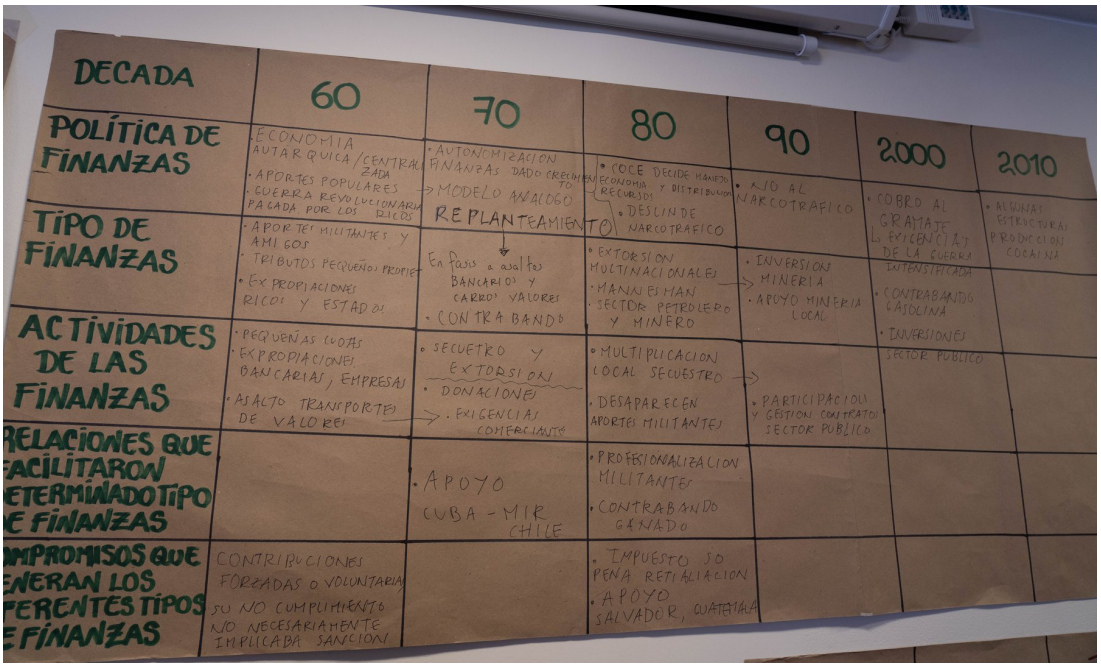
Durante los años setenta, la guerrilla fue creciendo. Aún después de la crisis por el golpe de Anorí, momento en que nació Replanteamiento, se dio un cambio respecto a lo que había sido el ELN. Camilo Torres ya estaba muerto y se había fortalecido la influencia de la Teología de la Liberación. Hubo una corriente fuerte en el ELN, que en una época coordiné y que organizaba los convenios cristianos con monjas, curas, y comunidades campesinas y de base

Luis Eduardo Celis, Fernando Hernández y Medardo Correa.

que hacían su militancia, como Camilo había indicado, en una organización revolucionaria y armada. En esos convenios, se incluían algunos recursos de apoyo económico para la guerrilla. En los años setenta, fueron creciendo la organización y los frentes. Eso fue similar al proceso del EPL. Pero aún no era clara la centralización. Cada organización y cada guerrilla en territorio tenía su propia economía y así financiaba a sus bases. Es decir, se mantuvo un proceso análogo de economía local.

A mediados de los setenta, después del desgaste de Anorí, surgió un debate interno en el ELN. Un grupo propuso replantear la estrategia, hacer una dejación de armas y continuar con la lucha política. De eso trató el movimiento Replanteamiento, del que hicieron parte Medardo y Alonso. En los años setenta, se hizo un mayor énfasis en los asaltos de bancos y de carros de valores. En zonas como La Guajira, hubo contrabando debido a las dinámicas culturales y sociales de la región. En esa época, quienes asumían esas actividades en el ELN lo hacían para contribuir al grupo y no para enriquecerse individualmente.

El secuestro como mecanismo de financiación se generalizó durante la década del setenta. Ya lo hablaban los compañeros de Replanteamiento, los principios de degradación moral de la



Línea de tiempo presentada por ELN-Replanteamiento y CRS.

guerrilla. Esa guerrilla angelical de los años sesenta empezó a corromperse. Una problemática que enfrentaron fue la atomización de la guerrilla en diferentes regiones. Eso impidió una centralización y por tanto impuso una dificultad para controlar. Por lo tanto, los comandantes de territorios y unidades empezaron a establecer sus propias dinámicas de financiación, entre ellas, el secuestro. Además, en los años setenta, empezó a llegar el narcotráfico, y eso generó una mayor degradación ética de las actividades políticas del grupo armado.

En la década de los ochenta, el ELN con los recursos de las petroleras logró una economía más fuerte. En consecuencia, financiamos actividades de guerra con los salvadoreños y financiamos a la comisión negociadora de los guatemaltecos. Estábamos para una cosa y para la otra. Después de la operación Anorí, cuando tuvo que salir del país, Fabio Vásquez se llevó doscientos cincuenta mil dólares, que entregó a Cuba con la solicitud de que se los dieran al ELN cuando estuvieran en condiciones de recuperarse y reclamarlos. Pero los cubanos nunca los entregaron y dijeron que ese dinero fue utilizado en la revolución latinoamericana para financiar al MIR de Chile. Entonces, sin quererlo, financiamos también al MIR.

Después de 1986, cuando se pudo salir de la crisis después de Anorí y logramos reconstruir la organización, se estableció una estructura interna en la Dirección Nacional y el Comando Central. Esa reestructuración condujo a una centralización de los recursos, que tuvo sentido

en tanto ya había una gran cantidad de recursos. Para ese momento, la organización había crecido notablemente en lo urbano y en lo rural y tenía una relación fuerte en términos de recursos con empresas mineras como las alemanas. En la asamblea de 1986, se puso eso a consideración para definir la centralización. Eso también se dio para amarrar al frente Domingo Laín, que tenía los recursos a su mando y exigía una mayor autonomía. En esa asamblea, se produjo la discusión sobre el balance entre la centralización y la autonomía de actividades en las regiones. Para los años noventa, la centralización le permitió al ELN un fuerte desarrollo, incluso una profesionalización de cuadros en algunas regiones.

Otro elemento importante fue el narcotráfico. A comienzos de los ochenta, cuando era mando de la urbana de Medellín, nos llegó una propuesta de Pablo Escobar. Nos planteaba volar las obras de la alcaldía que estaban en construcción en Alpujarra. Rechazamos la oferta. El ELN siempre, desde el Comando Central, al menos hasta la muerte de Manuel Pérez, rechazó cualquier relación y negocio con los narcotraficantes. Sin embargo, la realidad de las regiones mostraba que la coca se estaba regando por todas partes. En algunas partes, encontré campesinos cercanos a la organización ya involucrados en el narcotráfico. Por más indicaciones que tuviera la organización, las dinámicas eran diferentes. En ocasiones, los mismos comandantes de algunos territorios nos decían: "Se obedece, pero no se cumple, porque en el territorio ya es una realidad". Por ejemplo, en el sur de Bolívar y el norte de Antioquia era claro el aumento de la actividad cocalera campesina, y la guerrilla tuvo que adaptarse eso. Hasta esa época, no se pensó en el narcotráfico como una actividad para financiar la guerra ni la organización.

Durante un tiempo, fui el encargado internacional del ELN y tenía grupos organizados de apoyo político en países como Panamá, México, Cuba y Nicaragua, y en Europa. En una ocasión, recibí una llamada de descontento de compañeros de Panamá, porque había compañeros que, por encima de los comandantes Manuel Pérez, Gabino y Jacinto, exportaban coca y usaban la estructura del ELN en Panamá. Los compañeros de ese país ya reclamaban su parte. Fue enorme la fuerza del narcotráfico, que permeó toda la sociedad, incluyendo a los grupos armados. Ese fenómeno, junto con el secuestro, generó una degradación ética en la guerrilla.

El acuerdo de paz que hicimos como Corriente en los años noventa evitó que la guerrilla se degradara más. Sin embargo, el poder corruptor del narcotráfico permeó todos los grupos.

Cuando se presentó el debate sobre Samper y el Proceso 8.000, como representante a la Cámara dije que estábamos juzgando solo a un presidente cuando el problema del narcotráfico era de toda la sociedad. Entonces, ¿dónde está la responsabilidad de los empresarios que taparon la crisis económica de los ochenta con la plata del narcotráfico, de las iglesias y la gente de los barrios?

Alguna vez escuché a Gardeazábal decir esto: "Si la guerrilla quería transformar culturalmente el país, fracasó. Lo que sí lo logró fue el narcotráfico". Eso sucedió, porque se cayeron los valores sociales y porque hubo sectores que pasaron de la pobreza absoluta a la clase media baja. Esa fue una dinámica con la que tuvo que convivir y que tuvo que confrontar la guerrilla en los años ochenta y noventa.

Continuando con la época del ochenta, las finanzas venían del secuestro, el contrabando en zonas de frontera, las extorsiones y las contribuciones de militantes y simpatizantes. También había un relacionamiento con gobiernos locales. El caso del frente Domingo Laín es claro, porque combinaba su actividad con los presupuestos locales de algunos territorios de su región. Entonces, se abrió el debate sobre la postura electoral del ELN en contraste con las alianzas con el poder local que tenían el Domingo Laín y su estructura.

En algunas regiones, la guerrilla fue el banco de la gente. Dábamos recursos para que las personas tuvieran cultivos, ganado o minería. En algunas ocasiones, se daban esos recursos como financiación, no como un crédito. La guerrilla terminó siendo en algunas zonas de influencia un apoyo al pequeño campesino y productor. Eso sucedía a pesar de las diferencias internas, pues hubo debates sobre esas políticas y sobre los apoyos a los centroamericanos, aún cuando el dinero se dañaba muchas veces dentro de las caletas. Hubo un manejo muy capitalista de los recursos.

En relación con el narcotráfico, las alianzas hasta 1990 hay que estudiarlas desde lo local. El Comando Central no estableció lineamientos para el desarrollo de alianzas con ese sector. Es más, eso no era algo que los mandos establecieran. En el caso de Nicaragua, por ejemplo, los gringos financiaron a los Contra con la plata del narcotráfico. Los mismos que nos extraditan por eso financiaban grupos contrarrevolucionarios con ese dinero.

El ELN nunca recibió recursos del exterior. Esto solo se había dado en los años sesenta, cuando le dieron a Fabio Vázquez cinco mil dólares para que fundara la guerrilla. Pero nunca más recibimos dinero ni de los cubanos ni de los rusos. Al contrario, en un viaje en 1986 a La

Habana con todos los comandantes de las guerrillas, aprovechamos para buscar el dinero que había entregado Fabio y cuando supimos que se lo habían dado a los chilenos decidimos no volverles a entregar dinero. Después, se planteó viajar a Vietnam para que ellos nos guardaran el dinero en los bancos. Pero no sé qué sucedió con eso. Hubo muchos planteamientos en torno al manejo de los recursos. Algunos pensábamos que era mejor usar la plata en los revolucionarios, mejor en todo caso que perderla en las caletas o dejar que se la robaran.

Medardo Correa, excombatiente del ELN

El conflicto armado se degradó comenzando la década del setenta. La idea general cuando asumimos las armas era hacer una revolución apoyándonos en nuestros propios recursos, como era el ejemplo de la revolución cubana. Incluso, creo que la revolución cubana no tuvo tanto dinero como el que tuvo la colombiana. Los cubanos con solo quinientos muertos y mucha menos plata hicieron su revolución, mientras que en Colombia acumulamos dinero e infraestructura. No pudimos hacer la revolución, y a veces me pongo a pensar en qué revolución habría podido ser si la guerra y las organizaciones ya estaban tan degradadas. Fue hasta mejor que no triunfáramos.

La idea de los años sesenta fue la que planteó inicialmente Fernando, que no era la de acumular a partir del cobro de extorsiones. Pensábamos que esa revolución iba a durar solo cinco años y que se iba a sostener con el apoyo de la población, en recursos económicos y políticos. Eso nos iba a garantizar el triunfo de la revolución. Aún hoy pienso que eso debió haber sido así.

Las demás organizaciones revolucionarias afines al ELN en el continente no triunfaron. Estaban en otras condiciones políticas, económicas y sociales. En el caso de Colombia, nosotros persistimos en la lucha. Por eso, amerita un análisis profundo de por qué en Colombia se mantuvo el conflicto en la degradación que todos conocemos y de por qué se mantiene hasta hoy.

En nuestro relato, llegamos hasta la década de los ochenta y noventa. Nos falta algún eleno que nos cuente cómo se financian hoy. ¿Hasta dónde esos principios iniciales se han conservado? Creo que, cuando empiezan a intervenir factores como el de la economía fácil, los principios se pierden y hasta ahí llega la pureza de una revolución. Este tema toca el fondo de la degradación del conflicto. Al profundizar en ese tema podríamos encontrar las razones

de por qué los colombianos persistimos en que los conflictos se resuelven por la vía de la violencia. Esta es una reflexión que nos sirve tanto a nosotros como a los que todavía están en armas.

Alonso Ojeda, excombatiente del ELN

En 1976, un grupo de amigos que estábamos en el ELN fuimos conscientes del camino tan peligrosamente degradado que empezaba a caminar la organización. Tuvimos la sinceridad de planteárselo a Gabino, que estaba como primer comandante. Había condiciones muy adversas de salud en las zonas de la Cordillera Occidental hacia el Paramillo, que en determinado momento ocasionaron la salida hacia la ciudad de los responsables de la guerrilla madre. Llegamos a diagnosticar enfermedades como la fiebre amarilla. Esa situación nos llevó a plantearle a Gabino la necesidad de cambiar de camino y metodologías, y que el planteamiento de una guerrilla vinculada con sectores populares no existía. En esos momentos, alguien definió a las guerrillas como unos rebeldes errantes. Eso éramos realmente.

Las muertes de compañeros en las selvas mostraban que era urgente un replanteamiento político, porque no podíamos seguir por ese camino. El problema no podía ser de corte económico. Cuando hablamos con Gabino, estuvo de acuerdo y se comprometió a cambiar y buscar una línea política adecuada. Gabino viajó al exterior y se dio el relevo de Fabio, y a su regreso se echó hacia atrás, creo que por las malas influencias de unos grupos de Bogotá que, metidos en las luchas por el poder, le vendieron la idea de que queríamos tomarnos la organización y llevárnosla al Partido Comunista y las FARC.

Lo que realmente estábamos planteando era una unión para poder desafiar a un Estado tan fuerte. Además, nos sentíamos perdidos, sin línea política. El camino no era traficar ni secuestrar. Entonces, necesitábamos decidir qué hacer desde un análisis colectivo de las guerrillas. Desde Replanteamiento convocamos una reunión con todas las guerrillas, en la que nos acompañó Bateman, consciente de la necesidad de revolucionar la postura.

En 1976, hubo una vocación de enmendar ese camino, de buscar otros caminos para no seguir cayendo en el aparatismo, grupos de revolucionarios que se volvían aparatos militares enfocados en secuestrar o asaltar. Esa no era la revolución. Muchos llegamos allá siguiendo el ejemplo de Camilo, y él nunca habló de organizarnos para secuestrar y robar dinero. Un sacerdote como Camilo planteó ir a una guerra bajo otra idea. Un libro de Santo Tomás

fue encontrado en la maleta de Camilo cuando murió. Seguramente, estaba viviendo unas reflexiones muy profundas.

En ese momento, ya se veía venir lo que sucedió y cómo la guerrilla iba a quedar entrelazada en dinámicas de economía ilegal de narcotráfico, minería y secuestros. Además, ya habíamos vivido momentos en que compañeros que habían desertado se habían robado dineros de la organización. Era un camino que había que enderezar y desafortunadamente no se hizo. Por el contrario, se terminaron recrudeciendo esas líneas de economía de secuestro y extorsiones. Afortunadamente, yo ya no estaba ahí. Se trató de una política de plata que, bajo esos criterios, fue degradando hasta el alma. Así, la revolución y el pensamiento camilista y cristiano se evaporaron.

Grupo 3: Movimiento 19 de abril – M-19

Álvaro Jiménez, excombatiente del M-19

A propósito de lo que Medardo menciona, me parece importante nombrar en la historia del ELN el periodo de Tulio Bayer, pues ahí hubo un primer apoyo financiero en que vale la pena ahondar.

En el caso del M-19, nos podemos referir solo a los años setenta y ochenta, porque ese es nuestro tiempo histórico y porque fuimos una organización muy pequeña. En nuestro proceso de paz, hubo novecientas personas. Nunca fuimos una organización grande y tuvimos como política de finanzas la prohibición de la extorsión. Esa nunca fue una práctica de financiación, así como tampoco lo fue la financiación a través de un sindicato o de una estructura.

Nuestro discurso era antioligárquico y, por eso, económicamente nuestro enemigo era la oligarquía. Al referirnos a los oligopolios del sector financiero e industrial, nuestra política de financiación terminó estando destinada a buscar recursos en el sector financiero y en las multinacionales como una forma de afectarlas. Además, en los años setenta hicimos unos pocos secuestros, dirigidos a perfiles altos de multinacionales.

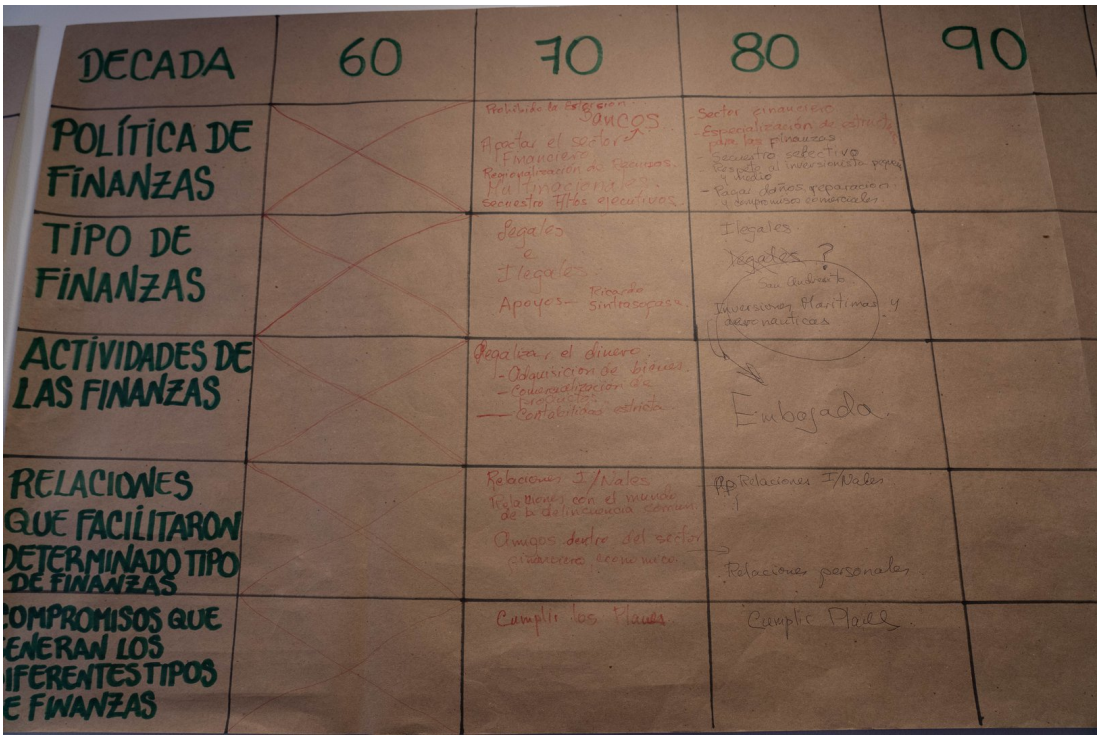
El tipo de finanzas era legal e ilegal. Teníamos un trabajo fuerte en el sindicato de Sofasa en Duitama, que les pasaba recursos a sus miembros que también hacían parte del M-19.

Luz Amparo Jiménez elabora la línea de tiempo del M-19.

Por otro lado, Ricardo Villa, diputado en el Magdalena, anunció pública y oficialmente que regalaría toda la plata de su salario al M-19. Así lo hizo. A Ricardo lo mataron en 1991.

El M-19 adquirió muchos bienes en la década de los setenta. Se invirtió mucho en la comercialización de vehículos. La empresa distribuidora de vehículos más grande de Pereira era nuestra; después, en los ochenta, se vino abajo. También desarrollamos una red de venta y adquisición de productos médicos de importación y exportación, que al final nos sirvió de fachada para hacer la operación del Cantón, aunque era principalmente un negocio. En conclusión, hubo un interés por tratar de hacer negocios con el fin de legalizar y generar recursos para la organización.

Al principio, nuestra contabilidad era estricta y los recursos no estaban centralizados. Éramos revolucionarios de tiempo completo, pero nadie nos pagaba. Entonces, cada quien en su regional debía generar recursos. Esa política se desarrolló cada año y buscaba que cada columna consiguiera su propia economía. Cuando nos fuimos a montar el Frente del Cauca, en el Naya, nos llevamos dos millones de pesos, seis revólveres y una escopeta. Así mismo, cuando se armó el Frente de Antioquia, nos llevamos diecisiete millones de pesos.



Línea del tiempo del M-19.

Los tipos de finanzas que tuvimos se dieron por medio de relaciones con la delincuencia común, pues el mundo de la ilegalidad y la legalidad estaban interrelacionados. Teníamos muchos amigos en el sector financiero, que nos daban información para saber qué banco asaltar de acuerdo a la cantidad de dinero que hubiera. También tuvimos relaciones internacionales que nos ayudaron económicamente. Los Tupamaros, por ejemplo, que habían conseguido protegerse de todo lo que estaba pasando, nos enseñaron a robar bancos. También nos relacionamos con los argentinos del ERP. Todo eso nos ayudó a formar una cultura que no teníamos consolidada.

Los compromisos que generaban las finanzas estaban basados en el cumplimiento objetivo de los planes. En esa época, los planes eran fundamentalmente políticos en cuanto al crecimiento y fortalecimiento de la organización, tanto para las móviles como para las estructuras urbanas. Además, para cada operación que se hacía, había un dinero para la estructura y dinero para la parte militar. Nosotros éramos una estructura político militar, es decir, no había un cuadro nuestro que se considerara solo militar; éramos cuadros generales. Por eso, a nosotros no nos funcionaba la profesionalización, porque no veníamos de las tesis leninistas.

Éramos revolucionarios de tiempo completo y nadie nos pagaba por eso. Pero, con los recursos que recibíamos, los cuadros podíamos mantener un trabajo político. Por esos días, nosotros decíamos: "Ningún hombre del M-19 puede no tener expresión política, ni un trabajo que no lo relacione con la comunidad. Si es así, no está funcionando".

En conclusión, con los recursos había que sostener el trabajo político o comunitario. Podemos decir que construimos escuelas que todavía hoy funcionan. Una es la de Villatina, en Medellín, que no operó formalmente durante los años en que estuvimos en la ilegalidad. La misma comunidad la mantuvo con vida. Cuando hicimos el proceso del acuerdo de paz, una de nuestras exigencias fue legalizar esa escuela. Al final, el Ministerio de Educación la incluyó. Lo mismo pasó con los procesos de Marinilla, El Peñón, Cauca, Cesar y Santander. Entonces, si el enfoque de relacionamiento con la comunidad era el de una organización político militar, las finanzas tenían que corresponder a eso. Es decir, no se podía ser parte del M-19 y no tener una relación con el entorno del colegio o la escuela.

En los años ochenta, el sector financiero permaneció como nuestro objetivo de acciones político militares. Llevamos a cabo algunos secuestros de personal de la banca nacional. En los años setenta, buscamos afectar principalmente a los directivos de las multinacionales por medio del secuestro. En esta época, algunas estructuras se especializaron en finanzas, pues el Estado había mejorado la seguridad de los bancos. La especialización nos permitió seguir desarrollando acciones en ese sector. También se fortaleció el secuestro selectivo. Pero la organización no tenía una lógica de extorsiones en lo urbano ni en lo rural. Por el contrario, como no era nuestro objetivo económico, se mantuvo una lógica de respeto por el inversionista pequeño y mediano. También hicimos algunas inversiones legales e ilegales. Fueron ilegales en cuanto a la fuente de los recursos. Pero estaban legalizados. Por ejemplo, en algunas zonas nos metimos en el mundo de los San Andresitos e hicimos inversiones en transporte marítimo y aeronáutico, todas fallidas.

En la década de los ochenta, obtuvimos un gran recurso con la toma de la Embajada de República Dominicana. Este suceso nos proporcionó el tanque más importante para el desarrollo de nuestra estructura militar, además de las acciones mencionadas. El gobierno de Julio César Turbay nos entregó el dinero a través del ministro del Interior en el proceso de negociación de la liberación de la embajada. Gracias a esos recursos, erigimos estructuras militares con un armamento importante. También pudimos hacer entrar unidades armadas a

territorios en el Chocó y Nariño. El armamento utilizado fue comprado en Panamá, donde también adquirimos un barco para movilizar a los guerrilleros hacia esas zonas.

En esa época, las relaciones internacionales facilitaron el tipo de finanzas del movimiento. Esas relaciones se dieron con amigos en otros países, pero no con Estados. La relación fue de doble vía. Nosotros apoyamos económicamente a los sandinistas, a los salvadoreños y a los peruanos del MRTA, entre otros. En ese campo internacional hubo también apoyo técnico, como en Libia, donde mandamos a treinta compañeros a hacer cursos. De Cuba ni de ningún otro gobierno nunca recibimos plata.

De otra parte, nosotros nunca tuvimos caletas. Teníamos otra mentalidad. Las caletas son para gente con mucha plata que necesita guardarla. Nosotros, con el dinero que llegaba, comprábamos cosas para la organización. Cuando adquirimos el barco, lo hicimos con plata prestada del ELN, que todavía debemos. Ese barco se utilizó para una operación conjunta de la Coordinadora. Ese barco cayó en Jamaica con toda su tripulación, en la cual estaba El Paisa. El barco se quedó encerrado en República Dominicana. Después lo recuperamos y lo llevamos a Panamá, donde lo vendimos.

Sobre la relación con el narcotráfico, nosotros conocimos a todos los narcos importantes de la década de los ochenta, a los del Cartel de Medellín, Cali, Norte del Valle y Cartagena, entre otros. Incluso conocimos a Alberto Rentería y a los Rodríguez. Pero eso fue en una etapa diferente. Por ejemplo, los Rodríguez, en su etapa inicial, antes de ser los capos del Cartel de Cali, merodearon por las izquierdas del Valle del Cauca. Es fundamental entender bien lo que sucedió en los años sesenta en el país, pues los fierros no explican todo. De esa experiencia de cercanía en torno a las izquierdas vinieron las personas que después tuvieron su desarrollo en el movimiento guerrillero. Por eso, Iván Marino Ospina conoció a los Rodríguez; por eso, porque crecieron juntos, se dio una relación entre Bateman y Jaime Guillot. Por ejemplo, Guillot le prestó una vez un avión a Bateman para llevar armas de La Guajira al río Orteguaza, en Caquetá.

En los años ochenta, se desató una guerra entre la familia Ochoa, del Cartel de Medellín, y el M-19, que produjo un gran número de muertos y dificultades en ambas estructuras. El enfrentamiento terminó con la liberación de Martha Nieves Ochoa y de algunos compañeros nuestros retenidos por ellos. Hicimos un acuerdo que nos comprometió a no volver a secuestrar a personas cercanas a ellos. Ellos se comprometieron a no afectarnos. Ahí entendimos

que en el narcotráfico existen rupturas como las que hay en la sociedad. Es decir, allá hay sectores ligados profundamente a la derecha y funcionales al Ejército, pero hay también otros mucho más libres. Por ejemplo, Margarita era amiga nuestra porque era de izquierda. Su esposo terminó siendo un actor asociado a los Gallardo, en Itagüí. Ser amigos implicaba que tanto ellos como nosotros sabíamos quiénes éramos. Eso no significó tener un vínculo con el narcotráfico. Eran relaciones con personas específicas.

Otro episodio importante se dio en Medellín en el marco de la tregua con el narcotráfico. Esa tregua estuvo por romperse por cuenta del secuestro del papá de Fernando Galeano, un actor relevante del grupo de Pablo Escobar en el Cartel de Medellín. Cuando se produjo ese secuestro, nos llamaron a decirnos que se estaba señalando al M-19 y que eso iba a significar una nueva guerra. Decidimos establecer una relación directa con Fernando Galeano y discutir el tema. Al final, el secuestro se resolvió por una intermediación nuestra con las FARC. Eso nos trajo, hacia 1989, una relación muy fuerte con ese sector, que incluía también a las Autodefensas del Magdalena Medio.

Cuando Jacobo liberó al papá de Fernando Galeano, en agradecimiento, el Cartel se ofreció a ser un enlace entre el M-19 y las Autodefensas del Magdalena Medio, que por esa época lideraba la guerra contrainsurgente. Fernando Galeano organizó una reunión en Pacho, Cundinamarca, entre los estados mayores de ambas organizaciones. Asistieron Gacha, Henry Pérez, Otero, Lesmes y Eduardo Ramírez. El M-19 expuso las razones del proceso de paz que empezaba y solicitó a las autodefensas respeto a ese proceso. Todo eso se dio en tiempos de los asesinatos de miembros de la UP y de líderes sociales en todo el país, justificados bajo el mensaje de que los comunistas se iban a tomar a Colombia.

Todo ese fue un contexto de relaciones fluidas entre personas del narcotráfico y el M-19.

Por último, respecto a lo financiero, una buena parte de los recursos del M-19 salían del bolsillo de nuestros militantes. Cuando estaba en Medellín con Gloria, nosotros teníamos un trabajo fuerte en la Comuna Noroccidental, de Castilla al barrio Picacho. El sector democrático del Partido Liberal tenía un concejal famoso entonces en Medellín. Teniendo en cuenta nuestra consigna nacional de gobernar, decidimos hacer cabildos abiertos y llevar al Concejo del municipio a sesionar en los barrios. Hablamos con los liderazgos políticos para que autorizaran desarrollar esa propuesta. Siendo aún una organización clandestina, nos reunimos en el Edificio del Café con Álvaro Uribe, entonces senador de la República,

que autorizó a su concejal a participar en ese ejercicio democrático. Además, nos financió el almuerzo del cabildo.

Fabio Mariño, Álvaro Jiménez y Luz Amparo Jiménez.

Fabio Mariño, excombatiente del M-19

Lo que acaba de expresar Álvaro sobre las relaciones y los alcances del M-19 en términos de finanzas hay que medirlo de acuerdo a la capacidad de fuerza. El M-19 nunca tuvo un jefe de finanzas que se hubiera volado o que hubiera sido capturado. Éramos una organización pequeña y no teníamos esas estructuras tan determinadas.

En 1984 se dio el momento político de las extradiciones. El M-19 estuvo en contra por su posición nacionalista contra el imperialismo. También se opuso un grupo de narcotraficantes que no estaban de acuerdo con ir a una cárcel estadounidense. El 13 de marzo de 1984, cuando llenamos la plaza de Bolívar en una protesta por la democracia, hubo pancartas de ese sector de los narcotraficantes. Decían: "¡No a la extradición!". Junto a esas pancartas había otras del M-19 que decían lo mismo. Eso fue creando la percepción de que podría existir una alianza entre nosotros y ellos, que después de lo del Palacio de Justicia fue muy bien trabajada,

organizada y orientada por nuestro enemigo. Popeye dijo que en una reunión entre Iván Marino Ospina y Pablo Escobar, de la que fue testigo cuando era un principiante en Medellín, el M-19 recibió dos millones de dólares para incendiar el Palacio de Justicia.

Sobra decir que es muy pendejo creer que podía servir de algo incendiar papeles de los que hay cuatro copias. Pero publicitariamente fue un hecho muy importante. A Iván Marino ya lo habían matado en ese momento que Popeye señala. Además, él todavía no era un personaje de confianza de Escobar como para estar en una reunión de esa magnitud. Pero los medios que tienen el poder tanto nacional como internacional han querido propagar esa versión y la han alimentado como pantalla para esconder otras cosas.

Para finalizar, es importante reafirmar que la economía del M-19 se basaba en una dinámica del día a día, dado el pequeño tamaño de las estructuras militares, más allá de que las estructuras de aceptación y participación política fueran muy grandes. En 1983, cuando el M-19 estaba aún en guerra, una encuesta mostró una favorabilidad del setenta y seis por ciento. Eso nos permitió llegar con fuerza a las negociaciones del 84, que lastimosamente no avanzaron mucho.

En las finanzas del M-19 había una participación económica de amores. Al escuchar a Álvaro decir que cada miembro debía financiarse, recordé que hay evidencia que muestra cómo hasta nuestras propias familias contribuyeron económicamente a la organización. Fue el caso de Marta Traba y García Márquez, entre otros. Por otro lado, hubo contribuciones de organizaciones como el sindicato Sofasa, que destinaban oficialmente recursos para el M-19.

En cuanto a la toma de la Embajada de República Dominicana, el M-19 pidió cincuenta millones de dólares y la liberación de quinientos presos como condición para soltar a los diplomáticos y los representantes de la Iglesia que estaban ahí. A los dos meses, por la inteligencia de la negociación entre el M-19 y Turbay, decidimos liberar a los prisioneros por una cantidad de dinero, que no estoy autorizado a revelar, y sin ningún preso. Políticamente, ese fue el momento de mayor crecimiento. Hubo una gran cantidad de personas que quisieron ser del M-19, y esa fue la razón de esa favorabilidad en 1983.

Grupo 4: Partido revolucionario de los Trabajadores – PRT

Si bien varios de los que entramos al PRT veníamos del PCC-ML, el PRT como organización nació a mediados de los años setenta. Éramos un grupo pequeño, más pequeño que el M-19, y nuestro énfasis siempre estuvo puesto más en el factor político que en el militar. Por eso, nunca tuvimos una guerrilla muy desarrollada y nuestras expresiones armadas estuvieron muy mal organizadas y armadas.

Cuando surgimos en los años setenta, nuestra política financiera tenía dos puntos centrales. Por un lado, buscaba apoyo en los propios esfuerzos, una política muy maoísta. Por el otro, estaban las comunidades. Esos dos principios se mantuvieron en los ochenta. Sin embargo, en esa época aparecieron también unos nuevos factores que ejercieron presión sobre la organización e hicieron que los principios financieros se transformaran.

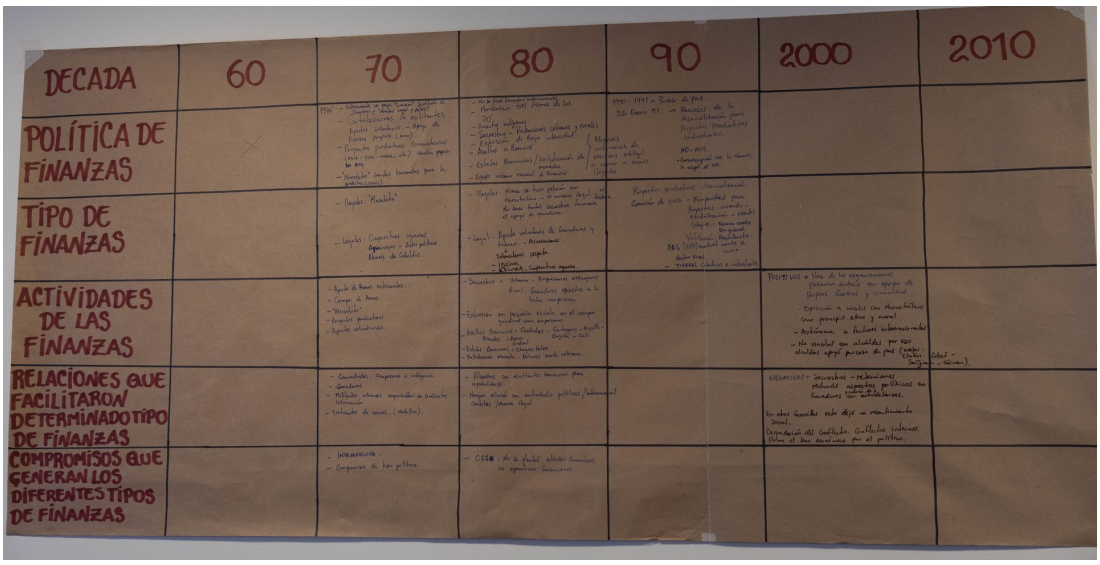
Gabriel Barrios y José Matías Ortiz discuten la línea del tiempo con otros integrantes invitados del PRT.

Esas presiones se dieron por la necesidad de fortalecer la expresión militar, traducida en la compra de armas y la manutención de los combatientes. El apoyo de las comunidades no era suficiente. Así aparecieron factores de economía ilegal como el secuestro y la extorsión, si

bien a pequeña escala. Nunca fuimos un gran grupo de secuestradores. Éramos parecidos al ELP, en cuanto a que los secuestros estaban dirigidos contra empresarios extranjeros y altos ejecutivos de compañías trasnacionales. Nunca se secuestró empresarios nacionales.

En el caso de las extorsiones en los años ochenta, fueron muy pocas y se concentraron en sectores ganaderos que se habían opuesto de manera clara a que se modificara la estructura agraria y la propiedad de la tierra en el país. También hubo ganaderos que colaboraron con la organización, sin que fuera de manera forzada. Lo hicieron por otras consideraciones. Es más, algunos ganaderos ayudaron a organizar campesinos en su desarrollo.

En pocas palabras, en las finanzas de la organización hubo expresiones ilegales y legales. En los años setenta, teníamos un muy fuerte arraigo en el sector de los campesinos en Montes de María, Magdalena, La Guajira y Córdoba. Había una política oficial del gobierno para que las organizaciones campesinas pudieran desarrollar cooperativas agrarias. Por medio de esas cooperativas agrarias, y gracias a la relación de la Corriente con esas organizaciones, se entregaron algunos recursos a la organización. Las comunidades campesinas también desarrollaron proyectos productivos colectivos cuyo destino era la organización. Así se cumplió con el principio de apoyarnos en las propias fuerzas y en las comunidades. El caso de los Montes de María fue más famoso por una práctica que llamábamos "mataditos". Consistía en entrar en una hacienda y matar unas reses para alimentar a la organización militar y a la comunidad.



Línea de tiempo del PRT.

En los años ochenta, no desarrollamos de manera orgánica ninguna relación ni ningún acuerdo con los carteles del narcotráfico. Por el contrario, tuvimos un debate interno y asumimos la posición de que la organización no debía vincularse con el tráfico ni con el consumo o la siembra de marihuana y coca. A pesar de estar en zonas de altos niveles de esos cultivos, el narcotráfico nunca nos permeó. Es más, desde la postura ética y moral de la Corriente y sus militantes, lo rechazamos.

También relacionados con la financiación en los ochenta estuvieron los asaltos bancarios en los que nos enfocamos como una estrategia para golpear a la oligarquía y al sector financiero. También hicimos estafas, para lo cual falsificamos dólares con la ayuda de un tipógrafo especializado. Los dólares falsificados no los vendíamos ni los poníamos a circular en Colombia. Los negociábamos en Perú, Venezuela y Ecuador. En Venezuela, por ejemplo, tuvimos buenas relaciones con grupos armados con que había reciprocidad. El fruto de esta relación fueron los muchos asaltos bancarios que se realizaron en Venezuela, no en Colombia.

Entre las actividades financieras estaban la compra de armas, los proyectos productivos y los aportes voluntarios de la militancia establecidos en los estatutos. Tuvimos profesionales de la revolución a los que la organización no les pagaba un sueldo, sino que les daba ayuda para su sostenimiento. Lo mismo ocurría en otros grupos de la época. Hoy me pregunto cómo nos sostuvimos durante tanto tiempo en esas condiciones. Algunos sindicatos respaldaron a esos profesionales, pero no eran recursos significativos. En el sindicalismo tuvimos apoyos importantes de dirigentes y trabajadores del sector financiero y bancario, que nos daban información útil para los asaltos y otras acciones.

Es importante mencionar que no tuvimos ninguna relación con el narcotráfico. Tampoco recibimos nunca dinero de otro Estado o de un movimiento revolucionario de otro país. Y no hubo tampoco relación con los gobiernos locales o el gobierno nacional. Por ejemplo, la relación con los cubanos empezó en 1986, cuando fui en una comisión de la CGSB. En ese viaje no nos dieron más que el alojamiento. Sí logramos algunas ayudas en formación militar con los libios y los vietnamitas, pero como Coordinadora y no como PRT.

Por otro lado, sí tuvimos una relación con traficantes de armas, pues obviamente necesitábamos comprarlas, fueran nacionales o de Panamá, donde por cierto todos nos surtíamos. Además, como al comienzo no teníamos una formación militar fuerte, desarrollamos alianzas

con grupos ilegales de atracadores profesionales de bancos, que nos transmitieron una parte de su experiencia. Eso después nos permitió actuar de manera independiente.

En conclusión, nuestro manejo de las finanzas y las alianzas que tuvimos nos dieron autonomía absoluta frente a los gobiernos locales, regionales e internacionales, así como frente a los movimientos sociales. En este sentido, tampoco financiamos otros movimientos, ni a nivel nacional ni internacional, ya que nunca contamos con los recursos suficientes para ello.

En el contexto de nuestra participación en la CGSB, no se planteó el desarrollo de una política financiera común ni de acciones que ayudaran a la financiación de la totalidad de los grupos que la integrábamos. Sí hubo acuerdos entre dos organizaciones para ayudarse económicamente, pero fueron acuerdos bilaterales.

Más allá de las dinámicas de financiación de los años sesenta, setenta y ochenta, las organizaciones tenemos que hablar también de las estrategias económicas que resultaron de los procesos de negociación y entrega de armas en los noventa, cuando ya estamos en la legalidad. Nosotros nos desmovilizamos el 26 de enero de 1991, después de llevar la propuesta a la CGSB y atestiguar la oposición de los comandantes Jacobo, Marulanda y Pizarro. Por eso hicimos el proceso solos.

La Comisión de la Verdad necesita hacer un análisis distinto para esa época. Ya no había formas de organización ilegal, pero sí surgió un fenómeno que fue la obtención de dineros del gobierno en virtud de los acuerdos. Esos recursos financiaron proyectos productivos individuales y eso fue un error en esas negociaciones de 1990 y 1991. De los trescientos proyectos que iniciaron en 1992, tres años después ya no existía ninguno por falta de acompañamiento, capacitación y formación. Fue un fracaso. Parte de esos proyectos productivos se gestionaron a través de la Fundación Promover Formación Especializada, la ONG que creamos a raíz de los acuerdos. Además del componente productivo, hubo proyectos de salud, como las Administradoras de Riesgos de Salud, ARS, la mutual de los Montes de María, proyectos de vivienda como los barrios Ciudadelas de Paz, de electrificación, de colegios y de infraestructura pública, como vías secundarias y terciarias y puentes.

El punto más complicado de la implementación fue lo referente a las tierras. El centro eran los proyectos productivos, pero la mayoría de los terratenientes o ganaderos no aceptaron eso. La consecuencia es que algunos compañeros terminaron muertos y otros, desplazados. Las

tierras abandonadas se convirtieron en tierras despojadas. Ese tema fue muy doloroso para nosotros. Pero algunos proyectos relacionados con tierras se han logrado mantener a pesar de las dificultades.

Al hacer un balance global de todas esas experiencias, surge algo positivo: nuestro énfasis en el apoyo de las propias fuerzas y en la participación directa de las comunidades, no solo de campesinos en Sucre, sino también de indígenas en el Cauca. Además, se destaca la oposición a cualquier vínculo con carteles del narcotráfico, sostenida sobre principios éticos y morales. También fue positiva nuestra autonomía frente a factores de poder internacionales. Por ejemplo, en una reunión en Libia, el propio Gadafi nos propuso sembrar células de la guerrilla colombiana en Estados Unidos. Se ofreció a financiarlas con el objetivo de actuar militarmente contra el gobierno de ese país. Por supuesto, la propuesta nos pareció una locura y la rechazamos. Otra cosa más, es que no tuvimos vínculos con poderes locales y por eso no entramos en una lógica de presiones por parte de ellos.

Somos conscientes de las implicaciones negativas que trajo el manejo de elementos de economía ilegal como los secuestros y las extorsiones. Sabemos que fueron el fermento que dio origen a fenómenos que después ocasionaron consecuencias negativas tanto para las comunidades como para las organizaciones guerrilleras. Por eso, creo que el resentimiento social que se dio en algunas regiones contra la guerrilla tiene como base la degradación del conflicto, y está relacionado con las equivocaciones que tuvimos las expresiones guerrilleras.

Óscar Ospino, excombatiente de las AUC

En relación con los proyectos de parcelación en la costa atlántica, lo que pasó muchas veces fue que se daban tierras a través del INCORA que luego eran parceladas y entregadas a campesinos, los que a su vez terminaban vendiéndolas. La tendencia no fue siempre el despojo, como menciona Matías. Por ejemplo, al EPL le entregaron una finca en Chiriguaná, Cesar, donde montaron un proyecto con apoyo del gobierno. Pero no funcionó y terminaron vendiendo la tierra.

Gabriel Barrios, excombatiente del PRT

Las tierras que mencionó Matías son aquellas que fueron entregadas específicamente a los reinsertados. Por ejemplo, a diez compañeros del PRT nos fue entregada una finca como

José Matías Ortiz presenta la línea de tiempo del PRT.

Los participantes llenan la línea de tiempo del PRT.

resultado de la desmovilización. Pero cinco de ellos fueron asesinados, y el resto estamos vivos solo porque abandonamos la tierra. Lo mismo les sucedió a quienes estaban en Sucre y el Carmen de Bolívar. Esa dinámica de violencia fue uno de los problemas que tuvimos como reinsertados. En 1998, creamos una asociación de reinsertados, donde estaban EPL y PRT. Sucedió que todas las tierras entregadas a los reinsertados, al menos el noventa y cinco por ciento, fueron abandonadas por los problemas de violencia.

El PRT nació por discrepancias con el PCC-ML. Por eso, la intención de la organización fue corregir cosas como el problema de la orientación y la definición del trabajo de cada sector. Por ejemplo, teníamos una Comisión de Masas en la que convergían dirigentes campesinos y sindicales y diferentes expresiones de la comunidad. Nuestra crítica estuvo dirigida al hecho de que las fuerzas insurgentes se estaban midiendo por la capacidad militar, no por su capacidad política para resolver problemas.

En Colombia, más de diez grupos guerrilleros se han desmovilizado por separado. La unidad no se ha logrado ni siquiera en las negociaciones con el gobierno y la desmovilización. Esto ha influido en el trabajo con las comunidades, pues esa multiplicidad de acciones ha incidido negativamente en las bases sociales. En nuestro caso, la incidencia en las bases fue muy fuerte y eso nos dio la oportunidad de hablar con todos los representantes de las fuerzas sociales. Así nos dimos cuenta de que todos teníamos la misma visión sobre la falta de una línea clara en relación con la relación con las masas. Ese posiblemente fue un factor que no permitió la construcción de un movimiento social capaz de participar en el cambio buscado.

Lo que sucede en el país es muy grave y peligroso. A pesar del acompañamiento de instancias internacionales, nadie ha podido frenar la violencia contra el pueblo colombiano. Es increíble que un grupo que se acaba de desmovilizar ya cuente a más de ciento cuarenta asesinados. ¿Será que eso puede ayudar a consolidar un proceso de paz? Esto que estamos haciendo tiene que estar articulado con la búsqueda de soluciones a los problemas del país. La verdad debe estar articulada con la transformación del país.

Grupo 5: Autodefensas Unidas de Colombia – AUC

Iván Roberto Duque, excombatiente de las AUC

Esta exposición sobre las autodefensas campesinas la haré junto con Rodrigo Pérez y nuestro fin será hablar sobre las dos generaciones que hubo en esa expresión organizativa. La primera generación existió entre los años ochenta y la aparente desmovilización de esos grupos en 1991. La segunda fue aquella que lideraron los hermanos Castaño, que no intervinieron de manera protagónica en la primera, a pesar de que Fidel Castaño Gil tuvo un papel muy importante en 1989.

En los primeros meses de 1982, el gobierno de Turbay Ayala creó el Estatuto de Seguridad Nacional, que decretó, desde el Estado y las Fuerzas Armadas, una persecución política dirigida contra todas las expresiones de izquierda democrática consideradas auxiliadoras de la guerrilla, incluyendo al movimiento sindical. Esa política estuvo acompañada de la constitución de tribunales militares para juzgar a civiles. También en esa época, en Puerto Boyacá fue designado un alcalde militar, una medida común para mantener el orden público cuando se declaraba el Estado de Sitio estipulado en la Constitución del 86. Ese militar se ganó rápidamente el cariño y la admiración de ganaderos y comerciantes. Pero eso no sucedió con las bases populares afines a las actividades de las guerrillas en las zonas del Frente 22, 11, 4, 24 y Bernardo López Arroyave, entre otros.

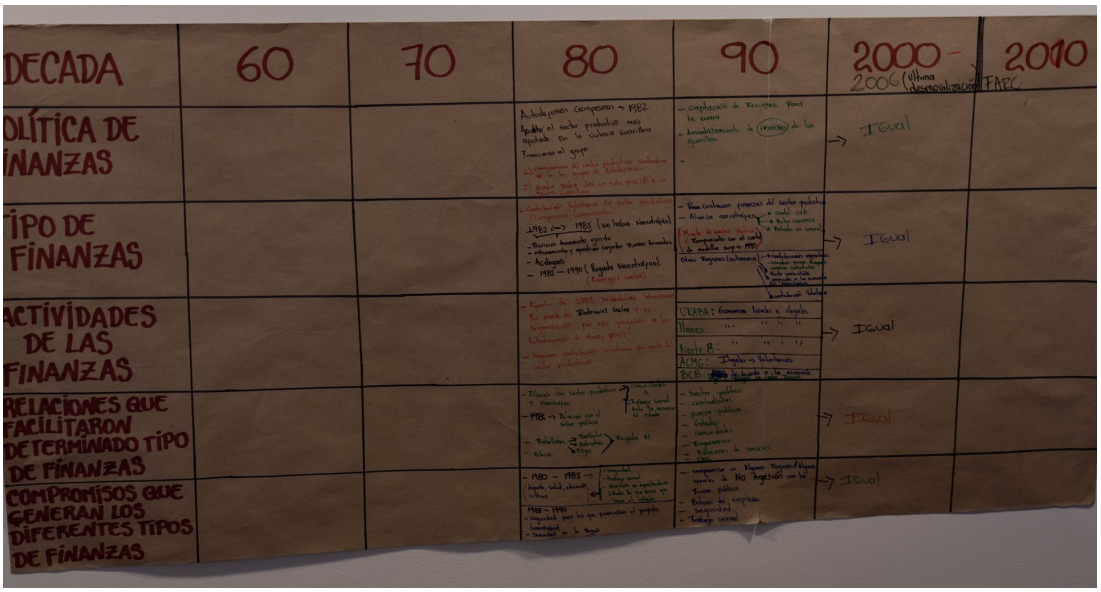
La fortaleza de la guerrilla en la zona del Magdalena boyacense y santandereano condujo a muchos ganaderos a abandonar sus fincas, en especial por los secuestros. Eso ocurría en una zona permeada por líderes de organizaciones como el Partido Comunista, la Unión Nacional de Oposición, el MOIR y el Partido Liberal. En ese contexto, en 1982 se reunió en Medellín un grupo de cerca de doscientos cincuenta ganaderos, comerciantes y agricultores de Puerto Boyacá y toda su área de influencia: Dorada, Puerto Salgar, Honda, Mariquita, Puerto Nare, La Sierra, Puerto Berrío, Cimitarra y otros poblaciones, hasta llegar a Santa Helena del Opón. En la reunión estuvo el mayor del Ejército Óscar Echandía Sánchez, que luego fue alcalde de Puerto Boyacá y Sabana de Torres, donde impuso un modelo de hierro, sangre y fuego y de donde salió con una orden de captura.

José Eleazar Moreno, Nodier Giraldo, Iván Roberto Duque, Rodrigo Pérez, Óscar Montealegre y Óscar Ospino completan la línea del tiempo de las AUC.

En esa reunión en Medellín, convocada por el mismo Echandía Sánchez, Carlos Loaiza, Eduardo Ramírez, Guillermo Tobón, Guillermo Panesso y Gonzalo de Jesús Pérez (padre de Henry de Jesús Pérez), los asistentes se acusaron entre sí de pagar impuestos a las guerrillas. Desesperado por esa situación, un sector propuso entonces declarar la guerra no solo a las guerrillas, sino también a quien les diera dinero. Se dio un acuerdo prácticamente unánime en dos sentidos: primero, no pagar más impuestos extorsivos y segundo, conformar una fuerza de choque. Henry Pérez fue quien más insistió en este segundo punto.

En la reunión también hubo quienes expresaron una mayor disposición a financiar esos grupos de choque que a seguir pagando a las guerrillas o impuestos al Estado. Ese fue el comienzo de las autodefensas.

De inmediato, comenzó un proceso de reclutamiento que no contó con escuelas de formación militar, aunque un coronel del Ejército aprobó ese proyecto desde el primer momento. El problema inicial fue cómo iniciar una ofensiva desde la persuasión de los campesinos y colonos, con el fin de quitarles el ropaje social que la guerrilla les había puesto.



Línea de tiempo de las AUC.

Así surgió la ACDEGAM, cuyo primer secretario general fue Henry de Jesús Pérez. Desde sus inicios se trazaron las políticas de financiación, que de inmediato apuntaron hacía el aparato productivo, que debía pagar impuestos de acuerdo al número de hectáreas de cada quien. Cuando comenzó, la asociación reunió a ciento cincuenta hombres, que empezaron a patrullar todo el territorio de influencia de Puerto Boyacá. Era claro que perder la guerra financiera era perder la guerra militar. Si los recursos no estaban asegurados, iba a ser muy difícil dar la pelea.

Los batallones Bárbula, Voltígeros, Patriotas y Reyes le ofrecieron una gran colaboración al naciente grupo mediante sesiones de entrenamiento, material de intendencia y otras cosas. Pero el armamento largo había que conseguirlo en las fronteras, donde nadie compra un fusil con pesos colombianos. Eso hizo urgente buscar estrategias de financiación.

Después vinieron las épocas de los acuerdos de paz con las FARC-EP en La Uribe y de la CGSB, sin el ELN, pero con M-19, el EPL y la ADO, entre otras. A nosotros no nos quitaron el sueño ese contexto de paz de Belisario ni esos años sabáticos que vivieron ellos en La Uribe. Lo que sí nos lo quitó fue el anuncio en 1985 sobre la conformación de un partido político, al que los miembros de las Farc paulatinamente se irían incorporando. Inicialmente, se habló de que trescientos guerrilleros gozarían de la amnistía del gobierno como parte del camino de las FARC hacía la vida civil. Ese hecho nos movió un paso hacia adelante: intervenir la política.

Para ese momento, éramos una organización campesina que no se había extendido más allá del área de influencia ya mencionada. Cuando fui secretario, los recursos anuales sumaban alrededor de cuatrocientos millones de pesos mensuales; el setenta por ciento lo absorbía la ACDEGAM y el resto se destinaba al grupo armado.

Nuestra primera estrategia fue un éxito, pues nos ganamos al campesinado. Todo en el Magdalena Medio giraba en torno a la ACDEGAM. Era más importante que la alcaldía y el batallón. Puerto Boyacá funcionaba como una de aquellas repúblicas independientes de las que se hablaba en el gobierno de Guillermo León Valencia. Todavía estaba vigente la Ley 48 del gobierno de Lleras Restrepo, así como las normas dictadas en 1964. En ese contexto, la idea general en Puerto Boyacá era que las autodefensas eran legales.

Al anuncio de la creación de la UP se sumó un hecho que se ha estudiado poco: el acuerdo entre el Secretariado de las FARC y otras unidades de esa guerrilla con Gonzalo Rodríguez Gacha pactado en los Llanos Orientales en 1982, 1983 y 1984. Esa verdad no se puede esconder. En ese contexto, yo participé en una reunión con alias El Mexicano en una finca en Puerto Boyacá, donde me dijo: "Vengo a invitarlos a que libremos una batalla campal contra las FARC. Fueron mis trabajadores inicialmente, después mis socios y ahora son mis competidores". De ahí vienen los acuerdos que Gacha hizo con Henry, y con eso comenzó la etapa crucial de las autodefensas intervenidas por el narcotráfico. Entonces, se empezó a hablar de cultivos emergentes, de economía cocalera y de la instalación de laboratorios o cocinas en el Magdalena Medio.

Para 1986, Pablo Emilio Guarín, un representante a la Cámara, le expresó a Henry Pérez sus objeciones. Si las FARC habían acudido a la economía del narcotráfico para financiar la guerra, era claro que había que hacer lo propio para no desaparecer. Pero nadie podía permitir que Henry Pérez, el comandante en jefe de las autodefensas, se volviera un subalterno de El Mexicano. Lo mismo advertí yo, pues en efecto todo lo que hacíamos tenía que pasar antes por su aprobación, incluso nuestros documentos. En conclusión, ya era claro que la intervención del narcotráfico en las autodefensas iba a envilecer el conflicto, tanto en las FARC como en las autodefensas.

También en esa época ocurrieron cosas con la fuerza pública. Todo militar objeto de una orden de captura ingresaba a las AUC. Tuvimos cabos, capitanes, mayores, sargentos y coroneles que fueron no solo nuestros instructores militares, sino también valiosos contactos

con la alta oficialidad del Ejército y la Policía. Esa relación con los militares fue crucial ante la necesidad de intervenir en la política. Estaba por darse la reforma constitucional que estableció la elección popular de alcaldes, ya llegaba el auge de la UP y se venía el ascenso de personas como Braulio Herrera, que ya se destacaba en el Congreso de la República como un gran opositor de las autodefensas.

Todo eso exacerbó los ánimos y disparó las pasiones. Y ocasionó el exterminio de la UP. Hablo de exterminio por lo siguiente. Durante todo el tiempo que existió la UP en la arena política, la influencia de las FARC duró apenas dos años, pues hacia 1987 se produjo la escisión de la UP con esa guerrilla. En aras de la verdad, debemos reconocer que lo que inicialmente motivó a las autodefensas a atacar a la UP fue el hecho de que fuera un elemento de las FARC. Pero esa violencia dejó de ser un argumento a partir de 1987, pues ese año todo el país conoció la escisión. Fue a partir de ahí, entonces, que se desató una guerra sistemática de exterminio.

En ese momento, nosotros éramos una organización muy poderosa, que había nacido de las contribuciones del aparato productivo local y regional y ahora había caído en las manos del narcotráfico. Esa alianza pervirtió el conflicto. Los mandos medios y altos empezaron a hacerse ricos y con eso vino una desviación ideológica altamente nociva.

En 1989 murió Rodríguez Gacha, un personaje vital en la organización. Además, Luis Carlos Galán fue asesinado y las autodefensas empezaron a sentir la acción punitiva del Estado. La fuerza pública persiguió a Henry y eso terminó llevándolo, ya en los años noventa, a volver las armas contra Escobar, uno de sus antiguos socios y financiadores. A partir de ahí, el enemigo más visible, la guerrilla, no era quien nos quitaba el sueño. Pasó a serlo Pablo Escobar. Esa guerra hizo que el Estado empezara a mirar a Henry Pérez con simpatía, tanto el DAS como el Ejército, la XIV Brigada y la Presidencia de la República. Incluso, la DEA le puso los ojos a Henry. Esa es la historia de Colombia: el Estado convoca bandidos para combatir a otros bandidos.

Tras el asesinato de Henry Pérez en 1991, por medio de una intervención importante del M-19, las autodefensas accedieron a una desmovilización. Pero fue una desmovilización como la de los 2000, imperfecta, improvisada e irresponsable. El efecto inmediato fue el advenimiento de la segunda generación de autodefensas, todavía más violentas que las anteriores.

En el caso concreto del Magdalena Medio, las instituciones que pertenecían al Bloque de Búsqueda entendieron que con Pablo Escobar solo iban a poder Los Pepes, expresiones

nítidas del paramilitarismo y parte de Los Extraditables. En resumen, la primera generación de autodefensas tuvo una fuerte influencia del narcotráfico. Contaron además con comerciantes prósperos como Víctor Carranza, que tuvo un papel importante en el conflicto. Eso lo denunciamos en Justicia y Paz, pero no pasó nada.

La muerte de Escobar en 1993 dejó a las autodefensas con los brazos caídos, sin saber qué hacer. Y nadie pensó que a Fidel, después del importante papel que tuvo en la lucha contra Pablo Escobar, solo le quedaba un mes de vida. Ahí surgió la nueva etapa, la de Carlos y Vicente Castaño, y yo seguí en las autodefensas, a pesar de haber pagado ya dos años de cárcel en ese entonces.

Esta fue una pequeña síntesis de la contribución que el narcotráfico nos hizo, de cómo el Estado apoyo a la organización y de cómo esos desatinos criminales terminaron pasándole la cuenta a la UP y no a los trescientos guerrilleros que volvieron a las FARC tras la escisión, porque creían que ese modelo iba a acabar con el odioso bipartidismo de este país.

Como controlábamos la elección popular de alcaldes, el candidato que recibía nuestro apoyo suscribía un convenio que lo comprometía a cumplir a cabalidad su programa de gobierno. Al año, reuníamos a la comunidad para hacer una evaluación. Eso les encantaba a las comunidades, aunque fuera completamente ilegal. Así, haciendo rendir cuentas a los políticos regionales, nos ganamos a mucha gente.

Además de los recursos de las contrataciones, captábamos dinero del erario por medio de fundaciones, de las que llegamos a tener cerca de dieciocho debidamente legalizadas y organizadas. Fueron la suma de pequeños ACDEGAM. En el Magdalena Medio, Rodrigo manejaba el bloque y yo respondía por la línea política. Ahí resultó muy interesante ese modelo de fundaciones y lo expandimos a Santander, al Magdalena Medio antioqueño, al Bajo Cauca, a Bolívar, al Eje Cafetero y al sur del país.

Para finalizar, la razón por la cual nos opusimos a la zona de despeje, a pesar de que ya la habían establecido en San Vicente del Caguán, fue porque no fue de despeje sino de despojo. Además, en el norte, el ELN pretendía ganarnos en la mesa política lo que había perdido en el campo de batalla. Con nuestra oposición al despeje de Cantagallo, San Pablo y Yondó, demostramos que el gobierno no tenía nada que hacer en esos territorios. Allá, el Estado limitaba con nosotros, y nosotros no le entregamos un centímetro de tierra al Gobierno ni al ELN.

Me voy a referir al segundo periodo que Iván Roberto mencionó al final de su intervención, pero específicamente en relación con el Bloque Central Bolívar, que estuvo bajo mi mando en el sur de Bolívar y el Magdalena Medio santandereano y antioqueño. Aclarar eso es importante, pues las autodefensas tuvieron muchas tipologías, distintos *modus operandi* y diferentes formas de financiación.

En el Bloque Oriental, la orden que recibí fue la de financiar las estructuras con las economías importantes de cada región. Cuando llegamos al sur de Bolívar en 1998, encontramos un mar de coca, una fuente de financiación de los grupos guerrilleros. Comandantes como Gallero, Marquitos y Julián estaban directamente vinculados con la economía del narcotráfico: cultivo, producción, transporte y exportación. En la región estaba Darío Pérez, un narcotraficante proveniente del Tolima, muy amigo de Julián. Esa relación me llevó a ordenar su muerte unos años después, pues a pesar de la relación con nosotros él seguía entregando información y negociando con Julián para la financiación del ELN.

Cuando llegamos al sur de Bolívar, decidimos convocar a todas las personas que se lucraban de esa narcoeconomía en los distintos niveles de la cadena. En 1998, encontramos allá más de once laboratorios, que les pagaban impuestos a las guerrillas del ELN y las FARC, en especial al comandante del Frente 24, alias Guevara. Al entrar a la zona, noventa y seis hombres estaban bajo mi mando; dos años después, eran más de mil. Esa fue la dimensión del impacto que tuvo el narcotráfico en la guerra. Entrenar y dotar a un hombre costaba alrededor de quince millones de pesos. Estos detalles aparecen relacionados en un informe que le entregamos a las Fiscalía titulado "Los costos de la guerra".

Llegamos en 1998. Un año después, ya teníamos una clínica perfectamente dotada con personal médico. También teníamos una buena armería, trece escuelas de entrenamiento y unidades de acción urbana en todos los municipios del sur de Bolívar. Cuando nos retiramos definitivamente de la región en febrero de 2001, nuestro pie de fuerza estaba compuesto por mil doscientos hombres.

En el informe que menciono, están relacionadas la creación del estamento financiero y las personas que por orden de Carlos Mario Jiménez se encargaron del recaudo y acopio de la base de coca. Éramos toda una empresa dedicada a generar recursos para financiar la guerra. Por otro lado, se impuso un impuesto a la cerveza Bavaria. No era un tributo que nos pagaran

desde la gerencia de Bogotá, pero los distribuidores acordaron un impuesto de alrededor diez mil pesos por caja. En pocas palabras, las finanzas provenían de esa economía, puesto que como no encontramos ganaderos no podíamos cobrarles impuestos a ellos. Así, el narcotráfico financió la guerra en el sur de Bolívar. Se compraron muchos fusiles, necesariamente con dólares.

Cuando entregamos el mando en el sur de Bolívar en 2001, los hombres de Carlos Mario Jiménez tomaron el control sobre la región. Nos trasladamos al Magdalena Medio santandereano, a la provincia de Mares, Puerto Wilches, Sabana de Torres, el bajo río Negro y Barrancabermeja. Las finanzas cambiaron. En esa región, la economía legal e ilegal giraba alrededor del petróleo, y por eso allá la guerra se financió con el hurto de combustible. Nosotros acabamos con una empresa que se pudo haber llamado "El cartel del combustible", que venía pagándoles un impuesto a los grupos guerrilleros que operaban en la zona, ELN, EPL, FARC.

En la región, el hurto de combustible era un tema social. Recuerdo que una vez un investigador de la Policía Judicial que había viajado a Barrancabermeja para un operativo nos contó sobre una casa que había sido identificada como un lugar de almacenamiento de combustible. Cuando llegaron, no encontraron nada. Pero de repente un policía abrió la llave del lavaplatos y el combustible empezó a brotar. Esa era la magnitud de esa problemática social. La deserción escolar era muy alta. En cada esquina había jóvenes y niños vendiendo el combustible.

A ese cartel que había ahí nosotros no le cobramos impuesto, sino que lo acabamos y nos apropiamos del negocio en la zona. Lo hicimos en asociación con la fuerza pública, a la que debíamos pagarle un dinero semanal para poder pasar tranquilos. En una sola noche de finales de 2001, alcanzamos a hurtar hasta trescientos mil galones de combustible. Necesitábamos urgentemente comprar fusiles para abrir dos frentes más por orden de Carlos Castaño.

Las cifras de dinero provenientes de ese negocio eran impresionantes. No hablábamos de cuatrocientos millones de pesos mensuales, sino que ya eran miles de millones los que costaba poner a funcionar todo el aparato de guerra. En Santander, teníamos tres fuentes de financiación. La principal era el hurto de combustible. Después, estaba el impuesto o la vacuna que se cobraba a los ganaderos y a todo aquel que tuviera un número determinado de hectáreas productivas (diez mil pesos anuales por hectárea hasta 2001; posteriormente, doce mil). Por último, estaban las contrataciones relacionadas con Ecopetrol y los municipios. Aquí

cobrábamos un pago de entre el uno y el cuatro por ciento de cada contrato a las empresas contratistas de Ecopetrol que, calculábamos, eran más de cuatrocientas. También hubo una influencia de la minería ilegal en el sur de Bolívar y en Segovia, Antioquia.

En el informe al que me he referido, entregamos los detalles de toda la operación, de los aliados, los compradores, los lugares, las dinámicas, etcétera. En conclusión, las economías ilegales del sur de Bolívar y del Magdalena Medio nos permitieron el crecimiento que tuvimos. Teníamos recursos para que todo el estamento político funcionara debidamente. Incluso, creamos una bolsa de empleo acordada con los líderes de las JAC. Todas las empresas contratistas debían dejarnos unos cupos para emplear a la gente de las comunas. Los centros de salud eran atendidos por personal nuestro, pagado por nosotros en cada una de las regiones. Todo se financiaba con esos recursos de las economías regionales.

Por último, también desarrollamos acciones políticas como las tres marchas de oposición al despeje, financiadas por las autodefensas con recursos provenientes de esas mismas líneas de financiación.

Fredy Rendón, excombatiente de las AUC

Las autodefensas estuvieron en casi toda la geografía nacional. Para conocer todas las relaciones con actividades económicas ilegales y carteles económicos nacionales o internacionales, tendríamos que escuchar a cada comandante de cada región. En mi caso, me voy a limitar al Bloque Élmer Cárdenas, cuya zona de influencia fue el Urabá: el norte de Antioquia (Necoclí, San Juan y Arboletes, San Pedro y Turbo), el norte de Chocó sobre el Caribe (Acandí, Unguía, Riosucio, Murindó, Bojayá y Vigía del Fuerte) y, desde finales de 2002, la zona de nacimiento del río Sucio (Cañasgordas, Frontino, Uramita, Dabeiba y Parque Nacional Natural Paramillo).

El Bloque Élmer Cárdenas no tuvo ninguna relación directa con carteles nacionales o internacionales. Tuvimos unos financieros en Antioquia, que cobraban impuestos por el tráfico de drogas hacia el exterior y por el ingreso de contrabando al país. En nuestras otras zonas de jurisdicción, no se realizaron actividades de ese tipo, pues no había cultivos de coca, marihuana o amapola; en ningún municipio del Chocó, desde la frontera con Panamá hasta Quibdó, se encontraba ni un palo de coca. Hoy la historia es diferente, todo está inundado

de cultivos. Así mismo sucedió en el occidente antioqueño, en la entrada al Urabá, donde tampoco encontramos zonas de cultivos.

Por otro lado, tampoco había oleoductos para crear una economía basada en el petróleo. Sí hubo, en cambio, un impuesto a los ganaderos con actividades productivas en una propiedad de más de doscientas hectáreas. Cobrábamos diez mil pesos por hectárea al año. Esa información fue entregada a la Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía. También se cobraba un impuesto a los transportadores y contrabandistas que transportaban combustibles y a quienes participaban en el transporte de maderas. En el Atrato, los impuestos a las actividades madereras eran superiores a los impuestos al tráfico de drogas. Eso se debía a que la actividad maderera ha sido la economía de todos los municipios que mencioné. Hoy persiste el daño al medioambiente en esa región, pues la única posibilidad de la gente es vivir de pescar y de sacar maderas.

En cuanto a las relaciones con organizaciones internacionales, Edwar Cobos explicó en una intervención pasada algo sobre eso. Yo me voy a referir específicamente al ingreso de armas al país, pues es la actividad que me competía en la organización. Por nuestra zona, entró el cincuenta por ciento de las armas de las nuevas autodefensas. Con mis compañeros hemos coincidido en que para traer un barco de Europa y hacerlo llegar a Urabá sin ningún problema se contó con la bendición de la CIA. Una segunda carga de armas llegó de Centroamérica; pasó tanto por México como por la policía nicaragüense. De esas dos grandes cargas de armas hemos hablado en el proceso de Justicia y Paz.

En cuanto a la fuerza pública, en Urabá nosotros no le pagamos nada, porque allá ellos ya tenían sus arreglos con los que sacaban droga al exterior. En esa época, en la zona solo había dos carreteras que entraban al Urabá. Una, la que venía de Montería, funcionaba porque nosotros la habíamos arreglado. Entonces, toda la mercancía que entraba y salía pasaba por el occidente antioqueño. A pesar de haber retenes y puestos de control, siempre llegaba. Seguramente, todo el mundo recibía su pago.

En 1994, en las autodefensas vi como el mar se iluminaba de noche, tanto en la zona de Santa Marta como en Necoclí y en Turbo. En esas zonas de puerto, desde los niños hasta los policías cargaban cajas que pasaban a camiones que después tomaban rumbo hacia Medellín. A veces, podían ser caravanas de más de veinte vehículos lideradas por un carro Suzuki, cuyos tripulantes hacían todos los arreglos para que no nos pararan en ninguna parte. Ya en Medellín

descargábamos las cajas en la zona de San Cristóbal, y de ahí se movían al otro día al Diamante y a los San Andresitos. Eso lo viví de cerca, porque cuando era pequeño trabajé en esos camiones.

En mi caso, no me correspondió la relación con las empresas bananeras porque el norte de Urabá era jurisdicción del Bloque Bananero. En esa zona, hay veinticinco mil hectáreas de banano que les pertenecen a ocho dueños. El plátano en el norte y en la zona de Bajirá les pertenece a treinta mil familias que usan la misma cantidad de hectáreas de cultivo cada una.

Algunos compañeros, tal vez por ganar protagonismo, han dicho que Vicente vendía franquicias. Es importante aclarar que yo nunca viví eso. Lo que sí sucedía era que toda pista y toda salida al mar por donde pasaba la droga debía pagarle a la casa Castaño un porcentaje de la producción de treinta o cuarenta por ciento. Ese era el caso en Nariño, por los lados de Tumaco, que era un centro de exportación de cocaína.

Nodier Giraldo, excombatiente de las AUC

Como menciona el compañero Fredy, nosotros no operábamos de una forma piramidal. Así como en ciertas zonas había grandes bloques y grupos, en otras operaban autodefensas netamente campesinas, como sucedió en la Sierra Nevada en 1982, cuando llegaron las FARC con unos ideales y con el objetivo de sembrar su proyecto político.

Yo fui comandante financiero del Bloque Resistencia Tayrona a partir de 1996. Sin embargo, puedo referirme al periodo entre 1982 y 1996, porque fue contado en Justicia y Paz. Además, fui testigo de ese relato por medio de Hernán Giraldo, mi tío. En 1982, las autodefensas arrancaron porque tenían tres opciones: se unían a las FARC, se desplazaban o se organizaban para defenderse. Algunos campesinos decidieron organizarse para enfrentar la subversión. Le hicieron un llamado al Estado, y eso resultó en un acompañamiento del Ejército durante unos seis meses. Después volvieron a quedar solos.

En esa época, los aportes con que se financiaba la organización eran voluntarios. Sus integrantes eran personas de la región, hijos de campesinos. El entrenamiento lo hacían en el Ejército, pagando servicio militar, y cuando salían volvían al grupo. En otros casos, el entrenamiento era rudimentario y se basaba en el conocimiento empírico de cada uno sobre la guerra. La participación de los muchachos era voluntaria porque no se pagaba ninguna nómina. Se hacía por convicción. Las políticas para los aportes consistían en dar lo que se

pudiera o se tuviera, como escopetas y ganado. Además, en la época de la bonanza, se pedía a los marimberos aportar armas al grupo. En ese periodo, la organización tenía el nombre de Autodefensas Campesinas de Hernán Giraldo, o Los Chamizos en Santa Marta.

En 1990, la bonanza marimbera se acabó y todos quedamos en el aire, sin finanzas. A la gente se le había olvidado que había que sembrar alimentos y pronto comenzaron a llegar los cultivos de coca. Tras la experiencia de la marihuana y ante las problemáticas de la zona después de las fumigadas, Hernán nos dijo que era necesario buscar otras formas de financiamiento. Pero las comunidades manifestaron que la única forma de generar ganancia era a través de la coca. Allá no había inversión social y las empresas que llegaban no terminaban involucradas en lo nuestro porque no teníamos políticas de secuestro ni extorsiones.

En consecuencia, hasta 1996 se siguió sin pagar nómina a los que participaban. Dos años antes, en la zona había irrumpido la economía del narcotráfico. Eso permitió empezar a cobrar impuestos a la ilegalidad, tanto a los traficantes de sustancia como a quienes transportaban contrabando proveniente de La Guajira. En esa época, muchos empresarios ya colaboraban de manera voluntaria. Pero hay que decir que, si uno llegaba armado y solicitaba un apoyo, el empresario no se iba a negar. En algún punto ya dejamos de saber si un aporte era voluntario o producto de la intimidación.

En 1998 y 1999, se empezó a recoger finanzas de la base de coca que llegaba del sur de Bolívar y Caucasia para ser procesada. Así mismo, se cobraba impuesto a la producción que sacaba el campesinado. Cuando llegaba el narcotraficante a procesar kilos de pasta, nosotros poníamos a alguien a acompañarlo para así poder contar y cobrar el impuesto. También cobramos impuestos a quienes transportaban la mercancía y la sacaban por lancha. No obstante, se mantuvieron los aportes voluntarios de comerciantes y finqueros.

A finales de 2001 se dio un giro por cuenta de la conformación de las Autodefensas Campesinas del Magdalena y La Guajira, un grupo más grande y organizado con sus propios comandantes. Ese año ocurrió una confrontación con el Bloque Norte, de la casa Castaño. Duró unos tres meses, como resultado de la falta de comunicación y de algunos errores, y la consecuencia fue que desaparecimos como Autodefensas Campesinas del Magdalena y La Guajira comandadas por Hernán Giraldo y terminamos adheridos al Frente de Resistencia Tayrona del Bloque Norte. Perdimos nuestra autonomía al resultar supeditados a una comandancia militar de la casa Castaño. Hernán quedó como comandante político y social.

Ahí, nos dijeron que la guerra no se podía sostener con aportes voluntarios ni con la venta de vacas y que todo el mundo tenía que pagar, tanto el grande como el mediano empresario, así como todo el que estuviera involucrado en las economías ilegales. Así empezó el cobro de cuotas a las bananeras, a las fincas de la parte baja, al comercio y al transporte. También se abrieron las relaciones con los políticos regionales para que hicieran sus aportes por medio de la celebración de contratos, entre otras cosas. Pertenecíamos a un Bloque y, a través de Rodrigo Tovar Pupo, alias Jorge 40, teníamos que rendir cuentas a la casa Castaño.

Los cultivos ilícitos se habían expandido al punto que en la Sierra dejó de haber comida. Tocaba bajar a comprarla. Ante esa crisis, Hernán ordenó que por cada hectárea de coca se sembrara una hectárea de comida. Posteriormente, en 2003, se apoyó el Plan Colombia y así llegó el Programa de Familias Guardabosques, que daba un incentivo económico a las familias para que erradicaran. En apoyo a eso, le enviamos una carta a la embajadora de Estados Unidos, Anne Peterson. También nos tocó organizar a los campesinos, pues la plata que llegaba se la tomaban. No hacían nada con ella.

Independientemente del cargo que pudiera tener en el campo militar —compra de armamento, pago de nóminas—, lo que le sobraba al frente se invertía en obras sociales. Esa dinámica empezó en los años ochenta y noventa, y siguió después de la adhesión a las AUC.

En 2005, para el proceso de desmovilización nos volvimos a independizar. Ya habían llegado las fumigaciones del Plan Colombia, y los aportes financieros del narcotráfico se habían reducido. La organización se sostenía del comercio público, del transporte y los finqueros. Eso siguió así hasta la desmovilización.

En cuanto al armamento, el primero se compró en Venezuela, el segundo se trajo de Panamá y el tercero tocó comprárselo al Bloque Norte. En el arreglo de 2002, se cuadró un porcentaje: el sesenta por ciento para la casa Castaño y el cuarenta para sostener el frente y crecer. Nos pusieron a trabajar y a pagar impuesto. Eso continuó hasta que nos desmovilizamos en 2005. Como sucedió en todas las organizaciones, ese proceso trajo problemas y desconfianza. Pero sobrevivimos a la catástrofe y logramos consolidar los trabajos sociales, llegar a la desmovilización y continuar hasta hoy en estos procesos.

Óscar Ospino, excombatiente de las AUC

Para dar continuidad a lo expuesto por Nodier, voy a hablar de la experiencia del Bloque Norte. En de Justicia y Paz, ese Bloque aparece como un ejemplo del expansionismo efectivo de las AUC. En 1986, se arrancó con doce hombres; para 2000, ya éramos más o menos tres mil quinientos, y al momento de la desmovilización, había cuatro mil quinientos en diecisiete frentes, entre esos el Frente Resistencia Tayrona. En el Bloque Norte había unas políticas antisubversivas y de control social, político y de recursos. En la política de recursos, la orden era financiarnos de la economía de la región, con contribuciones legales o ilegales. En ese sentido, se cobraban anualmente diez mil pesos por hectárea a los ganaderos con más de cien hectáreas, y treinta mil por hectárea de caña, banano o palma.

Más allá, nos financiamos por un tiempo de los oleoductos que pasaban por la zona, de piratería terrestre y del narcotráfico en La Guajira y Sierra Nevada. Jorge 40 implementó una política de representación de las regiones, que consistía en cobrarle a cada contratista un impuesto del diez por ciento sobre el contrato. Con esos impuestos se financió un proyecto político desarrollado en diferentes zonas del Bloque Norte. En el Magdalena, se denominó La Provincia Unida; en el sur del Cesar, El G11, y en el centro del Cesar, El G8.

El compromiso era brindar seguridad y tener un control social y territorial en la zona. Con los recursos obtenidos, el Bloque Norte, a través del Frente Social, en cabeza de Sonia, alias La Sombrerona, desarrolló actividades sociales como la construcción de hospitales, puestos de salud y vías, proyectos de electrificación, la profesionalización de médicos en países como Brasil, el financiamiento de la educación secundaria y superior de muchos jóvenes de la región y proyectos de vivienda, entre otros.

La relación con los financiadores era estrecha, especialmente con los ganaderos y empresarios. También se tenía cierta coordinación con las Fuerzas Militares.

José Eleazar Moreno, excombatiente de las AUC

Pertenecí al Bloque Centauros que operó en los Llanos Orientales, parte de Cundinamarca, Arauca, Guaviare y Casanare. En particular, en el Guaviare siempre ha habido un problema grande de narcotráfico, sobre todo de cultivo. En el caso de San Martín, nuestro centro de operaciones, hablamos de un municipio extenso, pero completamente improductivo

porque sus tierras están contaminadas con óxido de aluminio. Además, en esa zona la tierra está repartida en extensiones grandes. La Unidad Agrícola Familiar, por ejemplo, estaba contemplada en mil ochocientas hectáreas, pues para que una res se alimente se necesitan aproximadamente diez hectáreas. Además, químicamente la tierra es muy mala.

En esa región, también encontramos un problema muy grave en la inasistencia del Estado, reflejado en las pocas vías que hay. Aún hoy no hay una vía a Mapiripán, y eso obliga a usar trochas, algo muy difícil en el invierno. Todos esos elementos juntos hacen que la comunidad termine viviendo de una economía ilegal de narcotráfico. Ese grave problema social, que nosotros evidenciamos cuando estuvimos en la zona, aún persiste. Cuando hicimos la desmovilización, pensé que el Estado entraría al territorio con presencia militar y, si no, con presencia social e institucional. Esta es la hora que nada de eso pasa. Lo único que se ve son los distintos grupos armados que siguen llegando a disputarse el control territorial.

Yo entré en 1998 a la organización, cuando ya estaba posicionado Manuel Pirabán, que tenía las autodefensas independientes de San Martín. Al llegar a la zona, ya había un trabajo armonizado entre él y las ACCU, que estaban ingresando con sus políticas. Me enviaron a formarme a Urabá en 1999. La indicación fue clara en lo relativo a la financiación, establecida por estatutos. Respecto a los secuestros, no se usaba ese concepto, sino el de la retención arbitraria de quien apoyara o financiara grupos de guerrilla. Se le retenía y se le quitaba su base económica.

Una política de financiación era intervenir todo el comercio para quitar las rentas a la guerrilla. Nos dimos cuenta de que una manera de asfixiarla en la zona de la cordillera era mediante la intervención del ingreso de comida. Bloqueábamos las rutas, y a quien encontrábamos tratando de movilizar comida se la quitábamos y la redirigíamos a nuestros frentes. Algunas veces, las repartíamos en mercados a los campesinos.

Por otro lado, se cobraba impuesto por hectárea de cultivos, así como a los dueños de las cocinas para la producción de drogas. También se cobraba impuestos a los narcotraficantes relacionados con la guerrilla. Esos eran impuestos más altos. Es decir, a quienes trabajaban o colaboraban con las guerrillas se les hacía un trabajo fuerte con el objetivo de impactar a la guerrilla.

Otra medida era hacer retenes en las carreteras. Para eso, se creó en 2001 el Frente Capital, que hacía inteligencia en abastos y analizaba su economía, pues de ahí salía toda la comida de las FARC. Nosotros bloqueábamos todos los camiones que iban con comida para ellos.

Esas estrategias financieras nos permitieron construir una economía fuerte para sostener a más de tres mil hombres en constante enfrentamiento con las FARC y las ACC. Una parte de esa economía estaba dirigida al trabajo social que hacíamos con las comunidades.

En la zona, era obligatorio que todo el mundo, así fuera la persona de los tintos, aportara a la organización, así fuera una contribución simbólica. Eso se hacía para disuadirlos de denunciarnos y para involucrarlos más. No sé hasta qué punto lo hacían de forma voluntaria; creo que la mayoría lo hacía por miedo. Los distribuidores de grandes empresas como Bavaria negociaban con nosotros para pagar algo por la mercancía que ingresaba. Nunca pudimos negociar en alto nivel, porque las grandes empresas saben cubrir muy bien a las altas cabezas.

Otra política, aplicada en especial con Miguel Arroyave, fue el apoyo en la organización y el funcionamiento de las veedurías, dada la fuerza que venía cobrando la corrupción. Yo denunciaba eso, pero, como no era un comandante sino un simple ideólogo, desafortunadamente era muy difícil influir en esas decisiones.

Cuando se dijo que las AUC tenían el treinta y cinco por ciento del Congreso, nosotros no estuvimos de acuerdo. Si bien pensábamos que había que utilizar a la clase política tradicional, eso no quería decir que estuviéramos de acuerdo y que hubiéramos apoyado. Esa clase política debió haber estado en Justicia y Paz, porque sus malos manejos, sus redes políticas y su corrupción acabó con Colombia.

Como bloque, tuvimos también mucho trabajo social. Después de hacernos el espacio en la comunidad, terminaba la misma comunidad pidiendo recomendaciones por quién votar. Entonces, no necesitábamos estar pidiendo votos. Mi recomendación a los comandantes era evitar tener un solo candidato, sino apoyarlos a todos dejando clara la posición de la organización de autodefensa, sin casarnos con ninguno. Esa dinámica nos ayudaba a evitar el desgaste político. Pero hubo políticas de las ACCU que nos ordenaron a intervenir en la política más de frente.

Al llevar labores de seguridad a través del control territorial, estábamos de cierta forma prestando un servicio a terrenos, empresarios y propietarios. Nuestra estrategia fue ir tomando posesión e ir avanzando, y eso nos permitió liberar zonas y llegar a puntos estratégicos.

Si la guerra con las ACC no nos hubiera desgastado tanto, habríamos logrado hacer más obras sociales. En plena guerra con ellos, llegamos a tener el número más grande de combatientes. Tras la muerte de Miguel Arroyave, los hombres se dividieron y quedaron repartidos en tres grupos: el Bloque Centauros, que se desplegó al Casanare; el Bloque Héroes del Llano, en la zona de San Martín y alrededores, y el Bloque Guaviare, con el comandante Cuchillo. Esa división partió la actividad militar, política y financiera. Después, el proceso de desmovilización lo hicimos junto con las autodefensas en Guaviare.

SEGUNDA PARTE: ¿QUÉ SIGNIFICARON PARA EL PAÍS ESOS MEDIOS DE FINANCIACIÓN?

Álvaro Jiménez, excombatiente del M-19

Hay un elemento de la etapa inicial mencionado por Iván Roberto que casi siempre se mira sin mucho detalle y tiene que ver con el rol y los agentes del Estado. Por ejemplo, Iván Roberto habló sobre algunos mayores y coroneles, pero no sobre los generales de unidades como la XIV División que asumieron una responsabilidad en la estrategia del asesinato de los líderes políticos y sociales de los años ochenta. Lo propio sucedió con funcionarios del DAS y con el mismo DAS, que terminaron encargados de coordinar con las autodefensas del Magdalena Medio.

Entonces, queda la sensación de que hubo unas guerrillas y unas autodefensas que se involucraron en unas guerras, sin aparente responsabilidad del liderazgo político e institucional de las Fuerzas Armadas. Ese es un factor importante, que incluye preguntas por el rol de Jaime Castro en la dinámica política en la región o el del general Maza, que conocí en esa época.

Cuando Carlos Pizarro decidió construir nuestro proceso de paz e incluyó en las conversaciones a las autodefensas del Magdalena Medio, Henry Pérez empezó a abrir su mundo de manera gradual para que nosotros lo empezáramos a ver. Llegó al punto de hablar con el general Landazábal Reyes, acompañado de Otero, en unas dinámicas complejas para nosotros, tanto en lo personal como en lo político. Todo eso se hizo a escondidas. Poco a poco, lo hemos ido contando. Lo mismo ocurrió con el viaje que hice con miembros de las autodefensas a

Álvaro Jiménez.

Montería para conocer los desarrollos de Jesús María López Gómez en relación con un ingreso de armas en la zona del Golfo de Morrosquillo, la primera andanada de armas importante que tuvieron las Autodefensas del Magdalena Medio.

Entonces, ¿cuál fue el nivel de vinculación y articulación de la estructura institucional en esos procesos y su desarrollo final? Es necesario construir ese elemento para articularlo con lo demás. No es un tema de buenos y malos, sino de las dinámicas de una sociedad que no ha sido capaz de construir procesos de democracia para dirimir sus conflictos y diferencias, y para construir un Estado y una nación.

Iván Roberto Duque, excombatiente de las AUC

Las AUC no habrían tenido ese desarrollo si el Estado no hubiera incumplido sus funciones. Nosotros no fuimos un paraestado, nosotros fuimos un Estado real en el Magdalena Medio. Allá hubo una autoridad, y esa autoridad era Henry. Nosotros dictábamos las normas de

convivencia y los impuestos, controlábamos el territorio, y monopolizábamos las armas. Hacíamos todo lo propio de la naturaleza del Estado.

Es cierto que hubo sectores de la institucionalidad más metidos en ese proceso. En alguna diligencia de Justicia y Paz, afirmé sin vacilaciones que el DAS era la institución más paramilitar de la historia del país. Cuando Uribe tomó la decisión de acabar con el DAS, me pregunté por qué en Colombia ese tipo de medidas tienen que llegar tan tarde. Después de Puerto Boyacá, el DAS siguió teniendo un papel importante. En un libro que escribí, había un capítulo titulado "La impunidad: un segundo crimen contra Galán", donde hago un relato minucioso de cómo la penetración de las Fuerzas Armadas y del DAS en las autodefensas hizo posible ese magnicidio. Sin esa contribución, habríamos gozado de todos los frutos de la inteligencia y talento de Galán Sarmiento.

En conclusión, no es posible pensar en el origen de la organización de autodefensas sin citar al narcotráfico y al Estado. Muy distinta habría sido la evolución del conflicto en Colombia si el narcotráfico no hubiera puesto huevos en todos los nidos. Tampoco habría sido posible el desarrollo de este modelo civil armado de las autodefensas sin la intervención y el apoyo del Estado. Me refiero no solo a las Fuerzas Armadas, sino también a los organismos de inteligencia, a la corrupta clase política que hasta el último día de nuestra desmovilización se apoyó en nosotros para llegar al Congreso de la República, y a sectores de la sociedad que apoyaron este proyecto.

¿Cuál es la responsabilidad que recae en el empresariado, por ejemplo, en el Valle y en eventos como la masacre del Naya? ¿Habría podido no ocurrir lo del Naya, si el empresariado caleño y valluno no hubiera financiado los doscientos cincuenta hombres que Castaño envió allá? Esto lo hemos narrado con detalle en Justicia y Paz, incluso hemos dado nombres. ¿A qué verdad histórica vamos a llegar? Algunos dicen que no hemos dicho la verdad, pero hemos grabado más de dos mil horas de testimonios y denuncias. Gran parte de esa verdad se ha perdido y ya no existe. La expusimos y maliciosamente se extravió.

¿Qué pasó con los centenares de denuncias sobre el papel asesino del Estado que hicimos en Justicia y Paz y no fueron ni siquiera presentadas a la justicia ordinaria? El tema de la impunidad en el caso de Maza Márquez fue posible, a pesar de que en los medios de comunicación, en reuniones, conferencias y espacios de justicia repetimos cuál había sido el papel de ese hombre considerado entonces el mejor policía del país. Vivimos en una mentira, en

unos mitos, en unos ídolos de barro. A mí me causó asco ver a ese personaje presentándose como candidato a la presidencia de la República después de todo lo que tuvo que ver en el ocultamiento de los verdaderos autores de la muerte de Luis Carlos Galán.

María Camila Moreno, ICTJ

Recogiendo las reflexiones de hoy, veo una triada: las economías de guerra, el narcotráfico y la Guerra Fría. Con economías de guerra, nos referimos a una característica propia de las organizaciones al margen de la ley, y es el entronque para la sostenibilidad entre las economías legales y las ilegales. La economía ilegal no se sostiene si no hay una relación con la economía legal.

Esto se puede comprobar empíricamente a partir de los ejemplos expuestos sobre cómo en regiones como el Magdalena Medio la economía de guerra alrededor de la gasolina hizo que se crearan unos circuitos económicos en torno a las economías ilegales. Por un lado, esa relación hizo que esas economías fueran sostenibles en el tiempo y por el otro lado, que incluso impulsaran a las economías regionales.

Esas economías de guerra han ido mutando en el tiempo, y hoy hemos visto cómo las características de cada región configuran las economías de guerra de los grupos armados. Las economías locales van abriendo las oportunidades de financiación de las organizaciones.

En cuanto al narcotráfico, ya contamos con varias contribuciones que lo muestran como el combustible de la guerra desde hace muchos años hasta hoy. Sin embargo, también ha sido funcional al sistema capitalista actual posindustrial. Es decir, está incrustado en el modelo económico y político mundial.

En cuanto a la Guerra Fría, somos un país que todavía vive en sus dinámicas y lógicas. Estas nos dejaron instalada la idea de que puede ser válido matar al enemigo si es un "comunista". Hasta las organizaciones ideológicamente más radicales de izquierda acudieron al narcotráfico para financiarse. Eso significa que se sirvieron del aspecto más capitalista de la economía, y eso podría plantearse como una contradicción.

Un elemento pragmático constante que hemos visto en las sesiones es la idea de que el fin justifica los medios. Se hizo de todo para ganar la guerra, para tomar posiciones y vencer al enemigo. Valdría la pena preguntarse si esa idea tan propia de nuestra sociedad es también

una herencia de nuestra guerra, puesto que posiblemente fue un elemento menos visible que permitió que hubiera una guerra tan prolongada.

Wilson Barrios, excombatiente del PRT

Lo expuesto sobre las dinámicas de financiación nos permite reafirmar el alto grado de degradación del conflicto armado colombiano. Los que nos iniciamos en la lucha revolucionaria con el objetivo de cambiar el sistema y la sociedad, y de ser poder y gobierno, terminamos extraviados y atrapados en esas dinámicas perversas.

Así mismo, los compañeros de las autodefensas, que fueron una reacción a la afectación a sus bienes y empresas, terminaron extraviados en la trampa del narcotráfico y las economías ilícitas. En consecuencia, tampoco logran el objetivo que les dio el origen, que era el de acabar con la subversión y con la guerrilla.

Entonces, uno se pregunta cuánto perdimos en ese propósito, tanto los que nos levantamos en armas contra el Estado, como los que se levantaron en armas contra la subversión. Un elemento común en esas dinámicas es que tanto las guerrillas como las autodefensas nos levantamos en armas por ausencia del Estado, porque no lo veíamos presente para resolver las necesidades del pueblo. En estas narrativas, la responsabilidad del Estado es muy alta.

¿Cómo podemos lograr, a través de estos procesos de verdad y de justicia, que sean posibles la presencia del Estado, la justicia social y la democracia por la que estamos luchando desde orillas diferentes? Lo que hoy se ha denunciado nos demuestra que el Estado sigue ausente, que la crisis ha empeorado y que se reciclan nuevas guerras. Este trabajo debe apuntar a ver cómo estas narraciones pueden contribuir a que esa historia cambie. Si estas narrativas no logran producir cambios, entonces tienen poco sentido.

Vera Grabe, excombatiente del M-19

Llegamos al consenso de decir que la responsabilidad es del Estado, pero el Estado también es una entelequia. ¿Qué es el Estado? ¿Y qué implica su ausencia o su presencia?

Hemos dicho que el narcotráfico es el combustible de la guerra y la corrupción. Sin embargo, varias personas que han estudiado el tema afirman que antes del narcotráfico ya había una cultura política que permitió que entrara como lo hizo. Es decir, se abre la pregunta sobre si vino primero el huevo o la gallina. ¿Por qué en otras partes el narcotráfico no pegó como en Colombia? Es un combustible, pero su fuerza es el producto de una política en este país, de la forma cómo se han construido las instituciones y el Estado.

Cuando se habla de estos temas, se plantea que la guerra son los que están en armas. Pero es una noción insuficiente, pues la guerra son también los políticos, los empresarios y las instituciones. Es decir, hay que entender la guerra como un entramado. La guerra no fuimos solamente nosotros; lo decimos las guerrillas y lo dicen también las autodefensas. La guerra no son solo las armas, sino también la economía de la guerra, la sociedad de la guerra, los medios de comunicación, los políticos y las costumbres, entre otros. Esos elementos nos ayudan a complejizar la mirada.

Cuando hablamos de economía, se trata de preguntar no solo cómo se financia una estructura armada, sino también por las relaciones con la comunidad. No es solo cómo se armaban los ejércitos, sino también qué tipo de economía nacía y se movía en las regiones. De ahí surge entonces una pregunta interesante sobre en qué medida la economía de guerra afectó o influyó en la calidad de vida de algunos sectores de la población. Es decir, es necesario entenderlo desde una mirada compleja, en tanto es un sistema.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

Creo que hubo expresiones de guerra civil. Las expresiones de conflicto y de violencia no se limitaron a los actores armados y eso se mostró en la financiación y en el control político. Tampoco llegamos, las guerrillas, a un levantamiento general, a una insurrección ni a una revolución, pero hubo algo de eso. Incluso creo que, entre autodefensas y paramilitarismo, y ese complejo que fue cambiante en circunstancias regionales, hubo apoyos sociales y redes interesadas. Hay un debate de fondo, y es la caricatura de los enfrentamientos de los grupos armados. Esa es una visión superficial de una expresión mucho más compleja.

No se puede absolutizar el tema del narcotráfico, porque en los sesenta y setenta hubo grupos armados sin alianzas con el narcotráfico, si bien hubo marimba en la región Caribe con

impactos hacia Antioquia. Y tampoco se trata de desestimar el narcotráfico. Ese fenómeno ha llegado tan hondo en la sociedad, que el modelo económico cafetero pasó a ser cocalero y luego agro minero exportador. El narcotráfico cambió las clases sociales y recompuso el modelo económico a fondo. Quiero, entonces, plantearlo como un problema estructural.

Tanto el EPL como las distintas guerrillas que hicieron acuerdos de paz fueron insurgentes hasta el día que firmaron los acuerdos; también tuvieron una intencionalidad y un programa político. Entonces, no comparto el cliché de que todos se volvieron narcoguerrillas. Hay también condiciones regionales y temporales distintas, hay autodefensas y paramilitarismo, incluso hay estructuras que no tuvieron como base central el narcotráfico. La intención es matizar la discusión.

Ildefonso Henao, Raquel Vergara y Álvaro Villarraga.

En el mismo sentido, creo que es peligroso afirmar que el conflicto se degradó con el narcotráfico, cuando la degradación de la violencia se empezó a vivir desde los años cuarenta y cincuenta. Las prácticas de extrema violencia y de sevicia vienen desde esos tiempos y fueron heredadas por las guerrillas de los guerrilleros liberales, que nutrieron especialmente a las

FARC, el EPL y el ELN. Los paramilitares también utilizaron prácticas de violencia extrema heredadas a su vez de los grupos de autodefensas de otras épocas. Es necesario cuestionar la posición sobre la degradación a partir de los años ochenta.

El Estado ha hecho la guerra, ha aplicado políticas de guerra sucia desde los años cincuenta con asesinatos políticos en masa y violencia antisindical. Hay muchos matices. Eso hace importante tener precaución con conclusiones apresuradas que no van al fondo de la crisis ni de los puntos circulares de nuestra historia relacionados con tantos ires y venires, pues acá no hubo un proceso de paz global.

Por último, si vamos a hacer un balance de lo que pasó en los procesos de reintegración a la vida civil, debemos entender que es complejo, que ha dejado muchos aprendizajes y algunas cosas positivas, por ejemplo, el éxito de la Constituyente, el logro del pluralismo político, un cambio en el sentido democrático. Pero también hubo muchos ataques y guerra desde distintos sectores.

Fredy Rendón, excombatiente de las AUC

Este espacio ha sido importante porque nos ha permitido escucharnos y concentrarnos en mirar cómo fuimos. Sobre el tema del narcotráfico, hemos visto la magnitud de los recursos que esta economía generaba. Me pregunto, entonces, ¿qué ha pasado con los recursos que han entrado con el narcotráfico al país? ¿Están en los carros de quinientos o seiscientos millones de pesos que pasan por las calles colombianas? ¿En los apartamentos de dos y tres millones de dólares?

Cuando era comandante del Bloque Central Bolívar, fui junto con Carlos Castaño a San Blas, en el sur de Bolívar. Allá toda la economía lícita, desde una aguja hasta un carro, estaba vinculada con el narcotráfico. Es decir, todos hemos de una u otra manera participado en el fortalecimiento de esta guerra.

Nosotros decidimos desmovilizarnos, porque ya éramos una organización muy infiltrada por el narcotráfico. Algunas de las unidades seguían más las órdenes de quién daba la plata que del comandante. Entonces, empezamos a plantearnos varias cosas: el Estado y su fuerza pública no eran los mismos que habían estado antes de 2001. Ya estaban fortalecidos y no se iban a dejar de la guerrilla. El narcotráfico estaba permeando todas las instituciones del Estado

y los grupos armados, y la tragedia humanitaria a la que había llevado esto era enorme. Se sumó el discurso de la guerrilla sobre que no se sentaría a negociar si aún existían los grupos de autodefensa. A raíz de todo eso, decidimos que no podíamos continuar y nos metimos al proceso de negociación.

Creo que Colombia ha ganado mucho con la firma de acuerdos con los grupos de autodefensas y con las guerrillas, principalmente con las FARC. Que nos escuchemos nos permitirá entender las cosas de maneras distintas.

Fernando Hernández.

Fernando Hernández, excombatiente de la CRS

Estamos viendo la riqueza a la que ya llega este intercambio de ideas entre nosotros. Estamos frente a dos modelos trascendentales de lo que está pasando en el país. Por un lado, el modelo de guerra, que persiste a pesar de que hemos hecho la paz. Esta es una guerra que tiene que ver con la estructura del modelo económico imperante, que es no solo capitalista y generador de

estructuras de desigualdad y desposesión, sino también neoliberal y, con sus multinacionales, agravante de los conflictos en todos los países del mundo.

Tenemos que pensar en el modelo de las nuevas guerras. Lo vemos en el momento global de las migraciones, que va a crear transformaciones en la economía. A partir de ahí debemos pensar la paz y cómo la construimos. ¿Cuál es la paz por la que vamos a apostar para que pueda haber reconciliación? Esa pregunta nos lleva más allá, pues necesitamos saber de qué Estado hablamos y qué Estado necesitamos cuando vemos en el mundo una crisis terrible de la democracia del modelo neoliberal. Nosotros, como grupos armados, nos convertimos en Estado en los territorios. Entonces, ¿cuál es la propuesta de Estado para este país? Es evidente que el modelo de Estado que tenemos no ha dado solución a la gente. Esto lleva a la generación de nuevas guerras, nuevos conflictos y nuevas contradicciones. Necesitamos una nueva propuesta de nación con las alternativas que se necesitan.

Lucía González, Comisión de la Verdad

Una de las limitantes de esta convocatoria es que a medida que avanzamos van surgiendo cada vez nuevos temas y discusiones. Hoy, por ejemplo, han surgido cuatro elementos.

Uno tiene que ver con las causas explicativas del conflicto, que por momentos tienen que ver con el narcotráfico. Pero queda entonces pendiente la discusión por las causas explicativas del narcotráfico.

Lo segundo es que está también pendiente trabajar a profundidad el modelo de desarrollo. Es decir, ¿cuál es el modelo que ha hecho y hace posible el conflicto? ¿Y qué tanto, consciente o inconscientemente, se ha apoyado ese modelo desde las economías ilegales?

En tercer lugar, hay que plantear una discusión sobre el Estado del que estamos hablando. No es suficiente insistir en una ausencia del Estado. Necesitamos saber qué tipo de Estado ha hecho presencia en los territorios y de qué formas, partiendo de unas dinámicas, políticas y estrategias que aún no hemos podido develar.

Por último, en las discusiones es necesario salir de la relación entre víctima y victimario. El objetivo es poder meternos en la complejidad del conflicto. Durante muchos años, nos hemos enfocado solo en saber quiénes han sido las víctimas y quiénes los responsables, pero no en qué asuntos permitieron que esta historia de conflicto sucediera. Sería importante nombrar

los aspectos de la cultura que han hecho posible la persistencia de la guerra, así como nombrar los daños que la guerra ha ocasionado en la cultura.

Capítulo 5

IMPACTOS DE LA GUERRA

Sesión del 15 de agosto de 2019

El conflicto armado interno en Colombia y las violencias que diferentes actores protagonizaron por más de cincuenta años produjeron un abanico de consecuencias e impactos que es conveniente examinar. Esto se hace aún más urgente considerando que la mayor parte de las organizaciones ya hicieron una dejación de las armas y que el conflicto se encuentra en una fase de cierre, a pesar de que todavía haya grupos que persisten en la violencia. Con ese fin, en esta sesión se llevó a cabo un análisis desde un enfoque territorial y temporal que permitiera identificar impactos diferenciados. La discusión tuvo como guía los siguientes temas: el territorio, la economía, la política, la democracia, la sociedad, la cultura, y los cuerpos y vidas de las mujeres.

La sesión se desarrolló en dos niveles. Primero, se discutió en dos grupos de trabajo, uno conformado por excombatientes de las AUC y de las guerrillas, y otro compuesto únicamente por exguerrilleros. Luego, los grupos presentaron sus conclusiones y abrieron así un debate colectivo.

El grupo mixto compartió algunas ideas sobre los impactos del conflicto en el medioambiente. Hablaron también sobre las economías ilegales y los controles territoriales de los actores armados; sobre el involucramiento de terceros; sobre el abandono del Estado, la falta de democracia y apertura política, y sobre cómo esos impactos diferenciados generaron dinámicas de conflicto y las intensificaron. Al final, dieron a conocer algunas reflexiones sobre la necesidad de una nación que rompa el ciclo de violencia y sobre cómo puede aportarse a eso.

Por su parte, el grupo de solo exguerrilleros modificó el enfoque de la pregunta y, más allá de hablar de las afectaciones del conflicto armado, hizo un énfasis en las transformaciones que han sido posibles en Colombia a partir de la historia del conflicto. Esa mirada sobre el contexto histórico permitió ver los aportes de las insurgencias a la democracia a la luz de su relación originaria con organizaciones sociales que quisieron empujar reformas y fueron expresiones sociales y populares de anhelos y propuestas de transformación. También pusieron el foco en

las negociaciones de paz que han permitido fortalecer procesos de democratización y apertura política, como en el caso de la Constitución de 1991.

La discusión final en el pleno buscó profundizar el abordaje de temas como la ruralidad, el narcotráfico y el contexto internacional en relación con cómo incidieron en el conflicto y las dinámicas de sus actores legales e ilegales.

Posteriormente, se propusieron cuatro preguntas orientadoras y se invitó al grupo completo a hacer reflexiones sobre aquello que pudo haberse ganado o perdido con la guerra. El ejercicio mostró opiniones opuestas. Algunos, principalmente los exguerrilleros del M-19, afirmaron que no habían perdido nada en la guerra, mientras que los excombatientes de las AUC y de guerrillas como el ELN, la CRS y el EPL señalaron grandes pérdidas tanto en lo personal como en aspectos fundamentales del país. Sin embargo, las miradas fueron diversas y fueron expuestas de acuerdo a contextos históricos, geográficos y temporales específicos. Su análisis exige considerar esa especificidad.

Un asunto central y común del diálogo fue la justificación de la decisión de tomar las armas. Los participantes comparten la opinión de que se trató de la única opción disponible para transformar el país en momentos históricos y políticos específicos. Esa actitud transformadora es la misma que les permite a muchos de ellos ser hoy unos luchadores por la paz, y eso, concluyeron, reivindica históricamente la decisión de alzar las armas.

El análisis de los impactos de la guerra, tanto los positivos como los negativos, se dio de una forma diferencial. Por un lado, los procesos de los años noventa dejan reconocer asuntos positivos como la apertura política y el cambio que implicó la Asamblea Nacional Constituyente. Algunos impactos negativos de esos mismos procesos se reflejan en el asesinato de líderes sociales y reinsertados tras las desmovilizaciones, una de cuyas facetas más dolorosas se mostró en los Montes de María. Por otro lado, los procesos de los 2000 pusieron al descubierto altos niveles de violencia y una grave afectación al país. Pero fue común la noción de que el país, no obstante, ha cambiado para bien y ha tomado caminos hacia la apertura. Una muestra de eso es el espacio de Narrativas de Excombatientes.

Lucía González, Comisión de la Verdad

En esta sesión, queremos saber más sobre los contextos explicativos y los impactos con el fin de determinar cuáles son los asuntos que la sociedad tiene que resolver o mejorar.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

Es indispensable hacer una referencia a lo que conversamos sobre recomendarle a la Comisión que permita integrar a las FARC en esta conversación, pues eso está escrito en el acuerdo. Coincidimos en subrayar eso como una urgencia y proponemos hacer reuniones adicionales para contarles sobre lo que este ejercicio ha significado.

Hay otra idea, que por ahora es solo una consulta a la Comisión, y tiene que ver con la posibilidad de que también participen aquí algunos exmilitares y expolicías. Lo decimos con base en la experiencia positiva de su integración en la mesa de diálogo en La Habana. Así podríamos completar el cuadro y obtener una mayor claridad.

Blanca Valle, ABC Paz

El ICTJ ya adelantó conversaciones con exmiembros del secretariado de las FARC y el resultado es que algunos de ellos vendrán a estas reuniones.

Hoy, la idea es que puedan trabajar pensando en los territorios donde estuvieron. Elegí el caso de Urabá, porque creo que casi todos estuvieron allá. La información que tengo, que proviene de la UARIV y se relaciona con todos los hechos victimizantes, va por décadas entre 1990 y el 1 de julio de 2019. Entonces, miremos por ejemplo el tema del desplazamiento en los territorios; por qué se dio, para qué y cómo. También será importante revisar el tema de la Policía y el magnicidio de la UP, así como lo que ha pasado en la sociedad y lo que pasa hoy con esa guerra entre el Estado y nuevos grupos armados.

Algo más es el tema cultural. Hemos visto que las comunidades indígenas y afrocolombianas han tenido que cambiar su cultura y que esa es una afectación que se mantiene. Algunas culturas nómadas se volvieron sedentarias y cambiaron así su forma de ser y estar en la tierra. Finalmente, hay que abordar también el tema de la mujer desde aspectos sociales y culturales. La violencia contra el cuerpo y la vida de las mujeres ha tenido un impacto que necesita análisis y reflexiones diferenciales. En el país, aproximadamente un sesenta y dos por ciento de las mujeres son cabeza de familia, y ya solo eso implica que las afectaciones de la mujer son distintas.

Lucía González, Comisión de la Verdad

En cuanto a la propuesta de Álvaro Villarraga de incluir a los militares, la Comisión de la Verdad está organizando encuentros con muchas personas para realizar muchos reconocimientos. Esa documentación la vamos a publicar. Sin embargo, hoy la fuerza pública no ha reconocido nada. Lo han hecho actores individuales, pero no en nombre de la fuerza pública. Algunos, incluso, han sido amenazados. Hay organizaciones de exmilitares y expolicías que estarían dispuestas, pero eso lo haremos posteriormente en otros ejercicios en la Comisión, pues nos interesa que estén dispuestos a hacer un reconocimiento.

Medardo Correa, excombatiente del ELN

Acá estamos actores directos del conflicto, que ya habíamos venido interactuando desde hace muchos años. ¿Qué relación hay entre un actor que representa un interés y el otro? A veces nos da miedo decirlo: ellos existen por nosotros y al revés. Si hablamos de reconciliación, me parecería bueno revisar si hay una relación directa entre ellos y nosotros como actores del conflicto. Sería una buena enseñanza. Los actores somos todos, pero ya estando en una mesa desde hace tanto tiempo sería bueno abordar eso. Esta es la oportunidad de que agentes del mismo conflicto que buscan la reconciliación se miren de otra manera, ya no como enemigos, sino como articuladores de un mismo conflicto que ahora buscan sus causas para que no se repita.

Jorge Eleazar Moreno, excombatiente de las AUC

Respecto a la pregunta sobre las FARC y la fuerza pública, se encuentran cosas evidentes que la posición oficial del grupo armado no quiere reconocer. Las veces que hablé con Martín Sombra en la cárcel, escuché cosas que no creía que existieran en las FARC, por ejemplo las divisiones internas. Un grupo unido busca decir solamente una verdad. Pero cuando los individuos salen a hablar surgen aquellas cosas que la organización no es capaz de reconocer.

Es importante escuchar a las instituciones militares sobre las falencias del Estado. Lo mismo ocurre con la parte política, con los dinosaurios políticos responsables de toda esta problemática. Tenemos que saber qué fue lo que pasó para que en el futuro sepamos darle nuestro voto a personas realmente legítimas.

No hay que citar a unos miembros de la fuerza pública solo por haber formado parte de un grupo o una columna, hay que citar a quienes tienen una legitimidad. Este espacio no puede ser solo para lavar los pecados, es importante que haya gente que pueda reconocer las fallas de la misma institución militar. Nosotros teníamos la ilusión de un mejor país para todos, pero la embarramos y cometimos abusos contra nuestros mismos compatriotas. Se desfiguró lo que queríamos hacer. Es importante mirar la legitimidad de las personas, sin olvidar la historia de cada quien.

Lucía González, Comisión de la Verdad

La idea es hablar de todas las regiones del país para dar cuenta de las afectaciones del conjunto del conflicto armado y todas sus especificidades.

Grupo 1

Integrantes del primer grupo: Iván Roberto Duque, Ildefonso Henao, Rodrigo Pérez, José Eleazar Moreno, Medardo Correa, Fredy Rendón, Alonso Ojeda, Nodier Giraldo, Luis Eduardo Celis y Juan Carlos Villamizar.

Óscar Montealegre, excombatiente de las AUC

En relación con el daño ambiental, desarrollamos las siguientes conclusiones:

- Faltan oportunidades en las regiones.
- El conflicto armado dejó importantes secuelas en los territorios.
- Hay que revisar las empresas que siguen explotando o comenzaron a explotar las regiones, en particular en el Urabá.

- Sobre la no formalización de la tierra, hay muchas partes del país donde no se hicieron títulos de tierra por la siembra de coca. Las personas no querían aparecer como propietarias.
- Un tema clave son los cultivos de palma.
- Otro es la minería ilegal.

La presencia de grupos armados en las regiones ayudaba muchas veces a cuidar el medioambiente, por ejemplo en La Macarena. En muchos territorios, la ineficacia del Estado llevó a que la ilegalidad se enquistara al punto de que algunas regiones perdieron la autodeterminación y la libertad política y económica de acuerdo. Quien imponía las reglas era el comandante del grupo en la región. La cultura de la ilegalidad que se vivió en muchos lugares fue una consecuencia de esa ineficacia estatal. Un ejemplo fue la llegada de la coca a la Sierra Nevada. El campesino prefería cultivar coca, pues, dada la ausencia de infraestructura, resultaba más fácil comercializarla que otros productos.

Además, los grupos armados constituimos un Estado en los territorios y fuimos reguladores sociales. El Estado no es democrático porque no atiende ni se ocupa de las economías regionales. Las economías indígenas y campesinas, por ejemplo, no tienen un apoyo del Estado y por eso cuando llegan las culturas de ilegalidad se acogen a ellas.

Por último, es una realidad que los grupos armados hemos sido fichas de interés de terceros. Durante el conflicto, esos terceros siempre nos utilizaron.

Fredy Rendón, excombatiente de las AUC

La historia es clara en cuanto a que el Estado ha abandonado al campesinado en todas las regiones, y la clase política colombiana ha sido la más interesada en que esa situación persista, en que nada cambie para poder mantener subyugada a la clase campesina. Un surgimiento de nuevas manifestaciones políticas afectaría a esa clase política.

En doscientos años de vida republicana, la hegemonía política no ha cambiado. Se ha ocultado el papel político y social de las autodefensas con las comunidades. En un momento, las autodefensas direccionaron los apoyos de las comunidades hacia unos determinados políticos y partidos políticos que quedaron elegidos. Pero después se dio el castramiento de las autodefensas, porque la clase política quería seguir en esos territorios a través del tiempo.

Fredy Rendón y Alonso Ojeda.

Entonces, llegamos a la conclusión de que los diferentes actores enfrentados en Colombia hemos sido idiotas útiles de unos titiriteros que hoy continúan en el poder. Los grupos armados hicieron propuestas para fortalecer a las comunidades y para que pudieran manejar su propia economía en sus regiones.

También concluimos que no hay democracia en los territorios en que han estado los grupos armados. Al Estado no le ha interesado ir y prestarle al pobre. Bancolombia no le da un crédito a un campesino que no tenga un título de su tierra. En Colombia, el setenta por ciento no lo tiene. Entonces, el campesino prefiere coadyuvar en la siembra de coca que en un proyecto lícito.

Tenemos que proponer cambios desde nuestro papel de excombatientes para aportar al país. Es una tragedia que nos hayamos dejado llevar por las armas, pues hemos transmitido eso de generación en generación.

Alonso Ojeda, excombatiente del ELN

En el grupo, todos sentimos la necesidad de aportar elementos para construir un proyecto de país distinto al que nos ha tocado hasta ahora. Incluso, algunos compañeros se remontaron

Fredy Rendón, Alonso Ojeda, Nodier Giraldo y Luis Eduardo Celis.

al siglo XIX para mostrar la tragedia que hemos vivido. Somos víctimas de una situación del país. En esa situación, algunos pensaron que la solución era la izquierda y otros, que la derecha. Pero tenemos claro que tenemos que crear un proyecto de nación ético y verdadero. Hasta ahora, nos han ofrecido un proyecto mentiroso de nación.

Hay un punto clave, que tenemos que tocar después, y es la economía de la coca. Ese tema no se puede manejar como se hace hoy. Hay que construir un nuevo contrato social. A nosotros nos engañaron, así como han venido engañando a Raimundo y todo el mundo. El contrato social tiene un daño estructural profundo que debemos revisar y reconstruir. Tenemos que levantar un proyecto de nación generoso, solidario, en paz, ético y cooperativo, si es que nos corresponde abrir las puertas a una visión económica diferente. Ese proyecto deber ser capaz de rescatar lo bueno que tenemos nosotros para aportar a la consciencia crítica de nuestra nación.

Medardo Correa, excombatiente del ELN

Si pensamos que podemos establecer las bases de una nueva nación, es necesario que la violencia no se vuelva a repetir y que los actores que participamos en ella no solo salgamos a

José Eleazar Moreno, Medardo Correa y Fredy Rendón.

arrepentirnos, sino que establezcamos unas bases democráticas que permitan dejar atrás la página de la violencia y abrir un nuevo camino.

Siempre había tenido la idea de hablar con los compañeros de las autodefensas. Yo había entendido que existía un pacto entre ellos y el Estado y que no nos podían decir la mentira de que las autodefensas eran la reacción a la actividad criminal de las guerrillas. Siempre pensé que detrás de eso había un pacto. Pero nos hemos dado cuenta de que no era tan así y de que el Estado, en efecto, incumplió con llevar la justicia social a todos los colombianos. Además, por defender unos pocos intereses, ese Estado se ha opuesto siempre a implementar una democracia verdadera. Estar sentados aquí quienes hemos participado en el conflicto sirve para mostrarle a la sociedad el hecho que sí se pueden establecer las bases de una nueva nación, donde reine la democracia. Tenemos que convertirnos en unos actores positivos de esa nueva nación.

Rodrigo Pérez, excombatiente de las AUC

El mayor trauma que produjo el conflicto armado en el sur de Bolívar fue haber llevado a las comunidades a la cultura de la ilegalidad. Para esas comunidades tenía más representación el

Habla Rodrigo Pérez. Aparecen también Nodier Giraldo, Lucía González, Fredy Rendón, Medardo Correa, Luis Eduardo Celis y Juan Carlos Villamizar.

líder de un grupo armado ilegal que los representantes de la institucionalidad. Para muchas comunidades, era un sinónimo de seguridad y confianza estar cerca de un grupo armado. Es más, muchas familias querían que al menos uno de sus miembros estuviera en un grupo armado. Eso daba estatus y abría una oportunidad de ser escuchados cuando tenían un problema. Eso llevó a que se desconociera la institucionalidad. La gran causa de lo que hemos vivido ha sido la ausencia del Estado. Eso impactó en la economía, en la salud e, incluso, en el mismo desplazamiento, pues las comunidades muchas veces se encontraban presas en un territorio y su suerte dependía de eso.

Cuando llegué al sur de Bolívar, no me enfrenté a un Estado institucional, sino a un Estado eleno, cuyo amo y señor era Gabino. Después se implementó un Estado de las autodefensas, y el jefe de ese Estado era yo, Julián Bolívar. Encontramos una economía que giraba en torno a la ilegalidad, todo dependía de eso. Entonces, el mayor impacto del conflicto ha sido que las comunidades se acostumbraron a la ilegalidad. Incidentes como los homicidios se volvieron normales para esas comunidades. Era normal ver personas muertas. Nadie se asombraba, a nadie le daba miedo.

En varias oportunidades, he estado en universidades y colegios contando la historia de los niños que jugaban a ser guerrilleros, paramilitares o autodefensas con pistolitas de madera. Cuando pasé por la cárcel, para mí fue triste ver que esos niños terminaban siendo los miembros de los grupos armados.

Tenemos que trabajar para que las comunidades recuperen la credibilidad en las instituciones. Debemos cambiar esa mentalidad de lo ilegal, y hacer que no sea el comandante de turno el que resuelva las diferencias entre vecinos y los problemas entre pareja. Esa situación es un reflejo de los vicios de la clase política.

Una vez, también estando en la cárcel, pude encontrarme con comandantes de la guerrilla de las FARC y del ELN. Después de estar enfrentados, hablamos con ellos sobre la clase política en las regiones y sobre los candidatos que llegaban a hablar mal del otro. A estos lo único que les importaba era conseguir el cargo, no los muertos que dejaban en el camino.

José Eleazar Moreno, excombatiente de las AUC

En lo político, el ascenso de los comandantes se dio por el conteo de muertos. Quien producía la mayor capacidad combativa cumplía el requisito para ser el comandante de escuadra o de grupo. Pensábamos que así el tipo tenía valor o capacidad. Pero ahora, en los procesos judiciales, nos dimos cuenta de que nos equivocamos en esa lógica y de que nos descalabramos. El comandante debió ser elegido por el control de masas o por el manejo social. Ese fue un golpe que nos dimos a nosotros mismos. Más allá de lo militar, no tuvimos la visión adecuada para elegir el personal apropiado. Debimos haber mirado también el aspecto político. Muchas veces, no entendimos que también ellos eran víctimas, que les habían matado la familia. No solo debimos haber medido su valía, pues traían una carga emocional que se reflejaba en el impacto contra la comunidad.

En las FARC, por ejemplo, se vivieron situaciones similares de cargas emocionales mal manejadas. Eso se reflejó en el impacto que tuvieron algunos comandantes de zona en las comunidades. Y eso se ve ahora en Justicia y Paz, porque el número de víctimas de ese tipo de situaciones fue mayor que las de comandantes que supieron manejar mejor la situación. Eso, el tema de los ascensos, fue una falla garrafal.

El crecimiento de las FARC nos obligó a crecer, pero lo hicimos de manera desmedida y esa mala preparación hizo que perdiéramos la conducción de las tropas. Otro problema

fue la descentralización. Se daban indicaciones, pero los territorios eran tan extensos que los grupos más pequeños actuaban según la subjetividad del comandante. No sabemos cuántos casos así ocurrieron, salidos del contexto y de los principios.

Muchos de nosotros fuimos víctimas del conflicto y reaccionamos de una cierta manera cuando tuvimos el poder de las armas. Un ejemplo es John 40, que apoyaba a la gente, prestaba plata a los campesinos y ayudaba. Enfrentarse a eso era muy difícil. Otro caso fue el de El Pitufo, a quien le bastaba la mínima información para ir y dar de baja a una persona. A él la gente le tenía rabia, pero a John 40 lo apreciaba. En cualquier caso, entrar en esas masas era muy difícil para nosotros.

Cuando reuníamos a una nueva comunidad en una plaza pública, nadie nunca nos llevaba la contraria. Decían que sí a todo. Eso se dio por la cultura de la violencia. Cuando llegábamos a zonas donde antes existía algún grupo armado, la gente no se resistía. En lugares donde nunca había habido presencia de armas, en cambio, todo era más difícil y tocaba obligar a la gente a hacer las cosas. Nosotros nunca estuvimos sembrando democracia, eso era pura paja. Si hay un actor armado, no hay democracia. Lo que hay es miedo. Yo les preguntaba a mis políticos: "¿Alguien dijo algo en la reunión que tuvieron?". Y ellos me decían: "No, nadie dijo nada".

Sin importar cuál fuera el grupo armado, donde uno llegaba estaba coartada la democracia. La mala gestión del Estado y su falta de legitimidad hizo que las comunidades le tuvieran miedo a un fiscal o un juez. ¿En qué clase de democracia se le tiene miedo a la institución? Tenemos que hacer un ejercicio fuerte para crear una institucionalidad transparente a la que puedan llegar todos.

Grupo 2

De espaldas, Marta Ruiz. Fernando Hernández, Álvaro Jiménez, Vera Grabe, Blanca Valle y José Matías Ortiz.

Marta Ruíz, Comisión de la Verdad

Hubo desacuerdo con la pregunta. Entonces, el grupo se enfocó en el contexto histórico más que en el tema de afectaciones.

Tratando de dibujar una mirada histórica de las insurgencias en la democracia, se habló de su papel en las reformas. Es decir, se analizó el hecho de que las insurgencias estuvieron presentes en los movimientos estudiantiles y en los sindicatos. Eso permite la lectura de que se contribuyó a empujar unas reformas laborales, agrarias y sociales, que sin la presencia de las insurgencias tal vez no se habrían dado. En Urabá, por ejemplo, una buena porción de la incidencia insurgente en los sindicatos llevó a que se adoptaran derechos laborales, de otro modo, imposibles. No sabemos qué reformas se habrían dado sin el papel de la insurgencia. Estas organizaron a la gente e hicieron que la organización social impulsará

agendas de derechos humanos, humanitarias y de descentralización, y jugaron un papel fuerte hacia la democratización de la dialéctica guerra-paz. En todos esos espacios, se ganó dualismo y participación.

Toda la acción de la insurgencia y el concepto de combinación de formas de lucha generaron y contribuyeron a la crisis humanitaria cuyo eje fueron muchos movimientos sociales. Sin embargo, hubo experiencias como la de Montes de María, donde el movimiento social y campesino no era un movimiento armado. Pero fue violentado y la respuesta fue armada, a pesar de que las insurgencias no estaban allí. La valoración del grupo es que hubo mucho daño a los movimientos sociales. La cara opuesta a esa crisis humanitaria fueron los derechos humanos y el DIH, que fueron una construcción de la dialéctica de la guerra en busca de la paz. Muchas de esas agendas humanitarias fueron puestas en la mesa por las insurgencias. El caso del M-19, con la toma de la Embajada de República Dominicana, dio pie al debate sobre los derechos humanos. Ahí, de cierta forma, comenzó la humanización de la guerra.

Otro tema importante es la construcción política de los conceptos de "negociación", "diálogo nacional", "construcción de paz en medio de la guerra" y, también, del concepto de "democracia". La pregunta por la democracia es un tema que instalaron el M-19 y el EPL en su preocupación por una apertura. Se había empezado a hablar de la Constituyente por ese entonces y eso fue un hito muy importante. La Constitución del 91, por su parte, recogió la dinámica política que se venía impulsando desde las insurgencias.

Tras la catálisis de los procesos que concluyeron en la Constitución del 91, tres años después se vino una guerra muy dura y en 1997, la creación de las AUC. Entonces, uno se pregunta qué pasó. Veníamos de una construcción política seria y consistente alrededor de la necesidad de un diálogo nacional. ¿Por qué después de la constitución viene esta arremetida? Uno se pregunta si esa también fue una estrategia para impedir la democratización del pluralismo.

Al final, se dijo que las guerrillas actuaron como el Estado en muchos territorios. El fenómeno de poblamiento urbano y rural fue impulsado por las insurgencias. Incluso, barrios enteros se crearon en procesos de colonización. En ese mismo sentido, se habló de la expansión de la frontera agrícola.

Marta Ruiz, Fernando Hernández, Álvaro Jiménez y Vera Grabe.

Vera Grabe, excombatiente del M-19

No queríamos hacer una lectura de lo malo, lo bueno y lo feo. Tampoco queríamos hacer una desde el reconocimiento del daño causado y del impacto de la violencia y la guerra. Por el contrario, la hicimos desde las transformaciones generadas de la intención de hacer cambios políticos. A veces hay enfoques para mirar lo malo y lo bueno, pero eso no explica mucho de la historia del conflicto, que nació, en buena parte, de la intención y el objetivo de transformar la política.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

Los orígenes de la insurgencia están relacionados con zonas y hechos de muy alta victimización cuya responsable es la fuerza pública. Es decir, existieron campos de concentración reales, así como homicidios, desplazamientos forzados, torturas, violación masiva de mujeres y reclutamiento de menores, incluso en casos aún sin reconocer o al menos desconocidos por

Álvaro Villarraga y Lucía González.

la opinión pública. Ahí, juega un papel importante la Comisión de la Verdad. Hay hechos que no se pueden analizar sin un contexto o sin una temporalidad clave.

El Estado ha sido responsable de utilizar métodos legales e ilegales e incluso de haber combinado formas de lucha, incluyendo las más bárbaras. Pensar, entonces, en quién empezó todo, si la represión oficial o las guerrillas, o pensar en si fueron primero las guerrillas y luego los paramilitares son discusiones que se pueden formar aquí. Siempre hay escenarios complejos y violencias que se van haciendo recíprocas.

Un elemento más es la crisis que surge de la combinación de las formas de lucha. La presencia de la insurgencia provocó en gran medida víctimas en los movimientos sociales. Pero hubo muchos asesinatos masivos y sistemáticos nunca esclarecidos, ejecutados por los paramilitares, los militares o en alianza entre ambos. Lo uno no justifica lo otro, pero ambas problemáticas se enfrentan. Por todo eso, se produjeron crisis entre la insurgencia y los movimientos sociales, incluso interpelaciones o críticas como en los Montes de María, que tal vez nunca llegaron a convertirse en un rechazo contundente por obligaciones políticas.

Después de los pactos de paz, el M-19, el EPL y la CRS sufrimos 1.230 graves violaciones de derechos humanos, que tenemos identificadas y documentadas. La mayoría está relacionada con personas asesinadas o desaparecidas injustificadamente durante la construcción de la paz. Es decir, son víctimas de la represión oficial y de una aplicación de la justicia sin garantías, rodeada por las torturas y las violaciones al debido proceso en los consejos de guerra. Eso muestra ejemplos de gran complejidad. Los insurgentes terminaron siendo víctimas y haciendo reclamaciones en derechos humanos. Y las mismas organizaciones de derechos humanos se terminaron relacionando con asuntos de la insurgencia precisamente por el contexto que se vivía. Esa situación dio origen a organizaciones que abordaron esa problemática y contaron con personajes reconocidos en los derechos humanos en los años setenta y ochenta.

Lucía González, Comisión de la Verdad

Un tema que nos interesa documentar es el de los llamados "pollitos de cera", los niños infiltrados del Ejército en los movimientos subversivos, especialmente en las FARC. Eran chicos de trece o catorce años, muchas veces familiares de militares. Eso mismo sucedió con las "niñas de acero". Si alguien conoce el caso, nos interesaría mucho escucharlo.

Fernando Hernández, excombatiente de la CRS

En 1996, en medio de las acciones de las guerrillas y las autodefensas, en una reunión nacional de dirigentes sociales y financieros, surgió esta pregunta: "¿Por qué ocurre la guerra?". La respuesta inmediata fue: "Por el Plan Colombia, que es la influencia directa de los estadounidenses en la guerra". Incluso, esta paz está mediada por ese gobierno norteamericano. Es importante plantearnos el impacto que ha tenido ese país en el conflicto y la seguridad colombiana. El tema de la soberanía también es fundamental.

Gabriel Barrios, excombatiente del PRT

Yo me pregunto por qué las comunidades tomaron hacia donde nunca debieron haberlo hecho. En Colombia, se habla de campesinos, indígenas y civiles víctimas del conflicto, pero se analiza poco la forma de vida de esas comunidades. Una víctima de este país ha sido la economía agraria, la economía campesina. Se dice que aquí hay cuarenta millones de hectáreas

Vera Grabe, Juan Carlos Villamizar, Lucía González, Gabriel Barrios y José Matías Ortiz.

para la producción agropecuaria y que solo se cultivan siete millones. Esto es algo generalizado en toda Colombia. Hoy, lo único nuevo que hay en el campo son los modelos productivos, como los de la palma africana y la producción maderable, que nos llenaron de varios conflictos en los territorios desde la década de los noventa. No estamos en contra de esos productos, pero es importante saber que esa forma de producción se originó por la violencia. Hoy no se encuentran alimentos en zonas que eran agropecuarias y el campesinado está en las principales ciudades.

¿Qué política tiene el Estado para esas comunidades? ¿Qué seguridad y qué garantías les dan para que regresen al campo? Justo allá persisten hoy la violencia, los asesinatos y el desplazamiento. Quienes hemos estado en la violencia, tanto guerrilla como paramilitares, hemos contribuimos a lo que vivimos hoy. Los Montes de María y el sur de Bolívar, que fueron zonas de colonización, no cuentan hoy con fuentes propias de alimentación. Los campesinos salieron del campo y, así y todo, los siguen matando. Necesitamos pensar cómo podemos garantizar que el campo colombiano vuelva a ser productivo.

Nosotros no sabemos cuántos campesinos, afros e indígenas hay en Bogotá ni cuántos vinieron del campo a refugiarse, en una situación tremenda. Yo vivo en Ciudad Bolívar, donde viven un millón de personas. La mitad vive en arriendo y no tiene trabajo ni oportunidades. Muchos se preguntan por qué hay tanto atraco y tanta violencia. Yo soy un desplazado de los años setenta. Veintitrés años después, pude volver a mi pueblo para ver que seguían asesinando a los dirigentes campesinos y la gente que trabajaba. Un resultado de eso es que hoy la yuca es más cara en esos pueblos que en Bogotá. Estos temas son fundamentales, pero hablamos poco sobre ellos. En el país, la agroindustria va para arriba, la explotación minera va para arriba y el narcotráfico va para arriba. Pero la economía campesina está quebrada, a pesar de ser el sustento de las familias del campo y de quienes viven en la ciudad. La economía campesina es una forma de organización natural de la producción.

El desarrollo de la industria, el comercio y la agricultura no ha generado oportunidades en el campo. Y la gente no viene a Bogotá porque aquí haya más oportunidades. Viene porque los están matando. Yo tengo veintiséis hectáreas en la zona de la que fui desplazado, pero llevo veintisiete años sin volver. ¿Quién me garantiza el retorno? Nos falta analizar todos esos problemas reales.

Por último, en Montes de María había un ejército de campesinos e indígenas sin armas. Allá se persiguió a la población por estar organizada y porque luchaba por la tierra y sus derechos. No fue porque tuviera armas. Las guerrillas llegaron después, y algunas se formaron allí, el PRT y el MIR–Patria Libre. A nosotros nos comenzaron a matar mucho antes de esto. Ojalá este importante ejercicio que hacemos nos logre unificar para buscar una alternativa a la situación del país. La política se ha convertido en la forma más común para enriquecerse, y algo que tenemos que ver cómo cambiar.

José Matías Ortiz, excombatiente del PRT

Uno de los impactos más fuertes del conflicto armado en la democracia y la política fue haber vinculado las armas en la política. Por eso, en los procesos de diálogo y negociación política, el esfuerzo ha sido sacar las armas de la política. Aparece en los acuerdos de La Habana, en los acuerdos de los años noventa y en los de 2005. Necesitamos reflexionar sobre eso, no solo como actores de espacios de negociación y diálogo, sino como personas que buscan la reconciliación y la apertura política. En este contexto, un grave impacto se debió a la

implantación de proyectos políticos en los territorios por fuerza de un actor armado. Se llegó al punto de que tanto la guerrilla como las autodefensas eran buscadas para dirimir conflictos. Eso quiere decir que terminaron ejerciendo funciones judiciales en los territorios, sin ser por supuesto parte de la arquitectura institucional de la justicia en Colombia.

Necesitamos analizar con mayor profundidad los impactos del conflicto armado en las transformaciones de los territorios. Apenas hemos nombrado algunos aspectos, pero no ha habido un análisis de los actores armados que hemos hecho el tránsito a la vida civil. Sobre eso, las FARC tienen mucho que decir; sobre su impacto en el Sumapaz, el Piedemonte Llanero, el Urabá, el Chocó, el Catatumbo y el Yarí, entre otros. En muchos de esos lugares, el conflicto sigue vigente, a pesar de las reincorporaciones y los procesos de paz.

TERCERA PARTE: DISCUSIÓN EN PLENARIA

Luis Eduardo Celis, excombatiente de la CRS

Este conflicto tiene sus raíces en un gran desarreglo de la sociedad colombiana. Nosotros hemos señalado durante muchas décadas el tema rural de las comunidades campesinas y los campesinos, y hay que seguir insistiendo porque no está resuelto. Otra raíz de todo es la exclusión política. Hemos vivido en una sociedad con un ejercicio de la política muy antidemocrático. En 2000, a Antonio Navarro Wolf le escuché decir que la combinación de todas las formas de lucha la aprendimos de los liberales y los conservadores. Esa idea de hacer política con las armas es vieja en la sociedad colombiana. Es necesario plantearnos de dónde salió ese animal grande de la violencia e insistir en estas dos raíces que menciono.

Traigo a colación el relato de Nodier sobre cómo la violencia los desplazó de Caldas y los llevó a la Sierra Nevada en los años cincuenta, en búsqueda de tierra. Eso mismo pasó en muchas otras regiones en los procesos de colonización campesina, y ahí hay una raíz importante del conflicto que posteriormente nació.

En cuanto a las afectaciones y el balance de la confrontación, es necesario diferenciar entre quienes desafiamos el orden establecido y quienes apoyaron ese orden. Eso nos permitiría ahondar en las complejidades, pues hay una línea que divide a quienes dijimos "esto, como

está, está mal" de quienes dijeron "esto, como está, está bien". Los que retamos el orden, y ahí el M-19 ha sido un precursor, decidimos en un momento que esa situación no daba más y debíamos encontrar otro camino a la violencia. Ahí surgió un referente importante, la Constitución del 91. Es decir, el logro de nuestra confrontación de los años sesenta, setenta y ochenta es la Constitución de 1991. No somos los únicos padres de ese proceso, pero sí fue un punto de partida del movimiento insurgente, al menos desde el PCC-ML en 1984.

Otra pregunta importante es esta: ¿qué nos ha dejado el narcotráfico? Para un campesino, ha sido la posibilidad concreta de obtener recursos. Pero esa dinámica nos ha dejado también una nueva clase política y unas nuevas élites económicas, construidas a través de la violencia. Entonces, para este intercambio sería importante reflexionar sobre el rol del narcotráfico en las guerrillas y las AUC. En la guerrilla, fue un medio para comprar armas y crecer. En las AUC, fue un fin para ciertas dinámicas. La gran diferencia entre las guerrillas y las autodefensas fue que las AUC generaron una acumulación de capital. Fredy, por ejemplo, hace sus reflexiones como un empresario; sus preocupaciones se dan alrededor de cómo generar empresas y economía en las regiones, y eso fue justamente lo que hicieron las AUC en los territorios. Es decir, las AUC dinamizaron la economía de regiones enteras de manera importante y convirtieron al narcotráfico en un motor de la economía.

A la pregunta sobre qué nos dejaron sesenta años de violencia quiero responder esto: nos dejaron una tragedia humanitaria que todos hemos vivido y a la que todos de alguna forma hemos contribuido. En esa tragedia humanitaria, ha habido gente más golpeada que otra. Me refiero al mundo campesino e indígena y a las mujeres. Claro, el secuestro y la guerra económica golpeó a los empresarios. Pero las magnitudes no son las mismas. La gran victimización se concentró en el mundo popular. Volviendo a lo que contaba Gabriel, ¿quién sufrió más en los Montes de María? ¿Los ganaderos o los campesinos? Numéricamente, los campesinos sufrieron más. Pero todo eso está por debatir.

Por último, necesitamos entender que el conflicto se dio en un contexto internacional muy anticomunista, anclado en la idea del enemigo interno. Eso ayudó a alimentar el conflicto en el país. Hace seis años, creía que el Ejército había avanzado y tenía una línea más civilista y humanitaria. Pero cuando fui a un intercambio durante el Curso de Ascenso del Estado Mayor del Ejército percibí el ambiente anticomunista, aun estando en el proceso de paz.

Fabio Mariño, excombatiente del M-19

Creo que hay que abrir la mente, porque aquí estamos apenas un pedacito de todos los que hemos luchado de lado y lado. El desarrollo de una sociedad se da en medio de conflictos y, cuando la sociedad cambia, cambian también los conflictos.

Hace quinientos años, quienes llegaron ya encontraron conflictos. En los doscientos cuarenta años que llevamos medio construyendo una república, cada tiempo ha tenido sus conflictos y sus cambios en la sociedad. Las guerras independentistas crearon una forma de imposición de propuestas, y cada guerra y cada conflicto iban generando una Constitución, un manual de convivencia sobre cómo debía comportarse esa sociedad. Por eso, no estamos haciendo un análisis del conflicto colombiano si no miramos otros conflictos, tal vez más grandes e importantes que el nuestro. Por ejemplo, ¿en Colombia quién secuestra más? ¿El narcotráfico, el conflicto u otras guerras?

Hace veinte o treinta años, cuando aparecieron el MAS y otros grupos paramilitares, uno se preguntaba qué estaba pasando. Hoy, ante la invasión mexicana del Cartel de Sinaloa, es necesario pensar cuáles son esos otros conflictos que nos afectan, que traen seguramente más violencia y más destierro que el generado por los conflictos de otros tiempos.

En abril de 1990, recién desmovilizado el M-19 con una apuesta por el país y la sociedad, el río Cauca, de Trujillo para abajo, se llenó de muertos. Los gallinazos y los chulos planeaban sobre los muertos que se producían en el Norte del Valle. ¿Dónde vemos esa violencia en esta mesa de trabajo? Les pregunto lo mismo en relación con la violencia en Bogotá, que en un fin de semana puede llegar a tener treinta y dos muertos, o en las otras grandes ciudades donde se acumula la mayor parte de la población colombiana. Es decir, ¿solo es importante la violencia política que generaron los paramilitares y los guerrilleros? La violencia social del secuestro cotidiano es una forma de vida y sustento de alguna gente. Entonces, la cultura de la ilegalidad se da como un conflicto. Si dejamos que nuestra mirada sobre el conflicto se cierre ante sus diversas formas de manifestarse, estaremos frente a un círculo vicioso en el que siempre existen solo algunas cosas y del que quedan excluidos otros fenómenos terribles de la violencia, junto a la violencia política.

Cuando era contralor de la República, Carlos Ossa Escobar presentó un informe que decía que el nueve por ciento de los secuestros de la época los hacía la guerrilla; el resto eran personas presas del Estado, por ejemplo, del DAS.

Miremos el país en su conjunto. En esta mesa, solo estamos una partecita de ese gran conflicto social que produce más muertos y desarraigos que los que nosotros produjimos. Ese conflicto social se vive por la necesidad de sobrevivir. Entonces, hago un llamado a entender algo: en estos doscientos cuarenta años de medio construcción de República, ha habido veintitrés acuerdos de paz que, todos, se han incumplido. Sin embargo, no se puede ocultar que esos procesos de paz han producido cambios sociales. Un ejemplo es la Constitución del 91, que no es hija del Acuerdo de Paz, sino de los procesos de paz.

La violencia social es mucho más grande que la violencia política, y produce muchos más muertos, que esconden otras violencias que vivimos muchos colombianos, como la pobreza impuesta, y la corrupción y su brazo armado, que es la impunidad.

Lucía González, Comisión de la Verdad

La inquietud de Fabio es supremamente válida. Pero como tenemos una tarea frente al conflicto armado, más allá de que este haya emergido de todo lo demás, no nos podemos dedicar a esos otros temas. Quisiera que hablaran sobre el conflicto político y sobre su relación con las desmovilizaciones. Uno de los impactos del conflicto son los procesos de paz. De esos procesos se han dado ganancias y problemas en las desmovilizaciones, y eso tiene unas herencias que vale la pena recordar.

Alonso Ojeda, excombatiente del ELN

Estoy acá porque a este espacio vinimos personas que por circunstancias muy específicas terminamos enredando la política con las armas. En esta inmensidad de problemáticas, consideré que era oportuno ratificar lo que decía José Matías Ortiz: "Para la gente que viene detrás de nosotros, no hay que enredar más la política con las armas ni con la violencia." Esa fue una mala combinación y hoy encuentro que somos muchos los que ratificamos eso. No

queremos transmitir a la gente que viene ese mensaje de dolor ni tampoco queremos que piense que hay posibilidades desde las armas y la violencia. No hay ninguna posibilidad. Lo que hay es confusión, y eso nos metió a nosotros por más de cincuenta y cinco años en un desastre humanitario que no deja de sumar.

Es un compromiso ético y un compromiso personal decidir no darle un centímetro más a la violencia. La violencia nos quitó compañeros valientes e inteligentes. Nos quitó a Camilo, a quien nunca dejaré de mencionar porque cuando murió perdimos una brújula que habría podido orientarnos en los vericuetos de los que todavía no conseguimos salir.

Esfuerzos como los de la Comisión de la Verdad y la Ley de Paz y Justicia y ejemplos como el del presidente Santos —con todo lo malo que pueda tener— son puertas que hay que usar lo más rápido posible. Si dejamos que se cierren, seguirá la tragedia que Iván Roberto Duque nos explicó: "Si uno ve la historia del país, la violencia es como un caimán mordiéndose la cola, por décadas, por siglos, y ahí vamos". Pensaron que con la Guerra de los Mil Días todo iba a quedar enterrado. Dirigentes como Benjamín Herrera dijeron "hay que educar a la gente antes que cualquier otra cosa", y él se dedicó a crear y a fundar la Universidad Libre. Por su lado, Rafael Uribe Uribe pensó que el camino era la política y quería democratizar todo. Ya en el Congreso, era el único representante que no era conservador. Entonces lo mataron.

Ese es el largo camino que nos ha correspondido. Y les digo a todos los presentes, independientemente del lugar en que nos haya tocado echar los tiros o las razones sociales, este esfuerzo nos muestra la necesidad de ser sinceros, porque esta también es una lucha con nosotros mismos. Estaría feliz acá hablándoles de los triunfos del ELN, pero eso sería una mentira. Sería un farsante si no dijera que cuando se murió Camilo se perdieron los caminos. Pero este grupo pequeño, que se enfila a encontrarse en la boca de un conocimiento, debe decir solo una cosa: "¡No repitan este camino!". Es un camino mentiroso. A veces he pensado, incluso, que no hay ningún camino. Pensábamos que eran las armas, pero nos equivocamos. Aún no hemos llegado a las profundidades de todo, ni llegaremos porque los mecanismos de defensa nos impedirán decir muchas cosas. Recuerdo a un compañero del ELN, en esas épocas cruciales de hace cuarenta años, que nos decía: "Tenemos que considerar que no seremos libertadores. Lo máximo a lo que podemos aspirar es a ser los precursores". Ahora le encuentro razón.

Tenemos que aportar con sinceridad, cariño y entrega a la construcción de un proyecto de nación diferente. Aquí todavía no hemos hablado de proyectos descompuestos. Independientemente de su sigla, todos han dicho que quieren un proyecto ético en que no se roben la plata de los niños; un proyecto solidario en que no se utilicen nunca más las armas y en que se defiendan los cuatro palos y los cinco animales que le quedaron al bosque; un proyecto de cooperación, de ayuda mutua. Ojalá sea ese el mensaje del grupo como conclusión final.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

Ambos grupos han hecho aportes valiosos. Quiero discutir sobre el argumento de que el principal problema en relación con el conflicto fue la ausencia del Estado. Yo no comparto ese argumento. Me parece que la pregunta tiene que estar dirigida al tipo de presencia del Estado, a eso que hizo que fuera un Estado permisivo. Es difícil encontrar una zona donde no haya alcaldes o fuerza pública. Tenemos que partir de que el Estado no controla todo el territorio y, sobre todo, de que no lo controla de manera garantista.

Es un cliché exonerar al Estado de su responsabilidad, cuando sí estuvo y participó en muchas circunstancias. Es falsa la idea de que, si el Estado hubiera estado más presente, las cosas habrían salido mejor o no habría habido ilegalidad. En muchas ocasiones, hemos visto que el Ejército y la Policía tuvieron nombres y nóminas pagadas por los narcotraficantes. No hay grupo armado que, en principio, no haya estado inmerso en la dinámica del Estado; no hubo milicia o guerrilla que hubiera estado en un territorio no militarizado. La relación de las autodefensas y los paramilitares se dio desde los años cincuenta en el Tolima. Incluso las de Ortega en el sesenta tuvieron siempre armas y apoyo del Ejército, lo mismo en el Urabá o el Magdalena Medio con la Brigada XI y XVII. También hubo trabajos de cooperación en inteligencia.

Desde luego, cada grupo tuvo sus dinámicas y algunos llegaron a controlar territorios y a ser paraestatales o contraestatales. Sin embargo, la realidad es que la responsabilidad del Estado ha estado ahí. Y estuvo en el centro del enfrentamiento bélico, bien fuera directamente por medio del Ejército, por medio de estructuras de la fuerza pública o por medio de fuerzas combinadas en algunos territorios y circunstancias.

Digo todo esto como una deliberada crítica al Estado y su responsabilidad por acción o por omisión. Esa responsabilidad también tiene que ver con el paramilitarismo, y no me refiero a grupos o personas, sino a la Ley 1448, a la concepción de Estado que imperó y a los clarísimos apoyos que se dieron desde un inicio. En cada escenario y territorio, hay que ver una serie de actores, y para eso son claves los paramilitares. La mayoría de las autodefensas derivaron, ante la persecución estatal, en guerrillas, y otras autodefensas fueron incorporadas en el proyecto paramilitar. Hablamos de autodefensas cuando una comunidad se defiende de manera proporcional y legítima. Pero cuando se trata de grupos expansivos con poder bélico, ya no son autodefensas. Llamar eso así sería justificar acciones muchas veces dirigidas contra la población. Entonces, más allá de reconocer algunos valores que han planteado los grupos, yo sigo en estas discusiones que son más bien sobre el enfoque y los diagnósticos regionales y temporales del conflicto.

Fredy Rendón, excombatiente de las AUC

Yo quisiera retomar el tema del abandono de los campesinos y la migración a las ciudades. Hace unos días vi un informe que decía que el setenta por ciento de la población colombiana vive en los centros urbanos. Sobre eso, Gabriel nos decía que "esta ciudad tiene nueve millones de habitantes y no sabemos qué hacer". ¿A quién beneficia esa migración del campo a la ciudad? A los partidos políticos que han tenido la hegemonía. Y hasta la militancia de izquierda quiere coger allá votos de manera fácil: como hay tanta necesidad, voy a los sectores más difíciles de Bogotá y doy tamales por el voto que necesito. La clase política, los partidos y los líderes políticos de un lado y otro se han beneficiado de esa migración del campo. Creo que las políticas del campo tienen de cierta manera el propósito de que haya una población más subyugada a la que se le pueda decir hacia dónde mirar.

En Urabá, en los años noventa, los trabajadores de la industria bananera vivían en las fincas en una especie de guetos con todas las necesidades básicas insatisfechas. Entonces, se metieron en política y apoyaron a los políticos de turno para que los liberaran de estas cargas. El resultado fue que sacaron a los trabajadores hacia los centros urbanos, donde hicieron invasiones y entraron a engrosar los cinturones de miseria. Se le entregó esa responsabilidad al Estado, y allá vivían sin luz ni agua potable ni salud. Los réditos políticos que el conflicto ha

generado para las castas políticas han sido increíbles. En la ciudad, los votos cuestan menos que en el Piedemonte Llanero.

No podemos olvidar que este es un país militarizado. Hay medio millón de hombres armados y uniformados pagados con el erario público y que tienen además una nómina paralela. Esto último no aplica únicamente en el caso de las autodefensas o el paramilitarismo. Por información de la misma fuerza pública pude conocer que sus fusiles quemaban los mismos proyectiles que la guerrilla y que las AUC, todos provenientes de INDUMIL. Otro día escuché historias de campesinos que decían: "A mi casa venían desde Medellín en un carro y los comandantes me decían que echara cajas y cajas y las llevara a un sitio. Nadie me paraba, ningún retén, nadie. Cuando llegaba a la casa, llegaba la guerrilla y recogía las cajas. Un día me paré muerto del miedo a revisar las cajas. Traían municiones y granadas que venían del Ejército para la guerrilla". No sé si se trataba de una estrategia de mantener el estado de guerra y confrontación en cada territorio para beneficio de unos cuantos.

Iván Roberto Duque, excombatiente de las AUC

Hace más o menos veintidós años, tuve la oportunidad de compartir con Lucía González un ejercicio maravilloso que se llamó "Planeación por escenarios". Quedó con caracteres indelebles en la memoria de los cincuenta colombianos que participamos. En esas jornadas, hubo sindicalistas, exoficiales de las Fuerzas Armadas, políticos y miembros de las FARC y las autodefensas, a las que yo representé.

Nunca creí que me iba a tocar estar en otro escenario con tanta divergencia. En veinticinco años de guerra, no pensé que me iba a encontrar con hombres de cuarenta o cincuenta años, ya distanciados del tema de la violencia y de las armas, para reflexionar sobre este pobre país. Esto que estamos haciendo es trascendental, y por eso de aquí no puede salir una exposición hecha por miembros de antiguas guerrillas sobre las justificaciones de la lucha armada o con señalamientos a quienes fuimos sus adversarios. No puedo estar de acuerdo con que este ejercicio sirva para hacer censuras permanentes, como ha pasado con Álvaro Villarraga. Este no es un encuentro para hablar de las matanzas de los paramilitares y de las crisis humanitarias que desataban los insurgentes. El aspecto central de nuestras conclusiones y de nuestro mensaje para Colombia es que fuimos capaces de reunirnos para honrar la paz, condenar la

violencia y rechazar la idea equivocada de que con las armas se logran las transformaciones sociales.

Si fuéramos capaces de reconocer que nos equivocamos al pretender hacer un mundo más justo y equitativo por medio de las armas, daríamos una gran lección a las nuevas generaciones. Las palabras que salgan de aquí tienen autoridad, porque estuvimos en la guerra y la conocemos y queremos reflexionar. No se trata simplemente de hablar de las quinientas víctimas de las guerrillas ni de omitir que hay 3.579 personas de las AUC que creyeron en la palabra de los dirigentes y también han sido asesinadas. No respiremos por la herida. Démosle un mensaje noble y bello a Colombia. Seamos capaces de levantar la voz y decir: "Nos equivocamos cuando creímos que a través de la violencia y de la política entendida desde las armas podíamos cambiar el modelo de sociedad". De este grupo debe emerger la expresión del "Nunca más".

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

No comparto la crítica de Iván Roberto a mis intervenciones. Puedo remitir a las grabaciones o las actas, donde consta que en todo momento he sido respetuoso y no he tenido una ambición personal o de señalamiento. No he escuchado de ninguno ni de ninguna aquí una actitud de señalamientos o irrespetuosa o de confrontación. Apenas he faltado a una sesión, pero por lo que he observado se ha discutido con altura. Otra cosa es que intercambiemos opiniones o interpretaciones de la dura realidad que nos ha tocado vivir.

Me sostengo a mis intervenciones. Y estoy abierto a escuchar, pues aquí hemos construido una relación positiva por medio, precisamente, de las intervenciones. Por eso, le he dicho a Iván Roberto que me han gustado sus declaraciones sobre el respaldo al Acuerdo de Paz y que coincidimos en ello. También he dicho que comparto el esfuerzo de la movilización, del paso a la vida civil y del acogimiento a la justicia transicional. Pero eso no significa sacrificar la opinión ni la posibilidad de intervenir con seriedad, asuntos que también atraviesan las responsabilidades y dinámicas que definen el mandato de la Comisión de la Verdad. Es decir, aquí podemos hablar de cosas que nos identifican, como el rechazo a la violencia, sobre las que hemos hecho incluso reconocimientos escritos. Si algo se considera indebido, es importante

que se diga. Pero yo estoy dando opiniones pertinentes en el marco del conflicto sobre las preguntas que se nos han hecho.

CUARTA PARTE: REFLEXIONES PERSONALES

Foto general de la quinta sesión de la Mesa de Excombatientes.

Blanca Valle, ABC Paz

Para esta segunda sesión de la plenaria, la coordinación de ABC Paz, el ICTJ y la Comisión de la Verdad acordaron estimular las narrativas personales en torno a cuatro preguntas: ¿qué ganamos en esta guerra? ¿Qué perdimos? ¿Qué cambió y qué se mantiene? ¿Es Colombia hoy un mejor país?

María Camila Moreno, ICTJ

Esta mañana, le presentamos a la JEP el resultado de una encuesta que el ICTJ contrató con el Centro Nacional de Consultoría. Apareció el esperado resultado de que la credibilidad en ese componente de justicia del SIVJRNR sigue siendo baja y que incluso está por debajo de la que tienen otras cortes. Siguen imperando imaginarios negativos fuertes, como aquel según el cual la JEP es un tribunal para las FARC y un tribunal de impunidad sin posibilidad de cárcel para los responsables. A pesar de eso, la JEP tiene mayor credibilidad que el resto de las instituciones del Estado.

Algo interesante de ese estudio es que aplicó una metodología y unos criterios desarrollados en Estados Unidos para medir los niveles de autoritarismo en una sociedad. El resultado es sorprendente. Sesenta y uno por ciento de los encuestados dijo que Colombia es un país autoritario, mientras que en Estados Unidos fue el cuarenta y ocho por ciento. Los segmentos más autoritarios de la población no creen en la paz ni en la JEP. Ese dato me hizo pensar que esa tendencia autoritaria en la población es a la vez causa y consecuencia, y no se puede ver en una sola dimensión. Ese resultado de la encuesta explica en buena medida cómo estamos en nuestra sociedad.

Esa misma encuesta midió el nivel de optimismo. El setenta por ciento dijo que la economía y la seguridad en Colombia van mal, pero en relación con su vida la gran mayoría afirmó que va por buen camino y en todo caso mejor que la de sus padres cuando tenían su misma edad. Pablo Lemoine, director del Centro Nacional de Consultoría, dice que hay una percepción equivocada, alimentada por los medios de comunicación, sobre el supuesto de que los colombianos y las colombianas somos pesimistas. El estudio dice lo contrario, que somos optimistas.

Lucía González, Comisión de la Verdad

En la Comisión de la Verdad hemos estado viendo que en esta sociedad hay una cultura de autoflagelación, que dice que el país no avanza ni prospera. Eso significa que nos hemos vuelto incapaces de sumar o visibilizar logros como el crecimiento de la clase media o los

bienes y servicios a los que hoy tenemos acceso. Este es un asunto extraño, que dificulta los diálogos colectivos, así individualmente haya esperanza.

Les recomendaría leer el libro *El orden de la libertad* (FCE, 2017), donde Mauricio García Villegas explica el autoritarismo y la necesidad de la autoridad en la sociedad colombiana. Según él, eso se da precisamente por la falta de orden y de democracia real. García Villegas también explica que la gente más pobre tiende a votar más por la derecha por la dificultad que tiene de acceder a la justicia, al orden y a los derechos.

Fredy Rendón, excombatiente de las AUC

La sociedad ha ganado mucho de los procesos para salir de la guerra. Otro logro de la sociedad es que hoy podemos sentarnos en esta mesa y mirarnos a los ojos como iguales, sin brazaletes que nos pongan de un lado u otro. Podemos pensar distinto, pero todos queremos trabajar por el país.

Esta semana, le decía a Timochenko que se nota su cansancio y el de los excombatientes de la guerrilla. Me respondió: "Imagínese, nosotros estábamos a cincuenta centímetros de poder soñar y ver el país de manera distinta. Antes, la ignorancia que todos tuvimos nos negó la posibilidad de hablar, de vernos y saludarnos de la mano, de soñarnos este país distinto y dar ejemplo a las futuras generaciones". Le pregunté si no creía que el nombre de su partido podía tener una recordación negativa en la sociedad. Me dijo: "Digamos que los más radicales de la guerrilla y del movimiento decidieron sobre el nombre. Pero es un logro el hecho de que las FARC, como siglas, hayan salido del común de la gente en las regiones, así persista una violencia residual".

Yo vivo orgulloso de los miles de hombres y mujeres que dijimos que sí y que hoy le seguimos aportando a esto. No hemos perdido. Algunos piensan que se salieron de una zona cómoda, pero cualquier cosa que uno hace puede convertirse en una zona de confort así haya aviones que pasan y bombardean.

La violencia residual se mantiene por la falta de una mayor autoridad del Estado y de un mayor empoderamiento de los líderes sociales en las regiones. Y no hablo del presidente de la JAC, sino del mismo rector de la Universidad Javeriana en Bogotá, que no juega el papel que debería. Como sociedad, no hemos alzado la mano colectivamente para ver cómo vamos a

aportar a que la violencia no se repita. Hoy, Colombia es un país inmensamente mejor que el que recibí cuando nací en 1973 y mejor que el que había cuando entregué mi pistola el 15 de agosto de 2006. Estoy convencido de que siempre antes del amanecer se hace más oscuro y pienso que estamos transitando por ese momento.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

Esta es mi respuesta individual, pero creo que refleja un sentir colectivo. Además, en el caso del EPL, de una u otra manera hemos ya tenido que hacer este ejercicio y muchas otras cosas.

Frente a lo que hemos ganado, destaco los siguientes elementos:

- Para un exmilitante y excombatiente es muy común decir que la suya fue una experiencia de formación política intensa, de disciplina, de solidaridad, de compromiso con un cambio social deseado, de lucha asumida con altruismo y asumida con un propósito de beneficio popular en términos de soberanía.

- Nutrimos a la izquierda democrática de este país por las vicisitudes asumidas en la guerra desde los acuerdos de paz. La inmensa mayoría milita en las vertientes del movimiento social de la izquierda democrática, en organizaciones no gubernamentales y en movimientos de paz.

- Aportamos a la reforma política del país. Tal vez lo más importante que hizo el EPL en toda su historia fue haber sido parte de la promoción y el impulso de la Asamblea Nacional Constituyente, un tema central de la negociación de paz. Participamos en la redacción de muchos artículos y en los primeros desarrollos de la Comisión Legislativa, y fuimos una de las vertientes provenientes de la insurgencia y los movimientos políticos y sociales diversos.

- También se dieron logros regionales. En el Urabá hay sectores campesinos que accedieron a la tierra. También impulsamos gobiernos agrarios, así como el movimiento laboral del Urabá y otras regiones. Contribuimos a ciertos logros a nivel de movimientos sociales. Por ejemplo, en el Catatumbo promovimos muchos paros cívicos; lo

mismo hicimos en Putumayo en alianza con otros sectores. Tuvimos una incidencia importante y contribuimos a logros reivindicativos regionales y territoriales.

Frente a lo que perdimos, destaco esto:

- La guerra y sus costos humanitarios en vidas y en condiciones de riesgo. Son muchas las víctimas. Sufrimos represión, masacres, torturas y muertes, en muchos casos por cuenta de la fuerza pública.
- Tuvimos apuestas equivocadas. Nos invadió un marxismo-leninismo que no correspondía a la realidad del país. Hicimos cambios en ese sentido y buscamos rectificar. Parte de lo que planteábamos era razonable y justo, pero tuvimos errores que reconocemos.
- El EPL también tiene su cuota de infracciones al DIH, su cuota de homicidios, de persecución a disidentes, de secuestros de ganaderos y de afectaciones a las finanzas. Eso es una pérdida y un costo político y moral que hay que reconocer en la organización.

En general, el país cambió en una guerra que impuso ciertas condiciones, y los efectos de la guerra causaron altos costos negativos de muchos órdenes. Colombia cambió también en lo positivo a partir de los acuerdos producto de los procesos de paz. Estos han sido un factor de cierre de las insurgencias y han contribuido a la democratización, al cambio del régimen político y al posicionamiento de una agenda de transformaciones hacia la democracia. Creo que todos los pactos de paz que se han hecho tienen ese denominador común.

Alonso Ojeda, excombatiente del ELN

Pienso que perdimos mucho y quiero tener el valor civil para decirlo. Se perdió la figura estelar que habría podido conducir a la sociedad colombiana a un horizonte de justicia social y ético en la política, de soluciones a las dificultades sociales. Perdimos a Camilo Torres Restrepo, así como a inolvidables y brillantes compañeros, como Arenas Reyes, un joven estudiante de Santander. No hay poder humano que los pueda reemplazar ni tampoco que pueda revivir los aportes que hicieron al pensamiento.

Ganamos en madurez política, que es la que expresamos todos acá. Después de todo lo que ha pasado y de toda esa corriente de muertos, la madurez política va a alumbrar nuestra reflexión. Ganamos porque a estas alturas somos capaces de reconocer que la tarea fundamental es política y de organización, una tarea todavía por hacerse. Los golpes nos han enseñado que si realmente queremos mejorar tenemos que hacer la tarea de organización política de abajo hacia arriba. La última consigna de Camilo en su famoso mensaje antes de su muerte decía que "por la organización de la clase popular hasta la muerte". Esa organización no se ha asumido, y la clase popular sigue sin organización.

No debimos haber aceptado la violencia ni la lucha armada. Eso nos situó en el plano de los enemigos de la vida, en la negación del humanismo y de la ética de la vida. Los revolucionarios nos hemos distinguido por tener un planteamiento y un discurso humanista. En ese sentido, todo lo que se hizo a nombre de la revolución me produce dolor y vergüenza. Alguien decía que "hay una falta de ética en que caímos" y eso lógicamente nos hizo perder el respeto y la consideración de la inmensa mayoría de la sociedad colombiana, que tenía que ver en nosotros el sentido de la serenidad y el respeto.

Serán procesos posteriores los que se levanten y rescaten la ética, el respeto, la solidaridad, la humanidad y el humanismo, los que puedan darle un nuevo rumbo a nuestra sociedad. El camino de la violencia y de la lucha armada nos inundó y, hasta cierto punto, nos contaminó. Perdimos lo que nunca debimos haber perdido como revolucionarios: la humanidad.

Después de toda esta tempestad y la lucha, estamos en un punto al que debimos haber llegado hace muchos años. Ese punto es el que permite ver a Colombia como un Estado democrático, un Estado Social de Derecho, un Estado de justicia, que ofrece siempre caminos sin conducir nunca más a la lucha armada. Ahí hay un camino capaz de brindarle a nuestra sociedad la construcción de un mejor Estado, donde las necesidades y los sentimientos de los más débiles, así como la suerte de nuestros niños se conviertan en faro.

Nodier Giraldo, excombatiente de las AUC

Ganamos conocimiento. Muchos crecieron políticamente y llenaron espacios en el gobierno, pero a un costo muy alto. En cuanto al grupo, pienso que como AUC evitamos que Colombia pasara a ser la segunda Cuba de América Latina, pues el nivel de influencia comunista y

Nodier Giraldo.

socialista de Cuba y Venezuela era enorme. Perdimos mucho. Perdimos la posibilidad de vivir en paz y estar con nuestra familia. También pudimos haber evitado todos esos desplazamientos y secuestros y las muertes no solo de compañeros o guerrilleros, sino también de la población civil. Perdimos la oportunidad de vivir en un Estado hermoso, de amor, y terminamos en uno de sufrimiento. Desde que nací, he estado en el conflicto armado, y este aún se mantiene.

Un cambio es que hoy podemos sentarnos en esta mesa quienes fuimos actores armados, vernos la cara y discutir sin levantarnos a balazos. Ese es un gran cambio y una gran ganancia para el país y para las futuras generaciones, pues estamos sembrando una semilla que puede llegar a producir algo en el futuro.

Desafortunadamente, persisten el narcotráfico, el centralismo y las mismas viejas familias que manejan la política. Pero el país ha cambiado mucho, porque las guerras lo han hecho crecer. Las guerras hacen que los países cambien, pero a un precio muy alto.

Los que hemos estado encerrados en un hueco en el exterior lo hemos podido ver desde otro punto de vista; desde afuera, sabemos que Colombia es un país hermoso, que a pesar de todo lo que le ha tocado vivir, de todos los sufrimientos, las masacres y la inequidad, sigue en

pie de lucha y con esperanza. Pero es importante decir que eso beneficia sobre todo a la gente con recursos. ¿Dónde quedan los que no tienen el dinero? ¿Dónde quedan los campesinos? El campesino ha llevado la peor parte. Como dijo Hernán, el campesino ha estado en la mitad de dos bandos. Tenemos que evitar que eso siga sucediendo. Hay que voltear los ojos hacia el campo y entre todos hacer que Colombia sea un país mucho mejor.

Iván Roberto Duque. Al fondo, Medardo Correa e Ildefonso Henao.

Iván Roberto Duque, excombatiente de las AUC

Hablo desde mi experiencia personal, que me ha dado una visión pesimista después de tantos años de lucha, y desde mi posición como un contrarrevolucionario convencido de mi ideología contra la guerrilla, porque siempre he creído que eso fue lo que nos llevó al país y a mí a la guerra. Para mí, lo que ganamos a nivel personal fue la decisión de ponerle fin a esa guerra, porque estábamos cansados.

Tomamos esa decisión a pesar de que teníamos a todo el Congreso de la República y varios controles territoriales definidos. Abandonamos la guerra cuando su balance más nos favorecía. Ese favorecimiento ya entonces nos daba vergüenza, si bien antes el sentimiento de

victoria nos había envalentonado y llenado de soberbia. Tras toda esa confrontación, nosotros ganamos al desactivar de la guerra a diecisiete mil quinientos hombres. Desprendernos del fusil es complejo, pues en la guerra es más fácil conseguir el arma que entregarla. El fusil era como una prenda de vestir y desligarse de eso no es fácil.

Yo no vi crecer a mis hijos, una etapa bella para cualquier padre. Las AUC no eran una organización pobre, pero éramos más pobres que todos. Uno puede vivir una mentira vital permanente. Yo tuve quince cédulas, pero nunca pude desarrollar un proyecto en la profesión que estudié. Tuve que sobornar a la Policía, pero no pude tener nada a nombre mío ni pude acercarme a un banco a sacar un crédito por andar por el monte arriesgando la vida. Y lo peor fue que hicimos todo eso cuando estábamos jóvenes. Perdimos muchas cosas y a Colombia le hicimos perder muchas más.

Lo bueno que puede mantenerse está completamente opacado. Hace unos días, me puse a revisar los acuerdos de paz de la Uribe, la Estrada, el Caguán e, incluso, de La Habana. No coincido con quienes dicen que ganamos muchas cosas en esos acuerdos. Lo de la Constitución del 91 fue importante, porque salimos de la dictadura constitucional del 86. Pero la justicia social y la emancipación económica que nos prometieron hoy no las veo. Este país sigue siendo injusto. Aquí no se puede hacer empresa y eso afecta a la mayoría, pues somos un país de familias de cinco o seis miembros. Somos un país cuyo modelo de desarrollo económico favorece a los grandes monopolios; un país por el que anda campante la corrupción. Así que Colombia no ha cambiado, no cambió con nosotros ni después de nosotros, ni con Uribe ni con Santos ni con Duque. Todo sigue igual.

Concuerdo con Alonso Ojeda en cuanto a la necesidad de reconsiderar ese pacto social, porque seguimos en la ruina, caminando al garete de la historia. No considero que vivamos en una Colombia mejor. Se entregaron diecisiete mil personas y el mismo número de armas largas y cortas. Nos vinimos del sur de Bolívar, donde teníamos un imperio criminal, donde, cambiando una tiranía por otra, reemplazamos a nuestros amigos del ELN. Pero en el sur de Bolívar hoy todo sigue igual. Ahora hay otros grupos fuertemente armados ocupando los territorios que ocupamos nosotros y disputamos a bala con las guerrillas. También vemos que los productos principales son la coca y las minas antipersonal, tanto en el sur de Bolívar como en el Catatumbo. Vemos que nada ha cambiado. A Pablo Catatumbo pude decirle que espero que esos cambios que hicieron en Cuba no se queden en que ellos salieron a ganarse

seis millones o a sentarse en el Congreso, porque los pobres siguen siendo pobres y el país sigue igual.

Esos procesos cuentan armas entregadas, no almas desmovilizadas. Hoy once mil hombres forman parte de las llamadas BACRIM. Son personas mal desarmadas, dejadas a mitad de camino. Expreso mi desazón y mi preocupación por este país. Doy gracias a Dios por poder decir que vislumbro el final de mis días. Pero, si a los treinta y cinco años hubiera podido ver dónde iba a terminar este país, habría terminado con mi vida. Colombia va por el camino equivocado. Es una gran nación con un Estado diminuto. Esperar un futuro promisorio es tarea de ilusos, y si bien estos encuentros y esfuerzos son necesarios, el país permanece en las manos de los ilegales. Perdonarán la opinión de este hombre que en otros años optó por la guerra y ahora ve la pésima herencia que le dejó a Colombia.

Fernando Hernández, excombatiente de la CRS

Ganamos en consciencia del mundo y en compromisos con esa visión de mundo de la posición marxista. Esa visión nos permite ver por qué en el fondo nada cambia. Seguimos siendo una sociedad al servicio del capital. Creo que ganamos en consciencia y en toma de decisiones.

Cuando me vinculé a la lucha armada en los años setenta, estábamos en la Guerra Fría, recién salidos de la Segunda Guerra Mundial y la guerra de Vietnam; estábamos bajo el control de Estados Unidos y del capitalismo; estábamos saliendo de una guerra en la que nos habían metido las oligarquías en los años cincuenta. Somos algo particular los movimientos de la izquierda que hicimos unos acuerdos en los años noventa. En ese momento, vimos que había que asumir un compromiso dada la situación de pobreza gravísima. Fue un compromiso con esa época y con la gente, y lo hicimos porque fuimos consecuentes.

No soy de los que dice: "Nos equivocamos". Estoy muy orgulloso de lo que hice y de lo que hicimos en su momento. No creo que me haya equivocado. Por eso, coincido con la frase de un revolucionario cubano que dice: "Es tan cobarde el que rehúsa la guerra cuando es necesaria como el que no asume la paz cuando la paz se impone". Esa es mi filosofía de vida. Entonces, si asumimos la guerra en los años setenta fue porque la guerra era necesaria, no desde una visión histórica de la guerra y la paz, sino por una orientación y un momento. Esa generación a la que pertenecí le apostó a esa visión y a esa lucha, en Colombia y América Latina. En

mi caso, lo hice desde mi orientación cristiana y marxista. Nos metimos en una lucha de transformación con fundamentos objetivos: la lucha social, la democracia y el socialismo.

Encontramos un país que venía de la violencia, marcado por la injusticia y la desigualdad. Ahí, también nos encontramos muy temprano con la política. Por eso, nuestra propuesta armada iba acompañada de una propuesta política. La finalidad era transformar al país hacia el socialismo y derrocar la oligarquía por las armas, como dijo Camilo. Si soy cristiano y ser cristiano es profesar el amor al prójimo, en esa coyuntura la lucha armada era la vía.

En la guerra perdimos la inocencia. En 1989, se vivió la gran tragedia del socialismo en América Latina y el mundo. Recuerdo que Eduardo Galeano decía: "El socialismo que se cayó no era el de nosotros". Entonces, ¿cuál fue? Seguimos reconstruyendo la propuesta y la utopía. Seguimos creyendo que a pesar de las críticas hay que avanzar con el marxismo como una visión de mundo con futuro, propuestas y utopías por las cuales hay que luchar. A pesar de ese contexto, en América Latina continuamos la búsqueda de una sociedad distinta, que dé respuestas claras a la gente, de democracia y justicia social. Todo esto da más razón a nuestras rebeldías.

Así como en una coyuntura asumimos la guerra, en otra coyuntura entendimos que ya no se justificaba y apostamos por la paz. Lo hicimos junto con seis organizaciones insurgentes, algunas de las cuales están aquí. Primero, nos coordinamos para la guerra y de ahí nació la Coordinadora Guerrillera. Luego, hicimos acuerdos conjuntos de paz y nos seguimos encontrando en apuestas de construcción de país. Digo entonces que perdimos la inocencia porque tuvimos que reconstruir nuestra utopía, y en esas estamos hoy.

Perdimos también muchas vidas, compañeros y compañeras y amigos. Nuestras luchas penden sobre la cabeza de todas las generaciones que han muerto. Fueron muchos los sacrificios. Hablamos de más de mil quinientos compañeros armados que murieron luchando desde su propia bandera. En esa lucha seguimos con responsabilidad. Creo que no tenemos derecho al pesimismo ni a renunciar a la lucha, si pensamos en los compañeros y las compañeras que dieron la vida por esto.

En la inocencia perdimos la consciencia de la paz. Tenemos que discutir de qué paz hablamos. Hablemos de la paz que el país necesita, no de la que necesitan los gringos, la oligarquía o los monopolios. Aquí nos encontramos guerreros con miradas distintas que le apostamos a la paz. Este es un esfuerzo que hay que seguir haciendo y para eso hay que salir del discurso

inocente de la paz. Ahí podremos encontrar el "qué pasa aquí". Hemos hecho acuerdos de paz, hicimos la Constitución del 91, pero seguimos en guerra. Entonces, ¿qué falla? Hay temas que no hemos tocado y siguen produciendo guerra, temas como el narcotráfico, las economías ilegales, las relaciones internacionales, la geopolítica mundial. Todo esto influye en la continuidad de una guerra funcional a los intereses de todos ellos.

Estamos en un país mejor, a pesar de los dolores, los sufrimientos, los fracasos y las desilusiones. Todo eso hace crecer al ser humano, nos hace más conscientes y menos idealistas. Esta apuesta que hacemos aquí es importante. Hay que llevarla a todo el país. También considero que en Colombia ha crecido la consciencia de la cultura democrática. Ya no venden mentiras tan fácilmente sobre lo que son la democracia, la paz y la justicia. En medio de todo, hemos ido avanzando. Hicimos la Constitución del 91 entre todos, hay un movimiento social muy fuerte y una organización muy importante. Hay una sociedad civil activa en sus reclamos por un mejor país. Necesitamos defender ante el Estado todos los acuerdos y compromisos de paz que hemos hecho, pues son ganancias para este país.

Ildefonso Henao e Iván Roberto Duque.

Ildefonso Henao, excombatiente del EPL

En doscientos años, Colombia no ha tenido dos décadas consecutivas de paz. Entonces, nuestro primer aporte en el marco de los procesos de los años noventa fue decir que la guerra ya no iba más y empezar a legitimar una alternativa. Fue una gran apuesta y no fue nada fácil. Estuvimos ante la tentación de financiar la guerra con el narcotráfico, y menos mal no lo hicimos. Esa fue una primera gran ganancia.

En lo personal, creí en un cambio desde la lucha armada y aposté a eso. Después, salir de ahí me hizo un ser humano y un profesional con una visión distinta. Hoy en día tengo conocimientos y capacidades que sin esas vivencias no creo habría podido poner a jugar. Este ha sido un aprendizaje constante, algo que le falta al país. Seguimos repitiendo un ciclo. Intentamos hacer la paz, pero resurge la guerra. Y aún no encontramos el camino.

El sistema de justicia transicional consolidado después de los acuerdos de La Habana trae aires de esperanza a esta debacle en que estamos. Cuando nos fuimos a la guerra, éramos muy jóvenes y nos metimos a jugar algo que terminó siendo superior. Jugamos con la vida y la muerte, nuestra y de mucha gente.

Creo que ganamos la libertad de militancias cerradas y logramos superar esos sectarismos. Cuando era joven, viví en una militancia muy cerrada en el EPL y el PCC-ML, que llegó a tener prácticas casi religiosas. Superar eso fue una ganancia y un aprendizaje importante.

Por último, Colombia cambió porque nuestros procesos lograron traer no solo la Constitución, sino también lo que vino con ella, que enriqueció el país y el movimiento social. Aún no hemos sido capaces de lograr quebrarles el espinazo a las prácticas recurrentes de la guerra y la economía, pero vamos por buen camino. Que estemos aquí haciendo esta búsqueda es muestra de ello.

Luis Eduardo Celis, excombatiente de la CRS

Concuerdo con que debemos especificar de qué época hablamos. La violencia de los años cuarenta y cincuenta se cerró muy mal para el pueblo, pero muy bien para las élites políticas del poder. Los liberales y conservadores que habían hecho que el pueblo se matara hicieron

un pacto de convivencia que, para ellos, fue una buena paz. Se pacificó el país de una forma importante, pero echándole tierra a todo lo que nació de la violencia. La exclusión política del Frente Nacional se dirigió contra quien no era liberal o conservador y por tanto era considerado un enemigo interno. Ahí nos paramos quienes fundamos las guerrillas. Todos estuvimos respirando la exclusión política, más allá del sueño de transformación del país. Un amigo comunista, que se graduó en 1971 de Medicina y fue a buscar trabajo en Medicina Legal, encontró que el formulario de registro pedía decir si se era liberal o conservador. Es muestra de lo humillante que fue esa exclusión política y de cómo ese ambiente animó el sueño de rebelión. Es importante entender dónde estábamos parados y cuáles fueron los orígenes.

Después, cada momento se fue volviendo más difícil y problemático. Nosotros alcanzamos a hacer una rectificación, cuando comprendimos que las armas no tenían sentido. Hace unos años, le conté a Vera que había dejado de creer en la lucha armada no por un sentido ético —cosa que no me enorgullece porque muestra que no viví la guerra con intensidad, sino que apenas participé de un grupo de gente rebelde—, sino porque me desencanté de la rebelión armada, que no rendía, no crecía y no convocaba. No era eficaz. Algunos que sí vivieron la guerra y después concluyeron que la guerra no traía nada bueno.

Las FARC, por ejemplo, se empañaron en una guerra sin sentido de la que tuvieron que salirse veinte años después, ya estando muy desprestigiados. En conclusión, hay que entender las raíces de la guerra en el lugar y el contexto. Además, hay varias guerras. En mi caso, hablo de la rebelión política de los años sesenta, una guerra política e ideológica en un contexto determinado, de gente que también hizo barbaridades. La de los sesenta, setenta y ochenta no fue una guerra zanahoria. Fue complicada, si bien quienes la hicieron no la profundizaron y la hicieron a un lado.

El balance de la dinámica es que para una parte del país hubo una maduración política, que nos permitió ser capaces de mirarnos a los ojos y pensar que esto debe ser diferente. Hablar de derechos humanos era de izquierdistas. Ahora entendemos que es una cosa de la sociedad. Hemos avanzado en discusiones y programas y hemos ido madurando una democracia que tiene muchos problemas. A la vez, tenemos una deuda enorme de verdad, otra humanitaria, etcétera, y ahí se enmarca este ejercicio, en la necesidad de responderle al país. De ahí viene la importancia de la Comisión de la Verdad. Necesitamos que alguien nos diga qué nos pasó y cómo hacer para que no vuelva a ocurrir.

Estamos haciendo un ejercicio para tolerarnos y aceptarnos. Estamos reconociendo nuestras fallas para tratar de construir una verdad. Diría que hemos aprendido a tolerarnos y aceptarnos como somos. Este es un buen momento para crear una revolución que abarque no solo el contexto político, sino también el de un ejercicio revolucionario que la propia palabra evoca.

Tenemos que fusionarnos. No podemos hablar de igualdad porque somos diversos. Ni en nuestras familias hay igualdad de pensamiento, a pesar de haber salido del mismo contexto. Invito a que seamos revolucionarios, a llamar a nuestros compañeros a hacer lo propio. Si vamos a construir paz, tenemos que hacerlo con quienes no están trabajando por ella. Esa paz se hace hablando. Si tuvimos fuerza para la guerra, ¿cómo no vamos a tener el coraje para ponernos en una posición revolucionaria frente a toda la problemática que existe? Y no debería motivarnos la denuncia, sino el llamado y la invitación a hablar con quienes hoy tienen las estructuras del poder ilegal.

Agradezco al gobierno de Uribe haberme dado la oportunidad de salir del monte. Si no lo hubiera hecho, probablemente seguiría corriendo por allá sin poder ver a mi familia. Creo que hemos ganado como seres humanos. Poder ver a mi familia y compartir con mis hijos es para mí un triunfo, a pesar de todos los derechos que nos han cercenado, los políticos, los laborales y los económicos.

En un momento, me sentí orgulloso de ser AUC. Cuando entré, recibí una formación política del comando Carlos. Esas ideas me parecieron interesantes y por ellas luché y motivé a muchos otros a hacer lo propio. Vivía orgulloso de mi organización. Hoy he llorado por esas decisiones, por las cosas que hicimos por vivir en un idealismo. Había creído que era la salida, como un desplazado del conflicto armado que había llegado hasta allá por miedo y rabia y en búsqueda de salidas.

Fuimos legendarios hombres de guerra en su momento. Pero, como fuimos valientes para la guerra, seámoslo ahora para la paz.

Fabio Mariño, excombatiente del M-19

Yo no perdí nada, yo gané todo. Gané una mujer brava que todavía tengo. El M-19 me permitió romper con ese tentáculo permanente del bipartidismo. Nací en ese contexto. Mi mamá era liberal y mi papá conservador, pero yo fui del M-19. Esa ruptura fue importante para mí. Hoy, todo lo que tengo se lo debo a la decisión de vida que tomé en ese momento. Perdí el miedo a asumir una responsabilidad, a tomar la vida que me correspondiera, al compromiso de cumplir una palabra empeñada. Tuve la suerte de estar virgen políticamente en la organización. No tuve ninguna militancia previa distinta de la vida que me formó en los valores del hogar, de una escuela pública del campo y de una sociedad campesina. Todo eso se transformó después en un hecho político.

Soy parte de los que el 9 de enero de 1989 dimos un salto al vacío, y eso significó dejar todo atrás. Pero no perdí nada, porque de ese salto al vacío solo salió ganancia. Hubo muchas muertes. ¿Pero son esos muertos, acaso, más graves que aquellos por los que decidimos tomar las armas? Me refiero, por ejemplo, a quienes todavía hoy se mueren de hambre en La Guajira, el Chocó, el Amazonas, en Casanare y Ciudad Bolívar. Eso a un revolucionario le duele más que un compañero con quien se asumió el riesgo y la decisión de posiblemente morir. Camilo, por ejemplo, encontró su decisión en la vida, al igual que muchos de nosotros. Es más, estamos vivos por una casualidad de la vida.

Concuerdo con que hay que plantear circunstancias diferentes. No todas las guerrillas fuimos iguales, así como no todas las otras fuerzas del lado de allá fueron iguales. Fuimos una organización pequeña sin tantos líos como otras. Y en nuestra guerra no ocurrieron tantas cosas como en otras. El solo hecho de la guerra ya es una atrocidad, pero es importante entender los elementos que llevan al ser humano a cada guerra.

Reivindico mi decisión, pero sin hacer apología a la guerra. Se trata más bien de una defensa de lo que tuve que vivir, la misma que pasado mañana haré de lo que vivo hoy. En el salto al vacío, gané la posibilidad de enfrentar nuevos retos. Lo que tengo se lo debo a lo que aprendí. Entre las cosas más grandes que aprendí en esa vida estuvo la lección de dar y recibir amor. En el M-19 aprendimos a amar, y en el amor están el enemigo, el aliado, el compañero y el respeto a las diferencias. Una gran cosa que viví fue ejercitarme en vencer la posibilidad de odiar a mi contrario y a mi enemigo, en el perdón y la reconciliación de verdad, en entender que las

diferencias son un motivo para vivir y crecer, no tanto para pelearse. En el M-19, aprendí a ser lo que era y a enfrentarme a lo que quería ser.

La misma intensidad que nos llevó a la guerra con un ideal justo nos dio la dignidad y la certeza de salirnos de esa decisión. En los treinta años que llevamos en esto, hemos cumplido la palabra empeñada. Por eso reivindico el 9 de enero de 1989, aunque el acto público se dio en 1990, porque fue la fecha de una firma trascendental en la resolución del conflicto con el gobierno de Barco.

Les ofrezco mi corazón como un territorio liberado de odios. Les ofrezco mi vida como un espacio alejado de la violencia, y esta experiencia y estos sentimientos como un territorio lleno de amor de un campesino que cuida la labranza para la cosecha de la paz.

Vera Grabe, excombatiente del M-19

Estoy con la paz desde hace treinta años. Todos los días trabajo por ese camino con la idea de cambiar las lógicas y construir de otra manera. La paz es nuestra revolución actual. Por estos días, estamos celebrando los doscientos años de la independencia, celebramos a Bolívar y la Batalla de Boyacá. Sobre Bolívar nadie dice que fue un violento, aunque hizo una guerra a muerte y hubo muchos muertos. Bolívar es nuestro héroe y nuestro libertador. No celebramos otros aspectos de la independencia porque la lectura de la historia es de la guerra. Celebramos la Batalla de Boyacá, pero no el grupo de pensadores que surgió del proceso independentista. El juicio que hoy hacemos es el juicio a la violencia.

No me metí a la guerra por la violencia sino por la revolución. En ese momento, la opción era la lucha armada. La guerra fue un motor de la historia, y hoy hemos llegado a la conclusión de que lo es la paz. En los años sesenta y setenta, cuando ingresamos a la guerra, en Vietnam el Vietcong derrotaba a los gringos y en Estados Unidos estaba el movimiento pacifista. Se complementaban, y nadie cuestionaba al Vietcong. Esa complementariedad entre los movimientos pacifistas y el Vietcong permitieron derrotar la guerra. En ese sentido, uno hace las cosas con las herramientas que tiene. Si hubiéramos conocido a Gandhi, seguramente no nos habríamos metido en la guerra ni habríamos hecho cosas que creo que aportaron, porque este es un país atrasado. Las élites colombianas son las más atrasadas del continente. Acá no

hubo revoluciones liberales. Si no hubiéramos hecho lo que hicimos, todavía estaríamos con la Constitución del 86.

En la época en que escogimos la lucha armada, ese era el modo de acabar con la violencia, la injusticia social y la exclusión política. Este país se construyó sobre la violencia y nosotros optamos por las herramientas que teníamos en esa época. No había otro modo, no existía. Y desde el M-19 revolucionamos la misma revolución, pues nacimos criticando a las FARC y a las sectas políticas de esos tiempos. Hablar de diálogo, derechos humanos y concertación era algo revolucionario. Hoy crecemos con los derechos humanos, pero para nosotros no existían. Bateman decía que "revolucionario era aquel que se revolucionaba a sí mismo". Eso fue lo que aprendimos a hacer.

La historia no es lineal, no hay un progreso al que nos dirigimos. La historia es una mezcla de paradojas, y en esa mezcla haber apostado por la paz fue una ganancia enorme, más en un país con tanta complejidad y tantos factores que confluyen en la guerra. Todo el proceso ha sido contracorriente. Las AUC dejaron las armas en su mejor momento y nosotros, cuando todo el país estaba armado. Y eso es una ganancia: atreverse a romper los esquemas y decir que la guerra no va más. Fue romper el paradigma de que la guerra era la revolución. Ese es un logro histórico. En la izquierda, hace diez años discutíamos sobre si la lucha armada o no. Hoy se discute sobre si el metro debe ser elevado o subterráneo. Ese es un logro, pues hemos ido derrotando la guerra así todavía exista.

Estanislao Zuleta nos dijo que "hay revoluciones que se hacen y otras que nacen, y ustedes están haciendo una que nace". Logramos una revolución que permite que hoy estemos sentados aquí, que la guerra esté cuestionada y que las FARC hayan dejado las armas. En Colombia, la guerra ya va a generar una nueva constitución.

Se puede hacer lecturas en términos de guerra o de paz y analizar en esa medida las ganancias. Perdimos a mucha gente. A nosotros nos mataron a todos los comandantes y eso nos duele, así como los desplazados nos duelen. Pero en términos de historia también es importante valorar la ganancia.

Luz Amparo Jiménez, excombatiente del M-19

También nosotros somos producto de un momento histórico. Entonces, darnos golpes de pecho por haber estado en la lucha armada no tiene sentido y no es el camino. En ese momento histórico, teníamos que asumir las armas. Y la paz hoy tiene fuerza porque su origen estuvo en la guerra y la confrontación. La fuerza que tenemos las personas que hablamos aquí de paz es que vivimos y sufrimos la guerra. Los desarrollos históricos y políticos del país han hecho que la guerra y sus dinámicas se agoten y que se tome el camino de la paz.

El país ha cambiado mucho. Se logró romper el bipartidismo. Se logró la Constitución del 91 y se derribó el Estatuto de Seguridad. Se hicieron unos cambios en el país, aun sin estar hoy todo resuelto. Todavía hay unas desigualdades profundas que duelen, un Estado que no es democrático, y una dirigencia política enquistada en el poder. Pero hay sectores y dirigentes que ya no son del bipartidismo. Esas son ganancias importantes y muestran que el país se ha transformado para bien. Nosotros somos un gran capital para la paz y tenemos una ciudadanía cada vez más comprometida con la paz. Creo que esa es una gran revolución y un cambio para el país.

José Matías Ortiz, excombatiente del PRT

Si partimos del informe "¡Basta ya!" del CNMH, todos salimos mal librados. Entre los años sesenta y 2012, hubo doscientos veinte mil muertos, de los cuales ciento cincuenta mil fueron civiles. También hubo al menos veinticinco mil personas desaparecidas, casi cinco millones de desplazados internos y más de ocho millones de hectáreas despojadas o abandonadas, entre otros hechos de violencia. Esos datos son la consecuencia del conflicto armado en el espacio de tiempo que la Comisión ha determinado.

En todas nuestras experiencias, un objetivo que aún no hemos logrado es la reconciliación nacional. Nos lo planteamos en los diversos procesos de paz, desde los años noventa hasta el actual, pero no lo conseguimos. Ha habido algunas manifestaciones que abren un camino, pero viendo el resultado del plebiscito de 2016 se puede decir que la sociedad está dividida a favor de la paz y la reconciliación, y en contra. Esas son las condiciones que tenemos hoy. La

reconciliación es un elemento consustancial de cualquier negociación política entre el Estado y cualquier fuerza alzada en armas.

Esta es una experiencia afortunada que marca un trasegar por el camino correcto. Sin embargo, la política permanece un escenario de violencia. Entonces, ¿qué ocurre en este país que aún no somos capaces de tolerar la manifestación de un contrario político? ¿Qué ocurre en un país que asesina a sus líderes sociales? Esto es diciente y sucede porque aún no alcanzamos la reconciliación. Entonces, una vez termine este proceso de Narrativas de Excombatientes, ¿qué va a pasar? Deberíamos hacer un pacto para seguir luchando por la reconciliación nacional.

Rodrigo Pérez, excombatiente de las AUC

Yo no me enfrenté a las guerrillas de los años sesenta y setenta. Las acciones de esas guerrillas fueron muy distintas de las que me tocaron a mí. Es más, yo celebré muchas acciones del M-19. Las guerrillas que yo enfrenté fueron mucho más violentas y estuvieron mucho más comprometidas con el narcotráfico. Eso me llevó a tomar las armas. No estoy justificando nada ni quiero decir qué gané con la decisión de haber tomado las armas para enfrentarme a la amenaza guerrillera.

Cuando salí de esa época oscura, entendí que había sido la peor decisión de mi vida. Perdí una sola cosa, pero con eso había perdido todo. Esa cosa era la humanidad. Cuando para uno en la guerra la vida no vale nada, significa que uno perdió la humanidad. He rebuscado en mi consciencia para encontrar qué gané cuando era Julián Bolívar. Lo único que gané fue la experiencia suficiente para decirles hoy a los jóvenes que la guerra y la violencia no valen nada.

De pronto a ustedes en su época los movieron otros principios y por eso respeto mucho lo que han dicho. Yo entré a la guerra como un hombre maduro, a los treinta años, y me tocó vivir la violencia urbana y rural de las guerrillas de mis tiempos.

He sido muy crítico y me he recriminado mucho mi paso por el conflicto armado. Perdí muchísimo, la mejor época de mis hijos, una pareja que nunca entendió ni aceptó que estuviera inmerso en un conflicto ordenando muertes. No es fácil recordar ver morir a tanta gente inocente. Matías hablaba de doscientas veinte mil víctimas. Esa guerra que nos tocó no dejó sino víctimas inocentes, ajenas totalmente a los acuerdos de paz.

Colombia ganó cuando le restó hombres a la guerra por medio del diálogo. En lo personal, creo que vivo en un mejor país. Mi situación ha mejorado ostensiblemente. Cada vez que hablo con un grupo de víctimas, quedo con la alegría de recibir su perdón y soñar juntos con un lugar distinto. Lo que hemos construido en la paz me hace vivir en un mejor país y pensar que valió la pena. Nunca me arrepentiré de haber dejado las armas.

Rodrigo Pérez, Iván Roberto Duque, Fredy Rendón, Óscar Montealegre y Nodier Giraldo.

Óscar Montealegre, excombatiente de las AUC

Perdí la libertad, perdí a mi familia, perdí la humanidad. En la guerra, me tocó ver caer compañeros. Era ya algo normal. Hacerle algo a alguien era normal. Pero lo que más me marcó fue perder la libertad. Estar recluido me hizo pensar en reorganizar mi proyecto de vida, y con eso gané. Este proyecto de vida me ha llevado a mostrar las experiencias de lo que aprendí de los errores de mi vida, a recorrer pensamientos diferentes a los míos, a ser tolerante y a no justificarme en estos hechos negativos. Aprendí a perdonarme y a pedir perdón, y aprendí a ser papá.

Cambiaron los brazaletes, porque en los sitios donde estuvimos siguen en las mismas condiciones de violencia. Sin embargo, creo que este es un país mejor. Prueba de ello es esta mesa.

Gabriel Barrios, excombatiente del PRT

En Colombia se han dado diferentes procesos de paz, y a eso no le hemos dado mucho análisis. Creo que los acuerdos que se han logrado nos han dejado muchas cosas positivas. Sin embargo, creo que en Colombia ninguna de las guerrillas ha podido llevar a cabo sus propósitos políticos. Eso tiene que ver mucho con la disposición de los diferentes gobiernos. Por ejemplo, un punto más importante que se logró en los años noventa fue la Constitución del 91, pero la reacción que suscitó ese proceso fue dolorosa: desapariciones, incremento de la violencia en el campo, más de ocho millones de desplazados. Los propósitos que teníamos terminaron opacados por las responsabilidades de los distintos gobiernos. Por ejemplo, en los acuerdos más recientes, el gobierno ha sido un obstáculo para la implementación. Y eso tiene que ver con el aumento de la violencia en los últimos tiempos: más asesinatos, desapariciones, amenazas y torturas. Entonces, hemos visto muy poco avance. Algunos sectores han mejorado su situación, pero en los territorios la situación es cada día más crítica. Mientras la violencia aumente allá, es muy difícil reestablecer un proceso de paz.

Hemos avanzado en algunas cosas. Como persona, estoy satisfecho porque tengo hijos, nietos y amigos, y estoy agradecido por ello. Pero concuerdo con Rodrigo en que hemos perdido una juventud revolucionaria. Ojalá esta nueva juventud no vaya a sufrir el mismo problema.

Carlos Velandia, excombatiente del ELN

Envió una reflexión por escrito sobre los impactos de la guerra. Ese texto puede leerse aquí.

Capítulo 6

ACUERDOS DE PAZ: CUMPLIMIENTO E INCUMPLIMIENTO

Sesión del 12 de septiembre de 2019

Esta sesión contó con la participación de exguerrilleros de las FARC-EP, presentes por primera vez en la Mesa de Excombatientes de las guerrillas y las AUC. El objetivo fue hacer un examen colectivo desde las diferentes organizaciones que han hecho procesos de paz con el gobierno y dejado las armas mediante acuerdos. Se buscó un estado del arte de las negociaciones de paz en Colombia, tomando como referentes las negociaciones de los años noventa, las negociaciones con las AUC en los 2000 y las negociaciones con las FARC en distintos momentos hasta 2016.

Fredy Rendón, Rodrigo Londoño, Rodrigo Pérez y Óscar Montealegre.

Para eso, se desarrolló una discusión en plenaria que incluyó la perspectiva de cada organización alrededor de los siguientes grupos de preguntas:

1. ¿Cómo se llegó a la negociación? ¿Cuál fue la discusión de fondo que tuvieron para decidir negociar? ¿Qué condiciones políticas o militares derivaron en la decisión de negociar una desmovilización, una dejación de armas y unas agendas mucho más amplias y estructurales para el país?

2. ¿Qué se negoció y qué acuerdos se hicieron? ¿Qué tipo de paz se negoció, una paz transaccional o transformacional? ¿Cuáles fueron los contenidos de las agendas, las dinámicas, los tiempos y las formas en que se llevaron a cabo las negociaciones? ¿Qué anécdotas ilustrativas del proceso tienen? ¿Qué resultados sustantivos fueron alcanzados con los acuerdos?

3. ¿Qué se cumplió total o parcialmente y qué no se ha cumplido?

4. ¿Cómo ha sido el proceso de reincorporación en torno a la seguridad jurídica, la participación política, las acciones efectivas de normalización y la reintegración a la vida civil?

Los participantes hicieron un recorrido exhaustivo por los diferentes intentos de diálogo con el gobierno y contaron cómo llegaron a la decisión de negociar el fin de la guerra. En las intervenciones, desarrollaron análisis sobre el contenido de la agenda de negociación, sobre las dinámicas, los tiempos, las formas y los resultados sustantivos. También compartieron anécdotas de la negociación.Las exposiciones reflejaron diferentes posiciones y percepciones, incluso entre miembros de una misma organización.

Los exintegrantes de las guerrillas del ELN, M-19, PRT, CRS, EPL y FARC-EP hicieron un balance de distintos acercamientos al gobierno por una salida dialogada al conflicto armado. Una constante en esos procesos fue la búsqueda por lograr transformaciones sociales, políticas y económicas profundas, a partir de ideas de justicia social y democracia. No supusieron una rendición, sino un acuerdo de lucha política desde la legalidad. También se resaltó la experiencia de unidad de la CGSB y se hizo un análisis crítico del proceso actual y de la mesa de diálogo que hubo con el gobierno de Belisario Betancur, el de Virgilio Barco y el de César Gaviria.

Por su parte, los excombatientes de las AUC hicieron un recuento del proceso en Santa Fe de Ralito con un énfasis en las dificultades de la negociación. Hablaron sobre las rupturas internas en la organización, sobre la ausencia de un liderazgo reconocido y aceptado por todos y sobre las dinámicas regionales de cada grupo armado que la conformaba. Hicieron un análisis crítico de las dinámicas de relacionamiento con el gobierno durante los diálogos y contaron cómo fueron presionados a reconocer una rendición militar y política bajo acuerdos que no fueron respetados posteriormente.

Un elemento central fue la responsabilidad del Estado en el conflicto armado y el incumplimiento parcial o total de lo pactado. El incumplimiento va de la mano con un desconocimiento de los derechos políticos de los excombatientes y con la falta de garantías reales en la reincorporación social, política, económica y productiva. Como principal razón, se identificó la constante oposición de una cierta élite colombiana a una apertura política real, que permitiera la participación amplia de distintos sectores en la arena política. Todo esto tiene matices y diferentes dinámicas de expresión de acuerdo a los diferentes contextos y coyunturas. Sin embargo, fueron evidentes algunas constantes como la falta de garantías de vida para los excombatientes y el desconocimiento de los acuerdos.

La gran conclusión se encuentra en buena medida plasmada en el "Comunicado Público" que redactaron los integrantes de la Mesa de Trabajo, que se refiere a la necesidad de exigir al Estado el reconocimiento de los acuerdos y su total cumplimiento. También salió a flote el apoyo general a los procesos de paz y, en particular, al firmado por las FARC. Todos los participantes expresaron su voluntad de contribuir a la verdad, la paz y la reconciliación.

PRIMERA PARTE: REFLEXIONES DEL PROCESO DE LA MESA DE TRABAJO

María Camila Moreno, ICTJ

Este espacio es una iniciativa conjunta del ICTJ y la Comisión de la Verdad. La Comisión viene adelantando una serie de procesos, conversaciones e iniciativas a lo largo y ancho del país para dialogar sobre lo que nos ha pasado. El propósito es lograr la implementación de

Nodier Giraldo, Medardo Correa, Francisco Caraballo, Fredy Rendón, Óscar Montealegre, José Matías Ortiz, Alonso Ojeda y Rodrigo Pérez.

su mandato, que es complejo y ambicioso, pero muy necesario, y se rige por la misión de esclarecimiento, reconocimiento, convivencia y no repetición. Así, esta mesa y las sesiones que vienen pretenden hacer una contribución a ese análisis que la Comisión tendrá que presentarle al país en su informe final.

Desde el siglo XIX, la historia de Colombia ha estado atravesada por procesos de paz, y esa experiencia con la paz es una de las más importantes en el mundo. Una constante de las élites colombianas, obviamente desde un análisis ligero y provocativo, es que han sido unas élites pactistas. A la vez, su tendencia ha sido a incumplir esos pactos. Estamos aquí reunidos con quienes han experimentado en carne propia esa triste historia del país.

Queremos hacer una reflexión profunda sobre por qué un país que ha hecho tantos acuerdos de paz sigue viviendo la guerra. La guerra, por supuesto, se ha transformado. El conflicto de hoy no es el mismo que el de los años noventa, así como las negociaciones de esa década no son las mismas que las de las FARC-EP o las AUC. Pero hay elementos comunes, y a eso apuntamos en esta reflexión. Para eso proponemos hacer un balance crítico de qué se negoció, por qué se negoció lo que se negoció, y de qué pasó después, qué se cumplió y qué se incumplió. Esas preguntas nos llevarán también a reflexionar sobre la persistencia de factores, causas estructurales y explicaciones sobre por qué seguimos como seguimos.

Este es un encuentro histórico. Y lo es muy especialmente hoy por ser la primera vez que todos, incluyendo a las FARC, están reunidos en esta mesa. Esto es una prueba contundente de que a pesar de todo el país ha cambiado. Hace cinco años, incluso menos, esta reunión era impensable. Hoy es una realidad. Más temprano le decía a Rodrigo Londoño que aquí está reunida nuevamente la CGSB, de nuevo para pensar en la paz y la reconciliación. Ese es un mensaje que el país tendrá que conocer.

Rodrigo Londoño, exguerrillero de las FARC-EP

Muchas gracias por la invitación. Aquí estamos, con mucho sentimiento de encontrar viejas caras conocidas como la del camarada Caraballo, de los tiempos de Casa Verde. Reunirse en este escenario es emocionante, pues está en función de un objetivo común que es la paz de Colombia.

Fabio Mariño, excombatiente del M-19

Un cordial saludo. Haré la presentación con la ayuda de la Virgen de Chiquinquirá, que es la patrona número uno de Colombia y la militante número uno del M-19.

Cuando fuimos convocados a estas reuniones, el temor que seguramente todos sentimos se expresó primero en el saludo y luego en la capacidad del abrazo. Más adelante, surgió la necesidad de contarnos cosas, compartir historias y, sobre todo, descubrir que por encima de nuestras diferencias, de las circunstancias y de los tiempos en esta mesa se reúne un grupo de gente que le apuesta a la paz.

Empezamos a encontrarnos, reconocernos y contarnos desde una perspectiva personal y desde la línea de trabajo a la que nos llevó la vida. Poco a poco, empezamos a entender que había temas comunes: la raíz de la guerra, y el tronco, el árbol y los frutos que necesita la paz. Descubrí que la guerra no viene de hace cincuenta años, sino que este país tiene costumbres y formas de hacer la vida más difícil. Empezamos a escuchar nuestras historias, con respeto por cada postura, con la necesidad de entender al otro y, sobre todo, con una voluntad de comprender que más allá de nosotros y de los grupos que representamos está la meta de

pensar en un país con el mismo ánimo con que lo hicimos hace cincuenta o setenta años, pero ahora con la voluntad dirigida al mañana.

Entonces, empezamos a conocernos y dialogar. Los organizadores propusieron una metodología que nos llevó a unos temas y a unas preguntas provocadoras, que nos ayudaron a desarrollar la confianza y el relato histórico, cada uno hablando desde su pequeña parte, entendiendo que nadie tiene toda la historia ni la verdad revelada. Nos propusieron unas mínimas condiciones, y la principal fue la confidencialidad. Nos dieron la tranquilidad de que no se publicará lo contado en este espacio. Entonces, nos empezamos a dar confianza y comenzamos a escucharnos en los relatos. Nos hemos sentido comprometidos a salvaguardar la paz, a preservar la convivencia, a construir la reconciliación y, sobre todo, a entender que la guerra nos volvió pequeños, que redujo nuestra posibilidad de ser generadores de una herencia digna para nuestros hijos y nuestros nietos.

Con estas palabras, les damos la bienvenida y les ofrecemos la confianza suficiente para que, en esta mesa y en esta confidencialidad que hemos logrado construir, se pueda escuchar de ustedes una voz sobre el valor de la guerra que hicieron y sobre la defensa de la paz que están construyendo. En lo que nos concierne, nosotros ya nos hemos metido bastante en las honduras de descubrirnos más capaces para la paz y de dejar atrás la experiencia de la guerra, sin desconocerla.

Les agradezco la confianza. Esperamos puedan descubrir que nuestras dificultades vencidas han sido el bastimento más importante para hoy tener la certeza de poder seguir cumpliendo la palabra empeñada y construyendo la paz para Colombia.

Fredy Rendón, excombatiente de las AUC

Siempre nos da alegría llegar a esta mesa y encontrarnos con algunos con los que nos conocimos aquí de manera personal. Nuestro primer encuentro fue un saludo distante. Hoy ya es el abrazo. A Rodrigo tuve la oportunidad de conocerlo personalmente y compartir durante varios días en un lugar precioso, en San Rafael, Antioquia. Fue un momento muy especial.

Resumiría lo que ha pasado aquí como la creación de una hermandad. Un producto de estos encuentros es la necesidad de manifestar lo que hemos trabajado y madurado. Le enviaremos a la sociedad un mensaje poderoso, en la medida en que lo estamos creando con

sinceridad. Esto surge del interés de todos los presentes, interés que hemos visto también en los señores de las FARC, que han estado en su propio proceso y ya cumplen tres años en la civilidad. Les damos la bienvenida con el ánimo de construir un país donde quepamos todos, así pensemos de una manera distinta.

En las mesas de trabajo, hemos caminado por muchos lugares de la geografía y hemos analizado las preguntas que la Comisión, el ICTJ y ABC Paz nos han hecho. Quiero recordar dos discusiones fundamentales: una tuvo que ver con la pregunta sobre por qué todavía hay violencia en el campo colombiano; y la segunda, con el fenómeno del narcotráfico en la guerra como un alimentador de la confrontación y como el impulsor de muchas problemáticas, entre otras, de la corrupción.

Como decía, hemos pasado por muchos lugares del país, hemos tocado temas que están a flor de piel, hemos escuchado a cada compañero y hemos encontrado que a través del tiempo el Estado ha sido el mayor responsable de lo que ha pasado. También hemos visto que después de todos los procesos —porque acá tenemos hasta jubilados de esas desmovilizaciones como Alonso y el Paisita (*Medardo Correa*)— el interés por llegar al fin de la guerra no se ha podido realizar.

Hemos dialogado sobre muchos temas. Ya se irán empapando, en la medida en que vayan acompañándonos. También podrán aportar al pronunciamiento que queremos hacer para apoyar los procesos de búsqueda de la paz en Colombia que comenzaron desde los años noventa.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

Quiero primero saludar a los compañeros de las FARC, Gabriel Ángel y Timoleón. Desde que empezamos, quisimos que estuvieran acá para que este diálogo fuera más completo y actual. Si bien ya han transcurrido varias sesiones, y nos quedan unas pocas, eso no quita todo el valor y el entusiasmo que nos produce compartir la palabra con ustedes.

Quiero hacerle un reconocimiento particular a Carlos Velandia. Él nos buscó y nos entusiasmó y él, con la Comisión de la Verdad y el ICTJ, inspiró esta posibilidad. Es lamentable que, por circunstancias de su seguridad relacionadas con una situación jurídica en su nom-

bramiento como gestor de paz, Carlos no haya tenido las garantías para seguir participando en un ejercicio que lideró y coordinó junto con ABC Paz.

Algo que parece evidente, pero es bueno resaltar es que a todos nos une un respaldo claro a la paz en Colombia y a la implementación del Acuerdo de Paz firmado por las FARC-EP. También nos entusiasma contribuir a la Comisión de la Verdad y al SIVJRNR. Otro punto es que compartimos el horizonte de la reconciliación.

Creo que el ejercicio, en sí mismo, ha tenido una dinámica y ha ido despertando cada vez un mayor interés. Se le ha dado un gran valor al espacio, como señalaba Camila, y eso ha llevado a que las sesiones tengan continuidad y a que incluso se pudieran ampliar, decisión que elevó las expectativas.

Este ha sido un ejercicio respetuoso y hecho con mucha madurez. Pero también ha sido difícil y ha dado lugar a debates, pues obviamente ha habido diversas interpretaciones y referencias. Indagar eso no es sencillo, pues revive actuaciones, escenarios y circunstancias. Recuerdo que en las primeras sesiones se cambió el formato y se abrió el espacio a intervenciones que buscaban ir a fondo y asumir el debate. Entonces, hemos podido flexibilizar el temario y las metodologías.

Hemos reflexionado sobre por qué nos vinculamos a determinados movimientos armados, y las ideas y preguntas han sido coincidentes y divergentes. Incluso quienes tenemos la misma experiencia no necesariamente tenemos las mismas percepciones. Con el camarada Caraballo compartimos muchas cosas de nuestra época de militantes, pero tenemos lecturas sobre los procesos de paz. Lo mismo sucede entre otras organizaciones y sectores que venimos de las insurgencias, así como entre quienes vienen de estructuras de autodefensas y paramilitares.

Las respuestas y discusiones han llevado a contextualizaciones históricas y regionales, a muchos matices temáticos y a situaciones que le han dado riqueza al ejercicio. Ha habido sinceridad y se han advertido filos de crítica y discusión que han enriquecido el espacio. Todo esto nos ha animado e integrado en un trato amistoso y fraterno y, desde el respeto, nos ha llevado a reconocimientos diferenciales de las facetas, dinámicas y circunstancias del conflicto y la violencia, así como a las nuevas realidades de construcción conjunta de esfuerzos de paz.

A este intercambio le faltaba desde luego una pieza. La presencia de las FARC nos da un panorama más concreto. La participación de las compañeras ha sido también destacada. A

pesar de que somos más los hombres, ha habido voces con toda la experiencia, la autoridad y la historia de compañeras como Vera y Raquel.

Lamentablemente, no todos los participantes han tenido la misma continuidad, por distintas circunstancias. El Quintín Lame fue invitado, pero no pudo participar por las circunstancias en el Cauca. Henry Caballero era uno de los líderes de la minga. Ese es un vacío de este espacio. Si bien estuvieron al principio, hoy ya no están presentes los compañeros de las milicias de Medellín, un fenómeno tan complejo y tan distinto de guerra urbana.

Finalmente, quiero contarles a los compañeros de las FARC que, por iniciativa de Fernando Hernández, surgió la idea de hacer un pronunciamiento sobre lo que significó esta experiencia, sobre sus comunes denominadores y sobre algunas lecciones. Estamos en un proceso de reflexión. Hemos acordado una cita previa a este encuentro para buscar consensos en torno a eso. Además, la misma Comisión ha propuesto un evento final de clausura con posibilidades de difusión.

Lucía González, Comisión de la Verdad

Como decía Álvaro, esta ha sido una experiencia muy enriquecedora. Hemos aprendido unos de otros y hemos encontrado la posibilidad de construir un diálogo generoso, tranquilo y enriquecedor. La propuesta fue hacer una reflexión conjunta sobre lo que ha pasado en este tiempo de conflicto armado desde la vivencia individual y colectiva, y no desde la violencia pensada y analizada académicamente. La idea es dar un lugar en el relato a estos grupos que estuvieron e hicieron parte del conflicto armado con sus aprendizajes, sus dificultades y sus logros.

Estos documentos irán a la Comisión como un acumulado importante en la búsqueda de la verdad con el propósito de contribuir a la convivencia y la no repetición. Sin embargo, hay algo que no quedará consignado, y es el espíritu de este diálogo. Por eso, esperamos que pronto, en un cierre público de esta experiencia, nos permita mostrarnos a la sociedad y al momento que vivimos. Así podremos hablarle también al país y dejar claro no solo que este encuentro sirvió para avanzar en los acuerdos, sino también que es posible convivir en la diferencia.

Rodrigo Londoño, Fernando Hernández y Álvaro Villarraga.

Fernando Hernández, excombatiente de la CRS

Timo y Gabriel, bienvenidos. Como decía Camila, este es un nuevo encuentro de la Coordinadora Guerrillera de 1980, en la que participaron también Granda, Manuel Cepeda y muchos otros compañeros que ya no están. Es un momento histórico que me pone a vibrar. Me da mucha ilusión, porque es un encuentro de excombatientes de todos los grupos que hicimos acuerdos de entrega de armas y hemos apostado por la paz y la reconciliación.Este espacio tiene un sentido humano, un sentido político, un sentido social y un sentido profundamente emocional. Es un espacio que ha generado un choque emocional fuerte, del que hemos salido desgastados pero muy contentos, pues en el fondo ha sido un ejercicio grandísimo de tolerancia. Así, gracias a este espacio, hemos ido creando unas relaciones de amistad.

Presenté la propuesta de pensar en un pronunciamiento conjunto e, incluso, en un escenario en que seamos capaces de abrazarnos públicamente y pensar en la reconciliación. Propongo hacer todo eso ante un país que está en manos de una dirigencia que sigue amplificando la guerra. Nosotros debemos defender la paz y la reconciliación, y un espacio así

podría ofrecer una gran virtualidad. Este ejercicio ha ido adquiriendo importancia, minucia y potencialidad. Es necesario que le hablemos al país y le mostremos nuestra voluntad de defender la paz y construir desde nuestras vivencias alternativas de reconciliación y convivencia. También hemos planteado la posibilidad de un pronunciamiento y de un espacio permanente de reconciliación, reconocimiento, perdón y búsqueda de proyectos colectivos de convivencia con las víctimas en las regiones.

Como decía Camila, las élites colombianas están acostumbradas al pactismo. Yo sostengo que para esas élites los acuerdos de paz han sido parte de una estrategia contrainsurgente, cuyo objetivo es desmovilizar grupos armados y no transformar nada. Su ejemplo de paz es el desconocimiento, la burla y el entierro de las alternativas que plantea el acuerdo. En ese contexto, nosotros debemos defender la paz.

Me alegra haber encontrado una coincidencia en el trabajo de ayer. Hemos ido rompiendo barreras y nos hemos acercado en este encuentro humano, donde hemos tomado café, almorzado, celebrado el triunfo de Nairo y compartido la derrota del Nacional ante el Deportes Tolima. Agradezco mucho estos asuntos tan humanos y cercanos porque son fundamentales. Hacemos fuerza, Timo, para que ustedes puedan consolidarse en esta experiencia política y en un pacto que le apueste a la paz.

También nosotros, como Corriente, tuvimos divisiones internas. Nunca faltan la ambición, el liderazgo personal, la pelea por los recursos y la pelea por espacios públicos. El Estado es feliz con eso, pues su estrategia es dividirnos. También a nosotros, como a ustedes, nos mandaron al equipo negociador un psicólogo que analizó nuestro comportamiento para luego tirarnos una línea divisoria. Con ellos se negocia, pero son el enemigo y siempre serán la parte contradictoria. Lo que hay que hacer, entonces, es construir en estos espacios una voluntad colectiva.

Acá hemos construido una empresa que es necesario mantener y que, como decía Lucía, tiene que ir mucho más allá. Insisto en que debemos llevar esto a las regiones de la mano de las víctimas y hablarle también a la comunidad internacional. Nuestra participación en un espacio colectivo que defiende la paz y le exige al gobierno respeto por los acuerdos de paz tiene un significado inmenso.

Bienvenidos a un espacio en que hemos aprendido la tolerancia y a irnos queriendo despacito. Hemos pasado de la mano larga al abrazo. Eso significa mucho. Los invitamos a unirse a este esfuerzo, pues nos hacían falta.

Alonso Ojeda, excombatiente del ELN

En primer lugar, quiero expresar un saludo muy cariñoso a Rodrigo y al compañero Gabriel. Para nosotros es una alegría estar con ustedes. Esa alegría nos viene acompañando desde que decidieron tomar este camino de esperanza y de sueños que es el camino de la paz. Parecía imposible lograrlo, cuando de pronto nuestros ojos comenzaron a ver a decenas de combatientes buscando un sitio para dejar sus armas y construir nuevos caminos de esperanza. El gran desafío de este grupo de hombres y mujeres brillantes no es otro que el de encontrar un camino para mejorar la sociedad, más allá del dolor y la tragedia de la guerra y la muerte.

Nuestro país rápidamente olvidó la lección que dos hombres tan importantes como Benjamín Herrera y Rafael Uribe Uribe nos dejaron a comienzos del siglo XX, cuando después de la tragedia inicua de la Guerra de los Mil Días nos pidieron que nunca se volviera a repetir. Nos dijeron que el camino de la guerra no llevaba a ninguna parte. Pero lo entendimos mal, porque nosotros luego creímos que era posible hacer una guerra y ganarla.

Eso ya es materia del pasado. Hoy estamos aquí hombres y mujeres convencidos de que no podemos echar hacia atrás ni repetir esos dolorosos caminos. El desafío es construir un nuevo sendero y mejorar nuestra sociedad, lograr los niveles de justicia social y realización social que deseamos sin tener que llegar al dolor de las armas.

Este ha sido un encuentro en el que hemos sostenido muchas posturas en esa búsqueda urgente. El proyecto que se levante debe ser profundamente ético. Los dedos acusadores que se alzan contra nuestro actuar a lo largo del camino tienen que ver con que fallamos en la ética. Fuimos muy laxos en la comprensión de la ética, y eso se ha devuelto contra todos nosotros como un puño.

Ayer hablamos sobre la construcción de un nuevo proyecto de nación. Hemos visto que la justicia, los aparatos legislativos y las estructuras gubernamentales están profundamente corrompidas. Es necesario proponerle al país un nuevo contrato social en el que la ética sea fundamental. Debemos referirnos también a la pedagogía, pues ese nuevo proyecto de

nación lo realizarán las generaciones que vienen. Debe ser un proyecto pacífico y solidario, nunca cruzado por las armas o la violencia ni impuesto desde ningún punto de vista. Además, su centro debe ser la democracia. Y pensemos en las tareas urgentes, como el compromiso ecológico. Aquí todos estamos comprometidos con un proyecto humanista. La tendencia violenta nos arrebató ese humanismo. Ahora debemos rescatarlo.

Francisco Caraballo, excombatiente del EPL

Quiero dar un saludo especial al compañero Timo, con quien nos conocimos y trabajamos en la CGSB, una experiencia muy valiosa como espacio de formación y de concreción de estos problemas de la guerra y de la paz.

Destaco el trabajo de estas reuniones que nos ha permitido afianzar conceptos y aclarar temas importantes de la historia de la violencia armada en este país. Sin embargo, hago un llamado a profundizar en algunos elementos que se han quedado en la superficie. En cierta ocasión hablé del problema de las concepciones del mundo. Creo que muchas intervenciones han tenido una dosis elevada de idealismo. Pero necesitamos ser más concretos al abordar nuestro paso por la guerra y la paz. Propongamos ideas para construir la verdadera paz que necesita Colombia. Creo que ahí todavía nos falta mucho.

En cuanto a la historia que hemos abordado, que es la de la nueva violencia de los años sesenta para acá, quiero traer a Marco Palacios, a quien conocí en las JMRL. En particular, quiero hablar sobre lo que él dice en relación con la consolidación de una plutocracia en el país, conformada por el sector financiero, el cafetero, el exportador y el industrial, entre otros, constituidos como un conglomerado económico, político y social que no ha permitido el desarrollo en un sentido progresista. Esa misma élite afirmó que en Colombia no había condiciones para la democracia liberal. Por eso, cualquier protesta o exigencia de cambios fue reprimida con la más dura violencia.

Sobre lo mencionado por mi amigo Álvaro sobre las diferentes lecturas, creo que no se trata de lecturas sino de diferencias en la concepción del mundo, de lo que debe ser el país y de las formas y las estructuras necesarias para convivir en paz. Soy grave y poco modesto en esto, porque nos hemos deslizado hacia concepciones idealistas de la convivencia y la reconciliación. Me pregunto entonces, ¿cuál reconciliación? Nosotros nos estamos reconciliando. Pero nadie

ha hablado de la reconciliación con ese gran capital del que nos habla el compañero Marco Palacio. Hay que profundizar en esos temas para que algún día podamos sentar las bases de una paz verdadera.

Gabriel Barrios, excombatiente del PRT

Cuando se dio el proceso de paz en los años noventa, los enemigos de la paz estaban agazapados y nunca salieron. Solo se manifestaron cuando los desmovilizados comenzaron a desarrollar los proyectos y a cumplir los acuerdos hechos con el gobierno. Un ejemplo fue la experiencia del PRT en la Costa, donde más de la mitad de los reinsertados fue físicamente eliminada. También destruyeron todas las formas organizativas que teníamos, la asociación campesina y los proyectos de salud, educación y vivienda. Esa realidad es poco conocida.

En relación con los acuerdos de paz con las FARC-EP, sucedió lo contrario. El enemigo de la paz salió a la plaza pública en oposición a los acuerdos. Si perdimos la consulta que se hizo, fue porque hubo un trabajo sucio. En consecuencia, perdimos nosotros y perdió el sí. En un país que ha vivido la guerra como Colombia, eso nunca debió pasar. A las clases dominantes les sirve la guerra y debemos analizar dónde está su poder. Está en los territorios y por eso se produce el exterminio de los dirigentes sociales. Si se les extermina, ¿quién sube al poder? La oligarquía tiene el poder en el territorio con la agroindustria, la minería y el narcotráfico. Jugamos con una oligarquía que no nos va a tratar políticamente.

Las organizaciones que se han acogido a un proceso de paz hemos sido ingenuas. En la Costa, todas las tierras entregadas en 1998 a los reinsertados del EPL, el PRT, la Corriente y el M-19 terminaron abandonadas durante la oleada de violencia y exterminio que siguió. En mi caso particular, a diez reinsertados nos entregaron una parcela. Cinco compañeros fueron asesinados y los que quedamos vivos tuvimos que salir. Eso les pasó a todas las organizaciones desmovilizadas. Si en este espacio no surge una política clara para eso, entonces todo se va a repetir. Un problema principal es que nosotros nos hemos dejado aislar, y en esta periferia en que hemos estado no es posible hacer los proyectos relacionados con nuestros acuerdos de paz.Duramos más de treinta años luchando con los campesinos por la tierra. Esos campesinos ahora quedaron abandonados.

Como PRT, nos diluimos en la Alianza Democrática M-19. La referencia que teníamos como guerrilleros era la de una ONG, que fue lo más mezquino desde el punto de vista organizativo. Éramos en total doscientos setenta reinsertados y esa ONG estaba integrada por apenas diecisiete. Eso fue una complacencia para el régimen, porque nos dividimos y nos volvimos enemigos entre nosotros mismos.

Colombia es la única parte del mundo donde los acuerdos se dan con cada grupo y cada quien busca sus propios intereses. Cuando los compañeros regresaron a las armas, el Polo Democrático y los Verdes rodearon al partido FARC, porque dijeron que son los que defienden la paz. Pero ahora resulta que no quieren hacer alianzas electorales con el partido de las FARC, porque supuestamente restan votos. Quiero dejar estas inquietudes. En este espacio debemos buscar algo que nos fortalezca para que saquemos adelante la paz.

SEGUNDA PARTE: LAS NEGOCIACIONES DE PAZ

Rodrigo Pérez, Óscar Montealegre, Fredy Rendón, Juan Carlos Villamizar, Lucía González, Rodrigo Londoño y Gabriel Ángel.

Rodrigo Pérez, excombatiente de las AUC

Quisiera mencionar que entre nosotros mismos, como ex AUC, hay diferencias. Unos consideran que hubo una negociación, y otros consideramos que no. Unos la llaman negociación y otros, sometimiento. Desafortunadamente, hoy no está presente Iván Roberto Duque, que para mí fue quien lideró esos diálogos.

Algunos compañeros del Bloque Central Bolívar y yo pensábamos que era necesario desactivar la maquinaria de guerra y entendimos que la guerra estaba en contra de muchos principios que defendíamos. En ese sentido, nos acogimos a una oportunidad que se dio de desactivar esa organización.

He estado buscando en mis documentos qué fue lo que realmente se firmó, y ahí no hubo nada firmado. No encuentro qué se negoció en ese proceso en que estuvimos inmersos por varios años, de 2002 a 2005, que fue cuando hicimos la dejación de armas. Se presentaron algunos acuerdos de palabra que el gobierno con que negociamos no cumplió. De hecho, catorce compañeros fueron extraditados con el pretexto de que continuaban delinquiendo. Hoy seguimos buscando las pruebas, ya que el gobierno no las presentó. Además hubo un hecho muy doloroso, que se presentó cuando estando recluidos en el centro penitenciario de Itagüí aparecieron una granada y una pistola. Tenemos claro que la gente del operativo fue quien las llevó y así violentó todos los protocolos. Lo denunciamos, pero desafortunadamente no llegamos a ningún lado. Hoy seguimos esperando una respuesta de la Fiscalía, aunque sabemos que nunca la habrá.

Entonces, como han dicho todos y recordando lo poco que he estudiado del proceso de paz de Guadalupe Salcedo, que hizo dejación de armas y después fue asesinado, la constante de esta larga historia de procesos de paz ha sido el incumplimiento del Estado. La guerra sigue, se reciclan nuevas guerras y nacen nuevos grupos. Nosotros, que tenemos esta experiencia, sabemos bien qué viene en el proceso posdesmovilización.

Hoy vamos a hablar de procesos de paz, de diálogos y de negociación para una dejación de armas. Pero para nosotros, respetando a los otros compañeros, no hubo un proceso de paz. Solo nos acogimos a la oportunidad de una dejación de armas, convencidos de que la guerra es anacrónica y de que lo que estábamos generando era mucha más violencia. En el Bloque Central Bolívar, quienes decidimos tomar las armas por unos principios ideológicos y políticos

entendimos que estábamos equivocados al querer enfrentar así lo que considerábamos en ese momento la violencia, que eran la violencia guerrillera y la violencia del Estado, esa violencia estructural. El camino no eran las armas, no era la guerra.

A nosotros no nos tocó un psicólogo sino un psiquiatra que supo analizar perfectamente quién era cada uno de nosotros. Además, empezamos mal porque no fue una sola mesa sino tres. Entonces, hábilmente se aprovecharon de esa división para hacer con nosotros lo que quisieron. Más que un proceso de desarme fue una operación aritmética en la que importó más sumar las armas entregadas que las almas desmovilizadas. La prueba de ello es que los hombres que voluntariamente habían decidido dejar las armas, después de un proceso de sensibilización y de socialización de los comandantes, muy pronto estaban en armas nuevamente.

En este país, es más fácil conseguir un arma que entregarla. Hemos estado de acuerdo con Pastor Alape, con quien nos reunimos permanentemente en encuentros de construcción de paz, y tenemos claro que lo que pasa hoy con las FARC refleja la constante histórica de los procesos de paz en Colombia.

Lucía González, Comisión de la Verdad

Entendemos que las autodefensas no son una organización, sino un conjunto de organizaciones que operaron de manera distinta en momentos distintos bajo lineamientos similares en algunos casos y muy distintos en otros. Además, la misma desmovilización fue desigual. Así que no aspiramos a que haya un solo relato. Las diferencias y las distintas versiones también valen. Pero podemos buscar el momento para que ustedes dialoguen.

Arlex Arango, excombatiente de las AUC

Quiero aclarar que las autodefensas sí eran una organización que se creó como AUC en 1997. No sé si me equivoco, pero Fredy me puede corregir. Además, en su momento tuvimos un comandante único, que era Carlos Castaño. El setenta u ochenta por ciento de las autodefensas a nivel nacional nos debíamos a sus órdenes y directrices políticas y militares.

Rodrigo Pérez, excombatiente de las AUC

Las autodefensas no tuvieron un mando vertical. La estructura era más bien horizontal. En aras de entender lo que realmente sucedió, es importante reconocer que si bien nos mostrábamos como una organización no nos comportábamos como una. De hecho, tuvimos muchas guerras internas. En efecto, muchos aparecimos en el acta de conformación de las AUC de 1997, pero no hubo un mando real de Carlos Castaño.

Este debate no debe avergonzarnos, pues se dio hasta en las estructuras guerrilleras. Por ejemplo, el ELN tuvo muchas disidencias. Por la transparencia y la verdad, tenemos que ser claros en esto. Aquí estamos haciendo memoria y construyendo historia. Hoy, Carlos Castaño está muerto y discrepo mucho de los planteamientos que llevan a decir que él fue el culpable de todo. Aquí todos tenemos responsabilidad. No me avergüenza decirlo. Ya estoy por encima de ese pensamiento del pasado y hoy me mueve el propósito de construir paz para que esto le sirva al país. No nos vamos a sentar a seguir haciendo un diagnóstico de lo que ya se sabe. Aquí tenemos que producir hechos reales de paz.

José Eleazar Moreno, excombatiente de las AUC

Tuve la oportunidad de trabajar en la parte política. Los lineamientos de formación y los estatutos vinieron de las ACCU. En todo el movimiento, mientras estuvo el señor Carlos Castaño, hubo instrucciones directas de él. Pero hubo disidencias de su comandancia. Esta conversación es interesante porque refleja los matices que existían. Si bien nos comportábamos como AUC, en lo regional había unos rasgos poco perceptibles en la forma como se llevaba el mando de cada autodefensa, así como sucede en la cultura, por la expresión subjetiva de cada comandante. Sin embargo, nosotros siempre reconocimos el mando de Castaño. El trabajo que hacía se basaba en la expresión ideológica de las ACCU. Precisamente porque había aspectos que nos unían en las autodefensas llegamos todos a desmovilizarnos, en distintos tiempos, pero en una misma negociación. Eso demuestra que sí había cierta unidad en el mando y un respeto hacia los Castaño en ese sentido.

Le doy la bienvenida a los excombatientes de las FARC y les manifiesto mi admiración. Se necesita coraje para mantenerse en la situación en que están. En el pronunciamiento que hicieron los señores que se sumaron a las disidencias veo una situación similar a la que vivimos con los excombatientes que en su momento decidieron retomar las armas por miedo al incumplimiento del Estado.

Estamos aquí porque le apostamos a la institucionalidad. Así nos lleve el río, vamos a apoyar las negociaciones. Esto nos ha costado sudor y sangre, pero nos hemos sostenido aun cuando después de las negociaciones la realidad de los excombatientes ha sido muy compleja.

Hace unos días, un grupo de jóvenes de mi región con el que conversé sobre la situación de las personas de FARC que retomaron las armas manifestó su apoyo completo al acuerdo y a la política sin violencia. Entonces, de una u otra forma, las puertas de la sociedad están abiertas para el diálogo. Los que volvieron a las armas tendrán sus motivos, sus desconfianzas y sus miedos, que son los mismos que hemos tenido todos a quienes nos han incumplido. Hoy hay una norma, pero mañana amanecemos con otra. No obstante, no podemos dejar de apostarle a la paz.

Francisco Caraballo, Gabriel Barrios, Medardo Correa y Alonso Ojeda.

Medardo Correa, excombatiente del ELN

Las dos personas que estamos aquí por el ELN, Alonso y yo, no hicimos ninguna negociación. Nosotros simplemente nos desmovilizamos en medio de una crisis ideológica que surgió en la organización. Por eso, a veces digo que a mí el discurso se me agotó hace rato. No puedo hablar de la Coordinadora Guerrillera ni de las primeras negociaciones que se hicieron. Cuando Belisario Betancur decretó la amnistía general, yo me acogí y me dediqué a hacer un trabajo político legal. De modo que estamos un poco alejados de esa dinámica que cogió la guerra a raíz del fracaso de las negociaciones con Betancur. Mi presencia en este espacio, por tanto, va dirigida a buscar cómo salir del atolladero. Un punto central para recapacitar son los acuerdos de La Habana, que son un referente, pues sin ellos no estaríamos acá reunidos.

También quiero hacer un llamado a la concordia y a que se sumen a esto a esa parte de los compañeros que firmaron los acuerdos pero volvieron a las armas. No podemos seguir en la misma tónica y decir que son unos bandidos. Estas reuniones forman parte de ese mensaje. Como conclusión de estas reuniones debería salir una posición frente a esos compañeros, distinta a la del Estado que los condena y persigue. Después de un trabajo de seis meses de búsqueda de una reconciliación, no podemos caer en ese lenguaje.

Fredy Rendón, Juan Carlos Villamizar, María Camila Moreno y Rodrigo Londoño.

Fredy Rendón, excombatiente de las AUC

Estoy de acuerdo con Rodrigo. Hubo un universo de autodefensas a nivel nacional. Pero también hubo un hilo conductor que llevó un Estado Mayor a la cabeza de Carlos Castaño. Yo estuve en el Bloque Élmer Cárdenas desde su conformación en 1997, cuando se crearon los estatutos de las ACCU. La casa Castaño logró unirnos a todos en torno a un objetivo principal: la guerra antisubversiva. Nos unimos todos a pesar de las diferencias en cómo se llevaba el proceso en las regiones. Además, las estructuras de autodefensa a nivel nacional tenían comandantes generales que participábamos permanentemente en las discusiones sobre la guerra.

Al sentarnos a hablar sobre la posibilidad de una salida de la guerra, analizamos muchas cosas. Una tuvo que ver con las muchas diferencias e, incluso, con los enfrentamientos entre las estructuras de autodefensas en distintos lugares del país. Muchas de esas diferencias yacían en los temas financieros, las relaciones militares y las relaciones sociales en las regiones.

Cuando nos reunimos a analizar el proceso de las FARC en el Caguán, definimos que si las FARC firmaban la paz y abandonan las armas nuestro papel en el escenario de la guerra iba a terminar. En esas reuniones fuimos entendiendo algo. Cuando las FARC se sentaron con el gobierno para explorar una salida negociada al conflicto, fuimos los primeros en celebrarlo. Pero comenzamos a ver que la guerrilla también estaba dedicada a fortalecerse militar y económicamente. Paralelamente, el gobierno de Pastrana fortalecía sus fuerzas militares. La situación era contraria al contexto de cuando nacieron las autodefensas y los territorios estaban en manos de las FARC y el ELN.El proceso del Caguán no salió, pero vimos la fortaleza que construía la fuerza pública, su dotación, su inteligencia y sus equipos.

Otra cosa que tuvimos en cuenta fue el narcotráfico. No podemos decir, como hizo el amigo Villarraga, que el narcotráfico en las organizaciones de guerrilla ha servido para los alimentos, mientras que en las autodefensas sirvió para robarle la tierra al campesino y convertirse en un gran terrateniente. El narcotráfico ha sido el combustible de la guerra. Los grupos de autodefensas que rodearon la zona de despeje en el sur del país durante esas conversaciones se repartieron las finanzas con las FARC. Nosotros permitíamos ingresos de las FARC, sabíamos hasta qué comían. También ellos sabían qué pasaba por nuestras zonas. Sin acordarse, por debajo, existía una coordinación del negocio. Quien narcotraficaba con ellos lo hacía también

con nosotros. La coca que se producía en las zonas de las FARC cruzaba por las zonas de las autodefensas y salía por zonas de las autodefensas o las FARC. A todos nos pagaban los respectivos impuestos.

Algunos de los excomandantes de autodefensas que están regresando de Estados Unidos fueron solicitados en extradición porque había pruebas que los comprometían directamente con el negocio. Fueron extraditados y aceptaron lo que hicieron, así no hayan sido narcotraficantes. Y si alguno lo fue, asumió esa responsabilidad. Lo mismo está pasando en el caso de las FARC, y pasará seguramente en el ELN cuando llegue el momento. En nuestro caso, llevamos trece años contando la verdad de lo que pasó, de lo que hicimos, de cuáles fueron nuestras alianzas políticas, sociales y económicas con el narcotráfico, y hemos asumido la responsabilidad por los crímenes que no debieron haber pasado. El reclutamiento de niños, los abusos sexuales y demás son hechos que nos avergüenzan. Pero los hemos reconocido porque esa es la verdad que espera la sociedad. La verdad debe de ser de todos.

Ante este panorama, nos sentamos a analizar nuestra situación. Las FARC no le querían caminar a un proceso de paz, y el Estado colombiano se fortaleció militarmente. Así logró finalmente la capacidad de no permitir que la guerrilla armada tomara el poder. Entonces, decidimos darnos una oportunidad. A eso se sumó el llamado de Estados Unidos a clasificar, entre otros, a las AUC como un grupo terrorista. Tomamos la decisión de dar un paso al costado y no derramar más sangre. Con la llegada de Uribe al gobierno, decidimos que era el momento para sentarnos y explorar la manera de silenciar las armas que habían llevado a la tragedia de más de ocho millones de desplazados y de miles de víctimas más.

Nos dimos cuenta de que no podíamos hacer un proceso que nos aplicara un perdón y un olvido. La sociedad y las víctimas necesitaban ver una sanción por nuestros crímenes, así nosotros hubiéramos estado convencidos de por qué habíamos estado luchando. Pasé nueve años en la cárcel y no me arrepiento. Aprendí mucho de eso. Muchos compañeros seguramente no lo hicieron.

Recogiendo las palabras de Rodrigo y otros compañeros, en ese momento se llevaron a cabo muchos encuentros con el comisionado de paz. Yo no estuve ahí, no hice parte del proceso de la búsqueda de acuerdos con las AUC. En el caso del Bloque Élmer Cárdenas, que llegué a comandar, entramos a la negociación después de las AUC, que contaba entonces con treinta mil hombres. Lo hicimos porque entendimos que no podíamos seguir en armas y que

teníamos que unirnos a ese clamor de la sociedad colombiana y de las AUC. Participamos en algunas reuniones con el comisionado y planteamos propuestas. Esos documentos están a disposición de la Comisión de la Verdad. Sin embargo, el gobierno llegó con el garrote, entró a presionarnos porque las otras autodefensas ya estaban en proceso de desmovilización. No nos permitieron mayor negociación y se pararon en la fortaleza militar del Estado. Nos dijeron: "No hagan que los fusiles del Estado se volteen contra ustedes". Entonces, después de un análisis interno y conversaciones con Vicente Castaño, procedimos a la desmovilización.

Tenemos los textos de algunos acuerdos en el tema de la reinserción, pero el Estado no cumplió nada. Para la reinserción propusimos ir más allá del auxilio económico mensual al excombatiente. Quisimos generar alternativas que les quitaran el fusil de la cabeza a hombres y mujeres que durante años habían recibido de nosotros lo necesario para subsistir. Propusimos no decir "¡Bienvenido a la civilidad" de la noche a la mañana y hacer el proceso de la mano con la comunidad receptora, pues también debía darse un proceso de reconciliación y perdón. Desconozco mucho de lo que pasa en los ETCR, de cómo se da la vida allá, pero es fundamental que los hombres y las mujeres que desarrollan proyectos de reinserción tengan la libertad de moverse por la geografía nacional y relacionarse con las poblaciones.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

En el caso del PCML-EPL, la base de la negociación fue una decisión política. No fue algo espontáneo, caprichoso ni coyuntural. En el XXI Congreso Clandestino en 1980, en la práctica II Congreso, dimos un viraje y adoptamos la tesis de la superioridad de la lucha política sin negar la lucha armada como una expresión de la lucha política. Tomamos una visión de aspiración a la lucha política amplia y legal, y a unas rectificaciones. A partir de esa campaña, dejamos de concebir la lucha armada como un principio y planteamos que las formas de lucha dependen de la realidad política. Adoptamos consignas de lucha democrática y de reforma a la Constitución, de reforma agraria, laboral y fiscal. Cambiamos de mentalidad, al punto de que empezamos a hacer énfasis en la lucha política. Dos años después del Congreso, fundamos el partido UDR.

En la década de los ochenta, nos fortalecimos militarmente y creamos unos nuevos frentes del EPL. Pero hubo más desarrollo político que militar, pues teníamos muchos más mili-

tantes políticos, en movimientos sociales, que estructuras y dinámicas militares. Cuando el presidente Barco lanzó su política de paz, respondimos positivamente. Teníamos armado un discurso político y la idea clara de que las formas de luchas iban a depender de las circunstancias. Aunque discutíamos aspectos de esa política, en lo fundamental la vimos como algo positivo y entramos con la intención de una negociación de paz unificada de las guerrillas. Nos entendimos con el M-19 y buscamos a las FARC, en lo que pudo ser una reconciliación histórica, al ser una escisión del Partido Comunista y la Juventud Comunista. Tuvimos una importante reunión en zona de la Uribe con las FARC. El tema central fueron la guerra y el principio de la lucha armada. Sin embargo, al final negociamos solo junto con el M-19 el pacto de tregua y el cese al fuego bilateral.

Adoptamos unas propuestas para ese proceso de paz, y una fue la de convocar una asamblea constituyente, puesto que la solución política necesitaba garantías no solo de cambio de régimen político, sino también de reformas sociales. Eso implicó un ajuste en nuestras propias relaciones en el movimiento revolucionario, ya que desde el origen nuestro aliado había sido el ELN. "Nuestros primos", nos decíamos mutuamente. En ese momento, hicimos la tregua con el M1 y al pasar a la política nos entendimos mucho mejor en cuanto a las propuestas de reforma política y reforma legal. Ese proceso posibilitó el surgimiento de la UP y el Frente Popular. En ese sentido, siempre hay un sustrato político.

No se cumplieron los acuerdos de tregua ni hubo garantías. Asesinaron a nuestro vocero nacional y a varios voceros regionales. También hubo capturas. El proceso se deterioró y tuvimos que regresar a la guerra, sin abandonar el planteamiento de una solución política negociada ni la propuesta de una asamblea constituyente ni las propuestas de garantías para el tránsito a la lucha política. Es decir, mantuvimos la tesis de que todas las insurgencias podían convertirse en partidos políticos, pero solo si se daban las condiciones.

En 1989, buscamos nuevamente un acuerdo y declaramos una tregua unilateral. Nos reunimos con una Comisión de Notables e hicimos énfasis en las garantías de una solución política, basadas en una apertura democrática y en la convocatoria de una asamblea constituyente. Pero eso no prosperó, porque al declarar la tregua unilateral recibimos una ofensiva militar. Los medios de comunicación informaron sobre ochenta y un bajas, la mayoría campesinos del alto Sinú y del San Jorge. A la tregua unilateral nos respondieron con operativos militares y persecución.

En 1990, en esa crisis de la guerra sucia, se produjeron el asesinato de cuatro candidatos presidenciales y de centenares de líderes sociales, así como las masacres del paramilitarismo. Pero de repente se dio una coyuntura: el movimiento estudiantil apoyó la constituyente. Decidimos no ser ajenos a esos fenómenos. La juventud revolucionaria de Colombia lideró la exigencia de la asamblea y debatió fraternalmente con los sectores liberales que planteaban un cambio constitucional y no una asamblea. Así mismo, en la Coordinadora Guerrillera promovimos la propuesta de la constituyente, acogida en la IV Cumbre.

Cuando la posibilidad de la constituyente cogió fuerza con el voto simbólico de la llamada Séptima Papeleta, nos dirigimos con mucha más decisión hacia una negociación de paz. Iniciamos una negociación unificada. El primer pronunciamiento del 20 de mayo de 1990 lo hicimos unificados. Estábamos a favor de la solución política y veíamos con expectativa la convocatoria de la constituyente. Desde luego, vivimos una escisión, con todo respeto, con el compañero Caraballo y un sector minoritario del Comité Central, bastante menor en la militancia y en las bases combatientes. Pero, al final, la gran mayoría de la organización desarrolló un proceso de paz y la convocatoria de la Asamblea Nacional Constituyente fue la garantía de una apertura democrática, de que se nos permitiera participar en política y salir a alimentar un proyecto de izquierda en la legalidad.

Francisco Caraballo, excombatiente del EPL

Entre nosotros hay diferencias de fondo. Lo que plantea mi amigo Álvaro deja un tono de idealismo en el proceso, y no fue así. Al igual que las demás organizaciones guerrilleras, en los años setenta nosotros tuvimos problemas internos. Se dieron escisiones y cambios de orientación en relación con la cuestión armada, etcétera. Por ejemplo, nos unimos al ELN, que entró en una crisis después de la huida de Fabio Vásquez. Los recibimos en la región de San Jorge para trabajar en la reestructuración de ambas organizaciones y planteamos un proceso sólido de unidad. Posteriormente, hubo un repunte de las organizaciones guerrilleras.

Durante el gobierno de Turbay Ayala, de ingrata recordación para los demócratas de este país, estalló una crisis por cuenta de la persecución sangrienta de los luchadores populares. De acuerdo a Marco Palacio, eso hizo que la oligarquía dominante quisiera firmar a la fuerza. Esa oligarquía, representada por Turbay, lanzó un llamado a las guerrillas para una supuesta

Juan Carlos Villamizar, Francisco Caraballo y Rodrigo Londoño.

amnistía. Estos hechos concretos llevaron al PCML y al EPL a plantearse unos diálogos con el gobierno. Aclaro que no se habló de una negociación, porque no era claro qué debía negociar una guerrilla o un movimiento armado. ¿Las armas? ¿El acumulado político y social? ¿O las personas? El concepto de negociación fue un invento que nos metieron bajo la teoría de Harvard del "tú ganas, yo gano; tú pierdes, yo pierdo". La propuesta de falsa amnistía de Turbay fue rechazada por todas las organizaciones guerrilleras, pues implicaba arrodillarnos ante la oligarquía. Con la toma de la Embajada de República Dominicana, el M-19 exigió la condición de la liberación de todos los presos políticos y la entrega de un dinero. Turbay dijo: "Ni presos ni plata".

La llegada de Belisario Betancur significó un cambio en el discurso como jugada política. Comenzó a justificar la existencia de la guerrilla y a relacionarla con la existencia de unas causas objetivas y subjetivas. Eso fue la base para que el Partido y el EPL se apuntaran a la posibilidad de una negociación, a sabiendas de que Belisario Betancur no era ningún benefactor y había tenido problemas graves en la zona de Urrao con el asesinato de algunos dirigentes campesinos

y trabajadores de las minas. Estudiamos la situación y planteamos una reunión amplia del Partido, ahí sí como decía Álvaro, la decisión de abrirse a esa posibilidad.

Propusimos entonces unas condiciones para salir de la clandestinidad como una tarea preparatoria para una posible desmovilización. Después hubo algunas conversaciones con el gobierno de Belisario y ahí ofrecimos un diálogo bajo condiciones como la tregua bilateral y la apertura política con el fin de que los cuadros de la organización pudieran actuar en la política. Es decir, queríamos no solo conversar con el gobierno, sino también crear condiciones concretas para desarrollar un diálogo nacional. Para eso, el Partido nombró a Óscar William Calvo, que, si bien era uno de los más jóvenes, tenía las condiciones para acercarse y una capacidad suficiente de dicción para salir al público a hacer esa campaña. Además, se acordó con el gobierno nombrar unos cuadros que fueran a hablar a nombre del Partido y del EPL en todas las regiones.

Después de eso, propusimos un diálogo nacional en el que confluyeran dirigentes políticos de partidos, dirigentes de la insurgencia y dirigentes sociales. Era una convocatoria amplia para construir una propuesta para la Asamblea Nacional Constituyente. Todos nuestros planteamientos guardaban un discurso lógico y de fondo político; no eran únicamente una inspiración del Partido. La propuesta de la constituyente no nacía simplemente de una vocación pacifista ni era un salto al vacío. Tenía como base social al pueblo, que debía alimentar esa constituyente con propuestas y con la presencia activa en la lucha por las transformaciones políticas y sociales.

Al final, la oligarquía colombiana, siempre hábil para hacerle trampa al pueblo, al movimiento revolucionario y a los partidos políticos que no conforman el gobierno, acogió el nombre de la Constituyente. Pero lo dejó en cabeza de un grupo de estudiantes, entre ellos el actual procurador General de la Nación, que promovió la Séptima Papeleta. Esa fue una táctica del gobierno para lograr una consistencia y a la vez un saboteo a la Constituyente. Por eso, cuando se dio la votación de la Constituyente, los medios de comunicación la magnificaron, así como habían magnificado la votación por la Séptima Papeleta.

Fabio Mariño, excombatiente del M-19

El 9 de diciembre de 1990, la Alianza Democrática sacó diecinueve constituyentes con la lista nueve. Eso fue una trampa que se hizo. Ahí había algo.

Francisco Caraballo, excombatiente del EPL

En consecuencia, el proceso fue cogiendo otro curso. Ya no era la propuesta que habíamos planteado inicialmente de una constituyente con un apoyo popular y con la participación del pueblo como constituyente primario. El error de los compañeros de la insurgencia fue no haber tenido en cuenta ese factor, que el pueblo es el que puede presionar para que se cumpla lo que se firma. Esa es la verdad. Si el pueblo no está activo, si no participa, si no se moviliza, nos van a hacer siempre trampa. Entonces, después de la paz viene nuevamente la guerra. Así es como se ha manejado la situación nacional en Colombia.

Después vino la ola de violencia de los años noventa. En la Coordinadora, nos debatimos desde septiembre hasta poco antes del asalto al campamento donde estábamos. Un elemento que la historia no recoge es que el bombardeo a la base del Secretariado de las FARC no fue solamente contra ese grupo sino contra la Coordinadora Guerrillera. Allá estábamos Manuel Pérez, Manuel Marulanda y yo, así como el comando de toda la insurgencia en ese momento. Incluso los guerrilleros del M-19 que no habían participado en las conversaciones con Belisario estaban en la Coordinadora.

Por manejo de inteligencia, nosotros sabíamos que los diálogos con el gobierno de Gaviria eran su forma de llevarnos a una trampa. Hasta finales de octubre de 1990 conversamos con ese gobierno y la última Comisión que este mandó estaba integrada en su mayoría por el Partido Comunista, que tenía la misión de convencernos y regresar con la firma de la Coordinadora. Nosotros rechazamos esa posición del gobierno, entre otras cosas porque sabíamos que mientras conversábamos allá las tropas del Ejército avanzaban hacia Casa Verde. El día que hablamos con esa comisión, tirotearon cerca de donde estábamos. Nos salvamos, porque la inteligencia del Ejército creía que Casa Verde era una casa de techo verde. Pero solo

era un símbolo para nosotros, que estábamos en otro lugar. Ese operativo nos confirmó el propósito del gobierno con esos diálogos.

Un último asunto que quiero poner en estas reflexiones es la pregunta sobre por qué el gobierno de Colombia no quiso conversar seriamente con la Coordinadora, si realmente buscaba una salida de paz. ¿Qué hubo en ese periodo entre 1990 y 1994 en que se firmaron las desmovilizaciones? Lo cierto es que con la Coordinadora no se quiso negociar.

Rodrigo Londoño y Rodrigo Pérez.

Rodrigo Londoño, excombatiente de las FARC-EP

Este tema es muy interesante. Escuchando las reflexiones de los otros compañeros, pensé en cómo abordarlo sin perder la esencia, puesto que son fenómenos sociales sumamente complejos. No es un solo factor el que incide en la toma de las decisiones. Es un conjunto de circunstancias y factores, y el principal está relacionado con la concepción y decisión política.

Las FARC, como todos saben, nacieron de la agresión a un grupo de campesinos organizados que venía de la experiencia de la violencia liberal conservadora y tenía un acumulado

político y militar, así como una experiencia social. La resistencia en Marquetalia comenzó con un llamado al diálogo. Y a eso siguió un grito a muchas personalidades en Colombia, a la intelectualidad francesa, a la Iglesia y al gobierno, cuando se supo del operativo planeado contra Marquetalia. Les dijimos: "No lo hagan, dialoguemos, conversemos". Pero lo hicieron y el resultado fue el surgimiento de las FARC con un programa político, pero siempre con un interés en la búsqueda de una solución al conflicto.

En estos días tuve una conversación con los hijos del general Matallana, que condujo la operación Marquetalia. Me regalaron un libro suyo en el que encontré unas cartas cruzadas entre Marulanda y Jacobo Arenas en los años setenta. Ahí vi a dos hombres que buscaban caminos para resolver ese conflicto armado a través del diálogo. Son testimonios que demuestran que ellos dos, nuestros líderes, siempre buscaron la posibilidad de lograr un camino de solución política.

En relación con la época de Turbay Ayala, a la que el camarada Caraballo se refirió como un gobierno de no grata recordación, hay un documento que Jacobo Arenas elaboró durante un operativo militar y tituló "Amnistía con bombas y metrallas". Turbay nombró una comisión de paz presidida por Carlos Lleras Restrepo para hacer llamados a las FARC. Entonces, el Secretariado, del que yo todavía no hacía parte, me delegó para reunirme con Carlos Lleras. Fue la primera vez en mi vida que me puse una corbata y no me quedaron las ganas de volverme a poner una. Fue una reunión clandestina, facilitada por el camarada Manuel Cepeda. En la conversación de más o menos hora y media, le planteé a Lleras nuestra disposición a iniciar el diálogo bajo dos condiciones. Una de ellas describe una de las razones por las que nunca fue posible llegar a un acuerdo ni con Turbay ni con Belisario Betancur, y era el retiro del Estado de Sitio como una garantía para iniciar el diálogo. De acuerdo a Lleras, no podían comprometerse a eso porque los militares no lo permitirían. Ahí se ve la diferencia entre el poder real y el poder formal.

En mayo de 1982, realizamos la VII Conferencia, que tuvo la particularidad de ser aquella en que elaboramos un plan estratégico pensando en la toma del poder. Ese plan trazó esas líneas, pero incluyó también una visión sobre la posibilidad de unos diálogos con Belisario Betancur. Cuando Betancur nos llamó al diálogo, no se llegó desafortunadamente a mayores cosas, sobre todo por el obstáculo del poder real del momento, que era el de los militares y su doctrina de seguridad nacional. Las FARC hicieron todo lo posible. Incluso hicieron un acuerdo que

en ciertas discusiones hemos catalogado como una desmovilización sin pedir nada a cambio. Una vez, Marulanda me dijo que, si la oligarquía en ese momento nos hubiera cogido la caña, nos habría puesto contra la pared, pues nuestra única garantía era la buena voluntad del gobierno para promover reformas en el Congreso. De ahí surgió la experiencia de la UP, de ingrata recordación por lo que pasó con esa gran posibilidad. Fue un movimiento que nació a raíz de los acuerdos con el fin de canalizar el apoyo social al acuerdo en un movimiento político. A pesar de todo lo sucedido, en ningún momento dejamos a un lado la búsqueda de una salida política.

En el gobierno de Barco, quedamos en un limbo porque los acuerdos no se rompieron. Seguíamos en Casa Verde y recibíamos a las comisiones del gobierno. Cuando murió Jacobo Arenas en octubre de 1990, hicimos el listado de la gente que pasó por allá. Fue mucha, en especial aquella de la clase política colombiana. César Gaviria definió esa situación. Veníamos de conversar con una comisión exploratoria enviada por él mismo para indagar si había voluntad en la insurgencia para continuar el diálogo. Esa comisión fue y sacó un comunicado afirmando que sí había voluntad. La respuesta a esa voluntad fue el bombardeo a Casa Verde. Algún día, Gaviria contará la verdad sobre el fiasco político y militar que fue ese operativo. En La Habana, me encontré con Rafael Pardo, el ministro de Defensa de esa época. Me contó que, cuando le preguntaron por su compromiso con acabar con las FARC, él respondió que al menos nos había mandado a dormir en el suelo, como si eso fuera mucho problema para un guerrillero.

Después de que se rompieron esos diálogos, como Coordinadora hicimos presión. Vivíamos un momento interesante de unidad en el movimiento guerrillero, y eso llevó al inicio de los diálogos de Caracas. Para presionar ese diálogo, hicimos la toma de la Embajada de Venezuela en Bogotá. Comenzaron en Caracas, pero a raíz de la rebeldía de Chávez tuvimos que trasladarnos a México.

Al final, no se llegó a ningún acuerdo porque la clase dirigente no tenía la disposición para permitirnos salir a hacer política en la democracia restringida de Colombia. No estaban dispuestos a eso y siempre nos plantearon la rendición. En Caracas, por ejemplo, el debate sobre el cese al fuego tuvo tanta discusión que nunca llegamos a un acuerdo, en parte también porque en la propia Coordinadora no pudimos definir una sola mirada. En México debatimos después sobre el modelo económico, pero tampoco hubo disposición. Al llegar al Caguán,

nuestras circunstancias eran muy favorables, pues veníamos de una etapa de ascenso en los resultados militares. Veníamos avanzando bastante, pero el narcotráfico entró y atravesó todo.

Cuando Turbay nos sacó de la zona del Guayabero a punta de bombas, junto con Marulanda, Jacobo Arenas y Jaime Guaracas salimos al Meta y Guaviare y comenzamos a encontrarnos con el fenómeno del narcotráfico y a darnos cuenta de cómo era eso. Después, en 1982, tuve que ir al Caguán a resolver un problema interno con un mando insubordinado, Argemiro Martínez, que se había dejado absorber por las dinámicas del narcotráfico. Era un mundo terrible, pero de mucha plata. El narcotráfico cambió muchas circunstancias; los planes comenzaron a avanzar porque podíamos mantener a la gente y aumentar nuestras filas. Cuando llegamos a esa zona del Caguán, había muchas experiencias sobre cómo extraer plata del narcotráfico. En aras de la verdad, en ese tema siempre he sido radical. Ser narcotraficante es incompatible con ser revolucionario. O se es una cosa o se es la otra. El narcotráfico implica una visión de mundo completamente distinta a la de la guerrilla.

En 1997, planteamos en un pleno la posibilidad del diálogo en el Caguán así como algunas de las condiciones que pondríamos, como la desmilitarización de cinco municipios. Cuando el camarada Marulanda habló de hacer un plan de manejo para esos municipios, en caso de que en efecto se desmilitarizaran, sin que él nos viera, nosotros soltamos una carcajada porque no pensábamos que fuera a suceder. De acuerdo a Pastrana, él no inició las conversaciones para llegar a un acuerdo, sino para ganar tiempo. En una entrevista, Víctor G. Ricardo, el comisionado de esa época, afirmó que si nosotros hubiéramos sabido que el Ejército no tenía munición no habríamos entrado en ese proceso de diálogo. Por eso, ese diálogo no llegó a ninguna parte. Además, se conoció el famoso Plan Colombia, supuestamente un acuerdo para crear las condiciones de una salida política, pero, en realidad, un plan de reingeniería de las Fuerzas Armadas en su conjunto. Luego vino la etapa del presidente Uribe, con quien hubo intercambios y conversaciones en distintos momentos. Es más, con Uribe se estudió la posibilidad de desmilitarizar una zona para iniciar el intercambio humanitario, la zona de Pradera y Florida. Uribe aceptó.

Con Juan Manuel Santos sí se logró, en primer lugar, porque seguimos levantando la bandera de la solución política como una parte de la doctrina de las FARC-EP, y en segundo lugar, porque se dieron una serie de circunstancias, una de las cuales fue la decisión de esa clase política de abrir una ventana y darnos participación política. En tercer lugar, fue

posible porque de entrada no nos plantearon una rendición. Hubo seis meses duros, de mucha discusión. Incluso hubo un rompimiento iniciado por el gobierno, que llegó a la mesa pensando encontrar a una guerrilla derrotada y necesitada de que le tiraran una tabla de salvación. Pero éramos la guerrilla de siempre con las banderas de siempre, con una posición digna y con los deseos de encontrar camino para la solución política.

Dos elementos fundamentales de este acuerdo son la participación política y la seguridad jurídica: que nos dejen participar a partir de unas reformas mínimas para el ejercicio de la política y que no nos vayan a meter a la cárcel. Mientras nosotros tengamos eso como principio, continuaremos en este camino. A veces hablo con dolor sobre lo que pasó con Iván Márquez y Santrich, porque esos debates los dimos muchas veces entre nosotros, revisando dónde nos podían hacer trampas. Por eso, el acuerdo fue trabajado con tanto cuidado, por eso buscamos amarrarlo al punto de vista legal, inclusive a la Constitución. Fue un acuerdo llevado al Consejo de Seguridad de la ONU y llevado a Berna. Tratamos de darle todo el blindaje.

Las decisiones las fuimos tomando a medida que se desarrollaban las discusiones, debido a todos los temores que aquí hemos expresado. Tuvimos en cuenta también todas las experiencias nuestras y de los otros movimientos que habían hecho negociaciones con el Estado, y sus resultados. El mejor ejemplo de ese blindaje es que Santrich salió libre a pesar de todos los elementos alrededor de ese caso. No quiero decir quién es culpable o no. Lo cierto es que el fiscal y quienes quieren que esto fracase buscaban crear un precedente. Si a Santrich lo hubieran extraditado, quién sabe en qué circunstancias estaríamos. Se habría abierto un camino para llevarnos a todos los demás. Los acuerdos están en la Constitución y eso nos da un margen para pelear.

Otro elemento que incidió en la decisión fue la degradación de la guerra. En mis primeras entrevistas, rechacé ese término. Pero ahora que he estado en las regiones con la gente he entendido esa degradación. Cuando estuvimos en el encuentro en San Rafael, una señora me escribió una carta muy bonita para recordarme el impacto que le produjo cuando dije que esas no eran las FARC a las que había ingresado. La guerra se dio en circunstancias muy complejas, en las que el adversario nos hizo un trabajo interno.

Adicionalmente, el fenómeno del narcotráfico incidió porque convivimos con él y entramos en dinámicas complejas. Los compañeros que duraron veinte años como jefes en

zonas de narcotráfico crearon unos poderes y unas situaciones difíciles. El problema de esta confrontación es que adquiere una dinámica que los mismos protagonistas no son capaces de manejar. Así, se van dando situaciones que van en contravía de los mismos principios y objetivos.

Con el proceso de paz estamos llegando a la gente y encontrando las mismas masas que en su momento nos apoyaron en las guerras. Las hay también resentidas con nosotros, pues, a nombre de la revolución, se mató a compañeros que ayudaron a la construcción del movimiento. Entonces, uno dice que el proceso valió la pena. Es difícil y complejo, porque hay que romper paradigmas. Muchos habrán visto las grabaciones de la época del Caguán en las que Marulanda dice que la garantía del acuerdo son los fusiles. Ese es uno de los paradigmas que hay que romper. Tenemos que trabajar para que este acuerdo se cumpla a partir de la presión de los colombianos y de la comunidad internacional. Este es un factor determinante. Ya lo demuestra en la práctica el movimiento Defendamos la Paz, que continúa creciendo y aumentando su incidencia en el gobierno para que se cumplan los acuerdos.

No va a ser fácil. Pero, mientras logremos mantener la seguridad jurídica y el espacio para hacer política, lo demás lo podemos pelear. Para eso tenemos el escenario del Congreso y la movilización social. El camino no es fácil. Probablemente, nos van a matar a muchos, porque hay sectores de la clase dirigente que quieren seguir gobernando este país a partir de la violencia. Ellos van a impedir que se desarrollen proyectos políticos alternativos al modelo económico, político y social que han impuesto por más de doscientos años.

Gabriel Ángel, excombatiente de las FARC-EP

Nosotros usamos el vocablo "exguerrilleros". No nos gusta "excombatiente". El guerrillero es quien libraba la lucha armada en las montañas de este país, mientras que el combatiente es un revolucionario que lucha por transformaciones y le entrega su vida a eso. En ese sentido, nosotros seguimos siendo combatientes, ahora sin armas y comprometidos con la paz y la justicia social. Nunca dejaremos de combatir por eso.

En relación con los acuerdos, comparto una reflexión que he hecho a partir de las experiencias de la lucha y del mismo acuerdo. Hoy no pensamos igual que hace diez o veinte años. Ha habido una evolución del pensamiento, afortunadamente en pro de la paz y la lucha política

civilizada. En esa evolución hay una idea que va pesando hacía unas conclusiones, y es la idea del pueblo y de que los revolucionarios siempre hemos pretendido hablar en nombre del pueblo y luchar por el pueblo y las masas, pero con una noción idealista del pueblo.

Hablamos del pueblo como si todo el pueblo estuviera con nosotros, como si la gente de este país, los millones y millones de colombianos que hay, coincidiera con nuestra manera de pensar. En esta lucha, uno va aprendiendo que eso no es así. El pueblo es un sujeto social sometido al vaivén de la política, y eso conduce a fenómenos como que un personaje como Álvaro Uribe Vélez tenga tanta simpatía en los sectores del pueblo. Eso hace que uno piense que realmente no hemos trabajado con el pueblo, que no hemos sabido llegarle al pueblo. Hemos partido de la idea de que el pueblo nos sigue porque somos revolucionarios. El camarada Caraballo hablaba, por ejemplo, de cuando se decía que nosotros queríamos una Constituyente para que el pueblo la defendiera. ¿Dónde está el pueblo que sale a defenderla? Los que lo hacemos somos un grupo minúsculo. La gente no nos sigue, la gente no nos apoya.

Esa comprensión, que ha ido madurando, nos hace entender que hay que ganarse el pueblo. Hay que llegarle, hay que poder hablarle, hay que abrir esa posibilidad. En las FARC, sacábamos el boletín *Resistencia* y lo repartíamos entre quinientos campesinos. Hoy hay que plantearse cómo llegar a millones de colombianos.

Esa certeza va haciéndolo a uno entender que la lucha que libraba, la lucha con armas, no garantizaba eso. Por el contrario, cerraba los escenarios. Es necesario romper con esa perspectiva y pensar seriamente en dejar las armas, en que ese no es el camino. No es fácil decirlo. Sé, de hecho, que mucha gente nuestra incluso se ofende. Pero es una reflexión para poder mirar hacia el futuro.

Hay que buscar otros caminos y metas. Se perdió el plebiscito, pero a los dos días salieron decenas de miles de jóvenes, de gente del pueblo, a defender esos acuerdos y a decir: "No, aquí no vuelve la guerra". Esa gente no la movimos nosotros. La gente salió porque sentía la necesidad de la paz. Nosotros de cierta manera incidimos, pero ese movimiento no obedeció una consigna nuestra. Así como se consiguió mover a ese pueblo por esa coyuntura, hoy tenemos que hacerlo mover por grandes reformas y transformaciones en pro de la justicia social y la paz.

Esa convicción de transformar la idea de que con las armas nosotros suplantamos al pueblo es fundamental. Nos pintábamos el escenario de miles y miles de colombianos en armas

luchando por la transformación. Pero no fue posible. Fue una ilusión. Comprender eso terminó conduciéndonos a la firma de un acuerdo.

Griselda Lobo (Sandra Ramírez), José Matías Ortiz, Rodrigo Londoño y Gabriel Ángel.

Matías Ortiz, excombatiente del PRT

Saludo especial a los compañeros de las FARC que hoy se integran a este espacio. Hacía años que no los veía. Hacerlo nos lleva a las épocas de la CGSB.

Creo que los objetivos de la convocatoria que nos hicieron en febrero y marzo están en buena medida cumplidos. Todas las organizaciones que nos desmovilizamos entre los años noventa y el 2006, incluidos los amigos de las AUC, hemos aportado insumos, testimonios y narrativas. Esas narrativas son el insumo principal, en lo que concierne a nosotros, del informe que elaborará la Comisión de la Verdad. Posiblemente falta algo en relación con las FARC, y si es así es necesario resolverlo.

La dinámica en que estamos desde marzo, independientemente de nuestra voluntad, ha ido más allá de lo planteado en un inicio. Tenemos que preguntarnos qué vamos a hacer,

porque, como dijo una vez el poeta Carrasquilla, "en más de una ocasión sale lo que no se espera". Entonces, quiero llamar la atención sobre eso. ¿Qué vamos a hacer con este espacio? Ya hemos entregado nuestras narrativas y testimonios. Hay avanzadas unas condiciones que nos podrían permitir pensar en una gran coalición por la defensa de la paz, la reconciliación y convivencia.

La defensa de los acuerdos incluye el último de los grandes acuerdos, el acuerdo de La Habana, pero está compuesta también por los de 1990, 1991, 1994 y 2006, que hay que respaldar y cuyo cumplimiento hay que buscar. Como decía Francisco Caraballo, estamos ante un Estado mentiroso y una clase dirigente tramposa que firma, pero no cumple. Debemos trabajar unificados por la implementación de los acuerdos. En este sentido, podríamos proponernos apoyar a los amigos FARC y las experiencias de los ETCR conscientes de las dificultades que enfrentan los excombatientes en la reincorporación política. Aquí nadie hace la guerra para terminar en un taxi o con veinte hectáreas para producir mango y pepinos. Eso es parte del proceso, pero lo que se buscaba y se busca, principalmente, es la inserción política y la apertura de espacios que nos permitan continuar trabajando por las ideas de transformación en el escenario de la civilidad.

También debe incluirse el tema que se planteó ayer de empujar los diálogos hacia el logro de una paz completa con el ELN, el EPL del Catatumbo, las AGC y las nuevas disidencias de Iván, Santrich, Gentil y demás. Del mismo modo, tenemos que incluir la defensa de la vida de líderes sociales. En la coyuntura electoral, tenemos que defender la democracia local buscando una democracia plural. En los territorios se vive más intensamente la confrontación con sectores de la clase política tradicional, que son los que terminan asesinando a los líderes sociales y a sus opositores y adversarios en la disputa del poder local.

Debemos también dirigirnos a la comunidad internacional. Este es un esfuerzo que traspasa las fronteras colombianas. Hay que interpelar al comité permanente de la ONU y a su secretario general para buscar espacios y respaldo en este proceso como excombatientes, en la implementación del acuerdo de paz. Manifestemos, por ejemplo, que vemos con preocupación la última maniobra del gobierno, que ahora pretende activar el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca.

En este espacio hemos llegado al acuerdo de no discutir sobre programas políticos. Lo que nos une, el punto esencial, es la defensa de la Constitución del 91, incluyendo los últimos

actos legislativos producidos por los acuerdos de La Habana. Esa defensa de la Constitución significa la defensa del Estado Social de Derecho. En conclusión, hoy aportamos a la Comisión de la Verdad, al ICTJ y a ABC Paz. Pero debemos seguir haciendo lo propio a la sociedad y la democracia colombiana.

Lucía González, Comisión de la Verdad

Quiero recordarles que estamos haciendo unos diálogos públicos por la no repetición y la defensa de los líderes sociales. Queda abierta la posibilidad de que se unan a esos diálogos. La propuesta que hemos hecho de ir al territorio a acompañar a la Comisión de la Verdad es también muy importante. Su participación nos ayudaría mucho, en especial ante los compromisos de convivencia y no repetición.

Quiero invitarlos, así mismo, a revisar la Declaración Final de Delegados no Estatales de Instancias Derivadas del Acuerdo de Paz, pues es un análisis juicioso y detallado que puede servir como un punto de partida de la discusión que Matías propone.

Sandra Ramírez, excombatiente de las FARC-EP

Los saludo a todas y a todos. Para quienes no me conocen públicamente, mi nombre es Sandra Ramírez. No me lo he cambiado, puesto que es difícil desacostumbrarse después de treinta y cinco años. Mi nombre de cuna es Griselda Lobo y soy de Santander.

Este es un espacio importante y me excuso por llegar tarde. Decía Lucía que hay que hablar de lo que se ha cumplido y de lo que no hemos cumplido. El camarada Timo hizo una radiografía de lo que vivimos, solos y acompañados en su momento en la CGSB. Entonces, quiero referirme a los tiempos más recientes en que el conflicto fue tan fuerte e impactó directamente en las masas, en aquel campesino que nos apoyaba por la existencia de un sentimiento cercano. Hoy ya no están, y seguro los encontraremos en fosas comunes cuando se hagan las respectivas exhumaciones. A nosotros nos impactaron muy fuertemente las operaciones militares permanentes. Nos llevaron a incrementar nuestro nivel de disciplina en condiciones de bloqueos de víveres y suministros. Esa fue nuestra resistencia en una guerra que

nos impusieron. Llegamos a unos altos grados de confrontación sin importar las condiciones de desigualdad del adversario. En muchas ocasiones, llegaban los aviones bombarderos. Con un avión no se pelea. Nadie puede hacer eso, así tengas el mejor fusil.

Respecto al Acuerdo de Paz, en los primeros meses de diálogo los representantes del gobierno nos decían que pensáramos que estábamos en el mar y que el gobierno nos estaba tirando una tabla de salvación. Construir la agenda fue una tarea larga con el gobierno, porque para ellos no había negociación ni diálogo, sino sometimiento. Otro punto de conflicto fue el desconocimiento del gobierno de la existencia del paramilitarismo. Nosotros hablábamos de paramilitarismo porque lo vivimos en el territorio, en su convivencia con las fuerzas militares.

Parte de nuestro cumplimiento es que hoy estamos aquí sentados con ustedes. Eso se lo debemos al acuerdo. Parte de nuestro cumplimiento fue haber acordado entregar bienes y efectivamente haberlo hecho. Hay que preguntarle al Estado qué los hizo y cómo los está monetizando. Eso es importante porque es parte de la reparación de las víctimas. Parte de nuestro cumplimiento es la dejación de armas completa. Se entregaron más de nueve mil armas y más de mil caletas. Parte de nuestro cumplimiento fue entregar al gobierno y al Programa Diferencial de Vida los ciento veinticuatro menores reclutados. Hoy hemos tenido que recogerlos, pues muchos no trabajaban en el proceso de reincorporación, sino en la prostitución. Para allá salieron, por el trato al que los sometieron y porque el gobierno no cumplió.

Nuestra fuerza guerrillera hizo de manera colectiva el tránsito a fuerza política, económica, social y cultural. Parte de ello son las curules que tenemos en el Congreso de la República. En esa experiencia nos hemos relacionado por medio de las Unidades de Trabajo Legislativo con congresistas que nos han apoyado en la búsqueda de soluciones comunes. Ese relacionamiento nos ha servido de apoyo en proyectos de ley. Por ejemplo, vamos a presentar de nuevo el proyecto para las curules de las víctimas, esta vez con el apoyo de ciento cinco congresistas. Además, como bancada alternativa, hemos presentado veintiséis proyectos de ley que contemplan el desarrollo del acuerdo. También hemos avanzado en el diálogo con el presidente de la República para buscar un pacto político del no uso de la violencia y las armas en el ejercicio de la política. A ese pacto quiero invitarlos a todos ustedes.

Parte de nuestras propuestas de reincorporación se ve reflejada en las Economías Sociales del Común. Nos hemos organizado en ciento treinta y cinco asociaciones y cooperativas para

el desarrollo de iniciativas de nuestros excombatientes. Estas han sido apoyadas a través de agencias internacionales, ya que el Estado no lo ha hecho. El señor Emilio Archila, consejero presidencial para la Estabilización y Consolidación, dice que ya se han aprobado diecinueve proyectos, pero en la práctica hay escasamente dos.

En campaña viví una experiencia muy bonita, que fue llegarle a la gente. En el proceso nos topamos con una gran desinformación sobre el acuerdo y lo pactado. Cuando aclarábamos que el acuerdo contemplaba muchas herramientas de lucha legal para la transformación de la sociedad, la gente cambiaba. Incluso, construimos relaciones de cercanía con personas que nos guardaban mucho rencor. Esta ha sido una experiencia muy positiva, como lo ha sido hablar con mujeres y contarles lo que nosotras vivimos en la guerrilla. No éramos mujeres sometidas, sino empoderadas, que también hemos aceptado nuestra responsabilidad en muchas acciones violentas. De eso se trata, de llegar a la gente.

Carlos Velandia Jagua, excombatiente del ELN

El camino a la paz del ELN en veinte puntos:

1. El ELN ha desarrollado diálogos de paz desde los años noventa con el gobierno de César Gaviria Trujillo, Ernesto Samper Pizano, Andrés Pastrana Arango, Álvaro Uribe Vélez y Juan Manuel Santos. Actualmente, aspira a dar continuidad a los diálogos de paz con el gobierno de Iván Duque.

2. En su primera participación en diálogos de paz, en Caracas y Tlaxcala, el ELN acudió a la mesa con la idea de legitimar los acumulados políticos, sociales y militares, pero no porque creyera que en ese escenario se cerraría el conflicto armado. En este primer intento, de un lado de la mesa estaba el Gobierno y del otro, las tres organizaciones que constituían la CGSB: las FARC-EP, el EPL y el ELN. Pudo haber sido una extraordinaria oportunidad para cerrar el conflicto armado, pero cada organización siguió sus propios intereses. Así hubo una débil unidad al momento de abordar la pretendida negociación. Por su parte, el gobierno exigió como primer punto el compromiso a desmovilizarse y a desarmarse, lo que constituyó una confusión entre el punto de partida y el punto de llegada.

3. El ELN no hace distinción ideológica de los gobiernos al momento de dialogar. Le es indiferente si el gobernante es liberal o conservador, entiende que dialoga con la cabeza del Estado y la representación de la oligarquía.

4. El ELN ha acumulado experiencia de diálogo y ha ampliado su conocimiento del Estado y la sociedad. Esto es de gran utilidad en esta etapa del conflicto tardío y de las posibilidades de un cierre definitivo del conflicto armado.

5. El ELN ha insistido en cinco premisas para que de verdad pueda haber paz:

    a. Solo la superación de las causas económicas, sociales y políticas que forzaron el alzamiento en armas podrá traer la paz definitiva.

    b. La sociedad sin exclusiones debe tener una participación protagónica en la construcción de las soluciones.

    c. El proceso de diálogo debe darse de cara al país. Es decir, debe ser abierto, sin secretos.

    d. Para el buen trámite del proceso debe pactarse un cese al fuego bilateral.

    e. El proceso debe tener un acompañamiento internacional.

6. El preacuerdo del Palacio de Viana entre el ELN y el gobierno del presidente Samper, en presencia de la Comisión de Conciliación Nacional, estaba destinado a dar apertura a la participación de la sociedad, en el marco de la propuesta de Convención Nacional, en lo que podemos llamar una versión de solución democrática del conflicto.

7. El ELN da un alto valor a la participación de la sociedad y al diálogo social para la paz. Esta idea le permitió suscribir un acuerdo con la sociedad, el único de ese tipo que se dio en el siglo XX en Colombia: el acuerdo de Puerta del Cielo, firmado con personas representativas de la sociedad colombiana y sin participación del gobierno. En lo fundamental, este acuerdo tiene un carácter humanitario y simbólico de la participación de la sociedad.

8. Durante los dos mandatos del gobierno de Álvaro Uribe Vélez, el ELN sostuvo conversaciones de paz y logró llevar las discusiones a un "Acuerdo base", una mezcla de agenda y procedimientos, que quedó abandonada tras la exigencia irracional del gobierno

de que el ELN debía localizar en puntos concretos y revelar la identidad de todos sus militantes, sus fuerzas orgánicas. En el fondo, ahí chocaban dos visiones: la de pacificación del gobierno y la de paz con transformaciones del ELN.

9. En 2006, en su IV Congreso, el ELN tomó la decisión de "parar la guerra para abrir caminos a la paz" a través de la salida dialogada, pero no resolvió el asunto de la tenencia de las armas.

10. El ELN ofreció el diálogo al presidente Santos el 18 de julio de 2010. Solo en 2013 se establecieron contactos y en marzo de 2016 se concretó una agenda. Fue la primera vez que el ELN desarrolló diálogos de paz siguiendo una agenda precisa y acotada.

11. El ELN pide a la sociedad movilizarse, generar un movimiento nacional por la paz y construir un bloque de unidad popular para la paz, como condición necesaria para que la paz pueda darse con éxito. A la larga, es una manera de descargar parte de la responsabilidad en la sociedad e involucrarla en las negociaciones de final de la guerra, siendo este un asunto exclusivo y excluyente de las partes. Es tarea de las partes poner fin a la guerra, pero es tarea de los ciudadanos construir paz.

12. En 2014, en su V Congreso, el ELN adoptó la "dejación del uso de las armas" sobre la base de "explorar" la voluntad del gobierno para implementar transformaciones que hicieran posible una paz con justicia social. La posición resultó confusa e irresoluta frente a la tenencia de las armas y se convirtió en un limitante para el avance de los diálogos. Para el gobierno los diálogos eran para negociar, para el ELN eran para explorar.

13. Frente al proceso de paz con las FARC-EP, el ELN exigió que su proceso cursara en una mesa propia y con una agenda que reflejara la singularidad del ELN en cuanto a sus demandas históricas y las necesidades del país. Dijo, sin embargo, estar dispuesto a que las mesas confluyeran en un momento dado, en el entendido de que la paz es única y nacional.

14. A lo largo de las conversaciones con el gobierno Santos, el ELN señaló extraoficialmente no sentirse a gusto con el perfil bajo de la delegación oficial, teniendo en cuenta que en la delegación de los elenos estuvieron dos miembros del COCE.

15. Un punto central del ELN es la participación de la sociedad, para lo cual plantea que se instale una Mesa Social de Diálogo Nacional, propuesta coincidente con la del movimiento social "filocamilista" (Congreso de los Pueblos, Clamor Social por la Paz). Al respecto, las partes lograron el acuerdo de realizar consultas acerca de doscientos líderes políticos y sociales sobre las metodologías y contenidos del diálogo social.

16. Un acuerdo importante entre las partes fue el cese bilateral del fuego y de las hostilidades con motivo de la visita del papa Francisco a nuestro país. Se llevó a cabo por cien días y eso significó un importante alivio. Se ahorraron vidas y el país vivió ese cese con ilusión. Pero el ELN se negó a prorrogarlo, a pesar del clamor nacional mientras se evaluaba y se diseñaba un nuevo acuerdo.

17. Una vez terminado el gobierno Santos, el nuevo gobierno declaró no sentirse obligado a darle continuidad al proceso en los términos definidos. Propuso otras reglas de juego, que el ELN rechazó por considerarlas condiciones inaceptables.

18. El proceso de diálogo con el ELN iniciado con el gobierno Santos llegó a su final tras el atentado terrorista contra la Escuela de Cadetes de la Policía Nacional el 17 de enero de 2019. Perdieron la vida veintitrés estudiantes.

19. El ELN insiste en mantener su delegación en La Habana a la espera de que el gobierno de Iván Duque se decida a acudir a la mesa.

20. El gobierno insiste en tres condiciones: que el ELN libere a todos los secuestrados, que suspenda sus acciones militares y hostiles de manera permanente y que suspenda todo nexo con actividades del narcotráfico.

Fernando Hernández, excombatiente de la CRS

Quiero recordarles que la CRS es una fracción del ELN que firmó un acuerdo de negociación con el gobierno en abril de 1994. Fue un debate interno muy profundo el que terminó con esa ruptura, con nuestra salida y la negociación posterior. En el debate, en el ELN había un sector llamado "los perestroikos", que plantearon la discusión sobre las reformas en la Unión Soviética y las de Fidel en Cuba con la rectificación de errores. Entonces, en la Asamblea Nacional de la UC-ELN en diciembre de 1989, hablamos sobre la necesidad de replantear la lucha armada y abrirnos a la movilización social, en especial a la participación en la Asamblea Constituyente. De ahí resultó la quiebra interna de la organización.

La coyuntura de la Constituyente en 1991 hizo que los sectores que estábamos organizados con ese tipo de línea nos dividiéramos en la CRS. En el ELN, no hubo posibilidad de una negociación. Simplemente nos expulsaron, algunos sectores nos declararon enemigos y, por tanto, objetivo militar. Así pasamos a una doble clandestinidad. Pero cuando rompimos con el ELN para organizarnos en otra guerrilla prevaleció la posición de la negociación política.

En la negociación, aprovechamos una coyuntura de la Constitución del 91. Seguramente esperando una negociación con la CGSB, el gobierno introdujo un artículo que preveía un número plural de miembros en cada una de las cámaras para aquellos movimientos que estuvieran en un acuerdo de paz y se desmovilizaran. La negociación con la Coordinadora no se dio, pero nosotros aprovechamos esa posibilidad. Así que en la reunión que planteamos entre 1993 y 94, después de que nos mataron dos negociadores en Urabá, fusilados por el Ejército, aceptamos participar. En todo el proceso hemos visto a más de mil compañeros y compañeras ser asesinados o desaparecidos. También hubo muchos exilios. Yo mismo tuve que salir dos veces del país. Incumplieron los compromisos relacionados con preservar la vida de los negociadores.

Al final de la negociación, en cuanto a las curules que aprobó la Constituyente, el ministro del Interior, en calidad de negociador principal, nos dijo que nos darían apenas dos en la

Cámara de Representantes. No hubo manera de que cumplieran lo acordado, a pesar de ser un mandato constitucional. A pesar de ello, el proceso de negociación permitió la transición de la lucha armada a la lucha política.

Uno de los primeros puntos negociados fue la profundización de medidas correspondientes a garantizar la participación ciudadana, la democracia participativa y el tránsito de la guerrilla al movimiento político. En los acuerdos estaban estipulados unos recursos de inversión social para las comunidades donde la guerrilla había estado presente. Ahí nació la Corporación Nuevo Arco Iris, como un medio para agenciar los recursos de la reinserción y los recursos para las comunidades. Después, con el apoyo internacional y estatal, se logró ampliar su cobertura. En los años 2000, se convirtió en un espacio de investigación sociopolítica del país.

Después de la negociación, también aparecieron las versiones personales, la pelea por los recursos y por los proyectos, y los señalamientos. Para quienes por tantos años fuimos militantes de organizaciones revolucionarias marcadas por la solidaridad y la ética revolucionaria fue muy difícil salir a la vida civil y ver cómo las personas terminaban siendo cooptadas por el Estado, por los puestos, por los proyectos y por los contratos, o cómo el individualismo empezaba a invadirnos. Dejamos de reconocer a muchos compañeros y compañeras que habían estado comprometidos con la lucha social y ahora se dejaban regir por el beneficio personal.

Como conclusión general, cuando hablamos de la defensa de la paz, de los ideales de derechos humanos, justicia social y democracia política, hablamos de la continuidad de aquellas luchas pero con otra metodología. Siempre hemos tenido frente a nosotros a un Estado que incumple los compromisos. De ahí la importancia de exigir el cumplimiento de todos los acuerdos.

Lucía González, Comisión de la Verdad

Fernando me recuerda el elemento de las falsas desmovilizaciones. ¿Por qué se dieron? ¿Cómo se dieron? ¿Quién las promovió? ¿Cómo se alimentaron? También propongo mirar los rearmes. Al hablar de qué pasó después de la negociación necesitamos tocar ese punto, pues no tiene que ver solamente con la captura del Estado, sino con muchas otras dinámicas.

Fernando Hernández, excombatiente de la CRS

En 1995, como representante a la Cámara por el movimiento, me llamó un día desde Barranquilla el cura Hoyos. Quería contarme que un paramilitar conocido como Caracol decía que nos iba a matar porque seguíamos secuestrando gente. Accedí a ir al territorio a hablar con él. Me demostró que tenía razón, que había gente nuestra secuestrando, gente de la alta dirigencia. Siempre está el que se cree más vivo que los demás. Entonces, nos tocó enfrentar a esas personas. Efectivamente, habían mantenido un grupo armado por fuera de la negociación, a pesar de haber firmado la misma negociación. Eso ocurrió en muchas organizaciones, cada una puede contarlo. En este caso específico, antes de que ocurriera mayor cosa, agarraron a ese señor, lo extraditaron y ahí terminó el tema.

El punto es que en el seno de esos movimientos ocurrieron cosas así. Por ejemplo, en el Partido FARC hay gente que se cree más viva que los demás, más inteligente y más revolucionaria, y el sistema además tiene siempre una forma de cooptar esas ambiciones.

Fabio Mariño, excombatiente del M-19

El M-19 llegó a la negociación, como siempre, muy animado. La posición de Bateman fue una impronta decisiva. Además, desde que se fundó, el movimiento ya estaba con ganas de dejar las armas. No eran el accionar militar ni las armas, sino el accionar político lo que movía al M-19. Entonces, muy pronto, en la migración del ejercicio del entendimiento de la política, el M-19 fue comprendiendo los cambios del país para cambiar ellos también. Esa impronta de Bateman fue determinante para no sufrir en la decisión final, que era más importante que haber tomado las armas. Nuestra primera consigna, "Con el pueblo, con las armas, al poder", fue migrando hacia la consigna por el diálogo nacional.

Llegamos a la negociación con la certeza de saber que esa guerra y esa forma de guerra ya no era el instrumento revolucionario, mientras que el pensamiento y la acción sí lo eran. La gente aceptaba la política del M-19, pero no había ido con nosotros a la guerra. Teníamos una aceptación popular como propuesta política, y no solo en sectores del campo y las ciudades, sino también en sectores productivos, intelectuales y en las Fuerzas Armadas.

Tras la migración al diálogo nacional, en la toma de la Embajada se consolidó un instrumento importante en el conflicto: la tregua. Esta se firmó en 1984 en el Hobo, Huila, y en Corinto, Cauca, para empezar a explorar la puesta en práctica de ese diálogo nacional que Bateman dejó instalado, así como la propuesta de la paz, de la recuperación de la democracia y de valores nacionales como Bolívar y la Virgen de Chiquinquirá, símbolos de diversidad y respeto a la diferencia.

El M-19 llegó con esa posición, acompañado además del aprendizaje de lucha y guerra que ya hemos mencionado. Los estadios de guerra a los que llegamos —no el asalto y la toma del Palacio de Justicia, sino estados de confrontación urbana como la penetración en los cuarteles en las ciudades— nos enseñaron que, si bien esa forma bélica nos permitía golpear al enemigo inmediato, que era el Ejército, el sistema no cambiaba; por el contrario, se fortalecía. Entonces, en 1987 y 1988 se hizo un replanteamiento en la apuesta y la propuesta política.

En enero de 1988, un año antes de empezar las negociaciones con el gobierno, tomamos una decisión soberana y decretamos una tregua unilateral. Creíamos que la guerra no era lo más importante. Declaramos una guerra a la oligarquía y una paz con las fuerzas armadas, por la democracia y la vida. Ese año, con la llamada retención patriótica, que fue el secuestro de Álvaro Gómez, se abrió la posibilidad de un nuevo diálogo nacional y, a su vez, de diálogos regionales. Ya habíamos pasado por la Coordinadora Nacional Guerrillera y se estaba negociando con la CGSB.

El 9 de enero de 1989, se firmó un documento de acuerdo de dos puntos entre el gobierno y el M-19, que no representábamos ni al país ni a la guerrilla en su totalidad. El primer punto convocaba al país a construir la democracia plena. En la medida en que llamaba a erigir esa democracia plena, el gobierno reconocía que no había democracia. El segundo punto convocaba al país a desmovilizar sus fuerzas guerrilleras. Así reconocimos que la lucha guerrillera ya no había que hacerla.

Esa decisión trascendental se tomó al inicio del proceso, en contravía a las técnicas y experiencias de los compañeros de las FARC. Duramos un año preparando el tejido para poner en práctica esos dos puntos. Construimos un proyecto de acuerdo de quince puntos, que preveían cinco puestos en la Cámara y cinco en el Senado. Ese acuerdo se cayó el 17 de diciembre de 1989, pues cometimos el error de pasarlo por el Congreso. Como les pasó a los compañeros de FARC con el plebiscito, legalmente no era necesario hacer eso y el

gobierno tenía la capacidad de firmar el convenio. Pero ya habíamos tomado la decisión de desmovilizarnos. Entonces, el 9 de enero de 1999, Pizarro desmovilizó a su comandancia y viajó a Bogotá a presionar a Barco, que tuvo que acelerar un proceso de amnistía. Es decir, se renovó el proceso sin acuerdo. Dos meses después, el 9 de marzo, el M-19 concluyó su decisión y se desmovilizó sin un nuevo acuerdo comúnmente establecido. Hoy podemos contarle al mundo que no fue importante el acuerdo, sino el proceso. La Constitución no se acordó en Santo Domingo, aunque es hija del proceso de negociación. Por eso, no podemos reclamar fácilmente qué no se cumplió. Por nuestra parte, cumplimos total y legalmente.

Dejó una última reflexión. Por haber sido parte responsable de esa decisión, puesto que fui uno de los doce voceros que el M-19 delegó para negociar con el gobierno, puedo decir que la desmovilización del M-19 fue una absoluta realidad. Mantenemos la certeza treinta años después de cumplir la palabra empeñada, con miles de dificultades. Hoy los de las FARC empiezan ese proceso ante un país, una justicia y una degradación de la guerra absolutamente distinta. Lo que presentamos hoy es nuestra propia referencia para seguir insistiendo en que la guerra nunca más, en la construcción de una paz duradera y una democracia plena, y en dejar con dignidad una herencia distinta de la que nos dejaron a nosotros.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

La negociación del PCML y el EPL se desarrolló entre mayo de 1990 y marzo de 1991. Fue un proceso marcado por la convocatoria y los inicios de la Asamblea Nacional Constituyente. Es conocido que hubo una fracción minoritaria del Comité Central, del EPL y de la militancia, que no acogió la decisión de negociación como una decisión estratégica para pasar a la vida legal. Esa ruptura no fue previa a la negociación, pues en los dos primeros acuerdos no se había producido. En los once meses hubo once acuerdos, lo cual no quiere decir que se hubiera dado un acuerdo por mes. Hubo, entonces, once textos de acuerdos en distintos momentos.

Tuvimos diez zonas de concentración, nueve rurales y una urbana en Bogotá, manejada en secreto y con discreción. De esas zonas rurales, en tres tuvimos dificultades militares. En La Guajira fuimos atacados por el Ejército, hubo combate y heridos. Se dieron entonces desencuentros del Ejército con el acuerdo de paz, que chocaron y contrariaron al gobierno. Estuvimos a punto de entrar en combate en Putumayo, debido a la gran puja del gobierno

por darnos la mínima cantidad posible de campamentos. El gobierno por ejemplo no admitió un campamento en el norte de Tolima, donde teníamos un frente recientemente constituido, ni tampoco campamentos urbanos en Medellín. Eso llevó a que buena parte de ese frente del Tolima se quedara en la región y entrara al ELN. Lo mismo pasó en Medellín, donde una parte de las milicias quedó activa y reconformó el MIR-COAR, que más adelante se desmovilizó. Esos grupos no son considerados disidencias, ya que nunca estuvieron contra el acuerdo, sino que fueron producto de esa negativa oficial. Incluso, existió un apoyo y una intermediación con esos grupos cuando realizaron su acuerdo de paz años después.

En la mesa siempre hubo una participación equitativa. La delegación principal era de seis, y se repartió entre tres comandantes del EPL y tres cuadros del Partido. Adicionalmente, tuvimos seis comisiones de negociación y varias subcomisiones. Como resultado de los acuerdos, dejaron las armas dos mil doscientos combatientes de dieciocho frentes rurales y veintiún estructuras militares. Eso se sumó a los seis mil cuatrocientos cuadros y militantes clandestinos del PCC-ML, pues éramos una fuerza de alrededor nueve mil personas. No todas las milicias se desmovilizaron al mismo tiempo, en parte por el problema de los campamentos no autorizados, pero en parte también por el auge del paramilitarismo. En el texto del acuerdo, el gobierno no aceptó la disolución del paramilitarismo. Quedaron unos grupos latentes de milicias que, en algunos casos, se fueron a alimentar esos grupos.

En medio de la negociación, se dio un hecho de gran relevancia: un acuerdo con las ACMM y las estructuras paramilitares de Fidel Castaño en Urabá, acompañadas de ganaderos y empresarios, facilitadas por la Alianza Democrática M-19 en el campamento de Pueblo Nuevo. Esta fue una decisión que tomamos en el Comité Central y el Estado Mayor Central. El encuentro se dio en concreto a partir de una captura de unos paramilitares en territorios del EPL, estando en tregua y en proceso de desmovilización. Eso llevó a abrirle una puerta al diálogo con ellos en aras de exigir respeto al proceso. Finalmente, los paramilitares nos dijeron: "Si ustedes dejan las armas, nosotros también". Es decir, hubo una especie de acuerdo con ellos. Esa circunstancia fue importante, porque causó mucho debate entre nosotros y políticamente significó un costo. Sectores como el PCC y otros sectores de la insurgencia legal lo interpretaron como un acuerdo con el paramilitarismo. Eso motivó la descalificación y la desconfianza, a pesar de haber sido un acuerdo de no agresión puntual y público.

Tuvimos trece disidencias de los dieciocho frentes, por lo general compuestas por muchachos jóvenes. Ahí no hubo ningún dirigente nacional ni comandante regional o local. Algunas disidencias terminaron en la delincuencia común y otras, en el paramilitarismo. Solo tres mantuvieron el perfil insurgente, y al final solo subsistió la de Norte de Santander, ubicada entre frentes del ELN y las FARC.

Frente a la participación y promoción de la Constituyente, nosotros contribuimos a ese proceso como también lo hicieron la Séptima Papeleta y la decisión de la Corte Suprema de Justicia. En todo caso, aportamos más que el mismo gobierno, pues la visión de Gaviria era absolutamente restringida. Gracias al pacto, obtuvimos dos constituyentes y en la elección de la lista nacional de la Alianza Democrática tuvimos otros dos, que fueron cuadros políticos: Fabio Villa, de la Juventud Revolucionaria de Colombia, y Germán Toro, presidente de FECODE y dirigente del Frente Popular.

En el tema de las garantías políticas, en cuanto al registro del partido y el apoyo a la promoción del proyecto político, se dio un cumplimiento a medias. El gobierno quiso institucionalizar la promoción política y negar la autonomía con el fin de canalizar esa expresión política hacia las campañas electorales. En razón de esas circunstancias, hubo recursos que no se aplicaron. Si bien nuestro proyecto político tuvo un registro como partido, confluimos en la Alianza Democrática con el M-19, PRT y EPL. En ese contexto, elegimos dos senadores, representantes a la Cámara, diputados en seis departamentos, Atlántico, Córdoba, Antioquia, Risaralda, Putumayo, etcétera, y concejales y alcaldes en la región de Urabá.

A pesar de las diferencias, yo clasificaría a nuestro acuerdo como un acuerdo transformacional, ya que concurrimos no pasivamente frente a las instituciones. El pacto de paz tuvo como motivación la coparticipación de una reforma política de las instituciones. Además, consideramos que la nueva Constitución, en la que participamos junto con sectores diversos, significó una apertura y un giro democrático en el país.

Hubo un cumplimiento a medias en el apoyo a los planes de desarrollo regional, para el momento estimado en dos billones de pesos, adicionales a los compromisos de los Planes Nacionales de Rehabilitación y a la creación de dinámicas de concertación con las poblaciones locales en el impulso a obras de infraestructura y beneficio social.

En el tema de las garantías jurídicas, se otorgaron amnistías e indultos a ciento veinte personas que salieron de la cárcel y a dos mil doscientos excombatientes más. También se

acordaron esquemas de seguridad en tres niveles, pero ahí los cumplimientos fueron relativos. Debido a la presión por la reanudación del conflicto, salimos como desplazados forzados de muchos territorios del país, donde históricamente habíamos tenido presencia. En algunas zonas, eso sucedió por presión de la fuerza pública, de los paramilitares y, en el caso particular de Urabá, de las FARC. En Urabá hubo agresiones de las FARC y de una disidencia, además de un rearme de una parte de los comandos populares. En consecuencia, se abrió un periodo de violencia ante la falta del deber de protección y garantía del Estado.

En cuanto al acuerdo sobre educación, siempre hemos dicho que quizás fue el punto más brillante. Lo fue en términos tanto de educación formal como de la incidencia conjunta en el retorno a entornos educativos, al programa alternativo de enfoque a la paz, resolución de conflicto y derechos humanos de formación en bachillerato, y a la formación para el trabajo. La reintegración la titulamos "Reencuentro" y tuvo cosas valiosas, a pesar de las dificultades y falencias con que nació, que se fueron subsanando. Respecto a los capítulos de derechos humanos y DIH, hubo una serie de propuestas, y algunas se convirtieron en desarrollos constitucionales y legales.

Creamos la Comisión de Superación de la Violencia, en la que estuvieron el padre Francisco de Roux y un grupo académico que realizó un diagnóstico nacional de la crisis de derechos humanos, y entregó recomendaciones. Hubo cierta ambigüedad en las recomendaciones, ya que las entendimos como de obligatorio cumplimiento, pero el gobierno no lo vio así y, en consecuencia, una buena parte de ellas no fueron atendidas por el Estado.

En el capítulo de víctimas, hubo un punto que se incumplió con el EPL, PRT y Quintín Lame, y fue el tema de la atención. Se pactó la realización de un censo de víctimas, pero el gobierno hizo una propuesta mezquina que llevó al fracaso.Hubo también un capítulo para la promoción de la convivencia y la paz enfocada en las comunidades, que llevó a algunas acciones que resultaron por debajo de lo previsto y de las posibilidades planteadas. Tuvimos equipos de veeduría con un gran defecto, pues solo obraron en la consolidación del acuerdo de paz y, especialmente, en la verificación de la dejación de armas, sin tener continuidad frente a los otros puntos acordados. El único acompañamiento que contó con cierta continuidad fue el de la Iglesia Católica, que fue parte de la Internacional Socialista.

En cuanto a la dejación de armas y la concentración en los campamentos, se cumplió en la generalidad y hubo un punto exitoso en la construcción de los monumentos a la paz

en Medellín. Se trató de un monumento a la vida, un monumento a la paz y de una figura de monumento dirigido sobre todo a las mujeres, a los niños y las víctimas. En el acuerdo, también se firmó una historia del EPL. Con el apoyo de algunos compañeros, realizamos la labor, que ese año ganó el premio de Colcultura y contó con un apoyo de la Consejería para la Paz en su segunda edición.

En general, tuvimos buenos niveles de participación y resultados en los procesos de reintegración. Si bien no hubo continuidad colectiva en el proyecto político, con la disolución de la Alianza Democrática M-19 terminamos nutriendo distintas vertientes de la izquierda y creamos muchas ONG, organizaciones sociales y cooperativas, muchas fuertemente afectadas por la violencia y sus distintos actores, sobre todo en zonas rurales. Algunas tuvieron incidencias en lo local, regional y nacional, en los movimientos de paz y derechos humanos, y en otras expresiones sociales que se dieron después de la Constitución del 91 y la década de los noventa. En especial, hubo una dinámica muy participativa en los movimientos de paz en distintos contextos hasta la actualidad, dinámica que ha estado en sintonía con otras organizaciones de los distintos procesos de paz de los años noventa.

Edwar Cobos, Óscar Ospino y Alonso Ojeda.

Edwar Cobos, excombatiente de las AUC

Lo primero es explicar que el movimiento nacional de autodefensas campesinas era una confederación de autodefensas que tenía presencia en buena parte del país y obedecía a unas dinámicas regionales con unos mandos verticales. Eran, entonces, organizaciones de civiles, en su inmensa mayoría campesinos que nos alzamos en armas por el abandono del Estado y la agresión de las guerrillas en los términos en que se nos planteó.

La acción de esas autodefensas varió de acuerdo a la región. Empezaron en Puerto Boyacá con Henry Pérez, después pasaron a ser las autodefensas de Arnubio Triana Mahecha, las de Ramón Isaza en el Magdalena Medio, las de Héctor Buitrago en el Casanare, las de Hernán Giraldo en la Sierra Nevada, las de don Chepe Barrera y los Rojas en la región del Magdalena, las de Manuel Pirabán en los Llanos, las de Morantes en Santander y las de Juan Francisco Prada Márquez en el sur de Cesar.

Las anteriores son las autodefensas históricamente más antiguas, incluso anteriores al nacimiento de las ACCU, lideradas por los hermanos Castaño Gil. Estas últimas cobraron importancia por el fenómeno expansionista que lideró Vicente Castaño, que terminó cooptando y copando buena parte del territorio nacional, incluso a merced de las autodefensas antiguas que no se sometieron a su mando y terminaron confrontadas o replegadas a esa comandancia. Sin embargo, esto no se dio en todos los casos. Está el Bloque Central Bolívar, que, si bien tuvo en sus raíces ese fenómeno expansionista, fue finalmente entregado al mando del Estado Mayor, que se conformó allá y de manera independiente, con autonomía propia, definió el desarrollo de uno de los bloques más grandes y con mayor presencia en el país.

Con lo anterior quiero decir que hay que entender la dinámica de las autodefensas desde el proyecto de las AUC en 1997. Se trataba de una vocería en cabeza de Carlos Castaño, que por estrategia política y militar le hizo creer al país que era el comandante general de todas las autodefensas. Sin embargo, había un respeto y una autonomía total en las regiones. Hubo otras autodefensas que surgimos de ese fenómeno de las ACCU, que sí obedecíamos a una línea vertical de los hermanos Castaño Gil; de Vicente y Carlos, pues Fidel ya había desaparecido.

Es preciso aclarar que tanto Carlos como Vicente eran reconocidos como los comandantes generales de las autodefensas que nacimos del proyecto de las ACCU: Bloque Norte, Bloque

Catatumbo, Bloque Montes de María, Bloque Élmer Cárdenas, Bloque Bananero, las Autodefensas del Occidente Antioqueño, el Bloque Mineros, entre otros. El Bloque Central Bolívar tuvo una primera incursión en el sur de Bolívar emanada de la casa Castaño. Sin embargo, ellos tomaron el mando, pusieron sus condiciones y armaron su propia estructura de mando. Ni Carlos Castaño iba a darles órdenes a los señores del Bloque Central Bolívar, ni ellos las iban a recibir.

Esta mañana hubo tal vez algunas ideas disímiles respecto a si se reconoce o no en Carlos Castaño un mando. Lo debemos reconocer quienes nacimos del proyecto de las ACCU y tuvimos como comandantes a los hermanos Castaño Gil. Lo mismo sucedió con Hernán Giraldo, Chepe y Juancho Prada, que, después de una confrontación, tuvieron que someterse a su línea. En el caso de los Llanos, si bien había unas autodefensas más antiguas cuando irrumpieron los Castaño, se llegó a unos acuerdos que los sometieron a esa línea de autodefensas que nació de las ACCU. Sin embargo, hubo particularidades, como sucedió con el Bloque Élmer Cárdenas, que nació de la casa Castaño, pero conservó una independencia en el desarrollo del proceso regional del Urabá.

En conclusión, éramos una confederación de autodefensas que encontramos en Carlos Castaño Gil una vocería nacional de un proyecto de unificación que tenía el objetivo de consolidar una identidad y una convicción ideológica en la lucha contrainsurgente. En ningún momento hubo fines distintos al propósito de nuestra lucha contrainsurgente, a pesar de las dinámicas propias de la degradación del conflicto.

Llegamos al proceso de paz por tres motivos. Primero, estábamos convencidos de que la lucha armada ya no tenía sentido. Ese primer punto estaba ligado al segundo, que era la degradación del conflicto. Nuestra organización creció durante veinte años a la medida del cáncer de cada región. Pero, a finales de los años noventa e inicios del nuevo siglo, se creció aceleradamente como producto del empoderamiento y la llegada de recursos provenientes de nuevas fuentes de financiación, como el narcotráfico y el control de rutas de economías legales e ilegales. La organización pasó de tener diez mil hombres a reunir a veinticinco mil. También eso fue una causa de la degradación.

Se había empoderado a hombres con más puntería que cultura, que aprendieron a disparar un arma antes que a firmar un papel y terminaron siendo dueños de la vida de hermanos y hermanas colombianas en esas regiones. Teníamos compañías de contraguerrilla divididas

en cuatro pelotones; estos, a su vez, tenían cuatro escuadras, y cada una tenía dos equipos. Todo terminaba en un hombre con cuatro o cinco combatientes a su cargo. Así estuvimos en regiones de guerra irregular en las que no se pedía permiso para actuar, sino que simplemente se reportaban las acciones. Todas esas desafortunadas acciones las hemos asumido con actitud vergonzante, pero también con la convicción de que era necesario darle la cara al país y asumir nuestras responsabilidades, fuera por autoría inmediata o por la línea de mando.

El segundo elemento estaba unido al primero y nos permitió concluir que ya era hora de dejar las armas a un lado. Hubo un tercer elemento, que fue la oportunidad de la coyuntura, porque creíamos que el gobierno que inició las negociaciones con nosotros iba a ser garantista y amigo. Pero no hay peor juego en la guerra —ustedes lo saben bien— que el juego del propio amigo. Confiamos en un presidente que en su campaña dijo estar dispuesto a iniciar procesos de paz, a pesar del fracaso del Caguán. La condición del gobierno Uribe fue el sometimiento y un cese unilateral al fuego. Eso implicó una gran dificultad en la medida en que estábamos en plena confrontación con el enemigo histórico y el Estado nos perseguía. Llegamos a la negociación en noviembre de 2002. Por medio de un comunicado público en cabeza del vocero Carlos Castaño, le manifestamos al gobierno que estábamos dispuestos a someternos a unos acercamientos para estudiar la posibilidad del cese al fuego unilateral. En ese tiempo, no era fácil conseguir adeptos a un nuevo proceso de paz después del fracaso del Caguán.

También entendimos el mensaje, don Rodrigo Londoño, cuando vimos el desmonte del paramilitarismo en el primer punto de la agenda de ustedes en el Caguán. Una cosa es no reconocernos como paramilitares porque nacimos y surgimos como una causa política ante la agresión y la indefensión del Estado, pero otra cosa es no saber que cuando hablaban de paramilitares se referían a nosotros. Esa fue otra motivación para romper con la espiral de violencia y avanzar en los diálogos. Esa motivación existió desde el momento del diálogo del Caguán, cuando en distintas ocasiones y de manera pública manifestamos al presidente Pastrana nuestra disposición para dialogar de forma paralela. Recibimos una respuesta negativa, según Pastrana, porque las FARC habían sido tajantes al plantear que el desmonte del paramilitarismo debía ser por la vía armada, sin un reconocimiento político en el marco de unos diálogos de paz. Entender que alguna de las organizaciones tenía que dar el primer paso y romper esa espiral fue un factor fundamental.

Las AUC llegaron al proceso de negociación en el mejor momento político, militar, económico y social de nuestra lucha armada. No llegamos invictos en la guerra, pues eso sería desconocer los logros y las victorias militares de todas las guerrillas que combatían. Sin embargo, habíamos avanzado mucho y habíamos tomado territorios que se habían vuelto estratégicos y sagrados para las guerrillas, como el sur de Bolívar para el ELN y el Urabá para las FARC.

Recojo las palabras de Sandra Ramírez, que dijo que Uribe planteó que, si había diálogos con las FARC, debían terminar en el sometimiento de la organización y que por eso no avanzaron. Esa es otra gran diferencia con los procesos de paz con las guerrillas. Desde el momento en que todos ustedes aceptaban sentarse con el gobierno, tenían la convicción de estar negociando con el enemigo y de, por eso, poder manejar exigencias mayores. Esa convicción los llevó a tener procesos de paz muy distintos al proceso de paz que hubo con las autodefensas.

Cuando se habla de procesos de paz, se desconocen las particularidades del proceso de las autodefensas, encauzado además en el componente jurídico de la justicia transicional de Justicia y Paz. Se le hizo creer al país, hasta el punto de que nosotros mismos lo terminamos creyendo, que fue un proceso de sometimiento logrado así por el gobierno. Pero nosotros lo seguimos reconociendo como un proceso de paz.Aquí recojo las palabras de Rodrigo Pérez, que decía que el señor Uribe muy hábilmente les ha mostrado al país y a la comunidad internacional que su modelo de negociación es el que sirve. Pero ese modelo se basa en la extradición, el encarcelamiento, el incumplimiento y el cercenamiento de los derechos civiles y políticos de quién negocia.

El proceso de paz comenzó en diciembre de 2002 con el nombramiento de una comisión de garantes conformada por Jaime Jaramillo, Jorge Ignacio Castaño —que venía de la Comisión de Paz de Antioquia con el ELN—, Gilberto Álzate Ronca, Juan Pérez, Eduardo Espinoza, y un personaje conocido por algunos de ustedes, Carlos Franco, ex EPL y jefe de la oficina de derechos humanos de la vicepresidencia de la República. Esa comisión de notables estuvo ocho meses con nosotros en una etapa exploratoria y buscó puntos de encuentro en la discusión del cese unilateral, en un momento en que se desataron las peores pugnas internas de la organización. También se dio el acompañamiento de la Iglesia católica, en cabeza del monseñor Germán García Isaza y el monseñor Julio César Vidal. Tuvimos apoyo internacional de la

OEA, que no fue tan valioso, efectivo ni participativo como el de la ONU, pero ahí está y todavía hoy se presenta. Se creó entonces por primera vez el organismo Misión de Apoyo al Proceso de Paz de la OEA, también conocido como MAPP-OEA, bajo el liderazgo del señor Sergio Caramagna, que también se sentó en la mesa de negociación.

Las dinámicas y diferencias internas llevaron a que la negociación se iniciara en bloques diferentes. Hubo una mesa del Bloque Central Bolívar, que invitó a las autodefensas de Arauca, pues estas tenían serias diferencias con las imposiciones y condiciones de Carlos Castaño. Otra mesa se abrió en el Casanare, liderada por los Buitrago. La tercera estuvo en Meta, Vichada, Guaviare y los Llanos, y la lideraron Guillermo Torres, José Baldomero Linares y Manuel Pirabán. La cuarta fue la del Magdalena Medio y Puerto Boyacá. Por último, hubo una mesa en el Urabá liderada por las ACCU. Así se dieron los primeros acercamientos y se desarrolló la etapa exploratoria. A medida que el proceso fue dándose, encontramos necesario ir articulando las mesas en una sola. Primero se unió la del Magdalena Medio y Puerto Boyacá, después la del Bloque Central Bolívar, seguida de la del Meta, Vichada, Guaviare y los Llanos. Por último, se sumó la del Bloque Central Bolívar con Arauca. Esa negociación tuvo reconocimiento a través de resoluciones que solo podían ser expedidas por el presidente.

Entonces se firmaron unos acuerdos, el acuerdo de Ralito y el acuerdo de Fátima. También hubo una visita muy polémica de tres de los negociadores al Congreso, que nació de una visita que habíamos tenido de la comisión de paz del Congreso. Uno de los grandes errores de la negociación, que el señor Uribe hábilmente manejó para que todo terminara como terminó, fue la soledad en la que estuvimos. Sin embargo, hicimos un esfuerzo de visibilización, tuvimos grupos de estudiantes en los que nació la idea de la Fundación Iniciativas por la Paz, FIPAZ, y que nos acompañaron en la zona de Ralito en un congreso sobre la negociación. Se llegó a compromisos con el gobierno como la reinstitucionalización de las zonas desmovilizadas, pues estaba presente la preocupación de que una vez nos desmovilizáramos las guerrillas cooptarían las zonas en nuestro poder.

También negociamos las colonias penales agrícolas para la reubicación de los excombatientes. Allá pudieron realizar proyectos para su reinserción al aparato productivo de la nación y encontraron una alternativa de subsistencia distinta a las armas. Del mismo modo, hablamos del reconocimiento político, pues el país había caído en el error de dispararle al proceso de

paz con las autodefensas, desconociendo por un lado lo acordado y haciéndoles por otro lado el favor a quienes pensaban que el modelo de negociación debía contener cárcel, extradición, cercenamiento de derechos civiles y políticos, y el destierro y abandono de quien entregaba el fusil. Hubo un reconocimiento político a una organización político militar de carácter contrainsurgente conformada por civiles campesinos y otros no tan campesinos. En ese momento, habíamos estado equivocados en el conflicto, y hoy seguimos tercos en la paz. Lo que nos ha pasado en más de quince años, en todo caso, no ha sido fácil.

Producto de la negociación, nació la Ley 975 presentada por el Ejecutivo, tramitada por el Legislativo y sancionada por la Corte Constitucional. De ahí surgió la justicia transicional y por primera vez se hicieron visibles las víctimas. En este respecto, quiero hacer otra crítica, y es a los ataques que algunas personalidades de la JEP dirigen contra Justicia y Paz, sin que ellas mismas estén mostrando resultados propios. Entonces, ¿a quién le hacen el favor? Estamos equivocados si todos los días hablamos de paz y reconciliación, pero excluimos a un actor del conflicto de cualquier escenario de reinserción plena, y si se ataca una ley que por primera vez visibilizó a las víctimas. De ahí vienen los juicios a la parapolítica, los procesos contra la fuerza pública y contra los terceros.

Nosotros tenemos las estadísticas de nuestros cumplimientos en materia judicial, estadísticas que entregué hace unos días a Luis Eduardo Cifuentes en una entrevista. Que la justicia haya colapsado, que haya sido incapaz o tenga archivada toda esa cantidad de verdad dicha en más de trece años ante los micrófonos de la Fiscalía, es una cosa, pero otra muy equivocada es culpar a la Ley de Justicia y Paz, pues ahí hemos avanzado en materia de esclarecimiento de hechos y de verdad. Más bien, planteemos y preguntemos qué ha pasado con toda esa verdad.

De la no extradición también se habló. En alguna reunión en Ralito, firmada por uno de los comandantes negociadores, se hizo una grabación y salieron voces públicas a decir que estábamos negociando la extradición, en tanto era una negociación del yo con yo. Muchos de los que alzaron la voz terminaron después visitando las cárceles de Estados Unidos y reclamando por la extradición de esos jefes porque con ellos se iba la verdad. Este es el país que nos tocó. Ahora, miremos las resoluciones que suspendieron las órdenes con fines de extradición de los comandantes del Estado Mayor de las autodefensas, que en ese entonces eran miembros negociadores que tenían extradición. En esas resoluciones hay un artículo

que dice que en ningún caso podrían ser extraditados, siempre y cuando se mantuvieran en el programa de Justicia y Paz.

Hoy no hay una sola sentencia condenatoria debidamente ejecutoriada que demuestre el incumplimiento de los exjefes de las autodefensas que fueron extraditados, que sería la prueba reina para decir que se incumplió y daría motivo a que esa resolución para ese individuo no procediera. Esta es una de las problemáticas que están teniendo, por ejemplo, con el caso del señor Santrich. Entonces, como es conocido, el 13 mayo de 2008 se llevaron a todos los compañeros y amigos sobre los cuales pesaba la solicitud de extradición.

Me llamó la atención la intervención del señor Rodrigo Londoño, cuando dijo que hay dos elementos que no pueden faltar, la seguridad jurídica y los derechos políticos. Estoy completamente de acuerdo con eso. Nosotros hemos estado inmersos en la inseguridad jurídica de una ley que recibe ataques de todos lados, incluso desde su interior, lo que hace todo peor. El contenido de Justicia y Paz no fue defendido por nadie. Curiosamente, hasta de las páginas de la Fiscalía ya desmontaron las estadísticas de ese proceso. Parece ser que acá a nadie le conviene y que nadie quiere que Justicia y Paz tenga el término que debe tener.

Además, está el artículo sesenta y uno, correspondiente a los derechos políticos y civiles, declarado inexequible por la Corte Constitucional por vicios de forma y no de fondo. Meses después, en 2006, cuando se privó de la libertad a los primeros parapolíticos, esa corte dijo que el concierto para delinquir no se podía tipificar. Este es otro incumplimiento. No fue fácil la discusión en la mesa de negociación. Para nosotros no era posible aceptar ser juzgados por delitos políticos como se juzgaba a quienes en ese momento eran nuestros enemigos históricos. Pero en aras de avanzar y tener la posibilidad de convertirnos en una alternativa política en el país decidimos aceptar la figura del delito político de sedición.

Eso produjo crisis en las desmovilizaciones que siguieron. Al momento de la Ley 975 de 2005, se habían dado aproximadamente el cincuenta por ciento de las desmovilizaciones. Pero a causa de eso se frenaron, y solo se reactivaron en diciembre. El gobierno, en representación del Estado, empeñó la palabra y se comprometió a subsanar eso mediante un nuevo proyecto de ley, promesa que también incumplió.

A pesar de todas las dificultades y los incumplimientos, si de algo estamos convencidos es de que sin el proceso de paz con las AUC y el movimiento nacional de autodefensas campesinas

no es claro hasta dónde habrían podido avanzar en La Habana. Nosotros vimos ese paso y esto sirvió para que ustedes allá tuvieran una preocupación menos.

CUARTA PARTE: LECCIONES APRENDIDAS DE LOS PROCESOS DE NEGOCIACIÓN

Foto general de la sexta sesión de la Mesa de Excombatientes.

Gloria Quiceno, excombatiente del M-19

Nuestro compañero Mariño dejó en el ambiente la impresión de que no hicimos un acuerdo. Hay que precisar que sí se hizo uno, pero uno que no dependió de la voluntad del Congreso de la República ni de la clase dirigente. Fue primero un acuerdo de la guerrillerada y la comandancia del M-19. Es decir, se dio una construcción propia del acuerdo, algo fundamental para que la decisión se mantuviera, pues una decisión así no puede ser impuesta ni puede

venir de afuera. La lucha guerrillera tiene unas características particulares, y una es que un solo guerrillero basta para que la lucha vuelva a florecer. Esa lucha no es la de un ejército grande, a pesar de todos los esfuerzos de los grupos. Además, como se ve en el daño de las bombas del narcotráfico, los efectos de la confrontación armada en nuestro país no necesitan de mucha tropa.

El M-19 llegó al acuerdo con un punto clave, que fue la firmeza de la decisión de los comandantes, de la tropa y de todos los colombianos que sin estar armados rodeaban al movimiento. El M-19 fue una guerrilla que tuvo más gente desarmada que armada. Por eso, hay que tener cuidado con el tema de las falsas desmovilizaciones que plantea Lucía. Tanta gente respaldaba al movimiento que, de no haberla incluido en los listados, habría sido víctima de acciones, incluso acciones judiciales del Estado, por su nivel de compromiso con la lucha armada y la organización guerrillera.

Fue la unión de tantos núcleos lo que le dio firmeza a la decisión de la negociación. El M-19 no llegó a la paz porque le tocó. Llegó por decisión. Decir que se llegó a la paz porque no hubo otro camino no es válido para ninguna de las organizaciones del noventa ni mucho menos para las FARC, que llegaron con otras condiciones de nivel de confrontación.

El M-19 también llegó con una convicción de paz que se materializó en la inutilidad de las armas y la ineficacia de la lucha armada para transformar el país. Este fue un elemento tanto en la decisión de tomar las armas como en la decisión de dejarlas. Una de las cosas que más peso tuvo fue la reflexión sobre para qué servía en ese momento la confrontación armada. Además, contamos con dos hombres visionarios, Jaime Bateman y Carlos Pizarro, que lograron ver la degradación en que iban a caer la lucha armada y la sociedad, con una proliferación de la violencia en las relaciones cotidianas, familiares y sociales. No digo todo esto para sentirnos más o menos culpables, sino para entender la convicción de estos dos hombres, que nos llevó a convencernos de la inutilidad de la guerra.

Nada de esto fue fácil. Ya entonces había un elemento que persiste treinta años después, y es la gran desconfianza en la clase política y en la institucionalidad colombiana. Pero esa desconfianza no puede traducirse en retomar a las armas. Tal vez esa grandeza le faltó a Iván Márquez.En el caso del M-19, no se tradujo en el retorno a las armas. Un porcentaje muy pequeño, aproximadamente el tres por ciento de los combatientes, retornó a las armas a través de grupos delincuenciales.

Por otra parte, entendimos que el adiós a las armas significaba andar un camino de transformaciones que no iba a ser fácil. Al M-19 le costó la vida de su comandancia en el proceso de negociación, pues no fue en la guerra, combatiendo, como murieron Pizarro, Boris y Álvaro Fayad. Sin embargo, la firmeza de la decisión nos impidió volver a las armas. Como dijo Rodrigo, todavía pueden morir algunas personas, porque dependemos de la decisión de otros sectores del país que no dejan que florezca la paz. Ojalá no nos cueste más muertos. Cuando el M-19 se transformó en una fuerza política, lo hizo ligado a la gente, entendiendo a ese país de contradicciones y necesidades que no veía en la guerra una alternativa.

Para seguir con las lecciones aprendidas, quiero compartir que la firmeza de la decisión del M-19 significó arrejuntarse con todo el mundo. Creo que una de las grandes falencias del partido FARC es que está enconchado. Es necesario volcarse a la gente así lo critiquen a uno. No volver a las armas significa estar con el pueblo. Así este sea muy diverso, hay que estar con la gente que no tiene armas para defender sus derechos. Eso permite que aquí entren Fredy, Rodrigo, Sandra y demás amigos con quienes hemos aprendido mucho en este proceso.

En la negociación del cese al fuego, fallido o victorioso, y en el adiós a las armas, hubo también una forma de justicia, que puede ser precaria si la comparamos con el sistema de justicia que crea hoy el acuerdo con las FARC. Pero hubo justicia. Tal vez, el momento histórico y el desarrollo de los derechos humanos no nos podía llevar a esos grandes hechos, pero sí hubo indultos, amnistías y cárcel. Muchos compañeros pagaron prisión durante un tiempo considerable, incluso más que el que pagaron algunos de las autodefensas. Es decir que sí hubo una forma negociada de resolver los problemas de justicia.

Más allá de eso, se acordó algo importante, la favorabilidad política en los territorios donde se iban a concentrar los excombatientes. Eso también se lo propusimos al gobierno cuando ustedes estaban en La Habana. No se trata únicamente de la favorabilidad política en el Congreso, pues esta tiene un costo político grande, y lo digo porque fui parlamentaria y esa es una dinámica que produce un agotamiento del sistema legislativo. En nuestra experiencia, la favorabilidad política en los territorios permitió que tuviéramos concejales y diputados, y eso se convirtió en algo que mantuvo firme la decisión de paz. La gente hizo su tránsito a la política haciendo política y no viendo hacer política a los comandantes. La paz se consolida cuando la gente de base es la que hace la política, cuando se vuelve el líder social, político,

ambiental, de derechos humanos, y es respaldado por nosotros y por la gente. Esta es una lección del proceso de reinserción que podemos analizar.

De la reinserción surgió algo muy importante, que Álvaro tocó, y es el tema de la educación. Con la construcción, la consolidación o el apoyo en el desarrollo de núcleos familiares diversos, se partió de los procesos de alfabetización y educación básica y media construida y diseñada por las organizaciones de exguerrilleros preparados para ello. Desde esa época, Mariño tiene una organización que continúa trabajando en ello. Además, tuvimos la voluntad política del gobierno de permitir que los exguerrilleros cumplieran en un año y medio una formación básica y media con énfasis en convivencia. A esos programas ingresaban también los líderes sociales de los territorios.

En asuntos de educación superior, contamos con la voluntad política para convalidar el liderazgo y la construcción de paz en el proceso de conseguir un título. También construimos convenios y becas con la Universidad de los Andes, la del Valle y la Escuela Superior de Administración Pública, entre otras, para que las personas de los procesos de paz pudieran acceder a un programa de educación superior. Gracias a eso, muchos excombatientes tuvieron un trabajo digno y condiciones dignas de vida. Yo trabajé en esos procesos de reinserción desde la Dirección de Reinserción y puedo afirmar que la educación y la familia fueron elementos fundamentales para mantener la decisión de paz de los excombatientes.

En nuestro proceso, el acuerdo que hicimos sobre narcotráfico no se cumplió. Ese punto buscó crear una comisión de expertos para revisar los efectos del narcotráfico en el país y en la vida de la guerrilla, así como asuntos relacionados con el desmonte del narcotráfico y el paramilitarismo. Su cumplimiento nos habría permitido encontrar claves para haber avanzar. Tampoco se cumplió la protección de los excombatientes. Aún hoy el país desconoce cuántos exguerrilleros y exguerrilleras han sido asesinados, desaparecidos, amenazados y desplazados. No se sabe cuántas personas de los acuerdos de paz hoy forman parte de las listas de víctimas en Colombia y el exterior, pues muchos tuvieron que irse por los niveles de persecución.

Otra lección aprendida, que creo que compartimos con muchos compañeros, es que no nos bastó con culpar al otro. En ese sentido, le sugiero a Rodrigo Londoño reconocer a Juan Manuel Santos en sus intervenciones. Para la paz no es suficiente culpar al otro, es necesario construir un lenguaje que nos acerque al otro en la diferencia y que nos permita construir la fuerza de la paz. Eso salva la paz.

El M-19 cumplió con todos sus acuerdos. Eso el país lo valora, como vemos ahora que el país quiere más a las FARC que hace unos años. El país ha dicho que los va a respaldar porque ustedes están cumpliendo. Eso significa ahorrarnos muertos y sangre. Eso también se valora en las urnas, de pronto no de manera inmediata. Pero el gesto de mantenerse y mostrar el valor de la paz tiene su recompensa. Nos faltó construir alternativas en los territorios. Confiamos en que el Estado iba a copar nuestra presencia y no lo hizo en ninguno de los casos. Por el contrario, dejó abandonados esos territorios para que otras fuerzas llegaran a coparlos.

Rodrigo Londoño, Gabriel Ángel y Sandra Ramírez.

Rodrigo Londoño, excombatiente de las FARC

Nosotros reconocemos a Juan Manuel Santos como alguien que se la jugó por la paz desde su papel de representante de la clase gobernante de este país. Así que el reconocimiento sí se lo hacemos, y sabemos que se la sigue jugando. El sector que representó al gobierno durante los diálogos ha venido trabajando de la mano con la gente que quiere que este proceso salga adelante.Como lo decía antes, al acuerdo se llegó porque confluyeron muchos factores, tanto

en el gobierno como en nosotros. Debemos reconocer que llegamos a este punto como un fruto de una convicción política. El camarada Alfonso publicó un vídeo en que hizo una invitación al diálogo, y Santos dio su discurso de posesión afirmando que tenía las llaves de la paz. Fueron mensajes que ambas partes supieron recibir.

Un momento extremadamente difícil, que demuestra que estamos acá por convicción, fue el asesinato de Alfonso Cano. En ese momento, ya se estaban dando los diálogos iniciales y estábamos a punto de arrancar en La Habana. Juan Manuel Santos me prometió que públicamente iba a reconocer que se equivocó en esa operación. Para nosotros fue muy duro y difícil, pues además había presión y no podíamos dar a conocer en qué estábamos. A pesar de las posiciones radicales, en el análisis del Secretariado se impuso la convicción política de que por encima de ese hecho estaba la necesidad de continuar. Lo hicimos con mucha desconfianza, como les pasó a los compañeros. Escuchando a Edwar, nos damos cuenta de que hay muchas cosas que uno no conoce o que ya tiene muy metidas en una lectura preprogramada, como la idea de que ellos estaban negociando en una dinámica de "yo con yo".

No fue fácil tomar la decisión. La tomamos con desconfianza, seguramente de ambas partes. Aquí hay que resaltar el papel del presidente venezolano Hugo Chávez, pues era el único que nos brindaba seguridad y confianza. Tal era la situación que cuando asesinaron a Alfonso Santos le pidió a Chávez hablar conmigo. En esa conversación, reiteró todo el tiempo su apoyo a la paz y su rechazo de la guerra. Nos ayudó a construir confianza, algo fundamental en un proceso tan complicado. Por ejemplo, nosotros nombramos en la delegación a Mauricio Jaramillo, a quien tocaba sacar de la zona de combate del Guaviare y Meta. El gobierno no quería aceptar, pues consideraba que nuestra intención era hacer sacar a un compañero de un cerco militar. En eso se perdieron meses, y ahí mataron a Alfonso. En los mensajes que intercambió con nosotros, hay un texto de Alfonso en el que decía: "Quieren mi cuerpo inerte en la mesa de negociación". Desafortunadamente, resultó una profecía.

Una enseñanza de ese proceso se produjo cuando estuvimos muy cerca de romper. Los compañeros en la etapa exploratoria no veían caminos y alcanzamos a elaborar un comunicado para informar a Colombia y al mundo que no habíamos logrado ningún acuerdo. Ahí jugó un papel fundamental la vinculación activa de la comunidad internacional, específicamente de los noruegos y cubanos, cuyo objetivo era apoyar a las partes en esos momentos de dificultad.

Además, se dio la decisión de Estados Unidos de no invertir más dinero en un país que siempre había reestructurado su fuerza militar bajo la influencia y con el apoyo de los gringos. De acuerdo a las conversaciones que hemos tenido con Juan Manuel Santos, otro elemento importante fue el apoyo de Gran Bretaña e Israel.

Esa etapa exploratoria fue un momento en que ambas partes construimos varias elucubraciones de los sucesos, debido precisamente a la desconfianza. Así se desarrolló el proceso hasta llegar a la etapa esquemática. El gobierno trajo un tablero y un esquema para algunas semanas. No querían hablar de mesas para no repetir lo sucedido en el Caguán. Nosotros, en cambio, llevamos la misma agenda construida en el Caguán, que cubría todos los temas.

Después vino la aprobación de la agenda y así empezó en nuestro interior la discusión sobre un consenso, pues nadie quiere ir a negociar sin uno. No hubo un consenso, pero tampoco hubo oposición. Decían que era una agenda vidriosa, que se podía romper, pero no se plantearon salidas. Entonces, concluí que se trataba de una responsabilidad con el pueblo y al otro día escribí un mensaje diciendo: "Hay mayoría y vamos a aplicar el centralismo democrático".

El proceso comenzó. El primer incidente interno se produjo en la inauguración de los diálogos en Oslo. Cuando los camaradas nos presentaron el discurso que iban a leer, entramos en un debate porque ese no podía ser el discurso de paz. Hicimos algunos cambios, pero ustedes ya conocen los efectos que ese comunicado produjo en la gente. Esa experiencia nos permitió incidir en ellos, que eran los jefes de la delegación. Todo se puede decir, pero hay que saber plantearlo, más aún en esas mesas en las que se juegan las correlaciones de fuerzas.

La agenda que habíamos logrado había permitido una correlación de fuerzas, y eso había sido importante porque el problema de la guerra no es un tema de voluntad. Es mucho más complicado que eso y exige condiciones. Después del discurso de Oslo, nos arrebataron la correlación de fuerzas. Pero tuvimos dos ganancias importantes, que el gobierno no quiso aceptar: habíamos logrado una agenda e íbamos a desarrollar los diálogos en una mesa.

Para la discusión planteamos entonces unas bases mínimas para transformar a Colombia. Ese acuerdo tiene un potencial transformador, siempre y cuando todos los colombianos lo hagamos nuestro. Por eso, afirmamos que el acuerdo es un patrimonio de la sociedad colombiana y de la comunidad internacional que nos acompañó en su construcción. Este tipo de reuniones me estimulan, y más si están los compañeros de las AUC, pues es importante

escuchar esa disposición y darse cuenta de que hablamos el mismo lenguaje después de estar en bandos completamente contrarios.

En los acuerdos, tratamos primero el tema agrario en tanto base del conflicto. Luego vinieron el tema político, el tema de los cultivos, el tema de la justicia y el de las víctimas. Fue un proceso complejo. Hubo momentos en que nos dijimos que si seguíamos ya no habría reversa. Lo que les echo en cara a los compañeros que se fueron es que estuvimos en esos debates en diferentes momentos. Incluso, en La Habana hubo un pleno en 2015 con todo el Estado Mayor y más de veinte cuadros que aportaron a la discusión. Mi intervención en ese pleno sirvió para definir dos cosas: si nos íbamos a meter en la solución política o si íbamos a continuar con la guerra. Les pregunté qué íbamos a hacer si decidíamos continuar con la guerra, y les planteé que si nos íbamos por la solución política los elementos ya estaban sobre la mesa. La respuesta mayoritaria fue a favor de la solución política. No había otra salida, si éramos consecuentes con nuestra forma de pensar y nuestra visión política e ideológica.

Quiero resaltar dos cosas clave que permitieron el acuerdo. La primera fue la vinculación de militares activos a la mesa. Aunque no estuvo directamente en la mesa, una comisión técnica integrada por mandos de las FARC y por un equipo de generales y militares muy representativos se formó para llevar la discusión sobre el cese al fuego y la dejación de armas. Juan Manuel Santos venía trabajando en ese punto desde hacía tiempo y logró así equilibrar el poder real y el poder formal. Fue algo que el propio Marulanda nos mencionó en negociaciones anteriores: si a la mesa no llegaban militares activos, iba a ser muy difícil terminar la confrontación, pues era entre quienes habíamos hecho la guerra que nos teníamos que entender. Lo segundo fue la vinculación activa de la comunidad internacional.

Entre los errores cometidos, el plebiscito fue una de las mayores fallas. Se lo dijimos a Juan Manuel Santos y nunca estuvimos de acuerdo. Fue su apuesta personal, pues quería hundir políticamente a Uribe. Pero el gobierno pensó que nadie iba a votar en contra de la paz y bajó la guardia, y nosotros tampoco lo peleamos con la fuerza suficiente. Incluso dijimos que no íbamos a hacer propaganda. Fue una gran equivocación.

También fue fundamental la apuesta por jugar limpio, sin cartas escondidas. No guardar nada debajo de la mesa nos dio la autoridad para sacar el proceso adelante. Eso le duele a ese sector que quiere hundirnos y busca cualquier cosa para bajarnos. Pero no han podido

encontrar nada, pues todo fue transparente. Entregamos hasta el último fusil. Es más, de las caletas que entregamos hay algunas que el Ejército todavía no ha ido a recoger.

Algo que no queríamos que sucediera, pero sucedió, pues el plebiscito nos obligó a flexibilizar nuestra posición y ser realistas en lo político, fue el tramité de muchas cosas en el Congreso. Hoy estamos dando la pelea, y ya Sandra nos habló de los apoyos que tenemos para el proyecto de ley de las curules para las víctimas.

Para nosotros está claro que la clase dirigente, incluida la que representa Santos, siente temor de que nuestro proyecto político avance. La primera conversación que tuve con Santos no fue la mejor. Se dio cuando se iba a firmar y por un error en la comunicación planteé algo que ya se había negociado. Después les reiteré tanto a Jaramillo como a Santos que teníamos claro que ellos iban a buscar que nosotros saliéramos de las negociaciones con el menor capital político posible, pero que nosotros íbamos a buscar salir con el mayor capital político. De eso se trataba, pero les dije que no estaba de acuerdo con las jugadas sucias que podían hacernos. Nos dijeron que nada de eso iba a ocurrir. Pero la realidad ha sido otra.

En conclusión, de aquí salgo mucho más motivado y más entusiasmado, pues esto va para adelante.

Capítulo 7

FACTORES DE PERSISTENCIA DE LA VIOLENCIA Y EL CONFLICTO EN COLOMBIA

Sesión del 17 de octubre de 2019

En la búsqueda de caminos para lograr la paz y la reconciliación en Colombia, es necesario identificar los factores de persistencia e intensificación de la violencia y la guerra, que han existido tras la firma de los distintos acuerdos de paz. Se entienden por factores de persistencia aquellos elementos o circunstancias que se perpetúan o prolongan en el tiempo, a pesar de que con las negociaciones realizadas se haya intentado modificarlos o superarlos. Son de diferente tipo o naturaleza, pero dado el interés de la mesa se analizaron los factores de persistencia históricos, económicos, políticos, socioculturales e internacionales.

Estudiarlos permite hacer consciencia sobre la tarea que tenemos como sociedad en materia de construcción de paz y transformación estructural. El objetivo es asegurar un "¡Nunca más!" en las dinámicas para dirimir las contradicciones, las desigualdades y las controversias. En otras palabras, el país no puede quedar estacionado en un conjunto de hechos de verdad y memoria, sino que debe poder identificar cuáles son las transformaciones estructurales necesarias para terminar el ciclo de la guerra.

Para eso, se realizó un ejercicio de conversación entre exintegrantes de las guerrillas del ELN, M-19, PRT, CRS, EPL y FARC-EP, y de las AUC. La labor consistió en una reflexión sobre las causas por las que aún se reproduce el ciclo de violencia, generación tras generación, con distintos matices regionales. También se hizo énfasis en las transformaciones y los cambios logrados, como las victorias de la movilización social. Eso permitió una lectura que fue más allá del pesimismo y alcanzó una actitud propositiva con perspectiva de futuro.

El principal factor unánimemente identificado por los participantes fue el incumplimiento del Estado de los acuerdos, ocasionado, según ellos, por una élite gobernante que no ha estado dispuesta a abrir los escenarios políticos a estos actores ni a desarrollar transformaciones sociales, políticas, culturales y económicas estructurales. La falta de una acción garantista frente a los distintos acuerdos de paz ha generado altos niveles de desconfianza en el Estado, y eso dificulta el desarrollo de diálogos con grupos que aún continúan en armas.

Además, se señaló el impacto que han tenido la política exterior y la política de seguridad de Estados Unidos en las dinámicas de confrontación. Ahí fue central la intensificación de una lucha contrainsurgente basada en la idea del enemigo interno a ser combatido y derrotado militarmente. También se identificó al narcotráfico como un combustible principal de la confrontación. Hubo un énfasis en las implicaciones de la política antidrogas de Estados Unidos en el país y en cómo se ha manejado esa problemática. A partir de ahí, se habló sobre el interés de las élites políticas y económicas del país en reciclar las guerras en búsqueda de beneficios económicos.

Otro factor de persistencia ha sido la estructura de uso y tenencia de la tierra. Se mencionó que las clases gobernantes no han querido hacer transformaciones o cambios encaminados a una mayor justicia social. Ese factor va de la mano de la persistencia de un modelo económico que acentúa las desigualdades e intensifica las dinámicas de pobreza y violencia.

Hubo reflexiones también sobre las responsabilidades de los actores sociales en la reproducción de la violencia y la guerra. Eso permitió buscar responsabilidades no solamente en el Estado en un momento histórico que obliga a poner los pies en la tierra y hacer un análisis más complejo de la realidad. Solo así es viable plantear cambios reales en el país. Se subrayó la necesidad de desarrollar discusiones profundas sobre los conceptos de la paz, la democracia y la reconciliación.

Un punto más fue el debate sobre si los colombianos somos una cultura violenta y si se trata de una característica que ha influido en la prolongación o intensificación de la guerra. Se presentaron distintos argumentos, algunos a favor y otros en contra. Incluso, se contó con contribuciones desde el campo de la neurociencia. El debate quedó abierto, pero reflejó cuestionamientos en el fuero interno de los participantes relacionados con la decisión de tomar las armas. También arrojó una luz sobre lo que implica culturalmente para una sociedad haber estado durante un tiempo tan prolongado en una confrontación violenta y armada. Se habló sobre la necesidad de encontrar formas de expresar la crueldad de la guerra y la esperanza en la reconciliación desde la emocionalidad y no siempre desde la razón.

Por último, también se señaló como factores de persistencia a los medios de comunicación y su papel, sus estrategias y sus intereses en la difusión de información. Una conversación similar se dio alrededor del rol de la educación, si bien se trata de un escenario para la transformación social del país.

Foto general de la Mesa de Excombatientes.

REFLEXIONES SOBRE LOS FACTORES DE PERSISTENCIA

Fernando Hernández, excombatiente de la CRS

Los problemas estructurales de la sociedad, que han llevado a tanta violencia, no se han resuelto. Algunos factores fueron puestos en evidencia en la negociación con las FARC, en cuyo centro estuvieron el problema de la división de la tierra y la participación política, y el intento de resolverlos con lo acordado en el texto final. Pero hoy el gobierno le está haciendo el quite a eso. Otro asunto es el debate sobre la estructura económica capitalista, que define aspectos sociales, políticos y culturales. En Colombia, a pesar de la guerra interna, no hemos cambiado de orden de mundo, pues continúa siendo manejado por las potencias. Vemos entonces a USAID, que a veces financia nuestros proyectos, pero a veces financia también guerras e intervenciones. Así, las guerras y los procesos de paz están también atravesados por los intereses económicos y políticos de las potencias.

Por otro lado, un tema fundamental es la relación del narcotráfico con nuestra economía. De eso poco se habla. También está la herencia cultural que nos ha dejado la guerra. Nosotros tenemos un problema casi que de raza violenta. Hemos conversado con compañeros de las

AUC sobre cómo en los territorios se sigue dando la violencia a causa de la pobreza y la exclusión social de la guerra. Desafortunadamente, esos factores van a seguir reproduciendo el conflicto armado.

A lo largo de la historia, hemos visto que el Estado ha hecho paces parceladas y que, sin embargo, van surgiendo nuevas guerras. Nosotros nos desmovilizamos en 1994 y todavía siguen latentes los conflictos alrededor de temas estructurales del entorno social, político y económico que no se han resuelto. No hace mucho, se llegó a unos acuerdos con las FARC, pero ya se arman nuevos grupos por la existencia de un conflicto social y político no resuelto. Por eso, tenemos que pensar en qué acciones realizar para construir.

Álvaro Villarraga, excombatiente del EPL

Quiero advertir que el concepto de "persistencia" nos puede llevar a la trampa de entenderlo como que todo sigue igual y que los procesos que se dieron no valieron la pena o fueron intrascendentes. Si bien hay persistencia, también hay cambios, que en ocasiones han sido profundos. Así mismo, las situaciones se diferencian según el tiempo, el territorio y el espacio. Partir de la visión cíclica, no cambiante del conflicto y la violencia en Colombia presenta un riesgo generalizante y pesimista. No quiero afirmar que los escenarios han sido los mejores, pero sí que ha habido avances históricos.

Entre los factores principales de la persistencia, tal vez el principal tiene que ver con las inconsecuencias, principalmente estatales y gubernamentales, en el cumplimiento de lo pactado. A lo largo de estas jornadas hemos hecho varias referencias históricas particulares a lo incumplido por el Estado en los distintos acuerdos de paz realizados con los grupos armados. Por eso, quiero nombrar solo algunas cosas de ese recuento histórico. Por un lado, en 1984, las FARC, el EPL y el M-19 hicieron acuerdos de tregua y cese bilateral y compromisos hacia la paz. Ahí, en lo fundamental, el Estado, las élites y la fuerza pública no cumplieron con los acuerdos. Una prueba de eso es que los principales voceros nacionales y regionales de los acuerdos fueron asesinados a pesar del fuero de protección convenido. La fuerza pública, por su parte, se ha resistido a cumplir la orden de cese al fuego, y las élites, a su vez, se resisten a cumplir cualquier acuerdo hecho con un sector de la insurgencia. A pesar del ejercicio político de tregua de algo más de un año con el M-19 y el EPL, y de tres años con las FARC, el

escenario fue dramático y, en general, predominó el no cumplimiento de los acuerdos. Eso reeditó y multiplicó el conflicto en la segunda mitad de los años ochenta.

En los pactos de paz de los años noventa, las cosas se matizaron un poco. En lo fundamental, los acuerdos se cumplieron, pero no completamente ni en todo el territorio nacional. La Constituyente no se dio solamente por los acuerdos de paz, sino también por la movilización estudiantil y ciudadana. Sin embargo, la Constitución no rigió en todo el territorio nacional; no fue aplicada en todos sus efectos por el gobierno nacional, ni el legislativo fue coherente en varios aspectos. Muchas cosas del pacto nacional constituyente y de los pactos de paz se cumplieron con relatividad.

Esto nos permite ver que los factores de continuidad tienen que ver con las relatividades en el cumplimiento y la aplicación de los acuerdos. En 1991, hubo una falta de una acción garantista del Estado por los acuerdos en regiones como el Urabá, Cauca, Caribe y Catatumbo. Eso permitió que muchos se rearmaran. Lo mismo sucedió con el pacto con las AUC. Hubo avances en la justicia transicional y se desestructuraron varios grupos, pero se reeditaron escenarios con actores y factores que persisten. Tenemos también el reclamo sobre los acuerdos recientes con las FARC, pues el Estado se resiste a hacer una implementación total y nacional. Por el contrario, hace una implementación relativa y selectiva. Los anteriores son factores de reedición del conflicto y la violencia con matices regionales de prolongación de la conflictividad.

En síntesis, hay escenarios regionales diferenciados. Por un lado, los efectos de los procesos de paz de los años noventa han sido relativos en territorios como Urabá, Magdalena Medio y Montes de María. En consecuencia, en la mayoría de los territorios se perdieron los efectos de los acuerdos, generando una reedición del conflicto y de la presencia de la violencia y la ilegalidad. Es una realidad el impacto positivo de la implementación del acuerdo de paz con las FARC, pero es también verdad que hay territorios no recuperados por el Estado, disputados todavía crudamente por actores ilegales. Eso muestra la persistencia de esos factores.

José Eleazar Moreno, excombatiente de las AUC

En el trabajo político y de formación que hice en las AUC, pude ver que en la sociedad colombiana existe un drama humano profundo. Hay problemas graves relacionados con los

lastres de la cultura, que nos hacen ser todavía fundamentalistas en nuestra manera de pensar. Eso le hace daño a la relación que construimos con otros seres humanos. Son cosas que se reflejan en las familias a través del machismo y de algunos sectores del feminismo. A raíz de eso, me he preguntado hasta qué punto hemos tenido legitimidad como actores armados. Somos síntomas de los graves problemas sociales que hay en nuestro país, y nos han tratado como la salud en Colombia: se mejora el dolor, pero no se cura la enfermedad real. Hay una falta de legitimidad en quienes han hecho el ejercicio de gobierno en el Estado. Gran parte de las leyes que se construyen en el país no se aplican ni se viven en las regiones porque el Estado todavía no llega y porque los funcionarios presentes no tienen la legitimidad suficiente para hacerlas efectivas. En nuestro caso, también tenemos que hacer una reflexión sobre la legitimidad y el liderazgo que tuvimos o no en las regiones.

Otra problemática es que el multiculturalismo no forma parte de nuestra vida diaria, en la medida en que nos toleramos, pero no nos aceptamos. Eso lo podemos ver en la forma como los jóvenes se dirigen a las personas diversas. Esos son los fenómenos en que hay que trabajar, pues son el verdadero cáncer de la sociedad colombiana. Esa situación la vi en las regiones en el trabajo social como AUC, la vi en las circunstancias de violencia que se reproducen en distintos niveles de la vida. Hay padres irresponsables, hay violencia intrafamiliar, hay sometimiento, y todo eso produce generaciones violentas. Entendí que debemos empezar a reconstituirnos desde nuestros núcleos familiares.

Eso mismo se encuentra en la política y en las instancias de representación, y se refleja en los problemas de legitimidad. Desde las regiones, muchas veces nos preguntamos cómo nos va a entender un señor que no ha salido de Bogotá, que nunca ha pisado el campo o el monte, que no ha vivido los problemas de la violencia ni la pobreza. Sin embargo, esas son las personas que nos representan y hacen el ejercicio político de ordenar nuestras vidas. Debemos desarrollar un ejercicio contundente de abrazar a las instituciones del Estado, pero eso no se puede limitar a participar con el voto en las elecciones. Debe fundamentarse en un trabajo que busque empoderar y motivar a los jóvenes, a quienes no les importa lo político.

Por otro lado, el problema de la economía se da debido a una colonización del consumismo que nos ha llevado al extremo de vivir enconchados en nosotros mismos. Para no ir más lejos, en el Transmilenio vemos cómo todos los pasajeros están enfocados en su aparato móvil. Tenemos un acceso muy grande a información de todo tipo, pero no sabemos procesarla ni

nos preparamos para hacerlo. A eso se suma la parte emocional, que nos lleva a despojarnos de la máscara del racionalismo europeo que no nos deja ver nuestras debilidades. Por ejemplo, cuando les ponemos la cara a las víctimas, nos esforzamos por vernos fuertes, aunque por dentro estemos destruidos ante el drama humano que causamos. Cuando actuábamos en la organización, no pensábamos en quienes sufrían. Veíamos los hechos como números en la batalla contra nuestros enemigos. Tenemos que cortar el ciclo de este conflicto, acabar con el ciclo de: "Hoy soy víctima, mañana me vuelvo victimario". Una manera de hacerlo puede surgir de un ejercicio serio, comprometido, libre de egos y desprovisto de todo lo que hemos aprendido en la guerra, que nos permita aprender a comunicarnos desde la perspectiva de la humildad con aquellas personas con las que hicimos un daño.

Alonso Ojeda, excombatiente del ELN

Junto con el compañero Medardo Correa, yo formo parte de la corriente de Replanteamiento que surgió en el ELN en 1976, cuando nos dimos cuenta de que los caminos de la muerte no iban a conducir a este país a ninguna parte y de que estábamos reciclando los odios, la violencia y la muerte. En 1976, no tuvimos el respaldo ni el apoyo para que esa visión pudiera salir adelante. Pero hemos persistido en muchos casos a pesar de las amenazas. Ya en esa época, creímos que la violencia no era el camino y planteamos un nuevo rumbo para la organización profunda de la sociedad colombiana, para que fuera esta misma la que marcara los caminos. En este sentido, me refiero a lo planteado por el EZLN en boca del subcomandante Marcos. Allá se dieron cuenta de que la violencia solo causaba una reacción más violenta de los grupos de poder y de que quien más terminaba sufriendo eran los más débiles y desprotegidos de la sociedad. La violencia es un arma de la derecha y no de la izquierda, instaurada por el fascismo y el nazismo.

Los datos de persistencia son obvios y están claros. Se trata de un modelo de Estado faltón que no cumple o cumple parcialmente. A eso se suma que los cambios de gobierno rompen con lo que se ha hecho y comienzan a echar hacia atrás los puntos del acuerdo que permitieron la dejación de armas. Ese ciclo se ha repetido sistemáticamente desde la Guerra de los Mil Días. Cuando se masacraron las concepciones liberales de distribución de tierra, la libertad de opinión y educación, y la respuesta del Estado, hubo cuarenta años de hegemonía

conservadora. Luego, en el periodo de La Violencia entre 1946 y 1957 y con la llegada del Frente Nacional, se desarrolló una etapa en que el Estado volvió a no cumplir. Además, asesinaron a quienes negociaron, como fue el caso doloroso de Guadalupe Salcedo, que ahora vuelve a estar en el orden del día. En Colombia, se han construido grandes movimientos sociales organizados que, en cuanto empiezan a tener una respuesta amplia, son ilusionados y engañados por las propuestas de un Estado que en realidad no está al frente de las necesidades del país.

En ese sentido, estamos horrorizados con la respuesta que van recibiendo los compañeros de las FARC, que con mucha valentía y comprensión de futuro fueron capaces de dejar las armas y plantearse en una profunda lucha política. Con la llegada del gobierno de Duque, se rebarajaron los cambios estructurales necesarios para el país y se puso en duda, por ejemplo, el problema de la tierra como algo central y la necesidad de cumplir con las curules para las víctimas en el Congreso. El incumplimiento ha llevado a que unos nuevos sectores poblacionales angustiados vuelvan y se planteen la vigencia de las armas.

Por otro lado, de la mano con el doctor Emilio Yunis hemos planteado que hay un marcador genético que genera factores determinantes de la violencia. Sin embargo, mientras no se resuelvan los problemas objetivos del hambre, la miseria, el desplazamiento y la negación de derechos a los sectores más grandes de la población colombiana, no podremos levantar la bandera de la necesidad de reforzar los estudios para tratar de resolver el tema de los marcadores genéticos de la violencia. Mientras no podamos resolver los problemas vitales de la sociedad, mientras no haya un Estado que cumpla con la justicia social, lo demás es difícil de sostener e implementar. El Estado ha faltado a sus compromisos inaplazables con los sectores más humildes y desprotegidos de la sociedad. En un país en que el gobierno no facilita el camino hacia una completa realización humana con modelos distintos de desarrollo económico, la salida de la lucha armada persiste. Como al final esa no es ninguna salida a los problemas, permanecemos entonces en nuestro círculo vicioso.

Iván Roberto Duque, excombatiente de las AUC

Alonso Ojeda y Álvaro Villarraga han dicho todo en relación con las persistencias. En una audiencia de Justicia y Paz, hace unos años le reclamé a la magistrada ante una sala de cuatro-

cientas víctimas en Bucaramanga, pues en la audiencia había una silla vacía, la silla vacía de la ausencia del Estado en el banquillo de los acusados. Allá expresé mis puntos de vista sobre el papel del Estado como responsable del conflicto interno y de la guerra, en relación no solo con los incumplimientos, sino también con la forma cómo ese Estado delegó en un tercer actor del conflicto, como las AUC, lo que le correspondía hacer como garante de la vida, la honra y los bienes de los colombianos. Señalamos, entonces, al Estado responsable de las organizaciones armadas ilegales que hoy ocupan los territorios que ocupamos, intervenimos y controlamos como AUC. En ese mismo sentido, yo le dije a Luis Carlos Restrepo que la desmovilización de las AUC no iba a significar el fin del paramilitarismo como fenómeno social y político, mientras el Estado lo siguiera patrocinando.

Uribe trató de venderle al país la idea de que con la desmovilización de todos nosotros se ponía fin al conflicto. Esa fue una mentira a la que acostumbraron a los colombianos. El nuestro fue un proceso de paz que brilló también por la quiebra de la palabra presidencial ante la Iglesia católica y la comisión de acompañamiento de la OEA. En una sesión de la mesa de negociación en 2005, el ministro Sabas Pretelt de la Vega dijo que el Estado se comprometía a que si hacíamos el acto de fe de la desmovilización no habría extradiciones. Pero un año después de someternos voluntariamente a la justicia, a las dos de la mañana, sacaron a trece miembros de las AUC hacia Estados Unidos. Esa fue la quiebra de la palabra presidencial, el incumplimiento de algo tan vital como era el tema de la extradición, sobre el cual habíamos sido verticales y habíamos afirmado: "Si hay extradición, se acaba el proceso".

Esa extradición fue presentada por ese gobierno nefasto como una medida contra personas que seguían delinquiendo. Pero en la Fiscalía no había ninguna prueba. Eso hay que interpretarlo como que el gobierno de Uribe Vélez le estaba huyendo a la verdad. Con la extradición, se fue a Estados Unidos la verdad. Esa es la actitud histórica de incumplimiento de un Estado faltón, como lo llama Alonso Ojeda. Pero se suma la responsabilidad del Estado por los crímenes. Es el caso de los dirigentes de la izquierda asesinados sistemáticamente, a quienes no se les garantizó la vida. Y es también el caso de nosotros. Al sacarnos del país a quiénes éramos los conocedores de una verdad histórica se nos negó el derecho a expresarnos sobre lo ocurrido y sobre el papel de ese Estado cómplice y asesino. Es un Estado que nos empujó a la guerra y nos utilizó y después se lavó las manos, como ha ocurrido siempre en la historia de Colombia.

Me sostengo en la convicción de que el principal factor de la violencia recurrente y cíclica de la historia del país reside fundamentalmente en el papel irresponsable, poco serio, embustero, mentiroso y faltón del Estado. Pienso que en la historia de Colombia no ha habido ningún proceso de paz, comenzando por las guerrillas liberales de los años cincuenta, que se haya cumplido a cabalidad, ni con la insurgencia ni con quienes desde la derecha acordamos con el Estado. Hace más de un año en un encuentro en Bogotá, les dije a Iván Márquez y Pablo Catatumbo que estaban en los gozosos y que los aprovecharan porque vendrían tiempos muy difíciles. Si el Estado no les cumplió a quienes llamaba primos hermanos, ¿les va a cumplir a quienes han sido sus enemigos históricos? Un factor de persistencia ha sido el Estado, sus gobernantes, sus políticos y quienes lo encarnan, pues han sido quienes más han contribuido a esta historia interminable de violencia.

Francisco Caraballo e Iván Roberto Duque.

Francisco Caraballo, excombatiente del EPL

En general se ha planteado la responsabilidad del Estado en el proceso de repetición de la violencia en Colombia. En cuanto a lo mencionado por Alonso en relación con la Guerra de los Mil Días, quiero destacar el asesinato del general Uribe Uribe, pues ahí quedó la constancia de cómo trata el Estado a quienes luchan a favor de la paz. Él decía que la paz era indispensable para el desarrollo social y político y que la situación de guerra podía compararse con la cola del caballo, pues sin la paz la cola crece hacia abajo. Justo eso estamos viendo en todo el proceso histórico de la violencia persistente de un Estado que se opone al desarrollo social.

En esta medida, considero necesario observar, examinar y definir cuáles son en realidad los obstáculos que impiden el desarrollo social y la transformación de la sociedad en un sentido progresista. No basta con culpar al Estado que ha incumplido, porque eso es propio de la naturaleza del Estado. Podemos denunciarlo, pero no es suficiente. Es necesario que las organizaciones revolucionarias e insurgentes y las fuerzas progresistas hagan un autoexamen y reconozcan cuál ha sido su responsabilidad. Se ha dicho que a quien no sabe a dónde va cualquier camino le sirve. Estamos en un momento necesario para poner los pies en la tierra y hacer un análisis severo de la situación, que nos conduzca a plantear un cambio real de lo que vivimos.

No estoy de acuerdo con quienes plantean que la sociedad colombiana tiene una cultura de la violencia. Por el contrario, hay circunstancias objetivas y subjetivas que han permitido la persistencia de la violencia. Por un lado, hay factores económicos que permanecen y las pretensiones de solucionar los problemas que plantean los sectores contrarios al Estado terminan siempre en unos cambios muy superficiales. Por debajo de la Constitución del 91 iba la profundización o extensión de las políticas neoliberales, que partían de un desarrollo de las políticas basadas en la economía. Por eso, después de las desmovilizaciones del 91 vino una oleada de violencia, pues era lo que correspondía a la base económica planteada ahí —que continúa hasta hoy—. En adelante, no pudo haber un proceso de afianzamiento de la paz, sino solo un recrudecimiento de la violencia, porque la base económica se profundizó en un sentido negativo.

Por otro lado, en lo político llegamos a partidos que se han ido desfigurando. Hay tránsitos de un partido a otro y no hay realmente un referente para calificar la consistencia política

de los partidos. Eso es un defecto grave para la democracia. Entonces, si queremos avanzar en procesos de cambio, se impone la necesidad de clarificar y precisar qué es paz y qué es democracia. Son conceptos tan poco claros que se han llenado de adjetivos y generan confusión. Hay que hacer una crítica a los académicos, que han dejado de lado su papel en la sociedad por medio de la conceptualización y las vías para entender el contenido de la democracia y la caracterización del Estado y de la sociedad. Mientras no logremos eso, estaremos hablando como en la torre de Babel, todos hablan de la paz, pero en abstracto. En conclusión, no comparto la idea de que nosotros nacimos malos y la sociedad es perversa. Sí hay en la consciencia de los colombianos un remanente, o un sedimento, de nuestra historia de violencia, pero no es porque seamos malos. Si fuese así, entonces habría que preguntar quiénes son los buenos en este Estado.

Respecto al aspecto social, hay un defecto que es preciso señalar y es que en las organizaciones revolucionarias, progresistas o insurgentes se ha descuidado el trabajo social. Se habla de la firma del acuerdo de paz, cuando no es cierto que la paz se firme. Se firma un acuerdo de tregua o una amnistía, pero la paz se construye y eso requiere afianzar la paz en la sociedad.

En relación con lo internacional, este país ha sido internacionalista desde el surgimiento de la República. Siempre hemos estado en relación y en sometimiento a alguna potencia. Hoy, mientras el país se despedaza, nuestro presidente mira hacia la frontera, impávido ante lo que sucede en Colombia. El tema de las relaciones internacionales debe ser un punto de reflexión, ya que en sí no son un problema negativo. El problema está en el sometimiento y en lo que conlleva.

Con las revoluciones industriales se producen cambios y muchos profesionales llegan a categorías de subordinados y empleados. Por ejemplo, los médicos ahora son unos trabajadores que dependen de una EPS. Hay una necesidad de construir un piso serio para la democracia y para eso hay que relacionarse más con las masas empobrecidas del país.

Carlos Velandia, excombatiente del ELN

Factores de persistencia históricos

Uno es el modelo político frentenacionalista que aún se conserva, a pesar de la presencia y participación de otras formaciones políticas, que solo sirven para mantener una formalidad democrática y de inclusión. En el fondo, la hegemonía del poder la siguen manteniendo los partidos oligárquicos que han acudido a "todas las formas de lucha" para mantenerse en el poder. La participación política de nuevos movimientos y partidos políticos que representan sectores sociales y territorios antes excluidos hoy encuentra barreras que impiden una participación garantista. La no implementación de un estatuto de oposición real reproduce la hegemonía política oligárquica instaurada desde el siglo XIX.

Factores de persistencia económicos

- La estructura de tenencia y uso de la tierra permanece la misma a pesar de que el acuerdo con las FARC-EP aporta algunas reformas y modernizaciones, que permiten desarrollar las distintas formas presentes en el desarrollo global del agro, entre las que destaca la economía campesina.
- El narcotráfico es hoy un fenómeno mucho mayor en cantidad y en los antiguos territorios que ocupó las FARC. En 2014, en Colombia había cuarenta y siete mil hectáreas sembradas de coca. En 2019, la cifra era cercana a las doscientas mil hectáreas.
- El modelo económico basado en la extracción de recursos minerales para la exportación, la ganadería extensiva y la agroindustria con fines de exportación en el campo, combinada con una industria de manufactura y prestación de servicios en las ciudades continúa siendo un factor permanente que genera desigualdades sociales, desequilibrios en los desarrollos entre campo y ciudad con grandes impactos medioambientales.

Factores de persistencia políticos

- Desmonte de los acuerdos de paz y pérdida de su valor para legitimar el incumplimiento.
- Barreras para el acceso a plenos derechos de los excombatientes.

- Costumbres políticas clientelares y antidemocráticas como el gamonalismo y el caciquismo.

Factores de persistencia socioculturales

- Las desigualdades sociales.
- Penetración de la violencia en la cultura.
- Corrupción pública y privada. Captura del ejercicio de los poderes públicos y de servicio al Estado para usufructo propio y de castas, en contubernio con sectores privados en lo público.

Factores de persistencia internacionales

- La tensión con Venezuela ha derivado en un conflicto político internacional, en el que Colombia ha asumido un liderazgo con el propósito de derrocar al gobierno. Ese rol ha llevado al gobierno colombiano a involucrarse en los asuntos internos de otro Estado, llevando la tensión a un punto de preguerra.
- Comportamiento subordinado de Colombia frente a las imposiciones de Estados Unidos en el hemisferio.

Factores de persistencia coyunturales

- El incumplimiento del acuerdo sobre reforma rural integral y sobre narcotráfico.
- El cumplimiento precario de los acuerdos relativos a la implementación integral del SVJRNR, que cobije a los excombatientes de FARC-EP, a agentes del Estado y terceros civiles.
- Continuidad de prácticas del conflicto armado en el postconflicto, tales como el secuestro, la explotación ilícita de recursos, la extorsión, la amenaza, el desplazamiento forzado de campesinos y comunidades indígenas, y el asesinato por razones políticas. Al iniciarse el proceso de paz entre el gobierno y las FARC-EP, estas tenían una presencia sostenida y control en cerca de cinco mil veredas. Al concluir el proceso y con la

implementación de los acuerdos, las FARC-EP cedieron esos territorios al Estado, para recluirse en solo veintiséis veredas donde se establecieron las Zonas Veredales Transitorias de Normalización, hoy conocidas como ETCR. Pero el Estado no ocupó los territorios "cedidos", que hoy son tierra de nadie, de disputa entre bandas criminales, los llamados grupos de disidencia y el ELN. Estas prácticas criminales hoy son corrientes y vigentes, desarrolladas por esos actores armados y además por el involucramiento de agentes del Estado y de la fuerza pública en algunas prácticas.

Raquel Vergara, excombatiente del EPL

La responsabilidad indudablemente es del Estado. La guerra persiste por un Estado que sirve a intereses de unos cuantos, que es excluyente y está marcado por incumplir los acuerdos negociados con sectores sociales. Más allá del incumplimiento del Estado, ha habido un entramado para desacreditar a las organizaciones alternativas y cerrarles el paso en el escenario político a las organizaciones que hacen dejación de armas. En consecuencia, el común de la gente ya no cree en la posibilidad de un cambio. Si a todas las organizaciones que hemos entregado las armas no nos han cumplido, ¿qué puede estar pensando un combatiente del ELN?

Todos los días, nos encontramos con un entramado que desacredita y engaña a las fuerzas alternativas. Un caso concreto es el caso del senador Cepeda, a quien intentan empapelar mientras el país ve paralizado cómo Uribe se sale con la suya. Hay una falta de credibilidad del Estado, una falta de confianza y una crisis de la ética. Por lo general, los acuerdos de paz han creado infraestructuras de cargos públicos. Quienes asumen esos cargos son personas con muchos títulos, pero ineficientes por su desconocimiento de los contextos y las territorialidades.Por tanto, no logran tener el impacto ni la incidencia que deberían.

Durante nuestra desmovilización en 1991, se nombró una comisión de psicólogos para los procesos de reinserción. Al final, esos procesos no se desarrollaron y con el tiempo, aún veintiocho años después de habernos desmovilizado, empezamos a darnos cuenta de que había compañeros y compañeras que enfrentaban problemas emocionales en su proceso de reinserción. No tuvieron en cuenta las implicaciones de los cambios por los que atravesamos quienes volvimos a la vida civil. Como decían otros compañeros, hubo un cumplimiento

relativo de los acuerdos. También hubo una responsabilidad de la organización en cuanto a cómo se dieron los procesos de reinserción de los combatientes rasos. Incluso, en lo concerniente a los textos de los acuerdos, nos faltó formación y educación. Eso ha generado una desconfianza y una falta de claridad sobre lo que se acordó y sobre cómo exigir cumplimiento.

No podemos perder de vista la injusticia de la justicia. Si no creemos en la justicia, ¿en quién creemos? Un hecho como el de Aída Merlano refuerza la falta de legitimidad de la justicia en el país. Otro ejemplo es el de los vendedores ambulantes atacados y humillados por la policía y el ejército. La culpa no es de la desmovilización. Dejar las armas fue la decisión más atinada que pudimos tomar. Pero falta mucho más, falta más unión y falta escucharnos más.

En relación con el machismo que mencionó el compañero de las AUC, estoy de acuerdo en la medida en que el trabajo debe ser por la igualdad y no se puede pasar de una hegemonía a otra. Los temas planteados sobre las dinámicas de violencia cotidiana, como la violencia intrafamiliar, casi no los hemos tocado por estar tan enfocados en lo político. No nos percatamos de esas formas de violencia en los espacios de la vida cotidiana y la vida familiar.

María Buendía, Rodrigo Londoño y Gabriel Ángel.

Rodrigo Londoño, exguerrillero de las FARC-EP

En esta breve presentación, resulta imposible abordar a profundidad el análisis de las causas de origen y los factores de persistencia del conflicto. Más allá de la muy rica investigación histórica que se ha ocupado del tema, quiero destacar el esfuerzo del informe de la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas, "Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia", con el que un grupo de intelectuales y académicos, desde diversos entendimientos teóricos y políticos, atendió el llamado de la mesa de conversaciones de La Habana a aportar a la comprensión del origen y la tendencia histórica del conflicto y sus impactos sobre la sociedad colombiana. Considero que es un referente ineludible de análisis, aún no suficientemente aprovechado.

En lo que sigue, haré énfasis en los siete aspectos que estimo de mayor peso, más allá de las expresiones específicas y de las singularidades exhibidas a lo largo de la historia de las últimas dos décadas.

1. La irresuelta cuestión de la tierra y sus nuevos contenidos asociados con los conflictos de uso, el modelo de "campo sin campesinos" y las dinámicas territoriales:

La lucha por acceder a la tierra por parte de campesinos sin tierra o con insuficiente tierra es la contracara de otra realidad de nuestro país: la existencia de niveles elevadísimos de concentración de la propiedad expresados en la gran propiedad latifundista y terrateniente. Esa aspiración histórica del campesinado, acompañada de la negativa del poder latifundista a ceder en su riqueza y de propósitos de acrecentarla mediante el desplazamiento y el despojo, es una de las causas de origen del conflicto y de su persistencia, en la medida en que esa situación, en lugar de resolverse, se agudizó.

Esa situación se tornó más gravosa, en la medida en que al conflicto por la propiedad se le sumó el conflicto por los usos de la tierra, planteados en dos sentidos. Primero, está el conflicto entre la tierra para el uso productivo y la producción de alimentos, y la tierra para el acaparamiento y la ganadería extensiva improductiva. Segundo, está el conflicto entre tierras para actividades agrícolas y pecuarias, y tierras para economías de extracción minero energética. Esos conflictos derivaron en conflictos de carácter territorial e incluso socioambiental, explicativos de la persistencia del conflicto armado y del uso de la violencia extrema para el

control territorial; explican también el fenómeno del desplazamiento y el alistamiento violento de territorios para el despliegue de proyectos de inversión. En ese sentido, concebimos nuestra actividad guerrillera para la protección del campesinado y las comunidades rurales; hicimos de sus aspiraciones nuestras banderas, más allá de las configuraciones específicas que fue asumiendo la guerra.

2. La persistencia de un modelo económico que acentúa las desigualdades:

A la no resuelta cuestión agraria se suman los impactos del "modelo económico". Con la implantación y profundización del neoliberalismo a lo largo de las últimas tres décadas, vino la entrega indiscriminada de nuestra riqueza y trabajo al capital transnacional. También se impulsaron procesos de mayor concentración y centralización de la propiedad y de la riqueza en manos de pocos, pero poderosos, grupos económicos, al tiempo que la sociedad se hizo más desigual, se precarizó y deterioró el trabajo y sus ingresos, afectando las condiciones de vida de la población en centros urbanos y zonas rurales. El modelo económico neoliberal conllevó un creciente uso de la violencia económica contra la población. La continuidad del alzamiento armado debe comprenderse en sentido histórico como una respuesta a esa forma de ejercicio de la violencia, que además de reproducirse se fue profundizando en la medida en la que el modelo se fue también extendiendo a los más variados campos de la vida económica y social.

3. La incorporación en la economía y en la sociedad en su conjunto de la industria corporativa transnacional de narcotráfico:

La tendencia de la acumulación capitalista en nuestro país produjo la emergencia e incorporación en el circuito económico de un nuevo tipo de economía: la economía de las drogas ilícitas. Su impacto se ha dado en el conjunto de la actividad económica. Aunque a muchos no les guste admitirlo, la economía colombiana es también una narcoeconomía. Su irrupción ha tenido profundas incidencias sobre los diferentes campos de la actividad económica, con beneficio principal para el negocio financiero, por cuenta del lavado de activos, pero también sobre el conjunto de la sociedad.

Sin duda, devino en un factor de persistencia e intensificación del conflicto, pues se convirtió en una fuente de la "economía de guerra" guerrillera a través de los impuestos. También se

constituyó en un factor explicativo de la expansión del poder narcotraficante, de sus ejércitos privados paramilitares y de su articulación con poderes civiles y militares, especialmente en el nivel territorial. En la medida en que los Estados Unidos promovieron su "guerra contra las drogas", estas economías se convirtieron en un factor explicativo de la intensificación del conflicto. A esto debe agregarse el tratamiento militar que se le ha dado a un problema de carácter esencialmente socioeconómico, como el de los cultivos de uso ilícito que realizan comunidades rurales, especialmente campesinas, en condiciones de pobreza.

4. Los insuperados cierres antidemocráticos del régimen político y del sistema político y de representación, a lo que se suman sus configuraciones clientelistas y corruptas:

En el "Programa agrario de los guerrilleros", de la misma forma que explicábamos el origen de nuestro alzamiento armado en la irresuelta cuestión agraria, señalamos la exclusión política como otra causa. El cierre antidemocrático ha caracterizado desde entonces al régimen político de nuestro país, así como a su sistema político y de representación. El sistema se ha tornado hermético; no ha cedido los espacios necesarios para las fuerzas opositoras y de izquierda. Los avances de la Constitución de 1991 fueron en todo caso insuficientes para superar las condiciones de la exclusión política y habilitar la mayor participación social y ciudadana. La prolongación del "cierre antidemocrático" devino en factor de persistencia del conflicto, más aún cuando ese cierre se acompañó de diseños para favorecer la organización y reproducción del poder político por cuenta de prácticas clientelistas y corruptas y, en muchos casos, criminales y mafiosas. El "cierre antidemocrático" se ha expresado además en el uso de la violencia política extrema, incluso a través de prácticas de terrorismo de Estado.

5. La disposición contrainsurgente de la organización del poder y el uso de la violencia para preservarlo:

Además del "cierre democrático", ha habido una disposición sistémica de carácter contrainsurgente para preservar el poder. Los historiadores han hablado del "miedo al pueblo", del "miedo a la reforma". El calificativo de subversivo, de "enemigo del sistema", terminó extendido a toda expresión de reivindicación, de reforma o, más aún, de aspiración revolucionaria. La idea de combatir ese enemigo subversivo a través de todos los medios terminó imponiéndose. Y eso no solo contempló los medios brindados por la institucionalidad del Estado, sino que

también incorporó otros de carácter paraestatal. Se combatió el enemigo con el derecho y la represión, pero también con la tortura, la desaparición forzada, "los falsos positivos" y, en general, con la violación de los derechos humanos. Ese accionar contrainsurgente del Estado se articuló con la organización de grupos paramilitares. La violencia armada del Estado se encontró con la respuesta armada de la fuerza guerrillera; la violencia del Estado se encontró con la violencia guerrillera, generando un espiral que fue escalando.

6. La incidencia de los Estados Unidos, que además ha hecho del país una punta de lanza para su estrategia geopolítica en América Latina:

No hay manera de comprender el origen y la persistencia del conflicto armado, si no se considera la incidencia de los Estados Unidos. Desde sus orígenes, ha estado presente. Tal incidencia ha abarcado las conceptualizaciones sobre las diferentes etapas de la guerra; la formación de cuadros militares en estrategias y tácticas de contrainsurgencia; la "ayuda militar"; el suministro de armamento e inteligencia tecnológica; la instalación de bases militares, que ha incluido la presencia de tropas y asesores. Con el Plan Colombia, adquirió su forma más elaborada y sistemática. Aunque se presentó como un plan antidroga, su naturaleza esencial fue contrainsurgente. Y además puso en evidencia el lugar de nuestro país en la estrategia geopolítica de los Estados Unidos para América Latina. No solo se trataba de contener y derrotar al enemigo subversivo interno en Colombia, también de cumplir funciones de contención de lo que se consideraba como amenaza para la región. Por otra parte, debe tenerse en cuenta que la intervención estadounidense no ha sido exclusivamente militar. Se ha extendido al campo de la política, la economía y la cultura. En razón de todo ello, en su momento demandamos la presencia de representantes del gobierno de los Estados Unidos en la mesa de conversaciones de La Habana. Siempre pensamos que la firma de un acuerdo de paz por parte del gobierno colombiano era inconcebible sin el aval de los Estados Unidos.

7. La entronización de una lógica cultural en la sociedad, conducente a imponer la idea de la solución de los conflictos por cuenta del exterminio del otro:

Para la persistencia del conflicto, fueron fundamentales las dinámicas culturales que se terminaron imponiendo. Me refiero principalmente a la idea de que para resolver los conflictos más que las vías negociadas o consensuadas era precisa la liquidación del enemigo. Junto con su

deshumanización, que apuntó a desproveerlo de su condición de rebelde por causas justas, se encontró precisamente su redefinición de guerrillero a narcoguerrillero y finalmente a narcoterrorista. Culturalmente, se sembraron las condiciones para la justificación y el escalamiento de la guerra a través de las más diversas formas.

Finalmente, debo señalar que la agenda de diálogos de La Habana convenida entre el gobierno y las FARC-EP, y luego el "Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera" fueron concebidos precisamente con el propósito de contribuir a superar de manera definitiva las causas de origen y los factores de persistencia del conflicto colombiano. De ahí la importancia mayúscula que posee la implementación de ese acuerdo de paz con atención estricta al principio de integralidad. Si queremos revertir esa tendencia de la guerra y la violencia en Colombia, hagamos realidad los acuerdos de La Habana.

Ildefonso Henao, excombatiente del EPL

Responder a eso es muy difícil. Los estudiosos de la realidad de nuestro país llevan más de medio siglo tratando de hacerlo. Eso nos obliga a tener una mirada en todo caso distinta al abordar el tema de por qué el conflicto persiste. Siguiendo lo dicho hasta ahora, uno podría concluir que las cosas no han cambiado y el país sigue igual de jodido. Ante ese escenario, se podría plantear cualquier alternativa, incluyendo la lucha armada. Pero mi reflexión es que debemos reconocer que en eso también tenemos responsabilidad quienes quisimos cambiar la sociedad desde la izquierda y otras vertientes.

Hemos visto que hay unos factores de poder que siempre se han salido con la suya y que nosotros, los sectores populares, nos hemos ido reduciendo a unas actitudes contestatarias y de choque. En la medición de fuerzas, el otro lado siempre ha sido más cruel, más capaz e, incluso, mejor al combinar todas las formas de lucha. Nos ha faltado creatividad. Varias exposiciones plantean que sea el otro el que haga los cambios, pero resulta que no lo va a hacer por las buenas ni de buena fe. Desde los años noventa hasta ahora, ha habido avances en el movimiento social y alternativo. Pero, en el fondo, los factores de poder siguen saliéndose con la suya. Entonces, estamos atrapados en esa actitud de esperar a que el otro haga algo.

Algunos compañeros que dejaron las armas me han dicho: "Lo que no logramos por la fuerza no lo vamos a lograr en una pesa, porque son los otros los que están en el poder". Por eso, a nosotros nos queda desarrollar alternativas más complejas en lucha política legal. Las instituciones permiten y posibilitan que el estado de cosas se siga prolongando. Entonces, mientras la institucionalidad no se logre transformar, por ejemplo a través de las herramientas de la Constitución de 1991 o de las que ha ido logrando el movimiento social en general, va a ser muy complejo el cambio de las condiciones de persistencia, pues son las que hacen posible el estado de cosas actual.

Quiero llamar la atención sobre el proceso humano planteado por Eleazar. Ni en los procesos de los años noventa ni en el de ahora se ha logrado que la paz se haga entre diferentes, pues no nos hemos sentado con el resto del país. Por el contrario, hemos estado solos o entre nosotros, y con apoyos puntuales desde las regiones. La paz debe ser un asunto del país. Tenemos que encontrar cómo convocar a quienes queremos que Colombia salga adelante. Mientras no asumamos la posibilidad de ensayar otras formas de transformar la sociedad, no vamos a lograr nada. La sociedad no se va a transformar sola. El terreno está en nosotros y en la capacidad para plantearlo.

Gabriel Barrios, excombatiente del PRT

En la historia de nuestro país, desde la independencia hasta acá, siempre han sido las víctimas los sectores más pobres de la sociedad. En el Frente Nacional, la clase dominante quedó libre de todos los crímenes que cometió durante La Violencia. Así, el Frente Nacional se vio obligado a definir unas políticas que posiblemente nosotros como movimiento revolucionario no supimos abordar. Si en Colombia se dio una reforma agraria con la Ley 135, fue debido a la presión que tenían los movimientos sociales y los movimientos insurgentes en esa época. En la década de los sesenta y setenta y a comienzos de los ochenta, el movimiento campesino, indígena y trabajador era un movimiento fuerte, que nutrió los movimientos insurgentes.

El problema principal en nuestro país es que no hemos analizado la responsabilidad que hemos tenido. Una responsabilidad ha sido la falta de unidad de los diferentes sectores sociales y políticos que hemos estado al frente de los problemas. Nosotros mismos hemos contribuido muchas veces a destruir espacios sociales y políticos. Por ejemplo, en 1975, cuando se separaron

el PCCML y el EPL, ambos grupos tenían una influencia grande en el campo, pero a raíz de las divisiones entre vereda y vereda ya no nos mirábamos como amigos ni compañeros, ya no era lo mismo. Hay que tener en cuenta esa responsabilidad, porque eso no ha cambiado en el país. Hoy todo lo que sale en el Congreso de la República va en contra de los trabajadores y del pueblo colombiano. Pero pasa. Por ejemplo, ante el caso de los líderes sociales y políticos se hizo una manifestación hace dos meses, pero no hemos vuelto a hacer nada. El pueblo ecuatoriano, en cambio, nos dio una lección, pues el paquetazo se tumbó a raíz de su lucha.

En cuanto a los procesos de paz, hemos tenido como interlocutor al gobierno de turno y su mentalidad sumamente estrecha. Si las organizaciones insurgentes no se someten a lo que a ellos les conviene, es difícil que los procesos salgan adelante. Por eso las disidencias no tienen otra oportunidad que marginarse y seguir en la lucha. No hay de otra. En los movimientos insurgentes, hay sectores con capacidad política, pero otros con un nivel deficiente. Ahí no se ha hecho un trabajo por una nivelación. Ahí la disidencia se convierte en un problema serio. Como PRT, nosotros tuvimos una disidencia que nos causó muchos problemas en los Montes de María y el Atlántico, porque la mayoría ya no estaba por la revolución ni las cuestiones políticas, sino que buscaba resolver problemas personales. Esos grupos que quedaron por fuera de los procesos ya no tienen más oportunidades, y muchas veces nosotros contribuimos a que no hubiera la posibilidad de que se reivindicaran o de que pudieran entrar en un proceso de paz.

La paz y la guerra son hermanas gemelas. En ambas hay que definir tácticas y estrategias. Entonces, ¿qué proponemos para sacar la paz adelante? Si no contamos con el pueblo colombiano, es muy difícil. En la reunión pasada, invité a una compañera de la Comisión de la Verdad al Colegio Nicolás Ávila de Ciudad Bolívar, donde hubo conversatorio con doscientos estudiantes. Ninguno sabía sobre la Ley de Víctimas, sobre la JEP ni sobre nada de lo que estamos hablando. Si los jóvenes de la ciudad no conocen los programas de paz y reparación, ¿qué podrá saber un campesino en las regiones? Ese trabajo tampoco lo hemos hecho nosotros. Si no lo hacemos, el Estado no se hará cargo.

Como dirigente campesino, tuve una reunión en San Andrés, Córdoba, con dirigentes indígenas de todo el país y el primer tema que tratamos fue la resistencia de las mingas. Ahí hay un tema cultural, y es que mientras los indígenas producen no para el mercado, sino para su sostenimiento y su propia lucha los campesinos están ya muy metidos en la lógica del comercio.

Ese es un elemento que le permite a la minga resistir por muchos días en las manifestaciones y movilizaciones por el país. En nuestra lucha, no preparamos a los campesinos para un proyecto de vida. Cuando nos desmovilizamos, esas comunidades quedaron hermanas.

En la zona donde vivo, a unos compañeros les entregaron una parcela. Era una por desmovilizado, pero las dinámicas de la economía que se dieron luego hicieron que todos nos margin---áramos. Entonces, cuando vino la matazón, ¿quiénes nos iban a defender? Tenemos que atender y ganarnos la periferia, y eso es lo que no hemos hecho. En 1997 salí de mi tierra. Si no lo hubiera hecho, me habría pasado como a más del cuarenta por ciento de los desmovilizados. Terminaron asesinados en la costa.

Mientras no tengamos un respaldo, no vamos a lograr los cambios. Tenemos que hacer el trabajo de salir a hablar con la sociedad. Mientras no politicemos a la gente, las clases dominantes se burlarán de nosotros. Ciudad Bolívar tiene casi un millón de habitantes y dicen que no pueden hacer política porque la gente vende el voto. Eso beneficia a los ricos, ya que para hacer política hay que tener recursos.

Para finalizar, a nivel internacional se avizora una guerra. Hoy cualquier Estado o gobierno que quiera subsistir tiene que aliarse con las grandes potencias. De lo contrario, lo acaban. La paz que tanto pregonamos tenemos que hacerla, tenemos que trabajarla. La guerra se acabará cuando los de abajo nos unamos. Mientras estemos como estamos, cada uno por su lado, nos van a seguir utilizando. La única vía de llegar al poder para cambiar este país es el trabajo en unidad y el reconocimiento de los procesos de base que son los que apalancan a los compañeros que llegan a instancias de poder.

Fernando Hernández, excombatiente de CRS

Cuando hablamos de paz, veo eso con sorna. ¿De qué paz estamos hablando? ¿Qué es posible alcanzar en un país como este, donde se pelean poderes geopolíticos y nosotros somos solo marionetas? Acá se ha proyectado una política americana contra América Latina, Cuba y Venezuela, y eso es muy grave y afecta la construcción de paz. Si la paz es también un proyecto social, tenemos un conflicto grandísimo entre los colombianos, tanto de cultura como de historia, porque nuestra relación es profundamente violenta. Los doscientos años de guerra, la herencia hispánica y la cultura católica que nos impusieron nos han enseñado que la relación

entre nosotros es a partir de la desconfianza y la violencia. Entonces, ¿cómo transformar esa matriz cultural violenta y desconfiada? ¿Cómo construir relaciones distintas de cooperación y convivencia que partan de reconocer la dignidad humana y de construir convivencias locales?

Una problemática frente a esto es que el Estado colombiano se constituyó como un Estado oligárquico, que entiende esa oligarquía como el control de todos los poderes, desconociendo el estado local, el cual ha sido manejado por muchos años por los grupos armados. Hay un vacío grande del Estado local en Colombia. De ahí viene la necesidad de construir paz desde los territorios.

En cuanto a una dinámica de la paz en lo social es fundamental construir relaciones de convivencia de maneras distintas a las tradicionales marcadas por las violencias. ¿Cómo cambiamos el *chip* colombiano de la desconfianza en el otro? ¿Cómo hacemos procesos que permitan que los proyectos de reconciliación realmente fundamenten una cultura distinta entre los colombianos? Desafortunadamente, la cultura que controla el país, la de la oligarquía y los medios, no nos permite entablar un relacionamiento distinto. Ese es un problema gravísimo. Por eso tiene tanta importancia lo que hemos vivido en estos meses. Hemos sido capaces de construir un documento conjunto para dar a conocer a la opinión pública y, sobre todo, de romper el encuentro inicial de desconfianza para hablar de nosotros y nuestras historias y para establecer proyectos comunes alrededor de la paz y las víctimas.

Para finalizar, el tema de la guerra sigue siendo en el fondo también un tema de cultura. Si eso no cambia, va a ser imposible construir una paz verdadera. Eso es así, además, porque los imperios ahora son otros y se fortalecen en estados de guerra permanentes. Entonces, una pregunta que queda es esta: ¿cómo hacer que los intereses del gobierno respondan a los intereses nacionales y no a los de las potencias?

Medardo Correa, excombatiente del ELN

Partiendo de mi experiencia como ser humano y revolucionario, pienso que la violencia es consustancial con el ser humano y que eso no es ser pesimista. He llegado a la conclusión de que existe una contradicción fundamental en la sociedad. No queremos reconocer que en nosotros hay dos condiciones, una racional y otra animal, que tratamos de rechazar. Esa

Rodrigo Pérez, Óscar Montealegre, Medardo Correa y Nodier Giraldo.

contradicción la llevamos adentro. Si no se resuelve, los problemas de otros órdenes tampoco se podrán solucionar. Pero eso no quiere decir que no podamos luchar.

Para solucionar un problema hay que conocerlo. Nuestro miedo es reconocer que llevamos sembrada la violencia en nosotros. Estamos enfrentando un conflicto de muchos años en Colombia y con muchas víctimas y tenemos la oportunidad histórica de profundizar en algunas cosas, a ver si realmente podemos encontrar una salida a esa contradicción fundamental. Necesitamos una asistencia psicológica, como individuos, para llegar a esa conclusión sin sentir miedo.

Luis Eduardo Celis, excombatiente de la CRS

Para arrancar, quiero contarles una historia. En 2016, Carlos Velandia y yo invitamos al director de la fundación alemana Konrad Adenauer, que representa un partido de derecha moderado, a recorrer Arauca. Le contamos la historia y el contexto de la región. A principios de 2017, nos dijo que había organizado una comisión con gente de Arauca para ir a Alemania.

José Eleazar Moreno, Luis Eduardo Celis, Francisco Caraballo, Iván Roberto Duque y Rodrigo Pérez.

En la comisión, que duró una semana, participaron dos alcaldes, un dirigente del cacao, el presidente del sindicato de maestros y el cura de Saravena. En el marco de eso, tuvimos una reunión con el encargado de la comisión de América Latina del Parlamento Federal de Alemania. El sacerdote introdujo la reunión hablando de las necesidades y de la violencia en Arauca, mientras los asistentes reforzaban la información, cada uno desde su papel. Después de cincuenta minutos de exposición, el parlamentario tomó la palabra, agradeció por el espacio y contó que entre 1230 y 1256 los alemanes se habían matado en una violencia atroz hasta que un día decidieron parar y hacer un acuerdo de convivencia. Su conclusión fue que en Colombia las necesidades de desarrollo social y económico en las regiones son una responsabilidad que los colombianos debemos asumir el día en que decidamos dejar de matarnos.

De esa experiencia aprendí que una cosa es la ficción del Estado, es decir, la necesidad de un Estado, y otra cosa es construir un Estado. Estamos en ese proceso de construcción de Estado, y los problemas que enfrentamos no son singulares, son los que han vivido todas las sociedades, que también han pasado por grandes violencias y choques. Mi primer mensaje sobre el tema de la persistencia es, entonces, que tenemos que hacer la tarea de construir el

Estado democrático que hoy no tenemos. Si queremos salir de esa situación, necesitamos construirlo nosotros. Hemos avanzado en muchos sentidos, pero seguimos siendo un Estado muy desigual.

En segundo lugar, en Colombia el sistema que sigue funcionando es el sistema del pájaro, el de La Violencia de los años cincuenta. Necesitamos superar eso. El sistema del pájaro es la antítesis de lo que buscamos, pero es el que gobierna hoy. Nuestro gran desafío es derrotar políticamente ese sistema.

Por último, en Colombia tenemos tres guerras por cerrar. Hace unas semanas estuve en Washington, en el Departamento de Estado, y me reuní con el encargado de derechos humanos. En la reunión, le comenté que nuestra dificultad es que todas esas tres guerras vienen de Washington. Primero, está la Guerra Fría, que en Colombia todavía existe y el pasado viernes agredió a la sede de las FARC y del PPC. En 2014, asistí al curso de ascenso del Estado Mayor con mucha expectativa frente a la renovación del Ejército. Pero seguía vivo el discurso de que los enemigos son los comunistas, gente indeseable y peligrosa. Segundo, tenemos la guerra contra el narcotráfico. Ahí hay que recoger la tesis de los indígenas, que dicen que el interés en el narcotráfico radica en su capacidad de disolver las dinámicas de la sociedad y de limpiar los territorios para que los grandes proyectos económicos se implanten. No creo que esa dinámica se dé en todos los lugares de Colombia donde hay narcotráfico, pero esa lógica sí existe. La tercera es la guerra contra el terrorismo, que nos hizo romper con Venezuela y nos quiere hacer romper con Cuba.

En conclusión, la discusión sobre los factores de persistencia nos lleva a una discusión sobre cuáles son las tareas históricas que debemos resolver para construir un Estado democrático, derrotar el sistema del pájaro y resolver esas tres guerras.

Rodrigo Pérez, excombatiente de las AUC

Creo que los compañeros ya han dado muchas luces en torno a los factores de persistencia, y estoy totalmente de acuerdo. Así que me quiero referir al factor de persistencia desde adentro, para ver qué podemos hacer desde ahí. Hace poco, nos invitaron a participar en unos talleres del Laboratorio Social en Medellín. Entre las actividades, hubo una que consistía en que cada uno de nosotros debía interpretar un personaje de la sociedad: un policía, una víctima, un

Rodrigo Pérez y Óscar Montealegre.

líder social, un guerrillero, etcétera. La idea era así ir formando una obra de arte. El resultado fue el panorama más oscuro y terrible. Todo era malo. Entonces, les pregunté, ¿eso somos como sociedad? ¿No hay manera de encontrarle algo bueno a este país?

Partiendo de esa experiencia, y valorando mucho lo que hemos dicho aquí sobre los factores de persistencia, los invito a que enviemos al país un mensaje más propositivo y esperanzador, uno que permita que lo bueno se fortalezca sobre lo malo y que nos deje mirar al otro desde otras perspectivas. Este es un encuentro histórico de quienes estuvimos en armas por muchísimos años, pero decidimos cambiar las cosas ahora a través del diálogo y el entendimiento. Esta mesa es un ejemplo de eso.

Gabriel Ángel, exguerrillero de las FARC-EP

Hemos construimos un diagnóstico preciso de nuestra realidad y de por qué persisten las violencias. Después de la larga lucha y después de firmada la paz, después de todos los incumplimientos y las amenazas, y viendo el paquetazo económico de Duque dirigido contra los trabajadores y demás, se podría concluir que estamos ante un panorama nefasto, en el

que hemos perdido todas las batallas. Sin embargo, esas ópticas son trágicas y pesimistas y, estrictamente, nos llevarían a concluir que podrían tener razón quienes persisten en el levantamiento armado como una opción de transformación de la sociedad. Este no es el tipo de mentalidad que deberíamos tener como protagonistas de un capítulo importante de la historia de Colombia y como personas que deberíamos dejar también una huella. Además, eso refuerza las ideas que se han ido estableciendo en la sociedad de que somos unos bandidos, unos criminales y unos violentos y de que somos los protagonistas de la tragedia del país, cuando eso no es cierto.

Hay muchas contradicciones fundamentales. Una es la que tiene que ver con ese poder con ambiciones económicas que ha predominado en la historia de la humanidad, pero siempre ha encontrado resistencia y lucha. Esa es la característica del desenvolvimiento de la humanidad. Un error central que hemos cometido es pensar que a nosotros nos correspondió darle una solución definitiva a esa contradicción. Nos alzamos en armas pensando que al tomar el poder le íbamos a dar un vuelco total a la sociedad. Todos creímos en nuestra causa y todos nos equivocamos, en la medida en que recurrimos a métodos que no eran apropiados.

Llegamos a dejar las armas y decir nunca más a la guerra. Necesitamos dejarle al país un ejemplo de cómo se pueden empezar a solucionar las cosas. En Colombia hay gente interesada en que el conflicto perdure, pero también estamos los otros, los que queremos el fin de la violencia, enseñarle a la sociedad que la reconciliación es posible, así como es posible encontrar otra manera de solucionar nuestros graves problemas. Entonces, cuando vemos con perspectiva trágica todo lo sucedido, se nos olvida que el poder no ha sido el único actor. Aquí ha habido un actor que ha resistido, ha conquistado luchas y ha logrado cambiar cosas. Un ejemplo es la Unión Soviética, el más grande logro de la lucha de masas, que se derrumbó como un castillo de naipes, pero jugó un papel fundamental en la desestructuración del nazismo. Su importancia histórica fue determinante.

La Constitución del 91 fue desmontada en muchos aspectos, pero ahí están los acuerdos de La Habana, que la vuelven a revitalizar y llenar de contenido en el avance de un régimen político. Entonces, por un lado perdemos, pero por el otro ganamos. Los acuerdos tienen una importancia trascendental. Hay que entenderlo así. Nada se ha perdido, siempre y cuando estamos ganando algo. Puede que Iván Duque quiera imponer su agenda neoliberal, pero hoy

hay una movilización social contra ese paquete. Hay una resistencia, que debemos reforzar con comprensión.

Escucho a Iván Roberto y a José Eleazar y pienso que seguimos pensando lo mismo. Pero, entonces, ¿qué hicimos? ¿Qué llevó al país a esta tragedia, si hoy coincidimos en muchas cosas? Estas reflexiones son un producto de la guerra que libramos y del proceso en que estamos. Eso es algo positivo que hay que impulsar.

Lucía González, Comisión de la Verdad

Si no se reconocen las ganancias, se termina partiendo de los déficits. El crecimiento de la clase media debería convertirse en un factor determinante para entender los avances y para saber qué significa eso como posibilidad. Por ejemplo, hoy tenemos un grupo más grande de familias con al menos un miembro que es profesional. Esa es una sociedad que ya cuenta con la posibilidad de comprender muchas otras cosas. No reconocerlo, nos pone en dificultad.

Quiero enfocarme en un tema que no hemos tratado a profundidad: la educación. La contradicción entre la racionalidad y la emocionalidad, sustantiva al ser humano, se media o se resuelve a través de la educación. Tenemos que insistir en promover otro modelo educativo, ojalá público, que permita que todos nos encontremos desde pequeños en un mismo lugar, reconociéndonos como pares, no abriendo brechas en la sociedad. Existen también unos contenidos que el país está en mora de interpelar, y eso es urgente en la medida en que la incapacidad de reconocer y valorar la diferencia viene de la educación. Seguimos en un sistema educativo de blancos, castellanos y católicos, principalmente. En consecuencia, hemos crecido en una desconexión profunda con otras poblaciones. Eso nos incapacita para entenderlos desde sus lógicas y complejidades.

Más allá de eso, la negativa de la reforma rural no puede quedarse en el hecho mismo de la no implementación. Tiene que llevarnos a una reflexión histórica sobre la negativa de la sociedad, en cabeza de unas élites, de hacer una reforma rural y una redistribución de la tierra. Hemos estado en conversaciones con expertos en Ecuador que dicen que allá no se arraigó la guerra como en Colombia porque se hizo una reforma rural. Tienen toda la razón.

En Colombia hay una política anticampesina, y su resultado es que no ha habido una consistencia en las políticas agrarias de apoyo al campo. A veces se avanza y otras, se retrocede. La

Conferencia Episcopal dijo que en el plan de desarrollo de Álvaro Uribe la palabra campesino aparecía solo una vez, precedida de la palabra soldado. Eso muestra cómo el campo ha sido representado por los gremios de producción y las estrategias de estímulo a la agroindustria, dejando a un lado la valoración de la vida cultural campesina y la riqueza de ese mundo.

Frente a la discusión sobre la ausencia del Estado, debemos profundizar y precisar algunas cosas. En las zonas de conflicto, hubo distintas formas de presencia del Estado. Eso fue así, por ejemplo, cuando el Estado les delegó a los grupos armados la autoridad o le entregó la presencia del Estado únicamente a la fuerza pública.

Por último, los invito a revisar la conversación entre Ernesto Samper y la Comisión de la Verdad. El expresidente fue muy categórico al describir cómo el Plan Colombia coincide con el aumento de la violencia en el país y cómo su objetivo fue la guerra, cuando se suponía que el ochenta por ciento de sus recursos debía destinarse al desarrollo de zonas rurales por medio de herramientas como las Zonas de Reserva Campesina. Sin embargo, se volvió un plan de lucha antiinsurgente contra los campesinos, principalmente contra los cocaleros.

Luz Amparo Jiménez, excombatiente del M-19

Desde los procesos de paz de los años noventa, se ha avanzado en muchos temas. Eso se ve reflejado no solo en la Constitución, también en los procesos que se han dado a nivel comunitario. El mismo hecho de estar aquí sentados es una base muy importante de la que tenemos que partir.

Es fundamental construir una política de convivencia para lograr la paz. Hay que trabajar por ser consecuentes. Hablamos de la democracia y del reconocimiento del otro, pero en la realidad al otro lo categorizamos desde el prejuicio. Así nos dividimos. Siendo personas con formación y un nivel de desarrollo histórico, nosotros mismos todavía somos incapaces de reconocer al otro. Recuerdo el rechazo de muchos compañeros a Everth Bustamante, que fue guerrillero del M-19 y hoy es uribista. Tenemos que trabajar por ser consecuentes en nuestro discurso.

El país tiene muchos problemas. Creo que deberíamos plantearnos unas metas alrededor de algunos. Por ejemplo, necesitamos trabajar por una salida nacional del problema del narcotráfico, abordarlo como un fenómeno complejo y no como una oportunidad para

criminalizar. Por otro lado, hay que pensar en una reforma del proceso electoral. Siendo el colombiano un gobierno representativo, las elecciones son fundamentales al definir quién puede decidir y quién no. Pero la corrupción tan enorme no permite elegir a los mejores. Por último, necesitamos profundizar la educación, la salud y el trabajo. Si no tienes palanca o influencia, en Colombia no se tiene derecho al trabajo, porque aquí no se suele tener en cuenta la experiencia, la capacidad o el compromiso de las personas.

María Buendía, exguerrillera de las FARC-EP

Quiero felicitar a quienes estamos aquí porque estamos haciendo un ejercicio que va a aportar a este país. Es necesario pensar en el futuro de la conversación que aquí empezamos, pues debe continuar. Es importante que desarrollemos estos ejercicios en territorio. Estar acá es fundamental para el proceso de paz, en el que todos estamos interesados. Entonces, tenemos que buscar sembrar las conclusiones de esta reunión.

Ya hemos nombrado los principales factores que han conducido a la prolongación del conflicto y la guerra. Estoy de acuerdo con lo dicho, pero hay un factor que es transversal a todos los temas y tiene que ver con los medios de comunicación. Por eso, quiero enumerar a continuación los diez factores de la estrategia de los medios de comunicación masiva de Chomsky, que en realidad son los factores de una estrategia de destrucción masiva.

1. La estrategia de distracción: los medios de comunicación y las redes sociales nos distraen permanentemente hacia cosas que no trascienden ni solucionan los temas de fondo del país. Ayer, por ejemplo, los titulares no valoraron las declaraciones de Samper sobre el Plan Colombia, sino que se concentraron en que no habló sobre el Cartel de Cali ni sobre el Proceso 8.000. Si se hubiera referido a eso, lo habrían descalificado de otra manera.

2. La estrategia de crear problemas, en especial pequeños problemas, para después ofrecer soluciones superficiales.

3. La estrategia de la gradualidad frente a las problemáticas del país. Ahí, se presentan soluciones desde aproximaciones problemáticas, como la del Estado mínimo y la

necesidad de las privatizaciones, la guerra y el aumento de la flexibilidad laboral. Eso nos lleva a aceptar con tranquilidad lo que nos imponen los gobiernos.

4. La estrategia de manejo de la sociedad como si fuera un menor de edad incapaz de comprender, dado que no tiene el nivel cultural y político necesario. Pero lo que sucede en Colombia es perfectamente comprensible, incluso para un menor de edad.

5. La estrategia que introduce el concepto de lo doloroso y lo necesario. Un ejemplo es el Estado de opinión de Uribe, presentado como necesario a costa de recortar los derechos.

6. La estrategia de imponer lo emocional sobre lo racional, como sucedió en el plebiscito con la campaña mentirosa del No.

7. La estrategia que legitima a los medios de comunicación como educadores de la sociedad, un hecho absolutamente perverso.

8. La estrategia que mantiene al público en la ignorancia y la mediocridad.

9. La estrategia que refuerza la autoculpabilidad. Es decir, justifica los males de la sociedad a través de las características negativas de los individuos: los colombianos somos perezosos, mañosos, incultos, etcétera.

10. La estrategia para ejercer, a través de las tecnologías, un dominio total sobre la consciencia de los individuos.

En ese contexto, la educación ha sido un factor de persistencia de la guerra. A los niños desde pequeños se les ha enseñado que matarse es normal. Por fortuna, se puso en el debate nacional la necesidad de estudiar la historia de Colombia, de América Latina y del mundo. Vivimos en una sociedad que se mira hacia adentro y no se abre. En consecuencia, estamos aislados, incluso entre los mismos colombianos, y eso ha creado una cultura de no ver más allá. Tenemos que insistir en que la educación tiene que cambiar.

Otro factor de persistencia ha sido la Doctrina de Seguridad Nacional de los Estados Unidos. Hace un tiempo, el coronel Alfonso Velázquez afirmó en una entrevista que en las Fuerzas Militares de Colombia no existe una doctrina de seguridad propia. La nuestra es la

defensa de Estados Unidos, la seguridad de allá. Bajo esa doctrina se ha desarrollado toda la guerra, en cuyo centro está el anticomunismo. Ahí, "comunista" no es el marxista-leninista o el camarada, sino el defensor de derechos humanos, la mujer que lucha por sus derechos y el homosexual que hace lo propio. Es más, después de este ejercicio, los compañeros de las AUC van a ser catalogados como castrochavistas. Por firmar el acuerdo, Santos terminó siendo un comunista. Según Fernán Vega, el anticomunismo surgió en Colombia antes de que el comunismo pudiera llegar. Ese ha sido un factor de persistencia de la guerra y del conflicto.

Arlex Arango, excombatiente de las AUC

Parecería que todos somos los mismos. Tal vez lo somos, pues en el tránsito hacia la paz hemos adquirido unos conocimientos y una madurez que nos deja continuar en el camino. Entonces, me pregunto qué va a pasar después del 15 de noviembre con esta mesa histórica que hemos construido. Aquí hay generaciones de excombatientes. En algunos casos, la diferencia de edad es de treinta años. ¿Qué podemos seguir haciendo para construir la paz y llevar una pedagogía de paz y reconciliación a nuestras regiones? No me refiero a la paz construida por la política tradicional e implementada por Caracol y RCN, sino a una paz diseñada por quienes recorremos el camino de la reconciliación y la paz regional, sin sesgos políticos ni ideologías políticas, con la experiencia vivida y los conocimientos ganados.

Por estos días, los jóvenes marchan en Colombia con justa razón. Pero sus protestas quedan manchadas por la violencia, por la imagen del policía quemado y del edificio destruido. Eso opaca la lucha y el esfuerzo de unirse por unos derechos. Tenemos la obligación moral de hacer una pedagogía de paz, de ir a nuestras regiones y mostrar lo fácil que es llegar a un acuerdo. Se puede aprender a vivir con aquel o con aquello con que no estoy de acuerdo. Se puede debatir sin una piedra, un garrote o una pistola en la mano.

Hace quince años, esta reunión era imposible. En la zona de Vista Hermosa, en el Meta, donde operé, alguien de las FARC era una persona a la que simplemente había que dar de baja. Con o sin el acompañamiento del gobierno u otra entidad, este ejercicio que hacemos hoy todas estas generaciones que vienen desde los años setenta hay que llevarlo a las regiones. Podemos hacerlo como en la guerra, a pie y con las dificultades que nos tocaba sortear para llevar la pelea a cualquier rincón. La política más grande de quienes estamos acá debe ser el

amor por la humanidad. Es probable que nos critiquen por tener un pasado muy oscuro. Pero estoy seguro de que vamos a hacer historia en términos de reconciliación y paz, y en la pedagogía del amor.

Blanca Valle, ACB Paz

La reflexión de Arlex es pertinente, porque abre la pregunta sobre qué hacer después del 15 de noviembre. He escuchado otras reflexiones parecidas, como la de Gabriel Barrios, cuando habló de llevar estos ejercicios a las localidades y a instituciones educativas. Empecemos a concretar esas iniciativas, aprovechemos que estamos acá.

Alonso Ojeda, excombatiente del ELN

Me sobrecoge escucharnos pensar en un esfuerzo por construir un espacio de paz y convivencia para el futuro del país.

En 1999, cuando regresé a Colombia después de ser embajador en Hungría y después de participar en los esfuerzos de paz en torno a la Guerra de los Balcanes, llegué convencido de que había que alzar la bandera de la pedagogía de la paz y del conflicto, como lo planteó Arlex. Ese clamor tuvo un pequeño espacio en la Universidad Pedagógica Nacional, donde nació la primera escuela de pedagogía de paz y manejo de los conflictos. Algo así debería ser el eje de los esfuerzos que hemos construido aquí con miras a la sociedad colombiana, a cómo construir una pedagogía que enseñe lo que es el conflicto. El conflicto no es necesariamente algo negativo, es una dinámica social, un grito de actores por lograr un mejoramiento. Tenemos que enseñar el manejo del conflicto de una manera pedagógica y amorosa, que permita eliminar la idea del enemigo.

En segundo lugar, el problema político que planteó Gabriel es una dificultad terrible. ¿Cómo hacer política sin caer en algo tan absurdo y sucio como aquello en lo que se ha convertido la política colombiana? Debemos trabajar en la pregunta sobre cómo garantizar que haya hombres y mujeres en los órganos de discusión parlamentaria que permitan abrir

espacios vitales para hacer pedagogía y, por ejemplo, cambiar la concentración de la tierra en el campo.

Cuando estaba en la UPN impulsando los grupos de pedagogías de paz, invitamos a Salomón Kalmanovitz a conversar sobre la concentración de la tierra. Dijo que la tenencia de la tierra no se ha podido modificar, porque siempre que se presentan proyectos de ley para hacerlo los grupos latifundistas manejan la máxima representación del poder. Así, cualquier esfuerzo de cambio es negado. Hoy, el Estado asumió un compromiso con los compañeros amnistiados en el modelo de las FARC-EP, y ya vemos cómo quieren desconocer sistemáticamente el problema de la tierra.

Por último, Medardo Correa y José Eleazar hablaron sobre el problema de las emociones, que merece también una profundización al igual que el problema de la guerra y la paz. Este espacio puede ayudar a la sociedad colombiana a plantear un horizonte necesario para estudiar y aclarar por qué actuamos así los colombianos.

Bibiana Mercado, Mauricio García, Alonso Ojeda e Ildefonso Henao.

Mauricio García Villegas[1]*, asesor de la Comisión de la Verdad*

Desde hace algunos años, me dedico a estudiar la cultura del incumplimiento de reglas en Colombia y, desde la neurociencia, las emociones y la naturaleza humana. Distintos estudios han mostrado que los seres humanos estamos llenos de impulsos altruistas y egoístas. Eso desmiente de cierta forma dos ideas que han sido muy importantes en la historia de las ideas políticas: la de que el ser humano es malo y necesita un Leviatán que controle sus pulsiones desaforadas, y la idea de que el ser humano es siempre bueno por naturaleza y que es la sociedad la que lo daña. Ninguna de las dos es cierta, pues los impulsos y las emociones dependen de las circunstancias y las relaciones con otros. En conclusión, podemos desmentir la teoría de que somos una raza violenta y de que hay unos impulsos propios de nuestra cultura que nos hacen violentos por naturaleza.

Un segundo postulado de la neurociencia es la importancia de las emociones sobre la razón en el ser humano. Platón decía que el ser humano era un jinete jalonado por dos caballos, el de la razón y el de la emoción, pero que siempre el caballo de la razón era capaz de dominar al caballo de la emoción. Posteriormente esto es debatido por David Hume. En épocas contemporáneas, la metáfora ha cambiado: hay un elefante manejado por un jinete, siendo el elefante las emociones y el jinete la razón. Las emociones entonces son muy importantes, y esto me lleva a José María Samper que dijo que Colombia era un país de buenas ideas pero estropeado por las malas emociones.

Por último, admiro que en esta reunión haya muchas buenas ideas, pero también muchas buenas emociones. Eso es un ejemplo para la clase política y el debate político. Si ustedes, que estuvieron enfrentados con las armas, son capaces de resolver el problema sobreponiendo las buenas emociones sobre las diferencias racionales, ¿cómo no va a ser capaz el resto del país de hacerlo también?

1 Participó en una de las sesiones invitado por la Comisión de la Verdad. En esa época, trabajaba en su libro *El país de las emociones tristes* (Ariel, 2020).

Francisco Caraballo, excombatiente del EPL

Quiero dejar unas constancias. No soy enemigo ni disidente de la paz. Entre quienes estamos acá, soy tal vez el que más ha estado cerca del trabajo por la paz, ya desde el primer acuerdo que hizo el camarada Marulanda con el gobierno de Alberto Lleras. Desde ese intento hasta hoy, las dinámicas han sido siempre las mismas; la metodología se ha mantenido, así como el aporte de Harvard: "Tú ganas, yo gano".

En los años setenta, participé en la búsqueda de un acercamiento del ELN con el gobierno. Luego, desde el gobierno de Belisario Betancur en los años ochenta y hasta los noventa, encabecé la tarea del EPL de hacer unos acuerdos. Tengo una idea distinta de lo que es un proceso de diálogo y de paz, y no estoy de acuerdo con cómo se han dado hasta ahora porque ninguno ha producido resultados consistentes. Fui disidente cuando estaba en el EPL, en un momento de disidencias diferentes. Pero hoy no tengo nada que ver con Iván Márquez ni con Iván Duque.

En relación con la clase media, en la evolución que tiene el mundo social, esa clase siempre ha sido un colchón. Quiere subir, pero no puede porque no se lo permiten. Y teme bajar y convertirse en clase proletaria. Al neoliberalismo le interesa que ese sector crezca como colchón. La tarea de los que pensamos en cambiar esta sociedad debe ser acercarnos más a este sector.

Por último, la guerra en Colombia se convirtió en un negocio del que se lucran los componentes del poder o los llamados señores de la guerra. A ellos no les interesa que se acaben el narcotráfico ni la guerra.

Ildefonso Henao, excombatiente EPL

Quiero ofrecerme para los ejercicios que hagamos en común, pues la paz y reconciliación se tienen que dar entre contrarios en perspectivas de país. En muchos de los discursos de quienes nos llamamos de izquierda, hay una posición cómoda, estacionada en la marginalidad y en la actitud contestataria. Nos quedamos peleando para que el otro cambie lo que nosotros

tenemos que cambiar. No somos capaces de aglutinar suficientes votos para ello, y cuando lo logramos, son poco visibles.

La revolución más importante que ha habido es la revolución vietnamita. Hoy, su aliado principal es Estados Unidos. Tuvieron más de un millón de muertos para ahora contar con ellos como socios comerciales, con todo lo que eso implica. En el EPL, tuvimos personas cercanas que fueron alcaldes, y una de las críticas es: ¿qué hicieron? Es cómodo desde la marginalidad echarle la culpa al otro, esperando que el otro, que nos consideraba su enemigo, haga las transformaciones en las que nosotros deberíamos estar involucrados.

Nodier Giraldo, excombatiente de las AUC

Quiero rescatar las intervenciones de todos los que han dicho que no podemos ser pesimistas, que debemos considerar lo bueno que se viene haciendo y verle el lado positivo a la semilla que se va sembrando.

A lo largo de mi vida, he visto gobiernos de turno a los que no les conviene que haya una paz duradera. La guerra se ha vuelto un negocio y un mecanismo para conseguir recursos del exterior. El interés es que haya grupos, de un lado y del otro, y que se les pueda echar la culpa de las cosas malas que pasan en el país y de la falta de desarrollo en algunas regiones. Necesitamos un gobierno interesado no en la continuidad de la guerra, sino en una estabilidad que logre un desarrollo rural a nivel nacional. Evitemos, así mismo, tener gobiernos que se copien de los gobiernos estadounidenses. Ya sabemos que ellos nunca pelean en su país, pero siempre están buscando guerras en otros lugares para invadir y adueñarse de los recursos.

Necesitamos también preguntarnos cómo acabar o manejar el combustible que sostiene a los grupos armados y la economía nacional, que ha sido y es el narcotráfico. Cuando estuve en la cárcel en Estados Unidos por conspiración y narcotráfico, un fiscal de ese país me pidió durante un interrogatorio mi opinión sobre la persistencia de las drogas. Le respondí que no se han acabado porque Estados Unidos no quiere. Así como legalizaron el alcohol y el tabaco, ¿por qué no legalizan el narcotráfico? Se ha vuelto una fuente de empleo y recursos para la gente, el país y la economía. Los capitales se mueven por los bancos con capitales que se mueven por las drogas. Yo estoy de acuerdo con un escritor que habla del "poder en las sombras" para referirse a los capitales que pasan de las drogas a los bancos, por el país y el

mundo entero. Nosotros, que hemos estado al tanto de las finanzas en la ilegalidad, sabemos que un grupo armado no se sostiene de las pequeñas vacunas o de vacas. Siempre necesitan un componente de esa ilegalidad.

A nivel histórico, en el campo siempre hemos hablado de guerras, la Guerra de los Mil Días, la masacre de las bananeras, el bipartidismo. En la ruralidad, la gente ya se acostumbró a vivir con un mando en la ilegalidad que llena los vacíos del Estado en cuanto a inversión y seguridad. En consecuencia, a esa gente le parece más fácil que haya un actor armado resolviendo los problemas en vez de tener que depender de una institucionalidad ineficaz del Estado. Es necesario ayudar a construir en las regiones una cultura de confianza en el Estado para que la gente empiece a creer en él. Pero para eso tenemos que cambiar al Estado, para que realmente se pueda creer en él y en el gobierno de turno.

Frente a este espacio de la mesa, creo que se está haciendo un buen trabajo y se está sembrando una semilla. Por algo se tiene que comenzar. Si los demás no lo han hecho porque creen que no es su problema, tenemos que ayudarlos a entender que estamos en un mismo país y que quienes van a recibir esta herencia son sus hijos.

Óscar Montealegre, excombatiente de las AUC

Se han abordado todos los temas relacionados con la persistencia del conflicto armado en las regiones. Pero, yendo más allá, creo que tenemos que trabajar por una cultura de la no violencia, precisamente aquello que hemos hecho en esta mesa. Acá hay varias generaciones, como la de Alonso y Medardo, que empezaron a hacer su cambio en 1976, cuando mis papás todavía no se habían casado. Vean cómo se recicló la violencia por muchos años. Un factor ha sido el manejo de las emociones, pues los referentes negativos llevan a que los jóvenes se reciclen en esas dinámicas de violencia.

Hoy estamos parados desde otro punto de vista. Pensando diferente, tenemos que volver a esas regiones ahora como referentes positivos. A mí me gustó mucho la poesía que hizo Idelfonso, porque creo que es desde la cultura y la educación que tenemos que apoyar a estas generaciones. Muchos no conocíamos qué había pasado con nuestros antepasados y terminamos en esta espiral de violencia. Desde la educación, debemos evitar la cultura de la violencia y el fortalecimiento del narcotráfico y demás economías ilegales. En este país es más

rentable tener a un niño vendiendo gasolina de manera ilegal que tenerlo estudiando en la escuela.

El testimonio de cada uno de ustedes es importante. Si cuando era niño los hubiera podido escuchar, yo no sé si habría ingresado a un grupo armado, pero habría tenido la posibilidad de pensarlo bien y no dejarme llevar por las emociones.

Apoyo la propuesta de Arlex de llevar a las regiones la pedagogía de la paz, la reconciliación y el amor.

Gabriel Barrios, Manuel Pirabán, José Eleazar Moreno, Luis Eduardo Celis y Francisco Caraballo.

José Eleazar Moreno, excombatiente de las AUC

Valoro mucho la oportunidad de estar acá y verlos reunidos exponiendo cosas que nos afectan a todos en el país, en nuestras familias y como personas. Quiero rescatar lo que mencionaba el profesor Mauricio sobre la educación, pues creo que debemos abordarla desde un punto de vista científico. Debemos comprender al estudiante no solo como un individuo que aprende cosas, sino también como un ser humano complejo. Desde que nacemos, nos ponen en medio de una parafernalia sobre cómo prepararnos para la sociedad. Pero nos preparan para un medio social sesgado y maniobrado dentro de un poder existente. Si lo abordamos desde la ciencia,

sería interesante crear una cátedra neurocientífica, no solo dirigida hacia los estudiantes de universidad.

Un problema importante en las regiones es que no hay estructuras que puedan manejar los proyectos que los gobiernos dan en territorio. Es decir, hay una situación organizacional precaria. Esa cátedra de neurociencia debe llegar a escenarios particulares, incluso a la escuela de papás o profesores. Esta fue una falencia que vimos en las tropas cuando a los muchachos había que empujarlos y motivarlos a todo. Carecían de una autonomía de pensamiento, de motivación real o de convencimiento propio. Dependían de que un superior administrara su comportamiento.

Estamos enseñados a tener una jerarquía encima nuestro y a necesitar una autoridad para acatar comportamientos propios del bien común. Entonces, hay que crear estructuras organizativas de jóvenes para quienes que podrían llegar a ser manipulados y conducidos a la violencia tengan el poder y la autoridad de escoger una alternativa. Necesitamos una educación más científica que permita enseñar a los niños y jóvenes a ser ciudadanos.

Manuel Pirabán, excombatiente de las AUC

Después de escuchar tantas experiencias y poder contar las nuestras, nos damos cuenta de que las cosas que nos dividen no son muchas. Por el contrario, coincidimos en identificar las problemáticas del país, tanto las políticas como las económicas, y del conflicto. Además, todos estamos de acuerdo en la certeza del paso que dimos de entregar las armas, de defender y trabajar por la paz. Entonces, como Arlex, yo también me pregunto qué va a suceder después de noviembre cuando culminemos este trabajo. ¿Qué puede surgir después de todas estas ideas?

Cuando he participado en instituciones educativas, he podido ver que los espacios allá están rodeados de muchas prevenciones. Así surgen cuestionamientos, pero también se resuelven dudas y se comparten experiencias de nuestros procesos en la guerra y la paz. Algo importante para reflexionar es cómo la política y las posiciones dividen a las familias, las regiones y los amigos. Hoy he aprendido a ver la política de los partidos a partir de su ideología, de sus políticas y de la forma cómo piensan en el bien del país.

Manuel de Jesús Pirabán, José Eleazar Moreno, Luis Eduardo Celis, Francisco Caraballo, Iván Roberto Duque, Óscar Montealegre, Rodrigo Pérez y Medardo Correa.

Comparto la idea de ir a las instituciones educativas a contar sin sesgos políticos estas experiencias y enseñanzas que hemos vivido. El fin debe ser convertir eso en un ejercicio de pedagogía que invite a la juventud a la paz y a debatir y a expresar sus ideologías sin pensar en la violencia y, mucho menos, en las armas.

CONCLUSIONES Y DECLARACIÓN PÚBLICA

1. CONCLUSIONES

Primero:

Es la primera vez en la historia del país que es posible la concurrencia, en una misma mesa y en un mismo espacio, de exdirigentes guerrilleros y exdirigentes de las AUC para el propósito común de contribuir al esclarecimiento de la verdad, a travésde un proceso de comprensión conjunta, de diálogo franco y participativo. Se trató de un diálogo constructivo, no hecho para justificar, juzgar, glorificar o hacer apologías, sino para comprender qué nos pasó. Este encuentro histórico no hubiera sido posible años atrás. El acontecimiento de la paz con la guerrilla de las FARC-EP ha acercado al país al cierre del conflicto armado. Eso que creó las condiciones apropiadas para que los exjefes consideraran que era el momento de avanzar en el esclarecimiento de la verdad. Además, se trata de un ejercicio que puede servir para romper la espiral de odio, venganza y polarización entre las y los colombianos.

Segundo:

Todas y todos los participantes mostraron una convicción, disposición y actitud proactiva en la construcción de verdad para lograr la reconciliación y una paz duradera. Sin tener la obligación jurídica, exmiembros de guerrillas y AUC concurrieron durante ocho meses en un espacio de comparecencia voluntaria para llenar los vacíos de verdad, justicia, reparación y no repetición que dejaron los procesos de paz de los años noventa y 2000.

Tercero:

Todas las y los participantes consideran que el paso que dieron de dejar las armas, de desasociar el ejercicio de la política con la violencia, de acoger el Estado social de derecho y de reconocer la institucionalidad y el imperio de la ley ha sido un paso correcto hacia la superación de la violencia y la construcción de una sociedad más justa y capaz de convivir en paz. No obstante, no dejan de destacar el alto costo en vidas de sus correligionarios con posterioridad a la firma de los acuerdos de paz y de la dejación de las armas. También destacan las grandes dificultades y barreras que tienen los excombatientes para acceder a derechos plenos, como la bancarización, la no estigmatización, la integración social y la participación política. A pesar de ello, manifiestan su disposición a trabajar en la reconciliación nacional y en la construcción de paz duradera.

Cuarto:

El conflicto armado deja una impronta de dolor y unas desgarraduras morales en la sociedad colombiana que son muy difíciles de resarcir y reparar. Los más afectados han sido los sectores más empobrecidos del campesinado y la población rural, en tanto el conflicto tuvo como escenario principal los campos y las montañas de Colombia. La degradación y las múltiples modalidades de violencia tuvieron un durísimo impacto en las mujeres y los niños, afectando a más de 4,2 millones, el componente de víctimas más vulnerable de la sociedad. Según el Registro Único de Víctimas, los hechos victimizantes contra las mujeres se distribuyen así: 3.780.677 fueron víctimas de desplazamiento; 458.781, de feminicidios; 191.784, de amenazas; 77.100, de desaparición forzada; 47.627, de pérdida de bienes muebles o inmuebles; 40.231, de actos terroristas, atentados, combates u hostigamientos; 17.350, de violencia sexual.

Quinto:

Entre las motivaciones para la decisión de negociar la paz con el gobierno, se destacan, entre otros factores internos y externos, el hastío de la violencia, la convicción de constituir un

proyecto político de izquierda en la legalidad, así como el reconocimiento de la degradación de la guerra. De acuerdo con las intervenciones de los participantes, las negociaciones generaron espacios para la generación y profundización de medidas correspondientes a garantizar la participación ciudadana, la democracia participativa y el tránsito de la guerrilla al movimiento político.

Sexto:

Las y los participantes que formaron parte de los procesos de los años noventa ubican el acuerdo como una paz transformacional, pues consideran que el pacto de paz tuvo como razón la coparticipación de una reforma política de las instituciones. Además, consideran que la nueva Constitución, en la que participaron junto con otros sectores diversos, significó una apertura y un giro democrático en el país. En resumen, las negociaciones de paz de los noventa consistieron en el intercambio de las armas por más democracia.

Séptimo:

Si bien para las guerrillas las negociaciones de los años noventa implicaron una apertura democrática, las AUC afirman que su conformación y actuación violenta estuvieron inspiradas en el odio y el resentimiento político, promovidos por el Estado, las Fuerzas Militares y los sectores económicos y sociales más reaccionarios. En ese sentido, se trató de una violencia dirigida contra las fuerzas insurgentes y sus entornos políticos y sociales y de izquierda democrática. En los años 2000, se sintieron motivados y estimulados a dejar las armas, después de haber frenado el avance de la izquierda legal que se venía tomando las administraciones públicas en territorios como Urabá, el Magdalena Medio y el Nordeste antioqueño, y después de haberse producido el exterminio de la UP, movimiento que consideraron una amenaza para sus intereses políticos.

Octavo:

Existe una exigencia común al Estado desde las y los participantes respecto al cumplimiento total y real de los acuerdos de paz firmados. Después de la desmovilización, no se ha cumplido con la protección cabal de los excombatientes. Aún hoy, el país desconoce con precisión cuántos exguerrilleros y exguerrilleras han sido asesinados, desaparecidos, amenazados y desplazados. En cuanto a los excombatientes de las AUC, se estima que más de tres mil exintegrantes han sido asesinados desde las desmovilizaciones de los años 2000. Tampoco hay claridad sobre cuántas personas de los acuerdos de paz conforman hoy las listas de víctimas en el exterior, pues tuvieron que salir del país por los niveles de persecución.

Noveno:

La dinámica de la Mesa de Excombatientes permitió que se desarrollaran relaciones personales más cercanas entre personas que solían ser enemigos en la guerra. Las y los participantes convergieron en un propósito común: la defensa de la vida, la paz, la democracia y la reconciliación nacional. Como resultado de esa labor, se produjo la declaración pública "Compromiso con la vida, la paz y la reconciliación", construida en colectivo por las y los participantes del proyecto, que acordaron culminar el ejercicio de diálogo con la entrega pública de un compromiso con la solución política del conflicto armado y la construcción de la paz con justicia social. Esta declaración tiene un valor histórico por cuanto es la primera vez que antiguos líderes de las insurgencias y de las autodefensas se pronuncian de manera conjunta, en un único texto que recoge acuerdos en torno al país, la paz, la reconciliación y la democracia.

Décimo:

La paz no se logra solo con la firma de los acuerdos del fin de la confrontación, y mucho menos en países que han vivido largos conflictos con altos niveles de degradación y de víctimas como en Colombia. En vista de eso, se necesita una tarea titánica para construir la reconciliación nacional. El proceso puede tomar décadas y depende de que se pueda contar la verdad sobre lo

ocurrido. Este ejercicio de Narrativas de Excombatientes demuestra que sí es posible convivir sin armas cuando hay voluntad y sentido de país. Es un ejemplo en una nación con más de ocho millones de víctimas y una polarización política que hace casi imposible construir propósitos que unan a las y los colombianos. Si aquí se pudieron reunir durante ocho meses en una mesa dos enemigos históricos con el magno propósito de contribuir al esclarecimiento de la verdad, se deja sin argumentos a quienes persisten en la desunión y la confrontación política e ideológica armada. Colombia necesita nuevos paradigmas, y este puede ser uno de ellos.

Undécimo:

Hay graves factores de persistencia del conflicto que se mantienen en el posconflicto, como las grandes desigualdades económico sociales, así como las prácticas de violencia ejercidas por disidentes, nuevos y viejos actores de la criminalidad y por agentes del Estado que no han cambiado la mentalidad ni la doctrina del enemigo interno. La violencia tiene una fuerza inercial semejante a la de un río luego de desembocar en el mar: incluso varios kilómetros mar adentro es posible beber agua dulce. Así mismo, la violencia del viejo conflicto se manifiesta en el posconflicto, aunque con menos intensidad. Es un asunto del tiempo y de la actuación firme y permanente de la sociedad y el Estado que la construcción de paz termine por disipar esas violencias y convertirlas en un viejo recuerdo que no se debe olvidar para que no se vuelva a repetir.

Duodécimo:

Los ejercicios de esclarecimiento de la verdad como el realizado en Narrativas de Excombatientes pueden ser replicados a nivel nacional y local con actores como los terceros civiles que intervinieron en el conflicto como coadyuvantes, autores intelectuales o cooperantes y, en no pocos casos, como autores directos de violencia. También puede ser replicado con exmilitares y militares en ejercicio, para lo que se requerirán grandes dosis de voluntad y enaltecimiento

de la paz con el fin de ir más allá del relato institucional que sobrepasa los estrechos marcos del historicismo, la acomodación y la conveniencia.

2. Declaración pública: "Compromiso con la vida, la paz y la reconciliación"

En el marco del espacio de reflexión conjunta propiciado por la Comisión de la Verdad, el Centro Internacional para la Justicia Transicional y la asociación ABC Paz, el 14 de agosto, 11 de septiembre y 14 de noviembre de 2019, se reunieron por iniciativa propia exmiembros de las guerrillas del ELN, EPL, FARC-EP, M-19, PRT y CRS, y de las AUC —todas organizaciones que dejaron las armas producto de los acuerdos de paz de los años noventa, 2000 y 2016— con el fin de explorar la posibilidad de realizar una declaración y una conferencia de prensa conjunta para presentar al país el proceso de diálogo y reconciliación en el que han estado involucrados desde marzo de 2019.

Iván Roberto Duque, Gabriel Ángel, Óscar Ospino, Rodrigo Pérez, Alonso Ojeda, Luis Eduardo Celis, Manuel Pirabán y Fernando Hernández.

El valor de la declaración pública se planteó desde su simbolismo en términos de construcción de paz, verdad, y reconciliación. Entonces, el mensaje central que se buscaba darle al país es este: "Si nosotros que nos dimos bala, que fuimos enemigos, que nos disputamos territorios estamos aquí, haciendo un profundo ejercicio en el que hemos reflexionado frente a posturas que pensábamos como inamovibles, ¿por qué no lo puede hacer el país?".

Fernando Hernández, Álvaro Jiménez, Sandra Ramírez, Fredy Rendón, Gloria Quiceno, María Buendía, José Matías Ortiz, Álvaro Villarraga, Óscar Montealegre, Jorge Iván Laverde, Arlex Arango, Medardo Correa y Nodier Giraldo.

En ese sentido, los puntos a partir de los cuales se plantearon las discusiones fueron la necesidad de dejar atrás los horrores de la confrontación; la importancia de una apertura democrática en el país; el cumplimiento por parte del Estado de los acuerdos realizados con los distintos grupos; el fortalecimiento de los procesos de reintegración para evitar que la guerra se continúe reciclando; y el respeto por las víctimas del conflicto. Así mismo, se planteó la importancia de reconocer y visibilizar la gravedad de los asesinatos de desmovilizados, tanto de las guerrillas como de las AUC, y de líderes y lideresas sociales. A partir de estos puntos, se

plantearon unos principios como acuerdos mínimos que serían la base para la construcción de la declaratoria:

1. La vida es sagrada, derecho inviolable, fundamento de la dignidad humana: respeto por la vida.
2. La paz es un derecho y un deber de obligatorio cumplimiento, su garantía es deber del Estado, deber de cada ciudadano construirla y defenderla.
3. La justicia es base de la convivencia, valor social, moral y democrático.
4. La verdad es el fundamento de la justicia. La verdad, justicia y libertad son elementos del bien común de la paz.
5. La reconciliación es un proyecto de convivencia en el posconflicto armado.
6. La democracia es un eje fundamental del Estado social de derecho.

Producto de estas jornadas de discusiones y construcción colectiva, y de las siete sesiones desarrolladas a lo largo del proceso, nació el siguiente comunicado *que puede consultarse aquí*.

Los asistentes al evento de la declaración pública ven un video sobre las experiencias de los excombatientes.

Esta declaración pública fue leída a varias voces por primera vez el día 15 de noviembre de 2019 en el marco del evento "Compromiso con la vida, la paz y la reconciliación" realizado en la sede de la Comisión de la Verdad en el centro de Bogotá.

La lectura de la declaración estuvo acompañada de un poema escrito (*ver sección "después de la guerra"*) por Idelfonso Henao, exguerrillero del EPL, que surgió en un esfuerzo por desentrañar el factor humano que nació del ejercicio de la Mesa de Excombatientes. El poema se dio en vista de que la racionalidad no fue suficiente para entender todo el proceso de estos meses, teniendo en cuenta que en su trasfondo hay seres humanos.

Cuatro días después del evento en la Comisión de la Verdad, falleció Iván Roberto Duque, excombatiente y líder de las AUC que participó desde el inicio en la Mesa Narrativas de Excombatientes.

DESPUÉS DE LA GUERRA

Por Hidelfonso Henao

Qué nos queda de lo humano, si…

Gastada ya la venganza y el odio
Dilapidada la avaricia
Después, mucho después, de justificaciones y pesados escritos
Cansado el músculo y desgastada la ternura
Después de poner otra vez en la balanza
Las pérdidas y las ganancias tazadas en vitalidades
¿Quedará algo para hablar de futuro? Y…
Ya descreído de esos hablados paraísos para convencer y
Dichos para iniciar las batallas
Entonces, tal vez otra oportunidad
¿Cómo?

Tocará vernos
Con ese otro, ayer enemigo a muerte
—con ese otro amigo, a la final también víctima—
Ojo contra ojo,
Perplejidad contra perplejidad
Heridas por heridas
En un conteo que…
¿Para qué, para cuándo, para dónde?
Entonces dudas
Todas con una dosis precisa de vergüenza y pena, eso sí

Será posible, otra oportunidad
¿Cómo? sin pensar entre todos

Lo que nos obliga tener en común.
Aún amigo y enemigo,
Habitar esta casa común,
Inevitablemente compartida
Un solo espacio, país y humanidad
Vida

Todos, para poder salvarnos,
Todos
Tal vez
Otra primera vez, y poner en balanza
Esperanza, futuros, curiosidades, conocimientos, desconocimientos
Cosas comunes, incluyendo las diferencias
Que nos hace un humano
Para, tal vez…
¿Será posible, nos quedan ganas? ¿Aliento?
Urgentemente volver a empezar de nuevo,
Como antes,
O inaplazablemente como un ahora,
Cuota inicial
Para un mañana
—*Noviembre de 2019*

Fredy Rendón y Nodier Giraldo.

Declaración conjunta de la Mesa de Excombatientes ante los invitados al evento en la Comisión de la Verdad.